

Inmigración, Familia y Empleo

Estrategias familiares en los inicios de la
industrialización, Pamplona (1840-1930)



FERNANDO MENDIOLA GONZALO

Inmigración, familia y empleo

Estrategias familiares en los inicios
de la industrialización,
Pamplona (1840-1930)

Fernando Mendiola Gonzalo

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco
servicio editorial

Euskal Herriko
Unibertsitatea
argitalpen zerbitzua

CIP. Biblioteca Universitaria

MENDIOLA GONZALO, Fernando

Inmigración, familia y empleo : estrategias familiares en los inicios de la industrialización, Pamplona (1840-1930) / Fernando Mendiola Gonzalo. — Bilbao : Servicio Editorial. Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 2002. — 438 p. : il. ; 24 cm. — (Historia Contemporánea ; 25)

D.L.: BI-2749-02

ISBN: 84-8373-478-8

Bibliografía pp. 357-376

1. Pamplona - Condiciones sociales 2. Pamplona - Industria
94(460.16)“18/19”



© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 84-8373-478-8

Depósito legal/Lege gordailua: BI - 2.749-02

Fotocomposición/Fotokonposizioa: Ipar, S. Coop.
Particular de Zurbaran, 2-4 - 48007 Bilbao

Impresión/Inprimatzea: Itxaropena, S.A.
Araba Kalea, 45 - 20800 Zarautz (Gipuzkoa)

*A mis padres, Ernesto y Miren,
y mis hermanos, Ignacio y Marta,
por su constante ayuda*

Índice

Agradecimientos	21
Prólogo	23
Capítulo I. Introducción	25
I.1. Historia de la familia e historia social	25
I.1.1. Política, filosofía y epistemología en la crisis de la historia social .	26
I.1.2. El giro lingüístico y la historia de la familia	30
I.1.3. Género, familia e historia social	34
I.1.4. De nuevo, las estructuras	38
I.1.5. Las aportaciones de la demografía	44
I.1.6. Las estrategias familiares en el centro de la historia social.	47
I.2. ¿Qué estrategias? Migraciones, hogar y empleo durante los inicios de una industrialización tardía: Iruñea-Pamplona, 1840-1930	51
I.3. Fuentes utilizadas	57
Capítulo II. Transición demográfica, industrialización y revolución liberal-burguesa en Pamplona 1840-1930	61
II.1. Los y las habitantes. El cambio demográfico	62
II.1.1. Triplicando el número de habitantes: el crecimiento demográfico y sus componentes	62
II.1.2. Los inicios de la transición demográfica en Pamplona	73
II.1.2.a. La lenta caída de una elevada mortalidad	78
II.1.2.b. Hacia un control de la fecundidad	81
II.1.2.c. La nupcialidad: hacia el colapso matrimonial	86
II.1.2.d. Un balance de la transición demográfica en Pamplona	90

II.2. Industrialización y orden social en Pamplona	91
II.2.1. La industrialización en Navarra	91
II.2.1.a. Hablando de desarrollo	91
II.2.1.b. El tránsito al capitalismo: en torno a la revolución liberal burguesa	93
II.2.1.c. La industrialización navarra: comparación con el caso vascongado y español	95
II.2.2. La industrialización y la urbanización en Pamplona	100
II.2.2.a. El proceso industrializador en Pamplona	100
II.2.2.b. Cambio urbanístico y condiciones de vida	106
II.2.3. Conflicto y orden político-social	112
Capítulo III. Migraciones hacia la capital navarra	123
III.1. Enfoques teóricos sobre el estudio de las migraciones	123
III.1.1. ¿Cuándo migrar?	124
III.1.2. ¿Por qué migrar?	125
III.1.3. ¿Hacia dónde migrar?	127
III.1.4. ¿Con quién migrar?	128
III.2. Las migraciones en Navarra en el marco de la transición al capitalismo industrial	129
III.3. La importancia de la inmigración en la población de Pamplona. Fuentes para su estudio	133
III.4. Características de los inmigrantes en los diferentes momentos históricos	137
III.4.1. Origen y profesiones de los inmigrantes	137
III.4.2. Sexo, edad y migraciones en familia	152
III.4.3. Composición y estructura de las familias recién llegadas	160
III.4.4. Acceso al empleo en las familias recién llegadas	164
III.5. Migraciones y continuidad cultural campo-ciudad, aproximación desde el idioma	167
Capítulo IV. ¿Con quién vivir? Estrategias de coresidencia y formación del hogar	173
IV.1. Los sistemas familiares: entre el querer y el poder	173
IV.2. El hogar en Pamplona. Visión general	181
IV.2.1. Precisiones metodológicas	181
IV.2.2. Tamaño, composición y estructura del hogar	183
IV.2.3. El hogar según los diferentes grupos sociales	192

IV.2.3.a.	Diferencias sociales en la formación del hogar durante el siglo XIX	193
a.1.	Las estructuras familiares	193
a.2.	Tamaño y composición del hogar.	198
IV.2.3.b.	Diferencias sociales en la formación del hogar durante los inicios de la industrialización: 1887-1930	201
b.1.	Las estructuras familiares	201
b.2.	Tamaño y composición del hogar.	204
IV.2.3.c.	Evolución general del hogar: diferencias sociales y percepciones culturales	207
IV.2.4.	La influencia del ciclo vital	208
IV.2.5.	Los hogares de Pamplona según la edad y la profesión del cabeza de familia. Diferentes ciclos vitales según las profesiones	212
IV.2.5.a.	Ciclos de vida familiares en el siglo XIX.	215
IV.2.5.b.	Aproximación a los ciclos vitales profesionales a principios del siglo XX	217
IV.2.6.	La influencia de la inmigración en la conformación de los hogares.	217
IV.3.	Ciclo vital y composición del hogar. El peso de hijos e hijas, sirvientes domésticos y parientes corresidentes en los diferentes sectores sociales	224
IV.3.1.	La presencia de hijos e hijas en el hogar	231
IV.3.2.	Circulación de jóvenes y presencia de domésticos	237
IV.3.3.	Parientes corresidentes: los diferentes significados de la complejidad familiar	246
Capítulo V.	¿De qué vivir? Mercado laboral, género y economías familiares	257
V.1.	Introducción: planteamientos teóricos y fuentes de investigación	257
V.1.1.	Empleo y estrategias familiares durante la industrialización: panorama historiográfico	257
V.1.2.	Planteamiento del capítulo y fuentes	262
V.2.	Mercado laboral y género en Pamplona (1840-1996)	265
V.2.1.	Género y mercado de trabajo. La participación femenina en el mercado de trabajo	266
V.2.1.a.	Industrialización capitalista y evolución del empleo femenino	266

V.2.1.b. La segmentación laboral en cada sector económico .	273
b.1 La ciudad preindustrial de mediados del siglo XIX	276
b. 2. Los inicios de la industrialización (1876-1930)	279
V.2.2. Mercado de trabajo y estrategias familiares: sexo, edad y estado civil de la población activa	284
V.3. Estrategias económicas de las familias de los diferentes grupos sociales.	294
V.3.1. Familia y empleo en los diferentes grupos sociales	295
V.3.2. Empleo y ciclo vital	301
V.4. Algunos elementos clave en la comprensión de las estrategias familiares	307
V.4.1. Género y economías familiares: las mujeres adultas	307
V.4.1.a. Empleo de las mujeres adultas, cabezas de familia y cónyuges, y estrategias familiares	308
V.4.1.b. Empleo femenino, nupcialidad y descenso de la fecundidad	312
V.4.1.c. La presencia de huéspedes en los hogares.	316
V.4.1.d. Tres comportamientos y evoluciones diferentes	319
d.1. Trabajadoras del textil	320
d.2. Lavanderas.	325
d.3. El comercio y la hostelería	329
V.4.2. El empleo de hijos e hijas.	332
V.4.3. El empleo de los parientes corresidentes	336
V.5. Los hogares sin ingresos declarados, un acercamiento a la feminización de la pobreza	338
Capítulo VI. Algunas conclusiones y nuevos interrogantes.	345
Bibliografía	357
Apéndices.	377

Índice de cuadros

Cuadro II.1.	Número de habitantes, tasa de crecimiento anual por 100 habitantes, e índice 100	62
Cuadro II.2.	Tasas de crecimiento anual de Pamplona y las capitales de provincias españolas.	66
Cuadro II.3.	Tasas de crecimiento anual de Pamplona, Navarra, Bilbao, San Sebastián y Vitoria	67
Cuadro II.4.	Composición del crecimiento demográfico de Pamplona	72
Cuadro II.5.	Componentes del crecimiento en Bilbao y el conjunto de capitales de provincia	72
Cuadro II.6.	Tasas de natalidad y mortalidad en el mundo urbano Pamplona, conjunto de capitales de provincia, y Bilbao	79
Cuadro II.7.	Indicadores de fecundidad en Pamplona.	82
Cuadro II.8.	Evolución de la fecundidad.	84
Cuadro II.9.	Evolución de la nupcialidad en Pamplona	88
Cuadro II.10.	Sectores de la población activa en el mercado de trabajo. . . .	100
Cuadro II.11.	Empleos de la población activa en el mercado laboral.	103
Cuadro II.12.	% de trabajadores según el tamaño de los talleres	104
Cuadro II.13.	Fábricas o talleres con más de 50 trabajadores en 1903.	105
Cuadro II.14.	Evolución del número de habitantes y de edificios de Pamplona, números absolutos e índice.	109
Cuadro III.1.	Porcentaje de población nativa e inmigrante en Pamplona . . .	134
Cuadro III.2.	Procedencia del total de inmigrantes residentes en Pamplona .	138
Cuadro III.3.	Procedencia de los inmigrantes recién llegados	138
Cuadro III.4.	Composición de la población activa en los inmigrantes recién llegados	140
Cuadro III.5.	Composición de la población activa en la población inmigrante	
Cuadro III.6.	Tasas de actividad de los recién llegados (15-64 años)	142
Cuadro III.7.	Profesión de los inmigrantes recién llegados, hombres	143
Cuadro III.8.	Profesión de los inmigrantes recién llegados, mujeres	144
Cuadro III.9.	Porcentaje de inmigrantes en cada profesión	145
Cuadro III.10.	Porcentaje de no navarros en cada profesión	146
Cuadro III.11.	Origen del total de los inmigrantes por profesiones.1843	147

Cuadro III.12.	Origen del total de los inmigrantes por profesiones.1860	148
Cuadro III.13.	Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1887	148
Cuadro III.14.	Origen del total de los inmigrantes por profesiones.1910	149
Cuadro III.15.	Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1930	149
Cuadro III.16.	Edad de llegada de los inmigrantes recién llegados	155
Cuadro III.17.	Grado de parentesco de los inmigrantes recién llegados con el cabeza de familia del hogar en que viven	156
Cuadro III.18.	Modo de llegada de los inmigrantes recién llegados a Pamplona	158
Cuadro III.19.	Estructuras familiares de las familias recién llegadas.	160
Cuadro III.20.	Composición de las familias recién llegadas	161
Cuadro III.21.	Características de los hogares recién llegados en 1887, clasifi- cados en dos grupos profesionales	163
Cuadro III.22.	Acceso al mercado de trabajo en las familias recién llegadas .	165
Cuadro III.23.	Composición de las familias recién llegadas según su acceso al mercado de trabajo	165
Cuadro III.24.	Parentesco de los recién llegados activos (hombres)	166
Cuadro III.25.	Parentesco de los recién llegados activos (mujeres).	166
Cuadro III.26.	Origen de la población de Pamplona según la situación lingüís- tica en su localidad de origen. 1860	168
Cuadro III.27.	Situación lingüística de la localidad de origen según la relación con el cabeza de familia. 1860	169
Cuadro III.28.	Origen de la población de Pamplona según la situación lingüís- tica en su localidad de origen. 1930	170
Cuadro III.29.	Situación lingüística de la localidad de origen según la relación con el cabeza de familia. 1930	171
Cuadro IV.1.	Estructura del hogar en áreas rurales navarras según sectores sociales. 1786	179
Cuadro IV.2.	Estructuras familiares en Pamplona	184
Cuadro IV.3.	Estructura del hogar en áreas preindustriales urbanas	185
Cuadro IV.4.	Composición y tamaño del hogar en Pamplona	185
Cuadro IV.5.	Posición en el hogar de los habitantes de Pamplona.	186
Cuadro IV.6.	Composición del hogar según la estructura familiar, 1843. . . .	186
Cuadro IV.7.	Composición del hogar según la estructura familiar, 1860. . . .	187
Cuadro IV.8.	Composición del hogar según la estructura familiar, 1887. . . .	187
Cuadro IV.9.	Composición del hogar según la estructura familiar, 1910. . . .	188
Cuadro IV.10.	Composición del hogar según la estructura familiar, 1930. . . .	188
Cuadro IV.11.	Composición del hogar en algunas áreas y ciudades preindus- triales.	192
Cuadro IV.12.	Estructura familiar según el grupo social.Pamplona. 1786. . . .	193
Cuadro IV.13.	Estructura familiar según el grupo social. 1843	194
Cuadro IV.14.	Estructura familiar según el grupo social. 1860	194
Cuadro IV.15.	Estructuras familiares según profesiones del cabeza 1887. . . .	195
Cuadro IV.16.	Porcentaje de familias complejas por grupo social en diferentes ciudades preindustriales	197
Cuadro IV.17.	Composición familiar según el grupo social. 1843.	198
Cuadro IV.18.	Composición familiar según el grupo social. 1860.	199
Cuadro IV.19.	Composición familiar según el grupo social. 1887.	199
Cuadro IV.20.	Estructuras según la profesión del cabeza. 1910	202

Cuadro IV.21.	Estructuras familiares según profesiones, 1930	202
Cuadro IV.22.	Composición familiar según el grupo social. 1910.	204
Cuadro IV.23.	Composición familiar según el grupo social. 1930.	205
Cuadro IV.24.	Composición del hogar según el la edad del cabeza de familia. 1843	209
Cuadro IV.25.	Composición del hogar según el la edad del cabeza de familia. 1860	210
Cuadro IV.26.	Composición del hogar según el la edad del cabeza de familia. 1887	210
Cuadro IV.27.	Composición del hogar según el la edad del cabeza de familia. 1910	210
Cuadro IV.28.	Composición del hogar según el la edad del cabeza de familia. 1930	211
Cuadro IV.29.	Composición del hogar según el ciclo vital en los principales grupos profesionales. 1887	213
Cuadro IV.30.	Composición del hogar según el ciclo vital en los principales grupos profesionales. 1930	214
Cuadro IV.31.	Tamaño y composición del hogar según el origen (nativo o in- migrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1887	219
Cuadro IV.32.	Estructuras familiares según el origen (nativo o inmigrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1887	219
Cuadro IV.33.	Tamaño y composición del hogar según el origen (nativo o in- migrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1930	220
Cuadro IV.34.	Estructuras familiares según el origen (nativo o inmigrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1930.	220
Cuadro IV.35.	Tamaño, composición del hogar y porcentaje de familias complejas según la profesión del cabeza de familia y el origen del cabeza y cónyuge, 1887	223
Cuadro IV.36.	Tamaño, composición del hogar y porcentaje de familias complejas según la profesión del cabeza de familia y el origen del cabeza y cónyuge, 1930	224
Cuadro IV.37.	Estructuras familiares en las que vive la población según su edad. 1887	230
Cuadro IV.38.	Estructuras familiares en las que vive la población según su edad. 1930.	230
Cuadro IV.39.	% de hogares según el n.º de domésticos que albergan, 1860 .	241
Cuadro IV.40.	% de hogares según el número de domésticos que albergan. 1887.	242
Cuadro IV.41.	% de hogares según el n.º de domésticos que albergan. 1930 .	242
Cuadro IV.42.	Estructuras familiares según la profesión. 1887	248
Cuadro IV.43.	Estructuras familiares según la profesión. 1930	249
Cuadro IV.44.	Media de parientes asc./desc./col. según la edad y profesión del cabeza. 1887	252
Cuadro IV.45.	Media de parientes asc./desc./col según la edad y profesión del cabeza. 1930	253
Cuadro V.1.	Tasas de actividad femenina en los siglos XIX y XX	269

Cuadro V.2.	Tasas de actividad y de ocupación en el mercado laboral en Pamplona (15-64 años)	270
Cuadro V.3.	Porcentaje de mujeres en la población activa, la población ocupada, y el total de la población	271
Cuadro V.4.	Sectores de empleo de las mujeres en el mercado laboral	273
Cuadro V.5.	Subsectores de empleo de las mujeres en el mercado laboral	274
Cuadro V.6.	Porcentaje de mujeres en cada sector	275
Cuadro V.7.	Porcentaje de mujeres en cada subsector	275
Cuadro V.8.	Grado de parentesco con el cabeza de familia de la población activa no institucional.	291
Cuadro V.9.	Grado de parentesco con el cabeza de familia de la población activa no institucional. hombres	292
Cuadro V.10.	Grado de parentesco con el cabeza de familia de la población activa no institucional: mujeres	292
Cuadro V.11.	Composición del hogar y actividad en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia. 1887	297
Cuadro V.12.	Actividad e inactividad en el mercado laboral dentro del hogar según según la profesión del cabeza de familia. 1887	297
Cuadro V.13.	Composición del hogar y actividad en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia. 1910	298
Cuadro V.14.	Actividad e inactividad en el mercado laboral dentro del hogar según según la profesión del cabeza de familia. 1910	298
Cuadro V.15.	Composición del hogar y actividad en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia. 1930	299
Cuadro V.16.	Actividad e inactividad en el mercado laboral dentro del hogar según según la profesión del cabeza de familia. 1930	299
Cuadro V.17.	Tasas de actividad de las mujeres cabezas de familia y cónyuges	308
Cuadro V.18.	Profesión de las mujeres cabezas de familia activas en el mercado laboral.	309
Cuadro V.19.	Profesión de las mujeres esposas de cabeza de familia activas en el mercado laboral	310
Cuadro V.20.	Profesión del cabeza de familia de las esposas activas en el mercado laboral.	311
Cuadro V.21.	N.º de hijos e hijas y tasas de actividad femenina	315
Cuadro V.22.	Porcentaje, y número real analizado, de hogares con huéspedes dentro de cada grupo social	318
Cuadro V.23.	Edad agrupada de las trabajadoras del textil (%)	321
Cuadro V.24.	Estado civil de trabajadoras del textil (%)	321
Cuadro V.25.	Relación con el cabeza de familia de las trabajadoras del textil (%)	322
Cuadro V.26.	Estructura de los hogares de las trabajadoras del textil (%)	322
Cuadro V.27.	Número de componentes de los hogares de las trabajadoras del textil (%)	322
Cuadro V.28.	Situaciones más representativas de relación con el cabeza de familia y estructura de hogar. (% del total de trabajadoras del textil. Sólo aparecen porcentajes superiores al 10%)	323
Cuadro V.29.	Edad agrupada de las lavanderas (%)	325
Cuadro V.30.	Estado civil de las lavanderas (%)	326

Cuadro V.31.	Relación con el cabeza de familia de las lavanderas (%)	326
Cuadro V.32.	Estructura de los hogares de las lavanderas (%)	326
Cuadro V.33.	Número de componentes de los hogares de las lavanderas (%)	326
Cuadro V.34.	Situaciones más representativas de relación con el cabeza de familia y estructura de hogar. (% del total de lavanderas. Sólo aparecen porcentajes superiores al 10%)	327
Cuadro V.35.	Edad agrupada de las mujeres en comercio/hostelería(%)	331
Cuadro V.36.	Estado civil de las mujeres en comercio/hostelería(%)	331
Cuadro V.37.	Relación con el cabeza de familia de las mujeres en comercio/ /hostelería(%)	331
Cuadro V.38.	Estructura de los hogares de las mujeres en comercio/hostelería (%)	331
Cuadro V.39.	Número de componentes de los hogares de las mujeres en comercio/hostelería(%)	332
Cuadro V.40.	Situaciones más representativas de relación con el cabeza de familia y estructura de hogar. (% del total de mujeres en comercio/hostelería. Sólo aparecen porcentajes superiores al 10%) .	332
Cuadro V. 41.	Tasas de actividad de hijos e hijas en 1887 según la profesión del cabeza de familia.	334
Cuadro V.42.	Tasas de actividad de hijos e hijas en 1930 según la profesión del cabeza de familia.	334
Cuadro V.43.	Tasas de actividad de los parientes corresidentes según la profesión del cabeza de familia (datos más representativos), 1887-1930	336
Cuadro V.44.	% de población, según origen, que vive en familias sin ingresos .	340
Cuadro V.45.	% de población, según sexo, que vive en familias sin ingresos .	340
Cuadro V.46.	Origen de los cabeza de familia sin miembros empleados en el mercado laboral.	342
Cuadro V.47.	Sexo de los cabeza de familia sin miembros empleados en el mercado laboral.	342
Cuadro V.48.	Estructura de las familias sin miembros empleados en el mercado laboral	343
Cuadro V.49.	Características de los hogares sin miembros empleados	344

Índice de gráficos

Gráfico II.1.	Crecimiento natural por mil habitantes, Pamplona, 1843-1940 .	70
Gráfico II.2.	Tasas de natalidad y mortalidad	77
Gráfico III.1.	Porcentaje de mujeres en la población de la ciudad	153
Gráfico III.2.	Edad de llegada de los inmigrantes con menos de dos años de residencia	154
Gráfico IV.1.	Porcentaje de familias complejas según la edad del cabeza de familia	211
Gráfico IV.2.	Ciclo vital de hombres y mujeres en 1860	225
Gráfico IV.3.	Ciclo vital de hombres y mujeres en 1887	226
Gráfico IV.4.	Ciclo vital de hombres y mujeres. 1930	227
Gráfico IV.5.	Número de hijos/as en el hogar según la edad y la profesión del cabeza de familia. 1887.	232
Gráfico IV.6.	Número de hijos/as menores de 5 años según la edad de la madre y la profesión del cabeza de familia. 1887	233
Gráfico IV.7.	Número de hijos/as mayores de 14 años según la edad y profesión del cabeza de familia. 1887	233
Gráfico IV.8.	Número de hijos/as en el hogar según la edad y la profesión del cabeza de familia. 1930.	234
Gráfico IV.9.	Número de hijos/as menores de 5 años según la edad de la madre y la profesión del cabeza de familia. 1930	235
Gráfico IV.10.	Número de hijos/as mayores de 14 años según la edad y profesión del cabeza de familia. 1930.	236
Gráfico IV.11.	% de domésticos por grupos de edad. 1860	238
Gráfico IV.12.	% de domésticos por grupos de edad. 1887	239
Gráfico IV.13.	% de domésticos por grupos de edad. 1930	239
Gráfico IV.14.	Índice de masculinidad de los domésticos según la profesión del cabeza de familia.	244
Gráfico IV.15.	Número medio de domésticos por hogar según la profesión del cabeza de familia.	245
Gráfico IV.16.	Índice de masculinidad de los parientes coresidentes	250

Gráfico V.1.	Tasas de actividad femenina según la edad	285
Gráfico V.2.	Tasas de actividad masculina según la edad	288
Gráfico V.3.	Tasas de actividad femenina según el estado civil	289
Gráfico V.4.	tasas de actividad masculina según el estado civil	290
Gráfico V.5.	Sexo y estado civil de la población activa en el mercado laboral .	293
Gráfico V.6.	Relación activos/pasivos en el mercado laboral dentro de cada hogar según la edad y profesión del cabeza de familia. 1887. .	304
Gráfico V.7.	Relación activos/pasivos en el mercado laboral dentro de cada hogar según la edad y profesión del cabeza de familia. 1930. .	304
Gráfico V.8.	Composición de la población activa en el mercado laboral dentro de los hogares de cada grupo social según la edad del cabeza de familia. 1887	305
Gráfico V.9.	Composición de la población activa en el mercado laboral dentro de los hogares de cada grupo social según la edad del cabeza de familia. 1930	306
Gráfico V.10.	Tasas de actividad y nupcialidad femeninas	313
Gráfico V.11.	% de personas que viven en hogares sin miembros empleados en el mercado laboral	341

*Los hombres sin historia son la historia.
Grano a grano se forman largas playas
y luego viene el viento y las revuelve,
borrando las pisadas y los nombres.*

Silvio Rodríguez

Agradecimientos

Antes de nada, quiero ahora dar las gracias a todas las personas que han colaborado en esta larga tarea de realización de la tesis doctoral que ha sido la base de este libro, empezando por mi director, Manuel González Portilla, por sus orientaciones, su apoyo y la confianza depositada en mí desde un primer momento. También han sido fundamentales para la realización de esta tesis las componentes del Laboratorio de Demografía del Departamento de H. Contemporánea, Eva Robles, Eskolumbe Mesperuza, Karmele Zarraga, Belén Alcalde y Cristina Izquierdo quienes me han iniciado en el tratamiento informático de los datos, y con gran paciencia han ido solucionando las dudas que me han surgido. La microfilmación de la información fue posible gracias a la ayuda y consejos de Juan Carlos Pérez, además de la atención prestada por el personal del Archivo Municipal de Pamplona.

Por otro lado, quiero agradecer y mencionar también a quienes me han ido abriendo caminos de reflexión sobre los temas ahora investigados; Gabriel Armenteros y María Luz San Feliciano, quienes desde la enseñanza me transmitieron el gusto por la historia y me iniciaron en las tareas de la investigación y la discusión historiográfica, Pilar Pérez-Fuentes, que me inició en las lecturas sobre género y familia, Mercedes Arbaiza, que me ha ayudado y atendido con gran paciencia solucionando importantes dudas y atascos, Pedro Oliver, con quien comparto amistad e inquietud por la historia, y en múltiples charlas me ha ayudado a dar forma a ideas que ahora aparecen en la tesis, y mi hermano Ignacio, quien me ha hecho buenas críticas y sugerencias desde el campo de la teoría sociológica. Además, cuando lo he necesitado me han proporcionado ayuda, información o documentación Angel García-Sanz Marcotegui, Eduardo Martínez Lacabe, Fernando Mikelarena, Arantza Pareja, Toño Muro, Sagrario Anaut, y Jesús Sánchez Barricarte.

Además, el tribunal que ante el que defendí la tesis doctoral en julio de 2001, compuesto por José Urrutikoetxea, Fernando Mikelarena, Isabel Moll, Mary Nash y David Reher, me aportó, además de buenas dosis de ánimo con

sus palabras, interesantes observaciones que he intentado, dentro de lo posible, recoger de cara a esta publicación.

Puesto que la mayor parte del trabajo de informatización de datos la realicé, condenado por insumisión, entre los muros de la cárcel de Pamplona, especialmente quiero agradecer la ayuda que durante ese periodo me prestaron las/os compañeras/os de la universidad anteriormente mencionadas/os, mi familia y Edurne, para proporcionarme con paciencia y afecto la documentación histórica y la abundante bibliografía que les fui solicitando. Ellas/os, además de quienes con cartas y visitas, desde la calle, en el patio o en la minúscula «sala de estudio», me dieron su apoyo y buen humor, hicieron posible que en ese periodo le diera el empujón decisivo a la realización de esta tesis. Sin embargo, no quisiera que nadie se llevara engaños, la institución carcelaria, esa gran ausente de los programas de enseñanza de la historia, pone mucho más empeño en el control y la exclusión social de quienes las habitan que en facilitar el aprendizaje y las prácticas culturales.

Por último, tengo muy claro que si he llegado hasta aquí ha sido sobre todo gracias al cariño y apoyo de las personas más cercanas: mis padres, Ernesto y Miren, que nos han transmitido el gusto por una cultura crítica y siempre me han animado a seguir con esta tesis; mis hermanos Ignacio y Marta, cuyo afecto siempre siento cerca; Edurne, con quien tanto he compartido en estos años, y mis amigos y amigas, que tantas alegrías me dan. A todos/as ellos/as les deseo lo mejor, por ser como son.

Prólogo

En los últimos lustros, el campo de la demografía histórica ha conocido un gran desarrollo en España. Hacia mediados de la década de 1970, el panorama de este campo dejaba mucho que desear, sobre todo comparado con la brillante escuela existente desde hacía tiempo en Francia y la pujanza de las nuevas escuelas británica e italiana. En España tan sólo destacaban algunos trabajos desarrollados por investigadores de la Universidad de Santiago (bajo la dirección de Antonio Eiras Roel), un núcleo en Cataluña (con Jordi Nadal como figura más relevante), y algún trabajo elaborado por investigadores internacionales de renombre, tales como Massimo Livi Bacci o William Leasure. Por lo demás, se detectaba poco dinamismo en el campo y, tal más preocupante, poca sensibilidad hacia temas de población por parte de la mayor parte de los historiadores.

En la década de los 1980 todo ello iba a cambiar. Cabe señalar tres hitos de una década prodigiosa que sirvieron como referentes imprescindibles en el avance de esta disciplina. En 1980 apareció un libro Vicente Pérez Moreda (*Las crisis de mortalidad en la España interior, siglos XVI-XIX*, Madrid, 1980) que iba a influir poderosamente en la forma de hacer los estudios de población en España. Este libro, por su rigor y su enfoque, pronto iba a dejar una huella indeleble en el campo, convirtiéndose en una obra de referencia obligada, cualidad que sigue teniendo en la actualidad. En 1983, se fundó la Asociación de Demografía Histórica (ADEH) que iba a aglutinar —y sigue aglutinando— a todas aquellas personas interesadas por este campo. La ADEH, que tuvo su primer Congreso en diciembre de aquel año, sirvió de guía y de acicate para este campo en rápida expansión. Sus numerosos congresos y sobre todo su *Boletín* (llamado en la actualidad *Revista de Demografía Histórica*) ofrecieron el marco ideal para estimular la mejora en la calidad y la cantidad de las investigaciones en este campo. Basado originalmente en los trabajos presentados en el Congreso de 1983, pero ampliado considerablemente, en 1988 se publicó *La demografía histórica en España* (V. Pérez Moreda y D.S. Reher, eds., Madrid) que, con su ambiciosa bibliografía de más de 3.000 citas sobre temas de población en España y Portugal, sirvió como referente fundacional para el nuevo campo. El libro de Pérez Moreda, la creación de la ADEH, y la aparición de esta última obra marcaron la llegada a una mayoría de edad para este campo en España.

En 1990, la demografía histórica no se parecía en casi nada a aquél campo pequeño y titubeante de 15 años antes. Se habían establecido vínculos personales e institucionales con la comunidad científica en Italia (sobre todo), en Francia y en Inglaterra. A los investigadores españoles se les admitía en los foros internacionales como ciudadanos de primera. Las investigaciones españolas se hicieron cada vez más ambiciosas y sofisticadas, publicándose sus resultados en prestigiosos medios de comunicación científica nacionales e internacionales. La creciente sofisticación de los trabajos, la maduración en los enfoques analíticos y la búsqueda de temas innovadores han caracterizado los últimos 10 años, y son todas ellas pruebas de un campo plenamente establecido.

El País Vasco y Navarra participaron de lleno en este dinamismo, hasta tal punto que, en la actualidad, la realidad vasca y navarra es de las mejor conocidas en la Península Ibérica y varios de los historiadores de la población de mayor solvencia en la actualidad provienen de estas regiones. En Navarra, por ejemplo, la lista de investigadores de calidad sería larga y prestigiosa. No menos brillante ha sido el desarrollo en el País Vasco, donde los jóvenes investigadores han ido saliendo de la Facultad de Económicas de la UPV y de lo que podríamos llamar la «escuela de Lejona», liderado con entusiasmo y buen tino por Manolo González Portilla. Fernando Mendiola, autor de este libro, participa por partida doble en este linaje científico ya que es residente en Navarra y es producto de la escuela de Lejona.

Durante toda la primera época del desarrollo de la demografía histórica en España, desde sus inicios hasta su despegue definitivo en los 1980, el campo estaba dominado por los estudios microanalíticos, basados normalmente en el método de la reconstrucción de familias, así como en las series de hechos vitales que servían de base para una amplia gama de enfoques que iban desde la evolución a medio y largo plazo de la población hasta trabajos especializados como el de Pérez Moreda. Se trata, por así decirlo, de los enfoques clásicos de la demografía histórica. Desde que cobró dinamismo el campo, no obstante, fueron apareciendo otros enfoques, otros temas, y otros estudios basados en la utilización de fuentes diferentes, a veces de forma muy novedosa. Cabe destacar dos grandes temas donde se dio más claramente esta tendencia: por un lado, la historia de la familia y, por otro, una creciente preocupación por el tema de la transición demográfica y por el devenir de la población desde finales del siglo XIX hasta la actualidad. En sus inicios, ni el siglo XX y la transición demográfica, ni la historia de la familia eran preocupaciones importantes para los historiadores de la población. Ya no. En los últimos 10 ó 15 años, ha habido un verdadero aluvión de estudios de calidad tanto sobre la familia en contextos históricos y sobre la transición demográfica en España. Son las señas de identidad de un campo ya maduro, donde algo del entusiasmo original va siendo reemplazado por una mayor sofisticación analítica y metodológica. Se trata de un proceso natural y muy beneficioso para nuestro conocimiento del pasado. Cabe destacar, en este sentido, que la gran mayoría de la producción científica en este campo realizada en el País Vasco y en Navarra, trata precisamente de la historia de la familia y de la transición y modernización demográfica de la sociedad.

Este libro de Fernando Mendiola, al estudiar la configuración del mercado de trabajo y su relación con las formas familiares en Pamplona entre 1840 y 1930, participa de lleno en estos dos grandes temas: la historia de la familia y la modernización demográfica de la sociedad. Enfoca su estudio desde el ángulo del empleo, sobre todo el empleo de la mujer. He aquí la apuesta novedosa de su investigación. A pesar de su importancia, el empleo y el mercado de trabajo han recibido siempre menos atención por parte de los historiadores de lo que le correspondería por su importancia. La razón para ello es que las fuentes disponibles para conocer el mercado de trabajo —sobre todo empadronamientos y censos— presentan grandes dificultades para su estudio. Estas dificultades se derivan, básicamente, de la obligación de declarar un solo oficio cuando en realidad una gran parte de la población trabajaba en más de uno de forma simultánea, de los cambios en la definición y en el sentido económico y social de muchas ocupaciones a lo largo del tiempo y, naturalmente, de las dificultades relacionadas con la estimación de la actividad económica de las mujeres, debido, sobre todo, al multifacético papel de la mujer dentro de las sociedades históricas.

El libro de Mendiola se adentra en este terreno proceloso con entusiasmo, con imaginación, con brío y con considerable acierto. Al enfocar este tema en función de las estrategias familiares, le da una dimensión adicional a los múltiples aspectos sociales y económicos que ya tiene. El resultado de su esfuerzo es un estudio muy interesante acerca de la sociedad de Pamplona en un período de rápido cambio socio-económico y demográfico. Se trata de un estudio que contribuye a aclarar las dinámicas de modernización que se dieron en ciudades españolas durante la época. Por todo ello, no podemos menos que congratularnos por la aparición de este libro y por la llegada de este joven investigador a su propia mayoría de edad investigadora.

David REHER
Presidente de la Asociación de Demografía Histórica (ADEH)
Madrid, abril de 2002

Capítulo I

Introducción

I.1. HISTORIA DE LA FAMILIA E HISTORIA SOCIAL

Hablar de la familia en el marco de la historia social de la industrialización ha pasado de ser una mera curiosidad a convertirse en uno de los temas centrales de investigación. Este cambio, sin duda, está estrechamente relacionado con la evolución y crisis que ha experimentado la propia historia social como disciplina, así como con los aportes que ha recibido de otros campos de las ciencias sociales.

Realizar una investigación sobre historia de la familia y estrategias familiares basada en gran medida en las aportaciones metodológicas de la demografía histórica es algo que no pretende resultar novedoso en nuestro panorama historiográfico. Al contrario, se sitúa en una línea de reflexión y de trabajo que ya ha mostrado su capacidad analítica y explicativa, considerando la realidad familiar como una de las bases de la historia social.

¿Cómo llegamos a esta convicción? ¿En qué premisas teóricas se basa? ¿Por qué tiene sentido, a mi entender, un trabajo como ésta? Para responder a estas preguntas es imprescindible adentrarse en las discusiones historiográficas de los últimos años, unas discusiones que, desde la crisis de los paradigmas de la historia social tradicional, han estado marcadas por el escepticismo hacia las explicaciones generalizadoras y por la gran variedad de propuestas que se han lanzado.

No pretendo hacer un recorrido exhaustivo de las últimas reflexiones historiográficas, sino, principalmente, dibujar, desde una perspectiva personal y a la fuerza selectiva, las principales aportaciones y líneas de evolución teórica que me han conducido a este interés por la familia, dejando las discusiones historiográficas sobre aspectos más concretos para los capítulos correspondientes. El objetivo de esta reflexión es, por lo tanto, trazar las líneas generales que nos llevan a algunos historiadores a hacer de la historia de la familia uno de los ejes claves de nuestra propuesta de historia social, y en

este sentido creo que son sobre todo tres los grandes referentes desde los que partimos: la propia crisis y evolución de la historia social, las reflexiones que principalmente desde algunos sectores del feminismo se han hecho sobre el género como construcción social, y, las aportaciones metodológicas de la demografía histórica.

I.1.1. Política, filosofía y epistemología en la crisis de la historia social

En primer lugar, y creo que puede ser uno de los motivos centrales, está la fuerte crisis, desorientación y reorientaciones que se han vivido dentro de la historia social, después de varias décadas, sobre todo desde la segunda postguerra europea del siglo xx, que han sido calificadas como «la edad de oro» por Julián Casanova (1991) o como «la época de los grandes paradigmas» por Julio Aróstegui (1995). Estas décadas conocieron un florecimiento de la historia social, tanto desde perspectivas marxistas como desde la más ecléctica escuela de los Annales, o incluso desde escuelas cuantitativistas. Estas corrientes, y sobre todo las marxistas, con una mayor preparación y complejidad teórica, partían del objetivo de hacer una historia científica, que pueda explicar tanto las interrelaciones entre los diferentes elementos sociales como los mecanismos de cambio social, es decir, partían con una vocación de historia total.

Sin embargo, desde la década de los sesenta, y sobre todo en los setenta, se empiezan a oír voces discordantes entre algunos de los representantes de esta historia social. Al margen de debates como los que enfrentaron a E.P. Thompson y Althusser, en el que el primero fue ya calificado como culturalista, y que dejaba claras las importantes diferencias teóricas dentro de la historiografía marxista, surgieron otras voces que cuestionaban de manera clara la salud y las posibilidades de la historia social, y que aparecen recogidas en el citado trabajo de Casanova. Así, Stone rechazaba lo que denomina un enfoque sociológico-estructural que comparten el marxismo, los Annales, y la New Economic History, que, a su modo de ver, dejaba marginados los factores culturales, políticos o religiosos frente al determinismo «demográfico-estructural», mientras que E.F. y E.D. Genovese, desde otras premisas teóricas, denunciaban la marginación de lo político de dentro de la historia social.

A pesar de que hubo quien, como Hobsbawm (1991), rechazaron el diagnóstico de crisis, lo cierto es que en la década de los ochenta y sobre todo de los noventa las bases teóricas y epistemológicas de la historia social han sido fuertemente cuestionadas. Sin embargo, ahora la discusión trasciende claramente el marco historiográfico, para entroncarse en las discusiones políticas, filosóficas y epistemológicas de este fin de siglo, en el que la crisis de la historia debe ser relacionada con nuevas concepciones de la objetividad científica (Pérez-Garzón, 1999). No voy a extenderme ahora en estos temas, pero creo que es imposible entender la crisis de la historia social sin tener en

cuenta la nueva realidad política, en la que la clase obrera no aparece como el único protagonista o impulsor del cambio social, y el nuevo panorama intelectual, en el que se enmarca el post-modernismo, y que cuestiona la posibilidad de un conocimiento científico de las sociedades.

La crisis de la izquierda política ha dejado su huella en la historiografía. Bastante antes de la caída de los regímenes de Europa oriental, algunos de los paradigmas de la izquierda, en sus distintas corrientes, estaban ya en profunda discusión, principalmente desde que en la década de los sesenta quedara claro que el cambio social, incluso revolucionario, no tenía por qué ser impulsado solamente o hegemonícamente por la clase obrera. Tanto las diferentes movilizaciones de los años sesenta (estudiantiles, anticoloniales, en favor de los derechos civiles de las minorías, contraculturales...) como la aparición organizada de los llamados nuevos movimientos sociales (feministas, ecologistas y pacifistas sobre todo), cuestionaron en la práctica algunos de las principales bases teóricas de la izquierda y de la historia social tradicional: ni la clase obrera es el único sujeto revolucionario, ni la clase es la identidad clave para entender la conciencia social, ni la explotación y las tensiones sociales se pueden circunscribir al marco de la producción económica. Sería excesivo plantearnos ahora un recorrido historiográfico sobre estos movimientos, pero creo que lo dicho sirve para entender de qué manera su irrupción en la escena política ha afectado a los grandes paradigmas de la historia social.

Una de las grandes aportaciones de esos nuevos movimientos es la de otorgar importancia política a aspectos de la vida hasta entonces calificados como «privados», tal y como sucede con las prácticas de consumo, las relaciones de poder en la familia o la sexualidad. Lo cotidiano se revela como político y lo hasta entonces trivial es reivindicado como fundamental. La agenda política se renueva, y estos cambios políticos van a promover una renovación historiográfica dentro de la historia social, hasta entonces muy centrada en el estudio de la política obrera o el conflicto socio-económico (Fraser y Rose, 1996).

Se habla, aunque no sin polémica, de nuevos movimientos sociales, en el sentido de que, una vez que el desarrollo de las políticas sociales en Europa occidental había reducido en gran medida la pobreza extrema, la protesta social se dirigía hacia aspectos no directamente «económicos». Sin embargo, lo que se puede entender como una novedad comparándolo con el movimiento obrero de inspiración marxista, puede ser entendido también como el retorno de ciertas tradiciones del radicalismo popular relegadas durante la industrialización.

Desde la mirada historiográfica, la *novedad* de esos *movimientos no exclusivamente económicos* se hace más relativa. Es precisamente un historiador renovador del marxismo, E.P. Thompson, quien lleva también hacia el pasado esa concepción plural de la identidad y de las luchas sociales, criticando la que ha sido una de las simplificaciones de la historiografía marxista más ortodoxa:

«Encuentro en la tradición marxista —ahora hay muchos marxismos— muchas cosas marcadas por lo que, en última instancia, es una definición capitalista de la definición humana, aunque fuera un trastocamiento revolucionario de aquella definición. Esta definición de la necesidad, en términos materiales económicos, tiende a imponer una jerarquía de causación que da una prioridad insuficiente a otras necesidades: las necesidades de identidad, las necesidades de identidad de género, la necesidad de respeto y posición social entre las mismas gentes» (Thompson, 2000: 11).

Thompson critica la asunción desde la izquierda del modelo de «hombre económico» generado por la industrialización. Esta concepción de la naturaleza humana, «*al definir sus necesidades y sus satisfacciones en términos materiales del mercado —y al lanzar todos los recursos del globo al mercado, puede amenazar a la especie misma (tanto al Sur como al Norte) con una catástrofe ecológica*» (Thompson, 1995: 28).

Sin embargo, al analizar la protesta popular inglesa del siglo XVIII y de inicios de la industrialización, Thompson definió el concepto de «economía moral» en el que factores culturales, consuetudinarios y morales jugaban un papel clave junto con otros más ligados a cuestiones «económicas» o monetarias. Las páginas de su obra clásica, *La formación de la clase obrera inglesa*, están llenas de ejemplos en los que se aprecia el choque, y la lucha, entre concepciones preindustriales de la naturaleza humana con los valores del capitalismo industrial. En consecuencia, si la naturaleza del hombre económico es histórica, producto en gran medida de ese desarrollo industrial, también su concepción de la historia, en la que la base económica marca la dirección de la vida social, debe ser cuestionada.

Esto le lleva a Thompson a hacer una crítica de la simplificación del modelo «base/superestructura», clave en la tradición marxista, aunque este historiador no renuncie ni a ella ni al intento de seguir escribiendo historia social desde una perspectiva integradora. Si bien posteriormente volveré sobre este aspecto, he querido centrarme en la figura de E.P. Thompson porque en su trayectoria política e intelectual están íntimamente ligadas la crisis política de la izquierda tradicional, con la consiguiente aparición de nuevas formas y temas de protesta, y el cuestionamiento de alguno de los paradigmas de la historia social tradicional.

Desde presupuestos políticos e intelectuales en gran medida opuestos, también han surgido voces que han puesto en cuestión los fundamentos de la historia social. No se trata ahora de una reflexión desde el pensamiento radical de izquierda, sino desde nuevas corrientes, denominadas genéricamente como post-modernistas, que algunos teóricos, como F. Jamelson, han calificado como «*la lógica cultural del capitalismo tardío*».

Aunque, como señala Aróstegui (1995), no se pueda hablar de historiografía post-modernista propiamente dicha, estas nuevas voces han criticado duramente la perspectiva estructural de la historia social y han dejado su impronta en algunas de sus nuevas tendencias.

Al rechazar lo que califican genéricamente de modernidad, los intelectuales postmodernos han rechazado una visión «*de la historia como ejemplo de una evolución «progresiva» y conjunta de la humanidad, con rasgos optimistas, que tiene sus raíces en el pensamiento de la Ilustración*» (Aróstegui, 1995: 135). En realidad, el pensamiento post-moderno no sólo rechaza la visión progresiva de la historia, sino la posibilidad de hacer un estudio completo de las estructuras sociales. Es tarea imposible, argumentan, porque esas estructuras sociales no existen fuera del «discurso historiográfico», fuera de las categorías que manejan los historiadores, y que muchas veces están en contradicción con lo único que conocemos del pasado, los restos de discursos y testimonios que son las fuentes. No podemos intentar un conocimiento científico de la realidad, porque esta no existe fuera de las representaciones lingüísticas que tenemos de ellas.

En realidad, más allá de los problemas historiográficos, estos planteamientos afectan a la totalidad de las ciencias humanas y sociales, y tienen su origen en el llamado «giro lingüístico» que preconizaron filósofos como Rorty desde los años sesenta, afirmando que el único objeto de conocimiento puede ser el lenguaje. Como explicaré próximamente, las aportaciones de Foucault pueden situarse en cierta medida, y no sin polémica, en esa tradición, pero con importantes particularidades que le han llevado a ser un referente para muchos historiadores.

Todas estas nuevas proposiciones, han tenido una importante repercusión en la historia social, tanto a nivel teórico como a la hora de escoger el objeto de las investigaciones. A nivel teórico, Joyce, en un artículo de significativo título («*The end of social history?*», 1995), exhorta a los historiadores a tomar en serio, aunque no a aceptar ciegamente, alguna de las críticas de la corriente postmodernista. En primer lugar, Joyce, recogiendo las críticas de Sewell, Eley y Nield a lo que llama «vieja historia social» (tanto la marxista como la liberal en torno a la revista *Annales*), señala que la historia social es un producto de la modernidad, y que descansa en una de sus premisas, la distinción entre lo social y lo cultural como dos categorías reales diferenciadas. Joyce argumenta la historicidad de esas categorías historiográficas, y retoma críticas que se han hecho desde dos diferentes ámbitos historiográficos.

Una de ellas, la feminista, sobre la que más adelante me extenderé por su importancia en la historia de la familia, ha puesto de manifiesto la importancia de otras categorías diferentes de la clase, como es la de género. Sin embargo, la importancia de esta categoría es que no se presenta como una categoría «real», sino como construida socialmente a través del lenguaje. Joyce señala que, la clase debe ser entendida de manera análoga. La otra aportación teórica que Joyce quiere subrayar es la que llega desde lugares del llamado tercer mundo, especialmente desde la India, una crítica que califica la historia social como categoría y conceptualización occidental, incapaz de explicar la experiencia o la evolución histórica de otros ti-

pos de sociedades, con lo cual Joyce vuelve a remarcar el carácter histórico, ligado a la modernidad, de las categorías analíticas de la vieja historia social.

Ya he señalado anteriormente que ese rechazo de las categorías historiográficas como reflejo objetivo de la estructura social pone especial acento, como alternativa, en la construcción del lenguaje. En ese terreno, lo que se ha llamado el pensamiento post-estructuralista, tiene una innegable y a la vez polémica deuda con las aportaciones de Foucault. Si bien Foucault no es, ni pretende ser, un historiador, su obra ha tenido una importante influencia en la historiografía, tanto por su análisis concreto sobre los mecanismos de disciplina de la sociedad contemporánea (un análisis que parte del análisis de la prisión y de su funcionamiento para extrapolarse a otros aspectos de la vida social), como, sobre todo, por las propuestas teóricas en las que se basan sus estudios. Estas propuestas conceden un lugar primordial al lenguaje, a los discursos, como articuladores de relaciones de poder, y esta ha sido una más de las bases en las que se han apoyado muchos de los historiadores que, según Jones, han desvirtuado las bases teóricas de quien dicen tomar como referencia.

Como bien ha señalado más de un historiador, resulta paradójico que a pesar de la crisis teórica, las investigaciones sobre historia social han seguido aumentando durante los últimos años. Vamos a analizar ahora cuáles han sido sus principales direcciones, y su relevancia en la historia de la familia.

I.1.2. El giro lingüístico y la historia de la familia

Compartiendo en gran medida algunos de los planteamientos del postmodernismo, aunque en muchos casos con anterioridad a la formulación explícita de éste, han surgido en la historiografía algunas corrientes que han tomado como eje los aspectos culturales, lingüísticos o representativos. Si bien es verdad que este grupo de historiadores comparte una crítica a lo que llaman «el reduccionismo materialista», encontramos muy diferentes tendencias entre ellos.

Siguiendo en parte los criterios de Cabrera (1999) y Jones (2000), he querido distinguir entre aquellos que han seguido radicalmente ese giro lingüístico y culturalista, y quienes, a partir de él, han intentado combinar las aportaciones de esta corriente con otras aproximaciones teóricas que permiten interrelacionar la esfera cultural con otras esferas de lo social.

Dentro del primer grupo, no cabe duda de que el historiador británico Stedman Jones ocupa un lugar importante. Como es sabido, no se puede decir que él sea el padre de esta corriente, pero sí es verdad que ha sido uno de sus teóricos más importantes, no sólo cuando utilizó este enfoque lingüístico en su estudio sobre el cartismo inglés, sino también, y quizás sobre todo, cuando ha vuelto a dar una nueva vuelta de tuerca con su artículo «*The de-*

terminist fix, ...» (1996), artículo que puede tomarse como uno de los más importantes manifiestos recientes en contra no sólo de la interpretación materialista de la historia, sino incluso de cualquier atisbo de materialismo.

Stedman Jones hace una reflexión sobre los resultados del «giro lingüístico» en la historiografía, y señala que la esperanza de que este giro proporcionara un nuevo camino para unificar el terreno historiográfico se ha desvanecido, manteniéndose en la actualidad la distancia entre la historia social y la intelectual o cultural. Al buscar la razón de ese relativo fracaso, Stedman Jones señala que a pesar de las proclamas teóricas, los investigadores no se han liberado de ese vínculo determinista originario del marxismo.

Especialmente perjudicial sería la influencia de Foucault, quien, a pesar de prestar una gran importancia a los discursos, entiende estos, según Stedman Jones, como determinados por una superestructura de relaciones de poder, achacando así a Foucault un nuevo determinismo similar, aunque en distinta dirección, al marxismo que en parte criticaba.

Además, le parece especialmente grave que algunos seguidores de Foucault proclamen, a partir de su *Archeologie du savoir*, la diferencia entre el autor francés y quienes proclaman la independencia del discurso, ya que en este libro se distingue entre «formaciones discursivas» y «dominios no discursivos» (instituciones, hechos políticos, prácticas y procesos económicos). Según Stedman Jones, este tipo de interpretaciones no han hecho sino contribuir a crear más confusión.

Frente a esto, S. Jones propone, explícitamente, rechazar cualquier tipo de explicación extralingüística de la realidad, y realizar una ruptura radical con el marxismo, algo que se debería haber realizado durante las décadas anteriores, y que, por no hacerse, se ha ido arrastrando como lastre. Propone, por lo tanto, profundizar en el análisis lingüístico, recogiendo en gran medida las propuestas de deconstrucción de Derrida. En este camino, elogia el trabajo de historiadores que han intentado la aplicación de este enfoque lingüístico a diferentes estudios, entre los que cita a N. Tadmor por su estudio sobre el hogar y la familia en la Inglaterra del siglo XVIII (1996).

En realidad, sin embargo, el citado estudio sobre el significado del hogar y la familia a partir de fuentes literarias, a pesar de sus aportaciones concretas, es una vuelta a un determinado tipo de historia de la familia que Anderson (1988) definió como «aproximación a través de los sentimientos». Esta aproximación tiene un importante desarrollo en la década de los 70, en estrecha relación con lo que se ha llamado la historia de las mentalidades, y, aunque con importantes diferencias, con lo que posteriormente se ha llamado la historia socio-cultural.

Esta historia de las mentalidades es una de las corrientes por la que optan historiadores que aceptan la llamada del «giro lingüístico» y pretenden hacer una nueva historia intelectual o cultural, pero ahora no limitada, como en la primera mitad de siglo, a las clases altas. Inicialmente vinculadas a la escuela de los Annales, estas nuevas corrientes se adentran en diferentes temas de in-

vestigación tratando de desvelar los sentimientos, las creencias o las representaciones que dan sentido a la realidad¹. Aspectos hasta entonces poco valorados de la vida cotidiana emergen como objeto de estudio, para intentar desvelarnos, con diferente éxito, cómo los entendían sus protagonistas. J. Gracia (1995) hace una valoración de las aportaciones de esta escuela a la historia de lo cotidiano, que coincide en gran medida con lo que Anderson señala para esta variante de la escuela de la familia.

Según Anderson, los trabajos de la «*aproximación a través de los sentimientos*», entre los que destacan las obras de Ariès, Shorter, Stone y Flan-drin, se han ocupado sobre todo por los cambios en los significados de la familia, en palabras de Ariès, «*no por la familia como realidad, sino por la familia como idea*». Indudablemente, al investigar sobre estos campos han sacado a la luz aspectos hasta entonces poco valorados por la historiografía y que sin embargo eran vitales en la experiencia cotidiana de mucha gente.

Sin embargo, son varias las críticas que se han formulado contra esta escuela, entre los que destacan dos de los que Anderson formula. El primero, a nivel metodológico, deriva de hacer excesivas generalizaciones sobre estos temas a partir de unas fuentes escritas que nos hablan exclusivamente de las clases superiores. El segundo, más importante a nivel teórico, se refiere a la explicación del cambio social:

«Pero también se plantea una cuestión más general: el papel de los factores culturales como explicación suficiente del cambio familiar. Salvo ocasionales excepciones, estos autores presentan un cuadro del sistema cultural de la familia completamente aislado de las relaciones de mercado y de trabajo de sus componentes» (Anderson, 1988: 70).

Este diagnóstico mantiene gran parte de su actualidad años después, y a pesar de las contribuciones metodológicas y de su aportación sobre importantes esferas de lo social marginadas en la historia social tradicional, «la escuela de los sentimientos», o en general el enfoque lingüístico no constituyen hoy en día un paradigma válido para salir de la crisis de la historia social.

Frente a ese enfoque teórico, las críticas no han venido solamente desde enfoques más o menos cercanos al marxismo, sino también desde historiadores que, subrayando la importancia de las nuevas aportaciones, intentan solucionar el problema de la ausencia de referencia a los marcos estructurales que subyace en este tipo de enfoques. En el fondo, estos historiadores, descontentos con ciertos aspectos del llamado giro lingüístico postestructuralista parten de una cierta reivindicación del pensamiento foucaultiano como algo que resulta ser más complejo de lo que se ha utilizado hasta ahora. (Jones,

¹ Para una valoración más extensa de esta corriente, se pueden consultar, entre otras, las obras de Fontana (1992), Le Goff (1980), o en la más reciente de Burke (1997 y 1998), en la que se avanza en el terreno de la cultura popular, y se hace una valoración crítica de la historia de las mentalidades.

2000; Cabrera, 1999; y Vázquez García, 1997). Según Jones, «*from misreadings of the powerful, provocative and precocious work of Foucault, history has often come to be practised and presented as just a particular product of postures, cultures, tropes and discourses*» (2000: 537)².

Precisamente lo que Stedman Jones veía como un error es reivindicado ahora como una tarea a realizar. Estos historiadores proponen una visión más global sobre el pensamiento foucaultiano que tenga en cuenta no sólo las prácticas discursivas sino también las no discursivas. El error partiría de no tomar en cuenta la praxis de los discursos, a través de la cual estos se forman y se socializan, una praxis en la que se debe analizar su emplazamiento (*modalités*), sus resultados (*comparaisons*), y su sonorización (*archives*)³. Por el contrario, reducir el pensamiento de Foucault a la máxima «nada más allá del texto», supone no captar la complejidad de sus propuestas.

En este sentido, Vázquez García reivindica el concepto foucaultiano de dispositivo como «*entramado de prácticas discursivas, y no discursivas que delimitan lo que puede decirse (régimen de lo enunciable) y lo que puede ser visto (régimen de visibilidad), incluyendo los tipos de subjetividad en liza*» (1997: 158). Esta reivindicación del pensamiento de Foucault es, sin duda alguna, un intento de entender el proceso de subjetivización de manera más global y plural, algo que puede encontrarse también en los trabajos historiográficos de Chartier⁴.

Dentro de esta vía hay que subrayar la importancia de J.W. Scott, quien, partiendo del legado foucaultiano, ha querido introducir no sólo una nueva categoría de análisis histórico, sino también proponer, a partir de esas aportaciones, una nueva manera de hacer historia y de comprender la experiencia. Creo que las aportaciones de esta historiadora son fundamentales para una nueva historia social. Como vamos a ver, Scott comparte la denuncia de otras historiadoras feministas sobre la marginación de las mujeres en la historiografía académica, pero, más allá de esa denuncia, elabora un marco teórico en el que el género se convierte en uno de los ejes de articulación de lo social, un eje que va a operar, aunque no solamente, desde una de las unidades básicas de la organización social, la familia.

² «*Desde erróneas lecturas del potente y provocativo trabajo de Foucault, la historia ha venido muchas veces a ser practicada y presentada como un particular producto de posturas, culturas, tropos y discursos*»

³ Un análisis más pormenorizado de estas cuestiones puede encontrarse en el citado trabajo de Jones. Para otra valoración del legado de Foucault a la historiografía, se puede consultar el artículo de Serna (1997).

⁴ Sobre Chartier y su propuesta de historia de las representaciones, señala Gracia (1995: 214) que «*ha tenido el mérito de considerar la importancia del lenguaje en las prácticas socioculturales sin caer en el relativismo radical de los defensores del giro lingüístico en la historiografía*». Para una explicación de las ideas de este autor, es interesante su artículo «*De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social*» cuyo título nos revela parte importante de sus propuestas.

1.1.3. Género, familia e historia social

Las propuestas sobre la utilización del concepto género en las ciencias sociales tuvieron un eco considerable en la escuela feminista estadounidense, en conexión con el avance de este y otros movimientos sociales. Aunque han sido varias las acepciones del término, a las que más tarde me referiré, todas ellas tienen en común el entender las diferencias sociales entre sexos en un momento histórico como producto de una realidad sociocultural, y no de determinaciones biológicas. Así, el género se entiende fundamentalmente como una construcción social, y no como fenómeno natural.

Sin duda alguna, la autora cuyas reflexiones han dejado más huella en la historiografía ha sido J.W. Scott, tanto por la coherencia de sus planteamientos como por sus propuestas de investigación, al margen de lo más o menos de acuerdo que se esté con ella. Esta historiadora ha querido ir más lejos de una reivindicación de la importancia histórica de las mujeres, y propone analizar la construcción histórica del género, basándose en gran medida en las propuestas de Foucault.

Ser hombre o mujer no es algo objetivo, sino que responde en gran medida a procesos de subjetivación en los que las prácticas discursivas y las no discursivas tienen una gran importancia, y son esos procesos de subjetivación, de construcción del significado de «hombre» o «mujer», los que dan lugar al género. Scott plantea una definición de género basada en dos proposiciones interrelacionadas: *«gender is a constitutive element of social relationships based on perceived differences between the sexes, and gender is a primary way of signifying relations of power»* (1986: 1067)⁵. Mientras la primera proposición hace referencia a esos procesos de construcción social de la identidad, la segunda va más lejos, y hace de esas relaciones de género uno de las bases de la organización social.

Así pues, la primera labor historiográfica en este sentido sería la de señalar, explicar y relacionar los símbolos culturales, los conceptos normativos, los discursos políticos, la práctica de instituciones y de la organización social que contribuyen a crear una identidad subjetiva. Este análisis, por lo tanto, da una importancia clave a aspectos históricos concretos, culturales, sociales o políticos, en contraste con otros intentos de explicar la identidad de género basados en planteamientos psicoanalíticos o en interpretaciones atemporales del concepto de patriarcado, a los que Scott califica de ahistóricos o esencialistas. Al mismo tiempo, también discrepa de la escuela feminista marxista debido a que *«within Marxism, the concept of gender has long been treated as the by-product of changing economic structures»* (1986: 1061)⁶.

⁵ «El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales, basado en diferencias percibidas entre los sexos; el género es una primera manera de significar relaciones de poder»,

⁶ «Dentro del marxismo, el concepto de género ha sido durante largo tiempo tratado como un subproducto de las cambiantes estructuras económicas».

Estos planteamientos sobre la construcción social del género van a tener una influencia directa en uno de los debates clásicos de la historia social, el de la formación de la clase obrera⁷, en el que Scott participa defendiendo que la formación de esta clase no está sólo influenciada por la nueva estructura socio-económica o por la tradición cultural y política popular (términos en los que se había planteado el debate clásico), sino también por unos valores de género compartidos por autoridades políticas y sindicatos obreros, que van a terminar modelando un tipo de familia obrera profundamente segmentada que basa sus ingresos monetarios en el empleo del esposo y todo el trabajo doméstico en la esposa.

Al traspasar el ámbito de la identidad subjetiva y plantear los valores de género en el centro de la construcción de la clase obrera, Scott hace una aplicación práctica de su segunda proposición. La historia de las mujeres, y la construcción del género, no sólo tienen el valor de iluminar facetas históricas escondidas hasta ahora, sino que añaden una categoría nueva al análisis de la realidad social en su conjunto. Si el género es una manera de significar relaciones de poder, entonces está presente no sólo en la realidad de las mujeres, sino en toda la organización social. Lo mismo que en la formación de la clase obrera, se debe analizar las concepciones de género sobre las que descansan otras construcciones políticas como el fascismo o las democracias liberales. Es así como se pasa de una historia de las mujeres, a una utilización del género como categoría de análisis histórico, que es la clave de la propuesta de Scott.

También en esta segunda proposición está clara la influencia de Foucault y de su concepto de poder, algo que reivindica Scott: «*We need to replace the notion that social power is unified, coherent and centralized with something like Foucault's concept of power as dispersed constellations of unequal relationships, discursively constituted in social fields of force*» (1986: 1067)⁸. La familia, por lo tanto se convierte en una de las instancias claves en la regulación de la moral y de la razón. En palabras de M. Perrot, «*Dans le quadrillage disciplinaire que décrit «Surveiller et punir», la famille est un point nodal d'articulation du public et du privé, des parents et des enfants, des individus et de l'Etat*», de manera que «*rèvéle la centralité de la famille comme instance politique*» (1998: 416)⁹.

⁷ Un debate que, en el caso británico, estuvo marcado por las discrepancias entre Thompson y Hobsbawm a la hora de localizar en el tiempo el nacimiento de la clase, y que en el fondo marcaban las diferencias entre dos corrientes de la historiografía marxista en cuanto a la cuestión de la conciencia de clase. Posteriormente, la obra de Stedman Jones sobre el carlismo marca otro hito en el debate, que fue redefinido por Scott en función del género.

⁸ «*Necesitamos sustituir la noción de que el poder social es algo unificado, coherente y centralizado por una idea de poder, en la línea de lo propuesto por Foucault, como dispersas constelaciones de relaciones diferentes, constituidas discursivamente en campos sociales de fuerza.*»

⁹ «*Dentro del encuadramiento disciplinario que describe «Vigilar y castigar», la familia es un punto nodal de articulación de lo público y lo privado, de los padres y de los hijos, de los individuos y el Estado, quedando de manifiesto la centralidad de la familia como instancia política.*»

Esta historiadora ha reflexionado sobre la influencia de la obra foucaultiana en la historia de las mujeres, y subraya la centralidad que cobran, de esta manera, esferas que hasta entonces habían permanecido como privadas e incluso íntimas. Así, si la familia es una instancia política esencial, también lo es el papel que las madres ocupan en ellas. En este sentido, Foucault desarrolla el concepto de *dispositivo de la sexualidad*, a través de la cual la «maternidad responsable» ha sido convertida en una de las bases de la sociedad, de manera que, para las mujeres, se ha intentado una medicalización de su cuerpo y de su sexo, base a la vez de la solidez de la institución familiar y de la salud social. Estamos hablando, por lo tanto, tanto de uno de los ejes del comportamiento sexual como de una de las bases del ordenamiento social, la reproducción humana entendida como biopolítica.

Las premisas teóricas foucaultianas y su uso de la genealogía han sido desarrolladas por Varela también en el campo del análisis histórico. Esta autora, a partir de la documentación medieval, propone el concepto de *dispositivo de feminización*, ligado a «*la separación tajante entre la economía por antonomasia, la economía doméstica, y la economía productiva, que permitió la autonomización absoluta de la esfera económica frente a las redes de intercambios afectivos a su vez recodificadas*» (1997: 230). Este dispositivo está por lo tanto ligado al desarrollo del trabajo asalariado, y debe ser analizado, según la autora, en los diferentes contextos sociales en los que vivían las diferentes mujeres, de manera que, desde una inicial puesta en práctica entre las clases medias urbanas, no llega a ser generalizado para toda la población hasta la industrialización, en el siglo XIX. Como consecuencia de este desarrollo del dispositivo de feminización, la actividad femenina quedaría relegada a las funciones reproductivas y al cuidado del hogar. Estamos, por lo tanto, ante un interesante desarrollo de las propuestas foucaultianas, en el que queda claro la centralidad de las relaciones sociales.

Esta importancia social y económica de la reproducción humana ha dado lugar a nuevos campos de investigación y de reflexión teórica que han puesto en contacto la historia de las mujeres y de la familia con la historia económica. En efecto, desde el pensamiento económico feminista se ha llamado la atención sobre los problemas resultantes de la distinción entre trabajo productivo y reproductivo, que en última instancia formalista, solamente se diferenciarían en su inserción, o ausencia, en el mercado laboral. Ésta ha sido otra de las grandes aportaciones del pensamiento feminista, no ya sólo a la historiografía, sino a la teoría económica, y merece, por lo tanto, que nos detengamos brevemente en sus propuestas.

Según la interesante síntesis del tema que presentan Borderías y Carrasco (1994), desde los años 80 se asiste a una renovación del pensamiento económico, que parte de la exigencia de una «*reconceptualización de las categorías de producción, trabajo, fuerza de trabajo..., que permita eliminar de ellas el sesgo ideológico que lleva a subvalorar o no considerar el trabajo de las mujeres*» (1994:79), por realizarse la mayor parte de éste fuera

del mercado de trabajo. Sin embargo, las propuestas de cambio van más lejos. No se trata solamente de reivindicar el valor económico de las actividades realizadas fuera del mercado, sino de subrayar su carácter imprescindible para la perdurabilidad del sistema social. Tanto el trabajo tildado de productivo como el reproductivo son imprescindibles, y además deben de ser estudiadas las relaciones que existen entre esas dos esferas, unas relaciones sobre las que se abrirán importantes discusiones teóricas, también recogidas en el trabajo de Borderías y Carrasco.

En este campo, sobre el que volveremos posteriormente, la aportación de Humphries y Rubery (1994) ha sido de gran importancia, al estudiar la autonomía relativa de la esfera de la reproducción respecto de la de producción, rechazando otros modelos más clásicos en los que se entendía la reproducción o como esfera autónoma totalmente o como determinada por las fluctuaciones de la esfera productiva. Estamos, de nuevo, ante la necesidad de explicación de las relaciones entre la agencia humana y el entorno económico, y en este caso concreto, de explicar las razones y la lógica en que se basa el comportamiento de las unidades básicas de reproducción, las familias.

De todos modos, las aportaciones en este campo no se limitan a señalar las relaciones entre las dos esferas, sino que intentan englobarlas en un concepto más global de reproducción social, «*entendida como el proceso que comprende la reproducción biológica de la fuerza de trabajo, la reproducción de los bienes de consumo y de producción, y la reproducción de las relaciones de producción*» (Borderías y Carrasco, 1994: 80).

Como se puede apreciar, las diferentes corrientes de pensamiento feminista han hecho importantes contribuciones teóricas tanto a la historia social como a la economía¹⁰. Se ha pasado de desvelar mundos ocultos, de reivindicar un protagonismo no reconocido, a proponer diferentes maneras de entender la sociedad y la economía en las que las diferencias sociales y culturales entre hombres y mujeres ocupen un lugar central. Todo esto nos lleva de nuevo a centrarnos en la familia como objeto de análisis, y también a intentar desvelar su comportamiento¹¹. Habrá que hablar de estrategias familiares, y de cómo las familias organizan sus cambios de residencia, sus grupos de residencia, su división interna del trabajo y su participación en los mercados laborales, pero antes de eso, y para hacerlo con una perspectiva global, creo que es necesario hacer un repaso de otras aportaciones que se han realizado también tomando a la familia como objeto de estudio, a partir de corrientes que no han abandonado la pretensión de una visión más estructurada, global o incluso científica de la realidad.

¹⁰ Para un panorama más detallado de las aportaciones sobre el tema en la historiografía española, ver Nash (1991) y López-Cordón (1999).

¹¹ Estas reflexiones teóricas también han sido aplicadas por Aixelá (2000) en el caso marroquí, constatando esta autora la centralidad de la familia y de los lazos de parentesco en la construcción social del género.

I.1.4. De nuevo, las estructuras

Frente al auge del postestructuralismo, otras corrientes historiográficas han optado por no tomar en cuenta la crítica radical que se hace a los paradigmas en los que se basa la historia social tradicional, y han seguido manteniendo, aunque también en evolución, unos enfoques basados en gran medida en diferentes corrientes del marxismo o en otros intentos de historia estructural. También entre ellas encontramos importantes e interesantes reflexiones, y nuevas propuestas historiográficas sobre la realidad familiar, que, para ser mejor comprendidas, deben de ser enmarcadas en la respuesta que se da desde estas corrientes a las ideas del llamado «giro lingüístico».

Entre ellos tenemos que distinguir dos grandes corrientes: por un lado, quienes han mantenido la vigencia del materialismo histórico, ya desde una fuerte polémica con la corriente post-estructuralista, ya desde una reflexión teórica propia y heterodoxa, como E.P. Thompson; por otro lado, tenemos a quienes han intentado formular nuevos marcos estructurales, o desde la historia de la familia, o desde la sociología histórica.

Las propuestas de Stedman Jones, Joyce, y otros autores postestructuralistas de poner en cuestión las categorías clave de la historia social, y en especial el concepto de clase, han encontrado una fuerte contestación entre los historiadores marxistas, dentro de las cuales quiero destacar las de Kirk (1994) y la de Palmer (1989), el primero de ellos en relación al conjunto de formulaciones del giro lingüístico, y el segundo, en fuerte polémica sobre las propuestas de Scott de aplicar muchas de las proposiciones postestructuralistas a la importancia del género en la formación de la clase obrera.

En su contestación a las propuestas de Joyce y Stedman Jones, Kirk se centra en primer lugar en cuestionar la validez de categorías como modernidad y post-modernidad en el sentido de realidades históricas contrapuestas, para posteriormente acusar a estos historiadores de presentar una visión caricaturizada y simplificada del materialismo histórico que quieren criticar.

En contraposición a un modelo determinista ya en desuso, Kirk recalca la riqueza y la complejidad de las investigaciones de recientes historiadores sociales, «*exploring the limits and the pressures (rather than necessary and lawed effects) of the 'economic' on other practiques and structures, the complex interactions between agency and conditioning, the exent to which structures exist and are part of cognition, degrees of 'relative autonomy', and the nature, construction, meanings, and social contextualization of lenguaje*» (1994: 228)¹². De hecho, Kirk reivindica para la historia social tradicional

¹² «*Explorando los límites y las presiones (más que los efectos necesarios o predeterminados) de lo económico sobre otras prácticas y estructuras, las complejas interacciones entre la agencia humana y sus condicionantes, la medida en que las estructuras existen y son parte del conocimiento, los grados de autonomía relativa, y la naturaleza, la construcción, los significados y la contextualización social del lenguaje*».

una mucha mayor interdisciplinaria y amplitud de miras que la observable dentro de la corriente postestructuralista seguidora del «giro lingüístico».

La crítica radical de las propuestas de estos historiadores, sobre todo en sus conclusiones teóricas sobre la identidad de clase durante la industrialización británica, no impiden a Kirk reconocer importantes aportaciones en sus obras. Entre los «saludables efectos» a los que hace referencia, hay que destacar que *«In taking seriously the languages of ‘ordinary people’, in terms of both their epistemological importance and their socially constitutive role, Stedman Jones and Joyce have also offered useful correctives to crude notions of ‘false consciousness’ and popular thought as being inherently ‘ideological’»* (1994: 233)¹³. Kirk coincide con ellos en señalar que cualquier intento serio de historia social debe tener seriamente en cuenta los pensamientos y lenguajes populares.

Sin embargo, achaca a estos autores el papel autoexplicatorio que otorgan al lenguaje, sin explicar los mecanismos por medio de los cuales la gente logra cambiar los significados, ni en qué medida los cambios en los discursos están relacionados con cambios sociales, económicos o políticos. Sin esas explicaciones, el lenguaje pierde referencias con la realidad, dando paso a una especie de determinismo idealista que no explica la complejidad del cambio social.

Este tipo de argumentos son los empleados por Palmer (1989) y Stansell (1989) en su respuesta a los planteamientos de Scott sobre la centralidad de los valores, y del lenguaje, de género en la formación histórica de la clase obrera. Estos historiadores acusan a Scott de despreciar los condicionamientos y las necesidades de reproducción del capitalismo a la hora de explicar el predominio de la familia basada en el salario del cabeza de familia durante la industrialización. La importancia que esta autora da al lenguaje de clase, y sobre todo a la reivindicación cartista del sufragio universal masculino, es vista por Palmer y Stansell, entre otros, como un reduccionismo del lenguaje. De todos modos, la validez o no del modelo de este tipo de familia y las razones de su predominio en algunos momentos han sido fuente de importantes debates historiográficos sobre los que volveremos en los capítulos correspondientes.

Frente a ese tipo de simplificaciones que achaca al postestructuralismo, Kirk se inclina por un materialismo histórico no reduccionista, heredero en gran medida, según sus propias palabras, del legado teórico de E.P. Thompson, historiador marxista que ha desarrollado un pensamiento teórico propio sumamente influyente en la historiografía.

En realidad, es imposible entender la renovación de la historia social en las últimas décadas sin tomar en consideración el trabajo de Thompson, tanto

¹³ «Al tomar seriamente en cuenta los lenguajes de la gente de a pie, tanto en términos de su importancia epistemológica como en sus roles socialmente constituidos, Stedman Jones y Joyce han ofrecido útiles correctivos a nociones tales como la falsa conciencia, o a las consideraciones del pensamiento popular como inherentemente ideológico.»

por su clásico estudio sobre la formación de la clase obrera inglesa, como por unas propuestas teóricas que también van a tener su aplicación en la toma de consideración de la familia como importante elemento social. Esas propuestas teóricas van a partir de un cuestionamiento, desde el mismo marxismo, de una de las metáforas clave de la historiografía marxista, ésa que nos habla de base y superestructura como dos esferas fundamentales de lo social, y, sobre todo, de la subordinación de la segunda a la primera.

En *La formación de la clase obrera inglesa*, Thompson subraya la importancia de tradiciones populares y de conceptos propios como la economía moral en la formación de un nuevo sujeto social, la clase obrera, que no aparece simplemente como un producto de las nuevas relaciones sociales capitalistas, sino, sobre todo, como resultado de la manera en que los diferentes sectores populares van interpretando esos cambios económicos en función de su propia experiencia y sus propios valores. La frase que ya se ha hecho clásica («*La clase obrera se hizo a sí misma*») resume de manera clara ese rechazo al determinismo economicista, para dar paso a una explicación de la agencia o acción humana como resultado, en gran medida, de la propia experiencia.

La valoración de este tipo de factores ha sido la razón de que sus propuestas hayan sido tachadas de «culturalistas» o «voluntaristas». Sin embargo, el concepto de cultura que utiliza Thompson es diferente del de los historiadores de la anteriormente mencionada «historia cultural», como se puede apreciar en la crítica que éste hace, citando a Burke, de «una visión demasiado consensual de esta cultura (popular) como “*sistema de significados, actitudes y valores compartidos, y las formas simbólicas (representaciones, artefactos) en las cuales cobran cuerpo*”». Frente a este tipo de definiciones de la cultura popular Thompson añade que es preciso prestar atención a la «*palestra de elementos conflictivos*», y colocar la cultura popular «*dentro de un equilibrio determinado de relaciones sociales (...), dentro de la morada material que le corresponde*» (1995: 19). En resumen, como apuntó en una de sus conferencias, quiso explicar «*su opinión de que las ideas y los valores están situados en un contexto material, y las necesidades materiales están situadas en un contexto de normas y expectativas, y de que uno da vueltas a ese multilateral objeto de investigación*» (2000: 11).

De hecho, Thompson está reivindicando continuamente una visión de lo social en la que elementos «económicos» y «culturales» no aparezcan como disociados, y para ello, no duda en criticar abiertamente la noción clásica de modo de producción: «*estoy poniendo en cuestión (...) la idea de que es posible describir un modo de producción en términos “económicos”, dejando a un lado, como elementos secundarios (menos “reales”) las normas, la cultura, los conceptos críticos alrededor de los cuales se organiza el modo de producción*» (1989: 97). En ese sentido, la familia aparece como una de las bases de la organización económica, pero también, y a la vez, como plasmación de relaciones culturales y afectivas, de ahí la necesidad de pregun-

tarse: «¿Dónde hemos de colocar las costumbres sobre la herencia —patrilineal o matrilineal, divisible o indivisible— que se transmiten tenazmente de forma no “económica” y que sin embargo, tienen una profunda influencia en la historia agraria?» (1989: 98).

Un ejemplo concreto de la utilización de estos planteamientos teóricos al estudiar la familia en el pasado es el que Thompson desarrolla en su estudio sobre el entramado hereditario de los yeo man ingleses (2000), en el que, a través del análisis de los sistemas de herencia de estos campesinos independientes se entrelazan diferentes intereses económicos, valores de género, y un sinfín de costumbres comunitarias, escritas y no escritas. A su vez, estas prácticas hereditarias, que no pueden ser calificadas ni como mera racionalidad económica ni como simple forma discursiva, van a tener importantes consecuencias en la decadencia de este grupo social. Seguramente, esta ha sido una de las más novedosas e interesantes aportaciones a la historia de la familia, una visión que, dentro de la tradición marxista, ha sido capaz de comprender la realidad familiar de manera más compleja y rica de lo que se hizo en el ya clásico estudio de Engels.

De todos modos, no sólo desde el marxismo ha habido intentos de hacer del estudio de la familia una de las bases de un análisis estructural de lo social. La reacción al llamado giro lingüístico también ha venido de historiadores que han querido tomar prestados de la sociología un aparato conceptual con pretensiones científicas. Dentro de la variedad de estos intentos, Aróstegui habla de una «historia socioestructural», que recibe en buena medida las aportaciones de una sociología más proclive a adentrarse en la complejidad histórica¹⁴. Esta corriente, que tiene en Giddens a uno de sus principales teóricos, supone un intento «por conceptualizar la real estructura oculta de la sociedad, el proceso real de cambio social» (Aróstegui, 1995, 148). Como se puede ver, una postura diametralmente opuesta al relativismo postmoderno, y que va a dar gran importancia a los estudios comparativos, como el de Ch. Tilly.

Dentro de este estudio de las estructuras sociales la familia va a ocupar un lugar importante, pero no con elaboraciones ahistóricas como las formuladas por la sociología funcionalista. Según Parsons, uno de los principales autores de esta corriente, la familia nuclear se corresponde perfectamente con el funcionamiento de la sociedad industrial capitalista, no sólo por su división interna del trabajo y las facilidades que demuestra hacia la movilidad, sino, sobre todo, por la transmisión de unos valores universalistas supuestamente característicos de la actual estructura económica. No es momento ahora de recoger las críticas que han recibido estas posturas¹⁵, pero sí es necesario subrayar que carecían de cualquier intento de verificación histórica.

¹⁴ Un resumen de las principales aportaciones de la sociología histórica se puede consultar en las síntesis de Juliá y Casanova.

¹⁵ Una exposición detallada de las teorías de los principales sociólogos funcionalistas y de las críticas que han recibido se puede encontrar en el libro de C.C. Harris.

Frente a ese tipo de aproximación sociológica, la llamada historia socio-estructural va a compartir la preocupación por la familia, pero ahora desde una perspectiva que valora la investigación histórica, y que pone a la familia en el centro de la estructura social. Prueba de ello es el trabajo del propio Ch. Tilly (1978, 1987 y 1991). En el primero de ellos, Tilly compila una serie de estudios sobre los cambios en la fertilidad, señalando claramente que comparten la oposición a «*the interpretation of fertility changes in Europe and America as resulting from changing enthusiasm for children and for family life*» (1978:335)¹⁶. Frente a esa interpretación que estaría ligada a lo que el ya citado Anderson denominaba «la aproximación de los sentimientos» dentro de la historiografía sobre la familia, la compilación de Tilly da prioridad al peso de las estructuras sociales en el intento de llevar a la práctica unos objetivos racionales a largo plazo por parte de individuos, familias o comunidades¹⁷.

En buena medida heredero de esta pretensión por captar la dinámica estructural es uno de los libros de historia clásicos sobre el tema de la familia, el estudio de M. Anderson sobre Lancashire durante la industrialización, el cual parte de la necesidad de enmarcar las decisiones individuales sobre el mantenimiento de lazos de parentesco en las estructuras socio-económicas. Anderson cree necesario analizar cuáles son los objetivos que las personas se marcan a la hora de sacar adelante su vida, y enmarcar esas intenciones en el contexto social, en lo que él llama «*a structural level actor-based perspective*» Anderson, 1971, 7)¹⁸. Eso supone partir de las motivaciones individuales (de nuevo un giro subjetivista), pero enmarcadas no sólo en el desarrollo de la industrialización, sino también en el estudio sobre las alternativas que las políticas sociales, o la beneficencia, podrían suponer al fortalecimiento de lazos de parentesco a la hora de conseguir esos objetivos individuales.

Esta necesidad de integrar el análisis familiar en el de la estructura social ha sido también expresado en otras reflexiones teóricas sobre el tema. En su ensayo sobre las aproximaciones que desde la historia social y la antropología se han hecho sobre la historia de la familia, Medick y Warren Sabeen (1984) hacían una dura crítica sobre la aproximación basada fundamentalmente en el estudio de los sentimientos familiares, y apostaban por un análisis estructural que explique la formación de esos sentimientos: «*one has to seek the plane, the territory, on which emotions are patterned and to grasp their articulation in specific contexts of concrete material inte-*

¹⁶ «*La interpretación de los cambios en la fertilidad en Europa y América como resultado de un cambio en el entusiasmo por los hijos y la vida familiar*».

¹⁷ Entre los estudios del libro, es quizás el de Easterlin el más ambicioso en el plano teórico, el que intenta establecer un modelo sobre las relaciones de la fertilidad de las sociedades con otras variables sociales.

¹⁸ «*Una perspectiva a nivel estructural, basada en los actores*».

rest, property relationships, and the dynamics of social reproduction» (1984: 12)¹⁹.

Una postura similar, en un contexto más cercano, es la mantenida por Chacón y Ferrer i Alós (1997), quienes apuestan por integrar la categoría familia en la explicación del cambio histórico. Estos historiadores no renuncian tampoco a la pretensión científica para la historia, y entienden la familia como «*uno de los mejores laboratorios de experimentación científico-social para lograr esa comprensión global y general del proceso social y su evolución en el tiempo*» (1997: 16).

Dentro del panorama español, no cabe duda de que la obra de D. Reher representa un referente indispensable a la hora de enmarcar la historia de la familia en su amplio contexto social. Tanto sus investigaciones sobre la ciudad y la provincia de Cuenca, como su síntesis sobre la familia en España serán de continua referencia en esta tesis doctoral, como lo han sido en gran parte de las investigaciones que se han hecho sobre el tema durante los últimos años. Este investigador señala cuáles son, a su juicio, los grandes retos de la historia de la familia, y para ellos señala la necesidad de «*apuntar hacia la interacción de la familia con el entorno social, económico y cultural, y hacia la familia como institución intermedia entre la persona y la sociedad*», considerando a «*la familia en su doble función de institución modelada por las mareas de la historia, pero también agente activo de esos procesos de cambio histórico*» (1996: 20 y 21).

Como se puede ver, este tipo de enfoques pone el acento en las estructuras socio-económicas, pero tampoco podemos olvidar a quienes, en el mundo rural, han intentado también relacionar las formas familiares con el contexto ecológico. Si bien es verdad que dentro de los Annales el medio físico había ocupado una importancia considerable, también lo es que en las últimas décadas tanto la aparición movimiento ecologista como la constatación de la crisis ecológica del planeta han realizado importantes contribuciones teóricas a la economía y de las ciencias sociales, algo que también se ha reflejado, en diferentes medidas y direcciones, en la producción historiográfica²⁰.

Un buen ejemplo de estas aportaciones al estudio histórico de la familia es el trabajo de Mitterauer (1992), basado en un concepto, el de ecotipo, propuesto por Gaunt y otros investigadores escandinavos, que remarca la importancia del modelo de explotación de los recursos naturales, pero con un mucho menor determinismo del que se derivaría de aplicar a las ciencias sociales el concepto biológico de ecosistema. Desde esta aproximación, Gaunt y Mitterauer constatan la necesidad de revisar la teoría clásica de la

¹⁹ «*Se debe buscar el plano, el territorio, en el que las emociones se forman, y entender su articulación en contextos específicos de intereses materiales, de relaciones de poder, y de las dinámicas de la reproducción social*».

²⁰ Una valoración crítica de estas aportaciones puede encontrarse en los trabajos de Fontana (1991), Martínez Alier (1993) y Zaldúa (1998).

familia protoindustrial para atender a las diversidades regionales en la relación con el medio y en el acceso a los recursos.

Teniendo en cuenta que la presente tesis doctoral aborda el estudio de la familia en el marco de la industrialización capitalista, tendré ocasión a lo largo de la tesis de señalar importantes cuestiones metodológicas y teóricas que han surgido de manera específica en este campo. De todos modos, creo que es necesario subrayar en esta introducción las aportaciones y las síntesis que en este tema ha realizado la historiadora T. Hareven, quien en una de las mejores síntesis sobre los estudios de historia de la familia (1995) nos ofrece gran parte de las cuestiones que afloran al interrelacionar la vida familiar con una de las grandes transformaciones sociales contemporáneas.

En conclusión, hemos visto que muchas de las propuestas del llamado giro lingüístico se han topado con otros intentos de reelaborar una historiografía basada en las estructuras y con una pretensión científica, ya desde el marxismo o desde otras posturas teóricas. Así, la historia de la familia se ha relacionado con la historia económica y/o social y con las estructuras políticas, y se ha dado pie a intentar explicar los comportamientos familiares en esos contextos más amplios. Para ello tendremos que acudir a uno de los conceptos clave la historia de la familia, el de estrategia familiar, que va a ser uno de los ejes de esta tesis doctoral, pero antes creo que es indispensable conocer dos de las aportaciones que desde la demografía se han hecho al respecto. Si hasta ahora hemos hecho hincapié en propuestas conceptuales y teóricas, ahora debemos prestar atención a propuestas metodológicas concretas que, aunque discutibles, han supuesto un referente clave en los estudios sobre la familia.

I.1.5. Las aportaciones de la demografía

La historia de la familia ha tenido una fuerte relación con la demografía histórica, pero, sin embargo, esta relación no ha estado exenta de problemas a la hora de coordinar las perspectivas y metodologías de una demografía clasificada como una de las ciencias sociales, y una historiografía que no suele renunciar a su vocación totalizadora. Las relaciones entre ambos campos han estado marcadas, según I. Moll (1997) por tres importantes diferencias: la diferencia en la unidad de análisis (que para la demografía es esencialmente el individuo), las diferencias sobre el término familia y la diferente formación académica.

Sin embargo, dentro de la historiografía sobre la familia, una corriente importante ha señalado, siguiendo el camino propuesto por P. Laslett, la necesidad de incorporar plenamente las herramientas de trabajo demográficas al estudio sobre la familia. Esta postura ha sido defendida recientemente por I. Moll y R. Rowland (1997), entre otros: «*Los historiadores de la familia normalmente están interesados por los efectos de las influencias culturales y*

económicas sobre la composición del hogar y la familia. Sin embargo, si no entendemos los mecanismos demográficos básicos no podemos profundizar en cómo estos factores culturales y económicos actúan realmente. La tarea de construcción de modelos es esencial para la historia de la familia» (Moll, 1997: 18).

De todos modos, es seguramente Laslett quien ha impulsado más decididamente la necesidad de utilizar las herramientas demográficas en el estudio sobre la familia, abriendo paso a lo que Anderson ha calificado como «aproximación demográfica». En la introducción a su libro sobre la ilegitimidad Laslett (1977) defiende las bases teóricas de esta postura, señalando que el estudio sobre la familia debe enmarcarse en la sociología histórica, y participar de la metodología de las ciencias sociales, especialmente la demografía.

No se puede decir que estas posturas hayan sido asumidas sin discusión, pero la verdad es que muchos de los estudios sobre historia de la familia, y éste no es una excepción, suelen hacer uso de las aportaciones metodológicas de esta corriente historiográfica. De hecho, la demografía histórica se está convirtiendo en un interesante campo de diálogo entre la historia social, la económica, o la política, y dentro de su ámbito se pueden situar también muchos de los debates que ya he señalado, así como muchos de los componentes de las estrategias familiares.

Debido a su gran importancia metodológica creo que, dentro de lo que Anderson ha llamado la aproximación demográfica a la historia de la familia se debe prestar atención sobre todo a las propuestas de Laslett sobre los hogares europeos preindustriales, y al proyecto sobre fecundidad europea del grupo de Princeton. A pesar de las críticas que han recibido por algunos sectores, no cabe duda de que ambas líneas han abierto muy interesantes campos de investigación y han renovado profundamente los estudios sobre la familia.

Aún cuando vamos a centrarnos en las aportaciones de Laslett, tenemos que apuntar también la importancia que han tenido en la apertura de nuevas vías de investigación histórica tanto el desarrollo de la técnica de reconstrucción de familias como las aportaciones y propuestas de Hajnal sobre lo que él ha llamado modelo europeo de matrimonio, más tardío y restringido que el de otras zonas del mundo (Hajnal, 1965).

La importancia del trabajo de Laslett (1972) deriva no sólo de sus aportaciones concretas al conocimiento de la historia inglesa, sino, sobre todo, de su propuesta de tipología sobre el hogar. Esta propuesta, que distingue entre hogares solitarios, sin núcleo conyugal, hogares nucleares, extensos o múltiples, cada uno con sus propias subvariantes, se ha convertido ya en clásica dentro de los estudios sobre la familia en Europa. En su momento, supuso una ruptura con la clasificación que propuso Le Play durante el siglo XIX, y ha permitido la existencia de marco comparativo entre diversas épocas y lugares.

Además de su propuesta tipológica, la obra de Laslett supuso también la refutación empírica de las tesis de Le Play y otros autores, fundamen-

talmente sociólogos, que relacionaban los siglos de Antiguo Régimen con el predominio de la familia troncal. En su análisis de la sociedad inglesa, Laslett demostró la hegemonía de la familia nuclear en estos siglos, y la importancia de la presencia en esos hogares de jóvenes solteros trabajando como sirvientes, como «life cycle servant», en palabras de Laslett. Con estas aportaciones no solo se descubría la falacia de muchas generalizaciones sobre el pasado preindustrial, sino que se proporcionaba una herramienta metodológica para clasificar y comparar los hogares europeos.

Sin embargo, estas aportaciones de Laslett también encontraron una fuerte contestación en su momento, con unas críticas que en muchos casos han sido ya superadas por investigaciones posteriores que conjugaron la clasificación propuesta por Laslett con las correcciones demandadas por sus críticos. Estas discrepancias, que han sido sintetizadas por Anderson (1988), llamaban la atención por la excesiva obsesión por cuantificar y clasificar los tipos de hogares, en lugar de atender a su función y significado social. Por otro lado, también se reprochaba a Laslett proponer unas mediciones que no tenían en cuenta la variedad del hogar según los grupos sociales, ni de captar el dinamismo del hogar a través del ciclo vital. Sin embargo, estas últimas correcciones han sido tenidas en cuenta en multitud de investigaciones, de manera que podemos contar con un conocimiento más exacto de la tipología familiar y de sus variaciones sociales y temporales²¹, mientras que en lo que se refiere al significado social, los debates y las aportaciones siguen abiertos.

Otra de las grandes novedades, y de las propuestas más ambiciosas en este campo ha sido el del proyecto sobre fertilidad europea de la Universidad de Princeton, dirigido por A. Coale y A. Watkins en el que también podemos diferenciar sus resultados empíricos y metodológicos. En el primer plano, el estudio comparativo basado en el marco regional se puso de manifiesto la poca fiabilidad de planteamientos que asociaban mecánicamente el descenso de la fecundidad matrimonial con la mortalidad infantil, mientras que en el segundo, queda la creación de tres indicativos ya clásicos en el panorama historiográfico.

El primero de ellos supone una irrupción en uno de los debates clásicos de la demografía, el referido a la transición demográfica, ya que después de la aportación de Coale y Watkins se hace difícil asegurar que el descenso de la fecundidad sea una mera respuesta a un descenso previo de la mortalidad infantil. Posteriormente desarrollaré estas discusiones en mayor profundidad, pero queda claro que, además de las conclusiones, otra de las grandes aportaciones del proyecto fue la creación de tres nuevos índices que también se han convertido en clásicos en los estudios posteriores.

Estos índices, Im (o índice de nupcialidad), Ig (o índice de fecundidad legítima), e If (índice de fecundidad general) se basan en la comparación con

²¹ Un buen ejemplo de la utilización en España de la clasificación propuesta por Laslett matizada según los grupos sociales y el ciclo vital se puede encontrar en la síntesis de David Reher (1996)

uno de los grupos humanos de mayor fecundidad, el de las comunidades religiosas de hutteritas, en América del Norte. Por otro lado, el índice I_g aparece como clave según Coale y Watkins en la definición de la transición demográfica, al iniciarse ésta cuando I_g experimenta un descenso definitivo en más de un 10% respecto a los niveles medios preindustriales. Gracias a ese índice el estudio sobre la fecundidad pasa de referirse a cuestiones globales sobre tasas de natalidad o mortalidad, para situarse en el interior de cada familia, y en la decisiones que éstas tomaron respecto a la reproducción. Se desliga así la fecundidad general, índice I_f , que puede obedecer a diferentes intensidades de nupcialidad y de fecundidad legítima, de esta última, reflejada en el índice I_g , y que atiende exclusivamente a la adopción de medidas en los hogares para no acercarse al máximo histórico conocido respecto a la fecundidad, el de los hutteritas.

Estas dos importantes aportaciones de la demografía histórica, la clasificación tipológica de Laslett, y los índices de la universidad de Princeton, han supuesto grandes avances en el conocimiento del funcionamiento de las sociedades pasadas, pero también han recibido críticas, que examinaré con más detenimiento en los capítulos correspondientes. A pesar de ellas, ambas están presentes en gran parte de la producción historiográfica sobre la familia, desde diferentes postulados teóricos, y también constituyen una parte importante de la apoyatura metodológica de esta investigación.

I.1.6. Las estrategias familiares en el centro de la historia social

Como ha quedado claro hasta ahora, el estudio de la familia se ha convertido en uno de los centros de interés de una renovada, desde diferentes ópticas, historia social. Han aparecido diversas miradas, aproximaciones e interpretaciones, pero casi todas ellas han coincidido en la importancia de los comportamientos familiares, tanto en la esfera de las identidades sociales (y aquí deberíamos hablar de sentimientos, de valores de género, de procesos de disciplinación social...) como en la articulación de la estructura social (proceso de reproducción social, interrelación con el mercado laboral, regímenes demográficos...). Es en este amplio abanico en el que nos moveremos en esta investigación, para intentar explicar la interconexión de algunos de estos comportamientos y sus circunstancias.

La diversa historiografía que se ha ocupado de estas cuestiones ha discutido sobre la necesidad de contar con un concepto que aglutine esos comportamientos familiares, y que nos ilumine su lógica, y entre esos conceptos el de estrategia familiar ha sido el más utilizado, aunque también haya sido criticado. Como explica Anderson (1988), el nacimiento de este concepto tiene mucho que ver con lo que él ha llamado «la aproximación a través de la economía doméstica», que intenta abordar el estudio de la familia desde su posición en la estructura social, pero hoy en día es innegable que su de-

sarrollo historiográfico lo ha puesto también en relación con otras aproximaciones más basadas en sentimientos o valores culturales y de género, o con las más demográficas, a la hora de buscar una interpretación de esos comportamientos.

Según este concepto, la familia nos aparece como un sujeto activo que toma decisiones para hacer frente al cambio económico que le rodea, unas decisiones en las que, como iremos viendo al entrar al estudio de cada una de ellas, influyen diferentes factores:

Los tipos de estrategias disponibles está limitados por una serie de aspectos: por las posibilidades de la familia de generar recursos (particularmente su composición sexo/edad); por el modo de producción en que la familia está inmersa; por las relaciones generadoras de renta implícitas en ese modo de producción; por las leyes y costumbres relativas a la adquisición de la propiedad; por las posibilidades de acceso a actividades alternativas generadoras de recursos o los derechos que proporcionan recursos; por la intervención de grupos poderosos ajenos a la familia; por costumbres que limitan el campo de las opciones generadoras de recursos que los individuos consideran asequibles en la práctica en un momento dado. (Anderson, 1988: 78)

Aun teniendo en cuenta que Anderson realiza esta enumeración pensando sobre todo en familias campesinas occidentales, y que no apunta a factores tan importantes como la relación entre el hombre y el medio ambiente, las diferentes posibles intervenciones de estados (guerras, políticas sociales...) o las diversas tradiciones culturales, creo que su enumeración sirve para advertirnos de la gran variedad de factores que van a influir en la conformación de las estrategias familiares.

El concepto de estrategias familiares, precisamente en parte por su apertura y poca rigidez, ha ido extendiéndose en diferentes campos de las ciencias sociales, y desde diferentes prismas teóricos, se ha subrayado su utilidad para entender muchos de los aspectos vitales. Sin duda, uno de los principales méritos de este concepto es de servir de puente entre diferentes corrientes de los estudios sociales, es en el estudio de estas familias donde se entrelazan aspectos culturales y materiales, y sobre todo aspectos macro y micro (Garrido Medina y Gil Calvo, 1993)²², pero esto no significa que la virtud de este concepto sea la de servir de comodín explicativo, sino, al contrario, su valor como *escenario* en el que diferentes modelos explicativos, muchas veces contrapuestos, pugnan por encontrar respuestas a aspectos esenciales de la vida cotidiana de las personas.

²² Algunas de las disputas que desde la sociología se han dirimido en torno a este concepto están recogidas en la introducción de Garrido Medina y Gil Calvo (1993) del volumen compilatorio de estudios sobre estrategias familiares en el mundo actual. Para una valoración crítica del uso del concepto de estrategias familiares en la reciente historiografía, véase la introducción de Fontaine y y Schlumbohm (2000) en el volumen editado sobre estrategias familiares entre los siglos XVII y XX.

Las críticas hacia el concepto de estrategia familiar se han centrado en tres grandes cuestiones. Por un lado, diferentes investigadores han puesto de manifiesto la complejidad interna y las jerarquías existentes en el hogar, que hacen que los comportamientos familiares no puedan entenderse como fruto de un simple consenso unitario. Laslett, Woolf (1994) y Kok (1994), entre otros autores, han puesto de manifiesto la importancia del grado de parentesco, la edad y el sexo como determinantes de la jerarquía interna, y la existencia de fuertes conflictos internos, entre padres e hijos, o entre hermanos y/o hermanas, en importantes cuestiones familiares. En concreto, Kok propone poner el acento en el estudio de las evoluciones individuales («life course») ²³. Desde la historiografía feminista también se ha señalado que esas estrategias esconden a menudo conflictos y desigualdades entre hombres y mujeres dentro del hogar (Sarasúa, 1996), lo cual ha llevado a algunos autores a remarcar la necesidad de estudiar no sólo las estrategias familiares, sino las estrategias dentro de las familias (Fontaine y Schlumbohm, 2000).

Un segundo grupo de críticas reprocha a quienes utilizan el concepto de estrategias el equiparar, de hecho, familia y hogar, y limitar las relaciones de ayuda mutua a la convivencia, cuando es sabido que las relaciones y estrategias familiares traspasaban el marco de la convivencia para abarcar otras facetas de cuidados, préstamos de dinero, ... Estas objeciones, planteadas entre otros por Woolf, han sido constatadas por Reher en la ciudad de Cuenca, donde ha podido desentrañar unas amplias y extendidas prácticas de ayuda familiar mucho más complejas que el compartir una vivienda (Reher, 1987)

Otro tipo de críticas hacia el concepto provienen de quienes cuestionan la racionalidad y la planificación consciente de la mayoría de los comportamientos familiares. Se señala que el término «estrategia» tiene unas connotaciones militares que lo equiparan a acción previamente planificada con vistas a conseguir un objetivo claro ²⁴, la mayor de las veces identificado con ventajas económicas. Algunos autores, como Woolf (1994: 19), critican que de esta manera se traspasen al terreno de la microeconomía familiar las teorías sobre optimización de recursos y la participación de la «mano invisible» propias de la economía política neoclásica.

Las investigaciones concretas han demostrado que esa concepción de la optimización de los recursos, en clave de racionalidad económica, no puede ser aplicada ni al comportamiento humano, ni a las llamadas estrategias familiares, de manera que, conforme a esta crítica, serían menos «estratégi-

²³ Son muy interesantes sus reflexiones teóricas y metodológicas sobre las estrategias y su recopilación de nuevas propuestas sobre «cursos de vida», o incluso, de genealogías de un pequeño número de familias, siguiendo los pasos de historiadores italianos como Gribaudi.

²⁴ Estas críticas aparecen más detalladas en la introducción del libro sobre estrategias familiares en la actualidad en Gran Bretaña editado por Anderson, Bechhofer y Gershuny (1994).

cas», en el sentido más literal del término, de lo que se suele pensar, y más atravesadas por valores y percepciones culturales muchas veces ajenas a la lógica del mercado (Woolf, 1994; y Kok, 1994).

A pesar de esas críticas, creo, coincidiendo con Anderson, que se puede mantener el concepto, siempre que se haga de una forma abierta, no economicista, y relativizadora de las planificaciones conjuntas a largo plazo. Además, una de sus utilidades sería el intento de trascender de una mera descripción del comportamiento familiar, que según Anderson ha sido uno de los principales fallos de muchos historiadores, para intentar explicar la génesis y la lógica de esos comportamientos.

Eso nos lleva de nuevo a la discusión teórica sobre la relación entre agencia y estructura, en la que, aún arriesgándome a caer en un cierto eclecticismo, voy a intentar recoger las propuestas sobre la importancia de las categorías lingüísticas y culturales dentro de unas estructuras sociales que a menudo vienen dadas a las familias. Sin querer restar protagonismo a la intencionalidad de la acción humana, creo que no se puede limitar esta a un mero cálculo racional económico en situación neutral. Al contrario, es necesaria una perspectiva más global, recogiendo las ideas sugeridas en la metáfora empleada por Neurath sobre el comportamiento humano: «*Somos como marineros que han de construir su nave en alta mar, que nunca pueden mantenerla en tierra firme y reconstruirla utilizando los mejores materiales*»²⁵.

En este sentido, creo que debemos recoger algunas de las aportaciones que se han hecho desde la teoría sociológica con el objetivo de superar la dicotomía clásica entre acción y estructura, o entre individuo y sociedad, una dicotomía que ha estado presente, aunque con distinto resultado, en las teorías de la acción racional (primando el factor sujeto) y en las teorías de acción normativa (primando la estructura). Esta dicotomía, en palabras de Varela, «*está en la raíz tanto de los procesos sin sujeto como de una concepción ahistórica y asocial de la subjetividad*» (Varela, 1997: 47). Frente a ella creo que son mucho más interesantes nuevas propuestas que como las de Elias, en las que el sujeto actúa desde su condición de sujetado, desde un espacio presubjetivo, pero sin perder su iniciativa. Desde esta perspectiva, por lo tanto, es necesario entender las circunstancias en las que las familias e individuos diseñaban sus estrategias, unas circunstancias, de naturaleza muy diversa, y que solamente de manera simplificadora se podrían calificar como «económicas», «políticas», o «culturales»²⁶.

Explorar las estrategias familiares en el sentido ahora apuntado es el objetivo de esta investigación, pero partiendo de la precaución de que muchas veces aventurarnos más allá de la descripción de ciertos comportamientos

²⁵ Citado en la tesis doctoral de I. Mendiola (2000: 60)

²⁶ Estas críticas a las dicotomías tradicionales de la teoría sociológica y la apuesta por nuevos marcos teóricos aparece recogida en los trabajos de Varela (1997) e I. Mendiola (2000: 46-66)

nos llevará a un terreno de hipótesis que debería ser continuado por nuevas investigaciones. Creo que sería una actitud arrogante, tanto humana como científicamente, querer ofrecer en este estudio una explicación completa, cerrada y convincente de las diferentes estrategias familiares que se desarrollan en Pamplona entre 1840 y 1930. Tanto la complejidad de la experiencia y la acción humana, como las limitaciones que, por fuerza, tanto a nivel temático como de fuentes, se ha de fijar el historiador, hacen que muchas de las cuestiones sigan abiertas.

I.2. ¿QUÉ ESTRATEGIAS? MIGRACIONES, HOGAR Y EMPLEO DURANTE LOS INICIOS DE UNA INDUSTRIALIZACIÓN TARDÍA: IRUÑEA-PAMPLONA, 1840-1930

Dentro de la complejidad de los comportamientos familiares, es necesario ya concretar cuáles van a ser los estudiados en este libro, los problemas teóricos a los que voy a intentar responder desde esta investigación local, y antes de nada, explicitar su marco temporal y espacial.

Como queda recogido en el título, voy a centrar mi investigación en la capital navarra, Pamplona (Iruñea en euskera), durante el siglo comprendido entre la primera guerra carlista y la guerra civil. Abordaré, por lo tanto, las estrategias familiares en el marco la revolución liberal burguesa y los inicios de la industrialización, una industrialización que, en el caso de la capital navarra debe ser calificada, como se verá posteriormente, de lenta y tardía. Si bien el período estudiado no comprende la totalidad de este proceso industrializador, ni incluso su momento más intenso, en torno a las décadas de los sesenta y setenta del siglo xx, creo que tiene sentido detener la investigación en los años treinta, tanto por razones económicas como políticas. En efecto, la guerra civil va a suponer un punto de inflexión tanto para Navarra como para el conjunto español, con la desaparición no sólo de la experiencia democrática de la II República, sino también del modelo de estado liberal de la Restauración, y el establecimiento de un régimen fascista. A partir de entonces el desarrollo capitalista se sitúa en unas coordenadas renovadas en las que se eliminan, incluso físicamente, las diferentes alternativas que habían ido desarrollándose durante el primer tercio del siglo. Queda por lo tanto pendiente para la historiografía adentrarse en las estrategias económicas de las familias pamplonesas durante el período de industrialización más intensa del siglo xx, para lo cual no sólo sería necesario analizar también el desarrollo económico de Pamplona en esas décadas, sino también su realidad urbanística, además de adentrarse en las relaciones entre familia y franquismo²⁷.

²⁷ Algunas claves y datos de la evolución general de las estrategias familiares en este período aparecen recogidas en Mendiola (2002).

Es por lo tanto dentro de este marco temporal, entre la instauración del estado liberal y la sublevación fascista de 1936, durante los inicios de una tardía y lenta industrialización, donde se sitúa esta investigación, cuyo principal objetivo es conocer los factores que componen y explican las estrategias familiares de los diferentes sectores sociales. Además, me parece también interesante dejar abierta la cuestión y reflexionar sobre el impacto social de estas estrategias familiares, y su incidencia en la evolución socio-política de la capital. En cuanto al estudio de las estrategias, que precisan un análisis diferenciado según los sectores sociales, voy a centrarme en tres grandes cuestiones, todas ellas interrelacionadas, que nos van a ayudar a comprender las claves del comportamiento familiar durante la industrialización²⁸: a) las estrategias de movilidad y movimientos migratorios; b) estrategias sobre la formación y composición del hogar y las formas de coresidencia; y c) estrategias de acceso al mercado de trabajo y organización de la actividad económica. Cada una de estas cuestiones presenta tanto problemas metodológicos como discusiones teóricas propias, que serán analizadas al principio de cada capítulo.

Ahora bien, entender estas estrategias concretas es imposible sin tener en cuenta las importantes transformaciones que se dan en la ciudad. A estudiar a gran escala esos cambios es a lo que voy a dedicar el segundo capítulo de este libro, empezando por el crecimiento demográfico, sus componentes, y los inicios de la transición demográfica, siguiendo con las transformaciones económicas y urbanísticas más importantes de la ciudad y terminando con una visión global sobre los cambios sociopolíticos.

Dentro de este capítulo he dedicado una atención especial a las transformaciones demográficas, y a los inicios del proceso de transición demográfica en la ciudad, ya que, como ha remarcado I. Moll (1997), es necesario tomar en consideración estos factores demográficos en la composición y comportamiento familiar, sobre todo en una época de profundo cambio, con la llamada transición demográfica. Para ello me he basado en investigaciones propias y sobre todo en los trabajos ya publicados de Anaut y Sánchez Barricarte, de manera que contamos ya con un conocimiento claro de las líneas generales de la transición demográfica en Pamplona. Sin embargo, como se verá posteriormente, todavía existe un vacío historiográfico considerable en cuanto a la diferenciación social de estos comportamientos.

Si bien es verdad que la transición demográfica ha sido un proceso asociado a la industrialización, también en este campo las investigaciones más recientes han añadido importantes matices que nos hacen desechar radicalmente las relaciones mecánicas entre industrialización y transición demográfica.

²⁸ No cabe duda de que se podría intentar afinar más en el análisis, tal y como lo hacen Anderson, Bechhofer y Gershuny (1994), a partir de una interesante encuesta en la Gran Bretaña actual. Sin embargo, este tipo de análisis presenta muchas más dificultades, sobre todo debido a la disponibilidad de fuentes, a la hora de trasladarlo al pasado.

fica, Además, una vez que ésta empieza, tampoco se puede pensar que supone un proceso lineal y paralelo para todos los grupos sociales. Uno de los mejores estudios recientes sobre el descenso de la fecundidad matrimonial en Gran Bretaña (Szreter, 1996) habla de «*varios descensos de la fecundidad*», y no de uno solo, ya que cada grupo social va a tener diferentes motivos, no solo económicos sino también culturales o religiosos, para iniciar o no ese descenso de la fecundidad matrimonial.

Una investigación profunda sobre estas variaciones sociales es todavía una labor pendiente, en la que la reconstrucción de familias, o algún tipo de análisis microeconómico por barrios o calles tendría que llevarse a cabo. Por eso, he decidido incluir una visión general de la transición demográfica en la ciudad a partir, sobre todo, de las investigaciones de Anaut y Sánchez Barricarte, y, en la medida que he podido, a partir de mis propios datos, he lanzado algunas hipótesis concretas sobre estos temas en algunos apartados del capítulo cuarto, sobre todo en torno a las diferentes estrategias de fecundidad.

El capítulo tercero va a centrarse en el estudio de las migraciones hacia la capital navarra, aspecto este que me parece imprescindible, ya que la mayor parte de las familias que nos encontramos en la ciudad están inmersas en un proceso de movilidad, estando la gran mayoría compuestas por uno o dos cónyuges inmigrantes. Además, son esos movimientos migratorios la clave del crecimiento demográfico de la ciudad. Así pues, es necesario saber cómo se han realizado esos movimientos, cómo, y por qué, han llegado esas personas a Iruñea.

Para ello tenemos que afrontar algunas de las grandes cuestiones teóricas que afectan al estudio de las migraciones, como el grado de continuidad entre las migraciones preindustriales y las industriales, la relación de los movimientos migratorios con las estrategias familiares y la importancia de las migraciones en familia, los circuitos recorridos por los migrantes, o las razones que les empujan a desplazarse, lo cual nos lleva, necesariamente, en primer lugar, a relacionar la realidad migratoria de Pamplona con los movimientos migratorios navarros en su conjunto, para poder, posteriormente, adentrarme en el estudio más concreto de las características de los inmigrantes que llegan a Pamplona, así como de las relaciones entre movimientos individuales y familiares.

Esta importancia de los movimientos migratorios nos remite a una de las claves para entender las estrategias económicas de las familias pamplonesas y la valoración y percepción social que ellas mismas van a tener de su comportamiento, la comunicación campo-ciudad que se establece gracias a las migraciones. Las migraciones van a ir llenando continuamente Pamplona de gente del mundo rural navarro, y a través de ellas se mantienen vivos, se difuminan o se reformulan en la ciudad muchos de los valores de ese mundo. No quiero decir que la ciudad los recoja acriticamente, ni que las personas los mantengan sin variaciones, es más, muchas veces la ciudad actuará de

mecanismo de aculturación a través del cual se transmiten nuevos valores al mundo rural, también en gran medida a través de las migraciones temporales. De lo que se trata es de entender esas migraciones como vehículo de ideas y valores que también van a afectar a la manera de organización familiar en el mundo urbano, y como mecanismo de transmisión cultural, algo que analizaré en este capítulo para el caso concreto de la realidad lingüística de la ciudad, pero que también manejaré posteriormente como posible factor explicativo de otras cuestiones.

Sin embargo, quiero advertir que no voy a abarcar la totalidad de las estrategias de movilidad de las familias que viven en Pamplona, sino que me centraré en la llegada a la ciudad y en cómo esa llegada se articula con las economías familiares. El estudio de la emigración a otras zonas queda, por lo tanto, como una cuestión pendiente para futuras investigaciones.

El capítulo cuarto se va a centrar en la formación y composición del hogar, analizando los distintos modelos de coresidencia, algo que se ha revelado como una de las claves de las estrategias con las que las familias hacen frente a los cambios económicos. Para analizar estos aspectos voy a hacer un estudio pormenorizado de las estructuras familiares y la composición del hogar, basándome en la tipología propuesta por Laslett (1972), intentando captar el dinamismo inherente a esa composición. Componentes especialmente móviles del hogar, como los hijos e hijas, sirvientes y parientes coresidentes tendrán un análisis más detallado que nos acerque a la lógica de su comportamiento.

Para avanzar en estas cuestiones también tendremos que tener en cuenta algunas de las cuestiones clave que la historiografía ha planteado al respecto. Por un lado, analizaré la diversidad social de estos comportamientos y su variación a lo largo del ciclo vital, ya que uno de los resultados claves de la historiografía sobre el tema es la importancia de la composición del hogar como signo de diferenciación social. Además, tendré que tener en cuenta las estrategias que al respecto se siguen en el mundo rural navarro, lugar de procedencia de gran parte de la población de la ciudad.

Todo esto nos va a llevar a afrontar la importante cuestión sobre las relaciones entre vínculos familiares e industrialización. Gracias al avance de la demografía histórica y de la historia de la familia hemos podido comprobar que aquellas teorías que hablaban de la industrialización como la disgregadora de la familia extensa preindustrial no tenían base empírica alguna. Después del trabajo pionero de Laslett muchas han sido las investigaciones que han demostrado que la familia preindustrial europea en la Edad Moderna fue mayoritariamente nuclear, aunque no sea este el caso de la mayoría de las comarcas navarras. Además, también los estudios sobre beneficencia, paternalismo industrial y política social han puesto de manifiesto la centralidad de la cuestión familiar en la formulación de políticas concretas. La industrialización, entonces, sirvió en muchos casos como refuerzo de los lazos familiares ante las dificultades del momento, cuestión esta que también valoraré

para el caso de Pamplona en este capítulo, y que habrá que poner en relación con la situación urbanística de la ciudad.

El capítulo quinto se centra en la participación de los miembros familiares en el mercado laboral, cuestión esta que nos remite, en primer lugar, a las transformaciones de la función económica del hogar en el marco de la industrialización, así como a la evolución de las estrategias económicas. Así, los historiadores que han trabajado sobre las diferencias entre las economías de las familias preindustriales y las de la sociedad industrial han remarcado la ruptura del hogar como centro al mismo tiempo productivo y reproductivo (Hareven, 1995), aunque sobre esto haremos matizaciones importantes. Lo que antes de la industrialización había sido un centro social abierto en el que se articulaban la producción de bienes o alimentos (hogares de artesanos, agricultores, etc...), tiende a convertirse a la par del proceso industrializador en un espacio cerrado, oculto a la vida pública, al que se relegan las actividades consideradas como reproductivas (cuidado de los hijos e hijas, preparación de alimentos, limpieza del hogar...). Este proceso va acompañado de una redefinición de las relaciones de género, con la creación ideológica de la figura del «ama de casa», según la cual el verdadero papel de la mujer es el de cuidar del hogar, alejada de las actividades públicas y del mercado de trabajo. Así, se han visto refutadas con los hechos las ideas de los teóricos funcionalistas que hablaban de la incorporación de la mujer al trabajo como una de las consecuencias de la industrialización. Más allá del ámbito familiar, esta redefinición del papel de la mujer en la sociedad va a estar presente tanto en las políticas sociales de los estados liberales, como en las estrategias de la mayoría de organizaciones obreras que surgen en el XIX, compartiendo todos ellos el concepto de «salario familiar», con el cual el cabeza de familia debe poder mantener a su esposa e hijos.

Estas líneas generales han sido, sin embargo, matizadas o puestas en cuestión, como veremos posteriormente. Los estudios sobre economías preindustriales nos han revelado la imposibilidad de simplificar al respecto, en el marco de la teoría económica se ha puesto en duda la división clásica entre la esfera productiva y la reproductiva, y en el campo relativo a la idea de «salario familiar» y a la participación de la mujer en el trabajo remunerado se ha desarrollado un amplio e importante debate teórico que ha ido evolucionando a la par que se desarrollan los trabajos de investigación. Uno de los principales obstáculos que tienen las investigaciones sobre las economías familiares y la participación de sus miembros en actividades remuneradas es la invisibilidad de muchos de esos empleos en las fuentes oficiales, sobre todo en los censos y padrones, por lo cual tenemos que tomar con precaución algunos de sus resultados, y, sobre todo, debemos intentar contrastarlos con otro tipo de fuentes más cualitativas.

Además, después de analizar la evolución de las estrategias de participación en el mercado laboral de los principales sectores sociales, intentaré acercarme a la realidad familiar de la pobreza, a partir del estudio de los ho-

gares en los que nadie tenía una actividad remunerada reconocida, intentando poner de manifiesto las relaciones entre género y pobreza.

A través de todos estos capítulos intentaré explicar, dentro de lo posible, los comportamientos familiares de los y las pamplonesas durante el siglo que transcurre entre el final de la I Guerra Carlista y el inicio de la Guerra Civil de 1936. Remarcando de nuevo la importancia política de lo cotidiano, creo que no podemos limitar esas estrategias a «sobrevivir», aún cuando esa fuera la principal preocupación de muchas personas. En ese sobrevivir se están creando prácticas económicas, pero también culturales o políticas, construidas no sobre el vacío, sino sobre otras prácticas previas, tanto de las tradiciones populares, como de los que tienen gran parte del poder de diseñar las líneas maestras de la evolución socio-política de la ciudad.

De acuerdo con reflexiones anteriores en las que apuntaba la necesidad de interpretar de manera dinámica las relaciones entre estas estrategias familiares, y también individuales, y el marco en el que se llevan a cabo, creo que no sería correcto entender las transformaciones acaecidas en la ciudad, tanto las puramente demográficas como las económicas o políticas, como un marco exterior a la familia a la que ésta debe amoldarse sin ninguna participación propia. Como quedará claro durante los siguientes capítulos, las decisiones sobre la fecundidad familiar, la participación en organizaciones sindicales, o la valoración social que se hace sobre la familia son algunos de los diferentes elementos a través de los cuales las personas, y las familias, modelan, o intentan modelar, el mundo y las estructuras que les rodean (Reher, 1995).

Dentro de esta dinámica me parece necesario de nuevo remarcar la importancia de los movimientos migratorios. Así, la ciudad se convierte en escenario de encuentro de diferentes maneras de formar un hogar, de diferentes lenguas, y de valores de género; escenario de encuentro, pero no de un único tipo de encuentro, sino de diversos encuentros, choques y dominaciones en los que los elementos urbanos y rurales se relacionarán y se subordinarán de diferentes maneras. La ciudad se convierte así en un espacio de reformulación de valores y comportamientos rurales a partir de nuevos condicionamientos, una reformulación en la que los nuevos intereses de las distintas clases sociales se interrelacionan con comportamientos y percepciones más tradicionales.

A través de estas interrelaciones las estrategias familiares también van a dejar su impronta en la ciudad. Aunque es una cuestión difícil, y que escapa del campo de esta investigación, creo que a través de esas complejas prácticas que son las estrategias familiares se debe intentar avanzar en la explicación del papel de la familia y sus transformaciones en momentos de importante cambio social; dicho de otra manera, preguntarnos por el papel de la familia, como institución social básica, en el mantenimiento del modelo de desarrollo capitalista de los años de la Restauración. En esta misma línea, no se puede olvidar que la capital navarra juega un papel prioritario en la preparación del golpe de estado del 18 de julio, debido en gran parte a la perviven-

cia del carlismo entre las clases populares, que va a posibilitar una base tanto social como paramilitar al alzamiento, algo que ha sido analizado por Ugarte. Este tipo de valores, entre los que la familia juega un papel importante, van a estar presentes, aunque sin su componente cuasifascista, en los años de la Restauración, y van a ser fundamentales para entender el clima socio-político de la capital navarra. En este sentido, la historia de la familia debería arrojar luces, o por lo menos intentarlo, sobre otros aspectos de la historia social y política.

Soy consciente de que este libro no va a solucionar todas las preguntas e interrogantes teóricos que he planteado en esta introducción, en parte debido a que me he centrado en un tipo de fuentes, las de censos y padrones, que son muy ricas pero que también tienen importantes limitaciones. De todos modos, pienso que puede ser un aliciente para investigaciones posteriores que maticen, refuten o enriquezcan sus resultados, y que, una vez conocidos algunos de los rasgos más característicos de esas estrategias, se pueden lanzar algunas hipótesis y reflexiones, prácticas y teóricas, sobre la interrelación entre familia y orden social, algo que intentaré hacer en las conclusiones.

I.3. FUENTES UTILIZADAS

Por lo que se refiere a las fuentes que he utilizado, los censos y padrones de población tienen el mayor protagonismo. Estas listas de habitantes han sido uno de los principales recursos utilizados por la historiografía de la familia, a pesar de algunos problemas que más adelante comentaré. A través de ellas podemos obtener una especie de fotografía de las unidades familiares de residencia, los hogares, en el momento de la elaboración del censo. Así, conocemos la composición de cada hogar, y una serie de datos particulares de los que lo integraban.

He utilizado la información de cinco listas de población en el período comprendido entre 1840 y 1936. El primero de ellos es el padrón municipal de 1843, en el que podemos apreciar la situación tras la primera guerra carlista, y los siguientes son las listas nominales de los censos de población de 1860, 1887, 1910 y 1930. Cada uno de ellos puede resultar más adecuado por informaciones concretas²⁹, como el grado de detalle de la información profesional, y por eso, en cada capítulo, explicaré por qué utilizo más uno u otro, pero quiero en esta introducción hacer una aclaración especial sobre los problemas concretos que presenta el padrón municipal de 1843.

A pesar de que este padrón municipal presenta algunos problemas, sobre todo respecto a la dificultad de diferenciar bien algunos hogares, y al hecho

²⁹ Mikelarena (1992) ofrece un estudio comparado de los criterios sobre la elaboración de censos.

de que no aparece escrita la relación de cada persona con el cabeza de familia, creo que su utilización nos posibilita acercarnos a la situación de la ciudad en un período todavía preindustrial, pero inmerso en un profundo proceso de cambio, institucional y también social. Es verdad que contamos con el estudio de Mikelarena sobre el hogar en Pamplona a finales del siglo XVIII, pero creo que había que intentar construir un puente entre esos datos, en la medida de lo posible, con los de la segunda mitad del siglo XIX.

Los datos de 1843 sobre la composición del hogar deben tomarse con especial cautela, debido a que, en los casos de ausencia de lazos familiares visibles (concordancia en los apellidos), he clasificado a esas personas como «sin relación de parentesco aparente con el cabeza de familia». Sin embargo, a pesar de las precauciones necesarias a la hora de interpretar esos datos concretos, creo que es muy útil contar con la validez y riqueza de otros referentes a los movimientos migratorios, características demográficas y estructura socio-profesional de la población en el mismo año.

La informatización de este tipo de fuentes nominales permite a los historiadores utilizarlas con el máximo provecho, aunque también presente una carga de trabajo considerable en los núcleos de población urbanos. Así, mientras que es posible informatizar los datos de poblaciones rurales o urbanas preindustriales de reducido tamaño, el enfrentarnos a poblaciones urbanas durante la industrialización, en pleno crecimiento económico y demográfico, presenta una gran dificultad, que ha sido tradicionalmente solventada por los y las investigadores mediante el recurso al muestreo.

Eso ha sido lo que he realizado en esta investigación, y para ello he informatizado una muestra de 4.184, 4.530, 4.868, 5.326 y 4.820 habitantes para los años de 1843, 1860, 1887, 1910 y 1930 respectivamente, lo cual significa trabajar con un margen de error previsto de +/- 2%, algo que nos permite sacar conclusiones globales válidas. Este tipo de muestreos han sido utilizados en otras investigaciones sobre demografía histórica en la Universidad del País Vasco (Arbaiza, 1994; Pareja, 1997, González Portilla, 2000), y en otros ámbitos europeos como Florencia (Woolf, 1989)³⁰ y Preston (Anderson, 1971)³¹.

Los estudios de historia de la familia a través de los censos presentan grandes posibilidades, pero también es verdad que ofrecen algunos problemas

³⁰ Además de su estudio sobre las familias pobres de Florencia, Woolf cita un estudio en marcha de los profesores Santini y Gozzini sobre la familia en esta ciudad en 1810 a partir de una muestra de casi 7000 personas en una población de 77.000 habitantes.

³¹ Este tipo de muestreo ha sido también realizado en otros estudios de historia social y de la familia, como el de Anderson (1971), quien trabajó con el 15% de los hogares de Preston en 1851, cuando la ciudad contaba con 69.502 habitantes. Coincido con Anderson en la advertencia que hace sobre el peligro de pérdida de representatividad al desglosar demasiado según diferentes variables los datos de una muestra que no abarca el total de una población, y por esta razón opino que en la medida que realizamos ese desglose, imprescindible para avanzar en el análisis social, los datos deben más leerse como tendencias generales que como porcentajes o números medios exactos.

(Woolf, 1989). Estamos ante un tipo de fuente esencialmente estática, que no capta los continuos movimientos que experimenta la familia a lo largo del ciclo vital, que equipara familia a hogar, ocultándonos otro tipo de relaciones familiares no marcadas por la coresidencia, o incluso la importancia de los lazos vecinales en las estrategias familiares. Todo esto nos va a crear problemas específicos en cada capítulo, referentes, por ejemplo, a la dificultad de captar el momento y la situación en que las familias inmigrantes llegan a Pamplona, o a las carencias de los censos para recoger algunos tipos de profesiones, y, sobre todo, los ingresos proporcionados por las mujeres. Van a ser problemas específicos que requieren algún tipo de corrección o tratamiento de las fuentes, y por eso los explicaré con profundidad en cada capítulo.

Además de las listas nominales, que son la principal fuente, he utilizado otras que me han servido para cotejar, complementar, e intentar enriquecer la visión que tenemos sobre la sociedad pamplonesa en este período. Así, la lista profesional de Contribución de Culto y Clero, de 1842, o las informaciones de la Comisión de Reformas Sociales, en concreto las *Contestaciones sobre el número, sexo y edad de los operarios de cada taller industrial* (Archivo Municipal de Pamplona, sección de estadística. Reformas Sociales, 1903) me han servido para contrastar los datos sobre estructura socio-profesional que proporcionan los padrones, y, en concreto para 1903, para conocer la estructura industrial de la ciudad.

Siguiendo con la información de la Comisión de Reformas sociales, la información que aparece en los volúmenes recopilados por Santiago Castillo (REFORMAS SOCIALES, 1985, *Información oral y escrita publicada 1889-1893.*) nos acerca a diferentes aspectos de la vida social y familiar, como el estado de las viviendas, el trabajo de hombres, mujeres y niños/as, cuestiones de precios y salarios... También desde el punto de vista del reformismo social, el trabajo del médico higienista Lazcano (1903) nos ofrece importante información. A través de estos textos, así como de los artículos del semanario católico *La Avalancha*, he podido interpretar cuáles eran algunas de las principales preocupaciones de las clases superiores de la ciudad, y cuáles eran los mecanismos de control y de disciplina social que intentaron poner en práctica, entre los cuales la familia y los valores de género ocupaban un protagonismo especial.

Una fuente que me ha ayudado mucho a captar aspectos más escondidos de la vida pamplonesa en el período estudiado es la autobiografía de Josefina Guerendiáin (*Nacida en Navarrería*), en la que la autora nos acerca a la experiencia cotidiana de las clases populares³². Algo parecido a lo que sucede con algunos capítulos de la novela de Félix Urabayen (*El barrio maldito*). Por último, dentro de estas fuentes cualitativas, la fotografía histórica también

³² La utilidad de las autobiografías como fuente para la historia social ha sido ya tiempo reconocida en la historiografía británica. En el caso español, Shubert (1990) ha sido uno de los que más ha insistido en la necesidad de su estudio.

puede darnos información de gran riqueza, como sucede con las fotografías de labores agrícolas en las afueras de la ciudad, para lo cual he contado, además de con algunas publicaciones recopilatorias, con el Fondo Fotográfico del Archivo Municipal de Pamplona.

En lo que se refiere a los datos sobre actividad en el mercado laboral según sexo, edad y estado civil en los años posteriores al núcleo central de la tesis he utilizado los datos publicados sobre los censos de población de 1940 y 1960 y los padrones de 1975, 1986 y 1996, año este en el que algunos datos sin publicar me han sido facilitados por el Servicio de Estadística del Gobierno de Navarra.

Sin duda alguna, creo que hay otra fuente cuya utilización sería muy interesante para contrastar parte de la información y de las conclusiones ahora presentadas, sobre todo en lo que se refiere al primer tercio del siglo xx. Me estoy refiriendo a las fuentes orales, cuya recogida y estudio en profundidad sobrepasa las capacidades de este libro, pero que serviría para recoger de una manera más viva y realista muchas de las informaciones que aquí se dan.

Capítulo II

Transición demográfica, industrialización y revolución liberal-burguesa en Pamplona 1840-1930

Observar la Pamplona de finales del siglo XIX y principios del XX a través de las fotografías³³ nos permite acercarnos a un periodo de importantes cambios en la historia de la ciudad, a pesar de que la mayoría de esas fotos nos remiten a espacios tradicionales de «intramuros», a pesar de que la mayor parte de la vida urbana se desarrolla todavía en el marco de la ciudad medieval.

En esta época Pamplona deja de ser esa ciudad que se crea con el privilegio de la unión dictado por Carlos III el Noble en 1423, a partir de la unificación de los tres burgos medievales. Esa ciudad había permanecido durante la Edad Moderna dentro de sus límites bajomedievales, unos límites naturales, principalmente el río Arga, a los que se superponen las fortificaciones construidas por la monarquía castellana.

Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XIX nos encontramos con una serie de transformaciones que, a pesar de entroncar en cierta manera con la evolución del siglo XVIII, cambiarán radicalmente la fisonomía y la estructura de la ciudad. Es a estudiar esa serie de cambios a lo que voy a dedicarme en este capítulo, empezando por uno de los más obvios, el crecimiento de su población. El estudio de este crecimiento y de su composición nos llevará a analizar los principales indicadores del comportamiento demográfico de los pamploneses y pamplonesas, unos indicadores que nos permitirán situar en la ciudad los inicios de la llamada transición demográfica.

A continuación, haré una breve descripción de los cambios urbanísticos, económicos y socio-políticos que experimenta Pamplona durante estas de-

³³ Para acercarnos visualmente al pasado reciente de la ciudad son muy útiles algunas publicaciones en las que aparece recopilado bastante material gráfico: Soria, Echagüe, y Corpas (1997); y Arazuri (1995).

cadadas, ya que, a pesar de no ser ese el objeto central de este libro, es imposible entender los comportamientos familiares sin tener en cuenta el marco en el que estos se desarrollan, así como la influencia que el desarrollo económico y las condiciones de vida van a tener en la configuración y desarrollo de esas estrategias. Además, es necesario preguntarse sobre el efecto que estas estrategias familiares, y la percepción y valoración social que de ellas se hace, tienen en la conformación del orden social urbano.

II.1. LOS Y LAS HABITANTES. EL CAMBIO DEMOGRÁFICO

II.1.1. Triplicando el número de habitantes: el crecimiento demográfico y sus componentes

El primero de los cambios a los que vamos a prestar atención es el crecimiento demográfico de la ciudad, que le hace triplicar su población en el siglo escaso que transcurre entre 1843 y 1930, como podemos apreciar en el cuadro II.1, en el que se recoge la evolución de la población de Pamplona. Sin embargo, este crecimiento, como es lógico, no es uniforme en el tiempo, sino que va a mantener diferentes ritmos según los momentos históricos.

Cuadro II.1

Número de habitantes, tasa de crecimiento anual por 100 habitantes, e índice 100

Año	Habit.	r*	Índice 100	Militares
1727	10.590		75,3	
1787	14.066	0,47	100	
1843	14.792	0,09	105	
1860	22.896	2,6	163	2.169
1871	24.600	0,65	175	
1887	26.633	0,5	189	2.999
1900	28.886	0,63	205	2.299
1910	29.472	0,2	210	1.853
1920	32.635	1,02	232	
1930	42.259	2,62	300	

r: tasa de crecimiento anual, en %.

Fuentes: Para 1727, Apeo de 1727, citado por Gemberro Ustarroz, M.

1786: Censo de Floridablanca.

1843: Estimación propia a partir del padrón municipal.

1871: Citado por Urabayen (1953: 22), sin aludir a la fuente.

Resto: Censos de Población.

Datos sobre militares acuartelados: García-Sanz Marcotegui, 1987.

Antes de entrar en el siglo XIX hay que subrayar que Pamplona llega a 1800 después de haber conocido un crecimiento importante de su población durante el siglo XVIII. Los datos de los que disponemos son evidentemente escasos, pero la comparación entre el apeo de 1727 y el censo de Floridablanca no deja lugar a dudas. Este censo, por su alto grado de fiabilidad, nos resulta una buena referencia a la hora de establecer comparaciones.

Sin embargo, entre finales del setecientos y 1840 nos encontramos con un periodo en el que la abundancia relativa de fuentes no impide que nos adentremos en él con más que cautela. Lo que resulta claro es que la población de Pamplona, al igual que la del conjunto español, entra desde la última década del siglo en un período de estancamiento que abarca también en el caso de la capital navarra, por lo menos, el primer tercio del siglo XIX, en el que se suceden diferentes guerras y epidemias que impiden que el crecimiento iniciado el siglo XVIII siga su curso.

Tanto la Guerra de la Convención, la de Independencia, como finalmente la primera guerra carlista, suponen pérdidas importantes para la población de Pamplona, a las que hay que añadir las derivadas de la escasez de alimentos en los años 1804, 1812 y 1813, y la epidemia de cólera de los años treinta. Por lo tanto, más allá de las pequeñas variaciones interanuales y de los posibles defectos de las fuentes demográficas en este primer tercio de siglo³⁴, podemos afirmar que Pamplona no sale del estancamiento, al igual que el conjunto de Navarra, hasta que termina la guerra

³⁴ Entre el censo de Floridablanca y el padrón de 1843 contamos con diferentes datos sobre la población de Pamplona en los que, por encima de las deficiencias que cada uno pueda registrar, se refleja una idea global de estancamiento.

Así, en 1800 se registran 14.054 habitantes, siendo la fuente las estimaciones municipales que se mandan al Virrey de Navarra, de cara a la confección del Diccionario Geográfico-Histórico de España (Del Campo, 1992,6).

Para 1817 el dato es de 13.040, recogido en los Libros de repartimientos por fuegos, citados por Gemberro Ustarroz, M. (1985: 756). Es un intento de censo ordenado por las Cortes de Navarra en 1816. Para un estudio crítico, véase Miranda (1984), quien expone las dificultades que comporta su estudio y su no excesiva fiabilidad.

Respecto a 1821, el padrón municipal recoge 12.385 habitantes (Miranda, 1984). En 1824 contaba oficialmente con 12.821 habitantes (Gemberro Ustarroz, 1985, 756). En 1832 contamos con una referencia a un padrón municipal en torno a los 15.000 habitantes al que se refiere un oficio del Ayuntamiento al virrey el 5 de mayo de 1832 (AMP, Sanidad, legajo 5, cólera, 1832, n.º 1). (El acceso a este documento ha sido facilitado por Eduardo Martínez Lacabe.)

En 1845 un Padrón municipal registra 13.745 habitantes (Gemberro Ustarroz, 1985, 756). En 1848 otro padrón registra 15.745 habitantes (Madoz, 1845-50: 300). Dentro de este panorama de estancamiento hasta finales de la Guerra Carlista el único dato que marca un contraste y que refleja un crecimiento anterior es el aportado por Pérez Moreda (1985a, 55) quien ha calculado en un 0,85% la tasa de crecimiento anual de Pamplona entre 1837 y 1857, a partir de los datos de la *Guía del Ministerio de la Gobernación del Reino*, de 1836, sobre la que Pérez Moreda también expresa sus reservas.

carlista³⁵. Tanto los testimonios de la época como los datos que conservamos o la opinión de los historiadores coinciden en señalar los años treinta como un periodo nada fructífero, en el que se mezcla la realidad de la primera guerra carlista, que ocasiona un importante número de muertos, con la epidemia de cólera de 1834. Todo esto lleva a Mikelarena a afirmar, para el conjunto de las comarcas navarras, que «*la recuperación, por lo tanto, se pospuso al fin de la guerra carlista*» (1995, 94). En principio, añadimos, todos los datos parecen indicar que en Pamplona sucedió lo mismo.

Sin embargo, una vez terminada esta, y situados en el inicio temporal de nuestro estudio, tenemos la dificultad y necesidad al mismo tiempo de hacer una estimación exacta de la población de la ciudad. Si he escogido el padrón municipal de 1843 como primera fuente en la que profundizar es porque ofrece un alto grado de fiabilidad, pero, a la vez, el propio padrón nos advierte que hay un importante número de población que no está registrada, la población institucional. Si bien esto no supone inconveniente para el estudio de la realidad demográfica y económica de las familias (ya que esta población institucional no vivía en hogares familiares), sí que nos impide conocer el número total de población de la ciudad. Sin embargo, complementando la información del padrón con otro tipo de fuentes, y realizando estimaciones con las tasas de crecimiento que se han barajado en la bibliografía existente, he realizado una estimación propia del total de habitantes en 1843, llegando a la conclusión de que Pamplona tendría en ese año 14792 habitantes³⁶. Aun-

³⁵ Miranda (1984) da datos sobre el total de nacidos en los primeros años del siglo XIX, en el que se puede apreciar un estancamiento claro del número de nacidos que también nos hace pensar en un estancamiento de la población en este periodo.

³⁶ A la hora de hacer una estimación lo más exacta posible de la población de Pamplona en 1843 vamos a partir de los propios datos que nos proporciona el padrón con el que estamos trabajando, para completar las deficiencias que presenta. El propio padrón nos indica en el resumen final el número total de habitantes, 12326, para señalar a continuación: *No están incluidos los pobres de la Misericordia, las Hermanas de la Caridad, los residentes en la Inclusa, los militares acuartelados ni las religiosas de San Pedro.*

Con esta afirmación, hemos recurrido a otra fuente contemporánea de fiabilidad probada, en la que poder completar esta información, en concreto al Diccionario de Madoz. En este Diccionario recogemos algunos datos que nos pueden ser útiles en nuestro intento de acercarnos a la cifra exacta:

Respecto a los conventos de religiosas, registra 14 religiosas canónicas agustinas de San Pedro. En cuanto a la Casa de la Misericordia, señala que en ella habitan 312 pobres de ambos sexos, pero no hace mención las religiosas Hermanas de la Caridad (he estimado que podrían constituir unas 30). Por último, Pascual Madoz nos habla de unos 40 expósitos constantes viviendo en la Inclusa (aunque el número total de niños y niñas que estaban a cargo del establecimiento eran 1847). Por lo tanto, en este grupo nos encontramos con un grupo de unas 396 personas que faltarían de registrar en el padrón de 1843 (no creo que este tipo de población cambiara mucho en los cinco años que diferencian el padrón del texto de Madoz).

Sin embargo, este grupo que he contabilizado no constituye el grupo más numeroso de población subregistrada en el padrón de 1843. Sin duda alguna, el grueso del subregistro se haya en la

que esta cifra puede oscilar ligeramente hacia arriba o hacia abajo, creo que esas posibles variaciones no afectan para nada la visión global del crecimiento urbano.

Una vez situados en el punto de partida, podemos comprobar que a partir de 1840 nos encontramos en una época de crecimiento continuo, en el que podemos señalar dos momentos en que éste es especialmente alto, y que coinciden con el principio y final de nuestro marco temporal. El primero comprende el periodo entre 1843 a 1860, con un crecimiento anual de 2,6%³⁷, en el periodo posterior a la 1.ª guerra carlista, comenzando lo

población militar acuartelada, y de ella no encontramos información en el citado diccionario. Sí nos señala que las instalaciones militares podrían albergar a 4000 soldados, pero no sabemos si estarían llenas. En realidad, todos los datos sobre población militar en Pamplona no nos hablan de un número tan alto. En 1860 hay 2129 militares para todo el partido judicial, y en 1887 y 1900 se cuentan más de 2000 militares, por lo tanto, parece apropiado contabilizar unos 2000 para el año que nos ocupa. Otro dato a tener en cuenta sobre el número de militares es que en 1823, tras la capitulación de la ciudad ante las tropas realistas, el párroco de un cercano pueblo (Ustarroz), habla de 3000 personas que abandonan la ciudad, siendo la mayoría militares (Miranda, 1984).

Por lo tanto, tenemos por un lado un grupo de 396 personas y por otro otro grupo de unos dos mil, con lo que hemos estimado en 2.396 el subregistro de personas en el padrón de 1843, con lo cual, si sumamos esta cifra a los 12326 registrados en el padrón, llegamos a la conclusión que Pamplona tendría 14.792 habitantes en el año 1843. Como ya hemos remarcado antes, el objetivo de este cálculo no es hacer un análisis extremadamente minucioso del número exacto de habitantes en este año (algo que consideramos, además de harto difícil, de escasa relevancia), sino poder disponer de una cifra lo más aproximada posible a la realidad, de manera que podamos interpretar mejor tanto el ritmo de crecimiento de la ciudad como un cálculo aproximado de las tasas sobre el movimiento de la población, que debido a ese subregistro podrían llevarnos a errores importantes.

³⁷ No cabe duda de que una tasa de crecimiento tan alta nos puede parecer sospechosa para poblaciones de preindustriales. En principio, esta anomalía nos podría llevar a dudar una vez más de la estimación que hemos realizado para 1843, pensando que para este año la población de Pamplona sería bastante superior, de manera que el crecimiento se iniciara no en la década de los cuarenta sino en la de los treinta o incluso de los veinte. Esta perspectiva es la que han utilizado otros autores para estimar la tasa de crecimiento anual de Pamplona en esta época, pero pensamos que plantea algunos problemas.

En concreto, Mikelarena ha calculado la tasa de crecimiento anual de Pamplona entre 1825 y 1860 en 1,61%, y Pérez Moreda (1985, 55), para el periodo 1837-1857, en un 0,85%. He realizado un cálculo retrospectivo para calcular la población que le correspondería a Pamplona en 1843 con dichas tasas de crecimiento, y el resultado es de 17.375 habitantes en el primer supuesto y de 19702 en el segundo.

En primer lugar, me parece que ambas cifras están bastante por encima de todos los datos sobre población de los que disponemos y que ya han sido citados. A pesar de cada uno de ellos puede tener problemas de fiabilidad, no creo que puedan ser rechazados como tendencia general.

Por otro lado, si bien es verdad que un 2,6 por cien de crecimiento anual es una tasa bastante alta, encaja dentro de los datos que Pérez Moreda da para otras capitales de provincia en la misma fecha. En concreto, las capitales de Castilla la Vieja crecen un 2,52% en este periodo, las de Extremadura 2,61%, las de Canarias 3,6%, las de Cataluña 3,18% e incluso Oviedo 4,42% (Pérez Moreda, 1985, 55). A propósito de estos datos, el autor señala que, excepto para Cataluña y Asturias, «*La potenciación económica de las nuevas capitales que trajo consigo la estructura administrativa de 1833 fue el factor que más impulsó el proceso modernizador a lo largo del segundo tercio del siglo XIX.*» (id, 54). Por lo tanto, no carece en absoluto de lógica que en el caso de Pamplona asistiéramos a un proceso parecido, con un crecimiento similar al de las capitales de las zonas citadas.

que será un crecimiento imparable que sacará a Pamplona de los marcos de una ciudad preindustrial. El crecimiento se ralentiza desde 1860, pasando a un 0,5-0,6% anual hasta 1900 y vuelve a acelerarse en la segunda, y sobre todo la tercera década del siglo xx, con una tasa de crecimiento anual superior a 2,5%.

Entre 1860 y 1920 el crecimiento ha sido continuo, y tiene relación con los cambios económicos que van apareciendo en la ciudad (sobre los que profundizaré en el apartado II.2): una muy débil infraestructura industrial, la llegada del ferrocarril, y la construcción del fuerte de San Cristóbal y el I Ensanche. La segunda aceleración del crecimiento, sin embargo, está en estrecha relación con la construcción del segundo ensanche, que cambiará radicalmente la fisonomía de la ciudad y será un motor de enganche para diversas actividades industriales.

Cuadro II.2

Tasas de crecimiento anual (%) de Pamplona y las capitales de provincias españolas

	Pamplona r	Capit. prov. r
1727-87	0,47	
1787-1843	0,09	
1837-1860		1,63
1843-1860	2,6	
1860-87	0,56	1,2
1887-1900	0,6	1,2
1900-10	0,2	1,2
1910-20	1,0	1,3
1920-30	2,6	1,7

Fuente: Para Pamplona, elaboración propia.

Para las capitales de provincia, Reher (1990: 285), excepto el dato de 1837-1860; (Pérez Morada, 1985: 55)

Si comparamos el crecimiento de Pamplona con el del conjunto de capitales de provincias españolas (cuadro II.2), podemos observar algunas peculiaridades, que tienen su causa en algunas especificidades de la realidad histórica de la ciudad en estos momentos: en concreto, vamos a encontrarnos con dos factores que van a retardar el crecimiento de la ciudad en dos momentos concretos, y que van a explicar que cuando este crecimiento sea posible se realice de una manera más compulsiva, aunque también haya que tener en cuenta para explicar ese crecimiento la evolución del medio rural. En primer lugar, todos los datos de los que disponemos nos hablan de que la Pamplona de 1840 no ha superado todavía la barrera de los 15.000 habitan-

tes, una cifra que ya había alcanzado a finales del siglo XVIII, y que por los motivos que antes hemos comentado (epidemias, años de carestía alimentaria, y efectos de las diferentes guerras) había permanecido estancada en los primeros 40 años de siglo XIX. Esto diferencia a Pamplona de otras capitales, que para entonces, desde los años 20, estaban ya recuperándose de los momentos difíciles del cambio de centuria, y eso explica también en parte que cuando termina la primera guerra carlista la ciudad empiece a crecer a un ritmo muy acelerado bastantes superior a la media estatal (comparable al de otras capitales de provincia poco industriales).

Sin embargo, una vez pasado ese momento postbélico, Pamplona vuelve a ralentizar su crecimiento, situándose por debajo de la media de las capitales de provincia. Esto podemos explicarlo en parte en relación al débil desarrollo industrial de la ciudad, pero también ahora nos encontramos con otro factor específico que va a actuar de freno del desarrollo demográfico, y también económico. Nos estamos refiriendo a la configuración urbanística de Pamplona, aspecto en el que más adelante profundizaré, y a su carácter de ciudad fortificada. Entrados en el siglo XIX, Pamplona sufre la asfixia producida por todo el cinturón de fortificaciones, de manera que hasta que se decide, en 1908, derribar una parte importante de las murallas para realizar el segundo ensanche (cuyas obras empiezan en 1921), la ciudad es prácticamente un casco urbano medieval encerrado entre fortificaciones de la Edad Moderna. Esto va a suponer un freno importante a su crecimiento, que es bastante inferior a la media de las capitales, y explica en parte que una vez

Cuadro II.3

Tasas de crecimiento anual de Pamplona, Navarra, Bilbao, San Sebastián y Vitoria

	Pamplona r	Navarra r	Bilbao r	San Sebastián r	Vitoria r
1727-87	0,5				
1787-1824		0,3			
1787-1860			0,9		
1787-43	0,09				
1843-60	2,6				
1824-1860	1,6	0,5			
1860-77	0,66	0,09	1,75	2,47	1,68
1877-1887	0,39	0,0	4,33	3,12	0,98
1887-1900	0,62	0,09	3,39	2,05	0,81
1900-10	0,2	0,15	1,35	2,63	0,69
1910-20	1,02	0,56	2,15	2,34	0,57
1920-30	2,62	0,48	2,08	2,42	1,48

Fuente: Mikelarena, 1993, 416-425.

Para el conjunto de Navarra anterior a 1860: Mikelarena, 1995: 115.

Para Bilbao: (González Portilla, 1996: 143).

que se rompa esa constricción la ciudad empieza de nuevo a crecer a gran velocidad, en la década de los veinte de este siglo, otra vez muy por encima del conjunto estatal, con un crecimiento anual del 2,6%, tasa que como promedio de los primeros treinta años de siglo sólo es alcanzada por Bilbao (Reher, 1994.26).

Estas especificidades de la capital navarra las podemos ver más claramente si comparamos su crecimiento y el del conjunto de Navarra con los ritmos de crecimiento de Vitoria, Bilbao y San Sebastián (cuadro II.3). Para empezar, tenemos que señalar la dificultad que tenemos a la hora de comparar las tasas de crecimiento anual anteriores a 1860, que es precisamente uno de los momentos en que la población de Pamplona crece con más ritmo. Para los primeros 40 años del siglo XIX, podemos afirmar que el crecimiento en Pamplona es inferior al registrado por el conjunto de Navarra (Mikelarena, 1995, 88), un dato revelador del estancamiento, ya que no podemos olvidar que Navarra es, dentro del estado español, una de las zonas de más lento crecimiento durante el siglo XIX (Mikelarena, 1994).

A la hora de fijar la atención en los factores que explican este crecimiento demográfico para toda la provincia entre 1787 y 1860, Mikelarena señala la expansión agrícola como clave explicativa, una expansión que se da anteriormente a la incorporación al mercado estatal de cereal (Mikelarena, 1995: 100-106). En este proceso de expansión agrícola hay que tener en cuenta el papel jugado por el aumento de la presión fiscal, el descenso de los precios y las roturaciones posibilitadas por las desamortizaciones civil y eclesiástica: en resumen, un crecimiento en su mayor parte extensivo, con poca tecnificación. Además, la expansión de la patata a partir de 1800 va a ampliar las posibilidades alimenticias de la actividad agrícola. En resumen: entre 1787 y 1843 la población de Pamplona sufre un proceso inverso a la navarra, ya que al crecimiento provincial le acompaña un estancamiento urbano difícil de cuantificar exactamente. Solamente entre 1843 y 1860 el crecimiento urbano supera al rural debido al importante saldo migratorio de la capital. Estamos pues, por lo tanto, ante un momento de crecimiento demográfico provincial basado en el desarrollo extensivo de la agricultura, un desarrollo que es capaz de compensar las pérdidas de población que suponen tanto las cuatro guerras que afectan al territorio entre 1798 y 1939 como las epidemias que aparecen.

La naturaleza expansiva del desarrollo agrario chocó a mediados de siglo con unos rendimientos cada vez más decrecientes, de manera que eso explica el parón que registra la población navarra, sobre todo en los dos tercios norte, a partir de 1860, que observa importantes saldos migratorios negativos (Mikelarena, 1995: 106-112). En la montaña asistimos a una crisis de las actividades artesanales y protoindustriales y a una imposibilidad de competir con los precios agrícolas de las zonas más meridionales. Además, las dos guerras carlistas afectaron mucho más a la Zona Media y Montaña, repercutiendo negativamente en su evolución demográfica.

Posteriormente, se observa una recuperación del dinamismo a finales del siglo XIX, pero en el caso de la capital, los límites impuestos por la configuración urbanística hacen que Pamplona crezca por debajo del ritmo provincial. Es en la segunda década del siglo XX, y sobre todo en la tercera, cuando la ciudad supera de nuevo con creces el ritmo de crecimiento provincial.

Entrando en el análisis de las capitales recogidas en el cuadro II.3, se pueden apreciar más en concreto algunas de las observaciones que hacíamos para el conjunto español. Los datos nos muestran que Pamplona experimenta un muy débil crecimiento durante el siglo XIX, muy por debajo de Bilbao, que está viviendo, sobre todo a partir del fin de la última guerra carlista una muy fuerte industrialización, y de San Sebastián, pero también muy por debajo de Vitoria, una ciudad bastante semejante a Pamplona en cuanto a la realidad socio económica. Esta realidad empieza a cambiar en la segunda década del siglo, y da un vuelco en los años veinte, en los que Pamplona se convierte en la capital vasca con mayor tasa de crecimiento anual.

El estudio del crecimiento demográfico urbano quedaría totalmente incompleto si no nos adentramos en sus componentes, o dicho de otra palabra, si no explicamos por qué cada vez hay más hombres y mujeres en una ciudad. Aunque para contestar esta pregunta tenemos que abordar toda la realidad socio-económica que la conforma, es necesario empezar por sopesar la importancia de los dos posibles aportes demográficos en una población dada: su propio crecimiento natural y los movimientos migratorios. Para ello, antes de centrarnos en la realidad de Pamplona vamos a recoger lo que han sido las principales aportaciones historiográficas sobre el tema para el conjunto de las ciudades europeas.

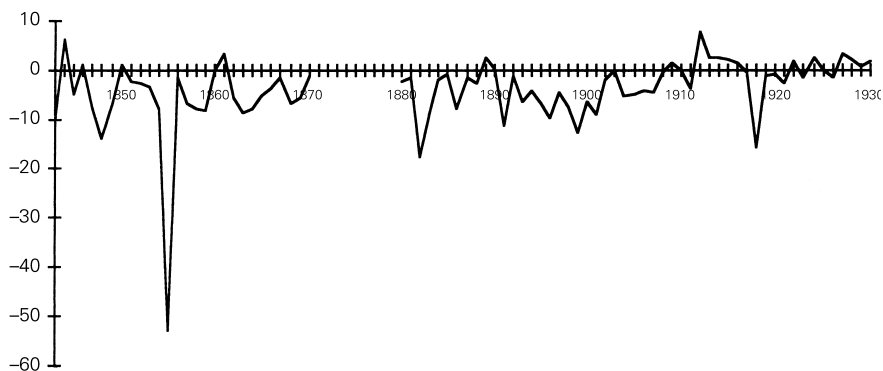
El papel de la inmigración en el crecimiento de las ciudades europeas entre los siglos XVI y XIX es algo que ha sido repetidamente puesto de manifiesto por la mayoría de historiadores y demógrafos que han estudiado el desarrollo urbano en este periodo (Vries, 1987: 227-322). Tal es su importancia, que sería imposible explicar el crecimiento demográfico urbano sin tener en cuenta el continuo aporte migratorio que reciben las ciudades, ya que las altas tasas de mortalidad y la menor fertilidad observada en el medio urbano provocaban un crecimiento natural negativo en casi todas las ciudades hasta el siglo XIX³⁸.

En el estado español nos encontramos con una diversidad de modelos urbanos y pautas migratorias, como consecuencia de diferentes situaciones socio-económicas (Camps, 1993: 26-36), pero investigaciones sobre las

³⁸ A pesar de que el crecimiento natural negativo es un fenómeno que debe ser estudiado y comprobado con estudios locales, Vries (1987: 227-322) afirma que parece estar vigente en la mayoría de las ciudades de Antiguo Régimen.

ciudades del siglo XIX apuntan la importancia de las migraciones en todas las ciudades del estado. Mikelarena (1994, 16-20) ha llamado la atención sobre este aspecto, al constatar la importancia de la inmigración a finales del siglo XIX en ciudades que no han experimentado un desarrollo industrial significativo, algo que ha sido estudiado con profundidad en el caso de Cuenca, constatándose una gran movilidad tanto de entrada como de salida de personas (Reher, 1990b: 170-171).

En el caso que nos ocupa, el de Pamplona, antes de entrar en mayores concreciones, tenemos que empezar afirmando que la inmigración es la principal fuente del crecimiento demográfico. Como se puede observar en el gráfico II.1, el crecimiento natural de la ciudad no deja de ser negativo hasta la segunda década de este siglo. Anteriormente, el crecimiento de Pamplona se basa exclusivamente en el aporte migratorio que recibe. Esta inmigración hay situarla antes del proceso de industrialización, y habría que distinguir entre la tradicional inmigración que reciben las ciudades preindustriales, importante en el siglo XVIII a tenor de los datos presentados por Gemberro Ustarroz³⁹, y la inmigración que se da en el siglo XIX como consecuencia de las crisis agrícolas y la crisis de las economías tradicionales campesinas con las guerras y los procesos de revolución liberal-burguesas. Como primera aproximación, vamos a medir la inmigración gracias al saldo migratorio, resultado de establecer la diferencia el crecimiento real de la



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Registro Civil Municipal.

Gráfico II.1.

Crecimiento natural por mil habitantes. Pamplona 1843-1930

³⁹ Esta autora ha analizado el origen de los cónyuges en la parroquia de San Nicolás durante el siglo XVIII, resultando que sólo un 31,7% de las bodas se celebraban entre dos pamploneses (1985: 768).

ciudad y el crecimiento natural. Tal es la dependencia de Pamplona de los aportes migratorios, que es la evolución del saldo migratorio la que marca los ritmos del crecimiento demográfico total. Es en los años de mayor aporte migratorio en los que Pamplona crece con más rapidez: tanto los posteriores a la I guerra carlista como los años 20 del siglo xx, amortiguándose especialmente en la segunda década de este siglo.

Aunque no es mi intención hacer un estudio exhaustivo de la evolución demográfica de Pamplona en el siglo xix, he creído conveniente completar los datos hasta ahora conocidos sobre crecimiento natural a partir de 1880 (Anaut, 1998), basados en el Registro Civil, con los datos disponibles desde 1840. Para ello he contado con la documentación del llamado Registro Civil Municipal, disponible en el Archivo Municipal de Pamplona desde 1840 hasta 1870, año en el que se interrumpen los libros, para continuar en 1874 en el caso de las defunciones y en 1902 en el de los nacimientos, de manera paralela al Registro Civil, recogiéndose mes a mes los datos de los libros sacramentales de las cuatro parroquias municipales, más los de la Inclusa y el Hospital Provincial, de manera que contamos con una fuente válida⁴⁰ para analizar en conjunto la evolución del movimiento natural de la Población de Pamplona desde el final de la primera guerra carlista⁴¹.

Debido a la evolución de la natalidad y mortalidad vemos que el crecimiento vegetativo es negativo de manera ininterrumpida hasta 1910, e incluso durante varios años sueltos más hasta 1926. Entre 1870 y 1887 tenemos un amortiguamiento de este crecimiento negativo, sin embargo, los niveles de hacinamiento que se registran a fines del xix provocan que sea en la primera década de este siglo cuando se da un crecimiento vegetativo más negativo. Posteriormente, como veremos al analizar la influencia de las reformas urbanísticas e higienistas, a partir de 1905 empezamos a observar un descenso importante de la mortalidad que explica que el crecimiento vegeta-

⁴⁰ Por otro lado, me ha parecido importante verificar la fiabilidad del registro civil municipal, ya que no es lo más habitual que una administración civil disponga de este tipo de fuentes antes de la creación del Registro Civil estatal. El hecho de que en los libros aparezcan mes a mes los datos de cada parroquia de la ciudad hace pensar de que el registrador hacía una copia sistemática de los libros parroquiales, haciéndonos aumentar la confianza en el registro, pero sin embargo he querido hacer una comparación de estos datos con los de por lo menos una de las parroquias de la ciudad, y para ello he escogido la de San Juan, que era la más numerosa de Pamplona. La comparación la he realizado solamente en el caso de los nacimientos, ya que en el de las defunciones no siempre aparece la parroquia a la que pertenecía. El resultado de contrastar las cifras de nacimientos es una concordancia prácticamente total entre los libros parroquiales y el registro municipal, con lo cual se confirma la fiabilidad de este registro civil municipal, cuyos datos he utilizado para la estimación del crecimiento natural en el periodo comprendido entre 1843 y 1870.

⁴¹ Los datos del gráfico II.1 y los del cuadro II.4 se pueden consultar en el apéndice II.1. En ese apéndice aparecen también los datos que he calculado sobre la importancia de los nacimientos de la Inclusa entre el total de nacimientos de la ciudad.

Cuadro II.4

Composición del crecimiento demográfico de Pamplona

	Crec. tot	r	Crec. veg	Crec. veg /100	Saldo migr.	Saldo migr. anual/100	Mig/r
1843-1860	8.104	2,6	-2.504	-1,17	10.608	3,77	1,42
1861-1870	1.704	0,65	-1.133	-1,26	2.837	1,91	1,7
1871-1887	2.033	0,5					
1888-1900	2.253	0,63	-1.879	-1,13	4.132	1,76	1,9
1901-1910	586	0,2	-1.073	-1,59	1.659	1,79	2,88
1911-1920	3.163	1,02	343	0,53	2.820	0,49	0,89
1921-1930	9.624	2,62	32	0,04	9.592	2,57	1

Mig/r: proporción entre el saldo migratorio anual (%) y la tasa de crecimiento anual (r).

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro II.5

Componentes del crecimiento en Bilbao y el conjunto de capitales de provincia

	Bilbao				Capitales provincia			
	r	Crec. veg/ año (%)	Saldo migr/ año (%)	mg/r	r	Crec. veg/ año (%)	Saldo migr/ año (%)	Mig/r
1787-1860	0,9	0,8	0,1	0,09				
1860-1887	2,7	1,2	1,5	0,57	1,2	0,46	0,74	0,61
1887-1900	3,4	0,6	2,8	0,81	1,2	0,02	1,18	0,98
1900-10	1,4	0,7	0,7	0,51	1,2	0,09	1,01	0,84
1910-20	2,2	0,8	1,4	0,63	1,3	0,19	1,11	0,85
1920-30	2,1	0,7	1,4	0,65	1,7	-0,03	1,73	1,01

Mig/r: proporción entre el saldo migratorio anual (%) y la tasa de crecimiento anual (r).

Fuente: Para las capitales de provincia, Reher, 1990, 285.

Para Bilbao, González Portilla, 1995, 144.

tivo se vuelva positivo. De todos modos, el nuevo crecimiento total de la población en los años veinte hay que explicarlo sobre todo por la llegada de inmigrantes.

En este sentido, hay que señalar que Pamplona coincide con las capitales de provincias españolas en su relativo retraso respecto a otras ciudades del continente europeo a la hora de que el crecimiento vegetativo pase a ser una clave fundamental del crecimiento urbano. Podemos afirmar que a finales del siglo XIX la inmigración sigue jugando un papel fundamental en el crecimiento urbano español, mientras que el crecimiento natural o era mínimo o no existía, en un momento en que muchas ciudades europeas estaban conociendo un cambio en la composición de su crecimiento, al pasar a ser el crecimiento natural

el factor clave de su aumento de población, en detrimento de la inmigración (Reher, 1990a: 284-285). Sin embargo, al analizar el cuadro II.5 podemos concluir que Pamplona presenta un comportamiento todavía más dependiente de los aportes migratorios. En este cuadro podemos observar cómo tanto Bilbao como el conjunto de las capitales de provincia españolas presentan en la segunda mitad del siglo XIX un crecimiento natural positivo. Si bien en ambos casos el saldo migratorio es más importante que el crecimiento natural, y representa más de la mitad del crecimiento total, en ninguno de los casos encontramos una dependencia tan extrema como en la capital navarra. Para explicar esto profundizaremos posteriormente en las investigaciones ya realizadas, para tratar de describir y explicar tanto la evolución del movimiento natural de la población como las corrientes migratorias de la ciudad. Anticipándonos, sin embargo, sí podemos avanzar a la luz de lo expuesto hasta ahora que Pamplona es una ciudad especialmente devoradora de habitantes, con una continua llegada de inmigrantes y con un crecimiento natural negativo.

Hasta ahora hemos hablado de crecimiento natural como un conjunto homogéneo, pero es de sobra sabido que este crecimiento depende de la evolución de dos variables demográficas claves: la mortalidad y la natalidad. Estudiar su evolución en el marco temporal en el que nos desenvolvemos nos lleva a abordar uno de los cambios claves que experimentan las sociedades industrializadas: la transición demográfica.

II.1.2. Los inicios de la transición demográfica en Pamplona

Como hemos dicho anteriormente, la cuantificación y explicación del crecimiento natural de una población durante el periodo de industrialización capitalista nos lleva directamente a lo que ha sido calificado como «*el corpus teórico más importante en demografía*» (Arango, 1988, 167), la teoría de la transición demográfica. Esencialmente, esta teoría intenta explicar los principales cambios que experimenta el comportamiento de la población en los dos últimos siglos, pero, a pesar de su antigüedad, todavía son muchas las cuestiones que quedan abiertas y en discusión, por lo que fácilmente podríamos concluir que hoy en día es prácticamente imposible hablar de *una* teoría de la transición demográfica. Tras hacer un repaso de las principales aportaciones sobre el tema, para lo cual son referencia clave los trabajos de Arango (1988), Kirk (1996) y Friedlander, Okun y Segal (1999), nos encontramos no ya solamente con diferentes explicaciones causales, sino también con un profundo desacuerdo a la hora de definir en qué consiste esa transición.

A este respecto, creo que es necesario hacer una breve mención sobre cuál ha sido la principal transformación que se ha producido a la hora de estudiar este tema. En resumen, se podría decir que el principal cambio en el estudio de la transición demográfico ha sido el paso de un estudio de la evolución de las tasas vitales a un estudio del cambio de sistema demográfico.

En otras palabras, se ha pasado de hacer una cronología del descenso de las tasas de mortalidad y natalidad, tarea en la que la obra de Chesnais (1992) es un referente indispensable, a intentar explicar cuál es el principal cambio en el funcionamiento del sistema demográfico de una sociedad.

Como hemos señalado anteriormente, los estudios clásicos sobre la transición demográfica han hecho hincapié en el descenso de las tasas vitales, un descenso que se daría antes en la mortalidad que en la natalidad, de manera que en ese intervalo de descompensación se produjera un importante crecimiento demográfico. A pesar de que ese modelo fue en principio aceptado por la generalidad de los demógrafos, se establecieron diferentes maneras de definir las etapas en las que se dividiría esa transición⁴².

Sin embargo, esta aproximación se ha revelado insuficiente, y han aparecido nuevas líneas de investigación. Las principales aportaciones han venido de la mano de la renovación de los estudios de demografía histórica que supusieron los nuevos indicadores utilizados en el European Fertility Project de Princeton⁴³, que posibilitan hacer una medición de la fecundidad y la nupcialidad mucho más rica que las clásicas tasas de natalidad y nupcialidad. En realidad, estas tasas, a pesar de su utilidad, pueden estar muy influenciadas por variables diferentes, sobre todo por la diferente composición según sexo, edad y estado civil de una población dada, que pueden hacer variar bastante el significado de una tasa concreta. Los indicadores propuestos por el grupo de Princeton⁴⁴ incluyen para su cálculo la composición por edad, estado civil y sexo de la población en cuestión, de manera que son mucho más precisos a la hora de darnos información sobre comportamiento demográfico⁴⁵.

Unida a esta aportación, está la necesidad de concebir los comportamientos demográficos como parte de un sistema interrelacionado. En realidad, es el sistema demográfico en su conjunto el que sufre una profunda transformación en el marco de la industrialización. Con esto no se quiere decir que el mundo preindustrial europeo en la Edad Moderna tenga un comportamiento único, pero sí podemos afirmar que se basa en un equilibrio triangular, lo que algunos autores han llamado triángulo homeostático entre tres variables demográficas fundamentales, la mortalidad infantil, la fecundidad legítima y la nupcialidad, de manera que entre las tres se establece un equilibrio permanente que posibilita un ajuste entre población y recursos (Iriso Napal y Reher, 1987; Flinn, 1989). Es dentro de este equilibrio permanente entre estas

⁴² Para una más detallada recopilación de las diferentes maneras de establecer etapas de la transición, véase Chesnais (1992).

⁴³ Para una evaluación crítica de las aportaciones del proyecto de Princeton, véase Szreter (1996, 542-546) y Levine (1992).

⁴⁴ Para la fecundidad general, If; para la fecundidad legítima, Ig, y para la nupcialidad, Im, elaborados en relación a una hipotética fecundidad natural máxima, que se ha conocido en la secta religiosa de los hutteritas.

⁴⁵ Es interesante la crítica constructiva que Levine (1992) hace de estos indicadores y del modelo de Princeton en general.

tres variables donde se establecen los diferentes modelos demográficos a los que luego haremos referencia, pero todos ellos tienen en común el hecho de que la nupcialidad es el principal regulador de la reproducción social, por medio de la variación en la edad de acceso al matrimonio y de los niveles de soltería definitiva. Se trata, en todo caso, de una regulación exterior al matrimonio, ya que una vez que este se da no se conocen prácticas significativas y generalizadas de control de la natalidad. Por otro lado, los niveles de fecundidad extramatrimonial, aunque puedan ser muy importantes para conocer las prácticas socio-culturales de una comunidad, no suponen numéricamente una variación sobre el total reproductor de la sociedad.

Este sistema preindustrial se quiebra en Europa entre el siglo XIX y el XX, a la par del desarrollo del capitalismo industrial, y es en esa quiebra en la que se produce un enorme crecimiento demográfico. Una vez terminada la transición demográfica es verdad que nos encontramos con tasas vitales mucho más bajas y con una ralentización o frenazo del crecimiento demográfico, pero seguramente lo más importante del nuevo sistema es la ruptura del triángulo anterior, de manera que la fecundidad de una sociedad ha dejado de estar determinada por el acceso al matrimonio, no sólo por el hecho de que sea socialmente reconocida la fecundidad extramatrimonial, sino sobre todo porque la regulación se hace ahora de manera voluntaria dentro de cada pareja. Esto es lo que ha llevado a algunos autores a afirmar que el principal fenómeno de la transición demográfica es el control de la fecundidad legítima (Coale y Watkins, 1986).

Estos autores señalan un descenso, sin recuperación posterior, de un 10% en el indicador I_g como el síntoma de una disminución irreversible (1986, 37). Excepto el caso francés, que se consolida en la primera mitad del siglo XIX, la mayoría de los países europeos experimentan ese descenso entre 1880 y 1920. Concretamente, en Bélgica, Suiza, Holanda, Dinamarca, Alemania y Gran Bretaña lo hacen entre 1880 y 1900, Suecia, Hungría, Austria y Noruega entre 1900 y 1910, y Portugal, Finlandia, Grecia, Italia y España en la segunda década de siglo. Szreter (1996, 452 y ss.) ha llamado la atención sobre la relación entre esta caída de la fertilidad, los cambios en la percepción social del significado económico de los hijos e hijas, y las implicaciones sexuales y familiares de la nueva moral de género, el ideal de masculinidad, y el *control* de la vida y los impulsos sexuales en la moral victoriana.

Por otro lado, no podemos olvidar que el esquema clásico sobre la prioridad en el descenso de la mortalidad infantil ha sido fuertemente contestado en investigaciones locales, y sobre todo a partir de los resultados del programa de Princeton sobre la fecundidad europea. El primer caso clásico de incumplimiento de este modelo es el francés⁴⁶, donde la fecundidad empieza

⁴⁶ Para acercarnos al modelo francés de transición demográfica con su temprano descenso de la fecundidad, véase Walle, 1978; y Wrigley, 1992, 369-343.

a descender de manera independiente desde finales del siglo XVIII, pero dada su evidencia, ya demostrada hace mucho tiempo, ha quedado en la historiografía como la excepción que confirma la regla. Más recientemente, Knodel (1988) ha puesto de manifiesto la prioridad en el descenso de la natalidad sobre el de la mortalidad en un análisis local de varios pueblos alemanes, cuestionando que la primera respuesta mecánicamente la un descenso del nivel de mortalidad y a similares resultados han llegado algunas investigaciones en el caso inglés (Szreter, 1996, 541)⁴⁷. En el caso de Inglaterra, pionera europea en la industrialización, Schofield y Wrigley han demostrado que el crecimiento demográfico que experimentan Inglaterra y Gales en lo que ellos han llamado el siglo XVIII ampliado obedece sobre todo no al clásico esquema de un primer descenso de la mortalidad sino principalmente al aumento de la natalidad, como respuesta a un aumento de la nupcialidad favorecido por el desarrollo económico capitalista (Wrigley, 1992). Este mismo argumento es seguido por Cabré y Torrens (1991) en su estudio sobre la transición demográfica en Catalunya, en el que afirman que el principal aporte del crecimiento demográfico catalán entre 1787 y 1860 se debe también al incremento de la natalidad provocado por una nupcialidad más temprana y universal. Es más, ambas autoras señalan que será esa nupcialidad precoz la que lleve a las familias a adoptar pautas de control de la fecundidad legítima⁴⁸.

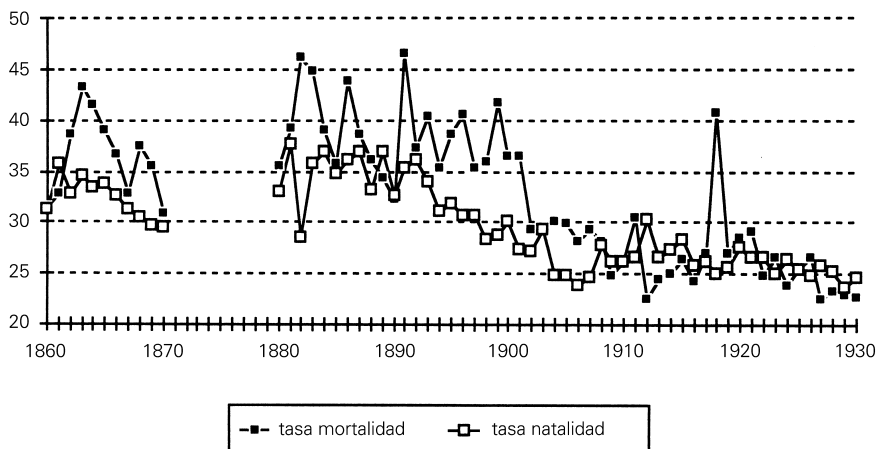
En torno a este debate sobre la prioridad de uno u otro descenso en el desencadenamiento de la transición demográfica, Reher ha señalado recientemente que posiblemente gran parte de la confusión arrojada por los resultados del proyecto de Princeton se deba a «*la elección desafortunada del indicador de mortalidad*» (1999: 292), remarcando este autor que sería más acertado tomar como punto de partida el descenso de la mortalidad juvenil, mucho más relacionada con otro tipo de factores sociales. A partir de este descenso inicial, Reher propone un marco explicativo en el que entrelazan factores sociales y demográficos.

En cualquier caso, resulta evidente a estas alturas de la investigación que a pesar de que no cabe duda de que a largo plazo la industrialización capitalista ha supuesto en el mundo desarrollado un descenso general de la mortalidad, atribuible a mejoras sanitarias, alimentarias y urbanísticas, no es de ningún modo posible afirmar que ese descenso se hiciera de manera lineal y sin importantes costes sociales que se tradujeron en importantes aumentos puntuales de la mortalidad (Schofield y Reher, 1994).

⁴⁷ Szreter hace referencia a estudios que en Gran Bretaña han defendido claramente la prioridad en el descenso de la fecundidad matrimonial sobre la mortalidad infantil, apareciendo como motor de esta, aunque luego a su vez la reducción de la mortalidad infantil actuó como motor del descenso de la fecundidad, tomando como referencia clara los datos aportados por Woods, R., Watterson, P.A. y Woodward, J.H., 1988 y 1989.

⁴⁸ En un sentido inverso al caso inglés, en el que la caída de la fecundidad matrimonial es acompañada por un retraso en el matrimonio (Szreter, 1996, 543).

Como acabamos de ver, el estudio de la transición es complejo y polémico. Además de los desacuerdos hasta ahora perfilados, están las discusiones clásicas en torno al papel de los cambios económicos y/o culturales como motor de la transición y al papel de las diferentes clases sociales⁴⁹.



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos del Registro Civil Municipal.

Gráfico II.2

Tasas de natalidad y mortalidad en Pamplona

Ahora pasaremos a enmarcar la realidad de Pamplona en las grandes tendencias y problemas de la transición demográfica, dentro del panorama general de la formación de la sociedad industrial capitalista, con todo lo que supone de cambios en formas y condiciones de vida. Para ello me voy a servir, además de mis propias aportaciones, de los resultados publicados por dos investigadores gracias a las cuales podemos conocer hoy en día las principales líneas de la evolución demográfica de la ciudad, las realizadas por Sagrario Anaut (1998) y Jesús Sánchez Barricarte (1998).

Como en muchas otras ciudades peninsulares, los primeros años del siglo XX suponen el inicio de unas transformaciones demográficas que van a suponer la quiebra de los sistemas demográficos tradicionales, y prueba de ello son los descensos importantes que se dan en la natalidad y en la mortalidad, apreciables en el gráfico II.2, en el que hemos incluido también las tasas

⁴⁹ Un buen resumen de estas cuestiones lo podemos encontrar en la obra de Chesnais (1992), o, de una manera más actualizada, en la de Kirk (1996) o la de Friedlander et al. (1999).

de natalidad y mortalidad entre 1860 y 1870 calculadas a partir de los datos del Registro Civil Municipal⁵⁰. De todos modos, aunque en este gráfico resulta evidente que el descenso de la natalidad es anterior al de la mortalidad, a continuación veremos que es necesario un acercamiento más detallado para captar las claves de esta evolución.

II.1.2. a. *La lenta caída de una elevada mortalidad*

Como se aprecia en el gráfico II.2, la mortalidad inicia un descenso que podemos calificar de definitivo en alrededor de 1900, a pesar de que la gripe de 1918 vuelva a elevar puntualmente la tasa de mortalidad a niveles preindustriales⁵¹.

Más difícil, sin embargo, es conocer en profundidad los datos del siglo XIX. Para los años anteriores a 1860 tenemos dificultades debido a la ausencia de datos concretos sobre población, pero, de todos modos, los datos recogidos en el apéndice II.1 nos hablan de unas tasas altas, superiores al 40%, agravadas en 1855 con la epidemia de cólera⁵², la última de las grandes epidemias que asolan a la capital navarra, si exceptuamos la gripe de 1918. De 1860 a 1870 nos encontramos con una tendencia de descenso progresivo, llegando a movernos entre el 35 y 30%; para posteriormente elevarse la tasa de mortalidad, oscilando en los últimos veinte años de siglo, entre un 35 y 40%. Un momento clave del descenso es la barrera del 30%. A partir de 1900 sólo muy excepcionalmente se supera un 30% de mortalidad, situándonos ya habitualmente por debajo de 26% a partir de 1910.

Si comparamos la mortalidad pamplonesa preindustrial con los datos provinciales, a pesar de las dificultades de los datos anteriores a 1860, podemos observar un fenómeno común en las regiones europeas ya estudiadas, el mayor grado de mortalidad de las ciudades respecto a su entorno rural⁵³. Comparando con otras zonas navarras, vemos que la mortalidad de Pamplona era muy superior a la de la zona circundante, incluso a la de las zonas de mayor mortalidad, la Ribera (Mikelarena, 1995, 193). A la misma conclusión nos lleva la comparación con el conjunto del País Vasco holohúmedo, para la que

⁵⁰ Podríamos dar las tasas desde 1843, pero las dificultades para calcular el número exacto de población entre 1843 y 1860 nos hace desistir de introducirlas en el gráfico. De todos modos, se pueden consultar en el apéndice II.1.

⁵¹ A este respecto es también significativa la comparación entre los efectos de esta gripe y los de la epidemia de cólera de 1855, que elevan la tasa de mortalidad por encima del 80%.

⁵² Para un estudio más profundo de los efectos de dicha epidemia, ver el trabajo de Martínez Lacabe (1995).

⁵³ De todos modos, hay que tener en cuenta la influencia que en los datos demográficos urbanos tienen las instituciones benéficas, tal y como se ha podido ver en el caso de la Inclusa y los bautismos. En el caso de Pamplona, la inclusión o no de los datos de la Inclusa ha hecho discrepar a Anaut (1998) y a Sánchez Barricarte (1998) sobre los datos de mortalidad infantil.

Incluso en 1934 casi la mitad de la mortalidad pamplonesa tenía lugar en los establecimientos benéficos (Huder, 1935, 13-14).

Ortega (1990, 185) registra unas tasas cercanas al 28‰ como normales en el periodo pretransicional, o con Vizcaya, respecto a la cual la elevada mortalidad de la capital navarra es evidente (Arbaiza, 1994, 216-218).

En este último caso, las diferencias no se explican simplemente por el contraste medio urbano-medio rural. Las tasas de mortalidad de Bilbao (González Portilla, 1996,170) están bastante por debajo de las de Pamplona en todo el periodo que conocemos. En el caso de la capital vizcaína, ésta partía con tasas de mortalidad a mediados del XIX claramente inferiores a Pamplona (23,65‰ en 1860), e incluso en los momentos más críticos de fines de siglo no supera el 32‰, muy por debajo de Pamplona.

Cuadro II.6

Tasas de natalidad y mortalidad en el mundo urbano: Pamplona, conjunto de capitales de provincia y Bilbao

	Pamplona		Cap. prov.		Bilbao
	Nat.	Mort.	Nat.	Mort.	Mort.
1860	31,3	31,4	36,6	31,1	23,6
1887	36,8	38,6	35,3	35,3	29,2
1900	30	36,5	31,3	30,7	32,5
1910	26,2	26,2	29,6	26	22,4
1920	28,5	27,6	27,8	25,7	23,1
1930	23,7	22,5	25,7	17,9	18,3

Fuente: Para Pamplona, elaboración propia. Para el conjunto de capitales de provincia, Reher, 1990. Para Bilbao, González Portilla, 1996: 170.

Sin embargo, las cifras de mortalidad para mediados del siglo XIX concuerdan bastante con las del conjunto urbano español, tanto en los niveles de 1860 como en el posterior aumento que se registra a finales de siglo, tal y como se aprecia en los datos del cuadro II.6. Es en este momento donde aparecen las diferencias. El aumento general de la mortalidad a finales del siglo XIX es superior en Pamplona que en la media de capitales, algo que sin duda está relacionado con toda la problemática urbanística de la capital navarra. A partir de ahí seguimos encontrando diferencias, ya que alrededor del año 30 el proceso de transición de la mortalidad está prácticamente terminado en las capitales del estado, mientras que Pamplona todavía está rondando un 25% de mortalidad, una cifra que, si bien indica cierto retraso con el estado, nos revela que la mortalidad se ha reducido en alrededor de una tercera parte en apenas 15 años.

Respecto a este nivel de descenso de principios de siglo, Pamplona coincide con otras ciudades del estado en la fecha de inicio de descenso de la mortalidad, y también seguramente con las causas, ya que esta es una época

de renovación de infraestructuras urbanas, pero no en el punto de llegada. Reher señala (1990: 294) que la mortalidad cayó de manera más clara en las ciudades grandes que en las pequeñas, de manera que las diferencias en 1930 quizás tienen ahí parte de su explicación, aunque sea de manera indirecta, debido a que es en las grandes ciudades donde se dan los primeros pasos de políticas destinadas a frenar la mortalidad infantil (id, 295).

Esta evolución de la mortalidad se inscribe, aunque con peculiaridades propias, en la evolución de la mortalidad en el occidente europeo. Como ya hemos señalado anteriormente, nos es difícil conocer el comportamiento de la mortalidad durante el siglo XVIII en la capital navarra⁵⁴. Sin embargo, sí podemos suponer que también en Pamplona la mortalidad habría conocido un leve descenso durante este siglo como consecuencia de la progresiva desaparición de enfermedades epidémicas. Después de los problemas del primer tercio del siglo a los que antes hemos hecho referencia, este leve descenso también parece observarse en el periodo 1840-1870. En líneas generales, este ligero descenso lo podemos equiparar con lo que se ha llamado «estabilización de la mortalidad» (Flinn, 1974), y que se ha considerado como una primera fase en la reducción de la mortalidad en los últimos siglos (Schofield y Reher, 1994).

Sin embargo, este descenso de la mortalidad está lejos de ser un proceso lineal y claro para el conjunto europeo. Los estudios locales y regionales han demostrado que las ideas optimistas que asociaban mecánicamente desarrollo industrial y descenso de la mortalidad tienen muchos puntos débiles. En realidad, fueron muchas las ciudades y regiones europeas que conocieron un aumento de la mortalidad en periodos concretos de fuerte industrialización (Schofield y Reher, 1994: 16), debido a las consecuencias sociales y sanitarias que se derivaron de ésta (hacinamiento, pobreza...). Este aumento de la mortalidad también se registra, como ya hemos señalado anteriormente, en el conjunto de capitales de provincias españolas, y también ha sido explicado para la industrialización vizcaína (Arbaiza, 1994).

Posteriormente, es a finales del siglo XIX cuando conocemos a nivel europeo un segundo momento importante en el descenso de la mortalidad, algo que en Pamplona sucede unos años después, a principios del siglo XX, compartiendo con otros países la epidemia de gripe de 1918.

Como hemos podido comprobar, la evolución de la mortalidad en capital navarra no es muy diferente en líneas generales de lo que es la evolución europea en el marco de la industrialización capitalista, con un periodo de estabilización de la mortalidad gracias al descenso de la mortalidad epidémica, un aumento de la mortalidad provocado por las consecuencias sociales de la industrialización, y un posterior descenso desde principios del siglo XX. Sin

⁵⁴ Para el siglo XVIII Miranda (1984: 770) ha calculado unas tasas de mortalidad adulta que resultan de difícil comparación con datos posteriores.

embargo, lo que diferencia a Pamplona de esta evolución general es, además de sus altos niveles de mortalidad pretransicional, el considerable retraso de este descenso respecto a los estados europeos en los que el capitalismo industrial está más desarrollado, algo en lo que coincide con la mayor parte de capitales españolas.

Esta evolución general de la mortalidad, sin embargo, debe matizarse y profundizarse apuntando los principales rasgos de la mortalidad infantil, ya que es esta la que va a determinar en gran medida la evolución general de la mortalidad general de la ciudad. Para ello contamos con la investigación de Anaut (1998), quien ha realizado un minucioso estudio sobre el tema. Anaut ha complementado los datos del Registro Civil con las listas de muertos antes de las 24 horas de vida recogidas en el Archivo Municipal, de manera que las cifras de mortalidad infantil se revelan más altas de lo que las estadísticas oficiales ofrecen, aunque, por otro lado, también hay que tener en cuenta el efecto distorsionador de los datos de la Inclusa. Teniendo en cuenta todos estos factores esta autora nos pone de manifiesto la elevada mortalidad infantil en Pamplona respecto a otras ciudades del estado, motivada sobre todo por la pobreza y el hacinamiento urbanístico de gran parte de la población, motivada en este caso, como veremos más adelante, no por un arrollador desarrollo económico, sino por las desigualdades sociales y los límites legales que la jurisdicción militar impone a la morfología urbana. Dentro de la evolución de esta mortalidad infantil y juvenil, Anaut destaca, entre 1880 y 1935, la pérdida de importancia de la mortalidad juvenil respecto a la infantil, que tarda mucho más en caer, y la tardanza con que se produce la transición epidemiológica.

Visto este proceso de manera global, no cabe duda de que estos inicios de siglo van a suponer un aumento definitivo en la esperanza de vida de los y las pamploneses. Al igual que en el resto de capitales de provincia, en los cuales la esperanza de vida aumenta de 30,15 a 47,35 años entre 1900 y 1930, también en Pamplona la esperanza de vida al nacer pasa de 28,29 a 44,67 (Reher, 1998). Estos datos muestran de nuevo la mayor mortalidad pamplonesa respecto a la media estatal, pero de nuevo tenemos que alertar sobre los efectos distorsionadores de las instituciones benéficas.

II.1.2.b. *Hacia un control de la fecundidad*

Es, por lo tanto, en este marco de descenso de la mortalidad, sobre todo la juvenil y la infantil, donde tenemos que situar el inicio del descenso que se ha considerado clave de cara a estudiar la transición demográfica, el descenso de la fecundidad matrimonial.

El estudio de la reproducción social es, como ya hemos señalado anteriormente, bastante más complejo que lo que nos indica la tasa de natalidad. A pesar de que existe actualmente un amplio consenso sobre la importancia del control de la fecundidad matrimonial como clave de la transición demo-

gráfica, hay ejemplos históricos que nos hablan de control de la fecundidad matrimonial en épocas anteriores a la transición, como el caso de la villa inglesa de Colyton, y en general el conjunto inglés, en el siglo XVII (Wrigley, 1966; Wrigley y Schofield, 1981), o la región húngara del Ormansag (Andorka, 1971), pero que parecen más controles esporádicos en épocas de dificultades económicas que prácticas habituales. Por otro lado, la constatación de diferencias entre el mundo urbano y el rural anteriormente a la transición demográfica nos señala también que las familias de las ciudades tendían a tener una fecundidad más controlada (Iriso Napal y Reher, 1987: 97-98).

Hace ya tiempo que los indicadores propuestos por A. Coale y otros historiadores del grupo de Princeton, I_f para la fecundidad general, e I_g para la fecundidad legítima, han ocupado un lugar central en los estudios sobre fecundidad, poniendo en relación la reproducción de una sociedad con sus límites naturales si no existiera ningún tipo de control sobre ella, pero también he señalado anteriormente que estos indicadores han recibido también críticas, y tenemos que subrayar que uno de los intentos alternativos de medición de la fecundidad ha sido el realizado por Sánchez Barricarte (1998) con un nuevo indicador, IN_{rm} , que serviría para paliar alguno de los problemas que tiene el indicador I_g de fecundidad legítima. Así pues, en el caso de la capital navarra, gracias a las diferentes investigaciones, contamos tanto con los indicadores propuestos por el grupo de Cambridge (García-Sanz, 1988; Mikelarena, 1994b) como con los aportados por Sánchez Barricarte.

Cuadro II.7
Indicadores de fecundidad en Pamplona

	I_{sf}^*	I_g	IN_{rm}	I_g	I_f
1876	3,28	590	4,27		
1803	3,53	634	4,47		
1830	2,99	551	3,88		
1860	3,25	614	4,41		
1880	2,93	577	4,15		
1887				690	336
1900	2,98	543	4,16	609	259
1910	2,61	685	4,72	613	238
1920	2,28	553	3,82	613	249
1930	2,20	543	3,46	538	211

Fuente: Datos de Sánchez Barricarte (1998) excepto I_g e I_f , de Mikelarena (1994d: 324).

* Índice sintético de fecundidad.

Tal como nos señala el cuadro II.7, la fecundidad de Pamplona va a iniciar un descenso importante a principios del siglo XX. Sin embargo, la importancia de ese descenso en la segunda (en función de IN_{rm}) o en la ter-

cera (atendiendo a Ig) década del siglo xx no implica que anteriormente la situación haya sido estable, registrándose continuas variaciones durante el siglo xix, y, paradójicamente, alcanzando los niveles máximos de INrm en 1910.

Ese descenso datado a principios del siglo xx va a ser diferente según los datos de fecundidad general y los de fecundidad legítima. Si bien es verdad que esta última es la que ha sido considerada como el elemento clave en la transición demográfica⁵⁵, podemos apreciar, tanto con el indicador Isf como con If, que anteriormente a ese descenso en la fecundidad legítima se da otro en la fecundidad general, que, como más tarde analizaremos, tiene su explicación en la restricción de la nupcialidad. En este sentido, debemos profundizar en el conocimiento de la realidad socio-económica de Pamplona a finales del siglo xix, en la cual a los problemas urbanísticos (que están bloqueando el desarrollo de la ciudad) hay que sumar las dificultades con las que vive gran parte de la clase obrera, y que se refleja en una preocupación municipal por el problema del paro. Más tarde volveremos con más profundidad sobre esto, pero adelanto la hipótesis de que la estructura económica y las condiciones de vida en la ciudad sean el freno de la nupcialidad y también de la fecundidad general.

Las comparaciones entre la fecundidad urbana y la del mundo rural navarro no arrojan sorpresas, en el sentido que muestran claramente una menor fecundidad en la ciudad, tanto legítima como general, algo que se aprecia en

⁵⁵ Ya he señalado anteriormente que la fecundidad ilegítima, a pesar de su importante significación social, no tenía en estos momentos un volumen suficiente como para condicionar la evolución de la fecundidad general. Sin embargo, dentro de la geografía navarra, se aprecian importantes diferencias, tanto en la incidencia de la ilegitimidad, como en el recurso a la exposición de los niños o niñas. Mikelarena y Valverde (1993) han resaltado que los valles meridionales de la montaña navarra navarra, y en menor medida los pirenaicos, son las zonas que registran, durante el siglo xviii y xix, un mayor porcentaje de ilegitimidad, muy por encima de la zona media y de la Ribera, unas diferencias que podrían ser explicadas, en parte, pero no totalmente, por lo restrictivo de la nupcialidad en esos valles navarros; sin embargo, Mikelarena y Valverde nos advierten de que, en el contexto de la Europa occidental, Laslett y Viazzio, entre otros autores, han señalado la insuficiencia de este tipo de explicaciones para entender la ilegitimidad durante Edad Moderna.

En el caso navarro sí se aprecia una correlación significativa entre nupcialidad restringida y mayor porcentaje de ilegitimidad. Esto, de todos modos, no se traduce en una relación similar en cuanto a la exposición de niños y niñas, ya que, durante el siglo xviii, es patente que las zonas con mayor porcentaje de nacimientos ilegítimos son las que menos recurren a la institución de la Inclusa, lo cual nos revela diferentes actitudes ante los hijos e hijas ilegítimos, y, según apuntan Mikelarena y Valverde, una mayor aceptación social de estos y estas.

Este panorama, sin embargo, parece cambiar en el siglo xix, en el que desciende el porcentaje de ilegítimos y sin embargo, aumenta la tendencia a la exposición de estos, signos ambos fenómenos de un triunfo de la doctrina oficial de la Iglesia en esta materia. La tragedia que llevaban estas madres solteras y la represión que vivían en su entorno social y familiar queda patente en los testimonios recogidos por J.M. Satrustegi (1975: 51) en la zona de la Sakana referidos a la primera mitad del siglo xx.

los datos de Mikelarena (1994b) y Sánchez Barricarte (1998: 146). Este autor defiende que la menor fecundidad marital de la ciudad es fruto de decisiones conscientes relacionadas con los problemas de vivienda, aspiraciones de movilidad social, trabajo femenino y el valor económico de los niños y niñas (id.: 186), así como con factores religiosos o ideológicos. Así, remarca que no tiene sentido hablar del descenso de la fecundidad a principios de siglo xx como respuesta a una difusión cultural de prácticas contraceptivas, ya que estas serían conocidas y practicadas en cierta medida en las ciudades desde, por lo menos, finales del siglo xviii. Según Sánchez Barricarte esto sería prueba de la primacía del mundo urbano frente al rural en la adopción del control marital de la reproducción, a pesar de que la reducción del 10% sobre niveles pretransicionales en el indicador TFM+35, que él considera como clave para captar el control de la fecundidad matrimonial, se de antes en zonas rurales de Navarra que en la capital (id.: 174). Sin embargo, tomando como referencia clave el descenso del 10% en los niveles de Ig, es la capital navarra quien toma la delantera en el descenso a la provincia (Mikelarena, 1994d, 324).

De cualquier modo, tanto un indicador como otro nos están revelando una menor fecundidad matrimonial en las ciudades que en el campo, una menor fecundidad que también tiene que ver con la actividad económica de las familias. Aunque no se disponen de estudios de fecundidad diferencial por sectores sociales para Pamplona, algo que sin duda sigue siendo un tema pendiente de investigación, Sánchez Barricarte ha calculado la fecundidad matrimonial en todas las comarcas de Navarra en 1940, diferenciando las familias campesinas de las no campesinas, con unos resultados claros en el sentido de una mayor fecundidad entre las primeras, algo que también se registra en una ciudad como Vitoria (Sánchez Barricarte, 1998: 185).

Cuadro II.8
Evolución de la fecundidad

	Ig				If		
	Navarra	Bilbao	Capitales prov.	España	Navarra	Bilbao	España
1860			574	654			396
1887	669	683	594	650	384	299	391
1900	667	649	604	653	353	305	
1910	685	678	577	623	349	288	356
1920	700	591	555	586	334	247	
1930	654	507	502	540	297	230	291

Fuente: Para Navarra: Coale y Watkins, 1986: 147. Para Bilbao: González Portilla, 1998: 152. Para las capitales de provincia: Reher, 1990: 292. Para el conjunto español: Coale y Watkins (1986, 144).

Si nos fijamos en el conjunto de comunidades autónomas del estado español, todas ellas inician en 1887 un proceso de descenso de I_f , en el que según Nicolau (1991, 55) pesan sobre todo las restricciones de la nupcialidad (más que en otras regiones europeas). Dentro de este panorama, Nicolau (1991, 56) ha realizado un mapa sobre el descenso de la fecundidad general por comunidades autónomas, en el que se mide el periodo de tiempo en que cada comunidad desciende de niveles situados por encima de 300 a niveles inferiores a 200. De este mapa se desprenden dos grandes conjuntos en el panorama estatal, por un lado la cornisa cantábrica y la antigua corona de Aragón, y por otro el resto del estado (con la excepción de Madrid), siendo bastante más precoz en este descenso la primera, que lo consuma antes de 1940, ocupando posiciones de vanguardia Cataluña, y en menor medida el País Valenciano, Madrid y Vascongadas.

En cuanto a la fecundidad legítima, Livi-Bacci (1988, 154) realiza una síntesis sobre el descenso de la fecundidad legítima en las diferentes regiones de las penínsulas ibérica e itálica, en las que queda claro que no se puede identificar desarrollo industrial y caída de I_g (ejemplos del sur de Portugal y la Toscana en Italia, como caída anterior al desarrollo industrial, y de Lombardía y Vizcaya, con desarrollo industrial sin control temprano de la fecundidad). Más adelante señala la importancia del factor «región», y la difusión cultural de los comportamientos, en la caída de la fecundidad matrimonial, de manera que los comportamientos reproductivos son otro de los campos en los que se aprecia la importante relación entre campo y ciudad.

Si hacemos una comparación estatal de la fecundidad legítima dentro del marco urbano, referente a las capitales de provincia (Iriso Napal y Reher, 1987) podemos situar a Pamplona, a principios del siglo xx, en una situación intermedia entre del conjunto de capitales. Dentro de este panorama, en el cuadro hemos podido observar que el descenso en el marco español se da de manera paralela en las capitales y en el conjunto global, eso sí, manteniendo siempre el marco urbano una fecundidad menor. El descenso es continuado entre 1900 y 1930, alcanzándose en 1920 niveles un 10% inferiores a los del siglo anterior. Entre las ciudades, son las ciudades industriales, ya sea industria ligera o pesada, y minera, y sobre todo las que tienen entre 50.000 y 100.000 habitantes, las que para 1920 han efectuado un descenso de ese calibre (Reher, 1990, 292), mientras que las ciudades más pequeñas, tardan por lo general una década más en efectuar ese descenso, como es el caso de Pamplona. En la capital navarra, como ya he señalado, el descenso irreversible de I_g en un 10% sobre cifras precedentes se da, en la tercera década del siglo.

Una cuestión clave es la relación entre desarrollo económico y control de la fecundidad matrimonial, que para el caso español fue ya investigada hace mucho tiempo por Leasure (1963) y posteriormente por Livi Bacci (1968), en la que puede apuntarse que el factor de difusión regional a partir de afini-

dades culturales, lingüísticas o religiosas es clave en la adopción de pautas restrictivas de la fecundidad que sin embargo, se iniciarían en centros urbanos e industriales (Arango, 1980, 191).

En su análisis de los condicionantes de la fecundidad matrimonial en el marco urbano, Iriso Napal y Reher (1987, 79-93) han valorado sobre todo el analfabetismo y la razón de población masculina en edades activas. En el caso de la alfabetización, se puede establecer una correlación clara entre analfabetismo y fecundidad matrimonial, aunque con tendencia a disminuir en el periodo. En general, se puede decir que a medida que entramos en la transición demográfica a principios de siglo tienden a tener cada vez más importancia los factores económicos como determinantes de la fecundidad matrimonial, en detrimento de los factores culturales.

II.1.2.c. *La nupcialidad: hacia el colapso matrimonial*

Si bien el descenso de la fecundidad legítima es considerado el componente clave del descenso de la fecundidad general, es decir, de la capacidad global reproductora de una sociedad, esto no quiere decir que la nupcialidad pierda su influencia en este terreno. Esto no sucede de manera completa ni siquiera en momentos post-transicionales, y mucho menos en los momentos históricos en los que la transición demográfica no había finalizado, como es el caso de Pamplona en el periodo que estamos investigando.

En realidad, la nupcialidad ha sido considerada como el comportamiento demográfico más afectado por las fluctuaciones coyunturales de la economía, tanto antes como después de la transición demográfica. Como ya hemos señalado anteriormente, en los sistemas demográficos tradicionales la nupcialidad ejercía como principal regulador de la fecundidad general de una sociedad, sin que su papel como regulador de la reproducción social desapareciera totalmente durante la transición demográfica.

Así, el aumento de la nupcialidad ha sido tomado por Cabré y Torrens (1992) como desencadenante de la transición de la fecundidad legítima en Catalunya, al no poder hacer frente las familias al mayor número de hijos que trajo la nueva nupcialidad⁵⁶. Para el caso francés, estudiado con más detenimiento por Weir (1994), se puede concluir que en los departamentos en los que desciende la fecundidad matrimonial aumenta la nupcialidad, con lo cual parece quedar claro que cuanto mayor es el control de la fecundidad legítima dentro de los matrimonios menor es el papel que juega la nupcialidad como regulador de la fecundidad general, en consonancia con lo apuntado por van de Walle años antes.

⁵⁶ Para la relación entre nupcialidad y descenso en la fecundidad, véase Coale y Watkins, 1986. cap 2.

De todos modos, si bien es imprescindible entender la nupcialidad como un comportamiento con indudable significado económico y social, ello no nos puede llevar a olvidar que además de los condicionamientos de este tipo, en la decisión concreta de dos personas de casarse influyen gran cantidad de factores, deseos y sentimientos. En este sentido, estoy plenamente de acuerdo con Enríquez cuando afirma: *«Sexo e intercambio, realidades generalmente consideradas por la cultura subalterna en términos de categorías morales vivenciales, fueron los elementos definitorios de las relaciones sociales de reciprocidad entre géneros, al punto de erigirse en las referencias nucleares que tejían y envolvían las estrategias matrimoniales de la multitud vizcaína preindustrial. Aquí los matices también acabaron imponiéndose. Cada nuevo matrimonio popular era un universo de circunstancias, de momentos, de situaciones, de expectativas concretas»* (1995: 151). Esto es importante, ya que de otro modo podemos eliminar de nuestra labor de historiadores todo el mundo de los anhelos, deseos o sentimientos, que no debe desaparecer con la excusa de explicaciones meramente economicistas.

Entre los factores que pueden desencadenar el matrimonio, creo que también hay que señalar, no como regulador general de prácticas sociales, pero sí como desencadenante inmediato en bastantes casos, el hecho de que una mujer soltera quedara embarazada. Si bien el matrimonio no era la única salida que esa mujer tenía, dada la importancia de la exposición o incluso el infanticidio, no cabe duda de que en el caso de que el matrimonio estuviera ya previsto por la pareja, muchas veces el embarazo era algo que precipitaba los hechos hasta el punto de fijar una rápida fecha de matrimonio. No estamos hablando de hechos aislados, para el caso británico, Rule (1990: 278-301) ha recogido diferentes testimonios y estudios que hablan de porcentajes superiores al 50% de novias embarazadas en los matrimonios de diferentes ámbitos, campesinos, pescadores o industriales. Para el caso vizcaíno, Enríquez (1996: 113-114) ha encontrado bastantes testimonios que avalan esta tesis, aludiendo también a datos de Ortega y Elorriaga para las comarcas del Duranguesado y Encartaciones.

Otro de los factores que deberemos tener en cuenta es la participación o no de las mujeres solteras en el mercado laboral. Esto lo ha hecho Janssens (1997) para la ciudad holandesa de Enschede, con predominio de la industria textil a principios del siglo xx, con el resultado de que las mujeres tejedoras y sin profesión se casaban antes que las que trabajaban en el servicio doméstico. Al analizar la influencia de la posición económica del padre, también observa pequeñas diferencias, apreciando mayor nupcialidad en las familias obreras que en las de campesinos o clase media-alta.

Hechas estas aclaraciones, volvemos ahora al estudio global de la nupcialidad, y basándonos en gran medida, como hemos venido haciendo con la fecundidad, en los indicadores propuestos por el proyecto de Princeton diri-

gado por A. Coale, en concreto el indicador Im^{57} . En un primer momento nos vamos a centrar en el indicador global, para posteriormente entrar en cada uno de los componentes citados.

Como se puede apreciar en el cuadro II.9, durante la primera mitad del siglo XIX observamos una evolución dispar entre los dos factores claves de la nupcialidad, con un ligero aumento en la edad de acceso al matrimonio y un ligero descenso del celibato definitivo. Sin embargo, a partir de 1860 la evolución de ambos indicadores va a tomar la misma dirección, hacia una res-tricción de la nupcialidad, que se aprecia tanto en el aumento de la edad media de acceso de las mujeres al matrimonio como en el aumento del celibato definitivo, con el resultado de un descenso claro de I^m .

Cuadro II.9
Evolución de la nupcialidad en Pamplona

	EAM	Celibato definitivo	I^m
1786	24,2	11,9	485
1803	24,3	11,3	482
1830	24,5	11,3	468
1860	24,8	10,4	455
1880	24,9	11,7	432
1900	24,8	11,7	444
1910	25,0	17,5	347
1920	25,5	22,8	359
1930	25,9	27,3	368

Fuente: Sánchez Barricarte (1998: 75, 79 y 85).

Tanto las investigaciones de García-Sanz (1988) como las de Mikelarena (1994d y 1995) y Sánchez Barricarte (1998) han puesto de manifiesto la menor nupcialidad de Pamplona respecto a la media provincial, un aspecto en el que influye la importancia de la inmigración como un componente fundamental de su población, ya que la ciudad constituye un lugar de residencia temporal para inmigrantes de otras zonas. Sin embargo, esa comparación en-

⁵⁷ En el caso de Pamplona contamos con los datos del registro de matrimonios, método más exacto que la fórmula propuesta por Hajnal (1953). Esta fórmula tiene una validez limitada, ya que se han señalado tres condiciones para que pueda ser utilizada sin problemas de malinterpretación: idéntica mortalidad y movilidad poblacional a cada edad entre la población casada y soltera, y que las generaciones sucesivas hayan tenido las mismas características demográficas, y por supuesto, la misma nupcialidad (Mikelarena, 1995, basado en los criterios de G. Delille). Sánchez Barricarte (1997: 52-54) también la critica, y pone de manifiesto la diferencia de los datos derivados de la fórmula de Hajnal y los de los registros civiles, datos estos últimos que vamos a tomar como base para nuestro estudio.

tre mundo urbano y rural puede pecar de simplista si no tenemos en cuenta la diversidad nupcial navarra, motivada sobre todo por la existencia de diferentes sistemas demográficos preindustriales, de mayor o menor presión, tal y como ha puesto de relieve Mikelarena (1995), en función sobre todo de los niveles de mortalidad infantil.

En cuanto a estas diferencias campo-ciudad, el caso navarro tampoco constituye una excepción, ya que otros autores ya han puesto de manifiesto la menor nupcialidad registrada en las ciudades respecto a las áreas rurales. Esta diferencia también se aprecia en el conjunto español (Reher, 1986: 48); en concreto, Sharling (1978), Ringrose (1985) y el mismo Reher (id.: 46-56) han subrayado las diferentes pautas nupciales de la población inmigrante y la nativa dentro de las ciudades, ya que una parte importante de la población inmigrante vivía en condiciones muy difíciles e inseguras, con muchas menos posibilidades de afrontar un matrimonio y formar un nuevo núcleo familiar, algo que también Arbaiza (1994) ha registrado para las villas vizcaínas anteriormente a su transformación industrial. En el caso de Cuenca, la población inmigrante se casaba por promedio año y medio más tarde que la nativa (Reher, 1986, 51). Este autor también alude a las diferencias entre cultura urbana y rural en este sentido, con una menor presión social en las ciudades de cara al matrimonio, y apunta también un problema metodológico al que antes hemos aludido para la capital navarra, la posible distorsión que la llamada población institucional (clero, militares...) podrían causar en las cifras globales de nupcialidad. A este respecto, hay que tener en cuenta, como veremos al analizar la población activa, que las cifras de celibato definitivo aumentan a la par del crecimiento de conventos de religiosos y religiosas.

Si ponemos en relación esta situación navarra con la de otras zonas peninsulares podemos señalar, siguiendo a Rowland (1988) las siguientes tendencias durante el siglo XIX y principios del siglo XX: la disminución del nivel de celibato definitivo tanto para hombres como para mujeres y un cierto retraso en el matrimonio de ambos sexos, debido al aumento de la edad de las primeras nupcias. Al mismo tiempo, se mantiene la diferencia entre dos grandes conjuntos, las zonas del este, centro y sur de la península se mantienen en el matrimonio precoz, frente a las de la zona cantábrica, con un comportamiento nupcial más restringido, diferencias estas sobre las que ha habido importantes debates historiográficos en función del peso dado a factores como el porcentaje de jornaleros o los niveles de mortalidad infantil⁵⁸.

La evolución de la nupcialidad en el conjunto español fue estudiada hace ya mucho tiempo en el clásico trabajo de Livi-Bacci (1968), con unos resultados que han sido confirmados por otros investigadores (Pérez Moreda, 1985; Reher, 1986), en el sentido de que la nupcialidad general se mantiene

⁵⁸ En torno a esta cuestión son una referencia clara las obras de (Livi Bacci, 1968; Reher, 1988; Nadal, 1984 o Pérez Moreda, 1986)

estable, con una ligera tendencia al alza, entre 1787 y 1887, debido a la evolución contrapuesta del celibato definitivo, que tiende a descender, y la edad de acceso al matrimonio, que tiende a aumentar (Pérez Moreda, 1985: 49). Sin embargo, esta tendencia de larga duración ha sido matizada recientemente por Cabré y Torrens (1992), al estudiar, especialmente para el caso catalán, pero también para el conjunto estatal, la evolución de la nupcialidad en el siglo XIX. Ambas autoras llegan a la conclusión de que la primera mitad del siglo XIX es una época de importante aumento de la nupcialidad, que a su vez va a explicar un aumento de la natalidad y del conjunto de la población, de una manera parecida a lo que sucede en la Inglaterra del siglo XVIII (Wrigley Schofield, 1981). Posteriormente sí se puede hablar de nuevas restricciones, que hacen que a fines del XIX el valor global de la nupcialidad sea similar al de un siglo antes.

En el caso concreto de Pamplona, después de las variaciones ya comentadas de los dos primeros tercios del siglo XIX, podemos observar que la capital navarra experimenta esa restricción de la nupcialidad en las primeras décadas del siglo XX, algo similar a lo que ocurre en Bilbao (González Portilla, 1996), y en el conjunto español, tanto en los diferentes tipos de ciudades (Reher, 1990) como a nivel global (Cachinero, 1982). Dentro de esta evolución pareja Pamplona sigue siendo durante el primer tercio del siglo XX una de las capitales provinciales con una nupcialidad menos intensa (Mikelarena, 1994d: 326), llegando en 1930 a los casi 26 años (25,9) como edad media femenina de acceso al matrimonio, superando por primera vez desde 1860 a todas las comarcas navarras, incluidas las de nupcialidad más restringida (Sánchez Barricarte, 1998: 75).

Aunque para el conjunto español falten estudios que relacionen esta restricción de la nupcialidad con las condiciones materiales de las familias, creo que en el caso de Pamplona, sin ignorar la influencia del descenso de la mortalidad infantil, es preciso tomar en consideración la hipótesis de que este comportamiento nupcial tuvo que ver con el escaso desarrollo económico de la ciudad y con las dificultades que las familias pamplonesas encontraban para salir adelante, aspecto este que relacionaré posteriormente con la evolución de las estructuras familiares y la participación de los diferentes miembros familiares en el mercado de trabajo. En este sentido, también Arbaiza (1994: 265) ha puesto de manifiesto la restricción de la nupcialidad en Durango con su precario desarrollo económico durante el primer tercio del siglo XX.

II.1.2.d. *Un balance de la transición demográfica en Pamplona*

Como ya he indicado anteriormente, no se puede pensar que al final de nuestro periodo de estudio la transición demográfica esté terminada en Pamplona, sin embargo, sí es verdad que se ha recorrido un buen trecho de ese camino, pudiéndose observar interrelaciones claras entre cambio económico y comportamiento demográfico.

En primer lugar, respecto a la evolución de las tasas vitales, tenemos que decir que en el segundo tercio el siglo XIX encontramos algunos indicios de lo que

algunos autores han llamado fase pretransicional, con un ligero descenso de la natalidad y la mortalidad entre 1860 y 1870, interrumpido en ambos casos en los últimos veinte años de siglo, con una tendencia al alza que se interrumpe antes en el caso de la natalidad. En efecto, es a partir de 1890 en la natalidad y de 1900 en la mortalidad cuando se inicia un descenso definitivo de las tasas vitales.

Este descenso de la natalidad tiene mucho que ver con el estancamiento económico de la ciudad a fines del XIX, ahogada en las murallas, y sin poder absorber todo el flujo migratorio que recibe, algo que va a influir en la elevación progresiva de la edad de acceso al matrimonio. Esta restricción de la nupcialidad, apreciada claramente en los valores del indicador *Im*, es la que provoca ese primer descenso importante en la natalidad, y, por consiguiente, en el indicador *If* de fecundidad general. Como se puede observar, es una variable demográfica calificada como pretransicional a la hora de regular la evolución de una población, la que pone en marcha el descenso definitivo de la fecundidad.

De todos modos, es el descenso definitivo de la fecundidad legítima lo que ha sido considerado como el momento clave de la transición, al anunciarnos el tránsito de un régimen demográfico en el que el acceso al matrimonio regula la capacidad reproductiva de una sociedad a otro en el que la regulación se realiza ya dentro de las familias. En nuestro caso, y a partir del indicador *Ig*, es en la tercera década del siglo XX cuando esto se produce, en un momento de relativa reactivación económica de la ciudad. Este descenso se da una vez que la mortalidad había descendido de manera significativa, sobre todo la mortalidad juvenil (Anaut, 1998). Queda claro, pues, que este descenso de la fecundidad matrimonial requeriría un estudio específico para cada grupo social siguiendo el modelo de Szreter (1996), entendiéndose que este cambio en el comportamiento reproductivo está muy ligado a las estrategias económicas que desarrollan las familias en relación con el desarrollo económico, y con factores sociales como las condiciones de vida, la mortalidad y las diferentes perspectivas que sobre el valor y los costes de los hijos e hijas tengan las familias. Es necesario, por lo tanto, concluir volviendo a señalar la necesidad de estudios que, a pesar de las dificultades, aborden un tratamiento diferenciado socialmente de los comportamientos demográficos⁵⁹.

II.2. INDUSTRIALIZACIÓN Y ORDEN SOCIAL EN PAMPLONA

II.2.1. La industrialización en Navarra

II.2.1.a. *Hablando de desarrollo*

Evidentemente, los cambios en la estructura económica de Pamplona no suponen una excepción. Dentro de las grandes transformaciones mundiales

⁵⁹ Ejemplo de este tipo de perspectivas se encuentran en las investigaciones de Reher (1990c) sobre la ciudad de Cuenca, y de Pareja (1997) sobre Bilbao.

de los dos últimos siglos, el proceso de industrialización y desarrollo económico ocupa un lugar central, y esto es algo compartido por la totalidad de enfoques sobre historia y política económica. Más allá de ese aparente consenso, sin embargo, ni las características, las causas, las diferencias entre regiones mundiales ni las consecuencias sociales de este proceso están claras entre los investigadores. Es más, después de dos siglos de continuo desarrollo técnico e industrial, de un crecimiento sin precedentes en la producción de todo tipo de bienes, las desigualdades mundiales son más profundas que nunca en la historia, y problemas como el hambre o la pobreza se plantean de una manera muy cruda para las tres cuartas partes de la humanidad.

No es extraño, por lo tanto, que el propio concepto de desarrollo esté profundamente discutido. Desde concepciones que equiparaban de manera mecánica desarrollo a un incremento continuo de la producción de bienes y servicios para el mercado, es decir, un crecimiento continuo del PIB, se ha pasado a plantear otro tipo de conceptos de desarrollo que integren la satisfacción de las necesidades humanas, tales como alimentación, salud, cultura, justicia social, o disfrute de derechos políticos. Un ejemplo de estas nuevas concepciones es el Programa de Naciones Unidas sobre Desarrollo Humano, pero sin duda el abanico de posibilidades es mucho mayor. Por otro lado, hoy en día son ya conocidos los efectos ambientales de esos incrementos del PIB, de manera que muchos economistas han puesto de manifiesto la irracionalidad e insostenibilidad del concepto dominante de desarrollo. Ante eso han surgido también nuevas concepciones, algunas de las cuales articuladas en torno a la idea de «desarrollo sostenible», pero que no están exentas de importantes polémicas. En suma, estamos ante una crisis de la concepción clásica y productivista de la idea de desarrollo, ante un abanico de nuevas propuestas, y también ante la necesidad de incorporar a la investigación histórica estos nuevos planteamientos⁶⁰.

Por otro lado, uno de los principales objetos de discusión en los estudios sobre desarrollo e industrialización es el de las razones sobre el desarrollo industrial de unas regiones. ¿Cómo hemos llegado a esta concentración mundial de poder? ¿Cómo se han fraguado estas desigualdades? Los estudios sobre la industrialización no pueden ser ajenos a estas cuestiones, y, aunque sea de manera sintética, me parece ineludible mencionar algunas de las principales ideas que han intentado explicar por qué la Pamplona del año 2000 forma parte de esa reducida parte de la humanidad que explota y consume la mayor parte de los recursos mundiales.

Si bien la literatura al respecto es enorme, han dominado dos grandes paradigmas a la hora de explicar ese abismo cada vez mayor entre el mundo

⁶⁰ Una visión crítica sobre los diferentes indicadores y conceptos de desarrollo puede encontrarse en el trabajo de Sutcliffe (1993), mientras que para la incorporación a la investigación histórica de estas aportaciones conceptuales los trabajos de Martínez Alier (1993) y Zaldua (1998) constituyen muy útiles e interesantes síntesis críticas.

enriquecido y el mundo empobrecido. Uno de ellos, compartido por teóricos de la modernización y algunas escuelas economistas, estaba en la base de las etapas del crecimiento económico de Rostow, poniendo las claves del desarrollo y del subdesarrollo en factores endógenos de cada sociedad, tales como los condicionantes físicos o los componentes mentales y culturales, factores estos últimos subrayados recientemente por el nuevo trabajo de Landes (1999)⁶¹. El otro punto de vista, arrancando de planteamientos teóricos completamente opuestos, ha puesto el acento en los procesos de construcción social del subdesarrollo a partir de mecanismos de relación, y por lo tanto de explotación, entre regionales mundiales, entre los que juegan un papel fundamental las conquistas coloniales, las políticas estatales y los organismos económicos internacionales. Así, autores como Wallerstein, Samir Amin o André Gunder Frank, a pesar de sus diferencias, se han esforzado en la explicación de esos sistemas de relaciones que han causado las profundas desigualdades mundiales de la actualidad.

Es en ese contexto mundial, por lo tanto, en el que tenemos que entender el proceso de industrialización de Navarra, así como las estrategias de muchas familias navarras, cuya relación con el continente americano, los capitales que allí se acumulan, y los movimientos migratorios hacia él no puede entenderse sin tener en cuenta esos desequilibrios mundiales. Evidentemente, tenemos que tener en cuenta el contexto europeo y peninsular, porque van a ser las relaciones y las políticas socio-económicas europeas, y sobre todo españolas, las que van a influir de manera clave en el desarrollo económico navarro, pero no podemos olvidar sin falsear la realidad, que estas interrelaciones se dan dentro de unas potencias que durante el siglo XIX se erigen en dueñas del mundo.

Estamos, por lo tanto, en un contexto europeo en el que el desarrollo económico, durante el siglo XIX, es parejo a una serie de transformaciones políticas que se han venido a denominar, también con polémica incluida, como revoluciones liberal burguesas.

II.2.1.b. *El tránsito al capitalismo: en torno a la revolución liberal burguesa*

El cambio político de las monarquías absolutistas de la Edad Moderna a las democracias parlamentarias del siglo XIX, además de toda una serie de

⁶¹ A pesar de que Landes rechaza las explicaciones maniqueas sobre las diferencias mundiales, su tesis central descansa en las bonanzas de la iniciativa privada y la mentalidad empresarial, nacidas en Europa, como motores del progreso humano. Entre los factores de fracaso no duda en meter en el mismo saco a guerras e ideologías improductivas (1999: 473) subestimando la estrecha relación entre los conflictos actuales y las herencias coloniales o los desequilibrios producidos por las últimas medidas de globalización económica, las cuales no pueden calificarse, por supuesto, como «improductivas», si no es por la facilidad que otorgan a la especulación como mecanismo de acumulación capitalista. Por el contrario, investigadores como Susan George o Ignacio Ramonet, entre otros, han puesto de relieve los demoledores efectos que la expansión sin límites del capitalismo sigue produciendo hoy en día en muchas sociedades.

implicaciones sobre la organización del poder político y las formas de participación social en las tomas de decisiones, va a tener una influencia clara en la reorganización de las estructuras económicas.

Paralela a la creación de regímenes constitucionales basados en los principios teóricos del liberalismo político, tales como la soberanía nacional y la división de poderes, que en el caso de Navarra cristalizan en su transformación en provincia de la monarquía española tras la primera guerra carlista, encontramos una serie de medidas socio-económicas que van a constituir la base sobre la que se sustenten las relaciones sociales de clase durante el desarrollo industrial capitalista. Entre estas medidas tenemos que subrayar los diferentes modos de desamortización de la tierra, la desaparición del sistema gremial, y la creación de un mercado estatal, que en el caso del País Vasco peninsular pasa por la desaparición del sistema foral de aduanas. Estamos, por lo tanto, ante medidas calificadas como liberalizadoras, en el sentido de que obedecen a unos planteamientos de economía liberal de mercado, que van a potenciar la propiedad privada de la tierra y las relaciones de producción capitalista en un marco de desarrollo fundamentalmente estatal.

Si bien estas medidas son consideradas por la historiografía como uno de los núcleos del cambio decimonónico, las polémicas han estado permanentemente presentes a su alrededor, tanto en relación al ritmo de desarrollo industrial español, aspecto este al que más adelante haré referencia, como en relación a su significación teórica. Aspectos como las relaciones e intereses de clase presentes en estos cambios políticos o la conceptualización del estado han sido protagonistas de largos debates, en los que se han mantenido posturas claramente dispares. Así en sendos artículos de muy diferentes orientación sobre el concepto de revolución burguesa, Piqueras (1996) y Pérez Ledesma (1999) han escogido significativamente para sus títulos paradójicas como «*burguesía sin revolución o revolución sin burguesía*», o «*protagonismo de la burguesía, debilidad de los burgueses*», reflejando algunos de los principales puntos de la polémica.

En efecto, los debates historiográficos no han proporcionado nuevos resultados consensuados, debido en gran parte a las profundas divergencias teóricas en juego, pero también a las dificultades conceptuales de integrar dentro del término burguesía⁶² a una nobleza que, además de impulsar algunos de esos cambios, va a ser la gran beneficiada de los procesos desamortizadores, manteniéndose como el núcleo de las grandes fortunas del estado, y con una influencia clara en la esfera política. Esto, unido a la participación del estado en esa liberalización, que ya arrancaba de las medidas centralizadoras

⁶² Los problemas de conceptualizar como burgueses a los nobles propietarios de tierras tras la supresión de los señoríos jurisdiccionales han sido gráficamente expuestos por Tuñón de Lara: «*No deja de ser grave motivo de reflexión que el duque de Medinaceli, el del Infantado o el de Fernán Nuñez se acostaran una noche siendo cuerpo y alma de la nobleza feudal española y se levanten al día siguiente siendo burgueses...*» (1977: 98).

del siglo XVIII, es lo que hace que el término de revolución burguesa haya resultado polémico, no sólo como problema teórico de historiadores, sino también para entender tanto los sectores sociales que impulsan estas medidas liberalizadoras y centralizadoras como los conflictos sociales que surgen en el siglo XIX.

Si bien las aportaciones de la historiografía son múltiples, quiero dedicar un comentario especial a un enfoque que ha sido ninguneado en estas síntesis historiográficas, y que ofrece una visión alternativa sumamente interesante sobre estos cambios, sobre la que sería interesante seguir profundizando y realizando las matizaciones que fueran necesarias. Se trata de las reflexiones de M. Izard (1991), autor que plantea como absurdo el debate sobre la especificidad del modelo de revolución burguesa en España, señalando, como ya ha sido también afirmado por muchos otros investigadores, que la gran excepción al modelo, de existir, sería la experiencia de la revolución francesa. De todos modos, la principal aportación de este autor es plantear el debate desde otra perspectiva, señalando nuevos caminos para la investigación.

Según Izard, en realidad el siglo XIX marca la frontera en el tránsito de lo que él denomina sociedades autosuficientes a las sociedades excedentarias, un cambio mucho más global que el del cambio de propiedad de la tierra, y que va a traer importantes consecuencias a nivel de trabajo, de alimentación, y de ocio y cultura. El concepto de sociedad autosuficiente no está en contradicción con el de economía feudal. De hecho, estas sociedades autosuficientes conviven con el orden feudal, al que alimentan, pero que a la vez les admite la supervivencia. Es sobre todo en el siglo XVIII cuando este orden feudal empieza a autotransformarse en camino de una producción excedentaria que va a provocar, entre otras cosas, una campesinización de las áreas rurales, en detrimento de la producción artesanal o cultural, que ahora pasarán a consumir. Sin duda, creo que habría que matizar o comprobar estas afirmaciones, ya que de otra manera se podría caer en una visión uniformada del pasado, ignorando que durante la Edad Moderna las sociedades son dinámicas e interconectadas, con un alto grado de comunicación y movimiento, también migratorio. De todos modos, la necesidad de matizar y hacer estudios empíricos no implica la invalidez de los conceptos propuestos por Izard.

En cualquier caso, no cabe duda de que durante el siglo XIX asistimos a la conformación de un nuevo sistema social, político y económico. Es dentro de esos cambios donde debemos entender los inicios del proceso industrial navarro.

II.2.1.c. *La industrialización navarra: comparación con el caso vascongado y español*

Es pues en este marco de cambios en la estructura de la propiedad en el que hay que situar el proceso de industrialización español y vasco. Este proceso de industrialización cuenta con una larga tradición historiográfica, que

seguramente tiene uno de sus puntos de arranque en el libro de Jordi Nadal (1975), quien señalaba que durante el siglo XIX asistimos al fracaso de los primeros intentos de industrialización en España. Posteriormente el debate ha sido largo, y hoy en día también hay historiadores que cuestionan radicalmente la explicación realizada por Nadal, tal y como Ringrose (1996) o Fusi y Palafox (1997).

Si bien el trabajo de Nadal ha sido matizado a nivel sectorial o territorial, las claves de su razonamiento han seguido manteniéndose, no sin polémica, a través del tiempo, tomando como referencia tres grandes cuestiones que marcaron el fracaso o atraso de la economía española en el siglo XIX, tales como las desamortizaciones, el papel del ferrocarril en la industrialización, y detrás de ellas, en parte como factor clave en ambas, el estado de las finanzas públicas. Esta interpretación ha sido puesta en entredicho por historiadores que, desde el punto de vista del presente, han hecho hincapié en la tipicidad del caso español (Ringrose o Fusi y Palafox), remarcando que en ningún caso se puede hablar de fracaso industrializador en un estado que hoy en día pertenece al grupo de países más industrializados del mundo.

Otra visión es la aportada por Bustelo (1999), con el nombre de singularidad relativa, o el fracaso relativo, señalando que a pesar de la ausencia de fracaso absoluto, sí es verdad que la política económica del siglo XIX contribuyó a aumentar la distancia en términos económicos entre España y el conjunto de estados de Europa occidental. Esta visión creo que se puede considerar como más completa, ya que, sin olvidar los rasgos comunes a la experiencia de la Europa Occidental, explica mejor los ritmos del proceso industrial, poniendo el acento en los tres factores que ya señaló Nadal como retardadores del crecimiento económico, el estado de las finanzas públicas, el proceso de desamortizaciones agrarias y el modelo de desarrollo ferroviario.

Aunque no se pueda decir que los problemas hacendísticos sean la única razón que explica cómo se llevaron a cabo las reformas desamortizadoras, no cabe duda que, desde los primeros pasos dados por Godoy hasta el decreto de Mendizabal, ambos temas estuvieron fuertemente relacionados. Con esta desamortización eclesiástica, así como con la abolición de señoríos y la desamortización civil se produjo un fortalecimiento de la gran propiedad y una debilitación de las economías campesinas, que llevaron consigo una amplia proletarianización campesina. La existencia de una gran demanda de empleo agrícola va a permitir a los propietarios el pago de bajos salarios y la falta de inversión en renovación tecnológica, de manera que algunos autores han hablado de esta situación de pobreza campesina, con una débil demanda de productos industriales, como una de las claves del débil desarrollo industrial español. Esta es la tesis de Nadal y Tortella, pero es importante comentar que ha recibido también críticas, apareciendo un buen estado de la cuestión en el artículo de Villares (1999).

El otro de los grandes temas de discusión ha sido el papel jugado por la construcción del ferrocarril, un tema en el que también ha influido la situa-

ción de la hacienda pública, ya que es durante el Bienio Progresista cuando se pone en marcha el proceso de construcción del ferrocarril, en un momento en el que la necesidad de nuevos créditos lleva al gobierno a dar facilidades a la importación de material ferroviario mediante la exención de aranceles. Esa medida hizo que la construcción del ferrocarril se realizara sin suponer un aliciente para la naciente siderurgia andaluza. Como el anterior, también este tema ha sido objeto de una importante polémica historiográfica que ha sido recientemente sintetizada por Comín (1999).

Es en este contexto de relativo fracaso de los intentos industrializadores donde se sitúa el surgimiento de la industrialización vasca, con su motor en la ría de Bilbao, ligada a la exportación de mineral de hierro. En este caso, la participación de la burguesía local en los procesos de desamortización civil de los montes mineros, que le va a permitir acumular capital con la explotación y exportación de mineral de hierro a otras zonas europeas, la existencia de una fuerte tradición de protoindustria siderúrgica, la llegada de mano de obra inmigrante y la aplicación de una política proteccionista permitió el desarrollo siderúrgico vizcaíno en los años de la Restauración, un desarrollo para cuyo estudio ha significado una aportación fundamental la obra de González Portilla (1981).

Sin embargo, esta no fue la tónica general de otras provincias vascas. En estos años Guipúzcoa iniciaba un lento, descentralizado y continuo proceso de industrialización (Castells, 1987), y Alava se quedaba inmersa en su economía agraria. En el caso alavés, Rivera (1985) y Homobono (1980) han señalado diversas causas para explicar el escaso desarrollo industrial, entre las que destacan el desvío de capitales hacia otras provincias o hacia actividades no productivas, como las inversiones rentistas en la ciudad o la compra de Deuda del Estado, además del escaso interés municipal en Vitoria en la inversión industrial, con unas prioridades más centradas en la construcción del ensanche o incluso de una nueva catedral, cuestiones todas estas que deberían ser investigadas también en el caso navarro, donde diversos autores coinciden en situar el impulso más fuerte al desarrollo industrial en los años finales del franquismo (Garrués, 1992, Larrión, 1995), a la vez que ponen de manifiesto la debilidad del tejido industrial en el siglo XIX.

Durante el periodo que comprende nuestra investigación no cabe duda que la economía navarra está basada en la producción agrícola, que conoce un importante desarrollo extensivo hasta 1860, alargándose en el caso de la vid hasta la crisis de la filoxera. Durante las décadas centrales del siglo XIX, por lo tanto, se puede hablar, sin duda, de un cierto estancamiento técnico, pero también hay que subrayar los cambios que se producen en el campo navarro con el proceso de la revolución liberal burguesa. Iriarte Goñi ha estudiado el uso y propiedad de los principales recursos naturales, la tierra, el agua, y los montes, llegando a la conclusión de que hubo «*un incremento de la presión sobre los recursos*», paralelo a un proceso de liberalización, gracias al cual «*una minoría tuvo la oportunidad de llevar a cabo una importante acumulación de riqueza*» (1998: 100).

Este cambio de marco institucional, tanto en lo que respecta a la redistribución de los recursos agrícolas como en lo referido a la desaparición de las aduanas forales y la integración plena navarra en la economía estatal van a favorecer el desarrollo de una agricultura orientada a la provisión de productos agrarios en los centros urbanos e industriales más cercanos, como las provincias costeras vascas. Esta agricultura, en la que productos como los cereales, el vino y la remolacha azucarera tienen un protagonismo indudable, conoció un desarrollo cada vez más intensivo durante el primer tercio del siglo xx, con la utilización de nueva maquinaria agrícola y de abonos químicos (Gallego, 1985; y Lana e Iriarte Goñi, 1994).

Es precisamente alrededor de esta agricultura orientada hacia la comercialización en provincias cercanas donde surgen algunas de las más importantes redes industriales navarras durante el siglo xix y principios del siglo xx, sobre todo en la zona de la Ribera, en torno a la conservación productos alimentarios para los mercados urbanos, de manera que la industria alimenticia suponía a finales del siglo xix un 74,24% de la estructura industrial navarra (Los Huertos, 1992).

Dentro de esta industria alimenticia encontramos diversos subsectores que van a tener una evolución diferenciada, tal y como ha explicado Los Huertos. Así, en primer lugar hay que hacer referencia a la gran transformación de la molturación de granos, con el declive de los molinos tradicionales dispersos por la geografía navarra y la aparición de fábricas de harina sobre todo en las Cuencas Prepirenaicas y Pamplona (Los Huertos, 1992). Por otro lado, esta autora ha puesto de manifiesto el crecimiento del subsector de destilados y alcoholes, en el que se enmarca la fabricación de vinos, orientada a la exportación. A pesar de la crisis que supuso la filoxera, esta industria se recuperará de manera que este subsector pasa de representar un 18,86% de la industria alimentaria en 1888 a un 43,29% de la misma en 1927. Ahora bien, este crecimiento no se debe solo a los destilados vitivinícolas, sino también al gran desarrollo de la industria azucarera a partir de la remolacha. Por otro lado, Los Huertos también señala la necesidad de remarcar que, además de estos dos grandes subsectores, también experimentan crecimientos importantes la industria conservera y la fabricación de compuestos.

Este desarrollo de la industria alimentaria contrasta con el declive de dos sectores tradicionales de cierto peso, como la siderurgia, centrada en la producción de las ferrerías, y el sector textil, sobre todo basado en la industria doméstica, en especial en torno al lino y la lana. En el caso de la siderurgia, el declive de las ferrerías solamente se ve relativamente compensado por el desarrollo de la industria siderúrgica en la comarca del Bidasoa (Arizkun, 1999), y por la demanda de maquinaria agrícola, que posibilitará la aparición de alguna fábrica en Pamplona. Dentro de los nuevos sectores que se desarrollan a principios del siglo xx está sin duda el importante crecimiento de la industria hidroeléctrica (Garrués, 1992). En cuanto al resto de sectores indus-

triales, habría que destacar la fabricación de cementos en Olazagutía y la de abonos químicos, demostrándose de nuevo en este último caso la estrecha relación que la industria navarra guarda con el desarrollo agrícola.

Si bien es verdad que durante la Restauración se produce una mayor diversificación de la industria navarra, perdiendo peso relativo la industria alimentaria, el balance global del periodo no es otro que el de la debilidad del tejido industrial, el predominio de la pequeña empresa (Garrués, 1992) y el desmantelamiento de toda una red de manufacturas rurales, conduciendo hacia una campesinización del mundo rural y hacia una pérdida de autosuficiencia de estas comarcas rurales, en la línea de lo ya apuntado por Izard. En cuanto a los ritmos de ese desarrollo industrial, también hay que destacar en el caso de Navarra, al igual que en el resto del estado (Palafox, 1997), la segunda década del siglo XX, con un crecimiento importante de la producción industrial, que se verá de nuevo ralentizado en la década de los años veinte. Los factores que incidirían en esta debilidad de la estructura industrial han sido también objeto de diversos estudios, habiéndose analizado la influencia de las estrategias de acumulación de capital, la presión fiscal, y la red de ferrocarriles.

En el caso del ferrocarril, la construcción de los tendidos ferroviarios navarros, así como las diferentes polémicas y proyectos que surgieron durante el siglo XIX y los inicios del siglo XX han sido analizados por Macías (1992), señalando esta autora que a pesar de los problemas producidos por la dualidad del ancho de vía y el abandono de algunos proyectos ferroviarios (el de Alduides o la construcción de una vía ancha desde Logroño a Bilbao pasando por Estella), las conexiones ferroviarias supusieron en general una posibilidad de crecimiento de los sectores de la economía navarra más orientados hacia el exterior, como la agricultura o la industria alimentaria.

En cuanto al papel de la Hacienda foral navarra, J. de la Torre y García Zúñiga (1998) defienden que el modelo fiscal fue más beneficioso de cara a la acumulación agraria que para impulsar un proceso industrializador. Estos autores estudian los efectos de los cambios aduaneros y fiscales del siglo XIX en la economía navarra, y llegan a la conclusión de que tanto la eliminación de las aduanas del Ebro como el nuevo modelo fiscal foral a partir de 1841 benefician a los grandes propietarios rurales, tanto por la posibilidad de orientar sus productos hacia el mercado español, como por la distribución territorial del impuesto, más gravoso proporcionalmente, hasta la creación del catastro en 1888, con las zonas montañosas septentrionales⁶³ que con la Ribera. Sin embargo, ambos autores remarcan que esa baja presión fiscal, beneficiosa para toda la población en el caso de la ausencia de impuestos sobre el consumo, y sobre todo para los capitales acumulados, no impulsó un proceso industrializador de cierta magnitud.

⁶³ En este trabajo se recogen quejas de los ayuntamientos noroccidentales denunciando la injusticia del reparto basado en el número de almas, y sus efectos en el empobrecimiento de las familias y en la emigración (De la Torre y Zúñiga, 1998: 204).

A este nivel, está claro que la historiografía navarra necesita visiones y explicaciones globales que profundicen en las valiosas aportaciones de Garrués (1992) y Erro (1997) sobre la acumulación de capital, la estructura de inversiones y la creación de sociedades mercantiles, así como la estrategia de reproducción de esos capitales, para ver en qué medida se orientan hacia actividades productivas o «*hacia inversiones más seguras, como los valores del Estado*», tal y como ha apuntado García-Sanz (1999: 26). En suma, una explicación de las estrategias empresariales que tenga en cuenta la complejidad que subyace en ellas, y su vinculación con decisiones políticas y criterios sociales, poniendo en cuestión visiones hagiográficas en las que se alaba «*el mérito de vivir cien años*» (Erro, 1999), y se deja a un lado la vinculación de ese supuesto mérito de algunas empresas con políticas salariales y condiciones de trabajo concretas, así como con la postura de esos grupos empresariales navarros en la guerra civil, sin lo cual es imposible entender esa supervivencia.

II.2.2. La industrialización y la urbanización en Pamplona

II.2.2.a. El proceso industrializador en Pamplona

La capital no es una excepción, o por lo menos, una excepción significativa, dentro del desarrollo industrial navarro, y es también en la década de los años sesenta del siglo XX cuando se puede hablar del nacimiento de una fuerte estructura industrial en la ciudad. Sin embargo, como es lógico, esto no significa que todo el periodo anterior mantenga una estabilidad total. Como en muchas otras ciudades peninsulares, los años de la Restauración borbónica significan un pequeño pero ya importante crecimiento industrial en Pamplona, marcando una diferencia clara con los años centrales del siglo XIX. Las características de la estructura económica de la ciudad van a ser, por lo tanto, el principal objeto de este subapartado, imprescindible para enmarcar las estrategias económicas de las familias en su contexto socio-económico, para lo cual me servirá tanto de los estudios ya publicados como de las muestras de los censos y padrones que he utilizando en la tesis doctoral, resumidos estos en los cuadros II.10 y II.11.

Cuadro II.10

Sectores de la población activa en el mercado de trabajo

	1843	1887	1930	1960	1975	1996
I (Sector primario)	15,4	8,8	3,1	2,5	2,7	1,2
II (Sector secundario)	32,8	37,0	38,8	41,4	47,9	30,0
III (Sector terciario)	51,8	54,2	58,2	56,2	49,4	68,8

Fuente: Elaboración propia a partir de censos y padrones.

La primera consecuencia que se puede extraer del cuadro II.10 es la importancia del sector servicios en la ciudad, ya que en este sector se emplea la más de la mitad de la población activa durante los dos últimos siglos, con la única excepción del año 1975, en el momento más álgido de la industrialización. Con posterioridad a este año el sector servicios vuelve a coger la primacía en cuanto a mano de obra empleada, dentro del proceso de terciarización postindustrial de la economía. No cabe duda, por lo tanto, que la economía de Pamplona ha sido sobre todo terciaria en los dos últimos siglos. Por el contrario, el sector primario mantiene una continua evolución descendente, pasando de ocupar a un 15% de la población activa de la ciudad a mediados del siglo XIX⁶⁴ a un 3% en 1930, para casi desaparecer de ahí en adelante. Se trata, como ha señalado Mikelarena a partir del catastro de 1822, de una agricultura organizada en pequeñas explotaciones arrendadas en su mayoría, aspecto este que tendremos que tener en cuenta a la hora de explicar algunos de los comportamientos de estas familias.

En cuanto al sector secundario, podemos decir que sus datos son un cierto reflejo de la evolución económica de la ciudad. Si bien tanto hoy en día como a mediados del siglo XIX ocupa a un tercio de la población activa en el mercado laboral, en todo el periodo ha ido aumentando su participación en la economía hasta el proceso de terciarización acaecido en los últimos 20 años. En ese aumento del sector secundario podemos establecer dos momentos importantes, por un lado los finales del siglo XIX, y por otro los últimos 15 años del franquismo.

Esta evolución de los diferentes sectores, con ser significativa, no nos proporciona más que un marco general bajo el que se esconden importantes diferencias en la estructura interna de cada sector, razón por la cual vamos a profundizar en la estructura económica de la ciudad a partir del cuadro II.11⁶⁵. A grandes rasgos, podemos decir que la evolución económica de la ciudad desde 1840 se resume en cuatro etapas. La primera de ellas corresponde a las décadas centrales del siglo XIX, y podría calificarse como de preindustrial; la segunda, que abarca desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, corresponde a los lentos inicios de la industrialización, una industrialización que propiamente se da entre 1960 y 1975, la tercera etapa, tras la cual vendría una cuarta de terciarización económica. Como ya he señalado anteriormente, en esta tesis voy a centrarme en las dos primeras, aunque a veces haga referencia a evoluciones posteriores.

⁶⁴ En los datos del resumen del censo de 1900 el sector primario supone un 27,7% de la población activa masculina, pero en esta cifra se incluyen «Agricultura, cría de animales, pesca y caza, propiedad territorial y urbana». No cabe duda de que este último grupo supondría buena parte del conjunto, de manera que el descenso del sector primario durante el primer tercio de siglo XX es menor del que se supone al partir de ese porcentaje.

⁶⁵ La mayor dificultad para confeccionar este cuadro ha sido la variación en el tiempo de los criterios de clasificación, razón por la cual algunas casillas aparecen sin datos, y en otros casos, nos aparecen agrupados como «otros» diferentes profesiones que antes era posible diferenciar.

La primera etapa se localiza entre las dos guerras carlistas, y en este periodo hay que señalar que la actividad económica de la ciudad guarda una gran semejanza con la que registraba a finales del Antiguo Régimen. Esta ciudad preindustrial está basada en la actividad del sector servicios, con una fuerte importancia del comercio, siendo la mayoría de este sector los trabajadores del servicio doméstico, aunque no podemos olvidar que algunos de estos trabajadores y trabajadoras clasificados como «sirvientes» también participarían en labores agrícolas y artesanales. La importancia del sector primario nos deja constancia del todavía considerable carácter rural de la ciudad, con en torno a un 15% de la población activa en el mercado laboral.

En cuanto al sector secundario, tenemos que señalar que las rupturas institucionales, es decir, la desaparición del sistema gremial, no ha supuesto una ruptura en el mundo productivo de la ciudad. Como se desprende de la información del cuadro II.11 y de la dada por Madoz (1845-50), y años después por Alejandría (186), la producción artesanal de la ciudad está basada en pequeños talleres con pocos trabajadores sitos en las calles de la ciudad, dentro de los cuales diferentes tareas del sector textil son las que más trabajadores emplean, algo que también ha sido registrado por Mikelarena (1995: 75) para finales del siglo XVIII, siendo sastres, zapateros y pelaires las profesiones más numerosas. Junto a estos pequeños talleres artesanales también funcionan en esta época una fábrica de encajes, la fábrica de gas⁶⁶, una moderna fábrica de harinas, fundada en 1840, la producción textil de la Casa de Misericordia, algunas fábricas de curtidos establecidas en los arrabales, junto al río Arga, y la fábrica de Pinaquy y Sarvi, dedicada a la fabricación de aperos agrícolas. Sin embargo, la gran novedad económica de este momento va a ser la llegada del ferrocarril a la ciudad, en 1860, de manera que Pamplona quedaba conectada económicamente con el resto del territorio estatal, tanto a través de Tudela como de Alsasua.

De todos modos, no parece que la estructura económica de la ciudad haya variado de manera considerable en estas décadas centrales. A este respecto, tenemos que hacer una referencia especial a la población institucional, en concreto a la práctica desaparición de los conventos en la ciudad (Urdániz, 1994), que sin embargo, volverán a cobrar fuerza con el proceso de reconciliación entre el estado liberal y la iglesia católica, plasmado en el Concordato de 1851. En cuanto a la otra población institucional, la militar, todavía no se conocen con profundidad las implicaciones económicas que tendría para la ciudad esta población de alrededor de 2000 habitantes que, aunque vivían aislados de la ciudad en sus cuarteles, no cabe duda que demandarían diferentes productos y servicios a sus habitantes.

⁶⁶ Sobre esta señala Alejandría: «almacén de cok, alquitrán, agua moniacal, tejas, ladrillos refractarios para hornos, cal y tubos de plomo, propios para trasegar vino y conducir agua» (Alejandría, 1860: 77).

Cuadro II.11

Empleos de la población activa en el mercado laboral

	1843	1887	1930	1960	1975	1996
I. Agricultura/ganadería	15,4	8,8	3,1	1,9	1,4	0,8
I. Minas y canteras	*	*	0,0	0,6	1,3	0,4
II. Jornaleros	3,2	13,6	16,9	*	*	*
II. Alimentación	3,2	1,5	2,0	*	4,5	1,5
II. Textil	16,4	8,6	7,4	*	3,9	0,7
II. Madera	*	*	*	*	3,1	1,8
II. Papel	*	*	*	*	2,6	2,0
II. Química	*	*	*	*	3,6	1,9
II. Metal	2,5	2,6	1	*	2,1	5,0
II. Maquinaria y bienes de equipo	*	*	*	*	15,8	2,5
II. Mat. eléctrico y electrónico	*	*	*	*	*	0,9
II. Material de transporte	*	*	*	*	*	6,7
II. Electricidad y agua	*	*	*	0,8	0,2	0,4
II. Construcción (*)	5,7	6,8	8,6	10,0	11,9	6,4
II. Otros	1,9	3,8	2,8	30,5	0,3	0,1
III. Comercio y hostelería	7,7	7,3	8,2	14,1	12,5	18,8
III. Lavanderas	2,1	1,9	0,5	*	*	*
III. Propietarios	2,1	2,0	2,6	*	*	*
III. Servicio doméstico	26,7	20,3	14,7	*	*	*
III. Transportes y comunicaciones	0,2	1,9	3,5	5,8	5,0	5,0
III. Finanzas, seguros y serv. a empr.	*	*	*	*	5,4	13,5
III. Administración pública	2,1	3,1	1,7	*	*	8,9
III. Educación	0,6	0,9	1,8	*	*	8,5
III. Salud	1,2	0,8	1,1	*	*	10,0
III. Clero	2,6	6,3	8,1	*	*	*
III. Otros	6,5	9,7	15,8	36,2	26,5	4,2

(*) Incluida la madera hasta 1930.

Fuente: Elaboración propia a partir de censos y padrones.

Hacia el final del siglo XIX, sin embargo, pasadas las penurias de los años de la guerra carlista, encontramos signos de transformación en la economía urbana, reflejados en el aumento de la población que aparece clasificada como jornalera, y que, por los datos con los que contamos, pensamos que sobre todo trabajaban en trabajos de construcción. Ante la poca relevancia de la actividad industrial, es precisamente la construcción el principal motor de la actividad económica local. Las importantes obras realizadas van a dar trabajo a esta población descualificada y proletarizada, ya sea en la construcción del fuerte de San Cristóbal, entre 1877 y 1910 (Larrazza, 1997: 20)⁶⁷, en

⁶⁷ Más información sobre los cambios urbanísticos y económicos que se dan en la ciudad se puede encontrar en las obras de Los Huertos (1991), Urdaniz (1994), y Orve Sivite (1984).

las obras del primer ensanche que empiezan a partir de 1890, en los nuevos trazados ferroviarios, que en las primeras décadas del siglo XX van a unir Pamplona con San Sebastián (ferrocarril del Plazaola, inaugurado en 1914) o con Sangüesa (ferrocarril del Irati), o, de manera más importante cuantitativamente, en las obras del segundo ensanche durante la década de los años 20.

A pesar de que también surjan en la capital algunas nuevas industrias que puedan ser calificadas como fábricas (Los Huertos, 1991), no podemos hablar, de ningún modo de una ciudad industrializada. De hecho, es más apropiado hablar de proletarización generalizada de la mano de obra, sobre todo de cara a estas nuevas obras de infraestructura, que de industrialización propiamente dicha. Esta población trabajadora asalariada y en gran medida descalificada, al estar tan ligada al sector de la construcción, va a sufrir los vaivenes de esta, así como la influencia de las variaciones estacionales, de manera que a menudo va a sufrir el paro estacional⁶⁸.

De todos modos, en esta etapa encontramos algunas novedades en la estructura económica e industrial de la ciudad, entre las que destacan la aparición de algunos establecimientos fabriles y el desarrollo de instituciones financieras. En cuanto a la actividad industrial, hay que destacar la apertura en 1880 de la Gran Tejería Mecánica Pamplonesa, dedicada a la fabricación de ladrillos y tejas. También se produce en la capital navarra un desarrollo de la industria harinera, así como otro tipo de industrias vinculadas a la alimentación, como las fábricas de vinos, de sopas o gaseosas (Los Huertos, 1992). Por otro lado, son también importantes las nuevas industrias vinculadas a la tecnificación agraria, como el abonado, en el que se especializan *Abonos Químicos de Pamplona*, creada en 1900 y *Cupriol* (1916), o la fabricación de herramientas agrícolas, campo en el que destacan *La Fabril Navarra* (1918)

Cuadro II.12

% de trabajadores según el tamaño de los talleres

	Hombres	Mujeres	Total
<4 trab.	26,4	31,3	27,1
4 trab.-10 trab.	30,8	15,8	28,7
11 trab.- 50 trab.	27,7	7,0	24,7
>50 trab.	15,1	45,8	19,5
	100	100	100
N.º total	1.694	284	1.978

Fuente: Elaboración propia a partir de las Contestaciones sobre el número, sexo y edad de los operarios de cada taller industrial. Archivo Municipal de Pamplona, sección de estadística. Reformas Sociales, 1903.

⁶⁸ Algunos de los problemas surgidos a este respecto son estudiados por García-Sanz (1989).

y *Lorda, Astiz, García Larralde y Cia.*, fundada en 1919 (Garrués, 1992), además de la ya citada anteriormente. Por otro lado, también es digno de mención el desarrollo de ciertas industrias textiles.

Sin embargo, a pesar de estas novedades, parece que la estructura industrial de la ciudad está dominada por la pequeña empresa y los pequeños talleres. Para principios del siglo XX contamos con una fuente muy interesante y que nos da importante información de cara a conocer la estructura industrial de la ciudad⁶⁹. Se trata de las contestaciones que los empresarios industriales de Pamplona dan en 1903 a la pregunta de la Comisión de Reformas Sociales sobre el número, edad y sexo de sus trabajadores. Según esta fuente, en Pamplona trabajan 1978 personas en las diferentes industrias y talleres, de los cuales un 14,4%, es decir 284, son mujeres. De todas estas mujeres la práctica totalidad, un 94,4% lo hacen en el sector textil, del cual suponen un 40,1% de la mano de obra.

A la luz de los datos que nos suministra el cuadro II.12, podemos ver que el trabajo en grandes fábricas es algo minoritario en Pamplona, y que los pequeños talleres son la base de la producción industrial. Sin embargo, sí que se debe comentar el hecho de que la concentración en grandes establecimientos afecta relativamente más a las mujeres que a los hombres. Aunque son más los hombres que las mujeres que trabajan en fábricas de más de 50 trabajadores, porcentualmente este grupo tiene mucho más peso dentro de la población activa femenina que dentro de la masculina⁷⁰.

Es, por lo tanto, significativo que en 1903 no haya más de 5 empresas con más de 50 trabajadores o trabajadoras, incluyendo entre ellas la construcción del nuevo Hospital en Barañain. Como se aprecia en el cuadro II.13,

Cuadro II.13

Fábricas o talleres con más de 50 trabajadores en 1903

	Actividad	N.º de trabajadores
Canteros en el Hospital de Barañain	construcción	102
Juan Hernández	calzado	70
Hijos de Galvete	tejidos	88
Hnos. López	corte y confección	62
Tejería Mecánica	tejería	63

Fuente: Contestaciones sobre el número, sexo y edad de los operarios de cada taller industrial. Archivo Municipal de Pamplona, sección de estadística. Reformas Sociales, 1903.

⁶⁹ En el apartado V.1.2 realizo una estimación sobre la fiabilidad de esta fuente. Al compararla con los datos censales, parece evidente que existe un subregistro de trabajadores en ella, pero también es claro que ese subregistro no afecta a empresas grandes, sino a pequeños talleres, a las obras estacionales en la construcción o al trabajo a domicilio.

⁷⁰ Además, dentro de la población masculina están englobados los 101 canteros (5,96 % de la mano de obra masculina) que trabajan en la construcción del Hospital de Barañain, que por su número podrían parecer trabajo fabril.

aparte del Hospital, solamente tres fábricas textiles y la Tejería Mecánica superan la media centena de empleados.

En cuanto a los otros dos sectores, además de la ya mencionada pérdida de importancia del sector primario, tenemos que mencionar algunos de los cambios que se dan en el terciario, ya que Pamplona va a ser sede de la mayoría de entidades financieras que he comentado para el conjunto navarro. En este caso, la importancia de estas entidades va a ser mayor en cuanto a sus repercusiones para la economía provincial que en lo referido a la utilización de mano de obra. Además, también hay que señalar la pérdida de importancia relativa del servicio doméstico, y también de las lavanderas, y un aumento del peso de las profesiones liberales y el transporte, además del significativo aumento del clero regular.

II.2.2.b. *Cambio urbanístico y condiciones de vida*

Relacionada, pero no paralela, con esos inicios de la industrialización está la transformación urbanística de la capital navarra. Ya es de sobra conocido que el desarrollo industrial capitalista va a cambiar de manera radical la estructura interna de las ciudades, no sólo en el terreno socio-económico, sino también en el representativo o simbólico. Junto a los viejos cascos de origen medieval, surgen nuevos entornos espaciales bien diferenciados socialmente, tanto en torno a los nuevos núcleos fabriles como en forma de ensanches bien planificados. En suma, se trata del paso de una época, la Edad Moderna, en las que las ciudades cambiaron poco a poco manteniendo las grandes líneas de su estructura espacial, lo que se ha llamado el *urbanismo de reformas*, a otra época en la que los cambios van a afectar a la totalidad de la estructura urbana, el *urbanismo de ensanches*⁷¹.

Se trata, por lo tanto, de un cambio profundo de la estructura urbana, en la cual, junto a la planificación municipal, va a jugar un papel fundamental la concepción del espacio urbano como un elemento productivo más, dando paso a la articulación del suelo conforme a las leyes mercantiles de la economía triunfante, y, por lo tanto, a la obtención de grandes negocios a partir de la especulación inmobiliaria (Alvarez Mora, 1996).

No significa esto que la ciudad de Antiguo Régimen no tuviera transformaciones, o que no estuviera socialmente diferenciada, sino que estas transformaciones y diferenciaciones se hacían dentro de un marco que se mantenía relativamente estable, dentro del ya mencionado concepto de «urbanismo de reformas», o lo que Alvarez Mora ha denominado como operaciones de ornamento y embellecimiento, más centradas en «*la práctica arquitectónica, expresada, fundamentalmente, en el plano de la forma, y mucho menos en aquel otro que procura una nueva manera de entender la organización es-*

⁷¹ Idea de F.J. Monclús, utilizada también por Castells y Rivera (1999) para el urbanismo vasco.

tructural de la ciudad» (1996: 43). Así, no era extraña la cercanía entre calles con casas para las capas más altas de la ciudad, y otras para las clases populares y trabajadoras. Es más, muchas veces la estratificación social se daba a nivel vertical, con una degradación de las condiciones materiales a medida que se subían los pisos de una escalera.

Los cambios producidos y la nueva diferenciación social del espacio van a tener mucho que ver con la estructura económica de cada ciudad, pero no cabe duda de que también van a influir mucho valores culturales o simbólicos. Álvarez Mora ha subrayado el papel del pensamiento burgués en su intención de «*compaginar el negocio inmobiliario con la necesidad de representarse, como clase social, en el espacio*» (1996: 47), una representación en la que también aparece como una de las prioridades conseguir un espacio social disciplinado. Así, su estudio sobre la construcción social del espacio urbano en Barcelona y las luchas sociales que lo acompañan, López Sánchez (1993) explica las ansias de orden y disciplina social, a la vez que de rentabilidad de tiempo y espacio, que conducen los planes urbanísticos de la ciudad, cristalizados en la Reforma Interior, en lo que se ha venido a llamar la disciplina y taylorización del espacio urbano, concepciones estas claramente visibles en los arquitectos inspiradores de las reformas urbanísticas.

Pamplona, desde luego, no es ajena a estas nuevas ideas, pero también es verdad que en esta ciudad encontramos especificidades propias y dos importantes condicionantes, relacionados entre sí, que van a influir claramente en el desarrollo urbanístico de la ciudad, o más apropiadamente, en la lentitud de este desarrollo. Es verdad que la ciudad, como ya hemos señalado anteriormente, no conoce en el periodo estudiado un importante desarrollo económico, pero no es esta la principal causa de su evolución urbanística, ya que la presencia militar en la ciudad, y su consideración como plaza estratégica, van a imponer una serie de restricciones a las actuaciones urbanísticas.

De hecho, la polémica sobre el espacio militar que rodea el casco urbano va a ser una de las constantes de la vida socio-política en Pamplona, de manera que criterios militares, y también simbólicamente militaristas, van a limitar el crecimiento urbano, a pesar de los continuos testimonios contemporáneos sobre la incapacidad del casco urbano de albergar una población en continuo crecimiento, problema este denunciado tanto desde la medicina higienista (Lazcano, 1903), como desde la corporación municipal (Larraza 1997).

Es precisamente la unanimidad de los grupos municipales a la hora de reclamar la ampliación del espacio urbano mediante la demolición de las murallas lo que ha llevado a Larraza a sostener que el hecho de que fuera todo el Ayuntamiento en bloque quien llevara la iniciativa y el que la planificación constructora fuera municipal «*permitieron una actuación municipal no mediaticada por intereses particulares que utilizaran el Ayuntamiento como plataforma para sus fines*» (Larraza, 1997: 23). Además, sostiene que «*en el planteamiento del problema urbano pesó más la grave situación de vivienda y salud*

de las clases trabajadoras que los intereses de una burguesía reducida en número e importancia económica, si bien este segundo argumento cobró fuerza a medida que avanzaba este siglo» (Larraza, 1997: 27). Esto, sin embargo, no se corresponde en ninguna medida con el uso social de este II ensanche, ni con el precedente del primero, cuyas viviendas, reconoce esta misma autora *«fueron adquiridas en su mayoría por una burguesía emergente»*(id: 22). La misma autora también admite que nunca se llevaron a cabo viviendas sociales en el II Ensanche a pesar de haber algunos proyectos (id.:25-26).

A todo esto hay que añadirle la experiencia contemporánea de otras ciudades del estado y europeas, en las que los ensanches se habían convertido en claros motores de diferenciación social del espacio. Habría que argumentar que quizás lo que preocupaba a las autoridades pamplonesas sobre las viviendas populares no fuera tanto su estado, sino sobre todo su centralidad en el núcleo urbano y su proximidad y convivencia con las de las clases superiores. Así, lo que se estaba planteando sobre todo no sería la reforma de esas viviendas del casco antiguo, que de hecho han llegado hasta la actualidad con graves problemas y deficiencias, sino el alejamiento de las clases superiores del casco urbano.

De todos modos, a pesar de las tardanzas y las polémicas, el espacio urbano de Pamplona conoce importantes cambios en el periodo estudiado, unos cambios cuyos inicios hay que situarlos en el siglo XVIII, en ese urbanismo de reformas al que aludíamos anteriormente. En cuanto a la renovación arquitectónica, destaca la fachada del ayuntamiento (1752), además de la renovación de un porcentaje importante de los edificios, pero sin duda, las grandes novedades del siglo estuvieron relacionadas con el agua, tanto en lo que se refiere a la construcción de una red de alcantarillado, en 1772, como en la traída de agua desde Subiza a la ciudad, hasta entonces abastecida del río Arga y de pozos públicos y privados. Esta traída de agua, que necesitó importantes obras para hacerse realidad, desembocaba en diferentes caños, entre los que destacan varias fuentes monumentales. Alcantarillado, traída de agua, e iluminación nocturna con faroles de aceite dieron a la ciudad un renovado aspecto, y contribuyeron a mejorar sus condiciones higiénicas (Ramos Martínez, 1989, y Jimeno Jurío, 1995)

Sin embargo, estas condiciones sanitarias irían degradándose a lo largo del siglo XIX, si bien es cierto que la nueva traída de aguas desde Arteta en 1895, significaría, a medio plazo, otro hito para la salud urbana, facilitando la llegada progresiva, durante el primer tercio del siglo XX, de agua corriente a las viviendas, cambio éste que contribuiría al descenso de la mortalidad juvenil. Durante el siglo XIX, hasta la edificación del primer ensanche, también se realizan algunas reformas dentro del espacio amurallado, culminando lo que Urabayen (1953) ha llamado la fase de relleno del recinto de intramuros, a la vez que se desarrolla el núcleo de alrededor de la Estación a partir de 1860.

Fuera de las murallas, la llegada del ferrocarril en 1860 y la aparición de algunas industrias van a posibilitar la construcción de viviendas obreras en

unas zonas bastantes alejadas del casco urbano, y separadas de él tanto por las fortificaciones militares como por las zonas de defensa en las que no se puede construir. Sin embargo, estas edificaciones extramurales alejadas del centro no son en realidad una novedad, sino la reutilización de un espacio que hasta las guerras de fines del XVIII y principios del siglo XIX habían sido utilizadas, y habitadas, sobre todo por familias campesinas, con una tradición hortícola imprescindible para el abastecimiento urbano⁷².

Esta descompensación entre crecimiento urbanístico y demográfico puede comprenderse a grandes rasgos si hacemos una comparación entre el crecimiento de habitantes y el número de edificios, tal y como se aprecia en el cuadro II.14, con la consecuencias de masificación, hacinamiento y crecimiento en altura de las edificaciones, sobre todo en los años finales del siglo XIX y la primera década del siglo XX. De todos modos, hay que tener en cuenta que esa descompensación sería aún mayor de contemplar los datos de principios del siglo XIX, cuando el número de edificios sería similar. Por otro lado, parecería que en la tercera década del siglo, con la construcción del segundo ensanche, se recupera produce un reequilibrio entre población y edificios, pero los datos suministrados por Urabayen desmienten esta primera lectura, ya que la gran mayoría del crecimiento de edificios registrado en el primer tercio de siglo es de edificios de una sola planta, pasando de 106 en 1900 a 1290 en 1930 (1953: 140) con lo cual la presión sobre las viviendas accesibles a la mayoría de la población seguiría aumentando en esta época de fuerte crecimiento demográfico.

Cuadro II.14

Evolución del número de habitantes y de edificios de Pamplona, números absolutos e índice 100

	Habitantes	Edificios	Habitantes	Edificios
1860	22.896	1.559	100	100
1887	26.663	1.438	116	92
1900	28.886	1.576	126	101
1910	29.472	1.727	129	111
1920	32.635	2.122	143	136
1930	42.259	3.187	185	204

Fuente: Habitantes; censos de población. Edificios: Urabayen, 1953, 140.

En lo que se refiere a los planes de Ensanche municipales, el primero de ellos se inició en los últimos años del siglo XIX, y su reducido tamaño, así

⁷² Más información sobre los barrios satélites de La Rochapea, la Estación puede obtenerse en la obra de Larraza (1997).

como la ocupación social de sus edificios no contribuyeron en nada a la solución de los problemas de hacinamiento que existían en el casco urbano.

El segundo ensanche, cuyas obras se inician en la década de los años veinte, no va a ser terminado en el periodo que estamos estudiando, pero está claro que tuvo una influencia clara en el desarrollo económico de la ciudad, como motor de actividades artesanales e industriales. Otra cuestión más difícil de evaluar es su efecto sobre las condiciones de vivienda obrera, por lo que pudiera suponer de descongestión del casco antiguo, pero el dato anteriormente citado sobre el crecimiento sobre todo de viviendas de una sola planta no hace pensar que supusiera en este primer tercio de siglo una solución a los problemas de vivienda de las clases trabajadoras.

Respecto a esta evolución urbanística, Ugarte pone de manifiesto la importancia de la morfología urbana en la visión de la realidad que va a impulsar la élite pamplonesa. En su estudio sobre los orígenes sociales y culturales de la sublevación antirrepublicana de 1936, Ugarte señala que el urbanismo pamplonés, con la lentitud de los cambios motivada por el retraso en la construcción de los ensanches, va a favorecer una percepción social de permanencia, una autoimagen de Pamplona como ciudad inmóvil, resistente a los cambios modernizadores, una autoimagen dominante de ciudad noble y gallarda, impulsada por la élite y compartida por grandes sectores de la población, que va a jugar un papel importante en el discurso antirrepublicano (Ugarte, 1998: 168).

Como ya he señalado, esta evolución urbanística de la ciudad tuvo repercusiones claras en las condiciones de vida de las clases trabajadoras, agravando los problemas de vivienda que ya podían constatarse a mediados de siglo, tal y como se puede apreciar en el oficio enviado por el Ayuntamiento de Pamplona al virrey de Navarra el 5 de mayo de 1832:

«(...) El local de los edificios de esta Ciudad no permite la permanencia de tanta gente como la que en el día hay, sin que ser resienta la moralidad, y sin que en todo tiempo, y más en el actual ocacione el aglomeramiento de gentes en estancias estrechas mal ventiladas y de consiguiente insalubres, perjuicios a la salud»⁷³.

Este tipo de problemas no va solucionarse durante el siglo XIX, sino que, al contrario, va a agravarse, al tener que albergar el casco antiguo amurallado la gran mayoría del crecimiento demográfico de la ciudad, algo que se va a llevar a cabo tanto gracias a la elevación en altura de muchos de los edificios de la ciudad como mediante el hacinamiento, tal y como se deriva de los informes del médico higienista local Lazcano (1903, 42):

⁷³ Archivo Municipal de Pamplona, Sanidad, legajo 5, cólera 1832, número 1. Quiero agradecer a Eduardo Martínez Lacabe el acceso a este documento.

«Encontramos a las familias en un sólo cuarto donde se guisa, come y duerme y se retienen más o menos tiempo las aguas sucias con desprecio de la higiene y desafiando el contagio; en habitaciones húmedas que no han sido visitadas jamás por un tenue rayo de luz solar. Si alguna vez las hallamos en habitaciones de regulares condiciones higiénicas, se ven obligadas a subarrendar parte de las mismas para sufragar su importe, ocurriendo entonces que carecen de cubicación suficiente y creando siempre el hacinamiento, este núcleo alrededor del cual pululan tantos males.»

A pesar de que la vivienda constituía uno de los más graves problemas para la población urbana, y una gran parte del presupuesto de las familias trabajadoras, sería incompleto limitar a esta las dificultades de las clases trabajadoras y el estudio de los niveles de vida. Sobre otro tipo de aspectos de las condiciones de vida, contamos con los trabajos de Anaut (1997b y 1998), García-Sanz (1999) y Larraza (1999), pero de todos modos estamos todavía a falta de un amplio estudio sobre la cuestión⁷⁴. Si bien en estos estudios se reflejan las dificultades que atravesaba en su vida cotidiana la población trabajadora, aparecen también discrepancias a la hora de valorarla, remarcando Larraza, en un estudio anterior (1997), la inexistencia en Pamplona de bolsas de pobreza, cuestión sobre la que profundizaré en el último apartado del capítulo quinto, partiendo de una concepción más dinámica de la pobreza, en línea de lo apuntado por Woolf y Carasa entre otros autores. Una pobreza no marginalizada sino presente, como realidad y o como amenaza para la gran mayoría de la población trabajadora, y que variaría en función de las relaciones de género, la coyuntura económica y las variaciones en el ciclo vital. No se trata de un pozo estanco, sino de un riesgo permanente de muchas familias trabajadoras, en la que caen en momentos delicados del ciclo vital.

Woolf hace un pequeño intento de cuantificación por círculos concéntricos según los datos de varias ciudades europeas (1986: 17 y 181), con la conclusión general de que un tercio de la población constituye el grupo de «pobres coyunturales», mientras que en épocas de especial crisis ese grupo puede llegar a los dos tercios. El riesgo viene no sólo por el cambio en las coyunturas económicas, incluso estacionales, sino también por los cambios en el ciclo vital familiar, un riesgo que, debido a la segmentación del mercado laboral en la que más adelante profundizaremos, es mucho mayor para las mujeres, lo cual ha llevado a varios investigadores a constatar la realidad histórica (y desgraciadamente también presente) de la feminización de la pobreza (Woolf, 1989: 187; o, para el caso de Bilbao, Gracia, 1999). En este sentido, de nuevo tenemos que volver a mencionar el tema de la vivienda, cuyo precio ha sido considerado por Woolf (1989: 26) como una de las mayores causas de la pobreza en la Europa Moderna.

⁷⁴ En el caso del mundo rural navarro contamos con el estudio de Lana (2002) sobre jornales, salarios e ingresos.

De esta manera, situaciones como la viudez, el desfase entre precios y salarios, tal y como se sufre en diferentes momentos a principios de siglo XX (García-Sanz, 1999), el paro estacional o la muerte de algún familiar, y también el encarcelamiento propio o de familiares (Oliver, 2001)⁷⁵ podrían hacer sobrepasar a muchas familias pamplonesas el umbral de pobreza, prueba de lo cual es la importancia de las instituciones benéficas (García-Sanz, 1999; Larraza, 1999; Anaut, 1997b).

En suma, estamos todavía ante un importante reto para la historiografía navarra, dentro de lo que ha sido uno de los debates clásicos de la historiografía occidental contemporánea, el referido a las condiciones de vida de los trabajadores durante la industrialización, un debate en el que, como se recoge de las aportaciones recogidas en la compilación de Taylor (1985) para el caso británico y en la síntesis de Fontana (1990) para el caso español, no es suficiente contar con estadísticas de precios y salarios, sino que requiere de un acercamiento a la experiencia de los protagonistas, en palabras de E. P. Thompson (1977). Posteriormente, el desarrollo de la historia de la familia ha aportado nuevas perspectivas a este respecto, hasta el punto de convertirse en uno de los puntos de referencia clave del debate (Horrell y Humphries, 1992), debido a la necesidad de considerar la realidad de la gran mayoría de trabajadores dentro de las estrategias familiares en las que viven, y en las que se combinan aspectos del trabajo doméstico y de la reproducción con los de la economía monetarizada. Estas autoras remarcan, de todos modos, en línea con lo ya también señalado en el capítulo anterior, que esta perspectiva debe tener presente las diferencias internas, en función de sexo y edad, que se dan dentro del grupo familiar, tanto a la hora de la división del trabajo como de la capacidad de consumo.

Uno de los objetivos de esta investigación es, por lo tanto, realizar una aportación a este campo de la historia social estudiando la composición del grupo familiar y su participación en el mercado de trabajo. Sin duda alguna, este estudio no va a agotar este complejo campo, en el que será necesario hacer un estudio más detallado de diferentes aspectos de las condiciones de vida, dentro de los cuales el relativo al mercado de la vivienda creo que tendría una importancia clave, y muy estrechamente relacionada con los temas estudiados aquí.

III.2.3. Conflicto y orden político-social

Hemos hablado de cambios económicos, de cambios en la distribución de la riqueza, de cambios en los modos de vida de los habitantes de Pamplona, y no cabe duda de que todos estos cambios están también interrelacio-

⁷⁵ Este autor ha subrayado el carácter del encarcelamiento no sólo como resultado de la pobreza, sino también como agudizador de esta.

nados con los cambios en el sistema político y en los mecanismos de control social, sin que puedan ser calificados como exentos de conflictividad social.

Si hemos hablado de revolución liberal burguesa en el ámbito económico, no podemos dejar de hacerlo también en el ámbito político, una revolución o cambio profundo que en el caso de Navarra va a llevar también consigo la alteración de su status legal dentro de la monarquía hispana, perdiendo su figura y sus instituciones como reino y pasando a constituir una provincia más del orden constitucional. Como es sabido, son cambios que van a dar en un contexto político bélico, con varias guerras libradas en territorio navarro en las que se van a enfrentar esas dos concepciones políticas, con el resultado de la integración navarra en el orden constitucional en 1841, con la ley de modificación de fueros. Como es sabido, ese orden liberal constitucional quedará asentado de manera más estable y duradera tras la última guerra carlista, con la Restauración borbónica, periodo de relativa estabilidad política en el que se da un importante grado de desarrollo económico.

Sin embargo, si bien conocemos las grandes líneas de la evolución política, es más complicado adentrarnos en las claves de explicación de esta evolución. Tanto la realidad social del Antiguo Régimen como los factores y agentes sociales del cambio y del conflicto socio-político en el siglo XIX han sido objeto de importantes debates historiográficos.

Es imposible entender los cambios políticos denominados como revoluciones liberal-burguesas sin tener en cuenta la realidad y las relaciones sociales del siglo XVIII, un siglo que si bien ha sido calificado como de «feudalismo desarrollado», nos presenta la paradoja de que desde las clases superiores de este orden se empiezan a lanzar voces que reclaman su profunda transformación. Es así que la amortización de la tierra, clave del orden feudal y de su reproducción, empieza a ser cuestionada por una nobleza que tiene verdaderos problemas para sacar rentabilidad a los beneficios monetarios que le reporta el crecimiento agrario expansivo que se da en este siglo; unas ideas reformistas que, no sólo afectan a la amortización de la tierra, sino que también se plasman en la intención de dismantelar las trabas que las competencias de ayuntamientos sobre el comercio o sobre los precios ponían a las ansias liberalizadoras de grandes propietarios y comerciantes, algo a lo que en Navarra, como en Vascongadas, se sumaban las barreras aduaneras forales. (Mina, 1981; De la Torre y Zúñiga, 1998). Diversos autores, tanto en el marco navarro como en el español, han puesto, por lo tanto, de manifiesto, que ya en el siglo XVIII encontramos las claves explicativas de muchos de los cambios institucionales del siglo XIX. En el caso de Navarra, no cabe duda de que el trabajo de M.C. Mina (1981) fue pionero en esta interpretación, situando a las clases dominantes del Antiguo Régimen como las principales cuestionadoras del orden institucional foral.

Ahora bien, en los conflictos bélicos del siglo XIX también tiene un papel muy importante la participación popular, y de nuevo, el debate sobre estas

actitudes populares nos llevan a plantearnos el papel de «la multitud» ante el orden social del feudalismo desarrollado, algo que también sigue siendo objeto de debate historiográfico.

En este sentido, algunos de los investigadores sobre la sociedad navarra de Antiguo Régimen han defendido, como Floristán (1993), una línea teórica según la cual no se pueden aplicar a sociedades precapitalistas unas claves explicativas basadas en criterios de acción social en función de intereses económicos. Más allá de esa premisa, Floristán defiende una interpretación, heredera en gran medida de las ideas de Tönnies, según la cual habría que distinguir entre la acción social de sociedades tradicionales, en las cuales el individuo actuaría según lealtades «verticales» de tipo familiar, de linaje, o territorial, y la acción social de sociedades industrializadas, en las cuales, rotas esas solidaridades tradicionales, la decisión de la acción política se basaría en criterios de interés personal socio-económico.

Me parece importante incidir en las razones de la acción social, y en el peligro de caer en reduccionismos económicos que desprecien la importancia de las claves relacionales de las personas como factores explicativos de su comportamiento, unas claves relacionales en las que de hecho influyen factores de lealtades familiares, territoriales o más amplias como culturales o religiosas; sin embargo, me parece igualmente peligroso hacer distinciones tan radicales entre sociedad tradicional y sociedad moderna.

Es posible que esas lealtades verticales, esos lazos comunitarios, expliquen la participación popular en el siglo XIX, pero también es posible encontrar en las sociedades del feudalismo desarrollado una complejidad y unas tensiones que nos advierten de la simplicidad de esta visión de la sociedad «tradicional», con todo lo que de discutible tiene este término. Así, algunos autores han incidido en las diferentes lecturas, y los conflictos consiguientes, que del marco legal foral se hacen según los grupos sociales, desarrollando los grupos populares de Guipúzcoa una visión de economía moral del fuero como legitimadora de sus revueltas, denominadas matxinadas, durante el siglo XVIII (Iñurrategui, 1996). Incluso los espacios de la fiesta popular sirven también como escenario de las expresiones del descontento en Vizcaya durante ese mismo siglo, como se desprende de las investigaciones de Enríquez (1991)⁷⁶, al igual que el marco de la producción doméstica, con sus conflictos entre maestros y aprendices (Gracia, 1990), o en el ámbito local, en torno a la categoría de vecindad (Madariaga y Serralbo, 1998)⁷⁷. Esta complejidad social preindustrial tenemos que tenerla en cuenta tanto para intentar com-

⁷⁶ Este mismo autor penetra de manera más profunda en la realidad social del siglo XVIII mediante la investigación sobre un proceso judicial contra una tabernera de Barakaldo, a través del cual se deja ver la gran diversidad de valores e intereses que coexistían la sociedad (Enríquez, 1999).

⁷⁷ Para un estado de la cuestión sobre la conflictividad social en el siglo XVIII en España, ver Nieto Sánchez (1998).

prender la base social del conflicto carlista, como la posterior realidad social de Navarra.

Es precisamente en torno al conflicto carlista, y también en torno a la guerra realista que le sirve en cierta manera de precedente, donde han surgido los principales debates historiográficos en torno a la participación popular, unos debates que van a estar en la base de las diferentes explicaciones sobre las bases del orden liberal triunfante. No es este el momento de hacer un recorrido exhaustivo sobre la historiografía en torno al carlismo, pero sí quiero apuntar algunas conclusiones provisionales sobre el debate, que aunque no lo han resuelto y además necesiten de más investigaciones, nos dan importantes pistas sobre sus claves, basándome, sobre todo, en la reciente síntesis de Martínez Dorado y Pan-Montojo (2000)⁷⁸.

Estos autores remarcan la necesidad de adentrarse en un estudio del discurso popular carlista, a sabiendas de sus diferencias con el oficial. Además, resaltan la utilidad de la hipótesis de Fontana al relacionar el carlismo con el empobrecimiento producido por las medidas liberales, una relación que, sin embargo, no termina de explicar el surgimiento ni la supervivencia del carlismo. A la hora de explicar estos, Martínez Dorado y Pan-Montojo señalan también la necesidad de tener en cuenta la estructura de oportunidad política, y los recursos organizativos y comunitarios del movimiento carlista, remarcando entre los últimos la importancia del predominio de la explotación agrícola familiar orientada idealmente a la autosuficiencia, el predominio de la familia troncal, y el fuerte arraigo del catolicismo. En este sentido, Pan-Montojo (1990) ha profundizado en el carlismo popular navarro, entroncando el carlismo no en los sectores pobres del pueblo, sino en aquellos a quienes las medidas liberalizadoras ponían en peligro de empobrecimiento, a pequeños campesinos independientes, artesanos o incluso a la pequeña nobleza, encontrando este autor diferentes tipos sociales de carlismo, lo que ha llamado «carlismo dual».

Esta realidad del país carlista como una zona de pequeños propietarios ha sido confirmada para el caso de la Navarra Media Occidental, en torno a Estella, por P. Erdozain (1999). Esta autora, en su estudio sobre las economías familiares de la zona durante el siglo XIX y principios del XX, ha señalado que en esta comarca existe casi un acceso universal a la propiedad de la tierra, pero esto no significa una justa e igualitaria distribución, ya que una minoría de grandes propietarios acapara la mayor parte de la superficie, viviendo la mayor parte de las familias en una situación precaria, que va a llevar a recurrir a la emigración a individuos y familias.

De todos modos, una explicación estrictamente socio-económica del carlismo presenta bastantes problemas, ya que ignora, o no da respuesta, a la

⁷⁸ Otro pormenorizado estado de la cuestión puede encontrarse en el trabajo de Pérez Ledesma (1996).

importancia de dos elementos que estuvieron presentes tanto en la primera guerra carlista como en el posterior discurso de esta fuerza política. Nos estamos refiriendo, claro está, al papel de la religión y de la cuestión foral, dos claves que, si bien han de ser rechazadas como factores determinantes, no cabe duda de que funcionaron como aglutinantes e impulsores del carlismo, sobre todo en los canales de difusión popular⁷⁹.

Son precisamente estos dos elementos, la religión y los fueros, dos de las claves del nuevo orden liberal que surge en Navarra tras la guerra carlista, ahora reinterpretados en clave liberal por unas clases dominantes que han dirigido en todo momento el proceso de cambio institucional, adaptándose a ella de una manera activa y dirigente, y consiguiendo dominar mejor que antes el panorama institucional navarro tras la ley de 1841 (Mina, 1981). Paradójicamente, quizás pudiera parecer, esta élite socio-política va a utilizar esta ley como referente de la nueva foralidad y como justificación, junto con la religión, del nuevo ordenamiento.

Oliver ha demostrado la importancia de los aparatos penales y represivos como uno de los fundamentos del nuevo orden liberal, en lo que ha denominado como reformulación de una «*sociedad represora, y por eso mismo penalizable*» (Oliver, 2001: 152). Sin embargo, esta conformación del orden social liberal no se puede entender como una mera traducción al sistema penal de las contradicciones de una liberalización y proletarización en la economía. Entre los ilegalismos que el nuevo modelo de estado penaliza en Navarra no se puede hablar de una gran mayoría de delitos contra la propiedad, sino que también tienen un peso muy considerable los casos de violencia interpersonal, algunos de ellos señales de la pervivencia de una justicia tradicional popular, y otros entrelazados con los conflictos bélicos y políticos del periodo. No se puede decir, siguiendo a este autor, que el orden social escapa del control político durante el periodo de liberalización económica, con una explosión de delitos económicos, a pesar del mayor grado de descontrol en momentos puntuales como la guerra de la Independencia y los años posteriores (De la Torre, 1992)

Es por lo tanto durante los años de la guerra carlista y los inicios de la década de los cuarenta cuando se ponen las bases del estado liberal español, a la vez que se avanza, fundamentalmente con la ley de 1841, en la integración navarra en ese marco estatal. Sin embargo, a pesar de la caracterización de este periodo como de relativa homogeneidad estructural en lo que se refiere a la construcción del nuevo modelo de estado, la coyuntura política va a estar marcada por continuos cambios de gobierno e incluso de constitución, una situación de inestabilidad que, unida a la creciente movilización de algunos sectores populares, va a dar paso a nuevos cambios políticos, con la

⁷⁹ Sobre la necesidad de investigar en los canales de difusión del carlismo popular, son interesantes las reflexiones de Ortiz de Orruño (1998) proponiendo el estudio del bertsolarismo como fuente no explotada.

revolución de 1868, la segunda guerra carlista, y la proclamación de la I República, situación esta en la que aparatos clave del estado y las clases sociales más beneficiadas por la revolución liberal ven en peligro la estabilidad del régimen surgido de esta.

El golpe de estado del general Pavía y la Restauración monárquica dieron paso, como se sabe, a una nueva situación en la que Navarra mantiene la Ley de 1841 como signo de distinción legal. El nuevo régimen marcó un periodo de estabilidad política y económica que ha sido entendida de manera diferentes según la historiografía. Siguiendo las reflexiones de B. de Riquer (1999), se puede decir que una de las claves de la estabilidad política de estas décadas fue, además de las buenas relaciones entre los partidos del turno, los canales que se establecieron, fundamentalmente en torno al clientelismo o caciquismo, para que hubiera una relación fluida entre las élites locales y las estatales, de manera que las primeras veían en la estabilidad del régimen un mecanismo de perpetuación del orden social, al que a su vez contribuían con redes caciquiles locales en las que se entremezclaban situaciones de hegemonía, consenso y conflicto (Rodrigo y Alharilla, 2000). Por otro lado, además de esas redes clientelares, no se puede entender la estabilidad política de los reinados de Alfonso XII y Alfonso XIII sin tomar en cuenta la importancia del militarismo en el mantenimiento del orden público (Ballbé, 1985).

Esta situación llevaba consigo, incluso después de la aprobación del sufragio universal masculino, una exclusión de la mayor parte de la población de las mínimas cuotas de participación en la política institucional, manteniéndose una cultura política *«totalmente opuesta a aquella que apelaba a la necesidad de construir una ciudadanía responsable»* (Riquer, 1999: 137). Esta realidad, marcada por un continuo bloqueo de cualquier atisbo de apertura, difícilmente puede ser calificada como de aprendizaje de la ciudadanía, tal y como hace Larraza (1997), si no es a partir de intentos de ejercer derechos de ciudadanía que fueron objeto de continuas prohibiciones y recortes, prueba de lo cual sería la realidad de la política popular y obrera en Pamplona al margen de los partidos de turno (García-Sanz, 1999).

En realidad, la política navarra de los años de la Restauración va a estar marcada por los intentos de diferentes movimientos políticos y sociales por abrir cauces de participación diferentes dentro del orden socio-político. Por un lado, después de la derrota bélica, asistimos a una reorganización progresiva del carlismo, que llega a abrirse un hueco e incluso a alcanzar cierta hegemonía dentro del sistema electoral, clara en la capital⁸⁰, estableciendo sus propias redes clientelares, en conexión más o menos directa y conflictiva, según la geografía navarra, con los partidos del turno, sobre todo el conserva-

⁸⁰ En los trabajos de García-Sanz Marcotegui (1990) y de Larraza (1997) se puede seguir con detalle la evolución de los comicios municipales durante la Restauración, apreciándose con claridad la hegemonía carlista.

dor. A pesar de la conexión de las posibilidades electorales del carlismo con la red caciquil, no cabe duda de que la derrota bélica no ha eliminado esta ideología de la realidad social navarra y pamplonesa, logrando mantenerse y reorganizarse gracias a unos mecanismos también culturales y ligados a la tradición campesina y a la trasmisión familiar, en las que los referentes forales y religiosos juegan un papel importante (Ugarte, 1998). Ese resurgir del carlismo y del foralismo va a conocer un momento clave de esplendor con la movilización popular e institucional conocida como la Gamazada, en 1894, en la que el poder simbólico de los fueros queda de manifiesto, a pesar de las diferentes realidades sociales, e incluso de los diferentes intereses que pudiera haber tras una movilización aparentemente unificadora⁸¹. Aunque sin ese éxito movilizador, también el referente foral aparece presente en el rechazo popular al reclutamiento obligatorio⁸².

En parte entroncado en ese foralismo, pero derivado hacia un pensamiento político propio y hacia una defensa clara de la cultura vasca hay que tener en cuenta el desarrollo de un nuevo movimiento cultural y político, vinculado a la Asociación Euskara de Navarra. Un movimiento inicialmente centrado en cuestiones culturales, pero que con la aparición del nacionalismo vasco y del P.N.V. conocería discrepancias importantes sobre su manera de articulación política (Marínez-Peñuela, 1989).

Por otro lado, tanto en los débiles núcleos industriales como en algunas zonas rurales, fundamentalmente de la zona meridional, surgen movimientos sociales reivindicativos en torno a cuestiones como las corralizas y la situación de los obreros urbanos e industriales (Andrés-Gallego, 1978; García-Sanz, 1984; y Majuelo, 1989). Es precisamente Pamplona uno de los ejes de esa organización del movimiento obrero, con predominio socialista, donde tiene mucho más éxito de afiliación su vertiente sindical que la política (García-Sanz, 1999), a pesar de los logros electorales conseguidos en coalición con el republicanismo. Por otro lado, también hay que tener en cuenta la aparición en la capital de un asociacionismo obrero católico, vinculado a asociaciones empresariales o eclesiásticas.

Como se puede apreciar, es este un retrato que refleja sólo a grandes rasgos la realidad socio-política de la capital navarra, una realidad que aparece explicada con más detenimiento en las obras ya citadas. De todos modos, lo que quisiera que quedara claro es el marco en el que se sitúa esta investigación, un marco de cambio económico y de intentos de crear un ordenamiento socio-político acorde a los intereses de esa nueva realidad económica. Es en

⁸¹ A este respecto, es interesante la reflexión de García-Sanz (1988) sobre la existencia de diferentes tendencias sociales dentro del movimiento de la Gamazada.

⁸² Sobre el rechazo popular al reclutamiento encontramos interesante documentación en el trabajo de Esparza Zabalegi (1994); sin embargo, a pesar de sus aportaciones, me parecen bastante discutibles sus lecturas de este rechazo anti-quintas en clave antimilitarista o incluso nacionalista, llevando hacia el pasado categorías políticas posteriores.

ese terreno del ordenamiento socio-político donde debemos situar algunos conflictos sociales, y en el que debemos entender la aparición de diferentes mecanismos de control social, dentro de los cuales los aparatos penales juegan un papel básico.

En este sentido, Oliver afirma que *«Para las oligarquías navarras el aparato punitivo (definido y codificado) que construía el Estado liberal se ofrecía como un modelo autoritario mucho más renovado y deseable que el de los fueros y las dispersas normativas penales de Antiguo Régimen»* (Oliver, 2001), sin embargo eso no significa que fuera el único aparato de control social. Además del marco penal, y de la amenaza que significaba la cárcel, no sólo como castigo sino también como factor de empobrecimiento, encontramos otros sistemas de control y legitimación social que no hacen sino reforzarse con la Restauración monárquica.

Dentro de estos mecanismos, por supuesto, tenemos que señalar algunos elementos que sin duda van a ayudar a difundir consensos legitimadores. Por un lado, ya ha sido señalado por varios autores el papel de las instituciones benéficas en la conformación y castigo de diferentes conductas sociales. Así, tanto Woolf (1986) como Carasa (1994) han demostrado que las instituciones benéficas actuaban de una manera selectiva, no sólo en función de las necesidades de cierta población empobrecida, sino también en función de cómo esa población se ajustaba, en la medida de lo posible, a unas normas sociales deseadas, apuntando Woolf que estas instituciones benéficas actuaban con criterios discriminatorios con el fin de mantener el orden social. De igual manera, Carasa ha puesto de manifiesto la importancia que estas instituciones daban al fortalecimiento de la familia entre las clases populares, aspecto este sobre el que más tarde volveremos.

En el caso de Pamplona queda clara la necesidad de un estudio global de estas instituciones durante el final del siglo XIX y principios del XX. Contamos con el trabajo de Valverde (1994) sobre la Inclusa, y el de Oslé (2000) sobre la Casa de Misericordia. De todos modos, sería muy interesante conocer en profundidad el papel que estas instituciones juegan en estos momentos de proletarización como transmisores de ideales de consenso y concordia social. También García-Sanz (1989) ha constatado la importancia de estas instituciones en los momentos de carestía de trabajo, y por otro lado, tenemos el testimonio de la autobiografía de Josefina Guerendian, quien al respecto, comenta,

«A mí las que me hacían el vacío eran las limosneras de la parroquia. A mi madre, como tenía agallas para sacarse un duro trabajando, nunca le hizo falta que fuesen los viernes las alcahuetas de la conferencia de hambre de la parroquia. Se enteraban de tu vida(...)» (Guerendian, 1996, 38).

No cabe duda de que este tipo de instituciones, a la vez que ayudaban a los sectores más empobrecidos a lograr algo de dinero o alimentos, se esforzaban en inculcar valores de respeto al orden establecido, en una colaboración que debería ser más investigada con el nacimiento del asociacionismo

obrero católico⁸³, dentro de cuyas actividades la educación de adultos por medio de las escuelas dominicales va a tener una importancia considerable (Ema, 2000)⁸⁴.

Tanto la actuación de las instituciones benéficas como estas iniciativas culturales nos llevan a contemplar en su globalidad la existencia de actuaciones paternalistas sobre la población trabajadora, con los objetivos paralelos de lograr su moralización y disciplinación a la vez que se asegura la aceptación del orden social, un paternalismo que ha quedado explicado en sus líneas generales en el trabajo de Sierra (1989), y que para el caso vizcaíno ha sido estudiado con más detenimiento por Pérez-Fuentes (1991). Dentro de estos programas paternalistas tanto el fortalecimiento de la familia obrera como el papel doméstico de la mujer juegan un factor clave, algo que tendremos que tener en cuenta a la hora de entender mejor los factores que podrían influir en la conformación de las estrategias familiares de la población trabajadora.

En su análisis sobre Pamplona durante los años treinta, Ugarte (1998) hace un importante esfuerzo en entender las bases sociales de esa ideología conservadora en la capital navarra, en la que juega un papel fundamental la transmisión familiar de los valores del carlismo. Este autor remarca el papel que sobre el pasado de la ciudad transmite la élite local, superando la dicotomía campo-ciudad que había dominado en el siglo XIX, cuando «*la ciudad liberal era asediada por la aldea carlista*». A principios del siglo XX la ciudad acoge al campesino como algo propio y ensalzando su figura, muy diferente a la de otras ciudades en las que el campesino era visto como algo inferior. Es esa integración de elementos rurales y urbanos lo que va a permitir a la élite local alcanzar un liderazgo cultural asumido en gran parte por la población, poniendo las bases de la permanencia y transformación del carlismo conforme a los nuevos modelos políticos europeos. Sin embargo, habría que añadir que, si esa creación cultural tiene un éxito relativo va a ser también, y quizás sobre todo, gracias a la importantísima relación personal y familiar que une a los habitantes de la ciudad con el medio rural, algo en lo que profundizaremos en el capítulo sobre migraciones.

No cabe duda de que el marco explicativo propuesto por Ugarte capta muchos de los mecanismos que están en la base de esa ideología conservadora, pero creo tiene un problema importante. Esa transmisión de valores culturales e ideológicos no se realiza en un marco de estabilidad económica y social, sino en un momento de importante crecimiento demográfico, con los problemas de hacinamiento, paro estacional e inseguridad económica de

⁸³ Los inicios de este movimiento en Pamplona se pueden seguir en la obra de García-Sanz (1999)

⁸⁴ Este autor recoge las diferentes iniciativas, y desde diferentes ideologías, que a parecen en la Pamplona de finales del siglo XIX con el objetivo de promover la educación de adultos (Ema, 2000: 305-382).

las familias jornaleras, alta mortalidad infantil y restricción de la nupcialidad, problemas estos que no parecen tener mucha importancia en la explicación propuesta por Ugarte. Por otro lado, no podemos olvidar que esta visión cultural y política coincide en el tiempo con un crecimiento del movimiento sindical socialista y con el desarrollo de una cultura obrera y laica. Nos queda pendiente, por lo tanto, conocer los mecanismos mediante los cuales estos valores culturales conservadores se interrelacionan tanto con las dificultades económicas de las familias trabajadoras de Pamplona como con el naciente movimiento sindical socialista.

En resumen, nos hallamos ante una realidad compleja, a la que no caben aplicar esquemas simples sobre los efectos revolucionarios de la proletarianización del trabajo. Sin embargo, más simplificadores y legitimadores del orden social nos parecen afirmaciones del tipo de la de Larraza, cuando afirma, en referencia al urbanismo pamplonés, que «*esta proximidad física contribuyera a mantener unas relaciones sociales relativamente fluidas, sin grandes fracturas, en las que primaba la amabilidad y el trato personal*» (1997: 26). Si bien es verdad que el compartir un espacio vital puede hacer más fácil el compartir horizontes políticos o culturales, no cabe duda de que este planteamiento idílico de las relaciones sociales no tiene muchos visos de acercarse a la realidad. No era esta proximidad residencial un obstáculo para que las autoridades ejercieran una persecución fuerte sobre los inicios del movimiento obrero (García Sanz, 1999), ni fue esa proximidad obstáculo para la represión llevada a cabo en la ciudad en 1936, con casi 300 fusilados (Althafaya Kultur Taldea, 1986).

A este respecto, nos parecen sumamente sugerentes e interesantes las reflexiones de Oliver, al preguntarse por los efectos de la convivencia entre la cultura de la satisfacción y la cultura de la resignación, entre las cuales estarían también los signos clásicos de anomia y desesperación. Al mismo tiempo, este autor plantea la necesidad de una «*historia sociocultural de la conformidad (no tanto como actitudes de sumisión con asentimiento y aquiescencia sino como vivencias de la resignación y el aguante, esto es, expresiones sociales de las situaciones de dominación y de control)*» (Oliver, 2001, 174)⁸⁵.

En consecuencia, podemos constatar la complejidad de la realidad social pamplonesa en los inicios de su industrialización, así como la pluralidad de mecanismos de control social, con la importancia de lo que algunos autores, como Bergalli, han llamado controles informales, entre los cuales los mecanismos demográficos tienen una importancia considerable. Así, la emigra-

⁸⁵ La importancia de la caridad y de la resignación como mecanismos de contención de las tensiones sociales también se registra en la Ribera de Navarra, tal y como lo señala Celso Jaen en su *Memoria sobre la tierra labrantía y el trabajo agrícola en la provincia de Navarra*, al hablar sobre el llamado «*problema social: (que se ha resuelto hasta la fecha satisfactoriamente por la caridad de los unos y la resignación de los otros)*» (Lana, 1992).

ción hacia áreas de mayor crecimiento económico ha jugado un papel muy importante de control y de válvula de escape de las presiones sociales en las zonas europeas de menor crecimiento económico (Melossi, 1980), y algo similar parece haber ocurrido en Navarra y Pamplona, aunque a este respecto tenemos que reconocer que todavía es una tarea historiográfica pendiente el evaluar la emigración que desde Pamplona se podría realizar a otros centros industriales, o el papel de la capital navarra como estación temporal de emigrantes que desde zonas rurales navarras acudieran a otras zonas industrializadas como Vizcaya o Guipúzcoa.

No cabe duda de que dentro de estos mecanismos de control informal estaba también, por lo tanto, el papel de la familia como amortiguador de las tensiones sociales, algo que se ha considerado ya para las zonas de Europa occidental con un sistema familiar fuerte (Reher, 1999). Es precisamente este papel de las familias obreras en los momentos de crecimiento económico de la ciudad uno de los principales focos de atención de mi investigación, y a este tema volveré en las conclusiones, después de profundizar en su composición y sus estrategias económicas.

A este nivel, sin duda, tanto la pervivencia de valores sociales arraigados en un mundo rural con el que los habitantes de Pamplona mantenían una estrecha relación vital a través de continuos movimientos migratorios como el papel desempeñado por la familia, con sus estrategias de acceso y distribución interna de deberes y recursos, fueron algunos de los mecanismos a través de los cuales se interrelacionaron la proletarización, el débil desarrollo industrial y las dificultades vitales de la población trabajadora en la Pamplona de principios de siglo. Además, la cultura popular y las tradiciones sobre la formas familiares en el mundo rural también influirían sobre la manera en que se valoraban y se percibían los cambios familiares en el marco industrializador urbano, y, a través de esos cambios, cómo se vivía la nueva realidad económica. Creo que es imprescindible valorar estos factores para entender mejor la realidad política, y espero que los capítulos siguientes nos ayuden a avanzar en esa dirección.

Capítulo III

Migraciones hacia la capital navarra

III.1. ENFOQUES TEÓRICOS SOBRE EL ESTUDIO DE LAS MIGRACIONES

Los movimientos migratorios aparecen a los ojos de muchos de nuestros contemporáneos, y especialmente a los de las autoridades actuales, como una de las amenazas del tiempo presente. Las trágicas situaciones en las que viven muchos de sus protagonistas son profundizadas y agudizadas por gran parte de las actuales legislaciones. En el caso español el reciente debate sobre la modificación de la llamada Ley de Extranjería no ha hecho sino sacar más a la luz tanto las dificultades con las que topan los llamados inmigrantes extra-comunitarios como las justificaciones de lo que algunos investigadores han denominado «racismo de estado».

Nos hallamos ante un profundo debate que pone en cuestión el derecho de las personas a modificar voluntariamente su lugar de residencia en función de diferentes motivos o necesidades, un debate en el que son especialmente interesantes las aportaciones de Bob Sutcliffe (1995) sobre el derecho humano a la migración.

Este debate socio-político ha centrado parte de los estudios sobre las migraciones más contemporáneas, unos estudios que se han convertido en uno de los puntos de encuentro entre demografía, sociología e historia social. Sin embargo, hace más ya de un siglo que Ravenstein inició un intento de teorizar y de estudiar sistemáticamente los movimientos migratorios, y desde entonces se ha desarrollado una profusa investigación en la que ha habido tanto interesantes debates en torno a consideraciones teóricas y metodológicas como importantes lagunas, sobre todo a la hora de incidir en la percepción propia de las migraciones por parte de los emigrantes. Dentro de toda esta literatura, creo que cuatro han sido las principales cuestiones en las que se han centrado los debates historiográficos, unas cuestiones que, por lo menos a grandes rasgos, merecen ser analizadas porque también van a marcar la dirección de esta

investigación⁸⁶. Por un lado, el carácter moderno o tradicional de los movimientos migratorios, en segundo lugar, las direcciones de estos movimientos, en tercer lugar, los motivos que impulsan a las personas a cambiar de residencia, y por último, su carácter colectivo o individual. Este último punto nos permite entroncar los movimientos migratorios en el tema principal de esta investigación, las estrategias económicas de las familias de Pamplona.

III.1.1. ¿Cuándo migrar?

Si bien hoy en día este debate se puede calificar como superado en cierta forma, hasta hace poco había una tendencia en la historiografía a considerar los movimientos migratorios como algo especialmente contemporáneo, ligados a los procesos de industrialización o, en palabras de otra escuela, de modernización, lo que algunos autores han llamado la «transición de la movilidad»⁸⁷. Sin embargo, a medida que han avanzado las investigaciones en historia social y económica o en demografía histórica, ha quedado claro que las migraciones son, desde tiempos inmemoriales, una constante de la experiencia humana, lo cual ha llevado a Bob Sutcliffe a calificar al ser humano como *especie migrante* (1998: 55). Jackson y Page Moch (1994), en su balance sobre los estudios históricos sobre las migraciones, han criticado también la teoría de la «transición de la movilidad», que ignora toda la movilidad rural de la Europa del Antiguo Régimen.

En el caso de la Europa preindustrial, Page Moch (1992) describe diferentes tipos de movimientos migratorios durante el siglo xvii (trabajos estacionales, sobre todo relacionados con las cosechas y recolecciones; migraciones dentro de las regiones para casarse; migraciones estacionales de sirvientes rurales o urbanos; movimientos de familias enteras de una zona a otra para cambiar de explotación agrícola; emigración a las ciudades...), de manera que queda claro que la movilidad de población era una característica clave de la Europa preindustrial. El auge de la industria rural en el siglo xviii posibilita a muchas familias subsistir en sus lugares de origen a pesar de no poder subsistir con los ingresos procedentes de la agricultura, pero también va a fomentar nuevos movimientos migratorios, por ejemplo a las áreas circundantes de las ciudades tradicionales, que crecen más que las mismas ciudades. Por otro lado, la movilidad de los trabajadores artesanales ha quedado también de manifiesto en diferentes investigaciones (Sierra, 1995), del

⁸⁶ Para estas reflexiones teórico metodológicas, resultan sumamente útiles los estudios de Ruiz Obabuenaga y Blanco (1994: 55-113), y Sutcliffe (1998) en el que hacen una buena presentación de las diferentes teorías sobre el estudio de las migraciones. En el caso de la investigación histórica, es muy interesante el trabajo de Jackson y Page Moch (1994), en el que se hace un balance de las investigaciones y de los retos de los estudios sobre migraciones dentro de la historia social europea.

⁸⁷ Un estudio clásico de esta visión es el de Zelinski, en el que el autor divide la historia humana en 5 etapas que van de menor a mayor movilidad.

mismo modo que el papel de las migraciones en el crecimiento de las ciudades preindustriales Vries (1987).

Estos movimientos no se van a interrumpir en el siglo XIX, en el que no nos hallamos, por lo tanto, ante algo nuevo, sino ante una continuación de tendencias anteriores, que nos tiene que hacer cambiar las visiones idílicas o estáticas del mundo preindustrial. Es más, si bien es verdad que gran parte de las migraciones preindustriales se realizan en ámbitos espaciales mucho más reducidos que los actuales, eso no significa que para las personas de aquel momento esa distancia tuviera menor importancia relativa de lo que tienen las distancias actuales⁸⁸. No podemos ignorar que un alejamiento de 30 kilómetros podía significar un alejamiento durante un periodo de tiempo muy largo para quienes abandonaban su lugar natal. El cambio en el significado de las distancias es algo que hay que tener en cuenta al estudiar la movilidad en el pasado (Anderson, 1994).

En consonancia con esa continuidad entre movimientos migratorios preindustriales e industriales es interesante la visión sobre la despoblación rural del campo inglés en el siglo XIX no como fruto de un mayor número de emigrantes, sino sobre su cambio de destino, dejando de moverse en el entorno rural para acudir a las ciudades (Schurer, 1991, 114).

En el caso del País Vasco, hay que subrayar la relación entre el régimen mayoritario rural, el de la familia troncal con caserío o casa y la emigración. Una frase significativa es la de Urrutikoetxea (1996, 154) «*El fenómeno migratorio, en general, y la emigración a América, en particular, constituyen una de las estrategias que harán posible la perduración indivisa del caserío, pilar básico de la sociedad vasca tradicional*». Estas interrelaciones entre el sistema de explotación rural y las pequeñas villas artesanales ha sido investigado por Arbaiza (1996) para la Vizcaya del Antiguo Régimen, destacando la complementariedad entre las villas y un entorno rural que se veía continuamente obligado a expulsar población para mantener la unidad de explotación agraria. Además de este continuo flujo migratorio, sabemos de importantes migraciones temporales relacionadas con actividades económicas como el carboneo (Urrutikoetxea, 1996: 148), o el pastoreo.

Hoy en día, por lo tanto, la investigación histórica ha dejado claro que no podemos empezar a estudiar las migraciones de la época industrial como algo que surge de la nada, olvidando tanto las tradiciones como las trayectorias migratorias de los siglos anteriores.

III.1.2. ¿Por qué migrar?

En su ya clásico estudio, Ravenstein se inclinó claramente por considerar los motivos económicos como al principal causa de las migraciones. En con-

⁸⁸ Woolf habla de casos nórdicos en los que se daba una ruptura real de lazos familiares en las cortas distancias.

creto, Ravenstein pensaba que las diferencias económicas entre diferentes zonas eran fuente de motivos tanto para dejar el lugar de nacimiento como para optar por un lugar concreto alternativo. En suma, aunque de manera implícita, estaba formulando la teoría de los factores de expulsión y atracción, también llamados «push and pull», que ha dado lugar a numerosos debates sobre la primacía de unos u otros. Dentro de esos factores, las diferencias salariales y las oportunidades de empleo fueron consideradas por él como la clave para entender las migraciones, y ese ha sido el criterio seguido por la escuela neoclásica. Dentro de esta escuela, y siguiendo con esa intención cuantitativa, diferentes autores como Souffer, Zipf o Todaro, han elaborado modelos para calcular de manera matemática los motivos y las cantidades de las migraciones, que podemos encontrar de manera bien resumida en los trabajos de Arango (1985) y Sutcliffe (1998).

Más allá de la posibilidad de unos u otros a la hora de captar el peso de diferentes factores, la obsesión de esta escuela por integrar de manera cuantitativa diferentes factores (salarios, oportunidad de empleo, tiempo y distancia a recorrer, redes de amistad, sensación de seguridad, desarraigo lingüístico o cultural...) transmite una simplista concepción de la naturaleza humana, en la que el pretendido cientifismo del investigador se coloca muy por encima de las voces de los protagonistas.

Unido a esto, y ligado a ello, es necesario hacer una reflexión crítica sobre la consideración de la escuela neoclásica de tomar la decisión de migrar como motivada por cuestiones económicas, así como sobre la muchas veces arbitraria distinción entre migraciones políticas y económicas (Sutcliffe 1998). Por un lado, hay que tener en cuenta que no podemos desvincular los hechos económicos de los políticos. La diferencia de salarios, o la diferente estructura de los mercados laborales no es algo económico sin más, sino que responde en gran parte a decisiones de política económica dictadas por diferentes instituciones y ligadas, en mayor o menor medida, a intereses de grupos sociales, profesionales o territoriales. Como veremos a lo largo del capítulo, en las motivaciones de las migraciones navarras contemporáneas se van a entrelazar aspectos políticos, bélicos, jurídicos y económicos.

Por otro lado, el peso de otros factores más claramente políticos como las políticas territoriales de formación de los estados, y sobre todo las guerras, han sido tanto en el pasado como en la actualidad un factor clave a la hora de motivar el desplazamiento de millones de personas. Junto a eso, desastres ecológicos y construcción de grandes obras públicas son cada vez más motivo de migraciones masivas, a cuyos protagonistas algunos autores han llamado «refugiados ambientales». También para la época del Antiguo Régimen, Jackson y Page Moch han señalado a las persecuciones políticas y religiosas, junto con la búsqueda de empleo, como las principales causas de los movimientos migratorios.

Tenemos que tener presente, por lo tanto, que el estudio sobre el motivo de las migraciones no puede ser resuelto con complicadas fórmulas matemá-

ticas, ni con un reduccionismo económico que no sea capaz de tener una visión más global de la realidad social.

III.1.3. ¿Hacia dónde migrar?

Ligada con las dos anteriores preguntas, nos encontramos con la necesidad de establecer las principales trayectorias de las personas emigrantes. En este sentido, otra vez nos encontramos con el referente de la escuela neoclásica, que si ha colocado los móviles económicos en la raíz de las migraciones, no duda en considerarlas mecanismos de ajuste entre zonas con desequilibrios económicos, en las que predominan factores «push», que expulsan población, y zonas en las que predominan factores «pull», que la atraen. Así, los movimientos migratorios servirían para solucionar problemas de desempleo en unas zonas y de escasez de fuerza de trabajo en otras, o para equilibrar las diferencias salariales. Estas ideas están muy ligadas a las teorías económicas de la misma escuela neoclásica, en las que se otorga al mercado el papel de regulador natural de la vida económica⁸⁹. Es curiosa en teoría, y dolorosa en la práctica, sin embargo, la visible contradicción de estas ideas neoliberales que no dudan en proclamar la necesidad de liberalizar los mercados, pero a la vez, aplican políticas migratorias cada vez más restringidas⁹⁰.

De hecho, la relación entre movimientos migratorios y mercados de trabajo no suele ser en la práctica tan autorregulada como proclaman estos teóricos, sino que obedece muchas veces a la demanda de fuerza de trabajo por parte de las clases propietarias. Cuando esta demanda desciende, entonces se limita, o criminaliza, la movilidad de la población. En este sentido, Bob Sutcliffe (1998) ha llamado la atención por el escaso papel que se ha dado al papel de la legislación en el estudio de las trayectorias migratorias.

Por otro lado, como también ha sido demostrado en multitud de estudios actuales e históricos, los movimientos migratorios tampoco tienen por qué actuar como factores reguladores en los desequilibrios regionales. De hecho, estos movimientos han sido muchas veces factores de profundización en los desequilibrios, tanto en los lugares de expulsión, con despoblación y estancamiento económico, como en los de llegada, con masificación y problemas ambientales. De nuevo Jackson y Page Moch nos advierten que el impacto de los movimientos migratorios tanto en las zonas de partida como en las de llegada es uno de los retos de la investigación histórica sobre migraciones.

Siguiendo con el debate sobre las trayectorias migratorias, son muy interesantes las reflexiones de Urrutikoetxea (1996) en torno a la percepción del

⁸⁹ También en los trabajos de Arango (1985) y Sutcliffe (1998) encontramos un balance sobre el debate que han suscitado estas teorías.

⁹⁰ Estos aspectos son analizados en profundidad, y con una fuerte crítica, en el citado trabajo de Sutcliffe.

«espacio propio» como factor que explica esas trayectorias. Aunque interrelacionada con motivos económicos, de distancia, o políticos, esa percepción de lo propio va a señalarnos las diferentes trayectorias espaciales de la migración, trayectorias en las que influyen tanto los motivos económicos como las tradiciones sociales o familiares, y que vinculan los territorios por medio de vínculos personales. Urrutikoetxea ha aplicado este punto de vista a las migraciones de Gipuzkoa entre 1766 y 1840, y ha demostrado que entre los diferentes grupos sociales de Irún existían diferentes percepciones sociales del espacio propio, que se traducían en diferentes trayectorias espaciales de las prácticas migratorias según los diferentes grupos sociales. Este autor señala la influencia de factores económicos, políticos y culturales en esas percepciones del espacio propio, pero, a la hora de analizar los procesos migratorios, prefiere acercarse a la visión de los protagonistas que hacer un análisis externo del peso de los diferentes factores.

III.1.4. ¿Con quién migrar?

Otro de las grandes aportaciones de la investigación sobre migraciones en los últimos años ha sido la de abandonar uno de los tópicos que durante mucho tiempo se han manejado a la hora de estudiar las migraciones, el tomar como protagonista principal de éstas a personas aisladas, sobre todo jóvenes y adolescentes, para quien la experiencia migratoria supone alejarse de su entorno social. Por el contrario, las investigaciones más recientes han corroborado la idea de C. Tilly (1991) de que las migraciones son un hecho social, no individual, enmarcado en estrategias de comunidades profesionales, corresidenciales, familiares...

En este sentido, han cobrado importancia las investigaciones que subrayan la importancia de la familia en los procesos migratorios, tanto en situaciones preindustriales como en los procesos de industrialización. Por una lado, ha quedado de manifiesto la gran importancia de movimientos migratorios en familia, mientras que por otro, también se ha demostrado que muchos de lo que han sido calificados como movimientos individuales estaban enmarcados en redes familiares que servían, y sirven, de apoyo y acceso del emigrante a la sociedad de llegada. Queda claro, por lo tanto, que el conocimiento de los procesos migratorios pasa por el conocimiento de las estrategias económicas de las familias, tal y como han demostrado con sus investigaciones ya clásicas Anderson (1971) y Hareven (1982), entre otros⁹¹.

El estudio de las migraciones en el País Vasco durante los inicios de la industrialización ha corroborado estas ideas, quedando claro en diferentes es-

⁹¹ Un resumen de algunas de las principales aportaciones sobre el tema en la Europa meridional se pueden encontrar en el trabajo de Woolf (1997). Otro trabajo importante y significativo en esta misma dirección es el de Schurer (1991).

tudios (González Portilla y Zarraga, 1996; Pareja, 1997, González Portilla, 2001) que la familia es el marco en el que se hacen gran parte de esas migraciones. Además, la situación de la economía familiar en los diferentes momentos del ciclo vital es otro de los factores claves que explican el momento en que se adopta la decisión de migrar (Camps, 1994).

Es por eso que he escogido las migraciones como tema de uno de los capítulos de este libro, al entender que la inmigración a la ciudad es una de las claves de las estrategias familiares de sus habitantes.

III.2. LAS MIGRACIONES EN NAVARRA EN EL MARCO DE LA TRANSICIÓN AL CAPITALISMO INDUSTRIAL

Tal y como ya he señalado anteriormente, los movimientos migratorios eran uno de los mecanismos clave en el mantenimiento del sistema troncal en el País Vasco, sobre todo en lo que se refiere a la complementariedad entre las villas y su entorno rural (Arbaiza, 1996), una complementariedad que funciona de manera clara durante la Edad Moderna y hasta entrado el siglo XIX, momento en el que los cambios políticos y económicos van a introducir nuevas variables que a su vez tendrán efecto en los movimientos migratorios.

Dentro de Navarra esta complementariedad ha quedado clara en el estudio que sobre el valle de Lónguida y la villa de Aoiz durante los siglos XVI, XVII y XVIII (Moreno y Zabalza, 1999), en el cual los autores señalan que *«la afirmación del sistema de heredero único estuvo asociado a un cambio en los flujos migratorios: el valle de Lónguida-Aoiz dejó de ser receptor de población para ser emisor de mujeres»* (1999: 206), sobre todo, pero no sólo, a la villa de Aoiz, y también hacia Pamplona, lo que va a influir en la ya conocida tendencia a una baja tasa de masculinidad en las villas preindustriales.

Uno de las aportaciones de Moreno y Zabalza es su estudio detallado sobre esos movimientos migratorios de interrelación entre la villa y el valle, en los que han sido capaces de percibir, por medio de las oscilaciones en las tasas de masculinidad de los difuntos adultos, interesantes variaciones en función de la estacionalidad, de la coyuntura económica y del género. Así, parece que durante el siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII se puede detectar una emigración especialmente intensa de mujeres hacia la villa entre los meses de febrero y mayo siguientes a los años de malas cosechas. En estos meses habría especialmente pocas reservas de grano en los pueblos, y la emigración temporal femenina sería un recurso para regular la población rural. El hecho de que sean las mujeres quienes más protagonizan esos movimientos que permiten a la comunidad rural soportar mejor esos meses de escasez tiene que ver, según Moreno y Zabalza, con el afianzamiento de la casa como unidad de reproducción social, en la que las mujeres, excepto la cabeza de familia, han perdido protagonismo respecto a los hombres.

Hasta mediados del siglo xvii es a través de la mujer como se establece la continuidad de la casa en el campo, pero el fortalecimiento del sistema de heredero único va a favorecer a los varones, al igual que la creciente importancia de los cultivos extensivos de cereal y la agricultura de arado, en la que la fuerza física masculina era más valorada. Paralelamente, se detecta una pérdida de importancia de la ganadería y horticultura, en la que las mujeres tenían mayor protagonismo. Se trata en suma, de diferentes factores que van a explicar esa mayor movilidad femenina hacia las villas en los momentos de mayor penuria económica. Esta situación, sin embargo, deja de percibirse con nitidez a mediados del siglo xviii, con lo cual se abren incógnitas sobre comportamientos posteriores.

Más allá de la situación concreta en esta zona del Prepirineo navarro, creo que la principal aportación de estos autores es demostrar la gran flexibilidad de las estrategias familiares agrarias en cuestión de movimientos migratorios, una flexibilidad que responde a variaciones estacionales y coyunturales, en la que influyen diferentes valoraciones de lo masculino y lo femenino, es decir, el género, aunque estos autores no utilicen esta categoría de manera explícita. Esta flexibilidad estacional de las estrategias familiares rurales, aunque fuera con otros ritmos u otra organización interna, también se dejaría sentir en Pamplona durante el periodo que nos ocupa en este libro, pero son muy difíciles de registrar con las listas de población como fuente principal.

La importancia de las migraciones estacionales según las labores agrícolas queda también recogida en la *Respuesta a los interrogatorios de población Agricultura e Industria de 1802* (García-Sanz, 1983) en los tres pueblos en los que se han conservado las respuestas. En el caso de Etxarri Aranaz se responde: «*Las muchachas y muchachos y aún algunos casados y casadas jóvenes salen a Tierra de Estella y Pamplona y Probinzia de Guipúzcoa aquellas a espaldar linos y a la siega y estos a segar, vendimiar y demás labores del campo aunque traen algún dinerillo es poca cosa y las muchachas alguna vez se an imfeccionado de enfermedad que se ha esparcido aquí y sería mejor que no saliesen y se dedicasen a sus labores en esta villa pues también están expuestas aquellas con la libertad de uno o dos meses que assi andan a los vicios que son consiguientes pero dichos viajes los hacen en tiempo que menos falta hacen y que en esta villa no se les puede ocupar por falta de medios*» (García-Sanz, 1983: 91). Como se desprende de esta lectura, estas migraciones son fundamentales para las economías locales y familiares, y dan pie también a espacios de libertad y menor control social que las autoridades ven con malos ojos, especialmente en el caso de las mujeres.

Además de las migraciones estacionales y de los contactos migratorios entre villas y valles, parece ser que la emigración hacia el sur constituye una tendencia clara de las zonas de hegemonía troncal durante la Edad Moderna. Así lo atestigua el vicario de Santa María de Sangüesa en el siglo xvii, entre otros, en testimonio recogido por Jimeno Jurío (1997: 86-98, 133-138). Este

autor documenta, sobre todo durante los siglos XVI y XVII, la presencia de numerosas comunidades vascoparlantes en ciudades como Olite y Tafalla y en la Ribera navarra, producto sobre todo de una continua tendencia migratoria hacia zonas meridionales desde la zona media, la montaña navarra y desde tierras del País Vasco norpirenaico, migraciones algunas temporales y otras definitivas, ligadas sobre todo al pastoreo y al servicio doméstico, que tienen que ver con la expulsión de gente desde zonas de hegemonía troncal.

También en la ciudad de Logroño M. Lázaro (1994: 88-90) ha constatado al importancia de inmigrantes vascos procedentes del área troncal durante el Antiguo Régimen, tanto hombres como mujeres, en lo que parece de nuevo una constatación de la importancia de la emigración de áreas troncales a otras más meridionales. Ahora bien, en el caso de Logroño no se puede asimilar toda la emigración vasca al mundo rural troncal, ya que los procedentes de las villas suponen la mitad de la inmigración masculina. Sin duda alguna, estos movimientos entre villas estarían relacionados con la movilidad artesanal preindustrial.

Si bien muchas de las características de estos movimientos migratorios se mantendrían durante el siglo XIX, no cabe duda que los cambios políticos y económicos que se dan durante todo el siglo van a afectar tanto a la estructura económica como a los patrones de movilidad, apareciendo nuevas tendencias y circuitos y decayendo otros. Las migraciones hacia el exterior de la provincia cobran fuerza, y eso explica el escaso crecimiento demográfico navarro comparado con otras zonas provinciales, de manera que desde 1860 Navarra va a estar dentro de las provincias con una mayor tasa de emigrantes por mil habitantes, especialmente entre 1877 y 1910 (Erdozáin y Mikelarena, 1999: 160). Estos autores han estudiado los saldos migratorios negativos del territorio navarro en la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX y han apuntado cuáles son las principales causas de esa continua pérdida de población (Erdozáin y Mikelarena, 1999: 160).

En primer lugar señalan el carácter extensivo del crecimiento decimonónico, que estaba basado en la roturación de nuevas tierras de menor rendimiento. Como segundo factor apuntan el declive de actividades de protoindustria rural, textiles o siderúrgicas, o de arriería y transporte, con las que muchas familias campesinas complementaban sus ingresos, aspectos estos relacionados con la aparición de mercancías más baratas del mercado estatal en el que Navarra es incorporada desde 1841, con la extensión del ferrocarril, y también con la privatización de la propiedad y el uso bienes comunales en los que muchas familias obtenían recursos imprescindibles (Iriarte Goñi, 1999)⁹². En tercer lugar hay subrayar los efectos de la crisis agrícola finise-

⁹² Iriarte insiste en la importancia de conocer la regulación del uso de los bienes comunales, ya que incluso en zonas de Navarra en las que gran parte de la propiedad del comunal no fue privatizada (como sucedió en las zonas boscosas del centro y norte de la provincia), las regulaciones sobre el uso llevaron a que en la práctica se diera un acceso socialmente diferenciado a este tipo de bienes, produciéndose en esta época una privatización del uso en beneficio de las familias campesinas más acomodadas.

cular, en la que influyeron la caída de los precios del cereal en las dos últimas décadas del siglo y la desaparición de viñedos por efecto de la filoxera entre 1892 y 1905. Como cuarto factor señalan que el carácter familiar y de pequeño tamaño de las explotaciones agrarias las hizo más vulnerables a las dificultades, algo que se aprecia en otras zonas del norte de la península, que fueron las más afectadas por el éxodo rural. Por último, Erdozáin y Mikelarena advierten de la necesidad de tener en cuenta que en el caso de Navarra, las continuas guerras⁹³ que asolan el territorio desde la Guerra de la Convención hasta la última guerra carlista van a afectar de manera grave tanto a las economías familiares como a las municipales, lo cual impulsa a muchos pueblos a iniciar un proceso de desamortización civil desde principios de siglo. Además, también la política impositiva foral posterior a la ley de 1841 gravó proporcionalmente más a la zona septentrional hasta la confección en 1888 del catastro de riqueza territorial, de tal modo que en las reclamaciones municipales sobre el tema se alude a los efectos de la política fiscal sobre las migraciones desde estas comarcas (de la Torre y García Zúñiga, 2998). Como puede observarse, la separación entre migraciones políticas o económicas resulta harto artificial en un momento de profunda transformación política, jurídica y económica.

Ahora bien, todos estos factores no afectaron de igual manera a las diferentes comarcas navarras entre 1860 y 1930. Los datos aportados por Erdozáin y Mikelarena (1999) muestran que es Pamplona el lugar donde más creció la población, seguido de las tres comarcas de la Ribera, mientras que en la mayoría de las comarcas de la montaña y zona media los años 1860-1877 marcan un punto de inflexión a partir del cual empiezan a perder población. Por lo que respecta a la Ribera, hay que destacar que su crecimiento demográfico es fundamentalmente endógeno, ya que en el análisis de algunos pueblos se observan periodos de saldo migratorio negativo y otros positivos, que proceden sobre todo de pueblos navarros vecinos y de zonas aragonesas limítrofes. Así pues, Mikelarena y Erdozáin señalan que durante el siglo XIX se debilitan en gran medida los flujos migratorios tradicionales de los valles orientales de la montaña navarra a la Ribera.

En cuanto a la capital, Pamplona, tenemos también que tener en cuenta su papel como canalizador de ciertas migraciones estacionales de carácter preindustrial pero que todavía se mantienen a principios del siglo XX. J.M. Satrustegi (1975: 43) comenta cómo chicas jóvenes de Urdiain, en el valle de

⁹³ En este sentido, De la Torre (1992) ha analizado cómo a raíz de la guerra de la independencia se produjo un empobrecimiento campesino que provocó la aparición de grupos de campesinos vagabundos por los campos navarros. Siguiendo con factores bélicos, Esparza (1994) ha señalado que la emigración a América fue la vía escogida por algunos jóvenes como manera de evitar el servicio militar. También en el caso francés existe una estrecha relación entre reclutamiento y emigración, tal y como ha estudiado Duroux (1993), quien señala que las corrientes migratorias previas van a favorecer la resistencia al reclutamiento.

la Sakana, se dirigían a Pamplona el 25 de junio, después de la noche de San Juan, en busca de alguien que las contratara para las labores agrícolas del verano y conseguir así un dinero de cara a su boda. Aunque no pasaran el verano en Pamplona, sino en zonas rurales, era en Pamplona, y en concreto en la plaza de Santo Domingo, donde se realizaban las contrataciones, de manera que la capital actuaba como centro canalizador de muchas de estas migraciones estacionales relacionadas con las tareas agrícolas.

Volviendo a las tendencias generales del periodo, tenemos que concluir que los desequilibrios demográficos navarros entre 1860 y 1930 no son suficientes para explicar, por lo tanto, el destino de la emigración de las zonas septentrional y media navarra. Si bien es verdad que parte de esas migraciones tendría como destino la capital navarra, hay que tener en cuenta que el saldo migratorio de la ciudad entre 1860 y 1930, 21.040 personas (Cuadro II.4), apenas representa una quinta parte del saldo migratorio negativo que experimenta la provincia y que asciende casi a 130.000 personas. El resto, también según Erdozain y Mikelarena, tendrían como meta mayoritaria Vizcaya, Guipúzcoa y América. Vemos, por lo tanto, que las migraciones a Pamplona correspondían sólo a una parte de las migraciones navarras, una proporción (en torno a una cuarta parte), que varía considerablemente según los años, ya si entre 1900 y 1910 la emigración fuera de la provincia era 18,8 veces mayor que la que llega a la capital, entre 1920 y 1930 es sólo 2,3 veces más⁹⁴, contrastes y variaciones que tienen mucho que ver con la crisis agrícola finisecular y con el escaso dinamismo económico y urbanismo de Pamplona.

Estas transformaciones en los movimientos migratorios durante el siglo XIX tienen que ser tenidas en cuenta a la hora de analizar la inmigración a Pamplona. Si bien es verdad que parte de esta sigue respondiendo a patrones de movilidad, estacional o de ciclo vida, en el caso de sirvientes, de carácter más tradicional y relacionados con la complementariedad entre mundo urbano y rural en áreas de hegemonía de la familia troncal, el éxodo rural que se da en la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX nos está revelando nuevas formas de movilidad también relacionadas con la estructura socio-económica del área de predominio troncal, pero ahora no tanto como mecanismo de funcionamiento de este área, sino como signo de su decadencia.

III.3. LA IMPORTANCIA DE LA INMIGRACIÓN EN LA POBLACIÓN DE PAMPLONA. FUENTES PARA SU ESTUDIO

Las migraciones y las relaciones con el mundo rural han constituido uno de los factores esenciales de formación y desarrollo de las ciudades, tanto

⁹⁴ Los saldos migratorios de Pamplona aparecen en el cuadro II.4, mientras que los provinciales pueden consultarse en Erdozain y Mikelarena (1998: 159).

durante la industrialización como antes de ella. El papel de la inmigración en el crecimiento de las ciudades europeas entre los siglos XVI y XIX es algo que ha sido repetidamente puesto de manifiesto por la mayoría de historiadores y demógrafos que han estudiado el desarrollo urbano en este periodo (Vries, 1987: 227-322). Tal es su importancia, que sería imposible explicar el crecimiento demográfico urbano sin tener en cuenta el continuo aporte migratorio que reciben las ciudades, ya que las altas tasas de mortalidad y la baja fertilidad observada en el medio urbano provocaban un crecimiento natural negativo en casi todas las ciudades hasta el siglo XIX. Esa relación migratoria entre campo y ciudad no sólo se nutre de movimientos definitivos; a pesar de que los movimientos estacionales son más difíciles de constatar y cuantificar en las fuentes históricas, existen numerosos estudios de ciudades europeas en las que los movimientos estacionales son más importantes cuantitativamente que los definitivos (Page Moch, 1992), de manera que las ciudades y su entorno rural no sólo comparten un mismo entorno físico o cultural, sino también, en gran medida, los mismos habitantes.

En el caso de Pamplona, ya hemos podido comprobar en el capítulo anterior que los aportes migratorios constituyen la clave para entender el crecimiento demográfico en una ciudad con crecimiento natural negativo durante prácticamente todo el periodo estudiado. Visto esto, no podemos extrañarnos al observar el alto porcentaje de población inmigrante que tiene Pamplona en el periodo que estudiamos, recogido en el cuadro III.1.

Cuadro III.1

Porcentaje de población nativa e inmigrante en Pamplona.

	1843	1860	1887	1910	1930
% Nativos	51,1	46,0	39,2	49	42,1
% Inmigrantes	48,9	54,0	60,8	51	57,9

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Estamos, por lo tanto, ante una ciudad tradicionalmente compuesta por un alto porcentaje de población inmigrante, entre el 50 y 60% de su total⁹⁵,

⁹⁵ A este respecto, habría que decir que la «demografía endogámica» de Pamplona de la que habla Ugarte (1998: 166) sólo tendría sentido si hablamos de endogamia provincial, pero no a la hora de hablar de la población de la ciudad, que en todo este periodo experimenta una fuerte movilidad e importancia de los movimientos migratorios. Hago ahora referencia a este autor porque sus aportaciones sobre la evolución socio-política de la ciudad serán uno de los referentes que he tenido en cuenta en las reflexiones sobre la relación entre la evolución demográfica de la ciudad y el mantenimiento del orden social que aparecen en la conclusión.

con lo que podemos afirmar que la movilidad era un componente clave de las estrategias económicas de las familias de Pamplona, tanto anteriormente al desarrollo industrial como cuando este se pone en marcha. Esa continuidad nos advierte, como ya hemos señalado, del peligro de ver los movimientos migratorios como «signo de modernización». De todos modos, tenemos que tener en cuenta que estas cifras nos están hablando de un periodo en el que ya se han iniciado importantes transformaciones en el ámbito rural navarro. En este sentido, Gemberro Ustároz ha constatado tanto una importancia considerable de la inmigración en la Pamplona del siglo XVIII como un aumento de estos movimientos en los inicios del siglo XIX⁹⁶. Tenemos que tener presente que, aunque nos valen para conocer momentos preindustriales, nos dejan un margen de duda sobre otros momentos anteriores. En concreto, los efectos de las guerras que asolan el territorio desde finales del siglo XVIII, y la privatización de comunales antes comentada puede que esté provocando cambios en las tendencias migratorias, que hagan que lo que nos parece preindustrial a mediados del siglo XIX esté muy ligado al proceso, tanto jurídico como bélico, de instauración del estado liberal y de una economía capitalista.

Si bien ya ha quedado clara, por lo tanto, la importancia de la inmigración en el crecimiento urbano, nos queda la incógnita de saber cuál es la emigración de salida de la ciudad, dado que Pamplona podría ser un primer paso para algunos emigrantes para posteriormente emigrar a otras ciudades. Por otro lado, la constatación de esa continuidad en el peso de la inmigración en Pamplona no debe impedirnos que analicemos con detalle la diferente lógica e importancia de los movimientos migratorios de cada momento, para conocer mejor las estrategias familiares, que son, en definitiva, el objeto de este estudio.

Como ya hemos señalado anteriormente, el crecimiento demográfico de Pamplona en el periodo que estudiamos está estrechamente ligado al aporte demográfico, y eso es algo que se puede constatar con las cifras del cuadro III.1. El porcentaje de población inmigrante sube entre 1840 y 1860, explicando el alto crecimiento de este período, y posteriormente alcanza su máximo de todo el período en los años posteriores a la II Guerra Carlista, en los que la inmigración va a ser fundamental para que la ciudad se recupere de las pérdidas que supuso la guerra. Una vez recuperada, nos encontramos en

⁹⁶ Ya he citado anteriormente que durante el siglo XVIII sólo un 31,7% de los matrimonios se celebraba entre dos pamploneses, porcentaje este que desciende a un 10% entre 1800 y 1817 (Gemberro Ustarroz, 1985: 768). Seguramente, en estos años en los que la guerra tiene una presencia importante, también se registraría una mayor salida de población, que explicaría el estancamiento del que nos hablan las fuentes para la población de la ciudad y para el número de nacimientos. Sobre este último aspecto, esta autora registra en la misma parroquia de San Nicolás donde ha estudiado el origen de los cónyuges una media de 80 nacimientos al año en la segunda mitad del siglo XVIII y 77 nacimientos anuales entre 1800 y 1817 (id: 763).

un periodo de estancamiento que se rompe en la segunda y sobre todo la tercera década del siglo XX, en el que el porcentaje de inmigrantes vuelve a acercarse al 60%. En resumen, encontramos un ligero aumento de la importancia de la inmigración, dentro de una continuidad clara con lo que era la lógica preindustrial.

Voy a ahora a adentrarme en el estudio detallado de los y las inmigrantes recogidos en las muestras de censos y padrones informatizadas, a sabiendas de que estas fuentes no recogen en su totalidad la variedad de movimientos de la población. Este ha sido un problema permanente en el estudio de las migraciones, ya que ni las migraciones temporales, ni los movimientos de salida de la ciudad nos aparecen recogidos en ellos, pero creo, de todos modos, que los datos recogidos nos van a poder dar una información importante sobre la importancia de los movimientos migratorios en las estrategias económicas de las familias residentes en Pamplona.

Es verdad que al tomar el conjunto de población inmigrante en un momento dado se nos escapan tanto todas las personas que vinieron y volvieron a marcharse como la información de la situación personal en el momento que llegaron a la ciudad los que de momento siguen residiendo en ella (podemos conocer la edad, pero no su situación familiar o su profesión). Por eso he aislado los inmigrantes que llevan menos de dos años en la ciudad, con el doble propósito de contar con una muestra proporcional de todos los que llegan, independientemente de que posteriormente se marchen o no, y de saber cuál es su situación familiar o profesional en el momento de llegada. Esta manera de estudiar la inmigración tiene algún pequeño inconveniente, como es el hecho de que en estos dos años ha podido variar la situación familiar o profesional de esas personas, pero creo que estas variaciones sólo afectarían a un porcentaje muy pequeño.

Otra fuente para el estudio de estos inmigrantes sería la consulta de las listas de altas y bajas del padrón, pero he estimado más completa la localización de los recién llegados en las hojas familiares de censos y padrones. Estas hojas de altas y bajas han sido utilizadas por Pareja (1997) en su tesis doctoral sobre la inmigración en Bilbao, pero esta autora ya señala que esta fuente, si bien es válida para las llegadas en familia con vocación definitiva, no recoge adecuadamente las migraciones temporales ni las individuales, dado que el mero hecho de que el registro dependa de la voluntad de los inmigrantes es un obstáculo importante. Este tipo de dificultades las pude encontrar también en una investigación sobre el municipio de Trapagaran durante la II República, tal y como se puede observar en una carta del alcalde a la Jefatura Provincial de Estadística de Vizcaya, en la que se afirma: *«(...) se tropieza con la resistencia pasiva que las gentes oponen al cumplimiento de la obligación de dar cuenta de los cambios de domicilio, (...). Al confeccionarse el padrón, al cabo de 5 años, trabajo realizado a domicilio, resalta la diferencia registrada, que*

por las causas consignadas no se ha reflejado en las rectificaciones anteriores»⁹⁷.

Así pues, a partir de una selección hecha en función de llevar menos de dos años de residencia en Pamplona, voy a centrarme sobre todo en los recién llegados, aunque a veces haga referencia al total de los inmigrantes, entre los que está sobrevalorada la inmigración definitiva. Empezaré analizando la relación entre origen y actividad profesional, para posteriormente centrarme en el estudio del sexo, la edad, grado de parentesco y estado civil de los inmigrantes, para conocer la manera en que estas personas llegan a Pamplona.

III.4. CARACTERÍSTICAS DE LOS INMIGRANTES EN LOS DIFERENTES MOMENTOS HISTÓRICOS

III.4.1. Origen y profesiones de los inmigrantes

Voy ahora, por lo tanto, a analizar cuáles eran las zonas⁹⁸ de donde venían inmigrantes a Pamplona, utilizando para ello la información recogida en los cuadros III.2 y III.3, en los que aparecen recogidas las procedencias del total de inmigrantes y de los recién llegados en los diferentes años de este estudio.

Como bien se puede observar, una característica importante de todo el periodo es el origen mayoritariamente navarro de los inmigrantes que residen en Pamplona. Este grupo de inmigrantes navarros constituyen de manera permanente unas tres cuartas partes de los inmigrantes residentes, y, en torno a dos tercios (con porcentajes más variables) en el grupo de los recién llegados. Dentro de los inmigrantes navarros, hay que señalar que el mayor porcentaje, alrededor del 45% y el 50% del total de inmigrantes, lo constituyen los originarios de la Zona Media y las Cuencas prepirenaicas, entre los que destacan los de la Cuenca de Pamplona. Posteriormente, en orden de importancia, encontramos a los originarios de los valles de la Montaña, y a los procedentes de la Ribera.

⁹⁷ La carta, fechada el 28 de mayo de 1936 responde a otra de dicha Jefatura, con fecha del 26 de mayo, en la que se pide una explicación sobre el descenso de la población entre 1930 y 1935, cuando, según el movimiento natural y las altas y bajas del padrón la población estaba aumentando desde 1930 a 1934. La razón, como se aprecia en la respuesta, obedece al claro subregistro de las bajas en las rectificaciones anuales. Archivo Municipal de Trapagaran, Sección B.1.4.5. Legajo 525-5.

⁹⁸ En cuanto a la división en comarcas de Navarra he seguido la clasificación adoptada por Mikelarena (1995), basada en gran medida en la del geógrafo Urabayan. Los valles y villas que incluyen cada comarca se pueden consultar en el apéndice III.1. Como se podrá ver a lo largo del texto, en numerosas ocasiones he agrupado estas comarcas en tres grandes espacios: Valles de la montaña septentrional (Valles Cantábricos, Valles Meridionales, Barranca-Burunda, Pirineo Occidental y Pirineo Oriental), Zona Media y cuencas prepirenaicas (Zona Media Occidental, Zona Media Oriental, Cuenca de Pamplona y Cuenca de Lumbier-Aoiz), y Ribera (Occidental, Media y Tudelana).

Cuadro III.2

Procedencia del total de inmigrantes residentes en Pamplona

	1843	1860	1887	1910	1930
V. Cantábricos	8,61	6,09	4,84	3,25	2,44
V. Meridionales	6,36	7,48	6,09	3,21	4,59
Sakana	1,96	3,52	2,5	3,7	3,47
Pirineo Occ.	5,71	6,13	3,45	3,21	3,51
Pirineo Or.	1,41	1,02	1,56	1,1	1,73
Total valles montaña	24,10	24,2	18,4	14,5	15,7
Cuenca Pamplona	26	22,2	21,1	15,7	16,7
Cuenca Aoiz-Lumbier	8,32	7,61	7,47	7,09	7,63
Z. Media Occ.	5,24	7,11	9,9	11	9,81
Z. Media Or.	10,4	8,5	8,85	16,2	13,5
Total cuencas/zona media	50	45,4	47,3	50	47,7
Ribera Occ.	3,09	3,59	3,11	6,57	5,7
Ribera Central	2,25	2,7	1,99	3,33	3,51
Ribera Tudelana	2,05	1,31	1,96	1,34	2,14
Total Ribera	7,4	7,61	7,06	11,2	11,3
Total Navarra	81,5	77,3	72,7	75	73,7
Alava	0,57	1,19	1,35	0,69	1,57
Vizcaya	0,74	0,98	0,58	0,51	1,11
Guipuzcoa	4,4	5,39	2,2	1,95	2,9
P. Vasco norpirenaico	1,59	1,87	0,54	0,59	0,17
Tot. Vascong. y P.V. nor. pir.	7,3	9,43	4,67	3,74	5,75
Aragón	1,92	2	4,25	4,66	3,01
Castilla-León	2,48	3,38	4,72	4,84	5,51
otras procedencias	6,87	7,86	13,6	11,75	12,5

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Cuadro III.3

Procedencia de los inmigrantes recién llegados.

	1843	1860	1887	1910	1930
Montaña	25,8	24,6	19	17,2	14
Zona media	47,1	39,2	41	42,9	38,1
Ribera	8,59	6,15	6,08	8,58	14,2
Total Navarra	81,49	69,95	66,08	68,68	66,3
Vascongadas. y P.Vasco norpir.	5,73	9,74	5,28	1,72	7,44
Aragón	2,64	3,33	4,96	5,58	6,05
Castilla-León	3,3	4,62	6,24	7,3	6,05
Otras proc.	6,83	12,1	17,1	15,85	14,2

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

De todos modos, encontramos algunas variaciones importantes con el paso del tiempo. En primer lugar está el hecho, ya comentado, del creciente número de inmigrantes en la ciudad, algo que, a pesar de no reflejarse en los porcentajes, es evidente dado el crecimiento demográfico de la ciudad. Por otro lado, durante el siglo XIX los originarios de la Cuenca van perdiendo importancia, y de ser un cuarto de los inmigrantes a mediados del siglo XIX, descienden a alrededor del 15% en el primer tercio del XX, un descenso que también se aprecia en el porcentaje de originarios de la Montaña, sobre todo de los Valles Cantábricos. En este último caso, creo que es lógico pensar que las direcciones migratorias se dirigirían ahora más hacia las provincias vascas costeras de la península o hacia el continente americano.

Paralelo a este descenso del peso porcentual de algunas zonas encontramos un aumento de la inmigración procedente de las Zona Media occidental y oriental, y también de la Ribera, aunque los originarios de esta comarca siguen siendo los menos numerosos dentro de la capital navarra. Vemos, por lo tanto, que hay una tendencia según avanza el proceso industrializador y se incrementan los flujos migratorios a diversificar los orígenes de los inmigrantes navarros de Pamplona, perdiendo importancia las áreas más cercanas y los valles septentrionales y ganando en porcentaje los originarios de la dos Zonas Medias y los de la Ribera.

En cuanto a los originarios de fuera de Navarra, podemos señalar algunas claves de su evolución: en primer lugar, las zonas de mayor aporte migratorio a la capital navarra lo constituyen las Vascongadas y el País Vasco norpirenaico, Aragón, y las provincias que hoy en día constituyen la comunidad autónoma de Castilla-León. Entre estas diferentes zonas se puede observar en los años centrales del siglo XIX un mayor peso de los inmigrantes vascos, algo que va a descender ligeramente desde finales de siglo. En segundo lugar es notorio señalar el aumento del peso de los inmigrantes de otras procedencias. Con todo ello podemos concluir que si bien a mediados del XIX los vascos constituían el grupo mayoritario de los inmigrantes no navarros, el avance del proceso de industrialización y de integración a nivel político y económico de Navarra en el marco estatal tras las dos guerras carlistas van a favorecer el aumento de importancia de los inmigrantes de otras zonas. A este respecto, es significativa la casi desaparición de inmigrantes del País Vasco norpirenaico, que constituían un grupo pequeño pero significativo a mediados del siglo XIX, con un importante porcentaje de artesanos entre ellos, y que casi desaparecen a principios del siglo XX. En este sentido, parece evidente que la consolidación de los estados liberales con proyecto nacional en España y Francia van a contribuir a hacer más impermeable la frontera y a debilitar lazos transfronterizos tradicionales, que no solamente se percibían en Pamplona, sino que también se constatan en pequeñas ciudades del sur de Navarra durante el siglo XVI (Jimeno Jurío, 1997: 97). Al mismo tiempo, como veremos al analizar la relación entre profesiones y rutas migratorias, parece que los procesos industrializadores contribuyeron a debilitar rutas profesionales preindustriales.

Estos datos nos revelan que estamos ante migraciones fundamentalmente de cortos espacios, ligadas sobre todo al territorio provincial, y dentro de éste a la Zona Media y la Cuenca de Pamplona, en la que se encuentra inmersa la capital navarra. Este rasgo es algo permanente a lo largo de todo el periodo, con lo que podemos apreciar que la inmigración en Pamplona mantiene, en cuanto a los circuitos recorridos por los inmigrantes, una continuidad muy grande en los inicios de la industrialización con la inmigración preindustrial. De todos modos, a pesar de esa continuidad, parece evidente la mayor diversificación de la inmigración, y la pérdida de importancia relativa, que no absoluta, de las zonas que durante mediados del siglo XIX aportaban más inmigrantes a Pamplona. A este respecto, es de lamentar la ausencia de estudios sobre la inmigración en la edad moderna, que nos podría ayudar a completar de manera más extensa su evolución en la larga duración.

Respecto a la diferencia entre los cuadros III.2 y III.3, que debería reflejar las diferencias entre la inmigración más definitiva y la total, creo que los datos no aportan una información significativa al respecto. Es verdad que los datos de un cuadro y otro no son muy diferentes, pero en el segundo encontramos algunas oscilaciones a las que de momento no encuentro explicación y que pueden estar motivadas por variaciones coyunturales.

Vamos a pasar ahora al estudio de las profesiones de los inmigrantes. Quiero advertir que de momento voy a limitarme al estudio de la población activa, para medir cuáles son los sectores económicos a los que se dirige esa inmigración. Queda para un momento posterior la relación entre miembros activos e inactivos (en relación al mercado de trabajo), que nos aportará información valiosa sobre la lógica familiar de las migraciones. Ahora voy a centrarme en la composición de la población activa y en el peso que tienen los inmigrantes en cada profesión.

Gracias a la información de los cuadros III.4 y III.5 podemos afirmar que el sector mayoritario a la hora de proporcionar empleo a los inmigrantes es el

Cuadro III.4

Composición de la población activa en los inmigrantes recién llegados

	1843	1860	1887	1910	1930
I. Agric. y ganad.	12,5	6,4	6,7	2,5	6,5
II. Artesanos	16,3	13,2	11,6	11,9	7,9
II. Jornaleros	1,1	4,6	9,6	9,3	12,6
III. Sirvientes	58,3	64,4	37,9	55,9	36,9
III. Prof. lib.	2,6	3,6	10,9	10,2	10,7
III. Otros serv.	7,6	6,8	9,6	9,32	14
III. Propietarios	0,4	0,9	0,6	0	1,4
III. Clero	1,1	0	12,9	0,8	9,81

Fuente: Elaboración propia.

Cuadro III.5

Composición de la población activa en la población inmigrante

	1843	1860	1887	1910	1930
I. Agric. y ganad.	15	9,6	8,1	7,6	4
II. Artesanos	24,2	28,6	20,9	19,1	17,5
II. Jornaleros	3,72	4,3	15,1	14,9	16,3
III. Sirvientes	34	32,7	23,7	24,4	19,8
III. Prof. lib.	4,93	3,1	7,6	5,4	6,3
III. Otros serv.	15	17,7	15,8	22	23
III. Propietarios	1,39	2,7	1,6	1,8	2,6
III. Clero	1,86	1,17	7,1	4,8	10,5

Fuente: Elaboración propia.

del servicio doméstico, algo que podemos observar tanto entre los inmigrantes definitivos como en los recién llegados. La diferencia entre ambos cuadros deja clara que estos trabajadores y trabajadoras realizan una emigración más temporal que definitiva, teniendo mucho más peso en el conjunto de quienes llegan a la capital en un momento dado que entre el total de inmigrantes que viven en ella.

Como queda claro en el cuadro III.5, los trabajadores del servicio doméstico representan la mitad de quienes llegan a Pamplona en todo el periodo, excepto en el año 1887. De todos modos, si bien es verdad que este grupo laboral es el más numeroso durante todo el periodo, hay que señalar que en el siglo XX experimenta una ligera pérdida de importancia, algo que se aprecia sobre todo en el cuadro III.4, en el conjunto de la población inmigrante, ya que de suponer a mediados del siglo XIX un tercio del total de inmigrantes que viven en Pamplona, pasan a suponer una cuarta y una quinta parte en 1910 y 1930 respectivamente.

A mediados del siglo XIX, en el marco de una ciudad todavía preindustrial, podemos señalar tres grupos profesionales especialmente significativos dentro de los inmigrantes. En primer lugar está el sector artesanal, con alrededor del 15% de los que llegan en un momento dado pero con una cuarta parte del total de inmigrantes, lo que nos da señal de que es una inmigración con mucha más estabilidad que la del servicio doméstico, algo que también se observa en los y las trabajadoras de otras actividades del sector servicios, el tercer grupo en importancia, junto con los labradores, dentro de los inmigrantes con empleo registrado.

El grupo de labradores, como ya hemos señalado al hablar del empleo femenino, es donde más grave resulta el subregistro de mujeres, por lo que podemos suponer que su importancia sería mayor que la que registran estos datos. De todos modos, queda clara su importancia dentro de la ciudad preindustrial, aunque sería importante analizar si el comportamiento es pare-

cido antes de las reformas liberales del siglo XIX. De todos modos, es un grupo importante dentro de los inmigrantes, y, lo que también es significativo, con una no elevada estabilidad, como se deduce del hecho de que sus porcentajes sean solo ligeramente superiores entre los inmigrantes definitivos que entre los recién llegados.

Con las reformas urbanísticas y los inicios del desarrollo industrial a finales del XIX y principios del siglo XX encontramos algunos cambios en la composición profesional de los inmigrantes. Como novedades más importante tenemos que señalar la importancia de los jornaleros, que alcanzan los mismos porcentajes que los artesanos de oficio, y el aumento de trabajadores del sector servicios, que suponen en 1930 el grupo laboral más importante dentro de los inmigrantes. También son de señalar el aumento de inmigrantes con profesiones liberales y el descenso de campesinos. Por último, resulta paradójico el aumento de importancia del clero a la vez que se inicia el desarrollo industrial, pero esto responde a algo que ya hemos explicado anteriormente, la reconciliación del estado liberal con la iglesia tras las desamortizaciones y otras tensiones de los inicios de la revolución liberal burguesa.

Cuadro III.6

Tasas de actividad de los recién llegados (15-64 años)

	1843	1860	1887	1910	1930
Hombres	85,4	90,4	89,8	80,0	88,2
Mujeres	55,3	53,7	41,9	58,1	45,8
Total	66,9	66,8	63,7	64,2	61,5

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Este panorama general sobre las profesiones de los inmigrantes, sin embargo, debe matizarse en profundidad si efectuamos un análisis separado para hombres y mujeres. En un capítulo posterior, el quinto, analizaré con detenimiento la conformación del mercado laboral en Pamplona y su segmentación en función, entre otros factores, del género, pero ahora, sin embargo, no podemos dejar de analizar esta variable, aunque sea con menor profundidad.

En primer lugar, las tasas de actividad en el mercado laboral masculina y femenina nos proporcionan una primera información sobre la inserción de los inmigrantes recién llegados en la economía formal de la ciudad. Como puede apreciarse en el cuadro III.6, hombres y mujeres tienen un diferente comportamiento que se mantiene muy estable a lo largo del tiempo. En cuanto a los hombres, encontramos que el 90% de ellos tienen un empleo poco después de

llegar a la capital navarra, porcentaje que solamente desciende coyunturalmente en 1910. Las mujeres, por el contrario, nos aparecen con una tasa de actividad en el mercado laboral en torno al 55%, lo cual nos indica, como es lógico, que algo más de la mitad de las inmigrantes adultas tiene un empleo al llegar a Pamplona, un porcentaje bastante inferior al masculino, y que nos revela una desigualdad clara en cuanto acceso al mercado laboral. Sin embargo, esta tasa de actividad es bastante superior a la tasa de actividad femenina global (capítulo V), por el alto porcentaje de mujeres inmigrantes que vienen a la ciudad a trabajar en el servicio doméstico. En este panorama general, sin embargo, tenemos que señalar dos excepciones significativas. Por un lado, la tasa femenina desciende al 40% en 1887, sin duda alguna debido a la mayor importancia de la inmigración en familia en este año. Por otro lado, el descenso de la tasa de actividad en 1930 parece relacionarse con la pérdida de importancia del servicio doméstico, y con el descenso general de la tasa de actividad femenina al final del primer tercio del siglo xx.

Cuadro III.7
Profesión de los inmigrantes recién llegados, hombres

	1843	1860	1887	1910	1930
I. Agricultura y ganad.	25,2	12,5	9,7	7,3	11,7
II. Artesanos	30,7	25,0	15,9	29,3	14,4
II. Jornaleros	2,4	8,7	14,4	26,8	22,5
III. Clero	2,4	0,0	20,5	0,0	3,6
III. Otros	15,0	13,5	14,4	14,6	27
III. Prof. lib	5,5	4,8	16,9	22,0	17,1
III. Propietarios	0,8	1,9	0,5	0,0	2,7
III. Sirvientes	18,1	33,7	7,7	0,0	0,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Esta diferencia en el acceso al mercado laboral se ve claramente confirmada por los oficios desempeñados por hombres y mujeres, registrados en los cuadros III.7 y III.8, gracias a los que podemos ver cuál es la profesión que desempeñan hombres y mujeres en el momento de llegar a Pamplona o poco después de asentarse en la ciudad. Mientras el servicio doméstico es el sector laboral del 90% de las inmigrantes con empleo, entre los hombres encontramos una mayor variedad, que está muy relacionada con lo descrito para el total de inmigrantes recién llegados en el cuadro III.5. En la ciudad preindustrial de mediados del siglo XIX los principales sectores laborales de los recién llegados son la artesanía, el servicio doméstico, la agricultura y los

servicios, sin que ninguno de ellos englobe a más de un tercio de los trabajadores. Con los cambios económicos y urbanísticos de finales del XIX podemos apreciar que tanto la agricultura como el servicio doméstico pierden importancia entre los hombres, apareciendo los jornaleros y profesiones liberales, junto con artesanos y los servicios como grupos laborales más importantes entre los recién llegados.

Cuadro III.8
Profesión de los inmigrantes recién llegados, mujeres

	1843	1860	1887	1910	1930
I. Agricultura y ganad.	0,7	0,9	1,7	0,0	0,9
II. Artesanos	2,9	2,6	4,3	2,6	0,9
II. Jornaleros	0,0	0,9	1,7	0,0	1,9
III. Clero	0,0	0,0	0,0	1,3	16,5
III. Otros	0,7	0,9	1,7	6,5	0,0
III. Prof. lib	0,0	2,6	0,9	3,9	3,9
III. Propietarios	0,0	0,0	0,9	0,0	0,0
III. Sirvientes	95,6	92,2	88,8	85,7	75,5
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Una vez analizadas las profesiones de los y las inmigrantes, creo que puede ser útil fijarnos en el porcentaje de inmigrantes en cada profesión, algo que nos puede dar información sobre la movilidad y el radio de acción del mercado laboral de Pamplona, para lo cual nos hemos valido del cuadro III.9.

En primer lugar, y como es lógico según lo ya analizado, podemos ver que todos los grupos profesionales están compuestos mayoritariamente por población inmigrante, con la excepción de propietarios y clero a mediados del XIX. Esto nos vuelve a poner de manifiesto algo que ya hemos señalado anteriormente, la importancia de las migraciones en la sociedad preindustrial.

Ahora bien, dentro de esa importancia general, creo que tenemos que señalar importantes variaciones entre las diferentes profesiones. En primer lugar, podemos constatar que hay un oficio desempeñado casi en su totalidad por inmigrantes, el servicio doméstico, algo que es constante, e incluso se acentúa, en todo el periodo estudiado. Una vez señalado esa constante, podemos descender a otros detalles que son más cambiantes a lo largo del tiempo.

En la ciudad preindustrial de mediados del XIX los grupos con mayor porcentaje de inmigrantes son el de labradores, el de jornaleros, y el de los servicios. A principios del XX tanto los artesanos como el grupo de servicios tienden a disminuir ligeramente el porcentaje de inmigrantes, mientras que

aumenta entre los labradores, que también se convierte, como el servicio doméstico, en una profesión de inmigrantes. Podemos pensar que de esta manera el sector agrícola podría ser una vía de entrada en la ciudad para algunas familias que una vez que podrían, o pasarían a otras profesiones, o volverían a emigrar a otras zonas. Contrariamente a lo que se podría pensar, este sector no está solo compuesto por un grupo de población estable, sino también por inmigrantes, algo que tiene mucho que ver con la estructura de propiedad de la tierra en la ciudad, que nos revela un predominio de explotaciones arrendadas, tal y como ha señalado Mikelarena, a partir del catastro de 1822.

Como conclusión, podemos afirmar que todos los sectores profesionales experimentan una muy importante movilidad, compuestos en su mayoría por inmigrantes, algo que es casi total en el servicio doméstico. También me parece importante matizar el hecho de que no sea válida para todo el periodo la conclusión que señalábamos para 1887 (Mendiola, 1999), según la cual los grupos de mayor movilidad eran los superiores e inferiores de la escala social, algo que también ha señalado Reher (1990b) para Cuenca. Como se puede ver en el cuadro III.9, la alta movilidad de las profesiones liberales en ese año no se corresponde con la de los demás años, representando en ellos un porcentaje de inmigrantes no superior al de la mayoría de grupos profesionales. Seguramente, de todos modos, dentro de este grupo tenemos una pequeña parte de funcionarios estatales que sí que tendrían una gran movilidad. Además, veremos posteriormente que este grupo sí que tiene un más amplio campo de movimiento.

Cuadro III.9

Porcentaje de inmigrantes en cada profesión

	1843	1860	1887	1910	1930
I. Agric. y ganad.	63,4	71,1	68,9	81,9	89,7
II. Artesanos	53,2	69,7	62,5	52,0	55,2
II. Jornaleros	76,9	76,4	83,8	65,9	66,6
III. Sirvientes	83,0	87,8	88,1	86,0	93,2
III. Prof. lib.	58,9	59,7	82,9	65,8	63,6
III. Otros serv.	65,2	71,4	71,1	58,8	61,3
III. Propietarios	44,1	45,9	60,5	46,2	68,0
III. Clero	46,5	48,4	85,5	75,6	89,5
Sin profesión	41,9	41,8	51,9	42,0	50,8

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Estas conclusiones se van a ver matizadas en parte gracias a la información del cuadro III.10, en el que se puede apreciar el porcentaje de navarros y no navarros en cada una de las profesiones, de manera que antes de entrar

Cuadro III.10

Porcentaje de no navarros en cada profesión

	1843	1860	1887	1910	1930
I. Agric. y ganad.	2	3,5	6,1	3,1	0
II. Artesanos	15,5	28,2	16,4	15	11,6
II. Jornaleros	3,9	16,7	19,4	13,3	11,9
III. Sirvientes	8,4	9,4	13,3	5,7	12,2
III. Prof. lib.	17,8	28,4	58,1	31,5	37,2
III. Otros serv.	25,5	21,4	23,5	17,8	22,7
III. Propietarios	11,8	10,8	18,4	11,5	10
III. Clero	7	0	35	24,4	39,2
Sin profesión	7,7	9	14,1	11,7	12,3

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

en el cruce de informaciones sobre profesiones y procedencias podemos esbozar unos rasgos generales sobre el radio de movimiento de cada uno de los grupos profesionales.

Como es fácil de deducir de la información del apartado anterior, en todos los grupos profesionales la mayoría de trabajadores es originario de Pamplona o del conjunto de Navarra, pero hay que señalar algunos que tienen un comportamiento peculiar. En primer lugar, encontramos profesiones desempeñadas en un alrededor de un 90% por navarros y navarras, las del sector agrícola y el servicio doméstico, algo que es permanente en todo el periodo. En el otro extremo, observamos que las profesiones liberales son aquellas en las que mayor porcentaje de no navarros encontramos, rasgo este que aumenta en los inicios del proceso industrializador por encima del 30%, e incluso más en 1887, con un comportamiento en este sentido similar al del clero. Dentro de este grupo de profesiones con un mayor porcentaje de no navarros tenemos a aquellos encuadrados en «otros del sector servicios», en este caso en torno al 25% en todo el periodo. En el sector secundario, por último, tanto entre artesanos de oficio como los jornaleros encontramos unos porcentajes que rondan en torno al 15%.

Esta estabilidad relativa en lo que se refiere a la presencia de no navarros nos reafirma en el carácter eminentemente regional de la inmigración de Pamplona, rasgo este que no se interrumpe con los inicios de la industrialización a principios del siglo xx. Solamente entre las profesiones liberales y el clero podemos afirmar que el desarrollo capitalista, o sobre todo el desarrollo del estado liberal español, favorece el incremento de la presencia de inmigrantes no navarros. Entre artesanos y trabajadores del sector servicios, sin embargo, los inicios de la industrialización de Pamplona no han favorecido un incremento de la inmigración desde fuera del territorio navarro: al contrario, el porcentaje de inmigrantes no navarros en estos sectores es inferior al de mediados del siglo xix.

Para seguir avanzando en esta dirección, es decir, en relacionar el origen de los inmigrantes con su profesión, he confeccionado diferentes cuadros, bien calculando los porcentajes de profesiones según el origen, bien los porcentajes de origen según la profesión, bien abarcando al total de los inmigrantes o a los recién llegados, con las ventajas e inconvenientes de cada manera de organizar la información. Después de estudiarlos de manera detenida creo que nos va a ser más significativo analizar el origen de cada uno de los grupos profesionales partiendo del total de inmigrantes.

Esta opción tiene la ventaja de trabajar un grupo amplio, en el que la reducción del tamaño de la muestra en cada combinación no nos provoque resultados arbitrarios, pero también es verdad que subvalora la inmigración más temporal, además de hacer más difícil la observación de especializaciones profesionales en la emigración de algunas zonas. Para mitigar este defecto, profundizar en las profesiones numéricamente más significativas, y a la vez no hacer excesivamente largo y casuístico el cruce de información de profesión y procedencia he incluido las otras maneras de organizar la información en el apéndice III.2. Es ahí donde pueden encontrarse los datos concretos de algunas informaciones generales que comentaremos al tratar este aspecto. A partir de los cuadros III.11, III.12, III.13, III.14 y III.16 podemos sacar algunos rasgos generales sobre la procedencia de los inmigrantes de cada profesión.

Cuadro III.11

Origen del total de los inmigrantes por profesiones.1843

	I agr.	II artesan.	II jornal.	III clero	III otros	III prf.lib.	III prop.	III serv.	total
Montaña	16,1	30,8	10	10	19,3	13,2	6,7	32,2	25
Z. media/cuencas	78,9	30,4	72,5	55	37,3	47,2	60	53,0	49,6
Ribera	1,9	9,6	12,5	20	4,3	9,4	6,7	4,6	6,2
Vascong/P.V. norp.	0	11,2	0	10	7,4	9,4	13,3	6,3	6,8
Aragón	0,6	2,7	0	0	4,3	1,9	0	1,1	1,9
Castilla-león	0,6	3,5	2,5	5	6,2	9,4	0	0	2,5
otras proc.	1,9	11,9	2,5	0	21,1	9,4	13,3	2,7	8
Total	100,0	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Así, a mediados del siglo XIX encontramos algunas profesiones en los que es casi absoluto el origen navarro, y sobre todo de la zona media y la montaña. Estos son el sector primario y el del servicio doméstico. Si bien entre ellos encontramos similitudes importantes es significativo que el sector

Cuadro III.12

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1860

agr.	I artesan.	II jornal.	II clero	III otros	III prf.lib.	III prop.	III serv.	III	total
Montaña	14,6	23,5	16,4	26,7	17,6	20	20,6	36,4	25,3
Z. media/cuencas	78,0	28,7	58,2	33,3	43,6	15	38,2	47,1	43,3
Ribera	2,4	7,4	3,6	40	8,8	17,5	17,6	5,7	7,4
Vascong/P.V. norp..	1,6	19,9	0	0	7	2,5	8,8	6,2	9,5
Aragón	0,8	2,5	7,3	0	4	0	2,9	1,2	2,3
Castilla-León	0	6,3	5,4	0	5,3	7,5	5,9	0,7	3,6
Otras proc.	2,4	11,7	9,1	0	13,7	37,5	5,9	2,6	8,6
total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Cuadro III.13

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1887

	I agr.	II artesan.	II jornal.	III clero	III otros	III prf.lib.	III prop.	III serv.	total
Montaña	16,8	16,4	14,2	16	18,6	5,6	43,5	24,4	17,9
Z. media/cuencas	68,1	48,8	55,7	40	43,0	15,0	21,7	56,6	48,7
Ribera	6,2	8,2	7,1	3	5	9,3	4,3	3,6	5,9
Vascong/P.V. norp.	0	6,8	3,3	5	2,3	2,8	13	3,9	4
Aragón	2,6	5,8	4,2	5	6,8	3,7	4,3	3,9	4,8
Cast. León	3,5	4,1	7,1	11	7,7	22,4	4,3	2,4	6,6
Otras proc.	2,6	9,6	8,5	20	16,3	41,1	8,7	4,8	11,9
total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

primario está mucho más concentrado en la Zona Media, mientras que en el servicio doméstico, a pesar de que la Zona Media es el origen del 50% de los inmigrantes, el porcentaje de inmigrantes de la Montaña es mucho mayor que en el del total de inmigrantes. Los cuadros del apéndice III.2 nos revelan que el servicio doméstico es la profesión más importante dentro de los inmigrantes de la Montaña, algo menos de la mitad de todos los inmigrantes que viven en Pamplona es esos momentos, y, lo que es más significativo, tres cuartas partes de los que llegan a la capital en un momento dado (apéndice III.2). Esta importancia va a declinar en el siglo XX, pero sin dejar de ser la zona en la que el servicio doméstico tiene mayor peso a la hora de colocar a los inmi-

Cuadro III.14

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1910

	I agr.	II artesan.	II jornal.	III clero	III otros	III prf.lib.	III prop.	III serv.	total
Montaña	13,5	12,3	9,85	21,5	14,3	9,59	20,8	16,6	14,0
Z. media/cuencas	63,5	48,1	60,6	40	42,3	28,8	41,7	64,8	52,4
Ribera	16,3	10,4	9,36	4,62	12,3	13,7	12,5	11,4	11,3
Vascong/P.V. norp.	0	4,23	1,97	10,8	3	8,22	16,7	2,41	3,60
La Rioja	0	3,85	1,97	1,54	3,33	1,37	0	0,301	1,98
Aragón	0,962	9,62	2,46	4,62	8	5,48	4,17	0,602	4,78
Castilla-León	0,962	4,62	6,40	3,08	5,67	8,22	0	1,20	4,04
Otras proc.	1,92	6,54	7,39	12,3	10,3	24,7	4,17	1,81	7,20
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Cuadro III.15

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1930

	I agr.	II artesan.	II jornal.	III clero	III otros	III prf.lib.	III prop.	III serv.	total
Montaña	9,62	12,2	13,1	12,4	11	15,9	29,4	23,2	14,9
Z. Media/cuencas	82,7	54,1	62,9	40,9	40,7	17,1	41,2	51,4	49,0
Ribera	5,77	12,7	6,10	2,92	11,3	8,54	14,7	12,4	9,72
Vascong/P.V. norp.	0	6,11	5,16	14,6	4,33	9,76	2,94	4,25	5,97
La Rioja	0	3,93	0,939	1,46	5,67	6,10	2,94	1,93	3,14
Aragón	0	1,75	1,41	3,65	4,67	8,54	2,94	1,93	2,99
Castilla-León	0	3,06	4,69	8,03	10,3	8,54	2,94	3,86	5,90
Otras proc.	0	6,11	5,63	16,1	12	25,6	2,94	1,16	8,35
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

grantes en la capital navarra. Estamos ante un rasgo típico de zonas agrícolas de familia troncal, en la que el servicio doméstico es una estrategia de acumulación de capital anterior al matrimonio (Arbaiza, 1996).

Siguiendo en el marco de la ciudad preindustrial de mediados del siglo XIX, encontramos otros grupos de profesiones en los que el origen es mucho más disperso, siendo, como ya hemos visto en el cuadro III.10, importante el porcentaje de no navarros. Me estoy refiriendo, como ya hemos apuntado anteriormente, a los artesanos de oficio, los trabajadores del sector servicio, y las profesiones liberales.

Entre los artesanos, ni un tercio de ellos procede de la zona media y cuencas prepirenaicas de Navarra, siendo también importante el porcentaje de procedentes de los valles montañoses, y de otras zonas fuera del territorio navarro, entre las que tienen importancia destacada los originarios de Vascongadas y el País Vasco norpirenaico. Esta disparidad del origen de los artesanos de Pamplona contrasta con el hecho de que no es una de las profesiones con mayor porcentaje de inmigrantes (cuadro III.9), algo que cambia según nos fijemos en los datos de 1843 o 1860, momento en que la inmigración a la ciudad se ha intensificado. Estamos pues ante un grupo profesional en el que es habitual la migración de larga distancia, superando el marco provincial, algo ya detectado entre los artesanos de la Europa de la Edad Moderna (Sierra, 1995), quienes solían establecer trayectorias migratorias que conectaban áreas de importantes tradiciones artesanales o protoindustriales.

En este caso, pienso que puede ser significativa la presencia de inmigrantes de la montaña navarra y de otras zonas vascas, entre quienes se puede apreciar en los años centrales del siglo XIX un porcentaje importante de artesanos. Es más, entre los inmigrantes definitivos de esta última zona es donde hallamos una mayor concentración de artesanos, aunque si observamos solamente a los recién llegados vemos que los sirvientes son más numerosos (apéndice III.2). Esta importancia de la emigración de artesanos de algunas zonas del País Vasco también ha sido constatada en Logroño en el Antiguo Régimen (Lázaro, Gurría y Ortega, 1991), y en la transición al sistema fabril del XIX (Arbaiza, 1994).

Es por esta razón por la que he incluido en el apéndice III.2 unos cuadros sobre el origen de los artesanos de diferentes subsectores. De esta manera se podría matizar más e intentar esbozar alguna especialización regional en estos años centrales del siglo XIX, pero el análisis de esos cuadros nos proporciona pocos datos claros con cierta continuidad que nos puedan hacer hablar de rasgos permanentes y no de variaciones coyunturales. En este sentido, sí que parece clara la importancia de la montaña navarra y de Guipúzcoa como las zonas que más artesanos inmigrantes proporcionan, con lo que se podría establecer cierta ligazón con las industrias rurales de estas zonas. De todos modos, no vemos que esta relación sea especialmente significativa en ningún subsector artesanal, así, por ejemplo, los guipuzcoanos tienen mayor peso en 1843 en entre los oficios varios y en 1860 en la construcción y el metal, mientras que los inmigrantes de la zona de la montaña tienen una presencia considerable, alrededor del 20%, en todos los subsectores excepto en el textil. Quedan pues sin esclarecerse estos circuitos de migraciones preindustriales, de los que sí que podemos decir que parecen múltiples, variados y de distancias diferentes, desde las zonas cercanas a Pamplona a la de provincias españolas lejanas. Además, dentro de esta multiplicidad parece clara la importancia de la montaña navarra y de Guipúzcoa como zonas de especialización en la emigración de artesanos.

Por otro lado, también entre los trabajadores del sector servicios podemos apreciar un origen más diversificado que entre el conjunto de los inmigrantes de mediados del siglo XIX, algo que es lógico, ya que es en este apartado en el que se encuadran los comerciantes, un grupo de importante movilidad. De la misma manera, y como ya hemos podido ver anteriormente, también entre las profesiones liberales encontramos una dispersión importante en el origen de los inmigrantes, algo que se va a acentuar desde finales del siglo XIX.

Una vez que después de la última guerra carlista la capital navarra empieza a experimentar cambios económicos importantes, con el inicio de la industrialización y remodelación urbanística, y con la consiguiente proletarianización de una parte importante de la población activa en el mercado laboral, podemos apreciar ciertos cambios en la relación entre origen y profesión de los inmigrantes, pero sin duda alguna, creo que lo más importante y destacable es la continuidad con las pautas de inmigración de la época preindustrial.

Entre las novedades más importantes tenemos que destacar el crecimiento de un grupo que a mediados del siglo XIX no era muy importante entre los inmigrantes, el de los jornaleros. Este grupo de trabajadores no cualificados proviene en su gran mayoría, un 60%, de la Zona Media y cuencas pirenaicas de Navarra, seguida en importancia por la Montaña, con lo que apreciamos que este grupo, que va a ser la principal fuente de mano de obra proletarizada en la remodelación urbanística de la ciudad, proviene esencialmente de zonas cercanas a la capital, lo cual nos da una idea de una de las características de la clase obrera de Pamplona, compuesta esencialmente por inmigrantes de las zonas agrícolas circundantes, en las que las transformaciones agrícolas estarían expulsando mano de obra hacia la capital y hacia otras zonas más lejanas (Gallego, 1985; Lana e Iriarte, 1994). Estos orígenes del proletariado pamplonés, procedentes mayoritariamente de zonas de predominio de la familia troncal, creo que habrá que valorarlos para entender las estrategias de las familias trabajadoras en Pamplona y, lo que es tan importante o más, la percepción y valoración social de esas estrategias.

Unido a este carácter esencialmente navarro de la clase obrera jornalera, tenemos que señalar que entre los artesanos de oficio va a descender la diversidad de procedencias, descendiendo ligeramente el porcentaje de no navarros y concentrándose también la mitad de estos inmigrantes en la zona media, cuando a mediados del XIX los inmigrantes de esta zona no llegaban a un tercio de los artesanos. Como es lógico, esto parece estar señalándonos una importante y significativa ruptura de esos itinerarios preindustriales, quizás debido al mayor poder de atracción de otras zonas más industrializadas sobre estos trabajadores, algo que parece lógico en el caso de los artesanos procedentes de las Vascongadas o el P. Vasco norpirenaico, que en estos momentos pierden peso dentro de los artesa-

nos que viven en Pamplona. En este caso, por lo tanto, parece que los inicios de la industrialización no significan un aumento de la movilidad de los trabajadores sino todo lo contrario, una ruptura de vías preindustriales de movilidad, de manera que a principios del siglo xx el grueso de los artesanos inmigrantes van a proceder de las zonas agrícolas circundantes a la ciudad.

Algo parecido, aunque en menor medida, sucede en el sector servicios, en el que a principios de siglo xx, no se ha procedido una mayor diversificación en el origen, sino un ligero, y oscilante en el tiempo, descenso de los inmigrantes no navarros.

Entre las profesiones liberales, sin embargo, sí que encontramos un aumento significativo de la diversificación en el origen, para convertirse a principios de siglo xx en el grupo con mayor porcentaje de no navarros, sobre todo de diversas comunidades autónomas españolas, entre las que destacan Castilla-León y Aragón, aunque la zona media navarra siga manteniendo su importancia. Como ya he señalado anteriormente, en este caso sí que parece que el desarrollo industrial, en el caso de los técnicos superiores, y el del estado liberal, en el caso de profesionales del derecho, la medicina, la enseñanza, o militares de carrera que tienen residencia fuera del cuartel, van a favorecer un aumento de la movilidad de estas capas sociales.

III.4.2. Sexo, edad y migraciones en familia

Después de hacer un estudio específico de la relación entre el origen de los inmigrantes y su profesión, ha llegado el momento de analizar quiénes son estas personas inmigrantes, hombres, mujeres, niños, adultos... Se trata, en definitiva, de adentrarnos en el estudio de la lógica familiar de las migraciones, intentando comprobar si una constante que ya ha sido percibida en otros lugares, la importancia de las migraciones en familia, está presente también en la capital navarra. En primer lugar voy a analizar la edad, el sexo y el grado de parentesco con el cabeza de familia de estas personas, para, posteriormente, hacer un intento de cuantificar la inmigración en familia. En apartados siguientes se abordará la relación entre parentesco y mercado laboral, y las características de las familias en el momento de llegar a Pamplona.

La primera constatación que tenemos que hacer al acercarnos al colectivo de inmigrantes es mayor número de mujeres que de hombres. Como se puede ver en el gráfico III.1, esto es algo permanente en todo el periodo que estudiamos, pero que debe ser objeto de varias matizaciones.

Tanto entre la población inmigrante como en entre los originarios de Pamplona las mujeres siempre constituyen más del 50% de la población, de lo cual podemos sacar dos conclusiones importantes. En primer lugar, la in-

migración a Pamplona es mayoritariamente femenina⁹⁹, algo que tendremos que matizar al diferenciar la inmigración más definitiva. En segundo lugar, si el porcentaje de mujeres entre la población nativa es ligeramente superior al de hombres, situándose en torno al 53%, podemos afirmar que la emigración masculina desde Pamplona a otros lugares tiene un poco más de importancia que la femenina.



Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Gráfico III.1
Porcentaje de mujeres

En la llegada a la ciudad, sin embargo, encontramos una tendencia contraria, con un mayor peso de la inmigración femenina¹⁰⁰. En el caso del conjunto de los inmigrantes el porcentaje se sitúa entre el 55% y el 60%, mientras que entre los recién llegados oscila entre el 60% y 70%, con la excepción de 1887. Visto esto, antes de entrar en las diferencias según los años, podemos afirmar que si bien las mujeres son claramente mayoritarias entre las personas que llegan cada año, este porcentaje disminuye entre quie-

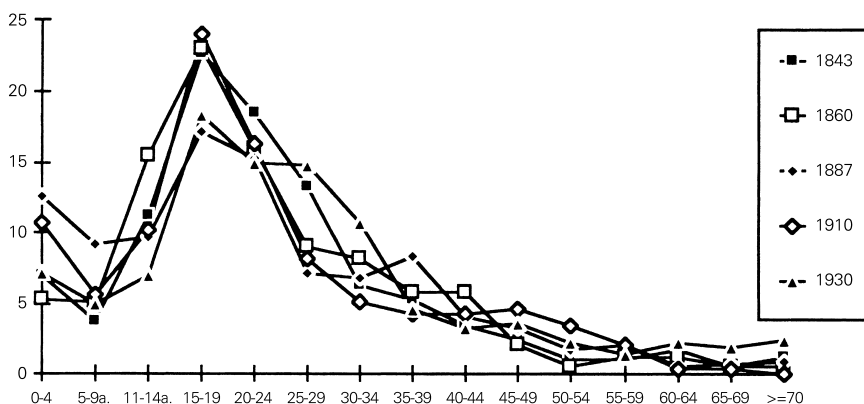
⁹⁹ El importante papel femenino en las migraciones también ha sido analizado en el Valle de Lónguida por Moreno y Zabalza (1999), así como por Ansón Calvo (1994) para el caso aragonés, y por Fauve-Chamoux (1993), en el caso francés. Esta última autora ha realizado una tipología de la movilidad femenina preindustrial en la que distingue tres grandes tipos de movilidad, la movilidad del hambre, la movilidad del pan, y la movilidad del pastel, en referencia, respectivamente, a las movilidades estacionales forzadas por la necesidad, la movilidad de jóvenes solteras que buscan un ahorro de cara a la dote y el matrimonio, y la movilidad de mujeres de clases medias y altas, ligadas las más de las veces al matrimonio.

¹⁰⁰ Este predominio de las migraciones femeninas en Pamplona contrasta con el predominio masculino en áreas de rápida industrialización, como la Ría de Bilbao a finales del siglo XIX y principios del XX (González Portilla, 2001).

nes se quedan definitivamente en Pamplona, con lo que se puede ver la inmigración femenina como más temporal y menos estable que la masculina, algo que se explica tanto por las características del empleo que muchas de ellas vienen a realizar, el trabajo doméstico, como por la estrategia de sus familias rurales, para quienes la emigración de mujeres jóvenes es una manera de acumular un dinero importante de cara a la dote para el matrimonio.

Si bien lo comentado hasta ahora es válido para todo el periodo, con lo que podemos afirmar que la continuidad a este respecto es bastante alta, tenemos que hacer algunas aclaraciones sobre los diferentes momentos. Como se puede apreciar, el porcentaje que más tiende a variar es el de la población recién llegada, y a este respecto tenemos que apuntar que es significativo que el menor porcentaje de mujeres se produzca en un momento de inmigración masiva después de la II Guerra Carlista, mientras que el más alto se dé en un momento, 1910, de relativo estancamiento de la población y de bajo saldo migratorio. Si bien todavía es pronto para lanzar explicaciones que iremos avanzando a medida que los datos nos lo permitan, podemos pensar que la inmigración más intensa tiene menor peso femenino que la más relajada.

¿A qué edad llegan los inmigrantes? Para contestar a esta pregunta hemos elaborado el cuadro III.16 y el gráfico III.2, donde se puede observar la edad de llegada de los inmigrantes que llevan menos de dos años en cada momento. Si bien en el gráfico podemos hacernos una primera idea de las tendencias a este respecto, he querido agrupar las edades para poder hacer una lectura más general de la cuestión.



Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Gráfico III.2

Edad de llegada de los inmigrantes con menos de 2 años de residencia

En primer lugar, es importante resaltar, al igual que con el sexo, que el gráfico III.2 nos da una clara imagen de continuidad entre las etapas preindustriales y las décadas iniciales del siglo xx, con una clara concentración de la inmigración en las edades comprendidas entre 15 y 25 años¹⁰¹, y en bastante menor medida en los años de la infancia. Sin embargo, a pesar de la continuidad, gracias al cuadro III.16, podemos realizar algunas precisiones sobre este panorama general.

Cuadro III.16
Edad de llegada de los inmigrantes recién llegados

	1843	1860	1887	1910	1930
0-15	22,0	25,9	31,5	26,6	19,1
15-25	41,2	39,0	32,3	40,3	33,3
25-45	28,4	29,0	26,6	21,9	33,3
>45	8,4	6,1	9,6	11,3	14,2
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En primer lugar hay que señalar que los inmigrantes entre 15 y 25 años comprenden alrededor de un 40% del total en todo el periodo, pero con dos importantes excepciones, la primera es de nuevo el año 1887, en la que el porcentaje de esta edad desciende al 32%, para dar en ese año más peso a los niños y niñas, por otro lado, al final del periodo a estudiar, en 1930, encontramos de nuevo un descenso en la importancia de ese grupo de edad entre los inmigrantes, pero algo menor que en 1887.

Además de este grupo de edad, hay otros dos que agrupan a gran parte de los inmigrantes. Me refiero, por un lado, a los menores de 15 años¹⁰², que con su porcentaje cercano al 25% nos están poniendo de manifiesto la importancia de la inmigración en familia, y por otro a los de entre 25 y 45 años.

¹⁰¹ En su estudio sobre la relación entre pobreza y género en la Barcelona del siglo xviii, Carbonell (1994) señala que la edad entre 15 y 19 años es otro de los momentos críticos del ciclo vital de muchas personas, en el que tienen que abandonar el hogar para sobrevivir y para empezar a ahorrar, si pueden, de cara a una dote. Esta autora ha constatado cómo lo grave de la situación hacía a muchas jóvenes del medio rural recurrir a las instituciones benéficas como manera de hacer más seguro su movimiento migratorio a la ciudad, e incluso como manera de adquirir una cierta capacidad profesional.

¹⁰² Los porcentajes de menores de 15 años entre los inmigrantes recién llegados son similares a grandes rasgos en Pamplona a los registrados en el área metropolitana de Bilbao en los momentos de industrialización más intensa, donde este grupo de edad representa un 27% a finales del siglo xix y un 24,8% en la tercera década del siglo (González Portilla, 2001).

Sobre la inmigración en familia que nos revela el importante porcentaje de menores de 15 años, es importante constatar la excepción de 1887, en el que el porcentaje de esta edad asciende al 31%. Este dato, junto con el menor peso de los de entre 15 y 25 años, y la mayor equidad entre hombres y mujeres, parecen indicarnos que en este año la inmigración en familia tuvo más importancia que en los demás. Parece una excepción importante, que tendría su explicación en la importancia de la inmigración tras el periodo bélico, pero de nuevo creo que más importante resaltar la continuidad entre las características de los inmigrantes en todo el periodo.

Para fijarnos en la posición familiar de estas personas, nos valdremos del cuadro III.17, en el que aparece la relación de los inmigrantes recién llegados con el cabeza de la familia en la que están viviendo.

Cuadro III.17

Grado de parentesco de los inmigrantes recién llegados con el cabeza de familia del hogar en que viven

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza de familia	16,1	16,9	18,4	9,9	17,3
Cónyuge	10,6	11,0	16,0	8,2	12,0
Hijos/as	13,2	16,9	33,1	31,3	31,9
NUCL.	39,9	44,8	67,5	49,3	61,2
Domésticos	36,8	39,2	20,4	34,3	19,1
Parientes	7,1	8,2	7,4	12,9	14,1
Sin parentesco	16,3	7,8	4,8	3,5	5,5

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En primer lugar, el cuadro III.17, nos revela la importancia de las migraciones familiares en todo el período estudiado. Como ya se ha señalado para otras zonas u momentos (Anderson, 1971, Hareven, 1982, Pareja, 1997, González Portilla, 2001), la familia es un componente fundamental de los movimientos migratorios, algo que también se ha constatado en los movimientos migratorios actuales. Además, el débil proceso industrializador que experimenta la ciudad no resta importancia a las migraciones en familia, sino que, al contrario, parece señalarnos un aumento de importancia de este tipo de migraciones. Esto se ve claro tanto en el aumento de los que constituyen el núcleo, en el que la principal clave explicativa es el mayor número de hijos que traen las familias inmigrantes, como en el aumento de otro tipo de parientes, a los cuales más adelante prestaré más atención.

Otra vez aquí, tenemos que constatar la especificidad del año 1887, en el que el porcentaje alcanzado por los núcleos familiares es el más alto del periodo, tanto por un alto número de hijos, que a partir de entonces será tónica

general, como por un todavía alto porcentaje de cabezas y cónyuges, que a partir de entonces empezará a descender. Este año es el que menor diferencia representa entre cabezas y cónyuges, por lo que parece que están viniendo familias enteras, seguramente más empobrecidas por las repercusiones en las economías campesinas del conflicto bélico, y por las transformaciones agrarias, en las que no sólo influye la llamada crisis agraria finisecular, sino otros factores más estructurales como son la pérdida de importancia de actividades protoindustriales o la progresiva privatización de la propiedad o del uso de los recursos comunales (Iriarte Goñi, 1999).

En este sentido, parece evidente que se están reflejando en la población urbana estas transformaciones agrícolas, sobre todo en las zonas montañosa y media de Navarra, lo cual parece haber producido un cambio en los patrones migratorios, descendiendo en importancia un tipo de movilidad que está muy relacionada con el funcionamiento preindustrial¹⁰³ de las economías agrarias de régimen troncal, en las que la emigración de jóvenes a las ciudades es una de las bases de estabilidad de dicho régimen, y tomando importancia un tipo de movilidad resultado de la crisis de esas economías y de la de despoblación del espacio rural. Es en el momento en que muchas comarcas de la Montaña y Zona Media están perdiendo población cuando se produce este aumento de las llegadas en familia a la capital navarra.

Paralelo a este aumento de la importancia de las migraciones familiares conforme avanza el débil proceso industrial está el descenso de importancia de quienes son o bien sirvientes domésticos o no tienen parentesco con el cabeza de familia. Este conjunto desciende en su peso global en todo el periodo, pero hay que señalar algunos matices importantes. El peso de los sirvientes desciende primero en 1887, debido a la importancia de las migraciones familiares, para volver a ascender, e iniciar un descenso aparentemente definitivo en 1930. Por el contrario, el caso de quienes no tienen un parentesco conocido con el cabeza de familia varía bastante a través del tiempo, y posteriormente volveremos a intentar conocer más de cerca este colectivo. De momento apunto la hipótesis de que en 1843 son jóvenes, trabajadores domésticos no declarados o familiares lejanos que están viviendo y/o trabajando dentro de los hogares preindustriales dentro de lo que se ha venido a llamar «circulación de jóvenes», típico de las economías de las familias preindustriales, que tienden a desaparecer conforme avanza la industrialización.

¹⁰³ Es una pena no contar con datos de este tipo de datos para momentos previos como los siglos XVI o XVII, ya que si bien no cabe duda del carácter preindustrial de la Pamplona de 1843 o 1860, no se puede olvidar que el mundo rural del que provienen sus inmigrantes está ya inmerso en procesos de cambio y en enfrentamientos bélicos que ya estaban afectando su estructura económica. De todos modos, no es hasta el último tercio del siglo XIX cuando se aprecian signos claros de despoblación en ciertas áreas (Erdozain y Mikelarena, 1999).

Si bien hasta ahora ha quedado clara la importancia de las migraciones familiares en la llegada de inmigrantes a Pamplona, creo que podemos avanzar un poco más en la comprensión y cuantificación de este fenómeno. Para ello he seguido un procedimiento que, si bien puede plantear algunas pequeñas inexactitudes, recoge de manera bastante clara las principales tendencias.

He puesto en relación el grado de parentesco que ocupan en el hogar estos inmigrantes recién llegados con el carácter de recién llegado o no del cabeza de familia con el que residen. Se trata de ver, en definitiva, y de manera desagregada en cuanto al parentesco, si los inmigrantes recién llegados viven en familias en las que el cabeza es recién llegado o no. En caso positivo, lo más probable es que todos los miembros del grupo familiar hayan llegado juntos. Si por el contrario, vemos que el cabeza de familia no es recién llegado, apreciamos que el o la inmigrante ha venido a Pamplona por su cuenta para vivir con la familia con la que reside.

Estos cuadros aparecen en el apéndice III.3, explicados de manera más detallada, y resultado de ellos es el cuadro III.18, en el que he clasificado a los inmigrantes según el modo de llegada.

Cuadro III.18

Modo de llegada de los inmigrantes recién llegados a Pamplona:

	1843	1860	1887	1910	1930
Llegados en familia	39,3	44,7	69,6	51,5	65,7
Esposas que llegan a casarse	3	2	1,5	1	1,8
Domésticos	36,3	39,6	20,4	34,2	19,1
A casa de familiares	5,1	5,9	3,6	9,2	7,9
Huéspedes o sin parentesco	16,3	7,8	4,8	4,1	5,5
Total	100	100	100	100	100,0

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Los datos del cuadro III.18 nos corroboran de manera definitiva las tendencias apuntadas anteriormente. Por una lado, queda claro que las dos grandes maneras de llegar a Pamplona son o en el grupo familiar, o como sirvientes domésticos. Además, son también importantes los que llegan de manera aislada a casa de familiares, lo que a veces se ha llamado «migración en cadena», y los que, también llegando de manera aislada, residen como huéspedes o sin parentesco aparente en un grupo familiar de la capital.

Como queda reflejado en el cuadro, las migraciones familiares aumentan claramente a medida que avanza el débil desarrollo industrial. Los años clave son los finales del siglo XIX, cuando las migraciones familiares suponen dos tercios del total de las migraciones, superando el 40% en torno al que oscila-

ban a mediados del siglo XIX¹⁰⁴. Este aumento se mantiene en el siglo XX, a pesar del descenso de las migraciones familiares en 1910.

Unido a esto, también hay que señalar que aumentan los emigrantes que acuden a casa de parientes que viven en Pamplona, un tipo de migraciones que no se puede considerar como hecha en familia, pero que tiene en la familia su punto de apoyo principal, tanto como sustento material y residencial como emocional. Un ejemplo de este tipo de migraciones lo encontramos en la autobiografía de J. Guerendiáin cuando nos cuenta cómo vivió su madre al emigrar a Pamplona con 13 años en 1899:

«Su hermana vivía con su tía, que estaba casada con un barrendero del Ayuntamiento de Pamplona y ya tenían descendencia. Vivían con su madre, todos revueltos: dos habitaciones, un water sin lavabo y una cocina. Allí mismo, en la cocina, pusieron una cortina y servía de cuarto para las chicas» (Guerendiain, 1996: 18)

Paralelo a este aumento de las migraciones familiares está el descenso de la importancia porcentual de los que llegan como sirvientes domésticos, que si a mediados del siglo XIX suponían algo más de un tercio de los inmigrantes, a finales de siglo, y en 1930 descienden a un 20% de los inmigrantes.

También parece claro el descenso de las migraciones no conectadas con la familia, la de quienes viven como huéspedes o sin parentesco con el cabeza de familia, algo que, como ya he señalado anteriormente, obedece en gran parte a un descenso de la llamada «circulación de jóvenes», propia de muchas economías familiares del Antiguo Régimen.

Por último, no queremos dejar pasar dos tipos de migraciones que si bien no son muy importantes cuantitativamente, tienen una significación especial. Por un lado, nos encontramos con un pequeño porcentaje de mujeres recién llegadas que parece que llegan a casarse. Seguramente, pero no lo hemos podido comprobar estadísticamente, también tendríamos otro pequeño porcentaje de hombre que acuden a casarse. En ambos casos, se trataría de bodas ya concertadas por lazos previos, y que llevan a uno de los cónyuges a vivir a Pamplona¹⁰⁵.

Por otro lado, un segundo tipo de migración, minoritaria, pero muy significativa, es el caso de hijos que llegan a casa de sus padres sin que estos sean inmigrantes recién llegados, caso este que supone un 3% de los inmigrantes recién llegados durante el siglo XIX y que aumenta a más del 5% a principios del siglo XX¹⁰⁶. Esto nos está indicando que algunas familias dejaban a sus hijos en sus pueblos de origen, seguramente porque era más fácil su manutención en casa de algún pariente que en la vivienda familiar de la

¹⁰⁴ En el área de Bilbao las migraciones en familia suponen también a finales del XIX y principios del XX en torno a un 60% de los movimientos migratorios (González Portilla, 2001).

¹⁰⁵ En *El barrio maldito*, novela de Urabayen (1925), la boda del protagonista es un ejemplo de este tipo de situaciones.

¹⁰⁶ Los datos concretos aparecen en el apéndice III.3.

ciudad. Resulta también significativo que este tipo de práctica cobra importancia desde finales del siglo XIX y en el siglo XX, suponiendo más de un 5% de los inmigrantes. Una vez más, este tipo de prácticas nos pone de relieve la gran relación entre campo y ciudad, una relación que los movimientos migratorios y los lazos familiares no dejan de estrechar.

III.4.3. Composición y estructura de las familias recién llegadas

Después de haber podido hacer una estimación del peso de las migraciones familiares, voy ahora a intentar ver qué tipo de familias son las que llegan a Pamplona. Para eso he realizado un análisis familiar de una familia tipo de recién llegados¹⁰⁷. Como es ya sabido, y he advertido en otros apartados, estos «retratos tipo» están ocultando diferentes realidades, pero también tienen la virtud de señalarnos algunas tendencias y características más o menos globales. Para este análisis hemos elaborado los cuadros III.19 y III.20; en el primero de ellos nos aparecen las estructuras familiares, y en el siguiente tenemos ya la composición tipo de las familias nucleares y extensas, habiendo dejado al margen los hogares solitarios o sin núcleo familiar, que distorsionan de manera más clara la «familia tipo».

Cuadro III.19

Estructuras familiares de las familias recién llegadas (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
I (solitario)	3,9	16,4	0,9	8	2,9
II (sin núcleo)	13,2	7,5	1,9	4	7,3
III.a	36,8	19,4	14	8	6,3
III.b	26,3	35,8	58	52	34,6
III.c	1,3	9	1,9	0	0,3
III.d	5,3	3	6,5	16	18,2
Total III (nuclear)	69,8	67,1	80,4	76	60,4
IV. (extensa)	11,8	8,9	15	8	25
V. (múltiple)	1,3	0	1,9	4	4,4
IV+V (compleja)	13,1	8,9	16,9	12	29,4
N.º muestra	76	67	107	25	68

III.a: Núcleo sin hijos; III.b: núcleo con hijos; III.c: viudo con hijos; III.d: viuda con hijos.

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

¹⁰⁷ En este apartado, por lo tanto, está excluida de los análisis la población institucional que se recoge en la muestra, una población que, si bien no altera los datos globales sobre origen y profesión, sí que podría alterar los resultados sobre análisis familiares.

Cuadro III.20

Composición de las familias recién llegadas

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	1	0,8	0,9	0,7	0,7
Hijos/as	1,5	1,4	1,9	2,5	2,1
Núcleo	3,4	3,2	3,7	4,2	3,7
Domésticos/as	0,5	0,2	0,2	0,3	0,2
Parientes	0,3	0,2	0,2	0,3	0,5
Sin parentesco	0,3	0,1	0,1	0,1	0,0
Huéspedes	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Total	4,5	3,8	4,3	4,9	4,4

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Una aclaración que tenemos que hacer sobre este análisis es que en este caso no he procedido a un análisis diferencial de las familias inmigrantes en función de la edad y profesión del cabeza de familia. Creo que estos factores serían importantes para desvelar las diferentes maneras de emigrar de los diferentes grupos sociales. Sin embargo, cuando hemos procedido a este análisis nos ha sido imposible encontrar rasgos claros de diferenciación, más allá del de la presencia de domésticos en las clases más acomodadas. Sin duda alguna, la pérdida de representatividad de la muestra al descender su tamaño hace muy difícil un análisis que sí hemos realizado para el total de la población, y que, en ese caso, nos ha dado resultados muy significativos.

Lo primero que tenemos que decir sobre las estructuras familiares de las familias que llegan a Pamplona es la hegemonía de las familias nucleares, algo que es común al conjunto de la población de la capital, y que también ha sido constatada por Camps en el Sabadell de fines del siglo XIX (Camps, 1995: 107). De todos modos, dentro de ese predominio de la familia nuclear es interesante remarcar el descenso de matrimonios sin hijos (tipo III.a), y el aumento del peso global de los otros tres grupos, en los que sí aparecen hijos¹⁰⁸. Dicho esto, creo que también hay que destacar que a mediados del siglo XIX encontramos una llegada importante, superior al 15 e incluso 20% de grupos solitarios o sin núcleo familiar. Este tipo de inmigración va a perder importancia a finales del siglo XIX y a principios del XX, con un crecimiento del porcentaje de familias complejas. En todo el periodo estudiado las familias complejas suponen por lo menos un 10% de las familias inmi-

¹⁰⁸ Camps (1995: 107) también ha constatado la hegemonía de las familias nucleares con hijos dentro de los inmigrantes en Sabadell a finales del siglo XIX, algo que también ha sido confirmado en el Bilbao de principios de siglo XX (Pareja, 1997: 218-220).

grantes, un porcentaje que creo significativo, aunque inferior al porcentaje de familias complejas en toda la población de Pamplona. Aunque este porcentaje varía bastante según los años, la tendencia es a aumentar, algo que hay que relacionar con el aumento de las familias con hijos dentro de las nucleares, de las migraciones en familia en general, y con la situación de despoblación y crisis profunda que se da en el mundo rural.

Esta información la podemos complementar con la del cuadro III.20, gracias a la cual podemos ver que estas familias inmigrantes tienen un tamaño bastante parecido al de las familias que residen en Pamplona. Su tamaño, normalmente superior a los cuatro miembros, experimenta ligeras variaciones en los diferentes años, sobre todo en 1860, en el que desciende a 3,8 miembros, pero no tiene una tendencia clara durante todo el periodo. Sin embargo, esa relativa estabilidad en el tamaño no significa estabilidad en la composición. Como veremos posteriormente en el capítulo sobre el hogar, los cambios que experimenta la composición de estas familias recién llegadas son comunes al conjunto de las familias.

Podemos ver claramente un aumento del número de hijos, que llega a ser superior a dos durante las primeras décadas del siglo XX¹⁰⁹, mientras que a mediados del XIX no era superior a 1,5. En cualquier caso, es evidente que se trata de familias con hijos, que emigran a Pamplona en un momento especialmente difícil del ciclo familiar, ese en que el cabeza tiene menos de 40 o 45 años, y los hijos no están todavía en edad de trabajar. Sin duda alguna, en muchos de los casos, sobre todo en las clases populares, se trataría de un momento difícil para estas familias, en las que confluían las dificultades de encontrar trabajo y alojamiento con la necesidad de alimentar a pequeños hijos e hijas.

Este tipo de movimiento migratorio en épocas difíciles ha sido también comprobado por Camps en el caso catalán, y nos demuestra que en multitud de ocasiones la emigración es mucho más una decisión forzada por las circunstancias que fruto de un frío cálculo matemático sobre costes y oportunidades. Sin lugar a dudas, la presencia de hijos jóvenes no es un factor que haga fácil la resolución de las necesidades básicas en un momento de emigración, sin embargo, si las familias, a pesar de esas dificultades, se desplazaban de esa manera y en ese momento del ciclo vital, tiene que ser por las dificultades que encontraban en su lugar de residencia. No cabe duda que uno de los mecanismos que podrían encontrar para aliviar esas dificultades es ese que ya hemos señalado anteriormente, el dejar a alguno de los hijos o hijas en casa de parientes del mundo rural, que posteriormente, en un momento de mejor situación económica, podría emigrar a su vez a casa de los padres en Pamplona. A este respecto, sin embargo, hay que señalar que las

¹⁰⁹ Nos hayamos ante un promedio superior al de los inmigrantes que llegan a la ría de Bilbao en los inicios de la industrialización vasca, que es de 0,99 hijos por familia (Zárraga y González Portilla, 1996: 236). El tamaño medio es superior tanto al registrado en la ría como en Sabadell a finales del siglo XIX (Camps, 1995: 109).

fuentes recogen el caso de quienes posteriormente acudieron a Pamplona, a casa de sus padres, quedando sin constancia quienes vivieron ya separados del núcleo familiar.

Otro de los miembros del grupo familiar que ganan importancia al final del periodo son los parientes, algo que está relacionado con el aumento de familias complejas¹¹⁰. En este caso, el cuadro III.23, en el que aparece la actividad en el mercado laboral, nos demuestra que, aparentemente, esta mayor presencia de parientes en 1930 va a suponer una mayor carga para la economía familiar, ya que la mayor parte de ellos no tienen empleo.

Por el contrario, la presencia de domésticos y de miembros sin parentesco tiende a descender de manera clara, una tendencia que es común al conjunto de familias de Pamplona.

Sin duda alguna, la posición social, y el momento del ciclo vital en que se iniciara el movimiento migratorio influirían también en la composición del grupo familiar a la hora de desplazarse. Sería muy interesante poder desvelar las lógicas migratorias de cada tipo de familias, pero la heterogeneidad de las edades y el reducido tamaño de la muestra de recién llegados nos deja como resultado una gran diversidad de resultados en los que no es posible desvelar tendencias claras. Sin embargo, tomando los datos de 1887, en los que hallamos el más alto porcentaje de migración familiar, y en los que es posible diferenciar a artesanos o labradores jornaleros de los que cuentan con explotación económica propia, hemos podido encontrar algunas diferencias claras entre las migraciones de los jornaleros o trabajadores asalariados y los de las profesiones liberales¹¹¹. Los datos más significativos los encontramos en el cuadro III.21, en el que quedan patentes unas diferencias similares a las que más adelante comentaremos para la totalidad de las familias que residen en Pamplona.

Cuadro III.21

Características de los hogares recién llegados en 1887, clasificados en dos grupos profesionales:

	Tamaño	Hijos	Sirvientes	%Complejas	n.º muestra
Jornaleros y asalariados (*)	4	1,7	0,1	12,9	39
Profesiones liberales	4,4	1,7	0,5	20,7	29

(*) (artesanía y agricultura)

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

¹¹⁰ En el caso de la ría de Bilbao encontramos un similar peso de los parientes durante el siglo XIX, 1,99 por hogar, menor del que se da en Pamplona en los inicios del siglo XX (Zárraga y González Portilla, 1996: 236).

¹¹¹ En el capítulo V y en el apéndice II.2 se hace una descripción detallada de los criterios seguidos a la hora de agrupar las profesiones.

Las familias de más alta posición social tienden a ser más numerosas en el momento de llegar a Pamplona que las de las clases populares¹¹², debido sobre todo al número de sirvientes domésticos con que llegan a la capital (aunque quizás no todas estas familias llegaran con sus domésticos, ya que podrían haberlos contratado al asentarse en la ciudad), y también al mayor porcentaje de familias complejas, que nos revelan una presencia importante de parientes corresidentes. Sin duda alguna, con estos datos no podemos establecer conclusiones definitivas, pero sí resulta evidente que el mayor poder adquisitivo de estas familias de profesiones liberales les permitía un patrón de movilidad en el que cabían parientes y domésticos, algo que era mucho más difícil entre las clases populares.

III.4.4. Acceso al empleo en las familias recién llegadas

Una vez explicadas algunas de las características de estas familias en su llegada a Pamplona, voy a intentar analizar qué miembros de esas familias inmigrantes participan en el mercado de trabajo, para así intentar acercarme a su realidad económica. En primer lugar, hay que señalar que este es un campo con más dificultades metodológicas que el de la composición familiar. A los problemas ya conocidos sobre subregistro de empleo para mujeres y niños, tenemos que añadir ahora que el acceso a un puesto de trabajo era, junto a la vivienda, el mayor problema que tenían que afrontar en su nueva ciudad. Algunos de ellos vendrían ya con ese problema resuelto por medio de contactos previos, pero para otros sería su primera preocupación en la ciudad. Por eso, puede que en el momento de la realización de censos o padrones algunas de estas personas no hubiera encontrado todavía un empleo. De todos modos, este tipo de cálculos puede acercarnos un poco la realidad de estas familias, y a sus recursos para sobrevivir en su nueva residencia.

Como se puede ver en estos cuadros, el número de miembros activos en el mercado de trabajo de las familias inmigrantes recién llegadas se mantiene estable durante todo el periodo, en torno a 1,2 miembros por hogar, algo que se debe, sobre todo a la participación laboral del cabeza de familia. Sin embargo, unido a la importancia monetaria de este, también es de destacar el aumento de hijos o hijas que tienen empleo, con lo cual se podría complementar la economía familiar. Posteriormente, en el capítulo V, haré un análisis detallado de las economías familiares, por lo que no voy ahora a profundizar más en este aspecto, más allá de unos rasgos generales.

¹¹² Los datos de las familias jornaleras y asalariadas coinciden con los de la Ría del Nervión a finales del siglo XIX, donde el tamaño medio del hogar de los jornaleros recién llegados es también de 4 miembros (González Portilla, 2001).

A esta estabilidad en el número de miembros activos, hay que añadir un aumento, para los comienzos del siglo xx, de los miembros pasivos, sobre todo por el aumento de hijos y parientes corresidentes. Como se puede ver en los cuadros III.22 y III.23, la relación entre miembros activos e inactivos en el mercado de trabajo tiende a desequilibrarse ligeramente a inicios del siglo xx, sobre todo en 1910, por el crecimiento del número de miembros que no tienen empleo.

Cuadro III.22

Acceso al mercado de trabajo en las familias recién llegadas

	1843	1860	1887	1910	1930
Activos	1,2	1	1,2	1,2	1,2
Pasivos	2,9	2,5	2,8	3,4	3
Domésticos	0,5	0,2	0,2	0,3	0,2
	4,5	3,8	4,3	4,9	4,4

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro III.23

Composición de las familias recién llegadas según su acceso al mercado de trabajo (activos o pasivos)

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza (pas)	0,3	0,1	0,1	0,2	0,3
Cabeza (act)	0,8	0,9	0,9	0,8	0,7
Cónyuge (act)	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0
Cónyuge (pas)	0,9	0,8	0,8	0,6	0,7
Hijos (act)	0,1	0,0	0,2	0,2	0,5
Hijos (pas)	1,4	1,4	1,6	2,2	1,6
Núcleo (act)	1	0,9	1,1	1,1	1,1
Núcleo (pas)	2,5	2,3	2,6	3,1	2,6
Domésticos	0,5	0,2	0,2	0,3	0,2
Parientes (act)	0,1	0,0	0,1	0,0	0,1
Parientes (pas)	0,2	0,2	0,2	0,3	0,4
Sin parentesco (act)	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0
Sin parentesco (pas)	0,2	0,1	0,0	0,1	0,0
Huéspedes (act)	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Huéspedes (pas)	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
	4,5	3,8	4,3	4,9	4,4

Fuente: elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Como ya hemos apreciado anteriormente, en el apartado relativo a la formación del mercado de trabajo y a su segmentación, hombres y mujeres van a tener un papel muy diferente a la hora de acceder al empleo. Esto también va a ser visible en el caso de los inmigrantes recién llegados. En los cuadros III.24 y III.25 vemos que hombres y mujeres recién llegados que tienen un empleo ocupan posiciones muy diferentes en el seno de las economías familiares.

Cuadro III. 24
Parentesco de los recién llegados activos (hombres)

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza de familia	44,9	53,8	48,2	43,9	38,7
Domésticos	24,4	37,5	11,3	14,6	0,9
Hijos	2,4	0	10,8	22	18,9
Huéspedes	0	2,9	4,6	9,8	11,7
Parientes corresidentes	8,7	2,9	3,6	7,3	15,3
Sin parentesco	19,7	2,9	21,5	2,4	14,4
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro III. 25
Parentesco de los recién llegados activos (mujeres)

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza de familia	0	5,2	4,3	1,3	1
Cónyuge	0	0	2,6	2,6	0
Domésticos	93,4	90,4	82,8	90,9	68
Hijos	0	0	4,3	0	6,8
Huéspedes	0	2,6	0,9	0	1
Parientes corresidentes	0,7	1,7	4,31	3,9	3,9
Sin parentesco	5,8	0	0,9	1,3	19,4
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Entre las mujeres, la situación casi general es la de trabajadora doméstica, mientras que entre los hombres encontramos una mayor diversidad que, además experimenta cambios con el paso del tiempo.

Durante casi todo el periodo, casi la mitad de los hombres con empleo son cabeza de familia, pero esta proporción va a descender a un tercio en

1930, sobre todo debido al aumento de hijos, huéspedes y parientes corresidentes. Por el contrario, los domésticos, es decir, trabajadores que conviven con sus patronos, pasan de ser el segundo grupo mayoritario a mediados del siglo XIX para casi desaparecer en 1930.

De esta manera termino un primer acercamiento a las economías familiares y la participación en el mercado de trabajo, pero es necesario advertir que este será el objetivo del quinto capítulo, en el que podré realizar un análisis mucho más detallado, posibilitado por el mayor número de la muestra total, que permite un mayor desglose de los datos con menor riesgo de pérdida de representatividad.

III.5. MIGRACIONES Y CONTINUIDAD CULTURAL CAMPO-CIUDAD, APROXIMACIÓN DESDE EL IDIOMA

Esta importancia de la inmigración en la composición demográfica de la ciudad tenía importantes implicaciones socio-económicas, pero sin duda alguna, otras de sus consecuencias estarían más ligadas al ámbito cultural. Además de las estructuras de coresidencia y estructuras familiares, en las que más adelante analizaré el impacto de esta comunicación campo-ciudad, también en el idioma se iba a dejar notar esa estrecha relación.

El objeto de este apartado es intentar medir qué proporción de la población de la ciudad conocía la lengua vasca tanto a mediados del siglo XIX como a principios del XX. No pretendo hacer un estudio sobre la realidad cultural y lingüística de la capital navarra durante estos años, algo que sin duda debería ser objeto de una investigación más minuciosa. Sin embargo, creo que es importante remarcar el papel de comunicación cultural que desempeñaban las migraciones, tanto en la utilización del idioma rural en mundo urbano, como, a la inversa, en el proceso de aculturación progresiva que va a llevar a un retroceso del euskera en muchas áreas del mundo rural. Voy a intentar, por lo tanto, medir cuántos habitantes de la ciudad entenderían y serían capaces de hablar en euskera, sin que eso implicara una utilización continua del idioma, algo mucho más difícil de medir, y que sin duda estaría también influenciado por otros factores como el ambiente urbano, las normas administrativo-políticas y la mentalidad respecto al idioma¹¹³.

Para conocer qué porcentaje de la población había nacido en áreas vasco-parlantes contamos con dos importantes fuentes que han sido fundamentales a la hora de conocer la evolución lingüística de Navarra. Por un lado, el mapa lingüístico elaborado por el príncipe L.L. Bonaparte (1863), en el que

¹¹³ Para una perspectiva más global sobre la historia lingüística navarra, son una referencia indispensable las obras de Apat-Echebarne (1975), Jimeno Jurío (1997) y Erize (1997). Este último presenta un panorama teórico sobre la historiografía de las lenguas y la sociolingüística.

aparece recogida la extensión de las zonas vasco parlantes, su clasificación dialectal y la intensidad del uso del idioma, y por otro la investigación de A. Irigaray en 1935, en la que se detalla la situación lingüística pueblo a pueblo en la zona de contacto entre áreas eminentemente vasco parlantes y castella- no parlantes (Apat-Echepare, 1974).

A mediados del siglo XIX el castellano es la lengua de uso generalizado en la capital, tal y como se desprende del mapa de Bonaparte y de su corres- pondencia, sin embargo el propio Bonaparte habla de la existencia de vasco- parlantes en Pamplona, aunque no originarios de la capital (Erize, 1997: 285- 286). También es significativo el testimonio del Archivero del Ayuntamiento Leandro Oliver, al referirse a su infancia alrededor de 1870: «*Por esas fe- chas se hablaba —decía— constantemente en las calles del Cármen, Nava- rrería, y Santo Domingo, y en todos los comercios era necesaria una per- sona al menos que hablase euskera*» (Apat-Echebarne: 1974: 27).

Los datos recogidos en el cuadro III.26 nos revelan la importancia del segmento de población nacido en áreas vasco parlantes, y, si bien no cabe duda de que conocer el idioma no es sinónimo de expresarse normalmente en

Cuadro III.26

Origen de la población de Pamplona según la situación lingüística en su localidad de origen. 1860

	Zona Vascófona	Zona Vascófona (baja intensidad)	Zona Castellano- parlante	Total
Pamplona	0,00	0,00	46,03	46,05
Valles Cantábricos	3,29	0,00	0,00	3,29
Valles Meridionales	3,97	0,00	0,07	4,04
Barranca-Burunda	1,90	0,00	0,00	1,90
Pirineo Occidental	3,31	0,00	0,00	3,31
Pirineo Oriental	0,55	0,00	0,00	0,55
Cuenca Pamplona	5,21	6,75	0,02	11,99
Cuenca Aoiz-Lumbier	0,18	2,83	1,10	4,11
Zona Media Occidental	0,33	0,20	3,31	3,84
Zona Media Oriental	0,00	2,08	2,52	4,59
Ribera Occidental	0,00	0,00	1,94	1,94
Ribera Central	0,00	0,00	1,46	1,46
Ribera Tudelana	0,00	0,00	0,71	0,71
Vascong. y P.V. norpirenaico	3,73	0,09	1,27	5,09
otras proc.	0,00	0,00	7,14	7,14
Total	22,49	11,94	65,56	100,00

Fuente: Censo de población y Bonaparte (1863).

él, podemos apreciar que algo más de un tercio de la población de la ciudad estaría en condiciones de entender el idioma vasco, y que algo menos de la cuarta parte lo podría utilizar sin problemas, al haber nacido en áreas netamente vasco parlantes. Estos datos nos revelan la importancia del conocimiento de esta lengua entre los habitantes de la ciudad, aunque no puedan dar prueba de la existencia de una comunidad lingüística. Paradójicamente, la capital navarra estaría albergando durante las décadas centrales del XIX un importante porcentaje de población vascofona, pero eso no significaba que ese grupo de gente estuviera en condiciones de mantener el idioma. Más bien al contrario, parece que la presencia de vasco parlantes en la ciudad estaría siempre a expensas de la llegada de nuevos emigrantes de zonas vascófonas.

Si analizamos esta realidad lingüística según la posición familiar, vemos que, debido a esa realidad migratoria, el porcentaje es mayor entre los cabezas de familia y cónyuges que entre los hijos. De hecho, más de un cuarto de los cabezas y cónyuges tendría el euskera como lengua materna, pero ello no nos asegura que fuera ese el idioma en que educaran a sus hijos. Siguiendo con los datos del cuadro III.27, podemos apreciar que es entre los sirvientes domésticos donde más porcentaje de vasco parlantes potenciales encontramos, debido a las características migratorias antes señaladas. Casi la mitad de ellos tendría el euskera como lengua materna, y un 17% más de ellos seguramente lo entenderían. Sin duda alguna, para el primer grupo, su estancia temporal en la capital tendría una influencia clara tanto en su posibilidad de aprender castellano, como en la percepción social y la valoración de las lenguas, al constatar el predominio del castellano en la vida urbana y la cultura

Cuadro III.27

Situación lingüística de la localidad de origen según la relación con el cabeza de familia. 1860

	Zona Vascófona	Zona Castellano- parlante	Zona Vascófona (Baja intensidad)	Total
Cabeza de familia	24,6	60,8	14,6	100
Cónyuge	31,6	51,2	17,2	100
Domésticos	47,3	35,5	17,2	100
Hijos	9,15	85,1	5,77	100
Huérfanos	0	100	0	100
Huéspedes	41,7	58,3	0	100
Parientes corresidentes	21,9	64,8	13,4	100
Sin parentesco	26,5	60,7	12,8	100
Total	22,5	65,6	11,9	100

Fuente: Censo de población y Bonaparte (1863).

oficial. En este sentido, no cabe duda que Pamplona jugaría un papel claro dentro de las pautas de aculturación y de avance del castellano, no sólo por su prestigio social, sino también por los lazos establecidos por estos jóvenes inmigrantes, muchos de los cuales volverían a sus pueblos habiendo constatado el porvenir que se auguraba tanto para el castellano como para el euskera.

Prueba de la importancia de esas percepciones es el testimonio aportado por García-Sanz Marcotegui (1995), recogido en una carta de Joaquín Ochoa de Olza a la Asociación Euskara de Navarra, haciendo un diagnóstico de la situación idiomática a petición de esta Asociación. En su contestación se señala una zona de límite lingüístico, y se apuntan las causas de su retroceso «(...) aunque muchísimos jóvenes lo hablan, o lo entienden, por haberlo oído a sus padres, desdeñan hacerlo por la tonta preocupación en que están de que les rebaja el hablarlo, pues odian la mayor parte de ellos el glorioso calificativo de montañeses con que señalan a los vascongados las demás gentes de Navarra» (García-Sanz Marcotegui, 1995).

Sin duda alguna, la situación había variado a principios del siglo xx. En realidad sería interesante conocer mejor la situación intermedia, para lo cual

Cuadro III.28

Origen de la población de Pamplona según la situación lingüística en su localidad de origen. 1930

	Zona Vascófona	Zona Vascófona (baja intensidad)	Zona Castellano-parlante	Total
Pamplona	0,00	0,00	42,07	42,07
Valles Cantábricos	1,49	0,00	0,00	1,49
Valles Meridionales	1,76	0,79	0,00	2,55
Barranca-Burunda	1,37	0,37	0,27	2,01
Pirineo Occidental	0,75	1,16	0,04	1,95
Pirineo Oriental	0,10	0,58	0,33	1,02
Cuenca Pamplona	0,00	0,00	9,71	9,71
Cuenca Aoiz-Lumbier	0,00	0,00	4,42	4,42
Zona Media Oriental	0,00	0,00	5,71	5,71
Zona Media Oriental	0,00	0,00	7,84	7,84
Ribera Occidental	0,00	0,00	3,30	3,30
Ribera Central	0,00	0,00	2,03	2,03
Ribera Tudelana	0,00	0,00	1,24	1,24
Vascong. y P.V. norpirenaico	1,45	0,00	1,89	3,34
Otras procedencias	0,00	0,00	11,31	11,31
Total	6,93	2,90	90,17	100,00

Fuente: Censo de población y Apat-Echebarne (1974).

podría servir la zonificación lingüística que se realiza en 1904, en la que ya se aprecia un considerable repliegue del euskera respecto a la situación descrita por Bonaparte. En cuanto a las causas de este repliegue, quiero remarcar que su estudio exhaustivo sobrepasa los objetivos de este apartado, siendo un aspecto tratado con más profundidad por Jimeno Jurío (1997) o Erize (1997). De todos modos, se puede ver que todavía aparece un porcentaje de la población cercano al 10% nacido en áreas vascófonas, aunque en algunas de ellas estuviera ya la lengua vasca en proceso de decadencia.

Cuadro III.29

Situación lingüística de la localidad de origen según la relación con el cabeza de familia. 1930

	Zona Vascófona	Zona Castellano-parlante	Zona Vascófona (Baja intensidad)	Total
Cabeza de familia	7,18	89,3	3,5	100
Cónyuge	8,4	87,7	3,89	100
Domésticos	15,2	77,3	7,42	100
Hijos	3,2	95,3	1,5	100
Huérfanos	0	100	0	100
Huéspedes	11,4	79,5	9,09	100
Parientes corresidentes	10,5	85,5	3,96	100
Sin parentesco	12,8	85,2	2,05	100
Total	6,93	90,2	2,9	100

Fuente: Censo de población y Apat-Echebarne (1974).

De nuevo al desglosar la situación familiar podemos observar una mayor posibilidad de conocer el idioma entre los cabezas de familia o sus cónyuges que entre los hijos, a la vez que vuelven a ser los sirvientes domésticos quienes tienen un mayor porcentaje de nacidos en zonas vascófonas. También ahora la ciudad seguiría siendo un foco de irradiación del castellano. La experiencia vivida por esos emigrantes vascoparlantes sobre la poca valoración social de su lengua, llena de sentimientos y anécdotas, a buen seguro sería transmitida a sus familiares y vecinos a la hora de volver a sus lugares de origen, sea o no de manera definitiva.

De todos modos, además de su conocimiento por parte de un porcentaje de los habitantes de Pamplona, la presencia del euskera en la ciudad también estaría marcada por los ritmos y las rutas comerciales. La importancia del idioma en las tiendas a mediados del siglo XIX ya ha quedado puesta de manifiesto con el testimonio de Leandro Oliver, pero incluso en la segunda dé-

cada del siglo xx aparece recogido ese contacto cultural entre el campo y la ciudad en la novela *El barrio maldito* de Félix Urabayen (1925), en la cual en la taberna y posada montada por el protagonista se prefiere tener sirvientes vasco parlantes para entender y albergar a las personas que acuden a la ciudad a hacer compras o tratos de ganado.

Estamos, por lo tanto, ante una de las pruebas de la continuidad y la comunicación cultural entre el campo y la ciudad, en este caso respecto al idioma, una comunicación que no es en ningún modo fruto de un equilibrio. Sería necesaria una investigación más profunda en ese sentido para describir y explicar la situación lingüística de la ciudad. Sin embargo, con este apartado he querido aportar unos datos que, además de ser importantes de cara a esa realidad lingüística, nos están revelando una importante comunicación cultural entre mundo urbano y rural, una comunicación que también voy a tener en cuenta, entre otros factores, en relación con las estrategias de coexistencia que analizaré en el capítulo siguiente.

Capítulo IV

¿Con quién vivir? Estrategias de coresidencia y formación del hogar

IV.1. LOS SISTEMAS FAMILIARES: ENTRE EL QUERER Y EL PODER

La formación y articulación de los grupos familiares han significado en los últimos siglos una de las bases de la estructura social y económica de la sociedades del occidente europeo, y en concreto de la sociedad vasca.

Sin entrar en las investigaciones sobre la prehistoria y la antigüedad, sí parece claro que el asentamiento y desarrollo del sistema feudal durante el medioevo e incluso la edad moderna va acompañado de una disolución inicial y progresiva de grupos sociales y de parentesco más amplios, y de una estructuración socio-económica basada tanto en unidades familiares agrícolas (*etxea* o *baserria*, casa o caserío) como en centros urbanos comerciales y artesanales. Moreno y Zabalza, refiriéndose al área prepirenaica navarra han «descrito la aparición de la casa como un proceso creciente de diferenciación y complejidad de la comunidad aldeana» (1999: 417). Según estos autores, la casa aparece en el siglo XVI como signo distintivo de la pequeña nobleza rural, frente a una comunidad aldeana todavía articulada como grupo de consanguíneos que organizan la tierra de forma comunal. Será en el siglo XVII cuando se produzca una fragmentación progresiva de esa comunidad, hasta que la aldea se articule como grupo de unidades, casas, mucho más autónomas, quedando la aldea reducida a comunidad de propietarios, aunque en la práctica en muchos casos fuera de arrendatarios, todos ellos dependientes de un propietario común. En este sentido, la aparición de la casa como eje de la reproducción social estaría ligada al debilitamiento de lazos horizontales entre los habitantes de la aldea y entre los hermanos, con una progresiva diferenciación en su denominación, en un proceso en el que se implantarían tanto el modelo de matrimonio impulsado por la Contrarreforma trentina como un nuevo concepto de propiedad, en el que la explotación comunitaria perdía peso (id, 1999: 186).

Hablar de una estructuración social basada en la unidades familiares no significa, de ningún modo, ignorar ni los lazos horizontales y comunitarios que esas unidades familiares establecían entre sí, a nivel de pueblo y de valle fundamentalmente¹¹⁴, ni las relaciones de dependencia y propiedad que operaban en la sociedad, fundamentalmente feudales durante el Antiguo Régimen, que han sido objeto de amplias investigaciones y polémicas historiográficas¹¹⁵.

A partir del siglo XVIII y sobre todo del siglo XIX, la progresiva implantación de relaciones sociales capitalistas, basadas en nuevas formulaciones sobre la propiedad y acceso a los recursos y en el empleo de mano de obra asalariada, primeramente en el campo o en las villas urbanas, y posteriormente en centros industriales, van a modificar sustancialmente el papel de los grupos familiares en la reproducción social. Paralelo a este cambio en el papel socio-económico de la familia se ha producido, por lo tanto, una evolución importante en los sistemas familiares, es decir, en la formación y estructuración de los nuevos hogares, llegando hasta el momento actual, a veces calificado como post-industrial, en el que las formas familiares siguen evolucionando.

Todos estos cambios han sido objeto tanto de estudio para diferentes campos de las ciencias sociales como de polémica y discusión política, en la que no han faltado voces tanto alabando como denunciando la progresiva disolución de la «tradicional» unidad familiar. Un diagnóstico parecido fue el que elaboraron a mediados de siglo XX diferentes sociólogos funcionalistas¹¹⁶, señalando que uno de los principales resultados del proceso que ellos calificaban como modernización era la disolución de los lazos familiares extensos y la hegemonía de la familia nuclear. Estaríamos, por lo tanto, ante una *nueva* familia que tendría poco que ver con las familias preindustriales, y que borraría diferencias anteriores entre diferentes regiones en un proceso homogeneizador. A nivel europeo, una versión más matizada pero similar es la que aporta Roussel, con lo que ha calificado como la aparición de una verdadera familia europea.

Sin embargo, los estudios históricos y sociales no han corroborado estas visiones evolucionistas y unidireccionales. Ni las familias europeas del Antiguo Régimen eran mayoritariamente extensas, ni la industrialización capitalista tendió a debilitar los lazos familiares, ni en la actualidad se puede hablar de comportamientos totalmente homogéneos en las diferentes zonas.

Especialmente interesante es el intento de Reher (1998) de comparar los comportamientos familiares occidentales actuales, que le ha llevado a hablar de dos zonas diferenciadas, una la denominada de sistemas familiares fuertes,

¹¹⁴ A este respecto, véanse las obras de Caro Baroja (1971), Floristán e Imizcoz (1993), y Madariaga y Serralbo (1998).

¹¹⁵ En este sentido, ha habido autores como Fernández Pinedo, que han calificado este sistema socio-económico como feudalismo desarrollado

¹¹⁶ Un buen resumen de estas teorías en la obra de Harris (1986).

fundamentalmente la Europa mediterránea, y otra de débiles, la zona comprendida por las regiones centro y noroccidentales, Escandinavia, las Islas Británicas, los Países Bajos, y gran parte de Alemania y Austria. Aunque este autor nos advierte que dentro de cada zona se encuentran variaciones espaciales y sociales considerables, ha encontrado importantes diferencias entre estas zonas respecto a algunos de los comportamientos familiares, principalmente la edad de abandono del hogar familiar, con la costumbre mayoritaria en la zona de familia débil de pasar una parte de la juventud como sirvientes en hogares ajenos, y los lazos de solidaridad familiar, más fuertes en el área mediterránea, en los momentos más críticos del ciclo vital, como pueden ser situaciones de desempleo, o el cuidado de niños y ancianos¹¹⁷. También dentro del marco español Mikelarena (1994) y Reher (1996) han constatado el peso de diferentes tradiciones al estudiar las estructuras familiares actuales, aunque no cabe duda que la familia troncal característica de la zona más septentrional ha entrado ya en un momento de fuerte decadencia¹¹⁸.

Estas diferencias entre los comportamientos familiares de diferentes regiones europeas han permanecido desde épocas preindustriales hasta la actualidad a pesar de los importantes cambios que ha experimentado en los últimos dos siglos. En este sentido, no cabe duda que factores demográficos como la reducción de la mortalidad, especialmente la infantil, y de la fecundidad, factores político e ideológicos, como los cambios en los valores de género o las posibilidades legales de divorcio, y también otros factores, económicos, como el cambio en la función del hogar, han motivado importantes cambios, semejantes en gran medida, en la familia de los estados occidentales. La reducción del tamaño del hogar, la pérdida de importancia de la familia troncal en las zonas en las que era dominante, el aumento de hogares unipersonales y también de hogares monoparentales, el creciente carácter privado del hogar, y la importancia dada a los objetivos psicológicos de la familia¹¹⁹ han sido fenómenos comunes en la evolución reciente de mayor parte de la Europa Occidental.

Sin embargo, ni han desaparecido las diferencias espaciales, ni las discontinuidades han sido tan bruscas con el pasado¹²⁰. Es más, desde los ini-

¹¹⁷ Esta manera de clasificar los comportamientos familiares enlaza con la tendencia descrita por Wall en la historiografía sobre la familia: «*The focus of the discussion will shift from a consideration of household structure to an analysis of one of the chief functions of a household: its role as welfare agency*» (1997: 19).

¹¹⁸ Esta decadencia actual de la familia troncal ha sido constatada en el caso de dos localidades navarras, Sangüesa y Lesaka, por Sánchez Barricarte (2000).

¹¹⁹ Un buen resumen de los principales cambios acaecidos a la familia en el siglo XX pueden encontrarse en los trabajos de Anderson (1994) y Reher (1996)

¹²⁰ Como ejemplo significativo, Anderson (1994) ha comparado las posibilidades que tenía un matrimonio de romperse a principios del siglo XIX en Inglaterra y Gales, fundamentalmente debido a la muerte de alguno de los cónyuges, con las que tiene hoy, fundamentalmente debido a divorcios, y aunque las causas sean diferentes, los resultados son similares, resultando similar el número de matrimonios que conviven juntos hasta la vejez y el de los que se rompen anteriormente.

cios de la industrialización hasta la II Guerra Mundial los lazos familiares no tendieron a debilitarse, sino a reforzarse, siendo la familia un actor fundamental en los procesos migratorios y en la inserción en el sistema fabril, observándose entre muchas zonas de clase obrera un aumento del porcentaje de hogares complejos, al desarrollarse entre parientes estrategias de solidaridad y coresidencia para hacer frente a las necesidades del momento (Hareven, 1995).

Tampoco los hogares europeos de la Edad Moderna respondían a la idea de una hegemonía de la complejidad familiar. Hace ya tiempo que Laslett puso de manifiesto la hegemonía del hogar nuclear en la sociedad inglesa por lo menos desde el siglo XVI, elaborando, a partir de las propuestas de Hajnal, un modelo de matrimonio para la Europa occidental basado en el matrimonio tardío, un importante porcentaje de celibato definitivo, la primacía de las familias nucleares y de las formas neolocales de residencia, así como la temprana salida del hogar de muchos jóvenes para trabajar como sirvientes durante una época de su vida, anterior al matrimonio. Este modelo, a pesar de las importantes críticas y matizaciones que ha recibido¹²¹, sirvió tanto de aliciente para nuevas investigaciones, como para desterrar ese tipo de visiones ahistóricas del pasado sobre las que descansaban las interpretaciones funcionalistas sobre la familia en la sociedad industrial.

Sin embargo, dentro de ese dominio de la familia nuclear en la Europa occidental preindustrial se pueden observar variaciones importantes, con algunas zonas concretas en las que la troncalidad y la familia compleja resultaban la norma social dominante, como es el caso de la franja norte de la península ibérica, con su costa cantábrica y su zona pirenaica, en la que se engloba la mayor parte del País Vasco. La presencia hegemónica de la familia troncal en esta amplia zona de la península, así como las variaciones internas dentro de ella, han sido objeto de numerosas investigaciones y discusiones historiográficas, gracias a los cuales hoy conocemos mejor los diferentes factores, ecológicos, demográficos, socio-económicos y culturales que nos ayudan a explicar la lógica de los sistemas familiares.

Si bien esta investigación se centra en el marco urbano, creo que es imprescindible realizar una descripción del panorama familiar en el ámbito en el que está inmersa Pamplona en este momento, imprescindible debido no sólo a las estrechas relaciones entre el mundo urbano y el rural a las que he hecho referencia en el capítulo anterior, sino también a que, precisamente como fruto de ellas, podemos encontrar en el mundo urbano peninsular semejantes diferencias entre la franja norte y el resto de la península, aunque teniendo en cuenta que partimos de la hegemonía de la familia nuclear en las ciudades. En este sentido, Burguière (1986) resalta también el papel de los

¹²¹ Wall (1997) presenta una buena recapitulación sobre este tema.

inmigrantes en la difusión, del campo a la ciudad, de sistemas familiares que nacen y se explican sobre todo desde el mundo rural.

El conocimiento de las estructuras familiares en la Navarra del siglo XVIII es hoy en día posible gracias sobre todo a la tesis doctoral de Fernando Mikelarena, quien, a partir del tratamiento nominal del censo de Floridablanca, de 1786, ha reconstruido la estructura y composición de los hogares navarros en diferentes áreas y sectores sociales, de manera que hoy en día contamos con un conocimiento exhaustivo de la realidad familiar navarra preindustrial.

La Navarra rural, excepto la Ribera, participa, como ya he avanzado anteriormente, en la hegemonía de la familia troncal, articulada en torno a la casa como unidad de explotación agrícola. Sin embargo, gran parte de las familias no gozaban de una propiedad que les permitiera garantizar la sucesión automática de la explotación a sus descendientes, sino que explotaban esta en régimen de arrendamiento. Por otro lado, muchas de estas explotaciones, aún siendo eminentemente agrícolas, participaban en mayor o menor medida, según la zona, en actividades artesanales, fundamentalmente protoindustriales y al margen del sistema gremial. Estamos, por lo tanto, ante importantes variaciones socioeconómicas que van a influir de manera clara en el seguimiento de pautas troncales, pero, al mismo tiempo, encontramos que este comportamiento familiar se localiza en áreas con importantes variaciones económicas y demográficas.

Todo esto hace que, antes de entrar en el resultado de la investigación, sea necesario valorar las principales aportaciones historiográficas que han intentado explicar las razones de la hegemonía del régimen troncal en el área en que está inmersa Pamplona, para profundizar posteriormente en las interrelaciones entre áreas rurales de régimen troncal con centros urbanos en los que predomina, como veremos, la familia nuclear y la norma neolocal de establecimiento familiar. De cara a este panorama historiográfico me basaré sobre todo en los trabajos de Mikelarena (1992) y Reher (1996), y en la valoración que han hecho estos autores, entre otros, sobre los diferentes factores que se han barajado como determinantes en la conformación de este sistema familiar.

Si bien está claramente demostrado que las pautas troncales de formación familiar están estrechamente relacionadas con los sistemas o prácticas sucesorias, es más complicado establecer equiparaciones entre estas prácticas y las leyes al respecto. Para empezar, hay que tener en cuenta que todo el área de dominio troncal de la península no comparte los mismos sistemas de derecho civil. Mientras en la mayor parte del área cantábrica, con la excepción de Vizcaya, el derecho castellano propugna un reparto igualitario de la herencia, en Vizcaya y Alava, al igual que en Aragón y Cataluña, el sistema legal favorece de manera clara el sistema de heredero único; por su parte, las leyes navarras dejan libertad al testador para disponer de la herencia de la manera que crea más conveniente. Sin embargo, a pesar de esta pluralidad, las familias amoldan las leyes a sus intereses, y así, en el área cantá-

brica, y sobre todo en Guipúzcoa, se aprovechan las posibilidades del sistema legal castellano para mejorar a uno de los hijos o hijas convirtiéndole de hecho en heredero. En Navarra, por su parte, bajo el mismo sistema legal se han desarrollado tanto una zona de predominio igualitario, como otra de tendencia al heredero único, aunque con importantes dotes para el resto de hijos e hijas. Parecen acertadas, por lo tanto, las conclusiones de Mikelarena en el sentido de que «estas evidencias obligan a pensar en la preminencia de las costumbres sobre el marco legal» (1992: 43).

También ha sido rechazada por Mikelarena la equiparación entre zonas de predominio troncal y prácticas nupciales restringidas basadas en un matrimonio tardío. Este planteamiento cuenta con el error fundamental de ignorar que el régimen troncal está presente en zonas con diferente modelo matrimonial, como es la franja cantábrica hasta Navarra, en la que en el siglo XIX se da una elevada edad femenina de acceso al matrimonio, superior a los 25 años, y la zona catalana y aragonesa, en la que la edad media femenina de acceso al matrimonio es menor de 24 años, inferior a la de otras zonas peninsulares con predominio de familia nuclear. Basado en estas disparidades, Mikelarena subraya, de acuerdo con Pérez Moreda y Reher, que los niveles de nupcialidad hay que relacionarlos mucho más con la necesidad de una regulación social de la natalidad, en función de unas condiciones previas y exógenas de mortalidad, que con los sistemas familiares. Incluso en Navarra son visibles esas divergencias en las pautas nupciales entre zonas de predominio troncal. Así, en la Zona Media de Navarra, a pesar de que forma parte, como los valles y cuencas prepirenaicas, de la zona de predominio troncal, se encuentran unas tempranas edades medias de acceso al matrimonio para las mujeres, en torno a 23 años, mucho más próximas al modelo meridional de la Ribera, en el que la familia nuclear tiene una clara hegemonía (Mikelarena, 1995, 182).

A nivel europeo, varios han sido los autores, como Burguière, que han relacionado los sistemas troncales con áreas de agricultura montañosa y hábitat disperso. Relacionado con esto, Comas d'Argemir ha puesto el acento en la importancia de los bienes comunales y en la regulación de acceso a ellos para explicar la importancia del sistema troncal en el un área de valles de montaña fuertemente delimitados, como es el caso pirenaico. Sin embargo, a pesar de que en ciertas partes de área troncal sí que se dan esas características, es también evidente que dentro del área pirenaica y prepirenaica encontramos el predominio de la familia troncal en tres ámbitos socio-ecológicos diferentes, las economías agrarias atlánticas holohúmedas, las economías agrarias de alta montaña pirenaica, y las economías agrarias mediterráneas de llanura.

La hegemonía de la familia troncal en estas zonas, de todos modos, está bastante mediatizada por la posición social de cada familia. Si con estas prácticas se pretende mantener indivisa y con visos de viabilidad la explotación agrícola, parece claro que en principio son los labradores propietarios

quien más tendencia tienen a ponerlas en práctica (Mikelarena, 1995; Arbaiza, 1996, Erdozain, 1999), algo que se puede comprobar en el cuadro IV.1. Sin embargo, estos mismos autores han demostrado la importancia de prácticas troncales entre labradores arrendatarios, y en este sentido, parece claro que las condiciones del contrato de arrendamiento, así como la rentabilidad de la explotación agraria, eran factores clave a la hora de posibilitar que familias arrendatarias explotaran durante diferentes generaciones la misma casa o caserío. Se trataba, por lo tanto, de heredar el derecho a seguir en la misma casa, algo que no siempre era posible.

Cuadro IV.1

Estructura del hogar en áreas rurales navarras según sectores sociales. 1786

	Montaña		Zona Media			Ribera	
	Props.	Inqs.	Labrs.	Jorns.	Arts.	Labrs.	Jorns.
Solit.	3,4	6,7	0,9	1,3	1	4	6
Sin fam.	1,8	1,7	0,2	1,1	1		
Nucleares.	37,1	74,4	51,6	79,2	66	77,8	85,3
Extensas	13	4	8,3	2,4	7,8	15,1	5
Múltiples	44,6	13,1	38,9	15,9	25,2	2	3,5
Total complejas	57,6	17,1	47,2	18,3	33	17,1	8,5

Fuente: Mikelarena, 1995: 255.

Parece claro, por lo tanto, que muchas veces las prácticas troncales eran más un objetivo, ligado la mayor parte de las veces al mantenimiento de una explotación agrícola independiente, que una posibilidad real, y que estaban condicionadas por la posición económica de la familia. Esto es evidente en el caso de los labradores arrendatarios, pero también parece muy importante en el caso de los propietarios. Arbaiza (1996: 157-162) ha demostrado que, en la Vizcaya de fines del Antiguo Régimen, la transmisión indivisa del patrimonio estaba ligada tanto a la estabilidad en los contratos de arrendamiento, en el caso de los inquilinos, como a la rentabilidad de la explotación en el caso de los propietarios. Este factor parece ser esencial para explicar el menor seguimiento de pautas troncales en la zona occidental de Vizcaya.

Este mismo factor ha sido aducido por Reher (1996) para explicar la menor troncalidad del área cantábrica. Según este autor, las pautas troncales «no eran más que una defensa parcial contra la fragmentación de la tierra», una defensa que se revelaba a la larga insuficiente en zonas en que la presión demográfica fuera mayor que las posibilidades de emigración a centros urbanos artesanales o comerciales o de actividades protoindustria-

les en el ámbito rural. Esto explicaría la menor troncalidad y mayor fragmentación de la tierra a la que se vieron sometidas Asturias y Galicia, en contraposición con otras zonas como el País Vasco o Cataluña, en la que existieron otras posibilidades. Como han puesto de manifiesto estos autores, la existencia del régimen troncal no estaba sólo condicionada por el querer, sino también por el poder.

Ahora bien, la aparición de un mismo «querer» en zonas y familias de diferente «poder» ha llevado a algunos investigadores a poner de manifiesto el papel de los valores culturales en la adopción de pautas troncales de sucesión. A este respecto, es de destacar la hipótesis de Mikelarena de relacionar la extensión de la familia troncal en Navarra con la extensión del euskera en el siglo XVI. Esta concordancia entre sistemas familiares y áreas lingüísticas le ha llevado a proponer que en Navarra existiría un sustrato etnocultural que favoreciera la formación de familias troncales, uno de cuyos signos sería el idioma¹²². Esta interpretación, de por sí muy sugerente, cuenta con el problema de circunscribirse a Navarra, dejando sin respuesta la realidad de otras zonas. Es verdad que también podría ser válida para otras zonas vascófonas, pero nos crea muchos interrogantes sobre el área cantábrica y la zona pirenaica, a pesar de la constancia toponímica del uso de la lengua vasca en la parte central de esta cordillera.

También Moreno y Zabalza, en su estudio sobre la implantación del sistema de heredero único en el área prepirenaica navarra durante el siglo XVII apuntan la importancia de aspectos comunes en las zonas de cultura vasca, unos aspectos culturales que influirían en la manera específica en que en estas zonas se aplican tendencias más generales de disolución de formas colectivas de explotación de la tierra y de implantación matrimonio canónico impulsado por la Contrarreforma: *«Es muy posible que la institución del heredero único fue la solución histórica que permitió resolver las tensiones entre la concepción de la “tierra” como fundamento y soporte de la identidad familiar y la nueva preeminencia de la relación conyugal. Es decir, la institución del heredero único fue la respuesta que permitió conciliar el matrimonio como núcleo duro de la comunidad familiar y el patrimonio como fundamento de la identidad familiar»* (1999: 187).

Otro tipo de enfoques, sin embargo, han cuestionado estas interpretaciones. Así, dentro de la historiografía navarra esta teoría ha sido matizada por J. Sánchez Barricarte, quien, sin negar la influencia de factores de tipo cultural, subraya la interrelación entre las prácticas troncales y la menor riqueza agrícola, y se inclina por entender estas prácticas troncales como *«la mejor organización social de supervivencia en un medio agrícola pobre»* (1998, 94). Sin embargo, no cabe duda de que este tipo de argumentos presenta difi-

¹²² Ahora bien, esta sugerente explicación sería respondida por quienes afirman la importancia de las variables relacionadas con la riqueza agrícola de la zona o la necesidad de gestionar entre un número reducido de vecinos los recursos naturales de la zona.

cultades explicatorias para explicar la hegemonía troncal en una zona media basada en cultivos cerealísticos y viñedos, con una gran riqueza agrícola.

También Verdon (1996) ha subrayado la importancia de los condicionantes económicos en el área pirenaica occidental para explicar la hegemonía de la troncalidad familiar. Sin embargo, más a allá de sus aportaciones puntuales, sus argumentos parten de un supuesto que creo que es más que discutible, y que sí que puede ser calificado como «esencialista», al basarse en una supuesta preferencia universal en el pasado por formas familiares nucleares, unas preferencias que solamente se podrían llevar a cabo dentro de una variedad de condicionantes económicos y legales.

Estamos, por lo tanto, ante un problema historiográfico sin resolver, pero las numerosas investigaciones han puesto de manifiesto que las pautas troncales obedecen tanto a un querer, en el que no cabe duda que tienen un papel importante los factores culturales, como a un poder, en el que principalmente influyen factores socio-económicos, ecológicos y demográficos¹²³. En este sentido, creo que es necesario volver a recordar las reflexiones de Thompson (1989) sobre la imposibilidad de establecer unas claras líneas divisorias entre componentes económicos y culturales del comportamiento familiar.

No es fácil entonces encontrar respuestas simples ante este tema, pero me parece necesario tener en cuenta todos estos factores a la hora de estudiar la familia y las estrategias de coresidencia en un centro urbano como Pamplona. En este sentido, tenemos que tener en cuenta tanto el papel que juegan estos centros urbanos, con predominio de familias nucleares, dentro de zonas de predominio troncal, así como las diferencias entre estos centros urbanos y los del resto de la península, insertos en zonas de predominio de estructuras nucleares y pautas neolocales de formación familiar.

IV. 2. EL HOGAR EN PAMPLONA. VISIÓN GENERAL

IV.2.1. Precisiones metodológicas

Antes de empezar a analizar el hogar en Pamplona, creo que es necesario abordar algunas importantes precisiones metodológicas que ya han sido mencionadas en la introducción. Algunas de ellas nos previenen de las dificultades que implica un análisis del hogar basado en las listas de habitantes, dificultades que nacen sobre todo de su carácter estático, pero también de la invisibilidad de fuertes lazos familiares diferentes de la coresidencia, del

¹²³ La diferente importancia dada a uno u otro tipo de factores dentro de la historiografía sobre la familia europea ha sido analizada por Wall, quien subraya la dificultad de hacer una diferenciación clara entre un tipo de factores u otros: «*Another approach is to consider economic and cultural determinants of behaviour as so inherently linked that it becomes pointless to try and disentangle them*» (1997: 22).

posible subregistro de niños y niñas de corta edad y de la dificultad de medir el hacinamiento en habitaciones, ya que las cédulas familiares no especifican relaciones de subarriendo entre hogares aparentemente autónomos. A este respecto, tenemos que recordar la información que el médico higienista Lazcano nos da en 1903 sobre el subarriendo de habitaciones entre las clases populares. Este tipo de cuestiones planteada por las situaciones de subarriendo también ha sido puesta de manifiesto por Anderson en su estudio sobre las familias de Preston (Lancashire), quien plantea las dificultades de medir los lazos familiares en hogares independientes pero subarrendados (1971: 48).

A estas dificultades, tenemos que añadir en nuestro caso los problemas que implica el uso del padrón municipal de 1843, en el que no es posible en todos los casos la separación de hogares y familias. Es por ello que los datos de este año los he incluido sobre todo para otro tipo de análisis diferentes de los del hogar, como es la inmigración y la participación en el mercado laboral. A pesar de ello, a veces los he incluido como indicativos, a sabiendas de su menor representatividad, por lo que, aunque en cada momento lo comentemos, es importante tenerlo en cuenta en las pocas ocasiones que hemos utilizado estos datos para análisis del hogar.

Como ya hemos señalado en la introducción, el objetivo de este amplio capítulo es desvelar las estrategias y las lógicas internas que llevan a las familias a definir estrategias propias de conformación del hogar y de coresidencia. En este sentido, me parecen interesantes las reflexiones de Roigé y de García González, quien afirma que «*se debería avanzar más en términos de estrategias residenciales (coyunturales y de clase) que de estructuras familiares*» (1990: 281). Ahora bien, creo que la historiografía ha demostrado que el estudio de esas estructuras familiares es una herramienta muy valiosa, aunque no la única, a la hora de adentrarnos en la explicación de la formación y la evolución de las estrategias de coresidencia.

Es de sobra conocido que esta es una tarea difícil para el mundo urbano, mucho más heterogéneo internamente a nivel social y económico que el rural, en el que los grupos familiares tienen un comportamiento más homogéneo en cada área. Sin embargo, a pesar de las dificultades, creo que es imprescindible este análisis para entender importantes aspectos de la vida familiar, encaminados en el mundo urbano no sólo a mantener la unidad de una explotación económica, ya sea agrícola, artesanal o comercial (que en muchos casos no existía), sino también, y sobre todo, a garantizar la supervivencia de los miembros de la familia. Es por ello que al sumergirnos en el análisis de la complejidad tendremos que tener en cuenta que en el mundo urbano va a tener una función clara de solidaridad intrafamiliar.

Como inicio de estas estrategias de coresidencia vamos a empezar con un análisis global del hogar desde finales del Antiguo Régimen a 1930, ba-

sado en su estructura, tamaño y composición. Posteriormente profundizaré este análisis en función de los diferentes grupos sociales, el ciclo vital familiar y el origen del cabeza de familia, y, por último, estudiaré con detenimiento la importancia y características que en cada grupo social tienen tres de sus componentes principales, hijos e hijas, sirvientes domésticos, y corresidentes. A través de todo esto creo que estaremos en condiciones de explicar algunos de los elementos claves del funcionamiento interno de las diferentes familias de Pamplona desde momentos preindustriales a los inicios de la industrialización.

Como uno de los principales objetivos de este trabajo es comparar las estrategias familiares de una ciudad preindustrial con las de una inmersa en los inicios de la industrialización, voy a profundizar en el estudio de dos censos, uno para cada período. Para el último de ellos no he tenido duda en centrarme en el de 1930, pero para el período preindustrial la dificultad de elección ha sido mayor. Descartado el de 1843, no cabe duda que tanto el de 1860 como el de 1887 se prestan a este estudio, ya que además, ambos nos especifican al lado de la profesión, tanto en los labradores como en los artesanos y en el sector servicios, si la persona en cuestión era jornalera o no, con lo cual podemos distinguir a los asalariados de estos sectores, en aras de una mayor precisión en el análisis social.

El hecho de que la profesión de los hijos e hijas esté mejor recogida en el año 1887 me ha hecho inclinarme por este año, ya que ese año será el que utilizaré en el capítulo siguiente (en el análisis de la participación de los miembros familiares en el mercado de trabajo) para momentos preindustriales, aún sabiendo que el año 1860 podría calificarse más rigurosamente como preindustrial. De todos modos, aunque el muy débil desarrollo económico de la ciudad nos permite atrasar hasta 1887 el análisis de comportamientos preindustriales, se podrá ver durante el capítulo que los datos de 1860 y, en la medida que sea posible, los de 1843 también serán tenidos en cuenta. Además, no podemos olvidar que también contamos con el análisis del hogar en la Pamplona de 1786 que ha realizado Mikelarena (1994), y que me servirá continuamente como marco de comparación.

IV.2.2. Tamaño, composición y estructura del hogar

El análisis de las estructuras familiares no es más que una primera aproximación a la lógica de las estrategias de coresidencia, y a través de él ya queda claro que a finales del Antiguo Régimen y las décadas centrales del siglo XIX, el hogar en Pamplona tenía características diferentes a las de sus áreas rurales circundantes. Por un lado, nos aparece un mayor porcentaje de hogares solitarios, y por otro un considerablemente menor porcentaje de hogares complejos.

Cuadro IV.2

Estructuras familiares en Pamplona (%)

	I (solitarios)	II (sin núcleo)	III (nuclear)	IV (extensa)	V (múltiple)	IV+V (compleja)	Total*
1786	12,6	3	65,7	13,4	5,2	17,6	
1843	1,79	9,56	70,0	14,3	4,41	18,71	952
1860	10,4	7,44	66,8	11,8	3,51	15,31	1.169
1887	5,62	6,16	70,9	14,1	3,21	17,31	1.121
1910	6,56	7,26	66,4	16,3	3,50	19,8	1.141
1930	6,80	8,54	62,2	17,3	5,15	22,45	1.030

Fuente: Para 1786, Mikelarena (1994: 131). Para el resto de años, elaboración propia a partir de la muestra de padrones y censos.

*: n.º de hogares recogidos en la muestra analizada.

En diferentes zonas de la zona media y la montaña navarra el porcentaje de familias complejas a finales del siglo XVIII es superior al 30%, y en concreto, en la Cuenca de Pamplona, un 44,9% de las familias son complejas (Mikelarena, 1995: 244), mientras que en la capital el porcentaje de familias complejas oscila entre el 15% y el 18% desde finales de siglo XVIII y todo el siglo XIX, dando muestras de una importante estabilidad.

En este sentido, el comportamiento de la capital navarra no es muy diferente del observado en otras ciudades de la península ibérica a finales del Antiguo Régimen. Como nos indica el cuadro IV.3¹²⁴, el porcentaje de familias complejas en centros urbanos enmarcados en áreas de predominio troncal, como Estella, Durango, Bilbao, Lugo o Girona, es cercano al 20%, mientras que en los enmarcados en zonas de hegemonía de la familia nuclear, como Logroño, Cuenca o Cartagena, ese porcentaje oscila entre el 4% y el 9%. A pesar de ello, queda también claro que estas ciudades del área troncal difieren de sus marcos rurales, y desarrollan sistemas familiares en los que ni la complejidad es dominante ni puede ser explicada simplemente por el seguimiento de pautas troncales.

Mercedes Arbaiza (1996: 123-130) ha estudiado la relación entre estos centros urbanos de predominio de familia nuclear con su entorno rural de predominio troncal en Vizcaya, y ha llegado a la conclusión de que ambos sistemas juegan un papel complementario. Los centros urbanos inmersos en áreas troncales están continuamente absorbiendo población del mundo rural, fundamentalmente población que no puede acceder a una explotación agrícola, y que tiene que emigrar a centros urbanos, o trabajar en actividades protoindustriales en el ámbito rural. No podemos entenderlos, por lo tanto como algo ajeno y separado de su entorno, sino como centros complementa-

¹²⁴ Bastantes de estos datos y otros de otras zonas españolas aparecen recopilados en Reher (1996: 41-44)

Cuadro IV.3

Estructura del hogar en áreas preindustriales urbanas

	Estella (1900)	Durango (1825)	Bilbao (1825)	Lugo (1752)	Girona (1720 1800)*	Logroño. (1784)	Cuenca. (1800)	Cartag. (1756)	Gran. (1752)
Solit.	11,1	6,1	11,5	13,5	13,2				
Sin fam.	2,4	3,3	2,8	5,4	5,8				
Nucleares.	67,9	67	73,2	68,3	55,2	77,1	72,8	85,9	65,1
Extensas	6,6	15,7	11,3	11,6	6,3	7,6	6,6	4,1	14,4
Múltiples	11,9	3,3	6	7	13,3	1,1	1,7	0	1,6
Tot. complejas	18,5	19	17,3	18,6	19,6	8,7	8,3	4,1	16

Fuente: Para Durango, Arbaiza (1996: 217); para Estella, Erdozáin y Mikelarena (1990: 425); para Bilbao, González Portilla (1995: 195); para Logroño, Lázaro Ruiz y Gurría García (1992: 106); para Cuenca, Reher: (1984: 110); para Granada, Casey y Vincent (1987, 177); para Lugo, Dubert García (1992); para Girona, Simón Tarrés (1987); para Cartagena, Chacón (1987).

rios que van a posibilitar la supervivencia del sistema troncal. Esa complementariedad, ya hemos señalado, se realiza sobre todo a través de los movimientos migratorios, y creo que no es descabellado pensar que esa misma continuidad y relación incluso familiar entre los habitantes urbanos y rurales sea un factor explicativo para entender la importancia de las familias complejas en estos centros urbanos del norte peninsular, en la línea ya apuntada por Burguière (1986) acerca del papel de los movimientos migratorios en la geografía urbana de los sistemas familiares.

Cuadro IV.4

Composición y tamaño del hogar en Pamplona

	1786	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza	1	1	1	1,00	1	1
Cónyuge		0,71	0,64	0,71	0,64	0,62
Hijos/as	1,28	1,39	1,39	1,61	2,12	1,94
Domésticos	0,98	0,47	0,42	0,34	0,32	0,25
Parientes	0,33	0,39	0,30	0,32	0,46	0,44
Sin parentesco		0,38	0,11	0,12	0,01	0,02
Huéspedes	0,28	0,02	0,01	0,04	0,05	0,04
Total	4,30	4,36	3,87	4,14	4,60	4,32

Fuente: Para 1786: Mikelarena, 1994; para el resto, elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones

Cuadro IV.5

Posición en el hogar de los habitantes de Pamplona

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza	22,96	25,83	24,13	21,74	23,14
Cónyuge	16,33	16,64	17,12	13,89	14,45
Hijos/as	31,96	35,94	38,95	46,02	44,89
Domésticos.	10,71	10,77	8,31	6,95	5,75
Parientes.	8,88	7,77	7,77	9,96	10,22
Sin parentesco	8,78	2,78	2,84	0,29	0,56
Huéspedes.	0,39	0,26	0,88	1,16	0,99
Total	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones

Sin duda alguna, ese ideal de troncalidad, ese querer, del que hablábamos para el área rural troncal dejaría su marca en el mundo urbano, no ya con una repetición de esas pautas troncales, que para la mayoría de la población serían imposibles al no tener una explotación económica que transmitir a sus descendientes, sino con una mayor tendencia a convivir con parientes. Parece evidente que en este ámbito cultural el convivir con padres o madres viudos, o con otros familiares no se haría nada raro a gente en cuyo horizonte ideal estaría el poder formar una familia troncal, indicadora a su vez, de cierto nivel y estabilidad económica. Como analizaremos posteriormente, existían importantes diferencias sociales a la hora de formar familias complejas, pero sí parece claro que en general los habitantes de estas ciudades

Cuadro IV.6

Composición del hogar según la estructura familiar. 1843

	I	II	III	IV	V	Total
Cabeza	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00
Cónyuge	0,00	0,02	0,82	0,70	0,83	0,71
Hijos/as	0,00	0,03	1,53	1,62	2,00	1,39
Domésticos	0,00	0,52	0,43	0,63	0,55	0,47
Parientes	0,00	0,55	0,00	1,60	2,38	0,39
Sin parentesco	0,00	0,97	0,31	0,40	0,43	0,38
Huéspedes	0,00	0,03	0,02	0,02	0,00	0,02
Total	1,00	3,12	4,10	5,97	7,19	4,36

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Cuadro IV.7

Composición del hogar según la estructura familiar. 1860

	I	II	III	IV	V	Total
Cabeza	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00
Cónyuge	0,00	0,00	0,80	0,70	0,85	0,64
Hijos/as	0,00	0,00	1,74	1,33	2,05	1,39
Domésticos/as	0,00	0,78	0,39	0,57	0,85	0,42
Parientes	0,00	0,42	0,01	1,38	2,85	0,30
Sin parentesco	0,00	0,50	0,09	0,09	0,05	0,11
Huéspedes	0,00	0,00	0,01	0,03	0,00	0,01
Total	1,00	2,70	4,03	5,11	7,66	3,87

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

eran más propensos a formar familias complejas que las de otras zonas de la península, y no parece que podamos achacar esto a diferencias ecológicas o económicas entre ciudades preindustriales, sino más bien a ciertos valores culturales.

Si bien estas reflexiones son válidas para finales del Antiguo Régimen, no cabe duda de que los cambios producidos por las reformas liberales y el incipiente proceso de industrialización van a modificar estos comportamientos familiares. Así, el aumento de las familias complejas en los inicios del siglo XX creo que hay que relacionarlo con los efectos de la industrialización, el crecimiento urbano, y las condiciones de vida de las clases trabajadoras, que he tratado de señalar en el capítulo segundo.

Cuadro IV.8

Composición del hogar según la estructura familiar. 1887

	I	II	III	IV	V	Total
Cabeza	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00
Cónyuge	0,00	0,00	0,81	0,78	0,69	0,71
Hijos/as	0,00	0,01	1,90	1,58	1,36	1,61
Domésticos/as	0,00	0,64	0,29	0,53	0,89	0,34
Parientes	0,00	0,39	0,01	1,44	2,78	0,32
Sin parentesco	0,00	0,61	0,06	0,15	0,42	0,12
Huéspedes	0,00	0,14	0,04	0,02	0,00	0,04
Total	1,00	2,80	4,10	5,50	7,14	4,14

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Cuadro IV.9

Composición del hogar según la estructura familiar. 1910

	I	II	III	IV	V	Total
Cabeza	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00
Cónyuge	0,00	0,00	0,73	0,75	0,78	0,64
Hijos/as	0,00	0,07	2,53	2,23	1,88	2,12
Domésticos	0,00	0,70	0,24	0,45	1,05	0,32
Parientes	0,00	0,93	0,00	1,52	4,13	0,46
Sin parentesco	0,00	0,02	0,01	0,02	0,00	0,01
Huéspedes	0,00	0,17	0,05	0,03	0,05	0,05
Total	1,00	2,89	4,57	5,99	8,88	4,60

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Aunque más adelante seguiremos profundizando sobre este asunto, queda claro que los inicios del desarrollo industrial en Pamplona no van a provocar una disolución de los lazos familiares, sino todo lo contrario, un reforzamiento de las solidaridades, algo que debe ser estudiado de manera mucho más profunda que con una simple visión general sobre estructuras familiares.

Estas estructuras nos están revelando algunas de las claves de los comportamientos familiares, pero para seguir profundizando tenemos que tener también en cuenta el tamaño y la composición de los grupos familiares.

Seguramente el principal rasgo de la evolución del hogar entre 1786 y 1860 es el ligero descenso de tamaño, motivado principalmente por el descenso del número de sirvientes domésticos y de huéspedes, mientras los res-

Cuadro IV.10

Composición del hogar según la estructura familiar. 1930

	I	II	III	IV	V	Total
Cabeza	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00	1,00
Cónyuge	0,00	0,00	0,73	0,74	0,75	0,62
Hijos/as	0,00	0,00	2,43	1,81	2,23	1,94
Domésticos	0,00	0,55	0,23	0,28	0,19	0,25
Parientes	0,00	0,83	0,00	1,33	2,75	0,44
Sin parentesco	0,00	0,20	0,00	0,02	0,02	0,02
Huéspedes	0,00	0,23	0,03	0,03	0,00	0,04
Total	1,00	2,81	4,43	5,21	6,94	4,32

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones

tantes componentes se mantienen bastante estables. Ante los problemas que nos plantean los datos de 1843 tenemos que esperar a 1860 para constatar ese descenso, un momento que en el que parece que quizás en muchos hogares todavía se sentía la ausencia de las víctimas de la epidemia de cólera de 1855. Sin embargo, a partir de este año podemos apreciar un ligero crecimiento del hogar que ya es visible en 1887, debido al aumento del número de hijos, pero que no supera todavía el tamaño medio de 1786.

Esta tendencia a aumentar el tamaño del hogar entre 1860 y 1887 es más visible todavía a principios del siglo xx, apareciendo un promedio cercano a 2 hijos o hijas por hogar, bastante superior a los 1,3 o 1,4 que aparecían a finales del xviii y mediados del xix. Este aumento de los hijos, acompañado por el aumento más ligero del número de parientes corresidentes, es la clave para ese crecimiento del tamaño del hogar, a pesar de que descienda el peso de los sirvientes domésticos y huéspedes. Como se aprecia, el aumento del tamaño del hogar y del número de hijos alcanza su punto máximo en 1910, para descender ligeramente en 1930.

Si ese proceso de transformación que ya hemos esbozado lo analizamos según las diferentes estructuras familiares podemos establecer algunas precisiones importantes. A partir de los cuadros podemos explicar la paradoja de que el aumento del porcentaje de familias complejas en el siglo xx no haga aumentar el tamaño medio del hogar de finales del siglo xviii. Además de los cambios en el peso de hijos, parientes y domésticos, los cuadros nos dejan claro que existe una tendencia al descenso de tamaño de los hogares complejos, más sensible en los extensos (de 6,16 a 5,21) que en las múltiples. Estamos pues ante un paralelo aumento de importancia relativa de los hogares complejos, a la vez que tienden a ser más pequeños, no tanto por un descenso del número medio de parientes, sino por el de sirvientes domésticos. Como apreciaremos posteriormente, esto va a tener mucho que ver con los cambios en las estrategias familiares de los diferentes grupos sociales.

El aumento del número de hijos e hijas es algo permanente en todo el período, pero más claro entre 1887 y 1930. Entre 1786 y 1887 aumenta de 1,55 a 1,90 en las familias nucleares, manteniéndose en las extensas en 1,5 y oscilando mucho en los múltiples. A partir de 1887 aumenta el número de hijos en todas las familias, especialmente en las nucleares, llegando a 2,42, y en las múltiples, a 2,23. En un apartado específico analizaré las claves de esta evolución, poniéndola en relación con otros comportamientos, como la situación del mercado laboral, la transición demográfica o las tendencias de la nupcialidad.

Entre los y las sirvientes domésticos encontramos una evolución inversa, descendente. Es de señalar que durante todo el siglo xix los hogares complejos tienen un mayor número de domésticos que los nucleares, pero en 1930 esto ya no ocurre. Esto obedece a cambios en estrategias económicas y al aumento, como veremos posteriormente, de la complejidad familiar entre las clases popu-

lares. Respecto a los parientes corresidentes nos encontramos una estabilidad del peso relativo total, pero bajo esa estabilidad podemos apreciar un aumento del porcentaje de parientes y una diferente evolución de su peso en familias extensas y múltiples. En las primeras desciende su importancia (de 1,59 a 1,33) mientras que en las múltiples aumenta (de 2,38 a 2,75). Los huéspedes y las personas sin parentesco tienden a disminuir ligeramente su peso en la composición del hogar, sin embargo, es difícil precisar la cronología de ese descenso, debido a los problemas de los datos de 1843. De todos modos, la evolución parece clara desde finales del siglo XVIII hasta 1930, con un descenso continuo durante el siglo XIX que se vuelve a agudizar a principios del siglo XX.

Se puede concluir, por lo tanto, que las claves de la evolución se sitúan en un aumento de la presencia en el hogar de personas con lazos familiares (hijos e hijas y parientes), a la vez que cobran importancia las familias complejas, y un descenso de la presencia de quienes vivían en el hogar por motivos fundamentalmente económicos (domésticos y huéspedes). En realidad, tanto el comportamiento de las familias de Pamplona durante el siglo XIX como durante los inicios industrializadores del siglo XX hay que ponerlos en relación con el que experimentan las familias de otras zonas.

Si comparamos el tamaño y la composición del hogar de Pamplona con el de su comarca rural circundante, la Cuenca de Pamplona, podemos apreciar que el hogar urbano es más pequeño que el de su entorno rural, debido sobre todo a que en ese medio rural, la cuenca de Pamplona, viven en el hogar mayor número de hijos, parientes y domésticos.

Sin embargo, al comparar el hogar de Pamplona con el de otras ciudades preindustriales podemos apreciar que el tamaño medio de su hogar es superior tanto al de una villa enclavada en un entorno troncal, Durango, como al de ciudades de zonas de predominio nuclear. Si tomamos los datos de finales del siglo XVIII, el mayor tamaño del hogar de Pamplona no se debe sólo a un mayor número de parientes corresidentes, relacionada con la mayor complejidad familiar, sino también a un mayor número de sirvientes domésticos y huéspedes. Estamos pues, por lo tanto, ante una ciudad con unos hogares relativamente grandes para lo que es el marco urbano preindustrial, ya antes de que se pueda achacar esto a los problemas urbanísticos y al contencioso con el ejército que toma protagonismo en el siglo XIX.

Respecto a la evolución durante las primeras etapas de la industrialización, la pérdida de importancia en el hogar de personas sin lazos familiares, tales como los trabajadores domésticos y los huéspedes, debe ser entendida dentro de un proceso general de transformación del hogar durante la industrialización, un proceso de privatización e intimización, en el que pierde en gran medida sus funciones de producción para el mercado y la obtención de ingresos monetarios, y se centra en sus funciones residenciales y de reproducción de la unidad familiar (Hareven, 1991). De todos modos, este proceso no se debe entender ni mucho menos de manera lineal. Como podremos analizar con más profundidad en el capítulo siguiente, en muchos centros indus-

triales el hogar siguió siendo un centro de trabajo a domicilio, realizado sobre todo por mujeres, al mismo tiempo que sigue contribuyendo a la obtención de ingresos monetarios por medio de la práctica del pupilaje, también basada en el trabajo femenino, algo que no parece constatable como práctica habitual en Pamplona.

Por otro lado, resulta evidente el aumento del porcentaje de familias complejas, que llegan a un 19,8% en 1910 y a un 22,45% en 1930, en contraste con los datos que tenemos sobre la evolución de las zonas rurales de Navarra. En la Amezkoa baja, dentro de la Navarra media occidental, el porcentaje de familias complejas desciende entre 1860 y 1930 del 45,8% al 39% (Erdozáin, 1999: 195), en Sangüesa y Yesa, este porcentaje desciende entre 1786 y 1930 de un 28% a un 14,9%, y en Lesaka de un 47,1% a un 16,3% (Sánchez Barricarte, 2000: 733). Así, mientras en el medio rural podemos encontrar algunos síntomas de debilitamiento del modelo troncal¹²⁵, en el medio urbano apreciamos un aumento de los hogares que albergan parientes no enmarcados en el núcleo familiar.

Sin embargo, ese aumento de la complejidad familiar en el mundo urbano tiene relación con lo ocurrido en otras ciudades durante el proceso industrializador. El clásico trabajo de Anderson sobre Lancashire, o la tesis doctoral de A. Pareja sobre Bilbao, entre otras investigaciones, ponen de manifiesto la importancia de estos lazos como recurso de las clases trabajadores frente a las dificultades de la industrialización, algo sobre lo que también ha investigado Hareven. En concreto, el porcentaje de familias complejas pasa en Bilbao del 17,3% al 23,6% entre 1825 y 1930 (González Portilla, 1996). Queda así puesta de manifiesto la poca base empírica de aquellos que señalaban la disolución de la familia como consecuencia de la industrialización¹²⁶. Del mismo modo, esta tendencia a fortalecer lazos familiares entre las clases populares nos hace matizar y relativizar el modelo lineal, o difusionista, que pudiera derivarse de la manera en que Elias (1989) entiende el «proceso de civilización», un proceso en el que la privatización del hogar, y el progresivo distanciamiento respecto a los sirvientes domésticos, juegan un papel fundamental.

¹²⁵ De todos modos, conocida la diversidad del territorio navarro, serían necesarias más investigaciones sobre el tema en diferentes zonas para poder hacernos una idea de la evolución de las estructuras familiares en el mundo rural durante las primeras décadas del siglo XX, una evolución sin duda influenciada por el diferente desarrollo socio-económico de cada zona.

¹²⁶ En otras localidades vizcaínas se aprecia una evolución dispar (Arbaiza, 1994: 327). En el caso de la más afectada por el proceso de industrialización, Barakaldo, el ligero descenso de familias complejas entre 1825 y 1910 debe ser entendido dentro del cambio socio-económico del municipio (pasa de un 23,5% a un 20,87), en importante medida agrícola y basado en prácticas troncales en 1825, y profundamente industrializado en 1910. Tomado en conjunto el área metropolitana de la Ría de Bilbao se aprecia un descenso del porcentaje de familias complejas entre 1825 y 1935, de un 22,75% a un 19% (Pareja, 2001), un descenso que también debe relacionarse con la aparición de nuevas estructuras económicas. También entre mediados y finales del siglo XIX se produce un ligero descenso de las familias complejas en núcleos fabriles catalanes como Tarrasa o Sabadell (Camps, 1995: 108), pero manteniéndose en porcentajes superiores al 20% de las familias, lo cual es muestra de la importancia de la coresidencia familiar.

Este primer análisis global nos ha servido para situar las características generales de los hogares de Pamplona y compararlos con otros entornos, pero no cabe duda de que nos está escondiendo importantes diferencias sociales, y otras respecto a la influencia de la inmigración y el ciclo vital. Al mismo tiempo, tenemos que intentar trascender estos análisis tipológicos para entender la lógica interna de los procesos de formación y reproducción de los grupos familiares. Es por eso que en los siguientes apartados analizaremos estos aspectos en profundidad.

IV.2.3. El hogar según los diferentes grupos sociales

Ya he señalado en el capítulo introductorio que los comportamientos familiares no se pueden comprender al margen de la realidad social, y, en concreto, sin tener en cuenta la posición social de la familia, aunque eso no signifique, en modo alguno, olvidar factores más ligados al mundo simbólico y de los valores. Estamos de nuevo ante las relaciones entre los diferentes «querer» y los diferentes «poder».

Ya hemos visto como en el caso navarro, esas diferencias han sido estudiadas por Mikelarena (1995), y por Erdozáin (1999) de manera más detallada en la Zona Media Occidental, demostrando ambos que entre las familias propietarias es mayor el tamaño del hogar y el porcentaje de familias complejas que entre arrendatarios, y más todavía que entre los asalariados (cuadro IV.11). Estudiar estas diferencias entre los sectores sociales a la hora de formar un hogar es el objetivo de este apartado, centrándome de momento en las estructuras familiares, el tamaño y la composición del hogar.

Cuadro IV.11

Composición del hogar en algunas áreas y ciudades preindustriales

	Cuenca de Pamplona (1786)	Durango (1825)	Logroño (1784)	Cuenca (1800)
Cabeza.	1	1	1	1
Cónyuge.			0,73	0,69
Hijos/as	2,44	1,57	1,44	1,4
Parientes	1,04	0,34	0,15	0,19
Domésticos/as	0,7	0,22	0,27	0,42
Huéspedes				
Otros				
Total	5,79	4,02	3,59	3,8

Fuente: Para Durango, Arbaiza (1996: 219); para la Cuenca de Pamplona, Mikelarena (1995: 268); para Logroño, Lázaro Ruiz y Gurría García (1992: 106); para Cuenca, Reher: (1984: 114).

Para ello voy a distinguir dos tipos de situaciones, en primer lugar analizaré el hogar preindustrial, que creo que se puede mantener, con importantes continuidades, durante el siglo XIX, a pesar de que en 1887 estamos en un momento de cierto cambio económico. Sin embargo, las diferencias entre los grupos sociales siguen manteniendo en este año unas tónicas similares a las de todo el siglo XIX.

En segundo lugar, analizaré los datos de 1930, momento en el que encontramos unos cambios importantes en la conformación de los hogares, y por lo tanto, en las estructuras de coresidencia, unos cambios que sin duda van a estar ligados al proceso de cambio económico y urbanístico de la ciudad durante el primer tercio del siglo XX.

IV.2.3.a. *Diferencias sociales en la formación del hogar durante el siglo XIX*

Como ya he señalado anteriormente, creo que tanto en la estructura y composición del hogar como en la diferenciación social a este respecto podemos encontrar una continuidad importante durante el siglo XIX. Esta continuidad se puede apreciar al comparar los datos referidos a 1786, 1843, 1860 y 1887, recogidos en los cuadros IV.12, IV.13, IV.14, y IV.15, y en función de esa continuidad nos hemos permitido escoger uno de los años, 1887, para profundizar en las diferencias sociales en la composición del hogar en una ciudad preindustrial, a pesar de los matices que hay que introducir para calificar así a la Pamplona de este año. Adjunto, de todos modos, los datos de 1843 y 1860, como prueba de que las principales tendencias apuntadas sobre tamaño y composición del hogar en los diferentes grupos sociales tienen una continuidad apreciable en todo el siglo XIX.

Cuadro IV.12

Estructura familiar según el grupo social. Pamplona, 1786

	Sol	Sin núcl.	Nuclear	Extensa	Múltiple	% Comp.	N.º
I. Agricultura y ganad.	1	0,6	74,8	14	9,6	15,6	520
II. Artesanos	1,2	0,9	77,6	15,6	4,6	20,2	944
II. Jornaleros	1	0	85,7	11,5	1,9	13,4	105
III. Funcionarios	10,5	3	60,9	21,1	4,7	25,8	171
III. Prof. lib.	4,6	3,4	63,5	19,4	9,1	28,5	263

Fuente: Mikelarena, 1994.

a.1. Las estructuras familiares

Tal y como sucede en el entorno rural de la capital navarra, también dentro de sus murallas encontramos diferencias importantes en las estructuras

familiares en función de la profesión del cabeza de familia, algo que es común a otras ciudades peninsulares.

Cuadro IV.13

Estructura familiar según el grupo social. 1843

	Sol	Sin núcl	Nuclear	Extensa	Múltiple	% Comp.	N.º
I. Agricultura y ganad.	0	0,6	77	12,1	10,3	22,4	165
II. Artesanos	1	4,9	76,5	14,3	3,3	17,6	307
II. Jornaleros	0	0	85,4	9,8	4,9	14,7	41
III. Otros	2,3	10,5	69,6	14	3,5	17,5	180
III. Prof. lib.	0	3,3	72,1	21,3	3,3	24,6	52
III. Propietarios	0	16	64	12	8	20	25
Sin profesión	6,1	22,1	54	16	1,8	17,8	182
Total	1,8	9,6	70	14,3	4,4	18,7	952

Los números romanos indican la clasificación sectorial.

En la última columna se indica el número de familias de cada grupo recogidas en la muestra.

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Cuadro IV.14

Estructura familiar según el grupo social. 1860

	Sol	Sin núcl	Nuclear	Extensa	Múltiple	% Comp.	N.º
I. Jornaleros	2,1	2,1	85,4	7,3	3,1	10,4	96
I. No jornaleros	1,6	0,0	74,2	17,7	6,5	24,2	62
II. Artesanos jornaleros	7,4	1,0	77,5	11,8	2,5	14,3	204
II. Art. no jornaleros	3,6	4,2	71,3	12,6	8,4	21,0	166
II. Art. mujeres	52,2	17,4	29	0	1,45	1,4	94
II. Jjornaleros	13,3	6,7	75	1,7	3,3	5	60
III. Otros	9,5	8,3	64	14,8	3,4	18,2	264
III. Prof. liberales	5,3	3,5	70,2	19,3	1,8	21,1	57
III. Propietarios	6,3	21,9	59,4	12,5	0	12,5	64
Sin profesión	20,4	7,8	58,3	11,7	1,9	13,6	102
Total	10,4	7,5	66,8	11,8	3,5	15,3	1.169

Los números romanos indican la clasificación sectorial.

En la última columna se indica el número de familias de cada grupo recogidas en la muestra.

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones

Los datos de los tres años del siglo XIX escogidos como muestra coinciden en señalar más altos porcentajes de complejidad en los hogares de mayor

Cuadro IV.15

Estructuras familiares según profesiones del cabeza 1887

	Sol	Sin núcl	Nuclear	Extensa	Múltiple	% Comp.	N.º
I. Jornaleros	2,9	0	87,1	7,1	2,9	10	70
I. No jornaleros	2,6	0	63,2	26,3	7,9	34,2	38
II. Artesanos jornaleros	1,1	0	83,0	12,5	3,4	15,9	88
II. Art. no jornaleros	0,8	0	76,6	21,1	1,6	22,7	128
II. Art. mujeres	62,5	0	15,5	15,5	12,5	28,0	40
II. Jornaleros	0,6	1,2	85,5	9,9	2,9	12,8	172
III. Asalariados	2	0	84,3	9,8	3,9	13,7	51
III. Empleados	1,8	0	79,6	16,7	1,8	18,5	54
III. No asalariados	0	2,6	62,8	32,1	2,6	34,7	78
III. Mujeres	20	18,2	54,5	7,27	0	7,3	54
III. Lavanderas	12,5	8,3	79,2	0	0	0	23
III. Prof.liberales	0	4	76	14	6	20	100
III. Propietarios	3,3	20	56,7	16,7	3,3	20	34
Sin profesión	16,5	12,2	55,3	12,2	3,7	15,9	191
Total	5,6	6,2	70,9	14,1	3,2	17,3	1.121

Los números romanos indican la clasificación sectorial.

En la última columna se indica el número de familias de cada grupo recogidas en la muestra.

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

status social o con explotación económica independiente, como es el caso de las profesiones liberales, los autónomos del sector servicios, y los labradores y artesanos no asalariados, todos ellos con porcentaje de hogares complejos superiores al 20%. Es importante el haber podido contar con la información profesional detallada en los años 1860 y 1887, ya que las hojas familiares, tanto en el caso de los labradores como en el de los artesanos, nos señalan con precisión quiénes trabajaban a jornal; del resto, podemos pensar que tenían taller propio, que actuaban de manera autónoma, o, en el caso de los labradores, que fueran propietarios o arrendatarios, aunque ya hemos señalado, a partir de los datos del catastro de 1822 analizados por Mikelarena, que la mayor parte de ellos serían arrendatarios.

Lo que está claro es que la existencia de una unidad económica independiente favorecía la presencia en el hogar de parientes corresidentes, bien como complemento de la mano de obra (no siempre reconocido como tal en los censos o padrones) o como señal de prácticas troncales, de herencia de la explotación agrícola, de servicios, o del taller.

En el caso de las profesiones liberales, no parece que la explicación venga dada por la suma de trabajo en el interior del hogar, sino más bien por la posibilidad de mantener económicamente más miembros sin empleo, fundamentalmente personas ancianas. Un análisis más detallado del tipo de parientes nos podrá confirmar más adelante esta hipótesis.

El caso de los clasificados como «propietarios» parece algo atípico y difícil de explicar. Parece lógico pensar que se trata de propietarios rentistas, muchos de ellos personas mayores. La dificultad surge cuando es principalmente este tipo de personas quienes son clasificadas como «propietarios», aunque es lógico pensar que otros clasificados con otras profesiones también podrían percibir rentas por algunas propiedades.

En el caso de los hogares de jornaleros, asalariados de servicios, artesanos o labradores asalariados, podemos apreciar niveles bastante menores del complejidad, sin sobrepasar, por lo general, un porcentaje del 15%, con el caso algo intermedio de los clasificados como «empleados», en los que parece que su mayor nivel social les lleva a tener unos niveles de complejidad algo superior que el resto de asalariados, pero sin llegar a los niveles de los hogares del primer grupo.

Mención aparte merecen los hogares encabezados por mujeres con empleo, sobre todo como trabajadoras del textil, lavanderas, o con otras profesiones del sector servicios. Nos encontramos ante hogares pequeños, incluso con una presencia importante de hogares solitarios o sin núcleo familiar, que creo que es difícil de describir de manera uniforme. Más bien parece que la característica fundamental de este grupo es su heterogeneidad y la mayor debilidad de los lazos familiares.

Como ya hemos señalado, también en diferentes pueblos de la provincia de Vizcaya (Arbaiza, 1994: 336), o en otras ciudades del estado español se aprecian importantes diferencias entre los grupos sociales a la hora de analizar las estructuras familiares. Este es el caso de Logroño y Cuenca, pero, sin embargo, los datos de estas ciudades nos vuelven a demostrar la diferencia entre una ciudad enclavada en un área rural de hegemonía troncal y las enclavadas en áreas de predominio de la familia nuclear. Como se puede observar a partir de los datos del cuadro IV.16, si comparamos los datos de Logroño o Cuenca con los de Pamplona o Estella, queda claro que en las dos primeras todos los grupos sociales tienen un menor porcentaje de familias complejas, por lo cual parece evidente que no se puede achacar la alta presencia de estas estructuras en Pamplona o en Estella, dos ciudades con comportamiento parecido, simplemente a las diferencias económicas que pudieran tener con Cuenca o Logroño, sino que habría que pensar en la influencia de los modelos rurales a través de las continuas migraciones.

Podemos afirmar, por lo tanto, que la situación de Pamplona no supone una excepción, y que en las ciudades preindustriales la formación de familias complejas es una práctica que tiene estrecha relación con la situación social de la familia, siendo más habitual entre las familias de clases altas, o con explotación económica propia. Por el contrario, el porcentaje de este tipo de familia entre las clases populares, y sobre todo entre los hogares encabezados por jornaleros, desciende claramente en todas las ciudades preindustriales, algo que también ha sido comprobado en el caso de Burgos en 1789, donde

Cuadro IV.16

Porcentaje de familias complejas por grupo social en diferentes ciudades preindustriales

	Cuenca 1800-1844	Logroño 1752-1794	Estella 1900
Labradores		12,7	31,4
Jornaleros agricultura	9,5		16
Jornaleros		4,8	
Jornaleros artesanos			10,3
Artesanos	10	11,3	19,2
Servicios	13,5	12,7	
Prof. lib/administración	15	17,4	25

Fuente: Para Cuenca (Reher, 1990: 194); para Logroño (Lázaro y Gurría García, 1992: 108); para Estella (Erdozáin y Mikelarena, 1990: 426)

entre las familias registradas en el Censo de Pobres el porcentaje de familias complejas se reduce al 0,3% (Carasa, 1994: 261), o en Piazenza, Italia, a principios del siglo XIX, donde el porcentaje de familias complejas entre los pobres era 2,8% (Subachi, 1993: 73). En el caso del Bilbao de 1889, el porcentaje de familias complejas entre las familias pobres, cuyos cabezas de familia masculinos eran mayoritariamente jornaleros o peones, era un 9,59% (Gracia, 1999: 147)¹²⁷ porcentaje superior al de estas ciudades, pero por debajo del registrado entre el total de población de la ciudad, que era 18,8% en 1900 (González Portilla, 1995: 195).

Esta descripción de la importancia de la situación social para la conformación de la estructura del hogar también ha sido puesta de manifiesto por Woolf (1989: 190-193) en el caso de los pobres florentinos a principios del siglo XIX. En este caso nos encontramos con un predominio aplastante de familias nucleares, de reducido tamaño, un tercio de ellas encabezadas por mujeres viudas. También aparecen familias extensas, pero una complejidad que, lógicamente, no obedece a prácticas troncales, sino a redes colaterales de solidaridad. Sin embargo, también se puede encontrar en momentos preindustriales concretos en los que el empobrecimiento de sectores artesanales y la crisis de estas actividades traiga consigo un aumento del número de hijos en el hogar, al reducirse las capacidades de encontrar empleo, tal y como ha constatado S. Cavallo (1991) para la ciudad de Turín en la segunda mitad del siglo XVIII.

¹²⁷ En el caso de los datos que Gracia proporciona para el Bilbao de fines del siglo XIX, tenemos que tener en cuenta que no se pueden calificar como representativos de una sociedad preindustrial, habida cuenta del desarrollo económico, minero e industrial, en el que está inmersa la ciudad en esos momentos (González Portilla, 1995).

a.2. Tamaño y composición del hogar

Un primer acercamiento a la variación del tamaño de los hogares según los grupos sociales nos deja claro que en las sociedades preindustriales existe una relación clara entre tamaño y status social, reforzando la idea apuntada en el anterior apartado

Si tomamos como punto de referencia los datos de 1887, encontramos los hogares llamados «grandes», aquellos que superan un tamaño medio de cinco componentes, que corresponden a los encabezados por labradores, no asalariados del sector servicios y profesiones liberales. Un tamaño medio tienen los encabezados por artesanos no asalariados y los calificados como «empleados», entre 5 y 4,5. Por último, nos encontramos con unos hogares pequeños, los encabezados por jornaleros, asalariados de agricultura, artesanía o servicios, y costureras o lavanderas. Esta clasificación se puede mantener durante los años estudiados en el siglo XIX con ligeros cambios¹²⁸.

Cuadro IV.17
Composición familiar según la profesión del cabeza. 1843

	Cónyuge	Hijos/as	Domést.	Parientes	Sin parent.	Huésped.	Total
I	0,9	1,7	0,2	0,5	0,3	0	4,6
II. Artesanos	0,9	1,7	0,4	0,3	0,4	0	4,3
II. Jornaleros	0,9	1,7	0	0,3	0,1	0	3,6
III. Otros	0,6	1,4	0,6	0,3	0,5	0	4,4
III. Prof. lib	0,9	1,7	1,2	0,2	0,4	0	5,4
Total	0,7	1,4	0,5	0,4	0,4	0	4,4

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Queda clara, por lo tanto, la correspondencia entre tamaño del hogar y status social, que se puede apreciar claramente al diferenciar los grupos de labradores y artesanos entre asalariados y no asalariados. Aunque el tamaño medio es en general menor en 1860, tanto en este año como en 1887 se ve claro que los labradores y artesanos asalariados tienen un hogar menor que los no asalariados. Lo mismo pasa al desglosar en 1887 los hogares en los que

¹²⁸ En el caso de las variaciones dentro de los labradores la explicación parece hallarse en el hecho de que en el padrón de 1843 no aparecen diferenciados los labradores jornaleros de los que no lo son, por lo que al incluir los jornaleros en este grupo la media de tamaño baja bastante. En el análisis pormenorizado de 1860 vemos también que las diferencias de comportamiento entre ambos grupos son más que notables, por lo que no hay datos que nos hagan pensar en una alteración de la estabilidad de los tamaños en el caso de los labradores durante el siglo XIX.

el cabeza tiene profesión del sector servicios. Esta tendencia general se corresponde con las afirmaciones de Woolf para la Europa preindustrial. Este investigador revela diferentes investigaciones han puesto de manifiesto el reducido tamaño de la familia de clase trabajadora, un reducido tamaño que se conseguía con la aplicación de una triple estrategia: la elevada edad al matrimonio, la exposición de los hijos sobrantes, y el temprano abandono de los hijos del hogar (Woolf, 1989, 27-28).

Cuadro IV.18

Composición familiar según la profesión del cabeza. 1860

	Cónyuge	Hijos/as	Domést.	Parientes	Sin parent.	Huésp.	Total
I. (No jornaleros)	0,8	2	0,3	0,4	0,1	0	4,5
I. (Jornaleros)	0,9	1,3	0	0,2	0,1	0	3,6
II. Artesanos (no jorn.)	0,8	1,5	0,6	0,6	0,1	0	4,6
II. Art. (jornaleros)	0,9	1,2	0,1	0,2	0,1	0	3,5
II. Art. mujeres	0	0,7	0,1	0,1	0,1	0	2
II. Jornaleros	0,7	1,5	0	0,1	0,1	0	3,4
III. Otros	0,6	1,6	0,6	0,4	0,1	0	4,2
III. Prof. liberales	0,8	1,8	1	0,3	0,1	0	5,1
Total	0,6	1,4	0,4	0,3	0,1	0	3,9

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro IV.19

Composición familiar según la profesión del cabeza. 1887

	Cónyuge	Hijos/as	Domést.	Parientes	Sin parent.	Huésp.	Total
I. (No jornaleros)	0,8	2,3	0,4	1	0,1	0	5,5
I. (Jornaleros)	1	1,7	0	0,2	0,1	0	3,9
II. Artesanos (no jorn.)	1	2	0,4	0,3	0	0,1	4,8
II. Art. (jornaleros)	1	1,6	0,1	0,2	0	0	3,9
II. Art. mujeres.	0	1	0	0,4	0	0	2,4
II. Jornaleros	1	1,7	0	0,2	0,1	0	4,1
III. Serv. asalariados	1	1,2	0,1	0,3	0,1	0	3,7
III. Serv. empleados	1	2,1	0,4	0,2	0	0	4,7
III. Serv. no salari.	0,9	1,8	0,9	0,6	0,2	0,1	5,4
III. Serv. mujeres	0	1,2	0,2	0,2	0,1	0,3	3
III. Lavanderas	0	1,2	0	0	0	0	2,3
III. Prof. liberales	0,9	2,1	0,8	0,4	0,1	0	5,3
Total	0,7	1,6	0,3	0,3	0,1	0	4,1

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Mención y estudio aparte merecen los hogares encabezados por mujeres con empleo, mucho más pequeños, en gran cantidad de casos marcados por la viudez de la cabeza de familia, o por la ausencia de núcleo familiar.

Para profundizar en este análisis vamos a desglosar ahora la composición del hogar, empezando de nuevo por los grupos sociales con mayor complejidad familiar a partir de los datos de 1887, viendo cómo el número de hijos, domésticos y parientes corresidentes son las claves de ese comportamiento. En primer lugar, tenemos que señalar que estos grupos tienen un mayor número de hijos viviendo en el hogar, todos ellos 2 como promedio en todo el ciclo vital, siendo el grupo que más hijos e hijas tiene el de los labradores no jornaleros, con 2,3. Parece que las razones pueden ser diferentes entre ellos, ya que quizás entre los labradores la presencia de hijos obedece a su condición de mano de obra en el seno de la explotación familiar (algo que quizás también podría pasar en las familias de los artesanos), mientras que en los hogares encabezados por profesionales liberales o «empleados» la explicación podría ser el mayor tiempo que posiblemente podrían pasar sus hijos estudiando.

Respecto al número de parientes corresidentes, de nuevo apreciamos que estos grupos de familias son los que más parientes albergan en su seno, pero con importantes diferencias entre ellos, que oscilan desde el promedio de 1 pariente por hogar de los labradores no jornaleros a los 0,3 de artesanos no jornaleros, que los equiparan en este sentido a los hogares de las clases populares. Con respecto a estos parientes corresidentes, los hogares del sector servicios no asalariados albergan también un promedio bastante alto, 0,6, que ya se dejaba ver en los altos niveles de complejidad que tienen estos hogares.

Por último, el número de domésticos también es fundamental en el mayor tamaño de estos hogares, aspecto este que tiene especial relevancia entre las explotaciones familiares del sector servicios y las profesiones liberales. Parece claro, sin embargo que esta presencia de domésticos tendría un significado diferente en ambos grupos, ya que si en las explotaciones de servicios, generalmente hostelería, trabajarían en el seno del hogar de cara al exterior, ayudando a incrementar los ingresos del hogar, entre las profesiones liberales su labor parece orientada fundamentalmente al servicio y mantenimiento del hogar y de sus diferentes miembros, aunque también existan jóvenes aprendices de este tipo de profesiones.

Otro gran grupo de hogares lo constituyen aquellas familias de clases populares cuyo cabeza de familia, varón, recibe un salario por su trabajo. Me refiero a jornaleros sin cualificar y a trabajadores asalariados del campo, la artesanía o el sector servicios. Todos ellos tienen un tamaño menor que el grupo anteriormente analizado, en razón del menor promedio de hijos, parientes y domésticos¹²⁹. Parece claro que el menor número de parientes y de

¹²⁹ También en el caso de Burgos, Carasa aporta datos sobre el reducido tamaño de los hogares inscritos en el Censo de Pobres de 1789 (Carasa, 1994: 270), tanto en los hogares cuyo cabeza masculino tiene empleo como en los que no lo tiene. De todos modos, en este caso el

domésticos obedece a su más bajo nivel económico y a la ausencia de explotación propia. Respecto al número de hijos e hijas, el análisis más detallado según el ciclo de edad nos puede dar alguna pista más sobre un tema difícil de explicar, ya que en él pueden influir desde una menor fecundidad, una mayor mortalidad infantil en estos grupos, una más rápida salida del hogar en busca de ingresos, o incluso un menor rigor a la hora de registrar a sus hijos pequeños en el censo. De todos modos, Woolf ya ha señalado, en su estudio sobre la estructura familiar de los pobres de Florencia (1989: 190), que tanto la pobreza como el hecho de estar encabezados por mujeres, hechos ambos relacionados, favorecen la rápida disgregación del hogar y el más temprano abandono de los hijos. Si tenemos en cuenta que entre el abandono del hogar y el matrimonio hay un lapsus importante de años, nos damos cuenta de que son sobre todo estos hijos de familias trabajadoras los que probablemente participaban más en la llamada «circulación de jóvenes».

Por otro lado, nos quedan los hogares encabezados por mujeres con empleo, ya sean lavanderas, tengan otro tipo de profesión dentro del sector servicios, o trabajen como artesanas del textil. En todas ellas la ausencia de cónyuge es ya un determinante de su menor tamaño, pero además podemos observar que el número de hijos que viven en el hogar es menor que en el resto de grupos sociales. También en este caso el análisis posterior nos puede ayudar a buscar las razones, pero está claro que la ausencia de núcleo familiar en algunos casos o la muerte de cónyuge son factores que explican en buena medida esa menor presencia de hijos o hijas. Respecto al número de domésticos, o mejor dicho su ausencia, es reveladora de las dificultades económicas de estos hogares, si bien en el caso del sector servicios (como ya he señalado principalmente hostelería), la presencia de domésticos y de huéspedes nos dejan clara su especificidad.

Quizás donde encontramos mayor diferencia es en el caso de los parientes coresidentes, por su ausencia en el caso de hogares encabezados por lavanderas, su apreciable nivel, 0,4, en el de artesanas del textil y por la situación intermedia del sector servicios. De todos modos, el escaso número de la muestra hace que quizás pequeñas variaciones casuales sean la causa de estas diferencias, sobre todo entre lavanderas y costureras, especialmente porque no podemos concluir que estas diferencias sean permanentes en todo el siglo XIX.

IV.2.3.b. *Diferencias sociales en la formación del hogar durante los inicios de la industrialización: 1887-1930*

b.1. Estructuras familiares

Los datos de principios de siglo nos van a revelar un cambio de comportamientos familiares, sobre todo constatables en 1930. Si bien es verdad que

tamaño es todavía más reducido. A este respecto, quiero recordar que en el capítulo siguiente me adentraré con más profundidad en la situación de las familias de Pamplona que no contaban con ingresos declarados.

en 1910 el porcentaje de familias complejas ha aumentado ligeramente, todavía se aprecian diferencias en los grupos sociales que nos retrotraen a momentos preindustriales, sobre todo al ver que son los hogares encabezados por jornaleros quienes tienen un menor porcentaje de familias complejas. Sin embargo, si nos centramos en los datos de 1930 sí que se observan cambios considerables, poniéndose de manifiesto un aumento global en los porcentajes de familias complejas.

Cuadro IV.20
Estructuras según la profesión del cabeza. 1910

	Sol	Sin núcl	Nuclear	Extensa	Múltiple	%Comp.	N.º
I. Agricultura y ganad.	4	0	82,7	8	5,3	13,3	77
II. Artesanos	3,9	2,9	64,6	23,3	5,3	28,6	219
II. Jornaleros	3,7	0,5	85,2	9	1,6	10,6	193
III. Servicios (otros)	3,4	6	63,1	23,5	4,1	27,6	261
III. Prof. liberales	0	8,3	61,7	21,7	8,3	30	65
III. Propietarios	2,5	20	50	20	7,5	27,5	40
Sin profesión	14,9	10,3	62,8	11	1,1	12,1	286
Total	6,6	7,3	66,4	16,3	3,5	19,8	1.141

En la última columna se indica el número de familias de cada grupo recogidas en la muestra
Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro IV.21
Estructuras familiares según la profesión del cabeza, 1930

	Sol	Sin núcl	Nuclear	Extensa	Múltiple	%Comp.	N.º
I. Agricultura y ganad.	2,9	2,9	65,7	14,3	14,3	28,6	35
II. Artesanos	3,8	2,5	71,5	17,1	5,1	22,2	158
II. Jornaleros	2,8	1,4	69	16,9	9,9	26,8	144
III. Asalariados	1,2	2,5	73,8	17,5	5	22,5	80
III. Empleados	0	3,3	76,7	15,8	4,2	20	120
III. No asalariados	1,3	2,7	55,4	33,8	6,8	40,6	74
III. Mujeres	20	13,3	53,3	13,3	0	13,3	17
III. Prof. liberales	0	19	55,6	23,8	1,6	25,4	63
III. Propietarios	2,2	6,5	63	23,9	4,4	28,3	48
Sin profesión	18,2	14,6	51,1	13,1	2,9	16	291
Total	6,8	8,5	62,2	17,3	5,2	22,5	1.030

En la última columna se indica el número de familias de cada grupo recogidas en la muestra.
Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Los grupos con alto porcentaje de hogares complejos en la ciudad preindustrial, como las profesiones liberales, los no asalariados del sector servicios, o los labradores siguen manteniendo un alto porcentaje de este tipo de familias, pero ahora la novedad la encontramos en el comportamiento de las clases populares, como los hogares encabezados por jornaleros o por asalariados del sector servicios. En el caso de los hogares encabezados por artesanos de oficio, tenemos que recordar que en 1930 no nos aparecen desglosados los que tienen taller propio, o son autónomos, y quienes dependen de un salario, pero no es ilógico pensar que el proceso de proletarización que acompaña a la industrialización hubiera provocado que la mayoría de estos trabajadores fueran ya asalariados en este momento.

Parece que estamos ante un cambio en el comportamiento familiar de las capas más populares de la población de Pamplona, que han pasado ahora a desarrollar una mayor complejidad familiar, motivadas seguramente por la necesidad y el reforzamiento de los lazos de solidaridad familiar. De todos modos, hay que señalar que ese cambio y ese reforzamiento de la complejidad familiar no responde automáticamente al proceso de proletarización que se aprecia desde finales del siglo XIX y principios del XX, sino que tarda en hacerse visible hasta 1930 (no contamos con datos entre 1910 y 1930). A medida que avanzamos en el período estudiado podemos constatar que los cambios socio-económicos que afectan a la ciudad no significan un descenso de esa complejidad, como se podría esperar desde teorías de la modernización y funcionalistas que anteriormente hemos comentado, sino un aumento de esta, algo que nos hace ver que las familias diseñan estrategias adaptativas para hacer frente a los cambios económicos, y que estas estrategias pasan por reforzar los lazos familiares, algo que ya ha sido comprobado en otros lugares como Nueva Inglaterra, EE.UU. (Hareven, 1982), o Lancashire, Gran Bretaña (Anderson, 1971).

Este estudio de Anderson sobre la ciudad de Preston sigue siendo clave para entender los comportamientos familiares durante un intenso proceso industrializador, a mediados del siglo XIX. Este estudio resalta la importancia de las estrategias de apoyo mutuo entre familiares para hacer frente a las dificultades de la industrialización, y prueba de ello es que un 23% de los hogares contenían familiares aparte del núcleo familiar en 1851 (1971: 44). Esas estrategias de coresidencia se desarrollaban en los momentos más críticos de la vida de las personas, como la viudez, el momento de emigrar a la ciudad de jóvenes solteros¹³⁰, o en el caso de parejas de recién casados con muy pocos ingresos, especialmente cuando tenían algún hijo, y la abuela se encargaba de el cuidado de los nietos para que la madre pudiera mantener su empleo, un empleo de mujeres casadas que se daba casi exclusivamente en casos de mayor necesidad material.

¹³⁰ En este caso, parece que el empleo del cabeza de familia en una fábrica grande servía como enlace para conseguir un empleo a jóvenes parientes inmigrantes que llegaban a la ciudad (Anderson, 1971: 123)

Anderson defiende abiertamente que estas estrategias de colaboración familiar tenían un marcado carácter calculador, en el sentido de que los parientes se ayudaban sabiendo que a corto plazo se desarrollarían lazos recíprocos, es decir, que pronto se compensaban los inconvenientes que se podían derivar de ayudar a un familiar en dificultades. Sin embargo, este autor no desprecia la importancia de las pautas culturales sobre la familia que se desarrollaban en los lugares de origen de los inmigrantes. En ese sentido, resalta la estrecha relación que se daba entre parientes en la Irlanda rural (lugar de origen de gran parte de los inmigrantes) como elemento que ayuda a explicar no sólo la fortaleza de las redes familiares en el entorno urbano (1971; 81-86), sino también la manera en que esos lazos eran percibidos por quienes los formaban.

En este sentido, creo que no es aventurado pensar que también en Pamplona, cuya mayoría de inmigrantes procedía de un área en el que la familia troncal no sólo era hegemónica, sino también señal de un más alto status social, el recurso a formar familias complejas dentro de las clases trabajadoras no sería visto de manera traumática, o por lo menos vergonzante, a pesar de las dificultades que pudiera acarrear en un momento dado.

b.2. Tamaño y composición del hogar

Estas tendencias observadas en la evolución de las estructuras familiares se complementan con los cambios observados en el tamaño y la composición del hogar. Se puede decir que con el avance industrializador desaparece en parte la tendencia preindustrial de equiparar tamaño del hogar con status social. Es verdad que labradores, profesionales liberales, empleados y no asalariados de los servicios se mantienen como hogares grandes, pero ahora también equiparados al grupo de los hogares encabezados por los jornaleros, en los que parece claro que está entrando en funcionamiento otro tipo de estra-

Cuadro IV.22

Composición familiar según la profesión del cabeza. 1910

	Cónyuge	Hijos/as	Domésticos	Parientes	Sin parent.	Huésp.	Total
I. Agric. y ganad.	0,8	2,1	0,1	0,4	0	0,1	4,6
II. Artesanos	0,8	2,4	0,1	0,6	0,1	0,1	4,3
II. Jornaleros	0,8	2,3	0	0,2	0	0	3,6
III. Otros (servicios)	0,8	2,5	0,5	0,6	0	0	4,4
III. Prof. liberales	0,9	2	1	0,7	0	0	5,4
Total	0,6	2,1	0,3	0,5	0	0,1	4,6

Los números romanos indican la clasificación sectorial.

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

Cuadro IV.23

Composición familiar según la profesión del cabeza. 1930

	Cónyuge	Hijos/as	Domésticos	Parientes	Sin parent.	Huésp.	Total
I. Agric. y ganad.	0,9	2,4	0,1	0,5	0,1	0	5
II. Artesanos	0,9	2	0,1	0,4	0	0	4,4
II. Jornaleros	0,9	2,3	0	0,5	0	0	4,9
III. Serv. asalariados	0,9	1,8	0,1	0,4	0	0,1	4,3
III. Serv. empleados	0,9	2,4	0,3	0,4	0	0	5
III. Serv. no asalar.	0,8	1,7	0,5	0,7	0	0	4,8
III. Serv. mujeres	0	1,5	0,4	0,2	0,3	0,4	3,8
III. Prof. liberales	0,7	1,7	0,9	0,5	0	0	4,9
Total	0,6	1,9	0,2	0,4	0,0	0	4,3

Los números romanos indican la clasificación sectorial.

Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra de censos y padrones.

tegia económica. Se mantienen como hogares más pequeños los de artesanos y asalariados de servicios, y todavía más los encabezados por mujeres, que ahora son mucho menos¹³¹.

Como se ha visto hasta ahora, conforme avanza el proceso industrializador y urbanizador se da una cierta homogeneización de los comportamientos familiares, sobre todo en lo que se refiere en el aumento de tamaño y del porcentaje de familias complejas entre las clases populares. Como es lógico, estos cambios tienen su raíz en las transformaciones de la composición familiar. De todos modos, de la misma manera que hemos realizado al abordar el análisis del hogar preindustrial, vamos a empezar nuestro análisis con las capas superiores de la población. En este momento es también necesario recordar que para los años 1910 y 1930 no hemos podido hacer la diferenciación entre asalariados y no asalariados para artesanos y labradores, con lo que su análisis queda más dificultado, sabiendo que entre estos hogares puede haber diferencias importantes según posean unidad económica propia o no. Por otro lado, y en aras de una mayor claridad explicativa, nos hemos centrado en los datos de 1930 para analizar el cambio en la composición del hogar conforme avanza la industrialización.

En 1930 podemos apreciar cómo los hogares encabezados por profesionales liberales, empleados, o no asalariados del sector servicios son los más grandes, los dos primeros de ellos con 5 o más miembros, pero como ya se ha señalado las diferencias con las capas populares, sobre todo con los jorna-

¹³¹ A este respecto, Horrel y Humphries (1996) señalan que en Gran Bretaña, entre 1787 y 1865, los hogares de mineros, obreros industriales y «outworkers» son más grandes que los de artesanos, campesinos, y empleados ocasionales.

leros, se han reducido a este respecto. De todos modos, si analizamos los cambios que estos hogares han sufrido respecto al siglo XIX tenemos que señalar algunos importantes.

En cuanto al número de hijos o hijas residiendo en el hogar, podemos ver que labradores y empleados siguen teniendo un número importante de hijos, mientras que los hogares encabezados por profesiones liberales han reducido su número de hijos, no sólo respecto a su nivel en el siglo XIX sino también comparándolos con otros grupos sociales como los jornaleros, por ejemplo, que tenían un menor promedio de hijos en el siglo XIX. Posteriormente volveremos sobre este tema.

Respecto a los parientes corresidentes volvemos a encontrar diferencias importantes. Profesionales liberales y labradores siguen teniendo un promedio importante, en torno 0,5 por hogar, pero ahora esto no constituye tampoco un factor de diferenciación social, ya que los jornaleros también tienen un promedio semejante. Por el contrario, dentro estas clases medias-altas los empleados tienen un promedio muy bajo, 0,2, de parientes por hogar.

En el caso de los y las sirvientes domésticos sí que podemos afirmar que su presencia sigue constituyendo una señal clara de diferenciación social, manteniéndose el promedio de casi un sirviente por hogar entre las profesiones liberales y los no asalariados del sector servicios, con los diferentes motivos que ya hemos analizado en el siglo XIX, mano de obra en la explotación familiar en el segundo de los casos y servicio de mantenimiento de la vivienda en el primero. Es significativo que entre los hogares encabezados por empleados siga habiendo un promedio importante, mientras que entre los labradores han casi desaparecido.

Los hogares de las clases populares son más difíciles ahora de diferenciar entre artesanos y labradores, por las diferencias internas antes mencionadas¹³², y por eso, y por su creciente peso en el conjunto de la ciudad, creo que es justo centrarse en los hogares encabezados por jornaleros. Lo primero que hay que señalar en este caso es que su aumento de tamaño se debe principalmente al aumento de hijos e hijas residentes en el hogar y al de parientes corresidentes, que ya ha sido apreciado al analizar las estructuras familiares.

Por último, hay que señalar que los hogares encabezados por mujeres con empleo han descendido mucho a principios del siglo XX, debido a los cambios producidos en el mercado laboral, en un proceso de masculinización. Los cambios en el trabajo textil y el declive de la profesión de lavandera van a hacer que las únicas mujeres con empleo que aparezcan encabezando hogares en número significativo sean las del sector servicios. Sus

¹³² No es posible ahora diferenciar a los que percibían un salario por su trabajo de los que tenían explotación económica propia.

hogares siguen teniendo especificidades importantes, como son el reducido tamaño, el menor número de hijos, y sobre todo, el porcentaje significativo de miembros sin parentesco o huéspedes.

IV.2.3.d. *Evolución general del hogar: diferencias sociales y percepciones culturales*

Aunque no quiero ponerme a repetir ahora todo lo anterior, sí que me parece reseñable hacer un esfuerzo de síntesis, sin duda alguna algo simplificador, que nos permita trazar en unas pinceladas los principales pautas de la evolución del hogar en este período. Podemos decir que el hogar medio en Pamplona es grande comparándolo con otras ciudades, por el importante peso de familiares corresidentes, y que esto mismo explica unos altos niveles de complejidad.

Para empezar, tenemos que señalar que existen diferencias entre el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Entre 1843 y 1887 encontramos una estabilidad general, tanto en el tamaño medio como en la estructura familiar, que sin embargo se ve matizada por el casi general aumento del número de hijos y el descenso del número de domésticos.

En este período preindustrial, al igual que en otras ciudades, queda clara la equiparación entre mayor tamaño del hogar, más alto porcentaje de familias complejas, y mejor posición social, tanto debido al mayor número de sirvientes domésticos, como a la posibilidad de alojar a parientes e hijos e hijas durante más tiempo.

Sin embargo, a principios del siglo XX, después de 1910, se dan cambios importantes, aumenta el tamaño medio, aumenta el número de hijos y parientes (estos últimos en menor medida) y también el porcentaje de familias complejas. Es significativo e importante que estos cambios se den sobre todo en los hogares encabezados por jornaleros/asalariados, con lo que queda clara su relación con las transformaciones socio-económicas, aunque estos cambios no se dan como respuesta mecánica e inmediata a los cambios que ocurren en la ciudad desde finales del siglo XIX. Parece claro que las clases trabajadoras están recurriendo al fortalecimiento de los lazos familiares como respuesta a las dificultades del proceso industrializador, aunque esos lazos no se hayan traducido inmediatamente, por no poder o por no querer, en un aumento de las estrategias de coresidencia, que tardan en hacerse visibles hasta por lo menos después de 1910.

Más allá de esos datos, creo que es importante reflexionar, en este momento desde el terreno de las hipótesis, sobre la manera en que esos cambios en las estrategias de coresidencia eran percibidos por sus protagonistas. Aunque creo que se puede afirmar que esas estrategias son desarrolladas como defensa ante las dificultades de la vida en la ciudad, ampliamente denunciadas por el movimiento sindical, creo que es importante tener en cuenta el marco cultural en que se desarrollan. En ese sentido, el hecho de que las

familias complejas fueran la estructura habitual en el mundo rural del que procedían, y con el que estaban en estrecha relación la mayoría de los habitantes de la ciudad, ayudaría a que esa experiencia de coresidencia familiar, a pesar de los problemas que a buen seguro ocasionaría más de una vez, no fueran visto como algo vergonzante por quienes las vivían. No pretendo con esto pintar un idílico panorama de convivencia intrafamiliar, ni mucho menos, sino apuntar la hipótesis de que las clases trabajadoras reaccionaron ante las dificultades del proceso industrializador con un comportamiento enmarcado en un mundo de valores en el que la familia extensa gozaba de una buena imagen.

IV.2.4. La influencia del ciclo vital

Una de las principales críticas que se ha hecho a la formulación clásica de la tipología propuesta por Laslett ha sido la imagen que da del hogar como ente estático, y su incapacidad por recoger las variaciones acordes al ciclo vital¹³³. Consecuencia de esas deficiencias ha sido el intento de muchos historiadores de solucionar ese problema con un análisis dinámico del hogar, manteniendo la utilidad de la tipología laslettiana¹³⁴.

Así pues, he realizado un análisis de las estructuras familiares, el tamaño y la composición del hogar a través del ciclo vital, en función de la edad del cabeza de familia, para tratar de captar los principales cambios que experimentaba el hogar. De todos modos, creo que la heterogeneidad del mundo urbano, incluso dentro del mismo grupo social, hace más difícil captar una evolución tipo del hogar. Posteriormente, en el análisis específico de cada grupo social, y sobre todo en la tercera parte del capítulo, en la que se estudian de manera más detallada la participación de parientes, sirvientes e hijos e hijas en el hogar se podrán establecer unas pautas más claras y evidentes sobre este tema. De momento, me voy a limitar a señalar alguna de las líneas maestras de la evolución entre el siglo XIX y principios del XX, sobre todo en lo que respecta al tamaño y la composición del hogar. Los datos sobre las estructuras familiares más relevantes serán comentados también, pero sin incluir los cuadros correspondientes, que pueden ser consultados los apéndices IV.1 y IV.2.

Respecto al tamaño, creo que es importante señalar que, además del leve aumento del tamaño de los hogares en el primer tercio del siglo XX, podemos señalar una constante para todo el período, como es el hecho de que

¹³³ Muchas de esas críticas están recogidas en el libro de Anderson (1986) sobre la historiografía de la familia occidental.

¹³⁴ Esta aproximación ha sido practicada, entre otros, por diferentes autores como Reher, Mikelarena, Arbaiza, Erdozáin...

el tamaño medio de los hogares experimente un aumento desde su formación hasta el momento en que el cabeza de familia tiene entre 40 y 50 años, momento a partir del cual empieza a descender. Sin embargo, además de esta constante podemos señalar dos cambios importantes si comparamos la situación del siglo XIX con la del siglo XX. Por un lado, es en ese máximo que se alcanza cuando el cabeza de familia tiene entre 40 y 50 años donde se hace más evidente la diferencia de tamaño entre los hogares del siglo XIX y los del XX, debido sobre todo al mayor número de hijos que permanecen en el hogar. Por otro, parece evidente que el descenso de tamaño en hogares encabezados por personas ancianas es más fuerte en el siglo XX que en el XIX. Esto podría hacernos pensar que el proceso industrializador lleva a un descenso del tamaño de los hogares de los ancianos, pero la relativa estabilidad durante todo el período estudiado del porcentaje de hogares complejos entre el conjunto de personas que tienen más de 60 años (en torno a algo más del 30% de ellas viven en hogares complejos) nos hace desestimar esa hipótesis¹³⁵.

Respecto a la composición del hogar, creo que los principales aspectos a destacar son dos de los cambios que aparecen en el primer tercio del siglo XX, con el aumento en el número de hijos en los años de madurez del cabeza y un aumento también significativo de los parientes coresidentes en los años de juventud respecto a los hogares del siglo XIX, lo cual nos indica que las parejas jóvenes del siglo XX eran más propensas a tener parientes residiendo con ellas que las del siglo XIX, a la vez que tienden a tener menos domésticos.

Cuadro IV.24

Composición del hogar según la edad del cabeza de familia. 1843

	20-29	30-39	40-49	50-59	60-69	>70
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,8	0,8	0,8	0,7	0,5	0,5
Hijos/as	0,6	1,5	1,8	1,5	1,2	1,2
Núcleo	2,4	3,3	3,6	3,2	2,7	2,7
Domésticos/as	0,3	0,5	0,5	0,4	0,5	0,5
Parientes	0,4	0,3	0,2	0,4	0,6	0,6
Sin parentesco	0,3	0,4	0,4	0,5	0,5	0,5
Huésped	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0
	3,3	4,5	4,7	4,6	4,4	4,3

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

¹³⁵ Los cuadros con los datos concretos aparecen en el apéndice IV.1

Cuadro IV.25

Composición del hogar según la edad del cabeza de familia. 1860

	20-29	30-39	40-49	50-59	60-69	>70
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,7	0,8	0,7	0,6	0,5	0,2
Hijos/as	0,6	1,3	1,7	1,7	1,1	0,7
Núcleo	2,4	3,1	3,4	3,3	2,6	1,9
Domésticos/as	0,3	0,4	0,5	0,4	0,4	0,4
Parientes	0,2	0,3	0,2	0,3	0,4	0,5
Sin parentesco	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1
Huéspedes	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
	3,0	3,9	4,3	4,2	3,5	2,9

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.**Cuadro IV.26**

Composición del hogar según la edad del cabeza de familia. 1887

	20-29	30-39	40-49	50-59	60-69	>70
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,9	0,8	0,7	0,6	0,6	0,3
Hijos/as	1,0	1,7	2,1	1,8	1,0	0,6
Núcleo	2,9	3,5	3,9	3,4	2,6	1,9
Domésticos/as	0,2	0,3	0,4	0,3	0,3	0,5
Parientes	0,3	0,4	0,3	0,2	0,5	0,5
Sin parentesco	0,8	0,1	0,1	0,2	0,3	0,9
Huéspedes	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,2
	4,3	4,4	4,7	4,1	3,8	4,0

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.**Cuadro IV.27**

Composición del hogar según la edad del cabeza de familia. 1910

	20-29	30-39	40-49	50-59	60-69	>70
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,8	0,8	0,8	0,6	0,5	0,3
Hijos/as	1,2	2,1	3,1	2,2	1,5	1,0
Núcleo	3,0	3,9	4,8	3,8	3,0	2,3
Domésticos/as	0,2	0,3	0,3	0,4	0,3	0,5
Parientes	0,7	0,5	0,4	0,4	0,4	0,7
Sin parentesco	0,0	0,1	0,1	0,1	0,0	0,0
Huéspedes	0,1	0,0	0,1	0,0	0,1	0,0
	3,9	4,8	5,8	4,6	3,8	3,6

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

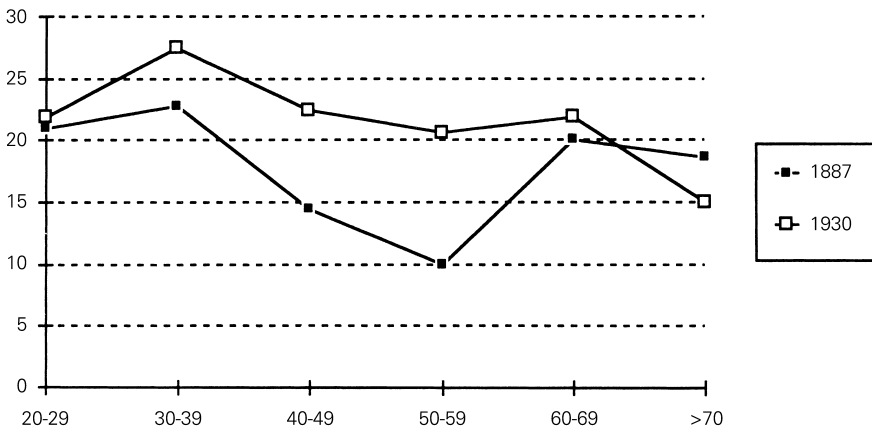
Cuadro IV.28

Composición del hogar según la edad del cabeza de familia. 1930

	20-29	30-39	40-49	50-59	60-69	>70
Cabeza	1,0	0,9	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,7	0,7	0,7	0,6	0,5	0,3
Hijos/as	0,8	1,7	2,5	2,6	1,8	1,1
Núcleo	2,5	3,4	4,1	4,2	3,3	2,4
Domésticos/as	0,2	0,2	0,3	0,3	0,2	0,3
Parientes	0,5	0,5	0,4	0,4	0,4	0,2
Sin parentesco	0,3	0,6	0,3	0,0	0,1	0,3
Huéspedes	0,2	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0
	3,7	4,7	5,2	4,9	4,1	3,2

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En cuanto a las variaciones en las estructuras familiares¹³⁶, el fenómeno más digno de recalcarse es el reflejado en el gráfico IV.1. Durante el siglo XIX encontramos la tendencia de que el porcentaje de familias complejas disminuya cuando el cabeza tiene entre 40 y 60 años. Sin embargo,

**Gráfico IV.1**

Porcentaje de familias complejas según la edad del cabeza de familia

¹³⁶ Los datos completos pueden consultarse en el apéndice IV.2

en 1930 encontramos con que ese descenso no se produce, lo cual forzosamente tiene que ser síntoma de un aumento de los lazos colaterales de complejidad familiar.

IV.2.5. Los hogares de Pamplona según la edad y la profesión del cabeza de familia. Diferentes ciclos vitales según las profesiones

Antes de nada, tengo que advertir que el análisis de los diferentes ciclos vitales de los hogares según la profesión del cabeza de familia presenta algunos problemas importantes. Por un lado, el reducir los grupos, si por un lado permite un acercamiento más preciso a la realidad familiar, también significa una pérdida de representatividad de la muestra. Por otro lado, precisamente para evitar en parte este peligro, he agrupado en tres los grupos de edad del cabeza de familia, el primero de 20 a 40 años, en los que se da la formación del grupo familiar, el segundo, de 40 a 59 años, que podríamos denominar de madurez, y un último en el que el cabeza tiene más de 60 años. Está claro que dentro de cada grupo se darán situaciones diferentes de formación o disolución del hogar según diferentes factores (diferente edad al matrimonio, diferentes edades de los hijos y de los parientes corresidentes...), pero creo que en este caso es preferible mantener estos grupos en aras de mantener una mayor representatividad de la muestra. Por otro lado, en el caso de convivencia de dos generaciones, en las familias complejas, la denominación de cabeza de familia, algo que quizás no estaba tan definido en hogares urbanos, puede distorsionar la visión del ciclo.

Todo esto, como he advertido en otros capítulos, nos va a llevar a fijarnos principalmente en las tendencias generales, sin caer en una casuística numérica que no creo que sea significativa. Por el contrario, el análisis cuantitativo va a ser enfocado a resolver las principales cuestiones que la demografía histórica y la historia social afrontan en el análisis del tiempo histórico que nos ocupa. De todos modos, en la parte tercera de este capítulo profundizaremos en los aspectos más relevantes que nos aparezcan en esta primera aproximación. Es por eso, por el carácter más aproximativo de este subapartado, que me he limitado a analizar los cambios en el tamaño y la composición del hogar, recogidos en los cuadros IV.29 y IV.30. Algunos de los cambios en relación con los parientes tienen reflejo en la variación de las estructuras familiares, pero en este caso los resultados son menos elocuentes, y me he limitado a incluirlos en el apéndice IV.3.

Cuadro IV.29.

Composición del hogar según el ciclo vital en los principales grupos profesionales. 1887

	I. labr. no jorn. (20-39)	I. labr. no jorn. (40-59)	I. labr. no. jorn. >60	I. labr. jorn. (20-39)	I. labr. jorn. (40-59)	I. labr. jorn. >60	II. art. no jorn. (20-39)	II. art. no jorn. (40-59)	II. art. no jorn. >60
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,9	0,8	0,7	1,0	1,0	0,9	1,0	1,0	0,9
Hijos/as	2,3	2,7	1,3	1,9	1,7	0,9	1,4	2,7	1,2
Núcleo	4,2	4,6	2,9	3,9	3,7	2,8	3,4	4,7	3,2
Domésticos/as	0,5	0,4	0,2	0,0	0,0	0,0	0,3	0,4	0,5
Parientes.	1,1	0,6	1,7	0,2	0,2	0,3	0,5	0,1	0,3
Sin parentesco	0,1	0,1	0,0	0,1	0,1	0,1	0,0	0,1	0,1
Huéspedes	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,3
	5,9	5,6	4,9	4,2	4,0	3,2	4,3	5,4	4,3

	II. art. jorn. (20-39)	II. art. jorn. (40-59)	II. art. jorn. >60	II. jorn. (20-39)	II. jorn. (40-59)	II. jorn. >60	III. p. lib. (20-39)	III. p. lib. (40-59)	III. p. lib. >60
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1	1
Cónyuge	1,0	0,9	1,0	1,0	0,9	1,0	0,9	0,9	0,6
Hijos/as	1,3	2,0	1,5	1,8	1,9	1,1	1,5	2,6	1,4
Núcleo	3,3	3,9	3,5	3,7	3,8	3,1	3,5	4,6	3
Domésticos/as	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,5	0,9	1,9
Parientes	0,2	0,2	0,1	0,2	0,1	0,6	0,2	0,5	0,7
Sin parentesco	0,0	0,1	0,0	0,1	0,1	0,4	0,1	0,0	0,3
Huéspedes	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0	0
	3,7	4,2	3,6	4,1	4,1	4,2	4,2	6,0	5,9

Sector servicios:

	Asal. (20-39)	Asal. (40-59)	Asal. >60	Empl. (20-39)	Empl. (40-59)	Empl. >60	No asal. (20-39)	No asal. (40-59)	No asal. >60
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	1,0	1,0	0,0	1,0	1,0	0,0	0,9	0,9	0,8
Hijos/as	1,1	1,4	0,0	1,8	2,8	0,0	1,6	2,0	1,7
Núcleo	3,1	3,4	1,0	3,8	4,8	1,0	3,6	3,9	3,5
Domésticos/as	0,1	0,2	0,0	0,4	0,4	0,0	0,7	1,2	1,2
Parientes	0,3	0,1	0,0	0,4	0,0	0,0	0,7	0,3	0,9
Sin parentesco	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,2	0,1	0,3
Huéspedes	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0
	3,6	3,8	1,0	4,7	5,3	1,0	5,3	5,5	5,9

Mujeres del sector servicios:

	(20-39)	(40-59)	>60
	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,0	0,0	0,0
Hijos/as	1,7	1,1	0,9
núcleo	2,7	2,1	1,9
Domésticos/as	0,3	0,2	0,3
Parientes	0,5	0,1	0,4
Sn parentesco	0,0	0,1	0,1
Huéspedes	0,0	0,2	0,8
	3,4	2,7	3,5

Sector servicios: P. lib: profesiones liberales; asal: asalariados; empl: empleados; no asal: no asalariados;.

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones

Cuadro IV.30

Composición del hogar según el ciclo vital en los principales grupos profesionales. 1930

	I. labr. (20-39)	I. labr. (40-59)	I. labr. >60	II. art. (20-39)	II. art. (40-59)	II. art. >60	II. jorn. (20-39)	II. jorn. (40-59)	II. jorn. >60
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,9	1,0	0,7	0,9	0,9	0,9	0,9	0,9	0,8
Hijos/as	2,3	2,8	1,6	1,4	3,2	1,3	1,5	3,0	2,0
Núcleo	4,3	4,8	3,2	3,3	5,1	3,2	3,4	4,9	3,8
Domésticos/as	0,0	0,2	0,0	0,1	0,2	0,1	0,0	0,0	0,1
Parientes	1,1	0,3	0,3	0,4	0,3	0,3	0,6	0,4	0,6
Sin parentesco	0,0	0,0	0,2	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Huéspedes	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0
	5,4	5,4	3,8	3,8	5,6	3,6	4,2	5,4	4,5

Servicios:

	Asal.. (20-39)	Asal.. (40-59)	Asal.. >60	Empl. (20-39)	Empl. (40-59)	Empl. >60	No asal. (20-39)	No asal. (40-59)	No asal. >60
Cabeza	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,9	0,9	1,0	0,9	0,9	0,8	1,0	0,8	0,6
Hijos/as	1,5	2,0	2,7	1,9	3,0	2,3	1,4	2,0	1,4
Núcleo	3,4	3,9	4,7	3,9	4,9	4,1	3,4	3,9	3,1
Domésticos/as	0,1	0,1	0,0	0,3	0,3	0,1	0,3	0,5	1,0
Parientes	0,7	0,1	0,2	0,5	0,3	0,5	0,7	0,7	0,6
Sin parentesco	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1
Huéspedes	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
	4,3	4,2	4,8	4,6	5,5	4,8	4,4	5,1	4,7

	P. lib (20-39)	P. lib (40-59 [~])	P. lib >60
Cabeza	1,0	1,0	1,0
Cónyuge	0,8	0,7	0,6
Hijos/as	1,5	1,8	2,0
Núcleo	3,3	3,5	3,6
Domésticos/as	0,8	1,2	0,7
Parientes	0,4	0,6	0,5
Sin parentesco	0,0	0,0	0,0
Huéspedes	0,0	0,0	0,0
	4,6	5,3	4,9

Sector servicios: p. lib: profesiones liberales; asal: asalariados; empl: empleados; no asal: no asalariados.

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

IV.2.5.a. *Ciclos de vida familiares en el siglo XIX*

Ya he señalado anteriormente que en el mundo preindustrial del siglo XIX la posición social de la familia era uno de los factores claves de cara a su composición interna. Esto lo hemos podido ver en diferentes elementos: (tamaño del hogar, nivel de complejidad, número de hijos, de domésticos, de parientes...); de lo que se trata en este subapartado es de intentar explicar en qué medida la profesión del cabeza de familia influye en la formación y desarrollo del hogar, visto de manera dinámica a través del ciclo vital.

Ya hemos descrito en el anterior apartado cuál es el ciclo típico de formación del hogar en el siglo XIX. Si bien es verdad que muchas de las características están compartidas por todos los grupos sociales, tenemos que señalar algunos comportamientos específicos, sobre todo en cuanto al tamaño, la presencia de hijos, la de parientes corresidentes y la de domésticos. Como ya he hecho y argumentado anteriormente, también en este caso vamos a basarnos en los datos de 1887 para este análisis.

Empezando con los hogares de las clases medias-altas, es decir de aquellos que o bien tienen explotación económica familiar (ya sea campesina, artesanal o del sector servicios) o tienen una profesión que les da un salario alto (profesiones liberales, y en menor medida, los que aparecen como empleados), se pueden apreciar importantes diferencias entre ellos.

En el caso de los labradores no jornaleros, vemos que el inicio del ciclo vital es un momento en el que el hogar es especialmente grande, debido a la presencia de parientes corresidentes y un elevado número de hijos. Parece que nos hallamos ante prácticas troncales que hacen que en el momento de la formación del nuevo hogar no haya discontinuidades con

el anterior. Por el contrario, en el grupo de las profesiones liberales parece que el hogar es más pequeño en su formación y que posteriormente es cuando crece, con incorporación más tardía de los parientes corresidentes.

En este sentido, parece existir una diferencia importante entre los hogares con explotación económica propia, que concentran la presencia de parientes corresidentes en los inicios y en el final del ciclo vital, con un bache o mayor ausencia en los años de madurez del cabeza de familia, y los hogares de profesiones liberales o de los asalariados de las clases populares, ya que en este caso la presencia de parientes corresidentes, en cada grupo profesional con diferente peso, es más estable en todo el ciclo vital, o, si hay un momento de máximo este se da cuando el cabeza de familia tiene más de 60 años. Pienso que esta diferencia muy bien puede estar indicándonos la presencia de pautas troncales en los hogares con explotación económica propia, que hacen que en los momentos de formación del nuevo hogar haya presencia de las generaciones anteriores.

Otro componente del hogar que parece que marca una diferencia clara entre los grupos sociales, y más concretamente entre las clases medias-altas y las populares es la presencia de hijos e hijas. Ya anteriormente ha quedado claro que los hogares populares tienen una menor presencia de hijos e hijas como promedio. De lo que se trata ahora es de analizar si podemos establecer diferencias claras en función del ciclo vital. Esta variedad, y la poca precisión de este tipo de estimaciones nos hace difícil sacar conclusiones claras y fiables sobre la diferente fecundidad de las familias. Simplemente parece que quizás el hecho de que los hogares encabezados por labradores sean los que más hijos e hijas tienen en los inicios del ciclo familiar podrían indicarnos una mayor fecundidad de este grupo, especialmente de los no jornaleros, pero la diversidad de factores que están en juego (diferente mortalidad infantil, diferente edad de acceso al matrimonio, posible subregistro de niños y niñas...) nos hace ser cautos sobre esa idea.

Sin embargo, la presencia de hijos o hijas en los años de madurez del cabeza de familia, entre 40 y 59 años, sí que nos arroja luz sobre algunos aspectos sociales de las estrategias familiares. Es en esta edad donde queda claro que los grupos sociales superiores están en condiciones de seguir albergando en su seno a hijos e hijas, mientras que parece que los hogares de las clases populares expulsan antes a sus hijos. Los hogares encabezados tanto por labradores y artesanos no jornaleros como por empleados y profesionales tienen más de 2,5 hijos o hijas como promedio, mientras que el resto de hogares, los de los asalariados de clases populares, tienen 2 o menos hijos por hogar (excepción de los asalariados de servicios).

El tercer gran elemento diferenciador del hogar según la clase social es la presencia de domésticos. A este respecto poco hay que decir de las clases populares, en las que éstos están prácticamente ausentes. Respecto a las

clases altas, encontramos algunas diferencias en la distribución de domésticos según el ciclo vital, pero de nuevo no está muy claro si son realmente significativas.

IV.2.5.b. *Aproximación a los ciclos vitales profesionales a principios del siglo xx*

Si hacemos una comparación de los datos del siglo XIX con los de 1930 podemos sacar algunas conclusiones claras. En primer lugar hay que destacar que en las clases superiores ha desaparecido la tendencia de acumular parientes en ambos extremos del ciclo vital, excepto entre los labradores, con muchos parientes al principio¹³⁷. Por otro lado, entre las clases populares ha aumentado en general el número de parientes (sobre todo entre los jornaleros) distribuidos por todo el ciclo vital.

En cuanto a los hijos, parece que en los inicios del ciclo vital, son los labradores los únicos que tienen un número elevado de hijos, con un promedio de 2,3, lo cual sí que nos puede hacer pensar que este grupo social es el más tardío en adoptar unos comportamientos de control de la fecundidad legítima que ya se están dando en la capital navarra, hipótesis esta que resulta bastante fiable ya que para 1940 queda claro que son los labradores el grupo que más fecundidad tiene en diversas localidades navarras y en Vitoria (Sánchez Barricarte, 1998: 185).

La situación ha cambiado bastante respecto al siglo XIX, ya que ahora no se puede decir que la presencia de hijos e hijas en hogares encabezados por cabezas de 40 a 59 años sea un factor de diferenciación social. Podemos ver que muchos hogares tienen alrededor de 3 hijos en este momento, y especialmente significativo es el caso de los encabezados por jornaleros, que anteriormente tenían bastantes menos. Es significativo que el grupo de los profesionales liberales, que en el siglo XIX tenía entre los que más hijos e hijas en estas edades ahora no llegue a 2, bastante menos que en 1887. En este caso, también podríamos hablar de posibilidad de que este grupo sea uno de los que ha iniciado el descenso de la fecundidad.

La acogida de huéspedes, aun siendo todavía más minoritaria, no parece ser opción de madurez, sino de juventud, entre jornaleros y autónomos del sector servicios.

V.2.6. **La influencia de la inmigración en la conformación de los hogares**

Anteriormente he intentado acercarme al momento en que las familias inmigrantes llegan a la ciudad, con el estudio de los que he identificado

¹³⁷ No hay que olvidar que ahora tenemos el problema de la falta de diferenciación interna en los grupos de artesanos y labradores.

como recién llegados. Ahora bien, pienso que el estudio del papel de los y las inmigrantes en la formación de los hogares en Pamplona es algo bastante más complejo. No se trata simplemente de estudiar cómo llegan esas personas a la ciudad, sino de intentar desvelar en qué manera el hecho de haber nacido fuera de la ciudad influye en la formación de los hogares, un factor importante por sí mismo, y de estudio imprescindible, más teniendo en cuenta que prácticamente la mitad de los y las habitantes de Pamplona son inmigrantes a lo largo del período que estudiamos.

Los datos de los estos cuadros nos dejan clara la influencia del factor migración a la hora de conformar los hogares urbanos, quedando claro que tanto en el siglo XIX como en 1930 el origen nativo de los dos cónyuges daba lugar a unos hogares más grandes, con mayor grado de complejidad¹³⁸, y con más hijos que en el resto.

De hecho, descendiendo al análisis más pormenorizado de los datos de 1887, vemos que en este momento preindustrial los hogares con los dos cónyuges nativos tienen un tamaño medio de 5,2 miembros y un porcentaje de complejidad del 28,3%. Son estos hogares los que mayor número de hijos y de parientes corresidentes tienen, y así mismo figuran entre el grupo de los que tienen más domésticos. Es más, si simplemente escogiéramos a estos hogares formados por nativos de la ciudad tendríamos unos porcentaje de familias complejas similar al de entornos rurales navarros de predominio de familia troncal, lo cual nos revela que, al margen de la distorsión que provoca la inmigración, distorsión en el sentido que hace más difícil la formación de hogares complejos por la ausencia física de parientes residentes en la ciudad en bastantes de los hogares, el porcentaje de familias que tendían a convivir con parientes era muy elevado.

En contraste con este grupo, los hogares cuyos dos cónyuges son inmigrantes son considerablemente más pequeños, debido al menor número de hijos, de parientes corresidentes y de domésticos. Estos datos nos indican tanto una mayor precariedad e inestabilidad, una probable menor fecundidad, una ruptura más fuerte de los lazos familiares y un menor nivel económico, esto último, deducible del menor número de domésticos por hogar. De todos modos, el hecho de que casi un 15% de estos hogares sea complejos nos hace ver que esta inmigración no supone una ruptura tajante, en todos los casos, de los lazos familiares. De hecho, además de probables lazos diferentes a la coresidencia, tenemos que tener en cuenta una observación más de una vez repetida. Estos datos de estructuras familiares son fotografías estáticas que no nos permiten del todo analizar la evolución de las prácticas de coresidencia. El hecho de que estas prácticas sean más cortas en el tiempo que el ciclo vital de la familia nos hace pensar que muchas de las familias que en

¹³⁸ El mayor porcentaje de complejidad entre los nativos también ha sido puesto de manifiesto en el estudio de Anderson sobre las familias de Preston, Lancashire, en 1851 (1971: 52).

estos momentos aparecen con estructura nuclear habrían sido o serían familias complejas en otro momento.

Por último, podemos decir que en los hogares en los que solamente uno de los cónyuges es nativo encontramos una situación intermedia, pero con importantes diferencias dependiendo de si el nativo era el hombre o la mujer. De hecho, los cuadros IV.31 y IV.32 nos muestran que los hogares en los que la esposa era nativa de Pamplona tenían más hijos y más parientes residiendo en el hogar que aquellos en los que el esposo era nativo y la esposa inmigrante. De nuevo, tenemos que pensar que el hecho de que la esposa fuera nativa era un factor que incidía en una mayor fecundidad matrimonial, a la vez que podemos adivinar la mayor importancia de la mujer a la hora de atraer parientes al hogar.

Cuadro IV.31

Tamaño y composición del hogar según el origen (nativo o inmigrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1887

	Cab. nat conyu. nat	Cab. nat conyu. inmi	Cab. nat sin conyu	Cab. inmi. conyu. nat.	Cab. inmi. conyu.inmi	Cab. inmi. sin conyu
Cabeza	1,0	1,0	0,6	0,9	1,0	0,5
Cónyuge	1,0	1,0	0,0	1,0	1,0	0,0
Hijos/as	2,2	1,8	1,1	2,0	1,8	1,1
Núcleo	4,2	3,8	2,1	4,0	3,8	2,1
Domésticos/as	0,5	0,5	0,5	0,6	0,2	0,3
Parientes	0,5	0,3	0,5	0,4	0,2	0,4
Sin parentesco	0,1	0,1	0,3	0,1	0,1	0,3
Huéspedes	0,0	0,1	0,0	0,0	0,0	0,1
	5,2	4,8	2,9	5,1	4,3	2,6

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro IV.32

Estructuras familiares según el origen (nativo o inmigrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1887

	I solit.	II sin núcl.	III nucl.	IV extensa	V múltip	IV+V compl.	N.º muestra
Cab. nat./conyu. nat.	0,0	0,0	71,7	25,0	3,3	28,3	60
Cab. nat./conyu. inmi.	0,0	0,0	76,2	19,8	4,0	23,8	101
Cab. nat./sin conyu.	15,5	31,0	39,3	9,5	4,8	14,3	84
Cab. inmi./conyu. nat.	0,0	0,0	73,7	21,9	4,4	26,3	114
Cab. inmi./conyu. inmi.	0,0	0,0	85,7	11,8	2,6	14,4	510
Cab. inmi./sin conyu.	19,8	17,1	48,0	11,9	3,2	15,1	252

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones

Cuadro IV.33

Tamaño y composición del hogar según el origen (nativo o inmigrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1930

	Cab. nat. conyu. nat.	Cab. nat. conyu. inmi.	Cab. nat. sin conyu.	Cab. inmi. conyu. nat.	Cab. inmi. conyu. inmi.	Cab. Inmi. sin conyu.
Cabeza	1,0	1,0	1	1,0	1,0	1
Cónyuge	1,0	1,0	0,0	1,0	1,0	0,0
Hijos/as	2,4	2,3	1,4	2,1	2,2	1,4
Núcleo	4,4	4,3	2,4	4,1	4,2	2,4
Domésticos/as	0,4	0,3	0,4	0,4	0,2	0,2
Parientes	0,6	0,3	0,5	0,7	0,4	0,4
Sin parentesco	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1
Huéspedes	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1
	5,5	4,9	3,3	5,2	4,8	3,2

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro IV.34

Estructuras familiares según el origen (nativo o inmigrante) de los cabezas de familia y sus cónyuges (cuando existen). 1930

	I solit.	II sin núcl.	III nucl.	IV extensa	V múltip	IV+V compl.	N.º muestra
Cab. nat./conyu. nat.	0,0	0,0	64,9	22,8	12,3	35,1	57
Cab. nat./conyu. inmi.	0,0	0,0	74,7	23,2	2,0	25,2	99
Cab. nat./sin conyu.	21,3	22,2	45,4	8,3	2,8	11,1	108
Cab. inmi./conyu. nat.	0,0	0,0	67,9	17,9	14,1	32,0	78
Cab. inmi./conyu. inmi.	0,0	0,0	85,7	11,8	2,6	14,4	404
Cab. inmi./sin conyu.	0,0	0,0	75,0	20,0	5,0	25,0	284

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Se incluye en la última columna el número de familias de cada caso recogidas en la muestra.

En este sentido, M. Arbaiza ha calculado el porcentaje de herederos y herederas en las villas vizcaínas en 1825, con el resultado de que el 52,2% de los herederos eran mujeres (1996: 118), un porcentaje más igualado que en el área rural, y sobre todo, el oriental, de más fuerte predominio troncal, donde las mujeres suponen el 38,9% de los herederos. De todos estos datos Arbaiza remarca la importancia de las herederas femeninas, debido no sólo a la igualdad de género a la hora de acceder a la herencia, sino también, y quizás so-

bre todo en áreas urbanas, a que eran las mujeres quien más se ocupaban de sus padres ancianos.

Al comparar los datos de 1887 con los de 1930 podemos intentar avanzar en el contraste entre el mundo preindustrial y el de los inicios del proceso industrializador. En primer lugar, no podemos perder de vista los cambios que ya hemos observado para el conjunto de hogares, el aumento en el número de hijos e hijas y el de una mayor complejidad de los hogares, que van a resultar en un aumento del tamaño medio del hogar. Sin embargo, estos dos cambios van a darse de manera diferente según el factor inmigración.

El aumento del número de hijos e hijas que residen en los hogares se va a dar tanto en hogares de nativos como de inmigrantes, y en estos últimos de manera algo superior. Así, parece que la probable diferencia de fecundidad entre hogares con esposa nativa y los de esposa inmigrantes disminuye con el tiempo, aunque no podemos perder de vista otros factores como el aumento de la edad de abandono del hogar. Por el contrario, en el caso de la complejidad, y por lo tanto, de la presencia de parientes corresidentes, el aumento se da sobre todo y casi exclusivamente entre los hogares en los que los dos cónyuges son nativos y en los que la esposa es nativa. Así, la influencia de la presencia de cónyuges nativos en la complejidad familiar no hace sino aumentar conforme avanza esta primera etapa de la industrialización pamplonesa.

Por lo tanto, en 1930 seguimos pudiendo diferenciar claramente los hogares en los que los cónyuges son nativos o inmigrantes. De nuevo vemos que los hogares con dos cónyuges nativos, y en menor medida los de esposa nativa, son mayores que los de componente inmigrante. También ahora los de ambos esposos inmigrantes parecen tener una inferior situación económica, por lo que se deriva del menor número de domésticos. La principal diferencia con el período preindustrial está en que ahora la mayor diferencia en el tamaño de los hogares de esposa nativa no radica apenas en el mayor número de hijos, sino sobre todo en el mayor número de parientes corresidentes.

No parece, por lo tanto, que el mayor peso de la esposa sobre el esposo a la hora de formar hogares complejos descienda con el proceso industrial, sino que, al contrario, parece reforzarse. A modo de hipótesis, creo que se puede pensar que el proceso de proletarización, y por lo tanto, el descenso de hogares con explotación económica propia, con posibilidad de herencia indivisa, tiende a reforzar el papel de la mujer en la formación de hogares complejos, algo que seguramente tiene que ver con que sean las mujeres quienes más se ocupen del cuidado de padres o madres ancianos. Parece evidente, por lo tanto, que las concepciones de género, en este caso relativa al cuidado de familiares, están en la base del creciente peso femenino en la formación de los hogares complejos a medida que avanza la industrialización.

Es hora, por lo tanto, de matizar todavía más estos resultados, según la profesión del cabeza de familia¹³⁹, pero tenemos que advertir que los datos de los cuadros no nos van a dar más que una aproximación general, ya que tanto el reducido número de la muestra en algunos subgrupos nos hacen ser cautos sobre su representatividad, más sabiendo que en grupos reducidos influye de manera especial en estos promedios el momento del ciclo vital en que se encuentren las familias de la muestra. De hecho, solamente hemos incluido los datos de los grupos más representativos. Como se puede apreciar al observar los totales de la muestra, son precisamente los casos en los que ambos cónyuges son inmigrantes los más numerosos dentro de cada grupo social.

Centrándonos en la situación de 1887, podemos apreciar que los efectos de la inmigración sobre la formación del hogar son diferentes según los grupos sociales. En cuanto a la presencia de hijos e hijas, parece claro que influye sobre todo en los jornaleros y asalariados, y en menor medida entre los artesanos, ya que en estos grupos el mayor número de hijos se da cuando los dos cónyuges o la esposa son nativos de Pamplona, mientras que entre los hogares del sector servicios o de profesionales liberales este factor influye menos.

Algo parecido puede decirse de la influencia de la inmigración en la formación de hogares complejos, con una influencia muy clara en el caso de los jornaleros y asalariados y una situación más variable en los otros grupos. En los hogares de los jornaleros nativos encontramos unos niveles de complejidad similares al resto de grupos sociales, lo cual nos demuestra que estos grupos tendían a formar hogares complejos en modo casi mayoritario. Sin embargo, las diferencias son muy claras en los casos de los hogares formados por los dos cónyuges inmigrantes, dentro de los cuales el grupo que más descende su número medio de parientes y su nivel de complejidad eran los jornaleros, mientras que los demás grupos tienen porcentajes mucho más altos, sin que la inmigración suponga esa ruptura de prácticas de complejidad y solidaridad familiar.

Estas variaciones creo que nos dejan claras las diferentes características existentes entre la inmigración asalariada y no cualificada y la de las clases medias y altas. Por todo esto, nos inclinamos a pensar que entre las clases trabajadoras la inmigración va a suponer una mayor ruptura de lazos familiares que entre las clases altas, a la vez que una menor presencia de hijos e hijas, que puede deberse tanto a la constatada en otras ciudades preindustriales menor fecundidad de las familias inmigrantes como a la menor capacidad de albergar a los hijos en el hogar. A este respecto, es interesante recordar que

¹³⁹ Como se explica en el apéndice II.1, para el año 1887 he vuelto a realizar una agrupación nueva de las profesiones, englobando en un único grupo a los cabezas varones jornaleros sin cualificar y a los asalariados de la agricultura, industria y servicios, de cara a que el descenso de la muestra no nos haga perder representatividad. Esta agrupación la he realizado después de quedar claras las semejanzas que presentan estos grupos en su comportamiento familiar, como ha quedado claro a lo largo del presente capítulo, y la volveré a utilizar, dentro de este capítulo, en el análisis de la presencia de hijos y parientes en el hogar según la edad y profesión del cabeza de familia.

hemos constatado en el capítulo anterior que alguna de estas familias dejaba a los hijos temporalmente en el mundo rural, en casa de parientes, hasta que podían permitirse que acudiera con ellos a la ciudad.

Estos comportamientos no tienen una gran variación conforme avanza el proceso industrial, aunque sí que se aprecian algunas diferencias en los datos de 1930, entre los que vamos a señalar, por su indudable mayor representatividad, el aumento de familias complejas que se da entre las familias de clase obrera. En estos momentos han aumentado claramente las familias complejas entre los jornaleros nativos de Pamplona, pero sobre todo, y de manera más importante teniendo en cuenta que son la gran mayoría, entre las familias de jornaleros inmigrantes, algo que indudablemente tiene que ver con la mayor solidaridad familiar que van a llevar consigo las dificultades y penurias que pasaron muchas familias durante los inicios de la industrialización. De todos modos, se sigue apreciando que las clases medias altas tienen unos más altos porcentajes de familias complejas entre las familias cuyos dos cónyuges son inmigrantes.

Seguramente, podríamos pensar que sería necesario profundizar en estas diferencias entre familias inmigrantes y nativas según el ciclo vital, pero, tal y como ha quedado claro en el capítulo tercero, y como se vuelve a apreciar en los cuadros IV.35 y IV.36, la gran mayoría de las familias están encabezadas por dos cónyuges inmigrantes, con lo cual es muy difícil entrar en un

Cuadro IV.35

Tamaño, composición del hogar y porcentaje de familias complejas según la profesión del cabeza de familia y el origen del cabeza y cónyuge, 1887

	Cab.	Cóny.	Hijos	Parientes	Domésticos	Tamaño	% compl.	N.º
Jorn.*	Nat.	Nat.	2,2	0,7	0,1	4,9	36,9	19
Jorn*.	Nat.	Inmi.	1,6	0,4	0,1	4,2	24,5	45
Jorn*.	Inmi.	Nat.	1,4	0,2	0	3,7	16,7	36
Jorn*.	Inmi.	Inmi.	1,6	0,2	0	4	9,1	264
II. art.	Nat.	Nat.	2,3	0,2	0,2	4,9	23,5	17
II. art.	Nat.	Inmi.	1,8	0,5	0,6	4,9	33,3	24
II. art.	Inmi.	Nat.	2,1	0,4	0,7	5,4	29,6	27
II. art.	Inmi.	Inmi.	1,9	0,2	0,2	4,5	15,7	57
III. serv.	Nat.	Nat.	1,5	0,5	1,7	5,8	33,3	6
III. serv.	Inmi.	Nat.	2,6	0,5	1,1	6,4	37,5	16
III. serv.	Inmi.	Inmi.	1,6	0,4	0,5	4,6	34,1	41
III. lib.	Inmi.	Nat.	1,8	0,7	1,2	5,6	38,5	13
III. lib.	Inmi.	Inmi.	2,1	0,3	0,6	5,1	19,1	68

* En este grupo se han incluido los cabezas varones jornaleros sin cualificar y a los asalariados de la agricultura, industria y servicios. Por lo tanto, los grupos de artesanos y servicios son de cabezas varones que no se declaran asalariados.

Se incluye en la última columna el número de familias de cada caso recogidas en la muestra

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro IV.36

Tamaño, composición del hogar y porcentaje de familias complejas según la profesión del cabeza de familia y el origen del cabeza y cónyuge, 1930

	Cab.	Cónyu.	Hijos	Parientes	Domésticos	Tamaño	% compl.	N.º muestra
II. jorn.	Nat.	Nat.	3,2	1,1	0	6,3	45,49	11
II. jorn.	Nat.	Inmi.	2,2	0,2	0	4,5	23,5	17
II. jorn.	Inmi.	Nat.	1,4	1,5	0	4,9	60	10
II. jorn.	Inmi.	Inmi.	2,5	0,5	0	5	23,8	88
II. art.	Nat.	Nat.	1,5	0,5	0,1	4,2	30,8	13
II. art.	Nat.	Inmi.	2,3	0,3	0,2	4,7	25,9	27
II. art.	Inmi.	Nat.	2,5	0,5	0,1	5	25	20
II. art.	Inmi.	Inmi.	2,3	0,3	0,1	4,7	17,1	76
III. serv.	Nat.	Nat.	2	0,6	0,9	5,4	55,6	9
III. serv.	Inmi.	Inmi.	1,5	0,5	0,3	4,3	37,16	35
III. lib.	Nat.	Nat.	3	0,9	1	5,2	28,6	7
III. lib.	Inmi.	Inmi.	1,9	0,6	0,7	6,9	43,5	23

Se incluye en la última columna el número de familias de cada caso recogidas en la muestra.
Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

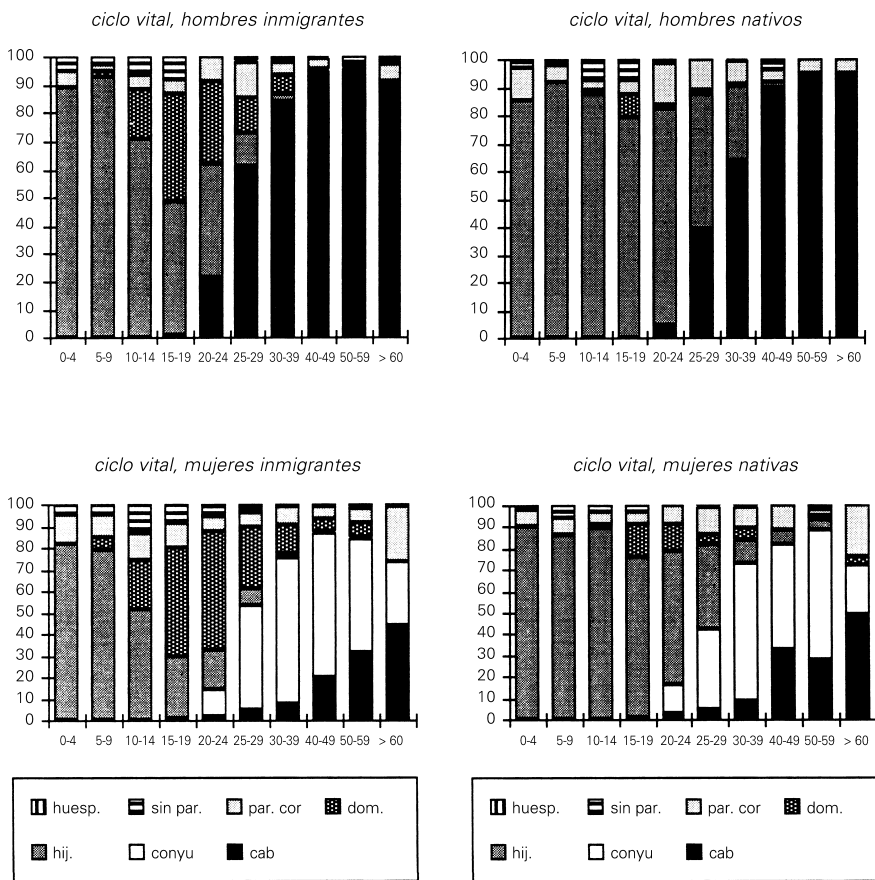
análisis pormenorizado de las familias nativas o con un cónyuge inmigrante, sin ignorar los problemas que trae consigo trabajar con unas muestras tan reducidas. Es por eso que he preferido trabajar el análisis del ciclo vital según las profesiones con el conjunto de familias de cada profesión en cada momento de dicho ciclo, sabiendo que la gran mayoría de ellas están formadas por parejas de origen inmigrante, lo cual no significa que hayan llegado como adultos a la ciudad. A este respecto, de nuevo debemos tener en cuenta la importancia de la llegada de niños y niñas inmigrantes con sus familias.

IV.3. CICLO VITAL Y COMPOSICIÓN DEL HOGAR. EL PESO DE HIJOS E HIJAS, SIRVIENTES DOMÉSTICOS Y PARIENTES CORRESIDENTES EN LOS DIFERENTES SECTORES SOCIALES

Después de este análisis sobre la influencia de la posición social, el momento del ciclo vital, y el origen de los cónyuges en las necesidades y posibilidades que tienen los grupos familiares al formar un hogar, vamos a profundizar a ahora en el peso de tres elementos fundamentales dentro de los hogares, los hijos e hijas, los sirvientes domésticos y los parientes corresidentes, cuya variación a lo largo del ciclo vital va a explicar en gran medida las estrategias de los diferentes grupos sociales a la hora de organizar sus estrategias de coresidencia.

En primer lugar vamos a presentar un panorama global sobre la variación del ciclo vital desde los tiempos preindustriales a la sociedad de principios de

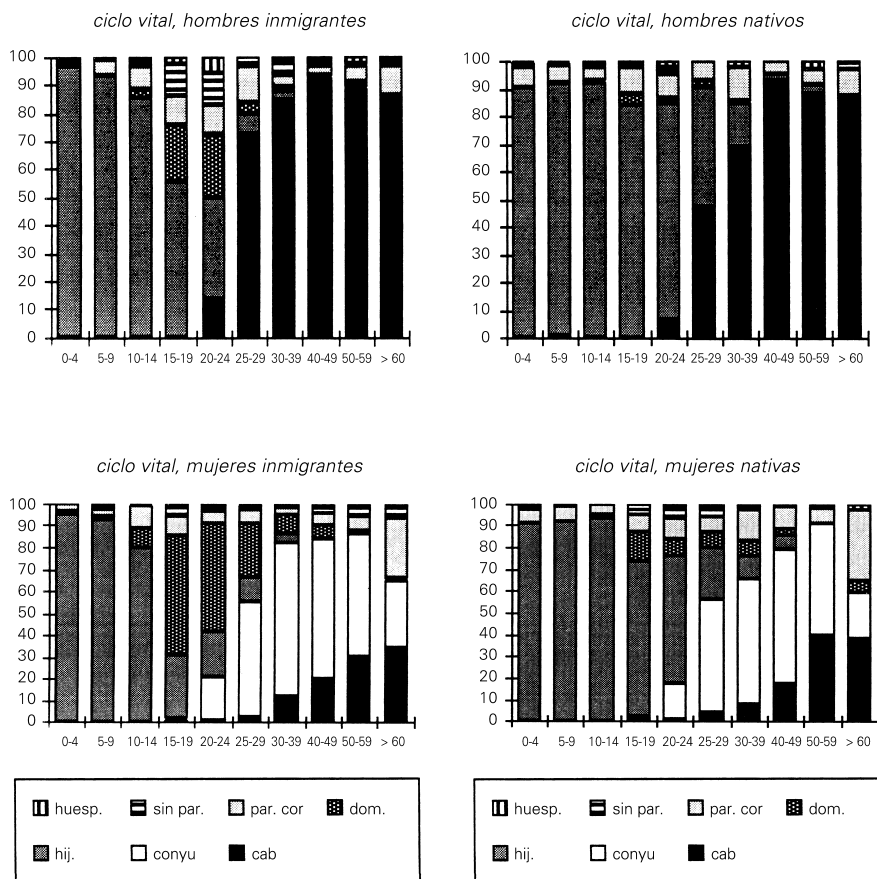
siglo XX, diferenciando a hombres y mujeres, y también a nativos e inmigrantes, a partir de los gráficos IV.2, IV.3 y IV.4. No se trata de hacer un análisis pormenorizado de estos gráficos generales, que nos esconden importantes variaciones sociales, sino de presentar un marco general dentro del cual vamos a poder entender mejor el estudio de los componentes del hogar. En concreto, por lo tanto, nos centraremos en los tramos de edad en los que más cambia la posición de los individuos en la familia en el largo período estudiado¹⁴⁰.



Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos

Gráfico IV.2
Ciclo vital de hombres y mujeres en 1860

¹⁴⁰ Los datos exactos de estos gráficos, así como los datos de 1843, aparecen en el apéndice IV.4

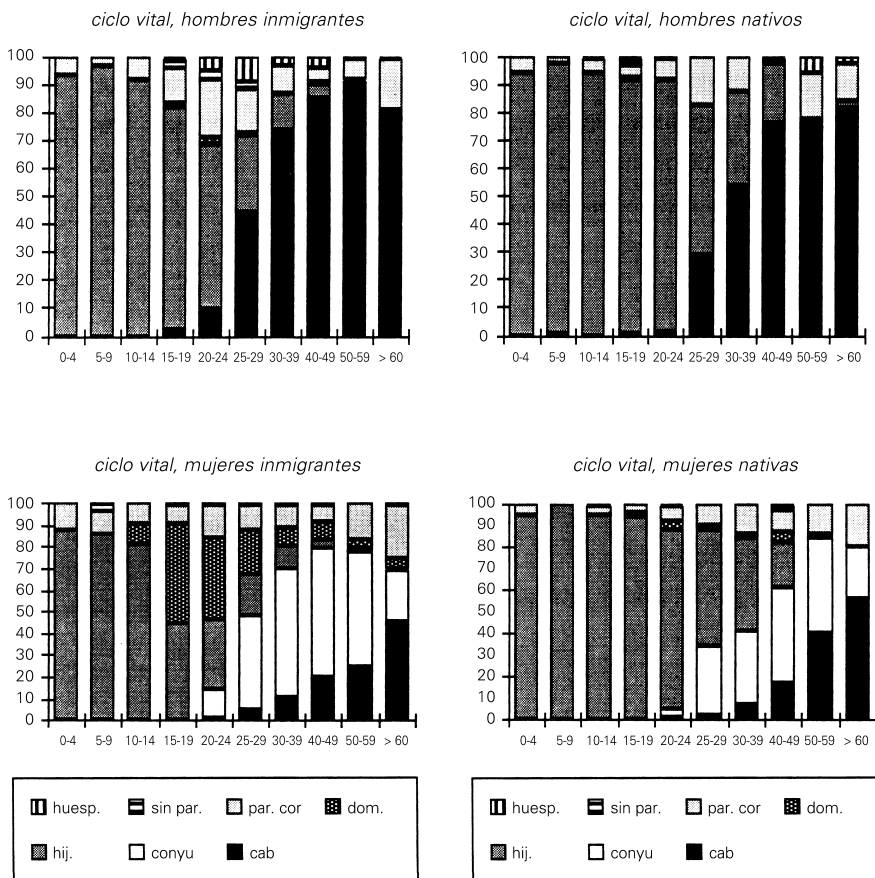


Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Gráfico IV.3

Ciclo vital de hombres y mujeres en 1887

Como era de esperar, la mayor parte de los niños y niñas menores de 10 años nos aparecen como hijos, con un porcentaje variable, menor del 10%, que aparece como pariente corresidente, como consecuencia de vivir en hogares complejos. Este porcentaje cambia ligeramente según el momento y las características de los niños, pero creo que, al no representar a la totalidad de niños que viven en hogares complejos, ya que también lo hacen parte de los que aparecen como hijos, no son variaciones especialmente relevantes. Es precisamente esa presencia constante de niños como parientes, tanto entre nativos como entre emigrantes, lo que más merece la pena ser destacado.



Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Gráficos IV.4
Ciclo vital de hombres y mujeres. 1930

Lo que sí me parece más destacable, aunque no sea cuantitativamente muy relevante, es la presencia en hogares preindustriales, en 1860, de un pequeño porcentaje de niños y niñas que aparentemente no tienen relación de parentesco con la familia con la que viven, tratándose de menos del 10%, y apareciendo tanto entre niños como entre niñas inmigrantes¹⁴¹. Aunque es di-

¹⁴¹ Esto también aparece en los datos de 1843. Si bien ya hemos señalado que el padrón de 1843 presenta deficiencias importantes para el estudio del hogar, está claro que los menores de 10 años no estaban viviendo ni como solitarios ni como huéspedes. Su presencia como domésticos sí puede ser posible en algunos casos.

fácil encontrar una explicación simple a este hecho, creo que se tratarían tanto de estrategias de solidaridad entre familias, seguramente en casos de orfandad, como quizás de adopción de niños y niñas salidos de la inclusa. De todos modos, está claro que se trata de estrategias preindustriales, que desaparecen hacia finales del siglo XIX y a principios del XX, y que también se pueden apreciar, aunque en menor medida, en torno al 2%, en una villa artesanal vizcaína, Durango (Arbaiza, 1996: 96 y 297).

En los años de adolescencia y juventud es donde se pueden ver muy importantes variaciones entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX. Los datos de 1860 nos muestran la importancia, en la que luego profundizaremos, de la circulación de jóvenes en hogares preindustriales, una estrategia muy importante para hombres y mujeres de las zonas rurales de Navarra, que acudirían temporalmente a la capital para trabajar en hogares ajenos como aprendices o sirvientes domésticos. Podemos ver en estos gráficos que esta estrategia empezaba a ponerse en práctica desde los diez años, y en algunos casos minoritarios desde los 5. Si comparamos los datos de 1860 con los posteriores o anteriores, podemos señalar alguna de las características de la evolución de esta práctica.

Los datos de 1843, a pesar de sus problemas, nos revelan una mayor importancia de los sirvientes dentro de los jóvenes nativos, y una mayor presencia de sirvientes entre los niños de 10 a 14 años. En estos años, sobre todo en 1843, pero también en 1860 y 1887, encontramos así mismo un gran porcentaje de jóvenes de los que no conocemos su relación con la familia con la que viven, algo que también aparece en los datos que Mercedes Arbaiza (1996: 96 y 297) aporta sobre las villas preindustriales vizcaínas. Seguramente, muchos de ellos serían también mano de obra en la explotación familiar, aunque no aparezcan como sirvientes o aprendices, pero existe otra posibilidad que nos ha hecho no tomar a la totalidad de estos jóvenes como sirvientes domésticos.

En su estudio sobre el hospedaje en Pamplona en 1878 Erdozáin y Mike-larena (1998) han puesto de manifiesto la importancia de los huéspedes dentro de los hogares de la ciudad. Estos huéspedes se concentran especialmente en esta edad juvenil, y seguramente, una parte importante de quienes nos aparecen como miembros de hogares sin parentesco aparente con la familia serían huéspedes y no sirvientes domésticos. Es por eso que no he querido incluir a estos jóvenes sin parentesco, especialmente numerosos en 1843, entre los domésticos, pero no cabe duda que muchos de ellos lo serían, con lo cual podemos deducir que la decadencia de esta práctica sería más gradual en la primera mitad del siglo XIX que lo que la diferencia entre los datos de 1786 y 1860 nos muestran.

Dentro del proceso general de decadencia de la circulación de jóvenes podemos apreciar que esa práctica se tiende a abandonar a lo largo del siglo XIX entre los jóvenes nativos de la ciudad, especialmente entre los hombres, y en las edades más tempranas. Esto es evidente en 1887 y más todavía en 1930. Queda claro, por lo tanto, que la lenta desaparición de la circulación de

jóvenes que acompaña al proceso industrial pasa por una feminización, retraso en la edad, y ruralización de esta estrategia.

Otra diferencia importante entre el ciclo vital preindustrial y el de principios del siglo XX, que ya hemos analizado en el apartado sobre la nupcialidad, es el retraso en la edad de acceso al matrimonio, y el aumento del celibato. Este es el marco en el que tenemos que entender la mayor presencia de hijos e hijas en los hogares pamploneses de 1910 y 1930. En estos gráficos sobre el ciclo vital esto nos aparece muy evidente en el aumento del porcentaje de hijos en edades ya consideradas de madurez, entre los 30 y los 50 años. Como se puede ver, esta tendencia afecta tanto a hombres como a mujeres pero, en ambos casos sobre todo a los nativos de la ciudad. Estas diferencias entre nativos e inmigrantes, de todos modos, responden a la posibilidad de vivir con los padres en el caso de los nativos. Posteriormente profundizaremos en el estudio de esta tendencia a la hora de entender la presencia de hijos e hijas en los hogares.

Por último, antes de abordar el estudio pormenorizado de estos componentes del hogar, vamos a fijarnos en la posición de los y las ancianas dentro del hogar, algo que tiene mucho que ver con las estructuras familiares. Los gráficos sobre el ciclo vital individual en el siglo XIX nos muestran una diferencia importante entre hombres y mujeres mayores de 60 años, mucho más clara que posibles diferencias entre nativos e inmigrantes. En efecto, mientras que en el caso de las mujeres encontramos entre un 20 y un 30% de ellas viviendo como parientes corresidentes, en el caso de los hombres, los porcentajes no superan el 10%, viviendo la gran mayoría como cabezas de familia.

Sin embargo, en 1930 la situación ha cambiado considerablemente, ya que ha descendido el porcentaje de mujeres que aparecen como parientes a la vez que ha ascendido el de hombres, con lo cual encontramos que tanto entre hombres como mujeres, y entre nativos como inmigrantes alrededor de un 20% de los mayores de 60 años viven como parientes en hogares complejos.

De todos modos, estos gráficos sobre el ciclo vital no nos sirven para conocer en profundidad este tema de la posición familiar de los ancianos y ancianas, ya que seguramente, en estas edades y en núcleos urbanos son mucho más significativas las estrategias de corresidencia que la posición teórica dentro de la familia. Evidentemente, hay muchas diferencias entre un cabeza de familia solitario, uno de un hogar nuclear y uno de un extenso, ya que el principal punto de atención es saber si los ancianos vivían de manera solitaria o en pareja estos años de vida o tendían a residir con otros familiares.

Para profundizar en esta cuestión he elaborado los cuadros IV.37 y IV.38, en los que podemos observar las estructuras familiares según la edad de las personas, y no del cabeza de familia.

Como es lógico, lo primero que hay que señalar es el aumento de personas que viven en hogares complejos, algo que es lógico si tenemos en cuenta

Cuadro IV.37

Estructuras familiares en las que vive la población según su edad. 1887

	I (solit.)	II (sin núcl.)	III (nuclear)	IV (extensa)	V (múltiple)	IV+V (compleja)
0-19	0,00	1,42	75,6	18,2	4,74	22,9
20-39	0,80	5,95	65,5	21,0	6,75	27,7
40-59	1,82	4,92	76,4	13,3	3,64	16,9
>60	9,09	8,54	47,4	25,6	9,37	35
Total	1,36	4,16	70,2	18,7	5,53	24,2

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

el aumento del número de ese tipo de hogar. Sin embargo, es muy significativo que ese aumento no se dé apenas entre las personas mayores de 60 años, ya que tanto en 1887 son un 35% y en 1930 son un 36,2% las personas de esa edad que viven con otros familiares. Estos resultados, similares a los que Pérez-Fuentes y Pareja (1994) han comprobado para el caso de Bilbao, nos demuestran que no se puede afirmar que el proceso industrial conlleve una mayor soledad o desatención para los mayores, pero, por otro lado, nos revelan que el aumento de la complejidad familiar no es debido a una mayor coresidencia con personas ancianas, sino a una mayor solidaridad horizontal. Son los tramos de edad entre los 20 y los 60 años los que experimentan un mayor crecimiento del número de hogares complejos.

Evidentemente, el ciclo vital es bastante más complejo, y sobre todo, más heterogéneo socialmente, de lo que a partir de estos gráficos he señalado. Es por eso que ahora, teniendo presentes estas tendencias generales, voy a profundizar en el estudio de los principales componentes del hogar.

Cuadro IV.38

Estructuras familiares en las que vive la población según su edad. 1930

	I (solit.)	II (sin núcl.)	III (nuclear)	IV (extensa)	V (múltiple)	IV+V (compleja)
0-19	0	1,89	72,2	19,0	6,87	25,8
20-39	0,82	7,17	60,7	21,8	9,57	31,4
40-59	2,37	8,66	61,7	20,9	6,41	27,3
>60	8,55	6,93	48,3	24,0	12,2	36,2
Total	1,57	5,55	63,8	20,8	8,27	29,1

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

IV.3.1. La presencia de hijos e hijas en el hogar

La presencia de hijos e hijas en el hogar familiar obedece a diferentes factores, entre los cuales son clave la edad de acceso al matrimonio, la fecundidad de las parejas, la mortalidad infantil, y las posibilidades de acceso al mercado laboral. Desgraciadamente, no contamos con datos desagregados por profesiones para estas variables, con lo cual, el análisis que queremos realizar no nos va a ofrecer un panorama explicativo totalmente satisfactorio, pero, a pesar de todo, creo que contamos con datos suficientes como para acercarnos a analizar algunas de las diferencias fundamentales que en este aspecto presentan las estrategias familiares de los diferentes grupos sociales¹⁴². Una vez más, vamos a diferenciar la situación del XIX, en la que todavía son visibles muchos comportamientos preindustriales, de la de principios de siglo XX, y para ello vamos a realizar una comparación entre los datos de 1887 y 1930, a partir de los gráficos IV.5, IV.6, IV.7, IV.8, IV.9 y IV.10, en los que aparece la información de los grupos profesionales más significativos. Los gráficos de 1843, a pesar de los problemas comentados, sirven como complemento para analizar la situación preindustrial, y se pueden consultar en el apéndice IV. 5.

En el gráfico IV.5 queda claro, como ya anteriormente se ha comentado, que los hogares encabezados por mujeres son los que menos número de hijos tienen, ya que a partir de los treinta años no aumentan su descendencia. En los hogares encabezados por hombres, sin embargo, la diferencia es palpable entre los diferentes grupos sociales. Mientras los hogares de artesanos y profesionales liberales siguen aumentando su número de hijos hasta que el cabeza cumple los sesenta años, los de servicios y jornaleros empiezan a expulsar hijos cuando el cabeza cumple 50 años. Así, en los primeros encontramos una media de tres hijos/as cuando el cabeza tiene entre 50 y 59 años, mientras que en el segundo grupo la media no llega a 2.

Sin embargo, parece lógico pensar que dentro de cada grupo la razón de ese número de hijos no es la misma. En el caso de las profesiones liberales, podemos pensar que siguen en el hogar sin desempeñar labores que proporcionen ingresos monetarios a la familia, mientras que entre los artesanos estarían colaborando en el taller familiar. Así mismo, el descenso que se da entre los jornaleros y asalariados es definitivo a partir de los 50 años del cabeza, mientras que en el sector servicios parece que ese pequeño descenso de hijos a esa edad del cabeza se va interrumpir, de manera que cuando el cabeza cuente con más de 60 años es este grupo el que más número de hijos tenga en el hogar, algo que también parece relacionado con el trabajo dentro de la explotación económica familiar.

¹⁴² Como ya he advertido anteriormente, he agrupado en el caso de 1887 a los jornaleros no cualificados, y los asalariados de la agricultura, la artesanía y los servicios.

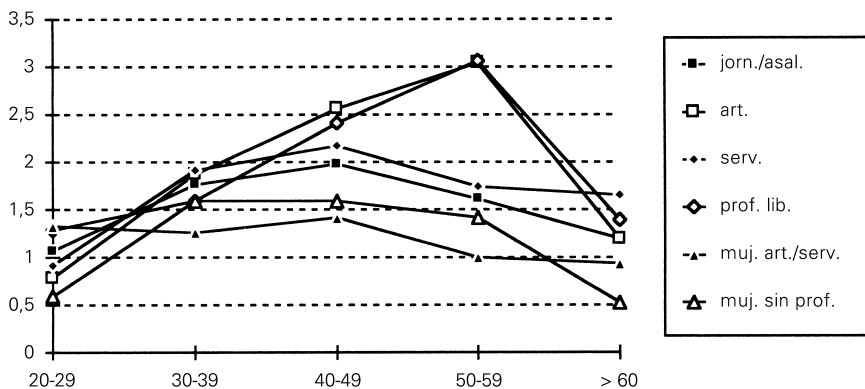


Gráfico IV.5

Número de hijos/as en el hogar según la edad y profesión del cabeza de familia. 1887

Evidentemente, la presencia de hijos o hijas a diferentes edades no obedece a las mismas causas. Mientras que la presencia de hijos menores de 5 años nos está hablando de la fecundidad de ese grupo social y de su mortalidad infantil, la presencia de hijos adultos nos revela la capacidad del hogar para albergar a más miembros.

Creo que la principal aportación del gráfico IV.6 es revelarnos tanto la mayor fecundidad de un grupo social, el de los labradores no jornaleros, como el hecho de que algunos grupos sociales podrían alargar más su fecundidad en el tiempo. En efecto, los hogares de profesionales liberales y labradores mantienen a partir de los cuarenta años de la madre un mayor número de hijos, mientras que en los jornaleros y asalariados, artesanos y sector servicios no asalariado el descenso es más evidente a partir de esa edad. Evidentemente, los grupos de labradores y profesiones liberales podrían ser los que menor mortalidad infantil registrarán, con lo cual las diferencias que se aprecian en el gráfico IV.6 no nos estarían hablando de diferencias de fecundidad sino de mortalidad infantil. De todos modos, los datos de 1843 son todavía más rotundos en el caso de los jornaleros, con promedio de menos de 0,3 hijos menores de 5 años cuando el cabeza tiene entre 30 y 39 años, dos tercios menos que el resto de grupos profesionales, con lo que la hipótesis de que estos grupos tenían una fecundidad menor no parece descabellada. Lo que sí aparece como evidente, a pesar de la ausencia de datos sobre mortalidad, es que son labradores no asalariados el grupo que parece registrar una mayor fecundidad durante todos los grupos de edad.

La presencia de hijos adultos en el hogar nos es más reveladora de diferentes estrategias según los grupos sociales. Así, en el gráfico IV.7 queda claro que son los hogares de artesanos, y en menor medida los de profesiona-

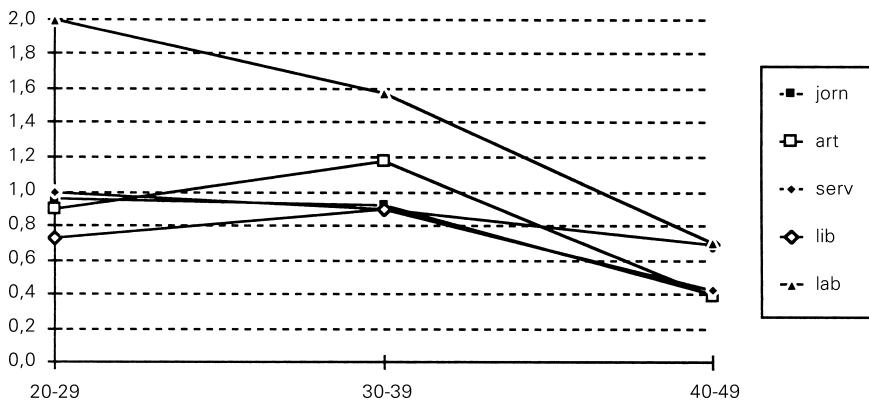


Gráfico IV.6

Número de hijos/as menores de 5 años según la edad de la madre y la profesión del cabeza de familia. 1887

les liberales y el sector servicios los que mayor número de hijos e hijas mayores de 14 años albergan cuando el cabeza de familia es mayor de 49 años, mientras que en los hogares de jornaleros y asalariados la media es mucho menor, lo cual nos está demostrando algo que ya se ha apuntado anteriormente, son hogares que están expulsando a sus hijos del hogar familiar para entrar a trabajar seguramente como sirvientes domésticos, aprendices, en otros hogares, o quizás, ya en estos momentos, vean la posibilidad de emi-

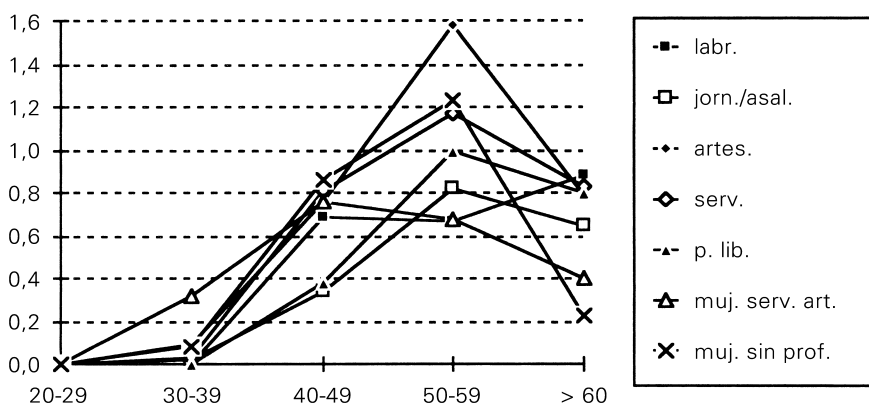


Gráfico IV.7

Número de hijos/as >14 según la edad y profesión del cabeza de familia. 1887

grar hacia centros industriales próximos como las provincias costeras vascas de la península. Aunque los datos de 1843 presentan alguna variación, y el problema de no diferenciar entre labradores y artesanos asalariados y los que no lo están, también queda claro que son los hogares de jornaleros los que menos hijos adultos conservan.

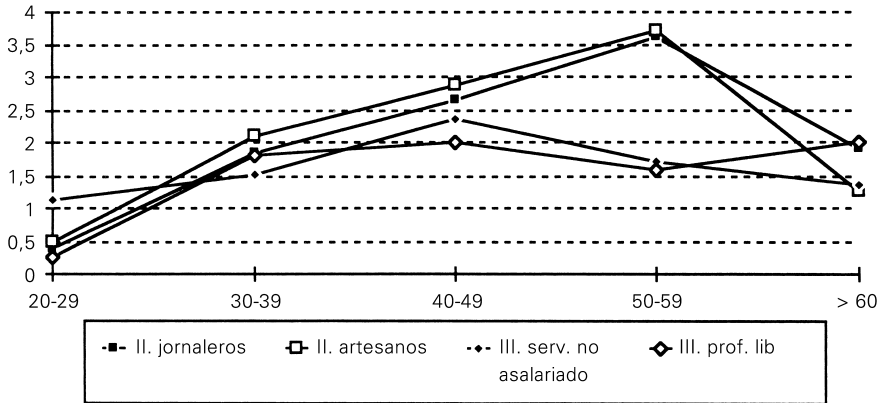


Gráfico IV.8

Número de hijos/as por hogar según la edad y la profesión del cabeza de familia. 1930

Si comparamos esta situación que podemos calificar como preindustrial, a pesar de las matizaciones que este término precisa para una fecha como 1887, con la de 1930, podemos encontrar contrastes importantes reveladores de la influencia del proceso industrializador en las estrategias familiares.

Por un lado, el número de hijos según la edad del cabeza de familia ha aumentado en todos los grupos sociales, excepto en los hogares de los profesionales liberales. En efecto, el mayor número de hijos en el hogar no parece ser ahora signo de más alta posición social, sino más bien al contrario; son los hogares de artesanos (ahora no contamos con la distinción entre asalariados y autónomos) y jornaleros los que más número de hijos tienen ya desde que el cabeza tiene 40 años. A partir de entonces las diferencias se acentúan, y nos encontramos con que entre los 50 y 59 años estos hogares tienen más de 3,5 hijos de promedio, mientras que los hogares de profesionales liberales y del sector servicios no asalariado no llegan a 2 hijos por hogar. No cabe duda de que en este aumento de hijos ha influido claramente el descenso de la mortalidad infantil, pero creo que no es ese el único factor explicativo.

Si analizamos la presencia de hijos menores de 5 años en los hogares (gráfico IV.9), podemos apreciar que se mantiene bastante similar a la comprobada en 1887, excepto en el caso de los labradores, que siguen apareciendo como el grupo con mayor número de hijos menores de 5 años. Esta permanencia en el número de los hijos más jóvenes nos está indicando claramente un descenso de la fecundidad legítima en todos los grupos sociales, ya que para esta época se ha dado un descenso global de la mortalidad infantil. Por lo demás, creo que las diferencias que se aprecian en el gráfico IV.9 no nos pueden llevar a conclusiones claras sobre fecundidad diferencial en los diferentes grupos sociales, aunque sí se puede apuntar que las familias campesinas son las que se nos muestran, en apariencia, como las más fecundas.

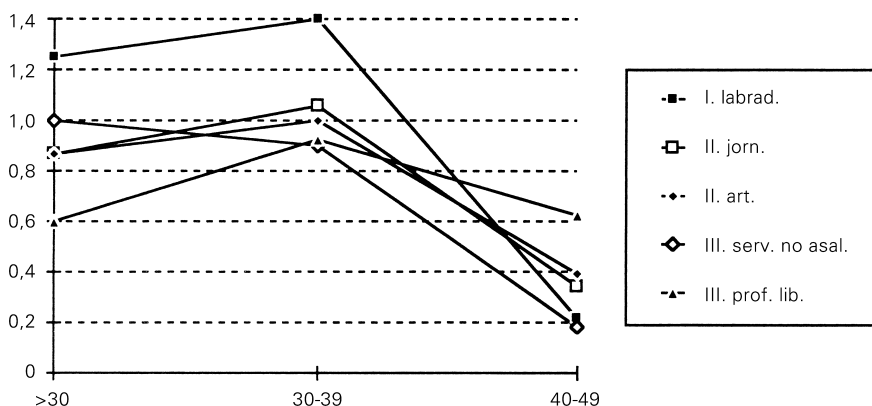


Gráfico IV.9

Número de hijos/as menores de 5 años según la edad de la madre y la profesión del jefe de familia. 1930

Por el contrario, es en las edades superiores, como en la época preindustrial, cuando más claras aparecen las diferencias entre los diferentes grupos sociales (gráfico IV.10). Los hijos mayores de 14 años son más numerosos en los hogares de jornaleros y artesanos que entre las profesiones liberales. En este sentido, no parece completamente clara la explicación a esta diferencia, máxime cuando en la presencia de hijos menores de 5 años no hemos encontrado unas diferencias claras entre los grupos sociales. A modo de hipótesis, podríamos señalar una mayor posibilidad de empleo y consiguiente matrimonio entre las clases medias altas que entre las populares, con lo que estas clases superiores podrían seguir manteniendo pautas preindustriales de matrimonio y abandono del hogar; de hecho, el número de hijos adultos por hogar no varía sustancialmente en este grupo. Por el contrario, entre las clases

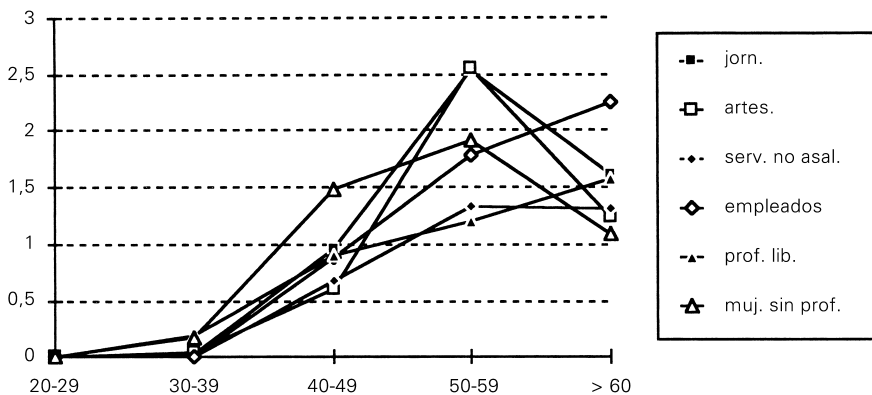


Gráfico IV.10

Número de hijos >14 según la edad y profesión del cabeza de familia. 1930

populares se da un retraso muy evidente del abandono del hogar y de la edad de acceso al matrimonio, algo que parece síntoma de dificultades económicas a la hora de conseguir una independencia económica.

De todos modos, es interesante comprobar que este aumento de los hijos e hijas mayores de 15 y 20 años se da también en el marco rural de la zona de las Amescoas, y precisamente es mayor ese aumento entre los hogares de menos ingresos, como es el caso de los carboneros (Erdozain, 1999: 212). De la misma manera, no podemos olvidar, como marco general, el retraso en la edad de acceso al matrimonio que se da en el conjunto español (Cachinero, 1982), al que hemos hecho referencia anteriormente.

Como conclusión general, podríamos pensar en principio que este cambio en el comportamiento de los hijos e hijas tiene que ver con los cambios que se dan en la función económica del hogar. En efecto, el hecho de que muchos hogares sirvieran en la época preindustrial como centros de producción de bienes o servicios para el mercado posibilitaba que hijos e hijas de estas familias permanezcan durante más tiempo en el hogar, trabajando en el seno de la explotación familiar, mientras que en el caso de los hogares de familias asalariadas, la ausencia de actividad de producción para el mercado en el hogar impulsaba a hijos e hijas a salir antes del hogar.

Por el contrario, en los inicios de la industrialización, cuando ya muchos hogares han perdido su papel de producción para el mercado, estos comportamientos van a variar sustancialmente. Aunque el descenso de la mortalidad infantil vaya a aumentar el número de hijos por hogar, también influyen en este aumento el hecho de que en los hogares asalariados la mayor parte de los hijos e hijas adultos se planteen mayoritariamente compaginar el trabajo asalariado fuera del hogar familiar con su perma-

nencia él. De hecho, la gran mayoría del trabajo remunerado se va a realizar fuera de los hogares. Además de esto, por supuesto, hay que tener en cuenta la influencia de la coyuntura económica y de la estructura del mercado de trabajo local para entender las restricciones de la nupcialidad que se dan en el primer tercio del siglo xx (Sánchez Barricarte, 1998), y que afectaría de manera más clara a las clases más numerosas, las populares.

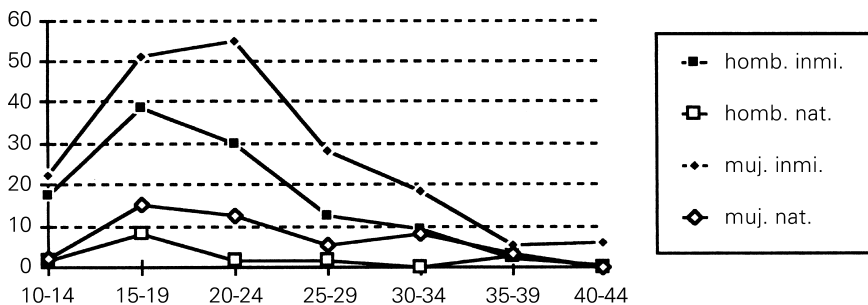
IV.3.2. **Circulación de jóvenes y presencia de domésticos**

La presencia de mano de obra extrafamiliar en el seno de los hogares, conviviendo con la familia que explota una cierta unidad económica, era algo habitual en la sociedad europea de Antiguo Régimen. De hecho, muchos hogares de labradores, artesanos o del sector servicios contaban con trabajadores y trabajadoras domésticos que participaban tanto en el trabajo de cara a la producción para el mercado como en el mantenimiento del hogar y el cuidado de algunos de sus miembros. La combinación de tareas tildadas como productivas y reproductivas variaba según la posición económica de la familia, las concepciones sociales de género, las tradiciones locales y las normas sobre trabajo artesanal existentes.

Esta convivencia con los trabajadores extrafamiliares era muy frecuente tanto en áreas rurales como en el entorno urbano. Dentro de éste, su utilización era una de las bases del sistema gremial, en el que los aprendices jóvenes convivían con los maestros de manera que combinaban el trabajo práctico con el aprendizaje de un oficio en el que más adelante podrían llegar a ser oficiales o maestros. Como es lógico, las condiciones de estos trabajadores variaban bastante según la región y el oficio, pero no cabe duda de que estaban en una posición de clara subordinación y dependencia respecto a sus empleadores.

Además de su efecto en el mantenimiento del sistema gremial o de muchas explotaciones agrícolas, esta práctica, también llamada circulación de jóvenes o «life cycle servant», en palabras de Laslett, tenía una importante influencia en las estrategias matrimoniales. De hecho, durante este tiempo los y las jóvenes no herederos de tierra, talleres o negocios ahorraban un dinero importante que luego aportarán al matrimonio.

De todos modos, la presencia de sirvientes en las explotaciones económicas familiares, a pesar de ser abundante en toda la Europa occidental, experimentaba fuertes diferencias según las zonas. Así, esta práctica era mucho más habitual en el área que Reher (1998) ha denominado como de débiles lazos familiares, la comprendida por las regiones centro y noroccidentales, Escandinavia, las Islas Británicas, los Países Bajos, y gran parte de Alemania y Austria, que en las regiones mediterráneas, donde los lazos familiares eran relativamente más fuertes y menor la costumbre de trabajar en hogares ajenos.



Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Gráfico IV.11

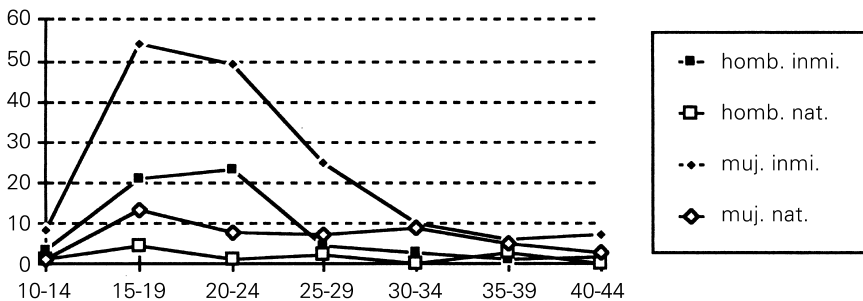
% de domésticos por grupos de edad. 1860

Estas diferencias, aunque válidas globalmente, esconden importantes variaciones regionales, una de las cuales, seguramente la más importante, es el contraste entre el campo y la ciudad. Tanto en el norte como en el sur de Europa la presencia de sirvientes es mayor en las ciudades que en las áreas rurales circundantes, algo que tiene que ver tanto con la presencia en las ciudades de grupos acomodados que se pueden permitir un elevado número de sirvientes personales, como por la importancia, ya mencionada, de los trabajadores domésticos aprendices dentro del sistema gremial.

A pesar de que el País Vasco formaría parte de esa zona europea de lazos familiares más fuertes y con menor porcentaje de sirvientes, diversos estudios han revelado que la presencia de domésticos en el área cantábrica y pirenaica era superior a la de otras zonas de la península ibérica (Reher, 1998).

Es en este contexto en el que tenemos que comprender la presencia de domésticos en la capital navarra anterior a la industrialización, con un promedio de domésticos superior a muchas de las ciudades más cercanas, así como al mundo rural navarro (Mikelarena, 1994a). En su estudio sobre la población doméstica en Pamplona durante el siglo XVIII, Mikelarena nos advierte sobre la dificultad de encontrar una única razón explicativa de este alto promedio de mano de obra extrafamiliar que vivían en los hogares. De hecho, creo que de momento no contamos con razones claras sobre estas diferencias. De todos modos, dicho estudio de Mikelarena nos pone de manifiesto que ese recurso a los sirvientes se da en una ciudad de alto porcentaje de complejidad familiar, y precisamente en los hogares en los que mayor complejidad encontramos.

Los datos del siglo XIX nos van a cambiar de manera importante el panorama descrito por Mikelarena para el siglo XVIII. El número medio de domésticos por hogar ha descendido en 1860 a 0,42, de manera que los sirvientes representan en este año el 10,77% de los habitantes que habitan en



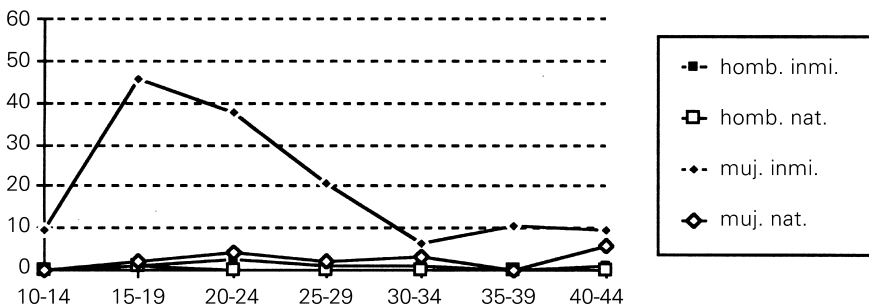
Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Gráfico IV.12

% de domésticos por grupo de edad. 1887

hogares no institucionales. De este momento en adelante, el peso de los sirvientes domésticos seguirá descendiendo, y es precisamente esa evolución el objeto de este subapartado. Se trata de analizar en qué medida, en qué sectores sociales y con qué importancia diferenciada según el sexo y origen, va a ir perdiendo importancia esa estrategia preindustrial llamada circulación de jóvenes.

Al analizar los cambios en el ciclo vital individual, ya he comprobado que, a mediados y finales del siglo XIX (en los años 1860 y 1887), los hijos e hijas tienen una importancia mucho menor en la adolescencia y juventud que en el año 1930, debido, además de a las dificultades para contraer matrimonio, a que una parte importante de estos jóvenes están residiendo en otros hogares. Esta situación representa una cierta continuidad con la lógica de ciudad artesanal y de servicios de Antiguo Régimen,



Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Gráfico IV.13

% de domésticos por grupos de edad. 1930

ya que, en el año 1787, los domésticos representaban cerca del 60% entre las mujeres de 15 a 24 años, y alrededor del 45% entre los hombres de misma edad (Mikelarena, 1994: 141). Lógicamente, las diferencias son apreciables entre los nativos e inmigrantes, ya que el trabajo en hogares urbanos era una oportunidad importante para jóvenes de ambos sexos del entorno rural.

Así pues, el porcentaje de jóvenes que viven trabajando en otros hogares alcanza en 1860 entre un 30 y 40% en el caso de los hombres inmigrantes entre 15 y 24 años, mientras que entre las mujeres el porcentaje en estas edades es ligeramente superior al 50%. Entre los nativos el porcentaje es inferior, pero no desdeñable. Por otro lado, es evidente que la circulación de jóvenes en el mundo urbano es más importante para las mujeres que para los hombres. Como es sabido, a partir de este trabajo en los años de soltería podrían ahorrar un dinero que aportarán como dote en su matrimonio.

A finales del siglo XIX, en 1887, esta forma de trabajo sigue su evolución en ese proceso decadente que será definitivo, pero, a pesar de ello, todavía se mantiene en muchas familias. Ahora siguen siendo un 55% de las mujeres inmigrantes entre 15 y 24 años, mientras que en el caso de los hombres el porcentaje ha caído al 20%. Entre los nativos, sin embargo, los porcentajes son bastante similares a los de 1860. Seguramente, la conclusión más importante que podemos obtener de la comparación entre ambas fechas es que es entre los hombres inmigrantes entre los que más ha descendido el porcentaje de domésticos. Esto nos indica que, aunque es mucho menos frecuente, la práctica de la circulación de jóvenes no ha descendido entre la población nativa, sino que sobre todo el descenso se da en la participación de hombres inmigrantes, algo que tiene mucho que ver con el proceso de feminización de esta profesión que se va a dar durante el siglo XIX y los comienzos del XX.

En 1930 el trabajo en hogares ajenos es sobre todo un trabajo de servicio doméstico, desvinculado de la producción de bienes y servicios para el mercado. En estos momentos este tipo de estrategia económica está asignada socialmente casi exclusivamente a las mujeres, y entre estas, sobre todo a inmigrantes. Ya hemos explicado anteriormente las transformaciones que se dan en el hogar conforme avanza el proceso industrial. Tanto esta privatización del espacio doméstico como el reforzamiento de la idea de domesticidad femenina son factores claves que explican el que el servicio doméstico quede en manos de mujeres. Además, empieza a contemplarse la posibilidad de contratar sirvientes que no convivan en el hogar en el que trabajan, con lo que algunas mujeres nativas de Pamplona van a poder trabajar como sirvientes sin abandonar su hogar familiar.

Como es lógico, esta progresiva pérdida de importancia de la circulación de jóvenes en los hogares de Pamplona se va a ver muy matizada según la actividad económica de cada hogar. En los cuadros IV.39, IV.40 y

IV.41 se puede apreciar que la pérdida de importancia de la circulación de jóvenes va a hacer que cada vez haya un menor número de hogares que alberguen domésticos. Si en 1786 un 44,7 de los hogares contaba con domésticos (Mikelarena, 1994), en 1860 son solamente un 25,6% los hogares que los albergan. Durante el final de siglo XIX y el principios del XX el porcentaje sigue reduciéndose, pero a un ritmo mucho menor, ya que en 1887 son el 22,4% y en 1930 el 18,4% los hogares con sirvientes domésticos, con lo cual es evidente que es durante la primera mitad del siglo XIX cuando se da el gran descenso en muchos de los hogares. De todos modos, una vez más conviene recordar que estamos trabajando con porcentajes, con lo cual el número de hogares con sirvientes, como todos los hogares, aumenta en cifras absolutas.

Cuadro IV.39

% de hogares según el n.º de domésticos que albergan, clasificados según la profesión del cabeza de familia. 1860

	0	1	2	3	>3
I. Jorn.	96,9	3,1	0,0	0,0	0,0
I. No jorn.	87,1	3,2	6,5	1,6	1,6
II. Mujeres	95,7	2,9	0,0	0,0	1,4
II. Art. jornaleros.	94,6	4,9	0,0	0,5	0,0
II. Jornaleros	96,7	3,3	0,0	0,0	0,0
II. Art. no jorn.	65,9	19,8	6,6	6,6	1,2
III. Clero	31,3	43,8	18,8	6,3	0,0
III. Otros	96,2	3,8	0,0	0,0	0,0
III. Prof.lib.	35,1	35,1	21,1	8,8	0,0
III. Propietarios	28,1	31,3	23,4	10,9	6,3
III. Serv. asalariado	75,0	15,6	9,4	0,0	0,0
III. Serv. empleado	63,3	26,7	8,3	1,7	0,0
III. Serv. mujer	75,0	16,7	4,2	2,1	2,1
III. Serv. no asalariado	48,0	24,5	19,4	6,1	2,0
Sin profesión	74,8	22,3	2,9	0,0	0,0
Total	74,4	15,1	6,6	2,9	0,9

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones

Los cuadros IV.39, IV.40 y IV.41 nos confirman las conclusiones que ya hemos señalado anteriormente sobre las diferencias sociales a la hora de albergar domésticos. Sin embargo, nos añaden una información valiosa sobre el número de domésticos en cada grupo social.

Cuadro IV.40

% de hogares según el número de domésticos que albergan, clasificados según la profesión del cabeza de familia. 1887

	0	1	2	3	>3
I. Jorn.	97,1	2,9	0,0	0,0	0,0
I. No jorn.	76,3	13,2	10,5	0,0	0,0
II. Art. jorn.	94,3	4,5	1,1	0,0	0,0
II. Art. no jorn.	71,5	20,8	4,6	3,1	0,0
II. Mujeres	97,5	2,5	0,0	0,0	0,0
II. Jornaleros	96,5	2,9	0,6	0,0	0,0
III. Clero	42,9	47,6	9,5	0,0	0,0
III. Prof.liberales	46,0	35,0	15,0	2,0	2,0
III. Propietarios	23,3	36,7	16,7	16,7	6,7
III. Serv. asalariado	86,3	13,7	0,0	0,0	0,0
III. Serv. empleado	75,9	11,1	13,0	0,0	0,0
III. Serv. mujer	83,6	10,9	5,5	0,0	0,0
III. Serv. no asalariado	50,0	26,9	10,3	6,4	6,4
Sin profesión	82,4	13,3	2,7	0,5	1,1
Total	77,6	14,8	5,1	1,5	1,0

Fuente: elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones

Cuadro IV.41

% de hogares según el n.º de domésticos que albergan, clasificados según la profesión del cabeza de familia. 1930

	0	1	2	3	4
I	91,4	5,7	2,9	0,0	0,0
II. Artesanos	89,9	9,5	0,6	0,0	0,0
II. Jornaleros	97,9	1,4	0,7	0,0	0,0
III. Clero	75,0	25,0	0,0	0,0	0,0
III. Lavandera	100,0	0,0	0,0	0,0	0,0
III. Prof..lib.	38,1	39,7	12,7	9,5	0,0
III. Propietarios	45,7	32,6	15,2	4,3	2,2
III. Serv. asalariado	92,5	7,5	0,0	0,0	0,0
III. Serv. empleado	77,5	18,3	4,2	0,0	0,0
III. Serv. mujer	80,0	6,7	6,7	6,7	0,0
III. Serv. no asalariado	63,5	24,3	10,8	1,4	0,0
Sin profesión	86,5	10,6	2,2	0,4	0,4
Total	81,6	13,5	3,7	1,1	0,2

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En primer lugar hay que señalar que ese descenso del número de domésticos es más brusco en los hogares con dos, tres o más sirvientes. De hecho, son los hogares que tienen más número de domésticos los que más descienden porcentualmente, mientras que los que tienen un sólo sirviente descienden en menor medida.

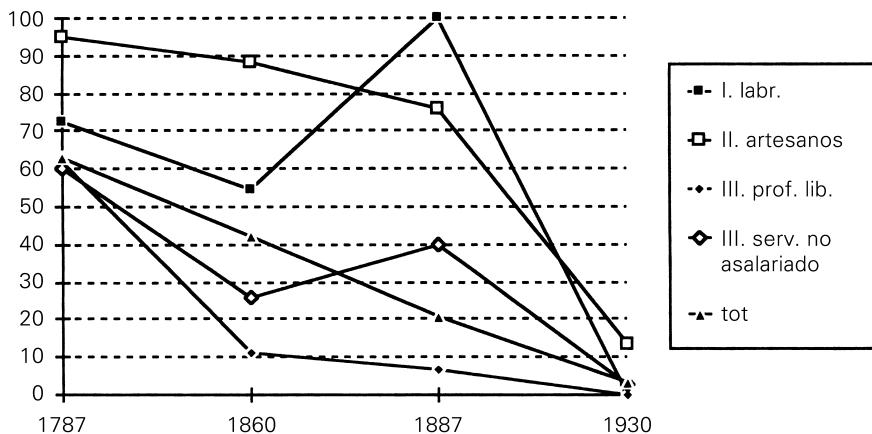
Otro factor importante que merece la pena ser señalado es la importante continuidad en el tiempo que encontramos en las diferencias sociales entre los hogares. Así, podemos señalar un grupo en el que la presencia de sirvientes domésticos es mayoritaria durante todo el período, nos estamos refiriendo a los hogares encabezados por personal del clero, profesiones liberales y los calificados como propietarios, ya que en este grupo entre el 60 y 70% de los hogares cuentan con algún sirviente. Un segundo grupo lo constituyen los hogares del sector servicios no asalariados, es decir, fundamentalmente con establecimientos propios de comercio u hostelería. En este grupo el porcentaje de hogares con domésticos es aproximadamente un 50% durante todo el período.

Importancia menor tienen los domésticos en un grupo heterogéneo compuesto por artesanos y labradores no asalariados, mujeres del sector servicios y los calificados como empleados. En este grupo el porcentaje de hogares con domésticos oscila entre el 15 y 35%, si bien es necesario precisar que el hecho de que en 1930 no aparezcan diferenciados los asalariados entre artesanos y labradores hace descender el porcentaje de hogares de esos grupos con sirvientes.

Por último, es importante señalar que incluso entre los hogares asalariados de artesanía y servicios y jornaleros existía un pequeño porcentaje, en torno al 5% que se podía permitir la presencia de sirvientes domésticos en el hogar. Evidentemente, este pequeño grupo más acomodado dentro de los asalariados no es en ningún modo significativo de las condiciones de la mayoría de estos hogares, en los que ya hemos advertido, en la época preindustrial, que las mayores dificultades económicas les estaban empujando a un hogar con menor número de componentes.

Además, es importante señalar que a medida que pasa el tiempo es menor el peso de hogares con más de un sirviente. De hecho, en 1860, encontramos que estos hogares con más de un sirviente son mayoría dentro de los hogares que cuentan con sirvientes en tres importantes grupos sociales, los labradores no jornaleros, los propietarios y los del sector servicios no asalariado. En 1887 esta situación sólo se da entre los propietarios y los empleados, grupos en conjunto mucho menos significativos numéricamente, y en 1930 en los hogares encabezados por mujeres del sector servicios, igualmente poco numerosas.

Después de analizar estas diferencias sociales, es significativo analizar cuál es el diferente peso de hombres y mujeres en los diferentes sectores sociales. Vamos a poder comprobar así el índice de masculinidad varía de manera importante según la actividad económica de la familia. Como se puede comprobar en el gráfico IV.14, en el que se recoge el índice de masculinidad de los sirvientes domésticos en los grupos sociales más significativos numé-



Fuente: Para 1786, Mikelarena (1994). El resto, elaboración propia a partir de censos y padrones. En el año 1887 no están incluidos los artesanos y labradores asalariados.

Gráfico IV.14
Índice de masculinidad de los domésticos

ricamente¹⁴³, existe una evolución clara de feminización de estos jóvenes conforme avanza el desarrollo industrial, una feminización que es constatable en todos los grupos sociales. Al mismo tiempo, podemos apreciar que, aún dentro del predominio femenino en todos los sectores, en los años preindustriales los hogares de labradores y artesanos son los que mayor índice de masculinidad presentan entre sus sirvientes, mientras que entre las profesiones liberales y el sector del comercio y la hostelería (al que pertenecen la gran mayoría de los hogares de servicios no asalariados) el porcentaje de hombres es mucho menor.

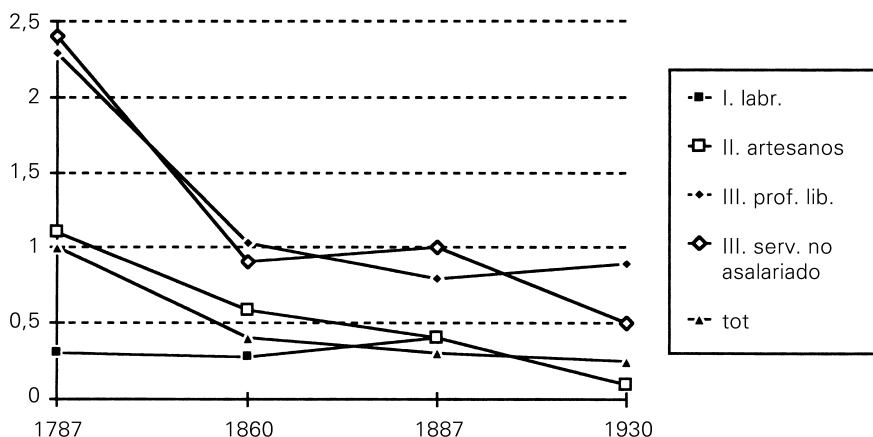
Estas diferencias tienen relación estrecha con las labores económicas que se realizan en cada hogar. Frente al mayor equilibrio en hogares artesanales y agrícolas, las labores de comercio y hostelería quedan en manos fundamentalmente de mujeres, así como las labores domésticas en estos hogares y en los de los profesionales liberales. De todos modos modos, estamos de acuerdo con la reflexión de Mikelarena (1994), cuando plantea que tanto el equilibrio entre sexos en los hogares de artesanos y labradores, como la importante

¹⁴³ Debe tenerse en cuenta que solamente aparecen los grupos más representativos, pero están excluidas algunas minorías que cuentan con un alto promedio de sirvientes, como el clero y los propietarios rentistas, así como grupos heterogéneos dentro de los cuáles había también hogares con un importante número de domésticos, como las mujeres del sector servicios o las viudas sin profesión. Además, también han sido excluidos los jornaleros, un grupo social en cuyos hogares había poquísimos sirvientes. Todas estas exclusiones se han realizado en aras de una mayor claridad.

presencia de hombres en los hogares de profesiones liberales, en los que las tareas de los domésticos estaban fundamentalmente orientadas a las labores de mantenimiento del hogar, nos hacen pensar que la división sexual del trabajo de los domésticos quizás no sería en esta situación preindustrial tan rígida como se ha venido pensando.

Durante el primer tercio del siglo xx el proceso de feminización de este sector alcanza su punto álgido, ya que 1930 prácticamente en todos los sectores, menos en el artesanal, más del 95% de domésticos son mujeres. Como es lógico, este proceso tiene mucho que ver tanto con la transformación del significado económico del hogar, como con el discurso sobre la domesticidad de la mujer al que ya nos hemos referido anteriormente.

Como visión global, y para terminar ya con este apartado sobre los domésticos y la circulación de jóvenes, contamos con la información del gráfico IV.15, en el que se aprecian tanto las diferencias sociales de los hogares que albergan domésticos como la tendencia generalizada a la disminución de su importancia numérica.



Fuente: Para 1786, Mikelarena (1994). El resto, elaboración propia a partir de censos y padrones. En el año 1887 no están incluidos los artesanos y labradores asalariados.

Gráfico IV. 15

Número medio de domésticos por hogar

Como se puede apreciar, durante todo el período analizado son los hogares de profesiones liberales así como los del sector del comercio y la hostelería los que más domésticos albergan, los primeros como signo de distinción social y para el mantenimiento del hogar, y los segundos, además de para estas funciones, como trabajadores en la explotación económica familiar. Entre

los hogares de artesanos y labradores, en los que también era esencial el trabajo en la explotación familiar, el promedio era menor, y al final del período, en el caso de los artesanos, su proletarización, empobrecimiento y el trabajo en talleres no domésticos hace que disminuya su capacidad de albergar sirvientes.

Antes de terminar este recorrido en torno a la decadencia de la estrategia preindustrial de la circulación de jóvenes tenemos que recordar, por lo tanto, tres características que se aprecian al observar las variaciones del ciclo vital individual; nos referimos a la feminización, retraso en la edad, y ruralización de esta estrategia.

Además, no podemos dejar de mencionar otro factor que tiene una gran relación con el descenso de número de jóvenes que viven trabajando en hogares ajenos. Se trata del cambio que se está realizando dentro del sector del servicio doméstico, consistente en sustituir los trabajadores que conviven en el hogar por otros que acudan solamente a trabajar para volver posteriormente a su propia casa. En este cambio no están influyendo solamente cuestiones de rentabilidad económica, sino también, y quizás sobre todo, los valores de privacidad del hogar. Efectivamente, atrás han quedado muchos de los comportamientos que Norbert Elias nos describe magistralmente sobre la convivencia entre señores y sirvientes, a través de los cuales estos últimos eran testigos de la vida íntima familiar e incluso de actos tan privados como el desnudo. El proceso industrial, como ya hemos señalado, está convirtiendo el hogar en un lugar cada vez más privado y aislado del exterior, un espacio privado para cada familia, en el que la convivencia permanente con sirvientes era vista, cada vez era más, como una intromisión en la vida familiar.

IV.3.3. Parientes corresidentes: los diferentes significados de la complejidad familiar

Los análisis realizados anteriormente sobre la estructura y la composición del hogar ya nos han puesto de manifiesto algunas de las claves de la evolución del hogar. Ya hemos puesto de relieve que a principios del siglo XX se produce un aumento en el porcentaje de hogares complejos, a la vez que una cierta homogeneización en este aspecto entre los diferentes grupos sociales, con lo cual un mayor porcentaje de complejidad familiar no va a ser ya signo de un más alto estatus social.

Visto esto, de lo que se trata ahora es de intentar desvelar las diferentes estrategias a las que obedece la aparición de familias complejas. Ya ha quedado claro que en el caso de la capital no se cumple la norma patrilocal que aparece en su entorno rural y en la mayor parte de Navarra, por lo que habrá que desvelar cuáles son las lógicas desde las que algunas familias recurren a la coresidencia con familiares. Para ello, en primer lugar vamos a

profundizar en la tipología laslettiana para ver qué tipo de hogares complejos nos aparecen. A este respecto, creo que es importante señalar que en cuanto a la tipología no vamos a detenernos, aunque aparecen en los cuadros, a analizar las diferencias entre complejidad ascendente y descendente, ya que pienso que en la heterogeneidad del mundo urbano es muy difícil explicar a qué obedece el que unos padres o madres aparezcan como cabezas de familia o como parientes corresidentes dentro de las familias complejas.

Así como en el mundo rural la definición de cabeza de familia tiene una importancia real en la comunidad y en la organización del hogar, en la ciudad, y más entre posiciones tan diferentes, es complicado saber el valor real de esta figura, y puede que en muchos casos sea más una mera figura formal que una realidad social. No cabe duda que en algunos casos sí estaríamos ante pautas patrilocales de transmisión del patrimonio, ya sea este una explotación agrícola, un taller o un comercio, pero en muchos otros casos podemos estar ante formas de solidaridad intergeneracional en las cuales es difícil establecer líneas unívocas de autoridad ascendente o descendente. Sin embargo, sí me parece significativo prestar especial atención a la complejidad colateral, que, aunque también puede ser un momento transitorio en el ciclo de hogares troncales, nos puede estar indicando formas de solidaridad marcadas quizás más por la necesidad o el afecto que por pautas de residencia patrilocal.

Posteriormente intentaré analizar las características de estos parientes corresidentes en función del ciclo vital, según la edad del cabeza de familia, una aproximación que creo más explicativa que las meras estructuras, y con la que sí vamos a poder dar más significado a los diferentes lazos ascendentes, descendentes o colaterales.

En los cuadros IV.42 y IV.43 podemos analizar las estructuras familiares de los grupos sociales más significativos, y gracias a ellos podemos señalar algunas diferencias importantes además de las ya indicadas anteriormente sobre el peso de la complejidad en cada grupo social¹⁴⁴.

En primer lugar, tenemos que señalar que en 1887 existen dos grupos sociales entre los que destaca la presencia de importantes porcentajes de familias múltiples, los hogares de labradores y los de profesionales liberales. Sin embargo, estos grupos tienen un comportamiento bastante diferente en cuanto a la importancia de los hogares colaterales, ya que entre los profesionales liberales el porcentaje de estos hogares es mucho mayor, siendo la principal causa de complejidad.

¹⁴⁴ Al hablar de las diferentes lógicas de la complejidad, hay que tener presente que en áreas urbanas podrían desarrollarse estrategias de solidaridad intergeneracional, como las encontradas en la ciudad de Cuenca, donde Reher (1996: 100) ha apreciado una cierta circulación de parientes, ya sea niños o ancianos, que van pasando de un hogar de familiares a otros para pasar algún año.

Cuadro IV.42

Estructuras familiares según la profesión. 1887

	Labr.	Jorn/asal.	Artes.	Serv.	Prof. lib.	Total
I	2,6	1,3	0,8	0,0	0,0	5,6
II.a	0,0	0,3	0,0	1,3	1,0	2,0
II.b	0,0	0,3	0,0	1,3	3,0	4,2
III.a	13,2	20,7	14,8	16,7	13,0	13,6
III.b	44,7	62,2	59,4	43,6	58,0	45,1
III.c	0,0	1,6	2,3	2,6	4,0	1,3
III.d	5,3	0,5	0,0	0,0	1,0	10,8
IV.a	13,2	3,2	3,9	7,7	1,0	4,1
IV.b	0,0	2,9	11,7	14,1	5,0	4,6
IV.c	7,9	3,4	4,7	6,4	8,0	4,3
IV.d	5,3	0,5	0,8	3,9	0,0	1,2
V.a	2,6	1,3	0,8	1,3	2,0	1,5
V.b	5,3	0,5	0,0	0,0	0,0	0,5
V.c	0,0	0,8	0,8	1,3	4,0	0,8
V.d	0,0	0,5	0,0	0,0	0,0	0,4
Total	100	100	100	100	100	100
% Compl.	34,2	13,1	22,6	34,6	20,0	17,3
% Colaterales	7,9	4,2	5,5	7,7	12	5
% Colat/compl.	23,0	32,0	24,2	22,2	60,0	29,4
% Múltiples	7,9	3,1	1,6	2,6	6	3,2
% Mult./compl.	23,0	24,0	6,9	7,4	30,0	18,6

Entre los labradores, artesanos y sector servicios sólo se incluyen los no asalariados. En el grupo de jorn/asal. están incluidos, junto a los jornaleros no cualificados, los asalariados de estos grupos.
Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En principio, no creo que resulte fácil la explicación de estas diferencias. Parece claro que en el caso de los labradores las familias múltiples responden a la lógica troncal del entorno rural de la Cuenca de Pamplona y de otras zonas de Navarra.

Sin embargo, para entender la importancia de la complejidad colateral entre los hogares de profesionales liberales deberíamos tener en cuenta que en estos hogares la gran mayoría de los parientes corresidentes son mujeres, un 83,3%, el porcentaje más alto de todos los grupos sociales (gráfico IV.16). Parece que en este caso la tendencia a formar familias complejas estaría explicada en gran medida como medida de solidaridad con parientes, sobre todo mujeres, en su mayoría solteras, pero también viudas y casadas, que prefieren vivir en casa de unos familiares de clase alta o media alta. Como veremos más

Cuadro IV.43

Estructuras familiares según la profesión. 1930

	Labr.	II. Jorn.	II. Artes.	III. Serv. no asal)	III. Prof.lib	Total
I	2,9	2,8	3,8	1,3	0,0	6,8
II.a	0,0	0,0	1,9	1,3	11,1	5,1
II.b	2,9	2,1	0,6	1,3	7,9	3,5
III.a	14,3	9,7	18,4	13,3	14,3	9,3
III.b	51,4	52,8	48,1	37,3	34,9	35,8
III.c	0,0	5,6	2,5	5,3	3,2	3,6
III.d	0,0	0,7	2,5	1,3	3,2	13,5
IV.a	2,9	3,5	6,3	8,0	3,2	5,1
IV.b	2,9	3,5	2,5	4,0	9,5	4,1
IV.c	5,7	9,7	7,6	16,0	7,9	6,8
IV.d	2,9	0,0	0,6	4,0	3,2	1,4
V.a	8,6	2,1	1,3	1,3	0,0	2,0
V.b	2,9	4,2	2,5	2,7	0,0	1,8
V.c	2,9	2,1	1,3	2,7	1,6	1,1
V.d	0,0	1,4	0,0	0,0	0,0	0,2
Total	100	100	100	100	100	100
% Compl.	28,6	26,4	22,2	38,7	25,4	22,4
% Colaterales.	8,6	11,8	8,9	18,7	9,5	7,9
% Colat/compl.	30,0	44,7	40,0	48,3	37,5	35,1
% Múltiples	14,3	9,7	5,1	6,7	1,2	7,9
% Mult./compl.	50,0	36,8	22,9	17,2	6,3	22,9

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

adelante, es sobre todo en la madurez y en la vejez cuando más importancia tienen estos parientes entre los hogares de los profesionales liberales.

Siguiendo en 1887, es el grupo social con más alto porcentaje hogares complejos, el de los no asalariados del sector servicios, comercio y hostelería fundamentalmente, el otro que más hogares colaterales tiene, pero podemos apreciar que estos hogares colaterales no son responsables más que del 22% de los hogares complejos, con lo que se aprecia que otro tipo de lógicas, seguramente la troncalidad, nos explicarían el alto porcentaje de hogares complejos.

Por último, me parece importante señalar que es en el tipo de hogares con menor porcentaje de hogares complejos, el de los jornaleros y asalariados, donde más importancia, tras los de profesiones liberales, tiene la colateralidad. Como veremos posteriormente, esta colateralidad va a estar princi-

palmente localizada en los años de formación del hogar, entre 20 y 40 años, y mucho más equilibrada entre hombres y mujeres (gráfico IV.16). Parece claro que se trata de una situación diferente a la de las profesiones liberales. Entre los jornaleros sobre todo son jóvenes que conviven con hermanos y cuñados en espera de poder formar un nuevo hogar. Se trata, por lo tanto, de una colateralidad con idea de provisionalidad que desaparecerá cuando sea posible, mientras que en las profesiones liberales la colateralidad tiene visos de ser mayoritariamente algo más tardío y con propósito definitivo, impulsado al no poder un pariente, sobre todo mujer, mantener un hogar por sí mismo.

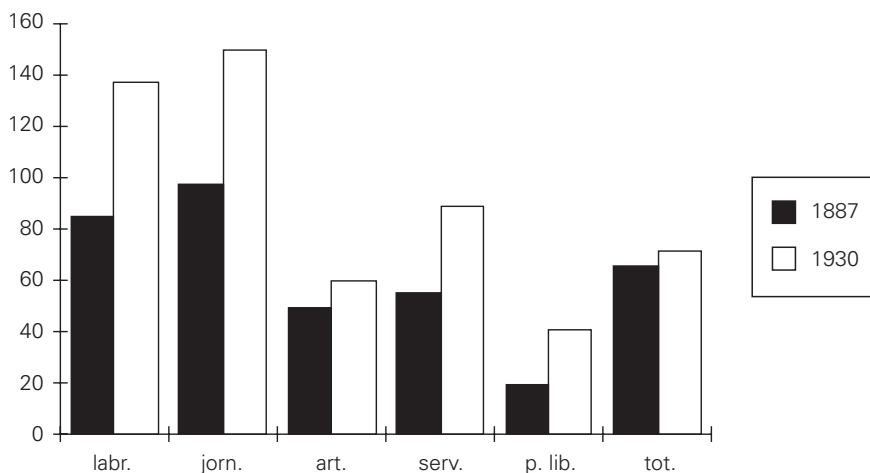


Gráfico IV.16
Índice de masculinidad de los parientes corrientes

La situación de 1930 nos ofrece importantes cambios, algunos de los cuales ya han sido comentados. Asistimos a un aumento de la complejidad familiar, marcada tanto por el aumento de la complejidad colateral, que ahora representan el 7,9% del total de los hogares, y el 35,1% de los complejos, porcentajes superiores a los de 1887, como por el de hogares múltiples, que también aumentan significativamente.

Además, se observa una cierta homogeneización en este sentido, y ahora la complejidad familiar no es signo de mejor posición social¹⁴⁵ aunque sigue,

¹⁴⁵ No hay que olvidar que la falta de diferenciación entre labradores y artesanos asalariados y propietarios hace que las cifras de estos hogares estén ya marcadas hacia la homogeneización.

habiendo un tipo de hogares, los servicios no asalariados, que tienen una complejidad más alta. Parece claro que, en este caso, la existencia de una explotación económica familiar favorecería tanto prácticas troncales como la permanencia en el hogar de hermanos y hermanas que trabajaran en el negocio familiar. Así, es precisamente este grupo social en el que mayor importancia tienen las familias complejas colaterales dentro de las complejas. Como se verá posteriormente, en estos hogares la presencia de parientes colaterales es muy alta tanto en el momento de formación del hogar como cuando el cabeza tiene más de 60 años.

Seguramente, sin embargo, la principal novedad que nos aportan los datos de 1930 sobre la situación del siglo XIX es el crecimiento de la complejidad entre los hogares de asalariados, motivada paralelamente por el aumento de hogares complejos colaterales y múltiples. También en este momento, y de manera todavía más clara, apreciamos que la tendencia a formar hogares colaterales se da sobre todo en los momentos iniciales del ciclo vital, en la formación del hogar, y el motivo no parece muy diferente del que obliga a muchos y muchas jóvenes a permanecer en el hogar familiar hasta bastante más tarde de lo que se hacía en el siglo XIX. Parece evidente que la estructura social, económica y urbanística de la ciudad estaba empujando a las familias de las clases más bajas a optar por estrategias de coresidencia familiar para subsistir en momentos de dificultades.

Respecto al resto de grupos sociales, es de destacar que muchos hogares de labradores siguen manteniendo pautas troncales que les llevan a tener un alto porcentaje de hogares múltiples, mientras que entre los hogares de profesionales liberales los hogares múltiples representan ahora un porcentaje mucho menor.

Queda bastante claro, por lo tanto, una idea que ya ha sido apuntada por muchos autores, y es que la complejidad familiar en el mundo urbano obedece a muchos y diferentes factores. Precisamente para profundizar en ellos vamos a servirnos ahora de los cuadros IV.44 y IV.45, en los que podemos conocer la presencia media de cada tipo de pariente (ascendente, descendente o colateral)¹⁴⁶ en los hogares complejos¹⁴⁷ según los diferentes momentos del ciclo vital.

Al analizar la situación de 1887 podemos constatar que los hogares complejos tienden albergar más parientes en los últimos años del ciclo vital, cuando el cabeza de familia tiene más de 60 años. En este momento, los hoga-

¹⁴⁶ Evidentemente, podríamos hacer un análisis todavía más detallado según el grado exacto de parentesco, pero creo que eso no nos llevaría más que a una interminable casuística de la que es difícil extraer conclusiones claras.

¹⁴⁷ Otra opción podría haber sido el analizar el número de medio de estos parientes entre todos los hogares, y no sólo los complejos, pero he preferido esta manera de presentar los datos porque el objetivo del cuadro es ayudarnos a desvelar la lógica de la complejidad, y no su intensidad, que ya ha sido analizada anteriormente.

Cuadro IV.44

Media de parientes asc/desc/col según la edad y profesión del cabeza. 1887

	Labradores				Jornaleros			
	Asc.	Desc.	Col.	Total	Asc.	Desc.	Col.	Total
20-39	1,2	0,0	1,0	2,2	0,6	0,3	0,6	1,4
40-59	0,2	1,0	1,0	2,2	0,2	1,1	0,5	1,8
>59	0,0	5,0	0,0	5,0	0,0	2,0	0,3	2,3
Total	0,5	1,5	0,8	2,8	0,4	0,8	0,5	1,7

	Artesanos				Servicios no asalariados			
	Asc.	Desc.	Col.	Total	Asc.	Desc.	Col.	Total
20-39	0,7	0,3	0,4	1,3	0,7	0,3	0,7	1,6
40-59	0,4	0,6	0,6	1,6	0,2	0,7	0,5	1,3
>59	0,3	1,0	0,0	1,3	0,2	2,0	0,0	2,2
Total	0,6	0,4	0,4	1,3	0,5	0,7	0,5	1,7

	Prof. liberales				Total			
	Asc.	Desc.	Col.	Total	Asc.	Desc.	Col.	Total
20-39	0,7	0,7	0,3	1,7	0,7	0,2	0,6	1,6
40-59	0,2	1,0	0,9	2,1	0,2	1,0	0,7	1,9
>59	0,0	2,5	1,0	3,5	0,1	1,9	0,5	2,5
Total	0,3	0,9	0,9	2,1	0,4	0,8	0,6	1,9

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

res complejos tienen un promedio de 2,5 parientes, mientras que en las edades anteriores no pasan de 2. Se puede apreciar, por lo tanto, una tendencia creciente en el número de parientes según avanza el ciclo familiar. En consecuencia, y como es lógico, los parientes descendentes son los más numerosos, tanto en el conjunto de hogares complejos, como, sobre todo, en este tramo final del ciclo vital. Por el contrario, en los años de formación del grupo familiar, el tipo de familiares más numeroso es el de los ascendentes, con una media de 0,7 por hogar, y sobre todo entre grupos como labradores y artesanos, mientras que los laterales son ligeramente menos numerosos, con 0,6 por hogar. Parece que estamos, por lo tanto, ante una complejidad más vertical que horizontal.

Cuadro IV.45

Media de parientes asc/desc/col según la edad y profesión del cabeza. 1930

	Labradores				Jornaleros			
	Asc.	Desc.	Col.	Total	Asc.	Desc.	Col.	Total
20-39	1,0	0,6	0,6	2,2	0,7	0,1	1,4	2,2
40-59	0,3	0,3	1,0	1,7	0,3	0,4	0,9	1,6
>59	0,0	1,5	0,0	1,5	0,0	2,5	0,8	3,3
Total	0,6	0,7	0,6	1,9	0,4	0,5	1,1	2,0

	Artesanos				Servicios no asalariados			
	Asc.	Desc.	Col.	Total	Asc.	Desc.	Col.	Total
20-39	0,4	0,2	1,1	1,7	0,4	0,0	1,8	2,2
40-59	0,3	0,6	1,0	1,9	0,6	0,4	0,6	1,6
>59	0,0	0,8	0,3	1,2	0,0	0,8	1,3	2,0
Total	0,3	0,4	0,9	1,6	0,4	0,3	1,0	1,8

	Prof. liberales				Total			
	Asc.	Desc.	Col.	Total	Asc.	Desc.	Col.	Total
20-39	0,7	0,1	0,9	1,7	0,6	0,2	1,3	2,1
40-59	0,7	0,3	1,0	2,0	0,4	0,6	0,9	1,9
>59	0,3	1,7	0,3	2,3	0,1	1,3	0,4	1,8
Total	0,6	0,5	0,8	1,9	0,4	0,6	1,0	2,0

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Si hacemos un análisis más detallado según los grupos sociales, podemos ver que esta lógica general se cumple en prácticamente todos ellos, aunque entre los artesanos ese predominio de la complejidad vertical se matiza en los años de madurez del cabeza de familia, entre 40 y 59 años, momento en el que el hogar más parientes alberga.

Siguiendo con el análisis detallado según las profesiones, podemos ver que no existe una equivalencia mecánica entre el porcentaje de familias complejas y el número de parientes que estas albergan. Es en concreto el porcentaje de familias múltiples el que va a condicionar más el número de parientes por hogar complejo, siendo los labradores y los profesionales liberales los que más parientes van a albergar en sus hogares complejos, los primeros con una complejidad más vertical y ligada a las prácticas troncales, y los segun-

dos con una complejidad más repartida entre lazos verticales y horizontales, estos últimos concentrados en edades tardías, como ya hemos señalado anteriormente. Por su parte, también merece la pena señalar que los hogares de artesanos, con un alto porcentaje de complejidad, van a tener menos parientes en este tipo de hogares.

Este predominio global de la complejidad vertical se ve bastante modificado en 1930, cuando los parientes colaterales son más numerosos, con una media de 1 por hogar, y además, claramente más concentrados en la juventud, y en menor medida en los años de madurez del cabeza. Precisamente en los años de juventud ahora la mayoría de los parientes no son ascendentes, como pasaba en 1887, sino colaterales, y es en estos años de formación del hogar cuando más parientes albergan los hogares complejos. Hemos pasado, por lo tanto, de una complejidad mayoritariamente vertical y con tendencia a concentrarse en los años de vejez del cabeza de familia a otra mucho más horizontal y más importante en los años de formación del hogar. Este panorama general se ve lógicamente matizado según los grupos sociales, pero hay que decir que casi todos ellos experimentan, en mayor o menor medida estas transformaciones.

Tenemos también que señalar que ahora el grupo profesional con más parientes por hogar complejo es el de los jornaleros, un grupo en el que la colateralidad es la pauta dominante a la hora de formar hogares complejos, y concentrada principalmente en los años de formación del hogar, con 1,4 parientes colaterales por hogar complejo entre los 20 y 39 años. Sin embargo, esta colateralidad no desaparece, aunque si decrece, conforme avanza el ciclo vital, con lo cual, unido a la alta media de parientes descendentes en hogares con el cabeza mayor de 59 años, se explica que sea en los años de vejez cuando más parientes albergan los hogares de los jornaleros. Queda claro, por lo tanto, que mientras en los años de juventud hay un predominio claro de prácticas colaterales, en la vejez cobran también importancia prácticas verticales.

Existen además otros dos grupos entre los que los parientes colaterales son mayoría frente a los verticales. Uno de ellos es el del sector servicios no asalariado (sobre todo comercio y hostelería), que seguramente obedece a razones diferentes, ya que podría ser que muchos de estos parientes colaterales trabajaran en el negocio familiar, y el otro el de los artesanos.

Por el contrario, los hogares que en el siglo XIX tenían más hogares múltiples son los que ahora ven más matizado el predominio de la colateralidad, ya que este tipo de parientes es inferior a la suma de ascendentes y descendentes. Sigue predominando en ellos, aunque de manera un poco menos rotunda que en el siglo XIX, la complejidad vertical, muy fuerte entre los labradores desde la formación del hogar, debido a las prácticas troncales, y más concentrada, entre las profesiones liberales, en los años de vejez.

Estamos, por lo tanto, ante un cambio importante en las pautas de formación de familias complejas, un cambio muy marcado por la evolución socio-

económica de la ciudad y la distribución de la riqueza, que está dificultando entre las clases populares la formación de nuevos hogares, retrasando la edad de acceso al matrimonio, alargando la estancia de los hijos en los hogares paternos, e impulsando estrategias de coresidencia lateral en los años de formación del hogar.

Por último, creo que es interesante profundizar en la importancia diferenciada de hombres y mujeres entre los parientes coresidentes de los distintos grupos sociales. Como se puede apreciar en el gráfico IV.16, existe una importante continuidad en la tendencia de cada grupo social a albergar parientes de un determinado sexo. En general, vemos que el 60% de los parientes son mujeres en ambos momentos, pero las diferencias en función de la actividad económica de la familia son muy claras. Por una lado, tenemos el caso de los profesionales liberales, entre los cuales la gran mayoría de los parientes son mujeres, con un índice de masculinidad muy bajo. En el otro extremo, tenemos los hogares de jornaleros y labradores, bastante equilibrados en 1887, y con una tendencia a aumentar el índice de masculinidad hacia 1930. En una posición intermedia, nos aparecen los hogares de artesanos y servicios, entre los que el predominio femenino es claro, pero menor que entre los hogares de profesiones liberales.

Resulta significativo apreciar que las diferencias sociales en los índices de masculinidad de los parientes son bastantes similares a las de los sirvientes domésticos, excepto en el caso de los jornaleros, que prácticamente no tienen sirvientes. Parece que estamos, claramente, ante diferentes estrategias a la hora de acoger parientes. Por un lado, no cabe duda de que la mayor esperanza de vida femenina y la segmentación de género del mercado de trabajo impulsan un mayor porcentaje de parientes femeninos, pero eso se ve matizado socialmente. En las clases superiores, la gran mayoría son mujeres que viven en el hogar de algún familiar bien situado socialmente, y al que no sabemos si realizarían aportaciones económicas gracias a sus rentas, pero está claro que no participan en el mercado laboral. Entre los campesinos parece claro que no se expulsan parientes masculinos, ya que contribuyen con su trabajo a la explotación familiar. Entre artesanos y comerciantes se retienen más mujeres, pero, como en el caso de los sirvientes, parece que también se requieren hombres para algunas labores artesanales y de comercio-hostería. En el caso de los hogares de jornaleros, parece que el acceso a un salario de muchos hombres no es condición suficiente para abandonar el hogar, y eso explicaría el equilibrio que existe entre ambos sexos, incluso en 1930.

Una vez más, resulta evidente la interrelación entre estas estrategias de coresidencia y las estrategias económicas familiares, lo cual nos lleva a adentrarnos en lo que va a ser el siguiente, y último capítulo, el relacionado con la participación de los diferentes miembros de la familia en el mercado laboral.

Capítulo V

¿De qué vivir? Mercado laboral, género y economías familiares

V.1. INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTOS TEÓRICOS Y FUENTES DE INVESTIGACIÓN

V.1.1. Empleo y estrategias familiares durante la industrialización: panorama historiográfico

Hoy en día no cabe ya ninguna duda de que el estudio de los ingresos económicos de las personas no puede hacerse de manera individualizada, analizando sin más evoluciones salariales de diferentes sectores, sino que tiene que ser abordado desde una perspectiva que abarque los marcos en los que las personas conseguían y redistribuían sus recursos económicos. Uno de estos marcos es el familiar, y es por eso que uno de los pasos indispensables que debemos dar para contestar a la pregunta acerca de qué vivía la gente de una determinada época es el estudio de cómo organizaban las familias la obtención de recursos que necesitaban para salir adelante.

Ahí es donde nace el concepto de estrategias familiares, al ser dentro del grupo familiar donde se deciden las funciones, deberes y derechos de las diferentes personas; unas decisiones en las que, indudablemente, tienen una gran influencia tanto las jerarquías internas de la familia como el contexto socio-económico (Anderson, 1988, 77-78). Es desde esas estrategias económicas desde donde debemos entender la participación de las personas en el mercado laboral, es decir, a partir de la propia división del trabajo dentro del grupo familiar, sin ignorar, por supuesto, que esa división interna del trabajo también está afectada por las relaciones sociales exteriores a la propia familia.

Dentro de esa división familiar del trabajo, que en esencia es también social, es donde hay que situar lo que algunos investigadores han calificado como división entre labores productivas y reproductivas, en teoría la división

entre actividades destinadas a proporcionar bienes y servicios para el mercado y las destinadas a asegurar el reemplazo generacional, y que en realidad no es sino una división arbitraria, que se refiere sobre todo al trabajo femenino, y que no hace sino esconder la diferencia entre trabajo remunerado y el no remunerado. Tanto C. Sarasúa (1996) como Borderías y Carrasco (1994; 15-92) hacen una completa recapitulación de las principales líneas teóricas que han guiado la investigación sobre el trabajo dentro de la economía, la sociología y la historia, haciendo hincapié, a la hora de plantear nuevas líneas, en la necesidad de romper las barreras tradicionales entre producción y reproducción. Estas reflexiones y otras que van en el mismo sentido (Pichio, 1992, o Combes y Haicault, 1984) nos advierten de la necesidad de integrar el estudio del trabajo remunerado y del no remunerado, para captar sus interrelaciones, que sobre todo son patentes en el seno familiar, y en el diseño de las estrategias familiares. De la necesidad de integrar esos dos tipos de trabajo, y de superar los conceptos de producción y reproducción, es de donde ha surgido el concepto de reproducción social, como integrador de las actividades necesarias para el mantenimiento y reemplazo de una generación de personas, tal y como se ha expuesto en el capítulo introductorio.

Estamos hablando de familia, pero no como una mera relación biológica, sino, sobre todo, como lazos sociales, y como tal, variables y no predeterminados, que se establecen sobre todo, pero no únicamente, en torno a la unidad residencial, lo que se ha llamado hogar por una ya importante tradición historiográfica. Es por eso que, antes de entender la evolución de las diferentes estrategias económicas de las familias, debemos entender los principales cambios que ha experimentado el hogar durante el período de industrialización.

Para la mayor parte de las personas de la Europa del Antiguo Régimen la casa era a la vez lugar de trabajo y de residencia, y en él realizaban muchas de las actividades asociadas a su profesión la mayoría de agricultores, artesanos, pescadores o comerciantes (Hareven, 1991). Esa unidad se rompe en gran medida con la industrialización, en la que la mayor parte de los hogares van a quedar desvinculados de las actividades remuneradas para convertirse en centros residenciales, aunque, como más adelante señalaremos al profundizar en el trabajo femenino, esto debe ser matizado, pues muchas familias obreras obtuvieron ingresos monetarios del alojamiento de inquilinos o de las redes de trabajo a domicilio que proporcionaban a muchas fábricas una oferta muy elástica de mano obra, utilizada en función de las necesidades empresariales y con escasa capacidad de actuación colectiva. Sin embargo, a pesar de esas matizaciones, la realidad es que tanto debido a factores económicos como a decisiones políticas el hogar se configura como un espacio privado y residencial, y las labores que en él se realizan serán consideradas como reproductivas, y no como económicas, un tipo de trabajo que será asignado socialmente a las mujeres, y que recibirá la definición oficial de «labores propias de su sexo», «labores del hogar», o «ama de casa».

Unida a esta evolución del hogar está la evolución de las estrategias familiares durante el proceso de industrialización, un campo de investigación en el que el estudio de Scott y Tilly (1978) se ha convertido ya en un clásico, que además de provocar un interesante debate, tiene la virtud de haber realizado una sistematización de la evolución de las estrategias familiares en los últimos tres siglos. Esta sistematización, si bien ha recibido importantes críticas, ha servido como punto de referencia para la investigación posterior. Según estas autoras, cuatro son las principales estrategias económicas de las familias occidentales desde el siglo XVIII, estrategias que, por su afán generalizador, pasan a la fuerza por encima de las variaciones regionales o geográficas.

La primera de ellas sería la llamada «economía familiar» (family economy), propia de los tiempos preindustriales, según la cual todos los miembros de la familia trabajan juntos, aunque no necesariamente en la misma tarea, dentro de la explotación económica familiar. Este tipo de estrategia era llevada a cabo por la mayoría de la población, la agrícola, girando alrededor de una explotación que exigía diversos trabajos agrícolas y ganaderos, así como la comercialización de los productos obtenidos, una variedad de tareas que eran desempeñadas por todos los miembros de la familia, atendiendo a una división interna del trabajo en función de sexo y la edad. Además de entre familias campesinas, estrategias semejantes fueron desarrolladas por familias con pequeños comercios, centros de hostelería o dedicadas a actividades protoindustriales, en las que participaban todos los miembros familiares de manera coordinada. Situación diferente es la de los artesanos organizados en el sistema gremial.

Durante los inicios de la industrialización la mayor parte de las estrategias de las familias trabajadoras van a seguir basadas en la obtención de ingresos monetarios por parte de todos los miembros familiares, pero esta vez a través de una suma de salarios obtenida en centros productivos, generalmente fábricas, ajenos al hogar. Estamos, por lo tanto, ante una «economía familiar basada en diferentes salarios» (family wage economy).

Sin embargo, a medida que avanza la industrialización, sobre todo desde mediados del siglo XIX, se afianza socialmente un modelo de familia ideal muy diferente, basado únicamente en el sueldo del cabeza de familia, llamado «salario familiar» (family wage) que debería ser suficiente para el mantenimiento del grupo familiar. De esta manera es el hombre cabeza de familia el encargado de llevar el pan a casa, lo que en la historiografía anglosajona se ha llamado el «male breadwinner», y los demás miembros de la familia se dedican o al estudio, los hijos e hijas, o al cuidado del hogar, la esposa, razón por la cual Scott y Tilly denominaron a esta estrategia como «economía de familia consumidora» (family consumer economy).

Posteriormente, sobre todo después de la segunda Guerra Mundial, se va a dar un nuevo cambio, con la aparición progresiva de un tipo de familia que va a basar sus ingresos en los salarios de los dos miembros adultos del matrimonio, hombre y mujer.

Esta visión, a pesar de su rigidez y esquematismo, tuvo la gran virtud de sistematizar los trabajos ya existentes y proponer un marco conceptual sobre el tema, pero investigaciones posteriores han puesto de manifiesto algunas limitaciones. Entre las críticas más importantes hay que destacar la planteada por Wall (1990), quien ve necesario definir otro tipo de estrategia en los momentos anteriores a la industrialización. Este autor habla de «economía familiar adaptativa», según la cual los diferentes miembros de la familia combinan el trabajo en la explotación económica de la familia, ya sea agrícola o artesanal, con el trabajo asalariado a cuenta ajena en otras explotaciones. También Knotter (1994) ha rechazado la validez del término de «economía familiar» para la Edad Moderna europea, debido a que ignora la importancia que para estos momentos tenía el trabajo asalariado extrafamiliar. Estos dos autores no suponen una excepción en modo alguno, ya que los problemas que plantea el término de «economía familiar» en tiempos preindustriales son cada vez mayores para los investigadores (Kertzer, 1994). Incluso en zonas geográficas cercanas y con gran semejanza social, como dos barrios del municipio navarro de Lesaka, Erdozáin, Mikelarena y Paul Arzak (2000) han encontrado una importante variedad dentro de las estrategias económicas de los pequeños campesinos propietarios durante el siglo XIX.

En cuanto a la diversidad de las estrategias familiares preindustriales, resulta interesante, para el marco ibérico, la aportación de Moreno Almarcegui (1998), quien, recogiendo la hipótesis lanzada por Rowland (1988) remarca a la existencia de diferentes modelos de masculinidad y feminidad subyacentes a las diferentes formas de organización del espacio en la Península Ibérica. Estos modelos diferentes se reflejarían en diferentes grados de participación de la mujer en las tareas agrícolas, mucho mayor en áreas de explotación familiar dispersa, con predominio de familias complejas y regímenes demográficos de baja presión, es decir, en la franja septentrional de la península, que en las áreas de población más concentrada y con mayor porcentaje de jornaleros, dentro de regímenes demográficos de alta presión. Resulta interesante remarcar esta diversidad preindustrial, así como la interrelación entre la organización del trabajo familiar y otras variables demográficas y sociales, sin embargo, me parece más problemática su explicación global de estas diferencias¹⁴⁸.

¹⁴⁸ A nivel explicativo, Moreno Almarcegui parece tender a sobrevalorar este tipo de cuestiones sobre el significado de la masculinidad y la feminidad, de manera que otros factores como las estrategias sociales y políticas que guían la articulación social del espacio durante la Edad Media, en gran medida vinculadas con la expansión de los reinos cristianos y del sistema feudal, parecen quedar olvidadas, a pesar de que sí reconoce la importancia de factores ligados al entorno geográfico. Por otro lado, considera que estas diferencias entre organizaciones «masculinas» y «femeninas» serían anteriores a las transformaciones culturales ligadas al fortalecimiento del vínculo conyugal durante el siglo XVII y XVIII, unas transformaciones que «*permitieron el nacimiento de una sociedad con regímenes demográficos, sociales y económicos más equilibrados*» (1998: 48). A este respecto, es importante señalar que ese tipo de

También el concepto de «salario familiar» ha recibido críticas por parte de estudiosos de las estrategias económicas de clase obrera, algunos de los cuales han subrayado que este concepto sería más aplicable a las clases medias, ya que la precariedad de condiciones de vida de las familias obreras les hacía desplegar una gran variedad de estrategias económicas, entre las que el trabajo de hijos e hijas era fundamental y que también incluía, sobre todo entre las familias más pobres, el empleo en condiciones precarias y eventuales de las mujeres adultas (Meyering, 1990, y August, 1994), algo que demostraría que el discurso de domesticidad femenina no estaba arraigado entre las familias populares.

Sin embargo, a pesar de que no puede ser aplicado de manera generalizada y universal, la historiografía ha demostrado la gran importancia de este concepto de «salario familiar» en la realidad social de la industrialización. Las ideas que defienden que el sueldo del cabeza de familia tiene que ser suficiente para mantener a toda la familia, y que el lugar adecuado para la familia es el hogar, van a tener una influencia clara tanto la composición del mercado de trabajo, en la política de sindicatos e instituciones públicas, en las prácticas paternalistas de las empresas, en la política social del estado y en la estrategias económicas de las familias. No se trata sólo, por lo tanto, de la aplicación práctica de este modelo, sino de la influencia del modelo mismo en la conformación de la nueva realidad industrial.

El problema historiográfico radica más en la explicación del origen de este modelo que en la constatación de su aplicación práctica por las familias, algo que va a depender de diferentes factores. Sobre el origen de esta idea del «salario familiar» se ha desarrollado una importante polémica historiográfica, resumida muy bien por Creighton (1996). En un primer momento esta discusión nació marcada por las disputas entre historiadores marxistas y feministas al respecto, pero posteriormente la discusión se ha ido enriqueciendo en matices. En líneas generales, se puede decir que hay historiadores (Hartman, 1976; Scott, 1989; ...) que dan prioridad a la existencia de unos valores patriarcales de género que marcan el lugar ideal de la mujer, el hogar, compartidos en gran medida por hombres de todo el espectro social, y que explican que esta idea fuera defendida por la iglesia, y la mayor parte de la

transformaciones, basadas en gran medida en los trabajos de Shorter y Stone, han sido objeto de una importante crítica (Anderson, 1981), además, el carácter de «*mas equilibrado*» atribuido a las transformaciones de la Edad Moderna creo que tienen un carácter valorativo más que discutible. También en lo referente al género, diferentes autores han remarcado la importancia de los valores patriarcales en la Edad Moderna y Contemporánea (Varela, 1997; Scott y Tilly, 1978...), haciendo muy poco aceptables afirmaciones como la de que «*la existencia de regiones masculinas y femeninas esté asociada a regiones con una relación menos íntima, personal y profunda entre sexos*» (Moreno Almárcegui, 1998: 49). Sin embargo, a pesar de estas objeciones a los aspectos más explicativos y valorativos de sus conclusiones, creo que es interesante su intento de relacionar las variaciones en la participación femenina en tareas agrícolas con otro tipo de factores la organización del espacio o los regímenes demográficos.

clase política, del empresariado y de los sindicatos, teniendo como resultado la exclusión de la mujer de muchos ámbitos laborales. Según otros historiadores (Perrot, 1990; Humphries, 1984; ...), sin embargo, la defensa del salario familiar sería un mecanismo defensivo de la clase obrera, un intento de supervivencia ante las leyes del mercado, y una manera de sacar adelante el hogar y los hijos, asignando a la mujer esa importante labor.

Por otro lado, y sin olvidar estas cuestiones ideológicas, otros investigadores (Creighton, 1996; Jordan, 1989; ...) han puesto de relieve la importancia de la estructura de los mercados laborales, la estructura interna de las empresas o los intereses empresariales de cara a la aplicación de ese modelo. Por último, también hay quienes, como, Clark (2000), han puesto de relieve la relación entre los valores asociados a la «male breadwinner family» con la legislación social inglesa, y en concreto con la nueva ley de pobres de 1834. En cualquier caso, creo que Rose (1998) acierta cuando dice que uno de los principales méritos de este debate ha sido el poner de manifiesto la compleja interrelación de intereses de clase y de género que subyace en la extensión de esta estrategia familiar.

La cuestión está todavía abierta a las aportaciones de la investigación, pero no cabe duda que el camino abierto por la propuesta de Scott y Tilly sigue siendo una referencia ineludible. De lo que se trata ahora es de acercarnos a la realidad para analizar en qué medida este esquema debe ser modificado, y qué factores hay que tener en cuenta para explicar estas estrategias familiares.

V.1.2. Planteamiento del capítulo y fuentes

En este capítulo voy a tratar de analizar, en tres pasos diferenciados, cómo funcionan las economías familiares en Pamplona a lo largo del período que comprende nuestro estudio. La primera fase nos va a permitir conocer la diferente participación en el mercado laboral en función de diferentes variables muy relacionadas con las estrategias económicas de las familias, tales como la edad, el sexo, el estado civil, y el parentesco en el grupo familiar. Se trata de una aproximación a las tendencias generales, y ello mismo nos va a permitir comparar los datos del período central de nuestra tesis con los del resto del siglo XX, a partir de los datos generales publicados en censos y padrones de diferentes años¹⁴⁹.

La segunda fase, denominada *relación empleados/no empleados dentro de la familia*, va a tener a su vez varios subapartados, pero todos ellos tienen en común el hecho de que trataré de construir «familias tipo» en lo que se refiere a la proporción empleados/no empleados, yendo desde lo más global al

¹⁴⁹ Con este fin he utilizado los datos publicados relativos a Pamplona de los censos de 1940 y 1960, y de los padrones municipales de 1975, 1986 y 1996.

análisis de diferentes variables. En todo momento voy a trabajar más con números medios reales en lugar de con proporciones activos/inactivos, ya que estos pueden escondernos diferentes realidades.

En una tercera fase voy a estudiar algunas de las claves de la formación y evolución de las estrategias familiares en materia de empleo de los miembros del hogar. Así pues, haremos estudios detallados del empleo de mujeres cabezas de familia y cónyuges y su relación con la transición demográfica, del de los hijos e hijas y del de parientes corresidentes teniendo en cuenta, dentro de cada caso, variables como la el sexo, la edad, la edad del cabeza de familia o su profesión.

Por último, haré una aproximación concreta a la realidad de un grupo de familias muy cercano a la pobreza, aquellas en las cuales no figura que ningún miembro tenga alguna fuente de ingresos monetarios.

Además, es necesario hacer otra precisión metodológica, esta vez sobre las fuentes concretas utilizadas. Como han señalado también diferentes historiadores (Hill, 1993; Pérez-Fuentes, 1995), el subregistro en las fuentes del empleo femenino es uno de los principales problemas a la hora de analizar las estrategias familiares. En el caso concreto de Sabadell Camps ha constatado la existencia de «falsas amas de casa», que aparecían como tal en las listas de población y sin embargo aparecen en la documentación empresarial como trabajadoras de fábrica. Además, la dificultad de medir este trabajo viene también dada de la multiplicidad de tareas que podían realizar estas mujeres, tal y como se recoge en información que a la Comisión de Reformas Sociales manda la Comisión Provincial de Avila, en la que se relata así la actividad de las esposas de jornaleros:

«Ella se aplica a toda suerte de trabajos y sacrificios. Hoy es aguadora, mañana lavandera, al otro día revendedora de frutas o de hortalizas; hay quien acude el sábado a la obra personalmente para librar el jornal de los vicios de su marido, que en más de un caso le aplica una paliza por recompensa; quien le gestiona el trabajo, quien en los momentos de grande apuro emplea su crédito o pide limosna en las casas donde sirvió de criada» (Reformas Sociales, 1985, IV, 145).

Para hacer frente a estos problemas he contrastado la información suministrada por censos y padrones con otro tipo de fuentes, tanto cuantitativas como cualitativas. Por un lado he comparado los datos de empleo femenino que aparecen en el padrón de 1843 con la lista de Contribución de Culto y Clero¹⁵⁰ del año 1842, y por otro los datos del censo de 1910 con la lista de

¹⁵⁰ Respecto a 1843, en la contribución de Culto y Clero aparecen 2267 contribuyentes de todas las profesiones y categorías (muchas veces se hace distinción entre propietario de taller y jornalero, por ejemplo) excepto los sirvientes domésticos, lavanderas y el clero. Si excluimos estos grupos del total de trabajadores registrados en el padrón (80 para lavanderas, 127 para el clero y 1429 para los domésticos, calculadas a partir de la razón 12.326/4184, que es la resultante de dividir el número de habitantes recogidos en el padrón entre el tamaño de la muestra),

trabajadores industriales de 1903, recogidos en la contestación dada por los patronos de Pamplona a la pregunta de la Comisión de Reformas Sociales sobre el número, edad y sexo de sus trabajadores/as¹⁵¹. En ambos casos, y después de hacer comparaciones sobre cifras globales y sectoriales, he podido ver que ambas fuentes son menos fiables para el estudio de la actividad económica que censos y padrones.

Además de estas dos fuentes estadísticas, también he contrastado estos datos con informaciones cualitativas a partir del Fondo Fotográfico del Archivo Municipal, la autobiografía de Josefina Guerendiain (1996), los testimonios de la prensa, y la información de la Comisión Provincial de Reformas Sociales. En ninguna de estas fuentes encontramos un sector diferenciado en el que se pueda sospechar un subregistro claro en el censo, del tipo del encontrado por Camps en Sabadell, con la excepción de la agricultura. En este sector hemos encontrado fotografías en el Archivo Municipal sobre labores agrícolas en las afueras de Pamplona en las que hombres y mujeres trabajan juntos, en consonancia con la información que tenemos para la agricultura de otras zonas, tanto a la hora de obtener productos agrícolas como a la hora de comercializarlos¹⁵². Es por eso por lo que he decidido hacer una corrección en los datos globales de empleo femenino, consi-

la cifra total (3225, calculada, evidentemente, a partir de la muestra con la misma razón) resulta, muy superior a los 2267 registrados de cara al Culto y Clero. Sin embargo, a pesar de la poca fiabilidad de la lista fiscal para datos globales, es interesante constatar que recoge una «lista de los sugetos a quienes en los padrones no les han puesto oficio ni profesión». En esa lista aparecen 404 personas, 228 hombres y 176 mujeres, que suponen un subregistro del 8,3% (7,1% para hombres y 10,7% para mujeres) en las cifras de población activa del padrón. Este subregistro es importante, más que por su exactitud, ya que podemos dudar a su vez de esta especie de corrección del padrón, porque nos está revelando que no hay una subestimación exagerada de empleo femenino en el padrón. Prueba de ello es que las tasas de actividad entre 15 y 64 años calculadas teniendo en cuenta este subregistro (56,3% en general; 86,54% para hombres, y 33,11% para mujeres) son sólo muy ligeramente superiores a las que resultan del padrón de 1843, que son las que utilizaré en este artículo, por razones de homogeneidad, y a sabiendas de que pueden pecar de defecto.

¹⁵¹ Respecto al año 1910, he utilizado la contestación de los patronos a Reformas Sociales en 1903 para comparar los datos del censo respecto a empleo femenino. Esta vez solo nos podemos referir a empleo industrial o artesanal, que es lo que recoge el cuestionario de 1903. En primer lugar, vemos que esta fuente también nos da un número de trabajadores menor que el censo (aún teniendo en cuenta el crecimiento demográfico anual de la ciudad); el cuestionario recoge 1977 trabajadores y el censo 2837 (calculados también ahora a partir de la razón población real/tamaño de la muestra; 29.427/5326). Con esa comparación comprobamos la fiabilidad de los datos del censo a nivel general, pero no hemos avanzado a la hora de eliminar la sospecha de subregistro de empleo femenino. Sin embargo, si avanzamos en la comparación podemos comprobar que el censo recoge un mayor porcentaje de empleo femenino en el sector artesanal (26 %) que los datos del cuestionario (14,4%). Como conclusión podemos señalar, por consiguiente, que el censo de 1910 no nos ofrece sospechas de subregistro importante de empleo industrial femenino.

¹⁵² Más adelante, al analizar la presencia femenina en los diferentes sectores de producción, profundizaré en este tema.

derando como población activa las mujeres casadas con un labrador cabeza de familia¹⁵³. Esta corrección tiene como objeto intentar subsanar, en las cifras más globales, el subregistro de empleo de mujeres adultas en el siglo XIX, momento de mayor peso del sector agrícola. Soy consciente de que esta corrección no nos aporta información sobre la organización interna del trabajo familiar agrícola (en el que no solamente intervendría una mujer por familia, y que sería diferente en familias con explotación propia o asalariadas), pero sí creo que nos da luz sobre la evolución global de la participación femenina en el mercado de trabajo, una evolución en la que la pérdida de importancia del sector agrícola tendría una influencia clara.

Esta es la única corrección hecha a los datos, porque pienso que este es el sector en el que se aprecia un subregistro generalizado. De todos modos, soy consciente de que actividades más temporales o el trabajo textil a domicilio también presentarían algunos problemas de este tipo, así como en el caso del trabajo infantil. De todos modos, estaríamos ante problemas más concretos y coyunturales, pero no ante un subregistro generalizado del empleo femenino en algún sector de la producción remunerada.

Respecto al estudio más detallado de las economías familiares, una vez más me centraré en los censos de 1887 y 1930, como reflejo de diferentes situaciones preindustrial y de inicios de industrialización, recalcando de nuevo que el adjetivo preindustrial al año 1887 no puede ser equiparado al de precapitalista, ya que se ha constatado un claro aumento del trabajo asalariado y una crisis de las estructuras gremiales del Antiguo Régimen. Dicho esto, parecería lógico profundizar en los datos de 1843 y 1860, pero también han quedado claro los problemas que ofrecen estas listas nominales, en el caso del padrón de 1843 debido a los problemas surgidos en la distinción de algunos grupos familiares, y en el de 1860 por los casos de subregistro de empleo en jóvenes y adolescentes, que afectan claramente al estudio de las estrategias familiares. Esto me va a hacer centrarme en el censo de 1887 de cara al siglo XIX, pero también utilizaremos datos de 1843, no para las características del hogar, pero sí para el conjunto de personas que viven en hogares sin miembros activos, aspecto en el que los problemas del padrón inciden bastante menos.

V.2. MERCADO LABORAL Y GÉNERO EN PAMPLONA (1840-1996)

Como ya he señalado anteriormente, la edad, el sexo y la posición de dentro del grupo familiar de los trabajadores y trabajadoras en el mercado laboral son factores claves que nos ayudan a entender la estrategia económica

¹⁵³ Estos defectos en el registro de mujeres campesinas ha llevado también a M. Arbaiza (2001) a realizar correcciones sobre los datos de censos y padrones.

de las familias, y estos van a ser, por lo tanto, el punto de partida de este capítulo. El trabajar con datos más generales o globales me va a permitir comparar el período que estudio en este libro con las décadas posteriores del siglo xx. Así, aunque de una manera aproximativa, voy a tratar de explicar las líneas generales de la evolución durante el siglo xx, de manera que podemos analizar la influencia de la industrialización en las estrategias familiares no sólo durante los inicios del proceso industrializador, sino también durante su totalidad, hasta llegar a una situación actual que, no sin cierta polémica, ha sido calificada por algunos autores como postindustrial. Para ello, empezaré con el análisis de la composición por sexos del mercado de trabajo, para más adelante entrar a enlazar esta variable con otras como la edad y el estado civil.

Las fuentes utilizadas en este capítulo, por lo tanto, no se limitan a los censos y padrones informatizados, sino que también abarcan los datos publicados en los censos de población de 1940, 1960, y los padrones municipales de 1975, 1986 y 1996¹⁵⁴.

V.2.1. Género y mercado de trabajo. La participación femenina en el mercado de trabajo

V.2.1.a. Industrialización capitalista y evolución del empleo femenino

La influencia de la industrialización capitalista en el empleo femenino, y en general, en la situación de las mujeres, han sido fuentes de uno de los debates más importantes de la historia económica y social, un debate que se inició con planteamientos quizás demasiado teóricos, y ha ido incorporando argumentos cada vez más basados en las crecientes investigaciones que sobre el tema se han venido realizando en los últimos años. Como es lógico, es un debate que también tiene relación con el planteado anteriormente sobre las estrategias familiares, y en concreto sobre las razones del desarrollo del modelo de salario familiar.

A principios del siglo xx se publicaron en Gran Bretaña dos estudios ya clásicos, de I. Pinchbeck eta A. Clark que intentaban explicar la mayor dependencia económica que las mujeres habían sufrido con la industrialización. Estas investigaciones, de todos modos, fueron prácticamente ignoradas en la historiografía y sociología posterior, y algunos sociólogos funcionalistas desarrollaron una teoría sobre el trabajo de la mujer. Según esta teoría, principalmente difundida por W. Goode, como resultado del desarrollo industrial las mujeres habían abandonado su rol tradicional centrado en el cuidado de la familia y la casa para entrar en el mundo del trabajo y la producción. Este

¹⁵⁴ Los datos de este año sobre relación entre actividad económica y estado civil, sin publicar, los he obtenido en el Departamento de Estadística del Gobierno de Navarra.

argumento, optimista en el sentido que defendía la apertura de la esfera de vida femenina paralela al desarrollo económico, estuvo también presente en el clásico debate sobre los niveles de vida de los trabajadores durante la industrialización. Ni los llamados optimistas ni tampoco los pesimistas pusieron en duda el argumento funcionalista, y mientras los primeros lo señalaban como otra de las ventajas del proceso industrial, los segundos criticaban la explotación de mujeres, niños y niñas en muchas industrias, sobre todo hilanderías mecánicas y minas de carbón, como una de las mayores lacras de la industrialización.

Más adelante, sin embargo, algunas historiadoras feministas recuperaron las aportaciones de I. Pinchbeck y A. Clark, subrayando el nuevo rol social que la industrialización asignó a las mujeres, el rol doméstico. Dentro de esta corriente tuvo una gran importancia el libro de Tilly y Scott, que también en este tema, como en el de las estrategias familiares, se ha convertido en una referencia imprescindible. Estas historiadoras enmarcaron el trabajo de las mujeres en las primeras etapas de la industrialización en una tradición preindustrial según la cual las familias veían lógico que todos sus miembros contribuyeran a los ingresos familiares. Lo novedoso, tanto para hombres como para mujeres, y lo que realmente escandalizó a las familias, fueron las condiciones de trabajo industriales, algo que llevó a identificar las fábricas como «*cárceles del trabajo*», denunciando, como se hacía en un periódico cartista de 1841, que «*no se podría adoptar un sistema mejor para romper el espíritu y degradar la independencia del género humano*»¹⁵⁵; era eso lo nuevo, según estas autoras, y no que hombres y mujeres contribuyeran con su trabajo a la economía familiar, como lo venían haciendo en las áreas agrícolas y protoindustriales.

Sin embargo, el empleo masivo de mujeres en las fábricas en los inicios de la industrialización británica no tuvo una continuación en los años centrales y últimos del siglo XIX, y estas autoras arguyen que a partir de este momento va a producirse un descenso del empleo femenino, que volvería de nuevo a ascender a partir de la segunda mitad del siglo XX. De esta manera, se dibuja una forma de «U», que Tilly y Scott señalan como resumen de la tendencia que el empleo femenino experimenta durante la industrialización, descendiendo a mediados del siglo XIX desde niveles preindustriales altos, y volviendo a ascender a partir de la segunda Guerra Mundial.

La aportación de Scott y Tilly, sin embargo, iba más allá de una mera descripción de la tendencia general, una tendencia a la fuerza simplificada por la escasez de investigaciones que había en ese momento. Ambas autoras no dudan en vincular la evolución del empleo femenino con los valores de género dominantes, es decir, con las concepciones sociales, económicas y culturales que asignan a hombres y mujeres diferentes derechos, trabajos y

¹⁵⁵ Mcdouall's Chartist Journal and Trades' Advocate, 28 de agosto de 1841. Citado en Kirk (1992).

deberes. De esta manera, subrayan la importancia del género no sólo para entender las diferencias sociales entre hombres y mujeres, sino también como elemento central de la estructura social, entroncado e imbricado en todas las esferas de la vida social (Scott, 1990).

A partir de entonces han sido abundantes las investigaciones empíricas y las aportaciones al debate historiográfico, y es mucho más lo que sabemos sobre el empleo femenino, industrial y preindustrial, como se puede leer en las síntesis que sobre el tema han escrito Honeyman y Goodman (1991) y Hudson y Lee (1990). En el plano teórico, me parece importante recoger las aportaciones de Varela, quien, llevando a la práctica el modelo genealógico propuesto por Foucault, ha utilizado el concepto de *dispositivo de feminización* (1997: 78) para explicar la génesis de un tipo de identidad femenina apartado de la economía formal de cara al mercado. Este dispositivo, impulsado desde la Edad Media, estaba mucho más presente en el mundo urbano preindustrial (id.: 241) que en las áreas rurales en las que vivía la mayor parte de la población, entre las que no se generalizaría hasta el avance de la industrialización. Esta propuesta, por lo tanto, también va más allá del análisis de la evolución de los mercados de trabajo, para intentar avanzar en la construcción de las identidades, en los procesos de subjetivización. En este sentido, parece evidente que los movimientos migratorios del campo a la ciudad también servirían de mecanismos de transmisión de estos valores de género, o de este dispositivo de feminización. Es en los continuos movimientos hacia las ciudades a través de los cuales muchas mujeres campesinas aprendían lo que significaba en el mundo urbano ser una buena mujer, aunque eso no significa que el conocimiento de esos valores les llevara a asumirlos acríticamente en la época preindustrial. Una vez en marcha el proceso de industrialización y urbanización, sin embargo, ese sería el modelo de mujer que triunfó durante décadas, y fue también en gran medida a través de las migraciones como miles de mujeres conocieron el modelo imperante.

Contamos por lo tanto con reflexiones teóricas que nos van a ayudar a explicar en gran medida esta evolución del empleo femenino, pero además de estos marcos teóricos es imprescindible avanzar en el conocimiento de las diferentes realidades locales y regionales. Como primera aproximación a esta cuestión, voy a hacer un análisis de las tasas de actividad de algunos estados occidentales, a pesar de ser consciente de los problemas que encierran este tipo de tasas.

A partir de los datos del cuadro V.1, en el que nos aparecen las tasas de actividad femenina de algunos estados del mundo desarrollado podemos sacar dos primeras conclusiones. Por un lado, es evidente la disparidad espacial, con lo que quedamos advertidos de los peligros que conllevan teorías generales demasiado rígidas; por otro lado, también queda claro que en la mayoría de los estados el ascenso en las tasas de actividad femenina se ha dado en la segunda mitad del siglo XX, si bien el retraso español en este aumento es evidente.

Cuadro V.1

Tasas de actividad femenina en los siglos XIX y XX

	1787-15	1841-45	1881-7	1900	1930	1950	1980	1995
España			15,8	15,2	9,2		27	36
Francia		25*		33	37,1	30	52,5	
Gran. Bret.	46,4	41,5	32	32	34	35	58,5	
EE.UU.				20,6	24,8	25,8	51,5	

Fuente: EEUU: Goldin, 1986.

Gran Bretaña: Humphries, 1995. 1980:datos de la OCDE, Estadísticas sobre fuerza de trabajo, recogidos por Casas (1987, 111).

España: Soto Carmona, 1984, 284. (para mujeres de 11 a 70 años). 1980 y 1996. (García, 1997).

Francia: Scott y Tilly: 1978, para 1845, el dato es de 1866, para 1900, de 1896. 1980:datos de la OCDE, Estadísticas sobre fuerza de trabajo, recogidos por Casas (1987, 111).

Hay que destacar, de todos modos, que este aumento es propio del mundo desarrollado. Los datos que tenemos para los países subdesarrollados, a pesar de sus graves limitaciones, nos muestran un estancamiento en las tasas de actividad femenina, pasando del 50% al 49% entre 1950 y 1980 (Nush, 1991, 62). Sin embargo, tanto la heterogeneidad de estos países como los problemas y fallos a la hora de definir y medir el trabajo femenino nos advierten de los problemas de estos datos, haciéndolos menos fiables que los del mundo desarrollado. Investigaciones sobre el mundo campesino y la economía informal han destacado el peso de las mujeres en estos campos, muy por encima de lo registrado en los datos oficiales. Como un ejemplo entre los muchos que se podrían citar, es significativo que según las estimaciones de la ONU, el trabajo de las mujeres en la agricultura del Africa Subsahariana sea el doble de lo recogido en los censos, suponiendo el 80% de la mano de obra agrícola (Nush, 1991). Como nos indican estos y otros muchos datos, tampoco en el llamado tercer mundo tienen mucho sentido las teorías funcionalistas que defienden que la incorporación de las mujeres al mundo del trabajo es una de las consecuencias del capitalismo contemporáneo.

De todos modos, y volviendo al mundo desarrollado, los datos que estamos manejando no nos dan información fiable sobre el mundo preindustrial. De hecho, las series estadísticas con las que contamos, censos en su mayoría, son como mucho de mediados del siglo XIX, un momento en el que las sociedades europeas ya habían experimentados cambios importantes como para hablar sin más de sociedad preindustrial. Para superar estas dificultades se ha hecho necesario acudir a investigaciones locales en las que es más fácil encontrar datos preindustriales, a ellas nos referiremos posteriormente, pero de todos modos es imprescindible hacer referencia al intento de J. Humphries (1995) de cuantificar la tasa de actividad femenina de Gran Bretaña a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Así, a esta investigadora le debemos la

primera serie completa de la actividad femenina para los siglos XIX y XX, y en ella se pueden distinguir tres fases diferentes. En la primera, desde finales del siglo XVIII hasta 1850, encontramos unas tasas de actividad femeninas semejantes a la de tiempos anteriores, y relativamente estables en todo el período; sin embargo, a partir de 1850 se aprecia un considerable descenso, paralelo a la extensión del modelo del «salario familiar»; será en la tercera fase, a partir de 1950, cuando de nuevo vuelvan a ascender esas tasas. Así, parece claro que esta historiadora confirma, a pesar de las precauciones que ella misma muestra hacia sus datos, basados en presupuestos familiares recogidos en cada época, la tendencia a la forma de «U» que Tilly y Scott habían apuntado años antes.

Después de esta panorámica sobre el mundo desarrollado, vamos a centrarnos ahora en la situación de Pamplona, y para ellos vamos a partir de los datos del cuadro V.2. En este cuadro he realizado tres estimaciones diferentes de las tasas de actividad femenina; la primera de ella está basada, sin ninguna modificación, en los datos recogidos en los censos; la segunda, como ya he advertido anteriormente, se basa en la rectificación que de los datos oficiales he realizado en el siglo XIX, cuando la agricultura tenía un peso mayor en la economía de la ciudad, en ella aparecen como activas las mujeres casadas esposas de un cabeza de un cabeza de familia campesino; en la tercera estimación aparece, cuando ha sido posible, es decir, a partir de 1975, la tasa de ocupación, excluyendo a las mujeres paradas de la población activa.

Cuadro V.2

Tasas de actividad y de ocupación en el mercado laboral en Pamplona (15-64 años)

	1843	1860	1887	1910	1930	1940	1960	1975	1986	1996
Total	51,6	51,3	53,3	54,9	53,5	53,8	56,3	54	59,1	
Hombres	83,4	76,1	84	88,6	87,2	86	84,4	83,2	79,7	73,9
Mujeres.	29,6	32,5	30	32,1	27,8	24,1	31,4	26,8	39	47,9
Mujeres (*)	37,4	39,7	35,2							
Muj. ocup(**)									28	35,9

Fuente: Datos de censos y padrones.

(*) Las esposas de campesinos cabezas de familia están clasificadas como activas.

(**) Mujeres con empleo, descontando de las activas las que están en paro.

Pues bien, a partir de este cuadro, lo primero que tenemos que señalar es la relativa estabilidad de las tasas de actividad femenina, que se mantienen en torno al 30% desde mediados del siglo XIX hasta 1975, año en que empiezan a aumentar de manera clara y continua. Sin embargo, si nos fijamos en la segunda estimación, la que recoge como activas a las mujeres casadas de las familias campesinas, es evidente que encontramos un descenso de la activi-

dad femenina a lo largo del siglo XIX y sobre todo en las primeras décadas del siglo XX, de manera que tan importante como el ascenso a partir de 1975 es el descenso que se da a medida que avanza el proceso industrial, confirmado en Pamplona el modelo de la «U» que antes hemos explicado.

A través de estos datos, sobre todo de la segunda estimación, podemos ver que la tasa de actividad femenina experimenta una bajada en dos momentos importantes, que coinciden con momentos de intensificación del desarrollo industrial de la ciudad, el primero de ellos a principios del siglo XX, y el segundo entre 1960 y 1975. Además, siguiendo los datos de la tercera estimación, vemos que el porcentaje de mujeres que hoy en día tiene empleo es algo inferior al de mediados del siglo XIX.

Si comparamos estos datos con los del entorno europeo, podemos ver que las tasas que presenta Pamplona a mediados del siglo XIX son similares a la de otras zonas del continente, sin embargo, esa relativa homogeneidad se va a romper a partir de la segunda Guerra Mundial, ya que mientras en los estados de Europa occidental las tasas de actividad femenina experimentan un fuerte crecimiento, en Pamplona, lo mismo que en el caso español, se sigue con un estancamiento, que hará que ese ascenso no se dé hasta los años de la transición hacia la democracia parlamentaria.

En el caso de los hombres también tenemos que subrayar la estabilidad a través del tiempo, pero en este caso las variaciones son contrarias a las que se aprecian entre las mujeres, ya que se aprecia un aumento de la tasa de actividad a principios del siglo XX y un descenso a partir de 1975.

Cuadro V.3

Porcentaje de mujeres en la población activa, la población ocupada, y el total de la población.

	1843	1860	1887	1910	1930	1940	1960	1975	1986	1996
P. activa	33,7	36,6	32,7	34,7	28,7	23,4	29,67	25,7	34,3	40,5
P. activa (*)	39,3	40,7	35,6							
P. ocup(**)									30,9	37,2
P. total	56,1	55,2	55,2	57,1	54,5	52,2	52,5	51,7	53,1	52,4

Fuente: Datos de censos y padrones.

(*) Las esposas de campesinos cabezas de familia están clasificadas como activas.

(**) Población con empleo, descontando de la activa los que están en paro.

Siguiendo con datos generales, la composición de la población activa también nos da una información importante sobre el papel de hombres y mujeres en la economía urbana, debiendo tener en cuenta también que en la formación del mercado de trabajo también influye la composición por sexos de la población total de la ciudad, un factor que también nos ayuda a entender la evolución de las tasas de actividad.

Las tres etapas a las que antes hacía referencia también se ven reflejadas en este cuadro, ya que hasta principios del siglo XX las mujeres suponen un tercio de la población activa, descendiendo este porcentaje durante el siglo XX, para volver a aumentar a partir de 1975, de nuevo a un tercio en 1986, y aun 40% en 1996. Al incluir los datos de la segunda estimación, según la cual las mujeres suponen a mediados del siglo XIX el 40% de la mano de obra, de nuevo apreciamos que la importancia cuantitativa de las mujeres en la mano de obra actual no es superior a la que tenía en la sociedad preindustrial.

Como se puede apreciar en el mismo cuadro, el descenso del porcentaje de mujeres en el conjunto de la población juega un papel importante para explicar estas tendencias. A mediados del siglo XIX, como en la mayoría de las ciudades preindustriales, el porcentaje de mujeres es bastante alto (de Vries, 1987), para ir descendiendo con el proceso industrial. Ese descenso se da en Pamplona a lo largo del siglo XX, y, aunque las mujeres no dejan de ser el grupo mayoritario, el porcentaje más bajo de mujeres se da en los momentos de industrialización intensa de finales del franquismo, en 1975. Esta es la razón que explica las divergencias entre las tasas de actividad femenina y el porcentaje de mujeres en la población activa, tanto cuando tienden a descender, caso en el que desciende más el porcentaje de mujeres en la población activa que la tasa de actividad, como cuando, a partir de 1975, tienden a ascender, momento en el cual el mayor ascenso de la tasa de actividad no significa, comparándolo con mediados del siglo XIX, un aumento similar en la proporción de mujeres en la población activa.

Si nos adentramos en las fases del desarrollo industrial de la ciudad que establecidas en el capítulo II, vemos que la incidencia del proceso industrializador en la participación de hombres y mujeres en el mercado laboral no puede ser analizada de manera mecánica.

A mediados del siglo XIX el empleo femenino supone entre un tercio y un 40% del total de la mano de obra, un porcentaje que se consigue con unas tasas de actividad oscilantes entre el 30 y el 40%, y con una mayoría de población urbana femenina, en torno al 55%.

Durante la Restauración borbónica, el desarrollo capitalista va a suponer un crecimiento del segundo sector, especialmente en la construcción y en infraestructuras de transporte, como carreteras y ferrocarril, un crecimiento que fue acompañado, sobre todo en el primer tercio del siglo XX, de un descenso paralelo de las tasas de actividad femenina, el porcentaje de mujeres en la población activa y en la población total de la ciudad.

Los años de la postguerra no fueron, de ningún modo, propicios para el empleo femenino. Desde el comienzo de la guerra el gobierno fascista decreta una serie de medidas limitando la participación de las mujeres en el mercado de trabajo (García-Nieto, 1993), y el desarrollo industrial de los últimos años del franquismo no va a cambiar ese panorama, ya que, tras la excepción de 1960, queda clara la masculinización del mercado de trabajo, paralela también ahora a bajas tasas de actividad y a la pérdida de peso de las

mujeres en el total de la población. Como se aprecia en los cuadros V.2 y V.3, estas tendencias van a cambiar claramente en los años de la transición, en la que a la par de la terciarización de la economía aumenta la participación femenina en el mercado de trabajo.

Todos estos datos, por lo tanto, nos llevan a pensar que en Pamplona la industrialización no va provocar de manera mecánica un aumento de la participación femenina en el mercado de trabajo, y que incluso en los momentos de mayor desarrollo industrial se produce una masculinización de este mercado, con lo que tenemos que concluir que estamos de acuerdo con las tesis defendidas por historiadoras como Humphries o Scott, a la vez que se demuestra la falta de sustento empírico de las generalidades de la escuela funcionalista.

Sin embargo, lo analizado hasta ahora requiere un estudio más detenido en cada momento del desarrollo industrial, analizando la composición de la mano de obra en cada sector económico. Es eso lo que vamos a hacer a continuación, pero, aunque en los cuadros elaborados aparecen datos hasta 1996, voy a centrarme en las dos fases del desarrollo económico de la ciudad que estoy estudiando con profundidad en este libro.

V.2.1.b. *La segmentación laboral en cada sector económico*

Hasta ahora he analizado la evolución del mercado laboral como una totalidad indiferenciada, pero, a nada que profundicemos en la investigación podemos apreciar que las diferencias entre hombres y mujeres se producen dentro de cada sector económico. Está claro que encontramos empleos, condiciones de trabajo y salarios diferentes para hombres y mujeres en cada momento. No es el objetivo de esta investigación hacer una investigación exhaustiva sobre el mundo del trabajo y la segmentación del mercado laboral en Pamplona, razón por la cual no voy a profundizar en las condiciones laborales o los salarios de cada sector, pero sí me parece importante analizar las diferencias que existen entre los sectores a la hora de emplear hombres y mujeres, diferencias que van a influir claramente en las estrategias económicas de las familias de la ciudad.

Cuadro V.4

Sectores de empleo de las mujeres en el mercado laboral

	1843(*)	1887(*)	1930	1960	1975	1996
I. (s. primario)	22,4	15,3	0,6	0,3	0,9	0,4
II. (s. secundario)	10	13,2	18,8	24,2	25,8	10,8
III. (s. terciario)	67,6	71,5	80,7	75,5	73,3	88,8

Fuente: elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones; entre 1960 y 1996: datos de censos y padrones

(*) las esposas de campesinos cabezas de familia están clasificadas como activas

Para ello vamos a contar con dos tipos de datos complementarios, por un lado, los cuadros V.4 y V.5 nos van a informar de cuáles son los sectores y empleos de las mujeres activas en el mercado laboral, y por otro, los cuadros V.6 y V.7 nos muestran la importancia de las mujeres en cada sector y empleo. Aunque en los cuadros aparecen juntos datos de todos los años, para una mayor claridad expositiva voy a diferenciar claramente las dos etapas del desarrollo económico de la ciudad en las que me estoy centrando, los años centrales del siglo XIX y la época de la Restauración, comparando los datos de Pamplona con los de otras ciudades.

Cuadro V.5
Subsectores de empleo de las mujeres en el mercado laboral

	1843(*)	1860*	1887(*)	1910	1930	1960	1975	1996
I. Agricultura/ganadería	22,4	19,7	15,3	1,4	0,6	0,2	0,6	0,4
I. Minas y canteras	*	*	*	*	*	0,1	0,3	0,1
II. Jornaleros sin cualificar	0,6	2,2	1,4	3,9	5,1	*	0,0	0,0
II. Alimentación	0,4	0,7	0,7	0,3	0,4	*	3,2	1,0
II. Textil	8,2	10,2	10	14,3	11,2	*	8,9	1,5
II. Madera	*	*	*	*	*	*	0,9	0,5
II. Papel	*	*	*	*	*	*	2,3	1,4
II. Química	*	*	*	*	*	*	2,3	1,4
II. Metal	0,3	0,4	0,0	0,0	0,0	*	1,3	1,3
II. Maquinaria/b. equipo	*	*	*	*	*	*	4,3	0,6
II. Mat. eléctrico y electrón.	*	*	*	*	*	*	*	0,6
II. Material de transportes	*	*	*	*	*	*	*	1,3
II. Agua y electricidad	*	*	*	*	*	0,1	0,1	0,2
II. Construcción (**)	0,3	0,0	0,0	0,3	0,7	0,8	2,0	1,0
II. Otros	0,3	0,2	1,1	0,4	1,3	23,3	0,4	0,1
III. Comercio y hostelería	6,7	7,4	8,4	9,7	3,7	11,9	21,0	22,9
III. Lavanderas	4,9	3,9	4,9	3,2	1,7	*	*	*
III. Propietarias	1,9	4,8	2,7	3	0,4	*	*	*
III. Servicio doméstico	53,5	47,9	45,9	51	49,4	*	*	*
III. Transporte y comunic.	0,1	0,0	0,0	0	0,0	1,0	2,1	2,4
III. Finanz/segur/serv. a empr.	0,0	0,0	0,0	0	0,0	*	4,2	13,8
III. Administración pública	0,1	0,1	0,0	0	0,2	*	*	10,1
III. Educación	0,0	0,3	1	3	4,6	*	*	13,8
III. Salud	0,3	0,0	0,0	0,1	0,4	*	*	19,5
III. Clero	0,0	0,0	6,7	8,3	17,3	*	*	*
III. Otros	0,0	2,1	2	1	3,1	62,6	46,0	6,2

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones; entre 1960 y 1996: datos de censos y padrones.

(*) Las esposas de campesinos cabezas de familia están clasificadas como activas.

(**) Incluida la madera hasta 1930.

Cuadro V.6

Porcentaje de mujeres en cada sector

	1843(*)	1887(*)	1930	1960	1975	1996
I. (s. primario)	39,5	41,3	5,2	3,9	8,4	13,0
II. (s. secundario)	12,9	13,7	13,9	17,3	14,1	13,4
III. (s. terciario)	55,1	50,6	39,9	39,9	38,7	48,0

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones; entre 1960 y 1996: datos de censos y padrones.

(*) Las esposas de campesinos cabezas de familia están clasificadas como activas.

Cuadro V.7

Porcentaje de mujeres en cada subsector

	1843(*)	1860(*)	1887(*)	1910	1930	1960	1975	1996
I. Agricultura/ganadería	39,5	48,1	41,3	7,9	5,2	3,4	11,0	17,3
I. Minas y canteras	*	*	*	*	*	5,5	5,5	5,1
II. Jornaleros sin cualificar	7,7	23,6	4,0	9,1	8,8	*	*	*
II. Alimentación	5,8	10,2	17,9	4,9	5,3	*	18,8	23,8
II. Ttextil	21,1	30	44,4	45,2	43,3	*	59,7	75,1
II. Madera	*	*	*	*	*	*	7,2	10,5
II. Papel	*	*	*	*	*	*	23,6	26,5
II. Química	*	*	*	*	*	*	17,1	26,6
II. Metal	4,9	8,1	0,0	2,2	0	*	16,7	9,4
II. Maquinaria/b. equipo	*	*	*	*	*	*	7,1	9,1
II. Mat. eléctrico y electrón.	*	*	*	*	*	*	*	24,0
II. Material de transportes	*	*	*	*	*	*	*	7,2
II. Agua y electricidad	*	*	*	*	*	2,6	23,3	17,8
II. Construcción (**)	2,1	0	0,0	1,4	2,5	2,4	4,4	6,0
II. Otros	6,3	5,7	11,3	7,9	13,2	22,6	38,5	20,5
III. Comercio y hostelería	37,0	36,5	44,4	26,4	12,8	25,0	43,7	45,3
III. Lavanderas	100,0	100	100,0	100	100,0	*	*	*
III. Propietarias	38,2	50	50,0	42,3	4,0	*	*	*
III. Servicio doméstico	84,6	77,3	86,7	95,3	96,8	*	*	*
III. Transporte y comunic.	25,0	0	0,0	0	0,0	5,2	11,0	17,6
III. Finanz/segur/serv. a empr.	*	*	*	*	*	*	20,6	38,3
III. Administración pública	2,9	2,7	0,0	0	3,0	*	*	42,1
III. Educación	0,0	18,2	41,2	41,2	71,4	*	*	60,7
III. Salud	10,0	0	0,0	0	9,5	*	*	72,7
III. Clero	0,0	0	41,0	69,8	61,4	*	*	*
III. Otros	0,0	14,2	7,8	3,1	5,7	51,3	45,2	55,6

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones; entre 1960 y 1996: datos de censos y padrones.

(*) Las esposas de campesinos cabezas de familia están clasificadas como activas.

(**) Incluida la madera hasta 1930.

b.1. La ciudad preindustrial de mediados del siglo XIX

Como ya se ha señalado al comentar las fases de la industrialización en Pamplona, en el segundo tercio del siglo XIX se ponen en práctica, de manera definitiva, dos de las principales reformas liberales que abren el paso a la hegemonía de las relaciones capitalistas de producción, la desaparición de los gremios y las diferentes desamortizaciones. A pesar de ello, ese cambio legal no supuso de inmediato un cambio en la estructura económica de la ciudad, y la Pamplona de mediados de siglo XIX tenía un gran parecido con la del Antiguo Régimen.

El mercado laboral era dominado por los hombres, pero, como en otras ciudades preindustriales, la tasa de actividad femenina, entre el 35 y el 40% hacía que las mujeres ocuparan algo más de un tercio de la mano de obra urbana. Este grado de segmentación laboral es similar a de algunas ciudades preindustriales centradas en actividades artesanales y de servicios, como Santiago, con una tasa de actividad femenina del 35,1% en 1752 (Rial García, 1993) o York, con un 33,4% en 1851 (Tilly y Scott, 1978, 87). Sin embargo, también para el siglo XVIII y principios del XIX nos encontramos con algunas ciudades con tasas de actividad femenina mucho mayor, como son Londres, con un 72% alrededor de 1700 (Earle, 1989)¹⁵⁶, o Bilbao, con una tasa del 60% en 1825 (González Portila, 1996; Pareja, 1997), momento en el que las mujeres representaban el 48% de la población activa en el mercado laboral (Andrés Ucendo, 1994). En principio, parece que ciudades con mayor importancia del sistema gremial y menos apertura económica tendrían menor presencia laboral femenina que otras en las que además del sistema gremial existiera una importante actividad laboral extragremial y ligada a actividades comerciales o portuarias.

Estas altas tasas de actividad femenina en momentos preindustriales son en muchos casos, sobre todo en el de Londres o Bilbao, muy superiores a las que se registran en momentos de industrialización posterior, y son también indicadoras de diferentes valores de género. Así, en el caso de Londres Earle no encuentra la posterior mentalidad victoriana sobre la domesticidad de la mujer, y en el caso de París, por ejemplo, cuando a finales del Antiguo Régimen se discute sobre la abolición de los gremios, aparecen diferentes ideas sobre el trabajo femenino, tanto por parte de autoridades, como de los gremios de mujeres y de hombres, y no se pone en ningún caso en duda la posibilidad de las mujeres de trabajar en la artesanía, sino que, al contrario, aparece una idea de la feminidad muy ligada a la productividad del trabajo (Coffin, 1994). En el caso de la Inglaterra del siglo XVIII, esta presencia pública de las mujeres en la vida social y la producción de cara al mercado estaba también relacionada con una importante participación y protagonismo femenino en la protesta popular (Thompson, 1995: 375-379).

¹⁵⁶ Tasa calculada a partir de las declaraciones de oficio de las mujeres que por alguna razón tenían que testificar ante los tribunales de justicia de Londres.

En el caso de las villas vizcaínas, Enríquez nos habla, en su brillante libro sobre «los rumores del placer» (1994), de datos que confirman la presencia de las mujeres no sólo en sectores como el textil o los servicios, sino también en la construcción. Siguiendo en la capital vizcaína, parece que eran mujeres gran parte de la mano de obra no cualificada de finales de Antiguo Régimen, algunas de las cuales, las cargueras y sirgueras del puerto, en palabras de Teofilo Guiard en 1795, «*trabajan más que si fueran hombres (...) Los forzados de Cartagena y Almadén son haraganes en comparación suya*», testimonio este recogido junto a otros en la interesante descripción de este oficio que hace Rafael Rufaza (1998) en su estudio sobre los y las trabajadores de Bilbao y la margen izquierda del Nervión en el siglo XIX. Estas mujeres, «*en extremo robustas*», según Madoz, y que han sido inmortalizadas por la pintura de Arteta, no parecen ser testimonio de una «tradicional domesticidad femenina».

De todos modos, esta alta presencia de las mujeres en el mundo laboral preindustrial no tiene que ser considerada como «una edad de oro», como se ha considerado en algunas interpretaciones, ya que la alta participación no significaba igualdad de salarios, empleos o oportunidades. Las mujeres solían concentrar su actividad económica en las ciudades preindustriales en el servicio doméstico, y cuando lo hacían en el sector artesanal, muchas veces era al margen del sistema gremial, con cuya oposición más de una vez debían enfrentarse, como ha demostrado Paloma Manzanos para el caso de Vitoria en el siglo XVIII (1999). No cabe duda de que la alta actividad laboral femenina era compatible con una fuerte discriminación y segmentación del mercado laboral.

En el caso de la Pamplona de mediados del siglo XIX, la concentración de más de la mitad de las mujeres empleadas, el 53,5% en 1843, en el servicio doméstico, como podemos apreciar en el cuadro V.5, es uno de los signos de esa segmentación, que convierte a este oficio en especialmente femenino, con un 84,6% de mujeres entre sus trabajadores, algo parecido a lo comprobado para otras ciudades como Vitoria (Manzanos, 1999), Bilbao (Andrés Ucendo, 1994), Santiago (Rial García, 1993), Madrid (Sarasua, 1994) o Londres (Earle, 1989). La importancia de este sector tanto en la formación del mercado de trabajo local como en la integración social de los inmigrantes ha sido subrayada por Sarasua en su estudio sobre el servicio doméstico en Madrid. Como hemos señalado, la mayoritaria presencia femenina entre sirvientes es prueba de la segmentación laboral, pero tenemos que ver que esta no es estática, ya que se está produciendo un proceso de feminización de esta profesión. Prueba de esto es que el porcentaje de mujeres en 1843 es superior al de 1786, que era un 61,3% (Mikellarena, 1994), e inferior al de 1887 o 1930. Es de señalar, de todos modos, que a pesar de que el servicio doméstico está incluido en el sector servicios, muchos de los trabajos que realizaran estos trabajadores y trabajadoras estaría en relación con la actividad económica de la familia en la que vivían, pudiendo en realidad trabajar como artesanos, agricultores, o dependientes de comercio.

Dentro también del sector servicios, tenemos que hacer referencia a otro sector también considerado socialmente como femenino, el de las lavande-

ras, que ocupa al 5% de las mujeres, y que tenía una gran importancia antes de la llegada de agua corriente a las casas. Posteriormente dedicaremos un apartado al estudio de las estrategias familiares de estas mujeres, a cuya realidad vital podemos acceder en gran medida gracias a la autobiografía de Josefina Guerendiain (1996).

Para terminar con este sector en el que se concentraba la mayor parte de la presencia femenina en el mercado laboral, tenemos que hacer referencia al comercio y la hostelería, que ocupaban a casi el 7% de la población laboral femenina, en un subsector en el que representaban el 37% de la mano de obra. Dentro de este subsector, tenemos que tener en cuenta el trabajo de las mujeres como hospederas, cuya importancia para el siglo XVIII han demostrado Erdozáin y Mikelarena (1998) y sobre el que volveremos posteriormente.

Tras los servicios, es la agricultura el sector más importante de empleo femenino, a pesar del evidente subregistro de los censos y padrones. El testimonio más importante de la presencia de mujeres en los trabajos agrícolas, que aunque posterior a esta época es sumamente útil, es el fondo de fotografías del Archivo Municipal, en el cual se conservan diversas fotos de Pamplona entre 1890 y 1900, en las cuales se reflejan las labores agrícolas, en concreto la trilla en los extramuros de la ciudad, y en las que aparecen juntos trabajando hombres y mujeres. Además de este tipo de trabajos, no cabe duda de que en las huertas de orillas del Arga la presencia de mujeres era muy importante. En general, contamos con investigaciones que demuestran la importancia de mujeres en la agricultura vasco-navarra, como es el caso de los trabajos de Arbaiza (1996) o Erdozáin (1999), además de otro tipo de testimonios, como los gráficos, caso de las fotografías de Eulalia Abaitua en la Vizcaya de principios de siglo XX (Abaitua, 1990), o los orales, como el de esta mujer de Esparza de Salazar, que nos cuenta así la participación femenina en la agricultura durante su infancia, a también a principios del siglo XX.

«Emaztiak egiten ginuen lan yago, nik udan xiten zelarik gariak egitatezko, nik egitaten nuen gizonen biño yago, izan nuen maiña anitz egitatezko(...). Ah, pues, gari kura larrian eultziak, eta egiten ginuen eultzia, pues behiekin, bi behi xuntatu buztarriaz eta ala!, eultziala, gero faten gintzan bukatuz, bukatuz, ala!, bazterriala!, ala!, erdiala, erdiala!, ta kala xardukitzen ginue. (...) bai, sardiaz haizatzen ginuen, eta garia palaz, agotza sardiaz ta garia palaz, zer moduak, e?, orduan, zer moduak! (...)» (Dionisia Garate, mujer de Esparza de Salazar)¹⁵⁷.

¹⁵⁷ «Las mujeres trabajábamos más, cuando venía el verano segando el trigo, yo segaba más que los hombres, tenía mucha maña para segar (...) A, pues, aquel trigo lo trillábamos, con las vacas, juntando las vacas con la yunta, y ¡ala! a la trilla, luego íbamos terminando, y ¡al centro!, ¡a la esquina!, así lo volteábamos, (...) sí, lo volteábamos con la horca, y el trigo con la pala, la paja con la horca y el trigo con la pala, ¡que modos!, eh, ¡qué modos, entonces!». Entrevista realizada por E.D. de Ultzurrin a Dionisia Gárate, mujer de Esparza de Salazar, sobre el modo de vida a principios de siglo, Euskaldunon Egunkaria, Nafarkaria, 30 de abril de 1993.

Estos datos nos confirman, por lo tanto, la importancia de la agricultura entre las ocupaciones laborales de las mujeres de las ciudades preindustriales, una importancia que se podría estimar en torno al 22% de las mujeres con empleo.

Por último, tenemos que señalar la presencia de las mujeres en el sector artesanal, fundamentalmente concentradas en el textil, en el que trabajan el 8,2% de las mujeres con empleo, suponiendo un 21,1% del sector, un porcentaje similar al 25% que para 1724 recoge Manzanos (1999) en Vitoria. El problema que tenemos con este grupo de trabajadoras es que no sabemos mucho de su situación laboral, ya que nos aparecen como costureras, sin poder saber si algunas de ellas trabajan en las incipientes fábricas como la mencionada por Madoz o lo hacen de forma independiente en su domicilio.

Lo que parece claro es que no estaban integradas en el sistema gremial antes de su desaparición. Eso, por lo menos, es lo que se desprende de la recopilación de las ordenanzas de los gremios y cofradías de Pamplona que realiza Nuñez de Cepedeá, en la que no aparece ningún gremio femenino. Estamos por lo tanto ante un sector, el textil, con una fuerte segmentación interna, algo que es propio de casi todas las ciudades europeas de la Edad Moderna, empujando a las mujeres a trabajos con menor reconocimiento social y remuneración (Earle, 1989). De todos modos, la postura de los gremios hacia el trabajo femenino cambia según el tiempo y las zonas, siendo fuente de discusión entre historiadores, tal y como ha sido recogido en los trabajos de Pellegrin (1994) y de Honeyman y Goodman (1991).

Hay que señalar, en este sentido, que la realidad urbana pamplonesa chocaba con la importancia de la industria doméstica rural, centrada en muchas comarcas navarras en las labores textiles en torno al lino, trabajos estos desempeñados mayoritariamente por mujeres. Este predominio femenino se puede constatar en fotografías y canciones populares recogidas a principios del siglo xx, y también en las informaciones recogidas a partir de la *Respuesta a los interrogatorios de población, agricultura e industria de 1802*, donde se recoge que en Etxarri-Aranaz «*Todas las mujeres Ylan*», y en Ergoiena «*Todas las mujeres ylan lino y estopa propia y las más necesitadas que son las más ylan para otros*» (García-Sanz Marcotegui, 1983: 78). Así pues, también en estas comarcas navarras el trabajo textil doméstico jugaría un importante papel de complemento con las labores agrícolas para la mayoría de las familias.

b.2. Los inicios de la industrialización (1876-1930)

Al final del siglo xix, después de terminar la última guerra carlista, se inicia un proceso de transformaciones importantes en la capital navarra, sobre todo, como ya he señalado anteriormente, basado en las obras de construcción e infraestructura. La aparición de algunas fábricas, la instalación de dos nuevos ferrocarriles, y la construcción de los dos ensanches hacen cam-

biar de manera notable tanto la fisonomía como la estructura económica de la ciudad, aunque tenemos que subrayar que no podemos todavía hablar de una ciudad industrializada. De hecho, la industrialización de la ciudad no llegará hasta las décadas de los 50 y 60, con lo que se podría decir que esta etapa del crecimiento económico de la ciudad se alarga hasta 1950 por lo menos. Sin embargo, la importancia socio-política de la década de los treinta, terminada con la guerra civil y el inicio de la dictadura de Franco, hace que me haya decidido a poner fin en este momento a este estudio.

Paralela a estos inicios de la industrialización observamos una tendencia a una masculinización del mercado de trabajo, constatable sobre todo en 1930, y a una todavía mayor concentración del empleo femenino en el sector servicios, con un 80% del empleo femenino en 1930, aunque esta aparente intensificación de la segmentación laboral esconde una realidad más compleja, relacionada también con el descenso de la importancia de la población agrícola y el ligero aumento de la presencia femenina en el sector secundario.

En el caso del sector servicios, hay que señalar que el servicio doméstico sigue siendo la profesión mayoritaria entre las mujeres, en torno al 50% desde 1910, un sector que termina siendo ocupado casi en su totalidad por mujeres, culminando un proceso de feminización que ya se había iniciado en la etapa anterior. Como se puede ver en el cuadro V.7, la segmentación laboral tiene diferentes tendencias dentro de este sector; así, mientras se mantiene el predominio femenino en el caso de las lavanderas hasta el ocaso de la profesión, se reduce la presencia de mujeres en el comercio y la hostelería, y aumenta su importancia dentro de la educación, un sector que en las décadas posteriores va a ser muy importante de cara al empleo femenino. Por último, hay que señalar que también entre las mujeres se aprecia el aumento que en esta época se da del clero regular, un aumento que, de cara a cifras globales, en el fondo no hace sino ocultar un poco la masculinización del mercado laboral.

También en el sector secundario se pueden apreciar cambios importantes. Por un lado, hay que señalar su aumento de importancia dentro del empleo femenino, llegando casi a un 20% de las mujeres empleadas en 1930. Por otro, podemos ver que este crecimiento se da sobre todo en la categoría de jornaleros sin cualificar, y en menor medida en el textil, de manera que en ambos subsectores aumenta el porcentaje de mujeres, produciéndose así, en cierta medida, un pequeño descenso de la segmentación. Además, tenemos que añadir un dato que no aparece en estos cuadros y que creo que es significativo. Mientras en el siglo XIX casi la totalidad de las mujeres del textil nos aparecían en los censos como «costureras», en el siglo XX se ha producido una diversificación de las definiciones, que ahora aparecen como «modista», «sastra», o «alpargatera», compartiendo este tipo de definiciones con los hombres.

Otra de las novedades de este momento va a ser la aparición de fábricas textiles. Los datos del cuestionario de la Comisión de Reformas sociales que

he presentado en el capítulo segundo nos indican que 130 mujeres trabajaban en dos fábricas textiles en la ciudad, lo que significa que porcentualmente, la aparición del sistema fabril afecta más a las mujeres que a los hombres, algo que también nos hace entender que una de las primeras huelgas más importantes que se llevan a cabo en la ciudad, la de la fábrica de calzados López en 1903, esté protagonizada por mujeres (García-Sanz Marcotegui, 1999: 75). Este mismo historiador nos habla, en su estudio sobre la condición obrera en Pamplona, de las condiciones de trabajo y sueldos de estas trabajadoras, en clara situación de discriminación durante estos años frente a sus colegas masculinos.

De todos modos, no debemos pensar que todo el trabajo textil se realiza en el marco de las fábricas. Seguramente muchas mujeres seguían realizando labores textiles en su domicilio, algunas permanentemente y otras de manera ocasional, según sus necesidades o la coyuntura económica¹⁵⁸. Prueba de ello es este testimonio de Josefa Guerendian sobre los años de la Primera Guerra Mundial, un momento en el que las posibilidades de la exportación llevaron a muchos empresarios a utilizar toda la mano de obra disponible, una mano de obra, a su vez, perjudicada gravemente por la carestía que esa orientación exportadora de la economía estaba produciendo.

«Ella era lavandera, muy limpia y Luis carpintero. Además hacían almohadillas a diez céntimos para la gente que iba a los toros. (...) Sin salir de casa se dedicó a coser morrales y botones a las guerreras de los soldados de la guerra europea del 14.» (Guerendiain, 1996, 15-22)

Sin embargo, a pesar de este aumento de importancia en el sector secundario, el empleo femenino disminuye porcentualmente en esta época. Para explicar esto, sin duda alguna, debemos tener en cuenta las concepciones de género que en toda Europa están en boga en este momento, unas concepciones muy ligadas a las estrategias familiares, y que defienden un ideal de mujer ligado al hogar y desvinculado del mundo de la producción para el mercado. Dicho de otra manera, estamos en el momento de mayor extensión social de lo que J. Varela ha denominado dispositivo de feminización.

Es difícil saber, y por eso ha sido fuente de polémica historiográfica, hasta qué punto estas ideas calaron en las clases populares. Por lo que se refiera a la autobiografía de Josefa Guerendian, no encontramos en ella referencias a ese ideal de domesticidad femenina entre las clases populares del barrio de la Navarrería, pero sin embargo, parece claro que entre las autoridades sí aparecen señales de ese discurso. Un buen ejemplo de ello es este testimonio de la Comisión Provincial de Reformas Sociales:

Por desgracia en la capital y alguna otra población de alguna importancia es más común que las mujeres jóvenes y solteras salgan de las casas de los padres, no sólo a servir, caso en el cual viven ya con cierta sujeción, sino a ejercer ciertas industrias, como las de costureras, planchadoras, más que por necesidad, por el afán de vestir con cierto lujo.

La reunión de ellas, las conversaciones que sostienen entre sí, las impresiones que se comunican, el que al entrar y salir aunque no sea más se ven con jóvenes, obreros, etc., la libertad en la que viven, no favorecen su moralidad y hacen que adquieran ciertos hábitos de independencia inconveniente para que el día de mañana se acomoden a vivir en el retiro del hogar doméstico y a ser buenas esposas y buenas madres de familia» (Reformas Sociales, 1985, V, 203).

No cabe duda de que las instituciones sociales, y sobre todo benéficas, iban a presionar también en ese sentido¹⁵⁸. Ya he señalado anteriormente que uno de las principales objetivos de la beneficencia en este momento es el fortalecimiento de la familia, y dentro de ella, del papel del ama de casa. Por eso, parece que el mismo hecho de tener un empleo podría dar a las mujeres un margen de independencia ante estas instituciones, como se desprende, de nuevo, del testimonio de Josefina Guerendian:

«A mí las que me hacían el vacío eran las limosneras de la parroquia. A mi madre, como tenía agallas para sacarse un duro trabajando, nunca le hizo falta que fuesen los viernes las alcahuetas de la conferencia de hambre de la parroquia. Se enteraban de tu vida(...)» (Guerendian, 1996, 38).

Sin embargo, todo este discurso de la domesticidad no impide el trabajo textil femenino, como hemos señalado ya. Esto nos advierte del peligro de tomar una sola categoría histórica, en este caso el género, como único factor explicativo. A esta misma conclusión han llegado varios historiadores al investigar sobre el trabajo textil, ya que durante la industrialización, este subsector, en diferentes momentos y lugares, ha recibido diferentes valoraciones sociales, asociándolo, según el momento, a diferentes grupos sociales, como las mujeres, los inmigrantes judíos, los inmigrantes marroquíes, ..., según las necesidades de mano de obra del sector (Green, 1996; Parr, 1988)¹⁵⁹.

En la fabricación de tejas, sin embargo, parece que en el caso de Pamplona sí existen restricciones claras hacia las mujeres en base a valores de género, tal y como explica el director de la «Tejería Mecánica» de la ciudad

«Por regla general no trabajan ni mujeres ni niñas en la Tejería Mecánica, aun cuando sería ventajoso á los accionistas por el menor jornal que ganarían y la facilidad de proporcionarlas en las épocas de escasez de brazos. La razón que se ha tenido para no admitirlas ha sido por los inconve-

¹⁵⁸ Arbaiza (2000) ha estudiado el discurso presente en los informes de la Comisión de Reformas Sociales, comparándolo con la evolución del empleo femenino en diversas localidades vizcaínas y guipuzcoanas, constatando que a principios del siglo XX el discurso de la domesticidad femenina está cada vez más asentado socialmente, con el resultado de un descenso en las tasas de actividad de las mujeres.

¹⁵⁹ Mucho antes también, en el siglo XVI, en muchas ciudades europeas se da una redefinición del trabajo artesanal basado en valores de género, de manera que se expulsan mujeres de muchos gremios que en la Edad Media eran considerados femeninos o mixtos (Honeyman y Goodman, 1991)

nientes que resultan en trabajos que no son fijos ni separados la reunión de ambos sexos. (...). Si la sociedad se propusiese el que aprendieran mujeres de la localidad esos oficios, serían retribuidas con una diferencia cuando menos de un 25 por 100» (Reformas Sociales, 1985, V, 301).

No cabe duda de que se trata de un testimonio muy útil, ya que demuestra que en las estrategias empresariales, además de criterios de rentabilidad a corto plazo, influyen también consideraciones ideológicas, tales como criterios sobre los trabajos que corresponden a hombres y mujeres, algo que estaba muy estrechamente ligado a las técnicas de disciplinación de los trabajadores (Sierra, 1990). Así, en este texto queda claro que la presencia conjunta de hombres y mujeres es vista como un problema de disciplina, que a la larga, puede ser más decisivo en la marcha de la empresa, y por tanto en la rentabilidad del capital invertido, que los beneficios inmediatos que la menor remuneración a las mujeres podrían suponer.

Ese tipo de razonamientos no son una excepción en el panorama del mundo industrializado. En la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX son compartidos por una parte muy importante del empresariado, de los sindicatos y de las instituciones públicas, y son ellos los que explican la no utilización de mano de obra femenina en muchas de las nuevas empresas que surgen en esos momentos (Jordan, 1989; de Groot, G. y Schrover, M., 1995). Ahora bien, también puede darse el caso, como ha constatado L. Galvez (2000) para la fabricación de tabaco en Sevilla durante el siglo XIX, que valores de género relativos a las características del trabajo femenino y a la flexibilidad de la mano de obra impulsaran a los empresarios a sustituir mano de obra masculina por femenina.

Por último, hay que señalar el descenso que se produce en la importancia de la población agrícola, en el que es difícil evaluar, en el caso de Pamplona, los efectos que tendría sobre la participación de las mujeres en el sector. La importancia de pequeñas explotaciones hortícolas y el bajo grado de desarrollo tecnológico de la agricultura navarra, en la que es clave la importancia del trabajo femenino (Erdozáin, 1999) nos llevan a pensar que no se ha producido todavía la masculinización del sector que en estos tiempos se da en muchas zonas europeas paralela a la introducción de maquinaria más moderna (McMurry, 1992; Hudson y Lee, 1990)¹⁶⁰.

Como conclusión, se puede decir que en este momento podemos apreciar un descenso del empleo femenino y una masculinización del mercado de trabajo, motivado en parte por el descenso del sector agrícola. El sector servicios sigue concentrando, ahora de manera más acusada, a la gran mayoría de

¹⁶⁰ Uno de los efectos de la transición al capitalismo en el mundo rural es explicado por Humphries (1990), quien destaca los efectos de los enclosures y la pérdida de derechos comunales en la posición de las mujeres. Sin embargo, McMurry (1992, 269) subraya la persistencia de las mujeres como principales productoras de queso en la Inglaterra del siglo XIX a pesar de que el campo inglés sea plenamente capitalista y se haya iniciado un proceso de progresiva exclusión de las mujeres de labores de recogida de la cosecha, eliminar malas hierbas, recogida

mujeres empleadas, a pesar de que hay un aumento de quienes trabajan en el sector secundario. Sin embargo, también encontramos para el final de esta época una serie de cambios que van a ser significativos de cara al futuro; por un lado, ese aumento de las mujeres en el sector artesanal, y sobre todo en el textil, que seguirá feminizándose en los años del franquismo, y por otro, la creciente presencia de las mujeres en el mundo de la educación, que se hará más fuerte en el futuro.

Evidentemente, nos cabe la incógnita de lo que pudo suponer la llegada de la II República de cara a la segmentación del mercado laboral y la situación laboral de las mujeres. Sabemos que en este corto período de tiempo cobraron fuerza los movimientos que intentaban romper con los roles femeninos de la domesticidad y la figura del ama de casa, pero es muy difícil medir su influencia en un período de tiempo tan corto y que, en lo referido al mercado laboral, pasó por un aumento de las tasas de paro¹⁶¹. De todos modos, el régimen fascista que surge de la guerra civil¹⁶², al igual que el resto de regímenes fascistas europeos, cortó todos estos intentos innovadores, reforzando el papel femenino de madre y ama de casa que ya se había impulsado desde las autoridades durante la Restauración. Resultado de esto será una acentuación de la masculinización del mercado de trabajo en 1940, quedando la sociedad al margen de los cambios que en el resto de Europa Occidental se producen en la composición del mercado laboral tras la segunda Guerra Mundial, con el aumento del protagonismo público de las mujeres y el aumento de sus tasas de actividad.

V.2.2. Mercado de trabajo y estrategias familiares: sexo, edad y estado civil de la población activa

Una vez expuesta esta visión de la diferente participación de hombres y mujeres en el mercado laboral, vamos a profundizar en ella para conectarla

de piedras o la siembra. Tanto el status social y familiar conseguido por las mujeres gracias a la fabricación de queso, como el hecho de mantener de generación en generación los «secretos» de esta labor ayudan a las mujeres y a las familias a resistirse a integrarse en sistemas fabriles de producción. McMurry habla de «resistence to mix *their* milk» (1992, 263), subrayando el carácter posesivo que se da a la leche que se obtiene en cada pequeña explotación. Estos factores explican, según la autora, las diferencias entre Inglaterra y EEUU, donde la fabricación de quesos ya en el siglo XIX queda en manos de obreros fabriles varones, bajo la supervisión de técnicos varones. Sin embargo, en Inglaterra esto no ocurrirá hasta después de los años 30 de este siglo, sobre todo debido a la política gubernamental en la materia.

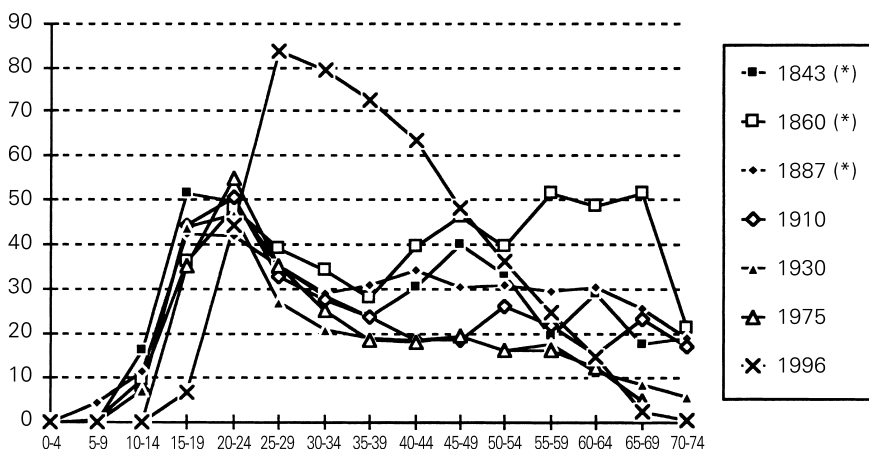
¹⁶¹ A nivel estatal, Nuñez Pérez (1989) ha demostrado que se da un ligero descenso del empleo femenino en tiempos de la II República. En el caso de Albacete, Oliver (1996) ha encontrado normas que limitaban el empleo femenino, aceptadas por los sindicatos y justificadas con el problema del paro.

¹⁶² Las diferentes concepciones de género que aparecen en la II República y la Guerra Civil han sido explicadas por Nash (1989) y Bussy (1993). Para otros regímenes fascistas europeos, ver DUBY y Perrot (1993).

con las estrategias familiares, para lo que es necesario introducir las variables de la edad y el estado civil. Una vez más, aunque el período central de esta tesis sea el comprendido entre 1840 y 1930, creo que es muy útil alargar el estudio hasta la actualidad, sobre todo para poder interrelacionar estas estrategias familiares, aunque sea a grandes rasgos, con las transformaciones de la transición demográfica, algo que haré más adelante en este mismo capítulo.

Respecto a la relación entre edad y empleo es indispensable empezar con una diferencia clara entre los ciclos laborales de hombres y mujeres, unas diferencias que se mantienen a través del tiempo, ya que mientras en el caso de los hombres la permanencia en el mercado laboral es continua una vez que se ha encontrado el primer empleo, en el caso de las mujeres la permanencia en ese mercado laboral está muy condicionada por el ciclo vital. Además, mientras en el caso de los hombres esa estabilidad se mantiene también durante todo el período estudiado, a pesar de que existen algunos cambios que más adelante comentaremos, en el caso de las mujeres vamos a ver que el desarrollo industrial introducirá algunas variaciones importantes.

Centrándonos en este ciclo laboral femenino, en primer lugar hay que decir que no es fácil establecer una relación mecánica entre las variaciones en el ciclo laboral femenino y el desarrollo económico de la ciudad, pero esto no significa que no haya interrelaciones importantes.



Fuente: Datos de censos y padrones (muestras hasta 1930).

(*) Las mujeres esposas de campesinos cabeza de familia están consideradas como activas.

Gráfico V.1

Tasas de actividad femenina según la edad

Por un lado, podemos apreciar que en el siglo XIX encontramos una situación similar, desde 1843 hasta 1887, una situación que cambia con los inicios industrializadores a principios de siglo XX para establecer un ciclo laboral que se mantiene hasta el momento más intenso de la industrialización, en torno a 1970, momento a partir del cual nos introducimos en un nuevo modelo. En todos estos momentos la participación femenina en el mercado laboral alcanza su punto máximo en los años de juventud, entre los 15 y los 30 años, excepto en 1860 y 1996. Sin embargo, encontramos algunas variaciones importantes. Durante el siglo XIX la participación de las mujeres en el mundo laboral se concentra en esos años de juventud, y a partir de esa edad las tasas de actividad se mantienen en torno al 30%, hasta la edad de 60 años, a partir de la cual se quedan en torno al 20%. En 1843 encontramos más altibajos que en 1887, ya que entre los 45 y 49 años asciende al 40%, unos altibajos que no son fáciles de explicar y que incluso son más acusados en 1860, año en el que parece que la epidemia de cólera de 1855 ha dejado un alto porcentaje de viudas¹⁶³, de manera que las tasas de actividad de estas en los años de madurez alcanza los picos que se han dado en los años de juventud.

A medida que la industrialización capitalista avanza encontramos un cambio importante de tendencias que se aprecian desde 1910 a 1975, todo un período en el que no cambia esa concentración en los años de juventud, pero en el que han descendido de manera clara las tasas de la madurez, que se mueven generalmente en torno al 20%, diez puntos por debajo de las tasas de 1843 y 1887, y muy por debajo de las de 1860, lo cual nos lleva a concluir que uno de los efectos claves de la industrialización en el mercado laboral es el descenso del empleo de las mujeres adultas, algo que también ha quedado muy claro en el caso de Bilbao (Pareja, 1997), de algunos pueblos vizcaínos y guipuzcoanos como Durango, Barakaldo, Rentería o Bergara (Arbaiza, 2000) y del conjunto del área metropolitana de la Ría de Bilbao (González Portilla, 2001, y Pareja, 2001)¹⁶⁴.

Este cambio en la edad de las mujeres que participan en el mercado de trabajo también puede observarse gracias a las fotografías del Archivo Municipal de Pamplona. En los trabajos más tradicionales, como es la agricultura (fotografías de 1898 y 1910), el blanqueado de la cera (fotografías de 1934), o un negocio familiar de barquilleros (fotografía en Arazuri, 1979, I, 77), las mujeres que aparecen son mayoritariamente adultas, mientras que en las de oficios más modernos, como las obreras que van a Salinas (1931) o las modistas (fotografía de 1927) las trabajadoras son en su inmensa mayoría muy

¹⁶³ En el caso de Durango en 1860 Arbaiza ha encontrado una situación similar

¹⁶⁴ En este trabajo colectivo Pareja señala el contraste entre las tasas de actividad en el mercado laboral de las mujeres adultas de 1825 y las de principios del siglo XX. González Portilla, por su parte, da cuenta de la masculinización del mercado de trabajo constatando una cada vez mayor división sexual de las profesiones.

jóvenes. Soy consciente de lo muy generalizador de esta comparación, en la que no he tenido en cuenta el momento de la fotografía, o el hecho de que lo más novedoso del trabajo de las modistas se más su concentración en pequeños talleres que el trabajo en sí. Además, he dejado fuera de la comparación otro tipo de empleos en los que ese cambio no se da, como el servicio doméstico, oficio nada nuevo, en el que las fotografías nos muestran chicas jóvenes (fotografías de 1890), las lavanderas (fotografía sin fecha en el AMP, y de 1890 y 1905, en Arazuri, 1979, II, 58 y 46), y las maestras, un empleo con cada vez más importancia, en cuyas fotos aparecen mujeres adultas (fotografía de 1927). De todos modos, las fotografías no hacen sino corroborarnos una tendencia que se ve clara en los datos estadísticos, y que también se aprecia en otros testimonios gráficos de zonas vascas en los inicios del siglo xx¹⁶⁵.

Además de estos cambios, es importante apreciar la novedad que se produce en 1975, año en que se aprecia, lo mismo que en el caso de los hombres, el retraso en la incorporación al mercado de trabajo, siendo por primera vez más baja la tasa de actividad entre 15 y 19 años que la de entre 20 y 24. Este cambio, común a la experiencia de otras sociedades industriales, y ligado a la extensión del tiempo dedicado a los estudios, es señal de un cambio en el significado económico de hijos e hijas y una de las claves, no la única, para entender el descenso de la fecundidad matrimonial.

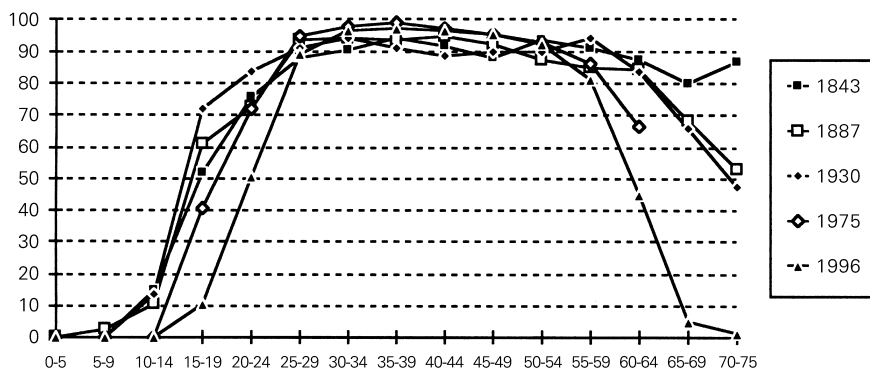
Como se puede apreciar en el mismo gráfico, en los últimos 20 años del siglo xx se produce un cambio radical en las tasas de actividad femenina, que en su momento máximo llegan al 80% en 1996 entre los 25 y los 34 años, a pesar de que todavía se ha retrasado más la entrada en el mercado laboral. A partir de esta edad la tasa desciende claramente, para situarse a partir de los 50 o 55 años por debajo de las tasas preindustriales del siglo xix, aunque no podemos olvidar que con el paso del tiempo el envejecimiento de estas mujeres jóvenes con empleo hará aumentar a su vez las tasas de actividad en la madurez.

En el caso de los hombres, como ya se ha indicado, los cambios son menores. En primer lugar, tenemos que destacar el ligero pero apreciable aumento de las tasas de actividad entre los 15 y los 25 años que se da a principios del siglo xx respecto al siglo xix. Creo que la explicación a esto sería el aumento del trabajo asalariado de jóvenes a una edad en la que en momentos preindustriales muchos de ellos trabajarían en la explotación económica familiar, de manera que su empleo no quedaría reflejado en los registros oficiales. Creo que es más convincente esa explicación que la de suponer que es mayor el número de jóvenes que contribuyen a los ingresos económicos de la familia a principios del siglo xx que anteriormente. Estaríamos, por lo tanto,

¹⁶⁵ Entre estos, resaltar las pinturas de Aurelio Arteta (1998), las fotografías de Eulalia Abaitua (1990) o la colección de postales publicada por el colectivo Ortzadar (1999)

ante el declive de lo que Scott y Tilly llamaron «economía familiar», que si bien no puede ser aplicada a todas las familias, no cabe duda que serviría para entender la manera de organizarse de muchas de ellas.

Los otros dos cambios han sido también comentados en el caso de las mujeres. Por un lado está el retraso en la entrada en el mercado laboral a partir de 1975, y por otro el descenso de las tasas de actividad en la vejez también en la misma época, unos cambios que van a suponer un recorte claro de la vida laboral.



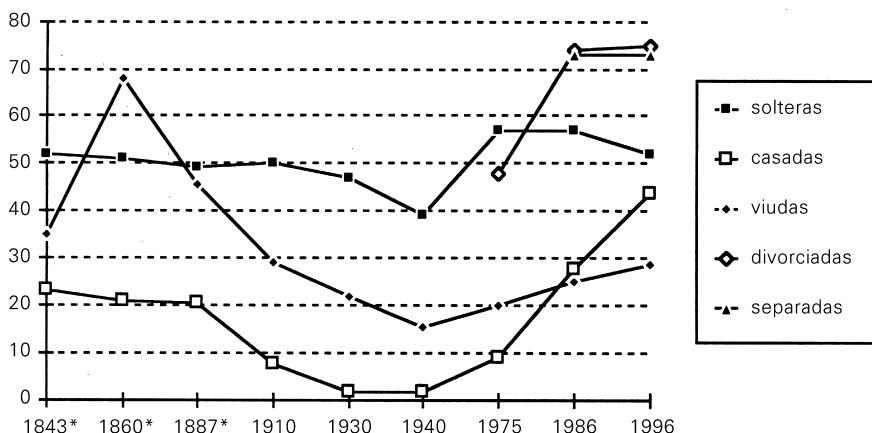
Fuente: Datos de censos y padrones (muestras hasta 1930).

Gráfico V.2

Tasas de actividad masculina según la edad

Este análisis de las tasas de actividad laboral según el ciclo vital, a pesar de su innegable valor, debe ser complementado con la incorporación del estado civil como variable a tener en cuenta para entender las estrategias familiares.

Como se puede ver en el gráfico V.3, las tasas de actividad femenina cambian bastante según el estado civil. Empezando con una visión general, hay que decir que son las mujeres solteras las que tienen una mayor participación en el mercado laboral durante los últimos 150 años, con una tasa de actividad cercana al 50%, excepto en 1940, y casi del 60% en los últimos 20 años. Por el contrario, las mujeres casadas, excepto en los últimos 10 años, son las que han tenido una tasa más baja, mientras que las separadas y divorciadas son las que han experimentado una tasa más alta. No cabe duda de que estas tendencias están muy relacionadas con el comportamiento laboral según la edad, aunque también tendremos que añadir algún matiz a los datos ya presentados.



Fuente: Datos de censos y padrones (muestras hasta 1930).

(*) Las mujeres esposas de campesinos cabeza de familia están consideradas como activas.

Gráfico V.3

Tasas de actividad femenina según el estado civil

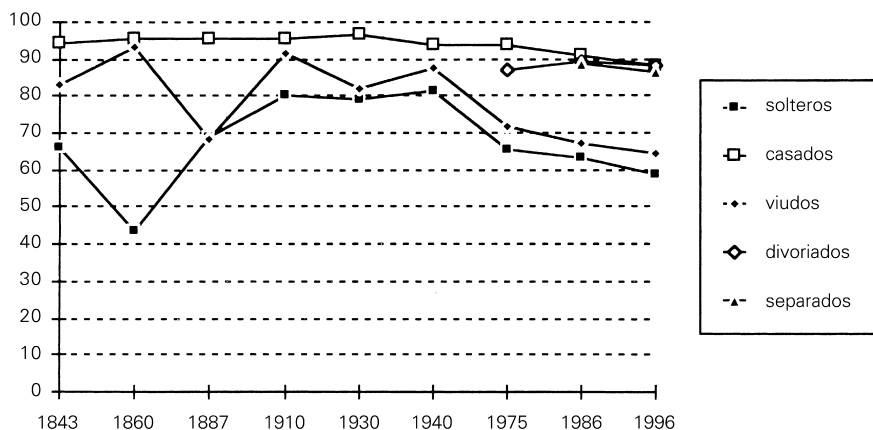
Durante el siglo XIX podemos apreciar un comportamiento estable en todos los estados civiles, las mujeres casadas con una tasa cercana al 20%, las solteras en torno al 50%, y las viudas, con la excepción de 1860, alrededor del 40%. Estos comportamientos van a cambiar de manera significativa en el siglo XX, con un descenso entre las casadas y viudas que toca su fondo en 1940, momento en que también desciende la tasa de las solteras, tanto por la coyuntura de posguerra como por la ofensiva ideológica del régimen fascista.

Durante la dictadura de Franco, como ya hemos visto, la tasa de actividad femenina no aumenta, pero dentro de esta estabilidad hay que destacar dos cambios que coinciden a finales del franquismo, en 1975, con un incremento de la nupcialidad femenina. Esto explica que las tasas globales permanezcan estables a la vez que las mujeres solteras llegan a su mayor tasa de actividad, y que entre las casadas se dé un cambio de tendencia que a la larga será definitivo, aunque de momento no se superaran los niveles de empleo de las mujeres casadas de 1910.

El gráfico V.3 nos sirve también para entender el aumento de la tasa de actividad femenina durante los últimos veinte años, al mostrarnos que ese aumento se debe sobre todo a la mayor participación laboral de las mujeres casadas, quienes en 1986 superan la tasa del 25% y en 1996 llegan al 40%, a lo que hay que sumar también las altas tasas de las mujeres separadas y divorciadas.

En el caso de los hombres de nuevo tenemos que señalar que el comportamiento es mucho más estable en el tiempo, y la participación laboral más

alta en todos los estados civiles. Sin embargo, hay un comportamiento, el de los solteros, que merece un comentario especial. Me refiero al descenso que se da en 1860, que parece claro que tiene poca credibilidad, ya que se debe a un subregistro en la profesión de los hijos de muchas familias, un subregistro que, ya he señalado que se daría sobre todo en el caso de quienes trabajaban en la explotación económica familiar, ya sea agrícola, artesana o comercial.



Fuente: Datos de censos y padrones (muestras hasta 1930).

Gráfico V.4

Tasas de actividad masculina según el estado civil

De todos modos, esa tasa de actividad de los solteros vuelve a aumentar a principios del siglo XX por encima de los niveles del siglo XIX, debido tanto a esa desaparición de algunas «economías familiares», que llevarían a incrementar el trabajo asalariado fuera del hogar, como a la restricción de la nupcialidad, que retrasaba la edad de acceso al matrimonio en los años de juventud.

Desde principios del franquismo, sin embargo, se aprecia un descenso de las tasas de actividad en los hombres de todos los estados civiles, como resultado de esa progresiva reducción de la vida laboral, tanto en la juventud, apreciada a partir de 1975 como consecuencia del alargamiento del período de estudios, como en la vejez, a causa de los efectos de las jubilaciones.

Gracias a estos datos sobre la participación en el mercado laboral según la edad y el estado civil hemos podido adentrarnos en la evolución general de las características de las estrategias familiares, durante los últimos dos siglos. Si bien el objeto de esta investigación es estudiar en profundidad estas estrategias hasta 1930, creo que esta visión de larga duración es bastante útil y significativa. Sería bueno terminarla con un análisis de la posición familiar de la pobla-

ción activa en el mercado laboral, pero eso es imposible con los datos publicados sobre los años posteriores a 1930, por lo tanto, para terminar este subapartado, voy a proceder a dos aproximaciones complementarias. La primera, hasta 1930, gracias a los cuadros V.8, V.9, y V.10, nos revela esa situación familiar de la población activa. La segunda, reflejada en el gráfico V.5, basada en datos más generales, y por lo tanto disponibles hasta 1996, nos proporciona una panorámica del estado civil y sexo de la población activa en el mercado de trabajo.

Si empezamos con el conjunto de la población activa en el mercado de trabajo, de la que he excluido la población institucional incluida en la muestra, podemos extraer algunas conclusiones que no hacen sino confirmar, y matizar en parte, las líneas generales ya esbozadas anteriormente.

En efecto, los cabezas de familia son el mayor grupo dentro de la población activa, pero es muy importante reseñar que en ningún momento alcanzan mucho más de la mitad de los activos en el mercado laboral, de manera que está claro que el modelo de la «male breadwinner family» no puede ser utilizado como único modelo explicativo.

En el caso de las cónyuges activas queda claro que su importancia era pequeña pero significativa en el siglo XIX, dato este en el que se refleja, aunque no de manera exacta, la importancia de las mujeres en las actividades agrícolas. Sin embargo, como ya ha quedado claro en la información por edad y sexo, en el siglo XX el peso de las esposas de los cabezas de familia en el mercado laboral cae, hasta convertirse su presencia, hacia 1930, en casi insignificante.

Tendencia contraria es la de los hijos e hijas, que de ser en torno al 10% de los participantes en el mercado laboral en el siglo XIX, llegan a significar un tercio de este en 1930. También los parientes corresidentes van a aumentar su peso dentro del mercado laboral, hasta significar, hacia 1930, casi un 10% del mercado laboral.

Cuadro V.8

Grado de parentesco con el cabeza de familia de la población activa no institucional

	1843*	1860*	1887*	1910	1930
Cabeza de familia	44,1	57	50	42,3	43,2
Cónyuge	9,3	8,5	7,4	2,7	0,3
Domésticos	23,9	24,9	18,9	17,3	14,3
Hijos	9,1	3,6	14,6	27,5	30,9
Huéspedes	0,2	0,6	1,2	2,1	1,7
Parientes corresidentes	5,1	4,2	5,6	6,8	8,9
Sin parentesco	8,4	1,2	2,2	1,3	0,7
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones

Cuadro V.9

Grado de parentesco con el cabeza de familia de la población activa no institucional: hombres

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza de familia	64,8	78,5	67,7	57,2	55,7
Domésticos	7,0	10,7	4,9	2,3	0,6
Hijos	11,7	4,4	17,2	29,9	30,7
Huéspedes	0,4	0,5	1,5	2,5	2,0
Parientes corresidentes	6,6	4,8	6,0	7,1	10,0
Sin parentesco	9,6	1,2	2,6	0,8	0,9
Total	100,1	100,0	99,9	99,9	99,9

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

El descenso de la importancia de los sirvientes domésticos en el mercado laboral ya ha quedado explicada en el segundo capítulo, de manera que estos datos no nos sorprenden en ningún modo. Por último, tenemos que mencionar la escasa importancia de huéspedes y de personas sin parentesco aparente, con la excepcionalidad, en este último caso, del año 1843, cuya menor representatividad ya he señalado en el anterior capítulo.

Al diferenciar estos datos según el sexo de los participantes en el mercado laboral, vemos que las tendencias generales se cumplen en ambos casos, pero con algunos matices importantes. En el caso de los hombres, la im-

Cuadro V.10

Grado de parentesco con el cabeza de familia de la población activa no institucional: mujeres

	1843*	1860*	1887*	1910	1930
Cabeza de familia	12,2	26,3	18,1	13	7,9
Cónyuge	23,3	20,6	20,5	7,7	0,7
Domésticos	50,3	45,3	44,4	47,0	53,4
Hijos	5	2,5	9,9	22,7	31,6
Huérfanos	0	0	0	0	0
Huéspedes	0	0,8	0,8	1,3	0,9
Parientes corresidentes	2,7	3,3	4,7	6,0	5,6
Sin parentesco	6,5	1,3	1,5	2,4	0
Total	100	100	100	100	100

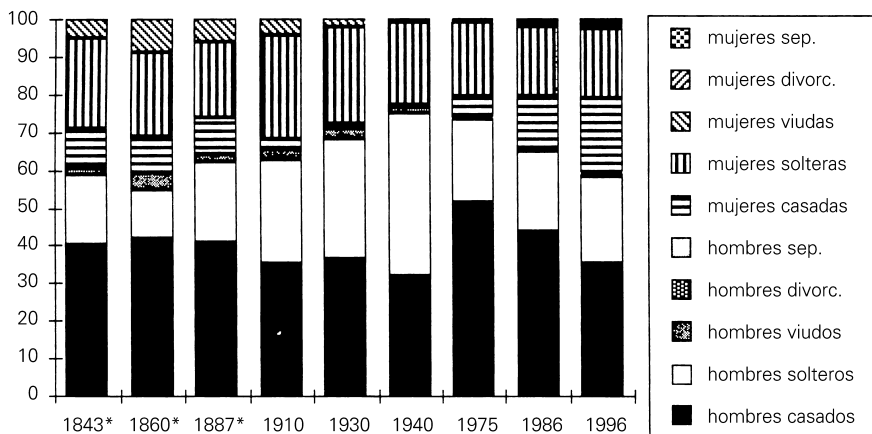
* Las esposas de los campesinos cabezas de familia están tomadas como activas en el mercado laboral.

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

portancia de los cabezas de familia es superior a la media de la población, aunque también tiende a descender. Los sirvientes domésticos tienen, sin embargo, menos importancia que entre las mujeres, y el descenso es mucho más brusco, hasta ser casi insignificantes hacia 1930. En el caso de las mujeres, sin embargo, la presencia de cabezas de familia es menor, y con una tendencia mucho más clara hacia el descenso, mientras que las sirvientas domésticas siguen siendo, sin descender e incluso ganando importancia, el mayor grupo de trabajadoras.

Tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres se aprecia el aumento del porcentaje de hijos/as y el de parientes corresidentes, aunque hay que destacar que en el caso de las mujeres las parientes corresidentes son menos importantes que entre los hombres.

Este tipo de conclusiones se ven corroboradas en el gráfico V.5, en el que se recogen el estado civil y el sexo de la población activa en el mercado laboral, desde 1843 hasta 1996. También aquí podemos ver que los hombres casados no superan nunca el 50% del mercado laboral, con lo cual parece claro que la idea del salario familiar del cabeza familia no se cumple en su totalidad en ningún momento, constituyendo los ingresos de otros miembros un complemento importante en las economías familiares. Resulta significativo, de todos modos, que es en 1975, en los momentos de una industrialización intensa, cuando este modelo parece estar más arraigado.



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de censos y padrones (muestras hasta 1930)
 (*) Las mujeres esposas de campesinos cabezas de familia están tomadas como p. activa.

Gráfico V.5
 Sexo y estado civil de la población activa

Gracias a este gráfico podemos apreciar de nuevo dos de los principales efectos ya comentados de los inicios de la industrialización a principios de siglo XX, el descenso del empleo de mujeres casadas y el aumento de la participación laboral de hijos e hijas, un aumento que seguramente es menor de lo que parece, al quedarse subregistrados en el siglo XIX parte de su actividad laboral en las explotaciones familiares, agrícolas, artesanales o comerciales. De todos modos, el objetivo de este gráfico no es repetir lo ya explicado sobre el período hasta 1930, sino enmarcar esta evolución en un período más amplio, incluyendo tanto la industrialización plena como el momento de terciarización económica.

Es precisamente en ese momento de industrialización plena, a finales del franquismo, cuando el modelo de la «male breadwinner family» parece estar más arraigado, tal y como lo refleja el aumento del porcentaje de hombres casados, algo que también ha sucedido en lugares de industrialización tardía como la localidad portuguesa de Barreiro, cercana a Lisboa (Almeida, 1994)¹⁶⁶, al contrario de la tendencia de la mayoría de países de Europa Occidental (Scott y Tilly, 1978). En este momento nos hallamos tanto ante un retraso de la edad de entrada en el mercado laboral, todavía menor al de años posteriores, como ante un aumento de la nupcialidad, a la vez que tenemos un mercado de trabajo sumamente masculinizado, factores estos que hacen que la población activa en el mercado de trabajo se concentre en hombres casados, cabezas de familia, mientras que gran número de hijos e hijas están alargando su período de estudios y la gran mayoría de mujeres casadas está realizando trabajos domésticos no remunerados y apartados del mercado laboral, aunque entre estas últimas se haya apreciado ya un ligero aumento de su participación en el mercado laboral.

Este modelo, sin duda alguna, va a sufrir una rápida y profunda crisis en los años de la transición política, debido sobre todo al aumento de la participación de mujeres casadas en el mercado laboral, de manera que muchas familias van a mantenerse con los dos sueldos del cabeza y cónyuge.

V.3. ESTRATEGIAS ECONÓMICAS DE LAS FAMILIAS DE LOS DIFERENTES GRUPOS SOCIALES

Hasta ahora nos hemos centrado en un análisis de la evolución del mercado laboral y de su interrelación con la realidad familiar, pero creo que es el momento de, sin olvidar esa perspectiva global, dirigir nuestra mirada a las

¹⁶⁶ Es significativo que mientras en muchos lugares de Europa occidental el modelo del «salario familiar» se está debilitando después de la segunda Guerra Mundial (Scott y Tilly, 1978), en lugares de industrialización tardía es entonces cuando tiene más fuerza. Este es también el caso de Barreiro, una ciudad que conoce una fuerte industrialización en la década de los cincuenta, en la que a partir de ese momento se produce una masculinización del mercado de trabajo y una mayor dependencia de los presupuestos familiares del salario del cabeza de familia, mientras que a principios de siglo, con la industria del corcho, las familias sobrevivían a partir de la suma de salarios del mayor número de miembros posibles, incluidos niños de corta edad.

familias concretas. Para ello voy a tratar de reconstruir ciertas familias prototípicas a partir de la profesión y edad del cabeza de familia, estudiando en cada una de ellas la relación entre miembros con empleo reconocido y los que nos aparecen como población sin ocupación remunerada en los censos. Soy consciente de los problemas de las medias estadísticas, pero creo que son un útil punto de partida, para adentrarnos en el subapartado posterior en un estudio más diferenciado del peso de los diferentes componentes familiares en la obtención de ingresos monetarios.

Empezaré con el análisis por profesiones, posteriormente haré un panorama global sobre los ciclos vitales preindustriales e industriales y terminaré con un intento de establecer esos ciclos vitales dentro de cada grupo social, de manera que podamos enmarcar este estudio dentro del debate historiográfico sobre las estrategias económicas de las familias. Una vez más me centraré en profundidad en los datos de 1887 y 1930, como significativos, respectivamente, de un momento de economía preindustrial fuertemente asalariada, y de inicios de la industrialización.

V.3.1. Familia y empleo en los diferentes grupos sociales

En primer lugar partiremos de un análisis de la situación en 1887 para analizar posteriormente el cambio en los inicios del siglo XX, tomando primero como objeto de estudio la relación entre activos e inactivos en general, y posteriormente un análisis más detallado de la participación en el mercado laboral de los diferentes miembros del hogar.

Por lo que se refiere a los datos de 1887 (cuadros V.11 y V.12), en primer lugar hay que reseñar que es el grupo de hogares encabezados por labradores no jornaleros el que tiene hogares con mayor número de activos, sobre todo si introducimos el corrector sobre el empleo femenino, que nos haría hablar de casi tres miembros activos en el mercado de trabajo en estos hogares. Esto se debe a que en este grupo donde encontramos un mayor promedio de hijos y de parientes activos por hogar, 0,5 y 0,4 respectivamente, bastante por encima del resto de grupos sociales, lo cual nos está indicando que dentro de este grupo, en el que predomina la familia troncal, existe una fuerte utilización de la mano de obra intrafamiliar en las explotaciones agrícolas¹⁶⁷, aunque también algunos de ellos trabajaran fuera de esa explotación.

Además, tenemos que recordar que en estas familias casi no queda recogido un empleo de mano de obra femenina que queda probado con otras fuentes gráficas, tanto en la producción agrícola como en la comercialización de esos productos. Es precisamente debido a la constatación de que estamos ante un subregistro de la actividad productiva de bastantes

¹⁶⁷ Más adelante veremos que la gran parte de estos hijos aparecen como clasificados como labradores en las hojas censales.

miembros familiares por lo que creo que, en el caso de estas familias campesinas, no tiene mucho valor el cociente «activos/pasivos» que sí será reseñado en los otros grupos sociales. No cabe duda que estamos ante un grupo en el que muchas familias practicarán la lógica de la «economía familiar» mientras que otras desarrollarían la llamada «economía familiar adaptativa» combinando el trabajo en la explotación familiar con otros trabajos asalariados fuera del hogar.

Muy diferente es la realidad de dos grupos profesionales de la clase media-alta, los llamados «empleados» y las «profesiones liberales», que tienen la proporción de activos/pasivos más baja, 0,3 y 0,4 respectivamente, señal del alto poder adquisitivo de los sueldos y/o negocios de los que tienen empleo. Es gracias a esto que pueden permitirse que sus hijos o hijas no tengan que trabajar a tempranas edades y que puedan seguir estudiando, razón esta por la que se registran tanto el menor promedio de hijos activos como el mayor de pasivos. En el caso de los parientes, en cambio, se aprecian más las diferencias en el promedio de parientes pasivos, que demuestra la capacidad de estos grupos para albergarlos y mantenerlos, que en el promedio de parientes con empleo, que en casi todos los grupos es de 0,1.

En cuanto a artesanos y servicios no asalariados encontramos una posición similar en la proporción activos/pasivos a los asalariados de estos sectores, pero esta proporción similar esconde tanto un mayor número de activos como de pasivos, a la vez que un mayor número de domésticos, que entre los asalariados son casi inexistentes.

Por último, me parece muy importante reseñar la especificidad de los hogares encabezados por mujeres con empleo, ya sea como artesanas del sector textil, como lavanderas o con otras profesiones del sector servicios. Son hogares pequeños en los que más de la mitad de sus miembros está empleada, una proporción más alta de la que encontramos en cualquier otro tipo de hogares, en los que las personas que no participan en el mercado de trabajo son siempre más que los que sí lo hacen, de ahí la alta proporción activos/pasivos. Dentro de estos hogares, es entre los de las lavanderas donde encontramos el mayor promedio de hijos activos, 0,5, un promedio similar al de los labradores. Por el contrario, es en este grupo de hogares encabezados por mujeres donde hay un menor promedio total de hijos.

Tanto el reducido tamaño de los hogares como la mayor proporción de miembros activos es probable que haría a estas mujeres vivir a la vez con mayor independencia y con mayor vulnerabilidad económica, debido a la menor remuneración del trabajo femenino. Es verdad que tenían menos familiares a los que mantener, pero también lo es que algunas de ellas, quizás especialmente las del sector textil, con mayores cargas familiares, estarían más expuestas a la pobreza. Por el contrario, las que trabajan en el sector servicios, la mayor parte de ellas con establecimientos comerciales o de hostelería, disfrutarían de una posición más desahogada, ayudadas también por la posibilidad de acoger huéspedes, e incluso con la posibilidad de dar empleo a sirvientes domésticos que trabajarían en esos pequeños negocios autónomos.

Cuadro V.11

Composición del hogar y actividad en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia. 1887.

	I labr. (no j.)	I labr. jorn.	II jorn. (no j.)	II art. jorn.	II art. asal.	III serv. empl.	III serv. no a.	III serv. lib.	III prof. muj.	III serv. muj.	II art.	III lav.	Total
Cabeza pas													0,2
Cabeza act.	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1	0,8
Cónyug act.	0,1	0	0,1	0	0	0	0	0,1	0,1	0	0	0	0
Cónyug pas.	0,8	1	0,9	0,9	0,9	1	1	0,8	0,9	0	0	0	0,7
Hijos act.	0,5	0,3	0,2	0,3	0,2	0,1	0	0,1	0,1	0,3	0,2	0,5	0,2
Hijos pas.	1,8	1,3	1,5	1,7	1,4	1,1	2,1	1,6	1,9	0,9	0,8	0,7	1,4
Núcleo act.	1,5	1,3	1,3	1,3	1,2	1,1	1	1,2	1,2	1,3	1,2	1,5	1,1
Núcleo pas.	2,6	2,3	2,4	2,7	2,3	2,1	3,1	2,5	2,8	0,9	0,8	0,7	2,2
Domésticos	0,4	0	0	0,4	0,1	0,1	0,4	0,9	0,8	0,2	0	0	0,3
Parien. act.	0,4	0	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0	0	0,1
Parien. pas	0,6	0,2	0,1	0,2	0,1	0,2	0,2	0,4	0,3	0,1	0,4	0	0,2
Sin par. act	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Sin par. pas	0,1	0,1	0,1	0	0	0	0	0,2	0,1	0,1	0	0	0,1
Huésped. act	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0,2	0	0	0
Huésped. pas	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0,1	0	0	0
Total	5,5	3,9	4,1	4,8	3,9	3,7	4,7	5,4	5,3	3	2,4	2,3	4,1

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones

Esta situación va a cambiar bastante en los inicios del siglo xx, de manera relacionada con los cambios en la composición del hogar que ya he analizado en el capítulo anterior. Me voy a centrar en el comentario de los datos de 1930, pero adjuntamos también los de 1910, en los que también se pueden apreciar la mayoría de los cambios que reseñaré respecto al siglo xix.

Cuadro V.12

Actividad e inactividad en el mercado laboral dentro del hogar según la profesión del cabeza de familia. 1887.

	I labr. (no j.)	I labr. jorn.	II jorn. (no j.)	II art. jorn.	II art. asal.	III serv. empl.	III serv. no a.	III serv. lib.	III prof. muj.	III serv. muj.	II art.	III lav.	Total
Activos	2	1,4	1,4	1,4	1,3	1,2	1,1	1,4	1,3	1,4	1,2	1,6	1,2
Pasivos	3,2	2,5	2,6	3	2,5	2,3	3,3	3,1	3,1	1,1	1,2	0,7	2,6
Domésticos	0,4	0	0	0,4	0,1	0,1	0,4	0,9	0,8	0,2	0	0	0,3
Huéspedes	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0,3	0	0	0
Total	5,5	3,9	4,1	4,8	3,9	3,7	4,7	5,4	5,3	3	2,4	2,3	4,1
Act/pas.	0,6	0,6	0,5	0,5	0,5	0,5	0,3	0,5	0,4	1,3	1	2,3	0,5

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones

Cuadro V.13

Composición del hogar y actividad en el mercado laboral según según la profesión del cabeza de familia. 1910.

	I	II. art.	II. jorn.	III. otros.	III. lib.	Sin prof.	Total
Cabeza pas.	1,0	0,2					
Cabeza act.	1,0	1,0	1,0	1,0	1,0	0,8	
Cóny. act.	0,1	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0	0,0
Cóny. pas.	0,7	0,8	0,8	0,7	0,9	0,1	0,6
Hijos act.	0,6	0,4	0,6	0,5	0,3	0,5	0,5
Hijos pas.	1,5	1,9	1,8	2,0	1,7	1,1	1,6
Núcleo act.	1,7	1,5	1,6	1,5	1,3	1,6	1,3
Núcleo pas.	2,2	2,7	2,5	2,7	2,6	1,3	2,5
Domésticos	0,1	0,1	0,0	0,5	1,0	0,2	0,3
Parientes act.	0,1	0,2	0,1	0,2	0,1	0,1	0,1
Parientes pas.	0,3	0,4	0,1	0,4	0,6	0,3	0,3
Sin parent. act.	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Sin parent. pas.	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
Huésp. act.	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0
Huésp. pas.	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
	4,6	5,1	4,4	5,4	5,7	3,5	4,6

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro V.14

Actividad e inactividad en el mercado laboral dentro del hogar según la profesión del cabeza de familia. 1910.

	I	II. art.	II. jorn.	III. otros	III. lib	Sin prof	Total
Activos	1,9	1,8	1,7	1,7	1,4	1,7	1,4
Pasivos	2,5	3,1	2,7	3,1	3,3	1,5	2,8
Domésticos	0,1	0,1	0	0,5	1	0,2	0,3
Total	4,6	5,1	4,4	5,4	5,7	3,5	4,6
Act./pas.	0,8	0,6	0,6	0,5	0,4	1,1	0,5

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En primer lugar hay que señalar que los cambios son mucho más profundos que lo que se derivarían de analizar el aumento de 0,5 a 0,6 en el cociente activos/pasivos del conjunto de los hogares. Ese ligero aumento nos está ocultando un aumento más importante del número de activos por hogar, que se ve compensado en parte por el aumento del número de pasivos. Sin embargo, es en el análisis por grupos sociales donde se pueden apreciar más los cambios respecto al siglo XIX.

Cuadro V.15

Composición del hogar y actividad en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia. 1930.

	I art.	II. jorn.	II asal.	III empl.	III. no asal.	III muj.	III p. lib.	III	Total
Cabeza pas.	0,3								
Cabeza act.	1	1	1	1	1	1	1	1	0,7
Cónyu. act.	0	0	0	0	0	0	0	0	0
Cónyu pas.	0,9	0,9	0,9	0,9	0,9	0,8	0	0,7	0,6
Hijos act.	0,6	0,5	0,7	0,3	0,4	0,4	0,4	0,3	0,5
Hijos pas.	1,8	1,5	1,7	1,5	2,1	1,3	1,1	1,3	1,4
Núcleo act.	1,6	1,5	1,7	1,3	1,4	1,4	1,4	1,3	1,2
Núcleo pas.	2,7	2,4	2,5	2,4	2,9	2,1	1,1	2	2,3
Domésticos	0,1	0,1	0	0,1	0,3	0,5	0,4	0,9	0,2
Parient. act.	0,3	0,1	0,3	0,1	0,1	0,2	0,1	0,2	0,1
Parient. pas.	0,3	0,2	0,3	0,3	0,3	0,5	0,1	0,3	0,3
Sin par. act.	0	0	0	0	0	0	0,1	0	0
Sin par. pas.	0,1	0	0	0	0	0	0,2	0	0
Huésp. act.	0	0	0	0,1	0	0	0,4	0	0
Huésp. pas.	0	0	0	0	0	0	0	0	0
	5	4,4	4,9	4,3	5	4,8	3,8	4,9	4,3

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro V.16

Actividad e inactividad en el mercado laboral dentro del hogar según la profesión del cabeza de familia. 1930.

	I art.	II. jorn.	II asal.	III empl.	III. no asal.	III muj.	III p. lib.	III	Total
Activos	1,9	1,7	2	1,4	1,5	1,6	1,6	1,5	1,5
Pasivos	3	2,6	2,8	2,8	3,2	2,6	1,4	2,3	2,6
Domésticos	0,1	0,1	0	0,1	0,3	0,5	0,4	0,9	0,2
Huéspedes	0	0	0	0,1	0	0	0,4	0	0
	5	4,4	4,9	4,3	5	4,8	3,8	4,9	4,3
Act./pas.	0,6	0,7	0,7	0,5	0,5	0,6	1,1	0,6	0,6

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En 1930 son precisamente los hogares de la población jornalera los que más número de activos tienen por hogar, 2 por hogar, más incluso que los labradores, con 1,9, y bastante más, por supuesto, que los hogares de los profesionales liberales, que tienen 1,3. Es este grupo de los jornaleros el que tiene, junto con los artesanos, un mayor cociente activos/pasivos, 0,7, superior

tanto al resto de grupos sociales como al de los artesanos y jornaleros de 1887. Con los datos de 1910 se puede apreciar que el cambio es progresivo, con una proporción de 0,6.

Vemos, por lo tanto, que la clase trabajadora está dependiendo de más salarios para mantener sus familias, a la vez que también alberga a más miembros sin empleo en sus hogares, algo que ya hemos analizado en el capítulo anterior. Este aumento del promedio de activos por hogar se debe sobre todo a la participación laboral de hijos e hijas, 0,7 por hogar, el mayor de todos los grupos sociales, pero también es importante la participación de parientes, 0,3, también por encima de todos los grupos sociales, menos los labradores. Esto nos podría hacer pensar que en este momento encontramos dos maneras diferentes de articular grupos familiares extensos con diversidad de ingresos. Por un lado, los labradores podrían estar continuando ciertas formas de economías familiares basadas en una explotación común. Por otro, el caso de los jornaleros nos revela la importancia de las redes de solidaridad familiar dentro de la clase obrera, que llevan a la ampliación colateral de los grupos familiares, al margen de lógicas troncales.

En el otro extremo de la escala social, hay grupos de hogares en los que al aumento de miembros activos en el mercado laboral respecto al siglo XIX es menor, y que revelan una mayor dependencia respecto al salario del cabeza de familia. Me estoy refiriendo a las profesiones liberales y al sector servicios, este último con la excepción de los hogares encabezados por mujeres. Son precisamente de nuevo, al igual que en 1887 y 1910, los hogares de los profesionales liberales los que menos promedio de hijos activos tienen.

También me parece importante señalar la casi desaparición de los hogares encabezados por mujeres artesanas o lavanderas, algo relacionado con la masculinización del mercado de trabajo, de manera que el único grupo mínimamente significativo de mujeres con empleo que encabezan un hogar son las del sector servicios (de nuevo el comercio y la hostelería). Al igual que en el siglo XIX, podemos apreciar en estos hogares una mayor presencia de miembros con empleo que no empleados, a la vez que registramos una importante presencia tanto de huéspedes como de sirvientes domésticos. De los tres grupos de mujeres con empleo que encabezaban hogares en el siglo XIX solamente las que tenían una mejor posición social perviven en 1930.

Aunque las diferencias entre los grupos sociales nos han demostrado la peligrosidad de hacer generalizaciones, no es arriesgado concluir que el débil desarrollo industrial de Pamplona en los inicios del siglo XX ha producido una diversificación de las economías familiares, con mayor número de miembros familiares empleados en el mercado laboral fuera del hogar, un aumento que se da sobre todo entre los hijos, ya que si en 1887 nos aparecían 0,2 hijos activos por hogar, en 1910 y 1930 son 0,5.

Por último, antes de seguir profundizando en este tema mediante el análisis del ciclo vital en los diferentes grupos sociales, creo que es importante señalar que la actividad económica de las mujeres casadas es muy baja en to-

dos los períodos. Sin embargo, más adelante intentaré profundizar en este tema mediante un análisis pormenorizado de estas mujeres. Ahora, de momento, voy a complementar esta visión de las economías familiares con las variaciones según la edad del cabeza de familia.

VI.3.2. Empleo y ciclo vital

Después de esta visión global sobre las economías familiares, voy a profundizar ahora en los cambios que estas economías experimentan según el ciclo vital, y para ello me centraré únicamente en cuatro de los grupos sociales más significativos, los jornaleros sin cualificar, los artesanos no asalariados (en 1930 no contamos con esa subdivisión), el sector servicios no asalariado y las profesiones liberales, prescindiendo ahora de grupos más minoritarios, entre los cuales la subdivisión en la muestra según la edad del cabeza de familia plantea más problemas de representatividad. También he prescindido de los hogares de labradores por el problema del subregistro del trabajo intradoméstico, agrícola o comercializador, de muchos miembros del hogar, y, a su vez, he incluido los datos de los hogares de profesionales liberales, que, a pesar de su menor peso numérico, constituyen un referente de las estrategias de las clases dominantes de la sociedad de Pamplona, un punto de comparación con las clases medias y trabajadoras. De esta manera podemos adentrarnos en un análisis diferenciado de la composición de los ingresos según el ciclo vital en cuatro de los grupos sociales más significativos y establecer comparaciones tanto en lo que se refiere al avance de la industrialización como a los contrastes entre estos grupos en un mismo momento.

Para ello he confeccionado los gráficos V.8 y V.9, en los que se puede observar la composición de la población activa en el mercado laboral dentro de hogares tipo según el grupo social y el ciclo vital¹⁶⁸. El objetivo de estos gráficos es medir la participación de cada uno de los miembros del hogar en la obtención de ingresos monetarios, para poder conocer así la lógica de las estrategias familiares, y enmarcar la realidad pamplonesa en el debate historiográfico al respecto¹⁶⁹. Sin embargo, hay que advertir que la participación en el mercado de trabajo no es un simple reflejo de la participación real en la economía monetaria familiar, debido a las diferencias salariales en función de la profesión, de la edad y del sexo, por lo que hay que señalar que estos

¹⁶⁸ He optado por incluir los gráficos por su mayor claridad y porque, ante tamaños de muestra de este tipo, creo que son más importantes las tendencias apuntadas que los datos exactos.

¹⁶⁹ Para la realización de este tipo de gráficos he tenido como referencia el trabajo de Horrell y Humphries (1996), pero con la diferencia que estas autoras, basadas en presupuestos familiares, han conseguido medir la contribución real de cada miembro del hogar, y no solamente la participación en el mercado laboral, resultando de ello una aproximación más real a las economías familiares.

gráficos tienen un valor más aproximativo que exacto. Aún así, creo que nos aportan una información clave para la comprensión de las economías familiares. Por otro lado, esta información ha sido complementada con dos gráficos V.6 y V.7 sobre la relación entre población activa/pasiva en el mercado laboral dentro de cada grupo social, una proporción que nos indica en cierto modo cuáles son los momentos más delicados dentro del ciclo vital en cada grupo social¹⁷⁰.

Para empezar, hay que señalar tres rasgos generales que en principio, y a pesar de que con muchos matices, se corresponden a todos los grupos sociales en los dos momentos estudiados. En primer lugar, gracias a los gráficos V.6 y V.7 podemos ver que, como ya ha sido comprobado en otros lugares, el momento más delicado del ciclo vital es el de la formación del hogar y el nacimiento de los hijos, años en los que el cociente activos/inactivos es menor¹⁷¹. Por otro lado, los gráficos V.8 y V.9 nos demuestran que, además de la participación del cabeza de familia en el mercado laboral, las familias recurrían en mayor o menor medida al trabajo remunerado de otros miembros para complementar sus ingresos económicos, siendo los inicios del ciclo vital familiar cuando más dependen los ingresos familiares del empleo del cabeza de familia. Parece evidente, por lo tanto, que la lógica de la «male breadwinner family» estaba lejos de la realidad de la mayoría de las familias de Pamplona. Las diferencias sociales se ven tanto en 1887 como en 1930, pero creo que es en este último año donde quedan más claras, y de donde se se pueden extraer conclusiones más relevantes para entender el papel de la familia obrera en relación al proceso de cambio económico. En tercer lugar, hay que remarcar la baja participación de las mujeres casadas en el mercado laboral en 1887, algo que también se aprecia en todos los grupos de edad y en todos los momentos del ciclo vital, y que va a disminuir todavía más en 1930.

En 1887 las diferencias más claras entre los grupos sociales tienen bastante que ver con la evolución del ciclo vital. Hasta que el cabeza cumple 60 años son los hogares de las profesiones liberales los que más dependen de los ingresos del cabeza de familia, mientras que el resto recurren más a la participación laboral de otros miembros. En el caso de artesanos y del comercio y la hostelería, se observa un mayor peso de los parientes, sobre todo cuando el cabeza tiene entre 20 y 39 años de edad, algo lógico si recordamos que son hogares con un alto porcentaje de familias complejas, bastantes de las cuales funcionarían con la lógica de la troncalidad. En el caso de los jornaleros son los hijos los que, después del cabeza de familia, tienen más importancia a la hora de traer ingresos al hogar, incluso cuando el cabeza tiene menos de 40 años.

¹⁷⁰ De nuevo es necesario recordar que ahora he agrupado a los asalariados del año 1887 en el grupo «jorn-asal.»

¹⁷¹ También en el caso de Sabadell en 1890 Camps (1995: 170) presenta este momento como el más delicado del ciclo vital, con una menor relación activos/inactivos y con un menor ingreso per cápita.

Sin embargo, cuando el cabeza supera los 60 años esta situación se invierte, y son los hogares de los profesionales liberales los que más diversificadas tienen su participación laboral¹⁷², pero no creo que esto se deba a problemas debido a los bajos ingresos del cabeza de familia, cuando anteriormente han sido precisamente sus altos ingresos lo que les ha permitido una menor participación de los hijos.

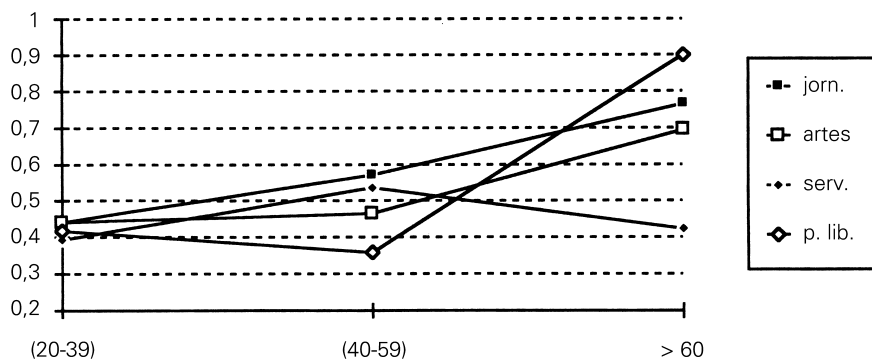
Como ya he señalado anteriormente, creo que los datos de 1930 son sumamente significativos, sobre todo en el caso de la población jornalera, para entender los efectos sociales de la industrialización de Pamplona. En este año asistimos a una mayor diversificación de las economías familiares, pero con diferencias claras entre las clases superiores y la población obrera.

Entre las familias jornaleras la complementariedad de los ingresos respecto al cabeza de familia es evidente desde los años de formación del hogar, ya que en este grupo, cuando el cabeza tiene menos de 40 años, más del 30% de la participación laboral es de parientes corresidentes, algo que tiene mucha relación con el aumento de la complejidad familiar, sobre todo en estos momentos del ciclo vital, y que obedece a la presencia en el hogar de parientes colaterales solteros, e incluso a la formación de hogares múltiples colaterales, todas ellas estrategias de solidaridad familiar en momentos de dificultades económicas. Esta importancia de la diversidad de ingresos en las familias obreras también ha sido comprobada para el caso de Sabadell de finales del siglo XIX (Camps, 1995: 171), sin embargo, las diferencias con Pamplona se deben sobre todo a la alta participación de las mujeres recién casadas en el trabajo fabril que se observa en Sabadell.

Entre los 40 y los 60 años se reduce la importancia de la participación laboral del cabeza en las familias jornaleras, pero ahora debido a un gran crecimiento de la participación de los hijos e hijas, de manera que los cabezas son menos de la mitad de los que en estas familias participan en el mercado laboral. Este aumento de la participación de hijos e hijas se da en todos los grupos sociales respecto al siglo XIX, pero con diferencias importantes. Las familias artesanas comparten con las jornaleras ese aumento, situando la participación de los cabezas en el 50%, mientras que entre los servicios no asalariados, y sobre todo en las profesiones liberales la participación de hijos e hijas es menor, siendo este último el grupo que más se acercaría al modelo del «breadwinner family», ya que en las familias del sector servicios no asalariado podría darse un subregistro de la participación de miembros de la familia en el negocio, sobre todo comercio u hostelería, familiar.

Es de nuevo en la edad superior a 60 años cuando aumenta la diversificación familiar, pero este aumento se da en los grupos que anteriormente más dependían de la participación del cabeza de familia, mientras que entre familias jornaleras o artesanas la situación es muy parecida a la de cuando el cabeza tiene entre 40 y 60 años.

¹⁷² Hay que tener en cuenta que este es el grupo más pequeño, y que, por lo tanto, el valor de la muestra, reducida a 10 familias, es menor, y más proclive a variaciones menos significativas.

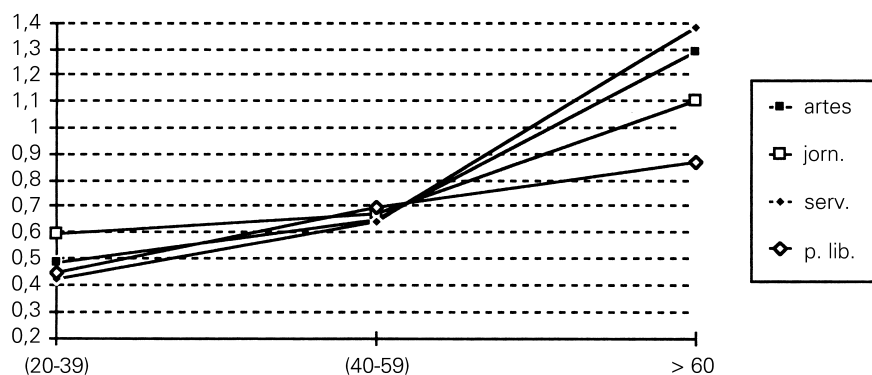


Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra del censo.

Gráfico V.6

Relación activos/pasivos en el mercado laboral dentro de cada hogar. 1887

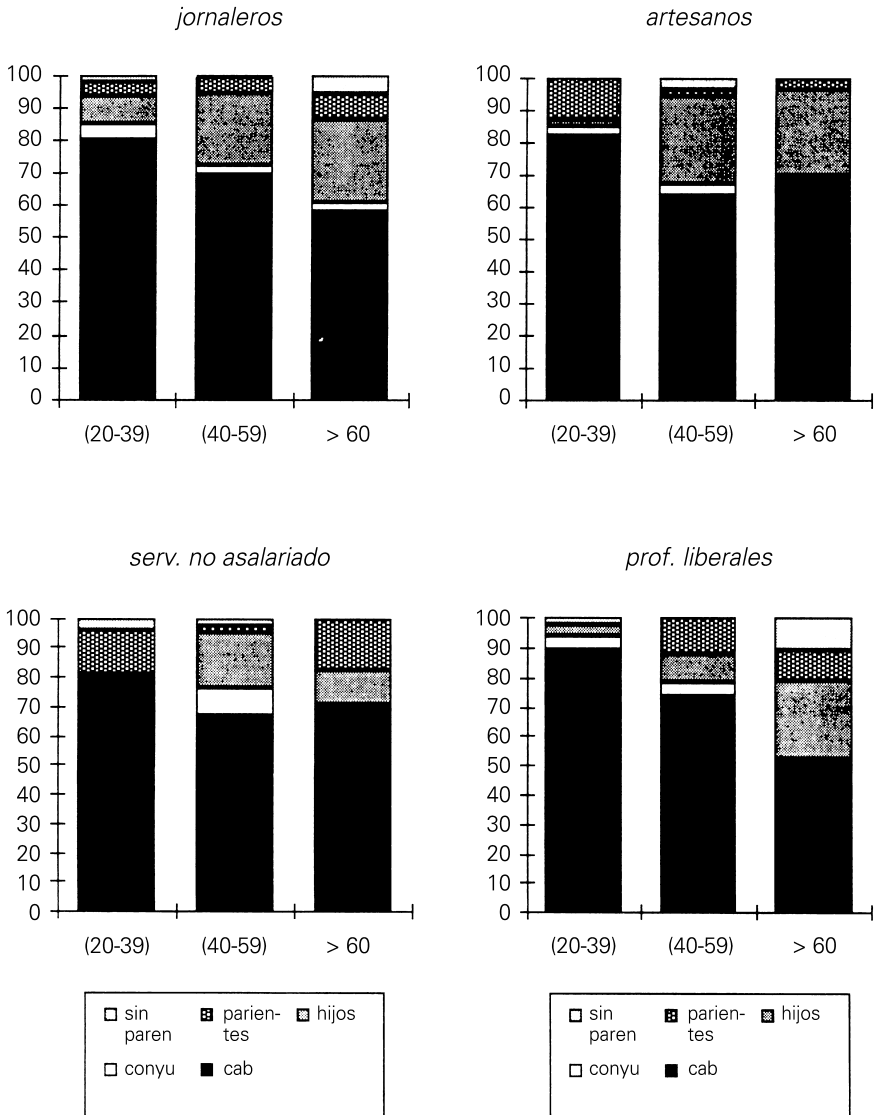
Esta progresiva diversificación de los ingresos en la familia obrera, y el papel creciente tomado por los hijos nos llevan de nuevo a coincidir con Camps cuando afirma, para el caso del Sabadell de finales del siglo XIX, de que en muchas regiones europeas se debe matizar la tendencia hacia la «male breadwinner family» señalada para el caso inglés. De hecho, los datos de esta ciudad catalana le llevan a afirmar que, a medida que avanza la edad de los padres «los hijos se convertían en la base de la economía doméstica» (1995: 171).



Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra del censo.

Gráfico V.7

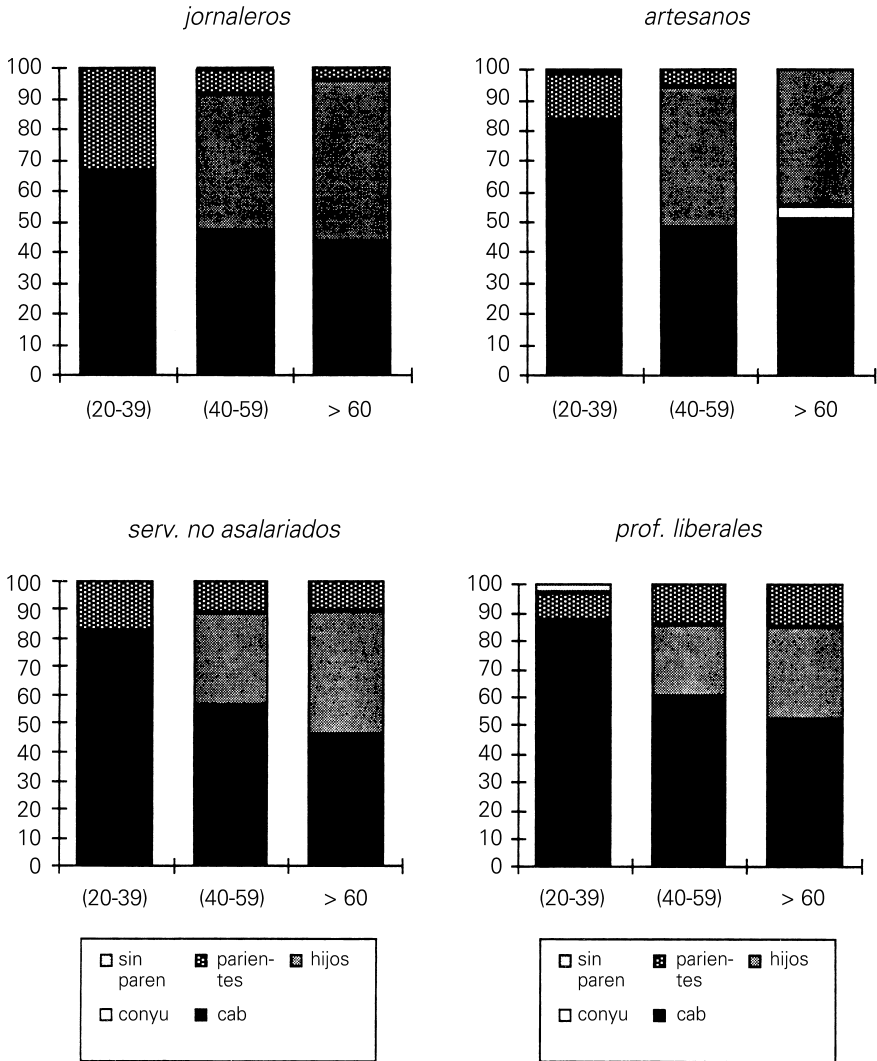
Relación activos/pasivos en el mercado laboral dentro de cada hogar. 1930



Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra del censo.

Gráfico V.8

Composición de la población activa en el mercado laboral dentro de los hogares de cada grupo social según la edad del cabeza de familia. 1887



Fuente: Elaboración propia a partir de la muestra del censo.

Gráficos V.9

Composición de la población activa en el mercado laboral dentro de los hogares de cada grupo social según la edad del cabeza de familia. 1930

V.4. ALGUNOS ELEMENTOS CLAVE EN LA COMPRESIÓN DE LAS ESTRATEGIAS FAMILIARES

Después de analizar relación entre miembros empleados en el mercado de trabajo y los no empleados en algunos de los principales grupos socio-profesionales más representativos, creo que podemos establecer algunos elementos fundamentales de las economías familiares a este respecto, tanto por su importancia durante todo el período como por su carácter clave en el cambio de economías preindustriales a las industriales. En concreto, me estoy refiriendo al descenso de la participación de las mujeres adultas en el mercado de trabajo, a la creciente importancia de los salarios aportados por hijos e hijas en la economía familiar, y al papel jugado por los miembros del hogar que no pertenecen al núcleo familiar. Estos tres elementos, que van a variar en función de los grupos sociales y de los diferentes momentos del ciclo familiar, son el objeto de este apartado, con el que voy a intentar plasmar de manera más concreta las principales características de las economías familiares que ya han sido apuntadas en este mismo capítulo.

V.4.1. Género y economías familiares: las mujeres adultas

En un capítulo anterior ya he analizado la composición del mercado de trabajo y su progresiva masculinización durante este período. De lo que se trata ahora es de conectar esas cifras globales con la realidad familiar, partiendo de la hipótesis, ya lanzada y confrontada por una profusa historiografía, de que la evolución del mercado de trabajo tiene una estrecha y dialéctica relación con las economías familiares.

En primer lugar voy a centrarme con mayor profundidad en el empleo de las mujeres adultas. Parece claro que su participación en el mercado de trabajo obedece a razones especiales, en las que las concepciones de género y la combinación en el seno del grupo familiar de las labores denominadas como productivas y reproductivas juegan un papel clave¹⁷³. En segundo lugar, voy a adentrarme en el complejo e importante campo de las relaciones entre el descenso de la fecundidad matrimonial y la participación femenina en el mercado de trabajo. En tercer lugar, intentaré acercarme en mayor profundidad a la realidad familiar de los principales grupos profesionales de mujeres adultas, analizando también el caso de las que acogían a huéspedes en el hogar.

¹⁷³ No se trata de negar la influencia de estos factores en el trabajo de las jóvenes o adolescentes solteras, pero sí creo que son dos aspectos diferentes, y por esa razón la participación de estas últimas la estudiaré en el mismo subapartado que la de los hijos solteros.

V.4.1.a. *Empleo de las mujeres adultas (cabezas de familia y cónyuges), y estrategias familiares*

No cabe duda de que el empleo del cabeza de familia y de su cónyuge podría significar en gran medida una de las piezas clave de los ingresos familiares, y también de la distribución de poder dentro del grupo familiar. También sabemos que en el caso de los hombres, el empleo era algo así como una constante desde la juventud hasta la vejez, sobre todo en el caso de los cabezas de familia. Por lo tanto, es en el caso de las mujeres donde encontramos cambios más significativos durante el período estudiado, cambios que van a tener que ver tanto con la realidad del mercado laboral como con las características demográficas de la población de Pamplona. En el cuadro V.17 podemos analizar la influencia del empleo de estas mujeres, de manera que podemos establecer una serie de conclusiones bastante claras, partiendo del hecho, ya analizado anteriormente, de que la progresiva masculinización del mercado de trabajo va a llevar a un descenso del empleo de mujeres adultas.

Por un lado, queda claro que las mujeres que encabezan un hogar son uno de los grupos de mujeres que más necesidad tenían de encontrar un empleo. De hecho, si analizamos la tasa de actividad según la situación en el grupo familiar, son las mujeres cabeza de familia las que tienen un mayor porcentaje de empleo. Como se puede apreciar, en el siglo xx la tasa de actividad de estas mujeres va a descender bastante, debido, seguramente, tanto a la masculinización global del mercado de trabajo, como a la diferencia entre estas mujeres en los diferentes momentos. Ya hemos analizado en otro capítulo que que en la sociedad preindustrial eran mucho más numerosos los hogares encabezados por mujeres viudas, debido a la mayor mortalidad. Esto se aprecia especialmente en el año de 1860, seguramente por los efectos de la epidemia de cólera de 1855. Están estas mujeres cabeza de familia en una edad más propicia, y seguramente con mayor necesidad, de encontrar un empleo que las del siglo xx. Estas últimas son mujeres de mayor edad, y, según los casos, con más posibilidad de encontrar ayuda familiar para salir adelante.

Cuadro V.17

Tasas de actividad de las mujeres cabezas de familia y cónyuges

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabezas	41,9	75,9	46,9	28,7	14,6
Cónyuges	3,8	3,3	5	7,2	0,5
Cónyuges(*)	24,2	21,1	17,1		

(*) Las mujeres esposas de campesinos cabeza de familia están consideradas como población activa.

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En el caso de las mujeres casadas se aprecia una tasa de actividad mucho menor, que sin embargo alcanza casi un 25% en el siglo XIX si realizamos la corrección ya explicada para las esposas de los campesinos cabezas de familia. Tanto el descenso del peso de la población agrícola como la masculinización general del mercado de trabajo van a traducirse en unos porcentajes de empleo casi ínfimos en 1930, dato este que, cuanto menos, estaría ocultando el trabajo informal de un porcentaje de mujeres casadas.

Si analizamos los sectores de empleo de las cabezas de familia, podemos apreciar una importante estabilidad, con matices, en todo el período. En efecto, las mujeres cabezas de familia con empleo se reparten sobre todo en cuatro sectores clave. Por un lado, encontramos una estabilidad de casi un tercio de estas mujeres en el sector servicios, en concreto en el comercio y la hostelería. El segundo sector en importancia parece ser el de las manufacturas textiles, si bien aquí podemos apreciar un descenso de importancia en el siglo XIX, lo cual no es señal, como vimos en un apartado anterior, de una pérdida de importancia del sector textil en el empleo femenino, sino que habrá que relacionarlo, como veremos posteriormente, con el cambio en la composición de edad de estas trabajadoras. En tercer lugar, tenemos a las lavanderas, en torno al 15%, de las mujeres cabezas de familia. Además, du-

Cuadro V.18

Profesión (en %) de las mujeres cabezas de familia activas en el mercado laboral

	1843	1860	1887	1910	1930
I	3,53	4,46	2,5	2,27	2,86
II. Construcción	1,18				
II. Otros	1,18	0,99	0,8	2,86	
II. Alimentación.	1,18	1,98	2,5		
II. Jornaleros	1,18	7,43	2,5	7,95	2,86
II. Metal	1,49				
II. Textil	20	29,7	10	13,6	11,4
III. Administración	1,18	2,86			
III. Comercio-hostelería	36,5	19,8	36	31,7	28,6
III. Enseñanza	0,99	3,41	11,4		
III. Medicina	2,35	2,86			
III. Otros	3,96	11	8,57		
III. Lavanderas	18,8	12,4	20	14,8	14,3
III. Propietarios	10,6	14,9	11	19,3	5,71
III. Sirvientes	1,18	1,98	2,5	5,68	5,71
III. Transporte	1,18				
III. Clero	0,8	2,27			
Muestra	85	202	119	88	35

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones (aparecen en negrita los porcentajes significativos).

rante el siglo XIX, y hasta 1910, nos aparece en torno a un 10% o 20% de mujeres cabezas de familia que son propietarias rentistas, una figura, que de acuerdo con las cifras, desciende notablemente en porcentaje hacia 1930. Por último, tenemos que señalar la importancia que cobra hacia 1930 una profesión que hasta entonces no había sido numéricamente relevante, la de las profesoras y maestras. A la hora de analizar el empleo de las esposas, tenemos que tener en cuenta tanto su participación en el mercado laboral como la del cabeza de familia, para intentar apreciar en qué grupos sociales es más común el empleo de las mujeres casadas. Para empezar, tenemos que decir que no hemos incluido las menos de 10 mujeres casadas que nos aparecen con empleo en la muestra de 1930, por pensar que tamaño tan pequeño carece de representatividad en la distribución profesional. Como se aprecia en el cuadro V.19, también en el caso de las mujeres casadas nos encontramos con una concentración en tres sectores claves, el del comercio y hostelería, el de las manufacturas textiles y el de las lavanderas, así como en otro sector, el de la agricultura, del que ya sabemos que había un subregistro generalizado en las fuentes.

A partir del cuadro V.20 podemos analizar en qué grupo social se concentraban las mujeres casadas activas en el mercado laboral. Aquí los datos

Cuadro V.19

Profesión (en %) de las mujeres esposas de cabeza de familia activas en el mercado laboral

	1843	1860	1887	1910
I.	31,8	4	8,1	9,6
II. Construcción				
II. Otros	8,1			
II. Alimentación.	4,5	4	2,7	1,9
II. Jornaleros	9,1	2,7	9,6	
II. Metal	1,9			
II. Textil	22,7	12	14	28,8
III. Administración				
III. Comercio-hostelería	13,6	72	24	25
III. Enseñanza	11	3,8		
III. Medicina	1,9			
III. Otros	4			
III. Lavanderas	9,1	19	11,5	
III. Propietarios	4,5	4	8,1	3,8
III. Sirvientes	4,5	2,7	1,9	
III. Transporte				
III. Clero				
Muestra	22	25	37	52

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones (aparecen en negrita los porcentajes significativos).

Cuadro V.20

Profesión (%) del cabeza de familia de las esposas activas en el mercado laboral

	1843	1860	1887	1910
I.	36,4	28	8,1	17,3
II. Construcción	8	2,7	7,7	
II. Otros	5,4	1,9		
II. Alimentación.	4,5	8	5,4	1,9
II. Jornaleros	9,1	22	23,1	
II. Metal	9,1	4	2,7	1,9
II. Textil	31,8	20	13,5	
III. Administración				
III. Comercio-hostelería	4,5	14	17,3	
III. Enseñanza	8,1			
III. Medicina				
III. Otros	8	5,4	7,7	
III. Lavanderas				
III. Propietarios	4	8,1	1,9	
III. Sirvientes	2,7			
III. Transporte	8			
III. Clero				
Sin profesión	4,5	12	16	5,8

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones (aparecen en negrita los porcentajes significativos).

también nos permiten establecer una línea general más o menos clara. Las mujeres casadas eran sobre todo miembros de familias con explotación familiar propia, como en el caso de los agricultores y el del comercio y hostelería, o mujeres de clase baja trabajadora, de familia jornalera.

En este momento se nos presenta la cuestión de analizar hasta qué punto hay una correlación clara entre el sector en que trabaja el cabeza de familia y el de la esposa. En este sentido, podríamos pensar de antemano que mujeres agricultoras y comerciantes trabajaban en el mismo sector del cabeza de familia. Sin embargo, los datos con los que contamos no nos permiten hacer esa afirmación con rotundidad. Los cuadros recogidos en el apéndice V.1 nos muestran una disparidad muy grande, que, unida a la pérdida de representatividad de los datos a medida que desciende el tamaño de la muestra, nos hacen avanzar con bastante precaución. Parece que es lógico pensar que en esas explotaciones familiares se combinara el trabajo de los diferentes miembros. En el caso de los hogares artesanos, también vemos que pudiera darse la combinación del taller artesanal con algún tipo de comercio familiar del que se encargara la esposa, o bien, como veremos más adelante, la acogida de huéspedes. A este respecto, Erdozain y Mikelarena (1998) ya han señalado, para la Pamplona de finales del siglo XVIII, que los hogares de artesanos eran unos de

los más propicios a albergar huéspedes. Por el contrario, podemos pensar que las mujeres empleadas con un salario, como algunas lavanderas, podían ser esposas de trabajadores que también trabajaban por cuenta ajena.

Además, el hecho de que veamos que un 20% de las mujeres casadas con empleo sean esposas de un jornalero sin cualificar no nos demuestra que en ese grupo social el empleo de las esposas sea una práctica especial, ya que también es un grupo más numeroso dentro del conjunto de los trabajadores.

Así pues, parece claro que no se pueden sacar conclusiones definitivas ni debidamente probadas sobre el empleo de las esposas como estrategia clara de ningún grupo profesional, excepto en el caso de las esposas de los labradores, en los que ya hemos señalado que parece clara e indiscutible su participación en tareas que reportaban ingresos monetarios, tanto en las faenas agrícolas como en la comercialización de ese tipo de productos. Por lo demás, los datos apuntan que el empleo de las esposas fue una estrategia minoritaria en el siglo XIX, y mucho más minoritaria en 1930. Nos queda, sin embargo, la obligación de preguntarnos hasta qué punto estamos ante un subregistro significativo del empleo femenino.

De todos modos, se podría pensar que ese subregistro más bien afectaría a la participación en la explotación económica familiar, en el caso de familias campesinas, artesanales o comerciantes, y a actividades ocasionales en tareas de servicio doméstico a domicilio y de trabajo textil en el propio hogar. Estos son los principales ejemplos que nos aparecen en la autobiografía ya citada de Josefina Guerendian.

V.4.1.b. *Empleo femenino, nupcialidad y descenso de la fecundidad*

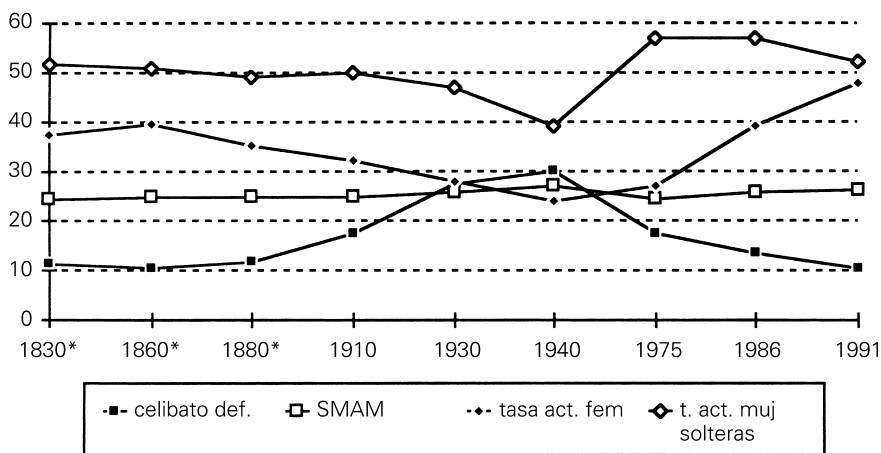
Si bien hasta ahora nos hemos centrado en el análisis de la actividad en el mercado laboral de los diferentes miembros de la familia según el sexo, la edad o el estado civil, ahora voy a intentar evaluar la importancia de dos nuevos factores relacionados con la formación de las nuevas familias, esto es, la nupcialidad femenina, y con la reproducción de esas familias, es decir, la evolución de la fecundidad matrimonial, para lo cual me basaré sobre todo, como en un capítulo anterior, en los datos demográficos proporcionados por Sánchez Barricarte (1998).

Ya ha quedado claro que los dos componentes de la nupcialidad, la edad media de acceso al matrimonio y el celibato definitivo, experimentan un aumento considerable durante el período estudiado, con el consiguiente resultado de una restricción y un retraso importante de la nupcialidad hasta mediados del siglo XX, señal esta del colapso económico de la ciudad, incluso en momentos de crecimiento como en los años 20, y de los problemas de sus habitantes, que encuentran muchas dificultades para formar un nuevo hogar, algo que está muy relacionado con el crecimiento de los porcentajes de familias complejas. Como se puede apreciar en el gráfico V.10, esta restricción de la nupcialidad en los inicios de la industrialización de Pamplona a principios

del siglo XX contrasta con su intensificación en los tiempos de un desarrollo económico más fuerte en la década de los años sesenta y primeros setenta.

Es pues en este marco de restricción de la nupcialidad donde debemos entender el descenso en el empleo femenino y la masculinización del mercado laboral, con lo que nos encontramos con algunas preguntas importantes. ¿Qué relación existe entre la nupcialidad y el empleo femenino? ¿Da facilidades en el mercado laboral a las mujeres el retraso en la edad de acceso al matrimonio? A mi modo de ver, el gráfico V.10 no nos muestra una relación mecánica entre estos dos componentes. Dicho de otra manera, el descenso en la nupcialidad no se corresponde siempre con un aumento de la actividad laboral femenina. Esto se aprecia claramente a principios del siglo XX, cuando el descenso de la nupcialidad, motivado a su vez por las dificultades económicas de las familias, es paralelo a un descenso de la tasa de actividad de todas las mujeres.

A finales del franquismo, en cambio, en el momento más intenso de la industrialización, encontramos una baja tasa de actividad femenina que coincide con una nupcialidad muy intensa, pero tampoco en este momento se puede establecer una relación mecánica, ya que en esta coyuntura de intensa nupcialidad están aumentando ligeramente las tasas de actividad de las mujeres casadas (cuadro V.21).



SMAM: Edad media de acceso al matrimonio para las mujeres.

Fuentes: SMAM y celibato: Sánchez Barricarte, 1998. tasas de actividad: elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones (para las tasas de actividad, 1830 es 1843 y 1880 es 1887)

(*) Las esposas de cabezas de familia campesinos están consideradas como activas.

Grafico V.10

Tasas de actividad y nupcialidad femeninas

Durante los últimos veinte años, sin embargo, sí se aprecia una relación más estrecha entre estos dos comportamientos, ya que el aumento de la participación femenina se da a la vez que las restricciones de la nupcialidad. Sin embargo, tampoco en este caso la relación es mecánica, ya que el aumento en la tasa de actividad femenina no se da entre las mujeres solteras, cuya participación en el mercado laboral desciende, sino entre las casadas. La razón de esto es que la restricción de la nupcialidad femenina tiene más relación con el incrementar las posibilidades de conseguir un empleo y alargar la formación que con alargar la vida laboral. Una vez que se ha conseguido el puesto de trabajo, esas mujeres han demostrado una tendencia a mantenerse en el mercado laboral también después de formar un nuevo hogar, rompiendo con el rol exclusivo de «madre y ama de casa» que se les asignaba desde los inicios de la industrialización. Parece claro, por lo tanto, que tan importante como la interrelación de estas variables demográficas es la influencia de valores de género sobre el papel ideal de hombres y mujeres.

El caso de la interrelación entre empleo femenino y fecundidad matrimonial tampoco presenta una respuesta fácil, y ha sido fuente de una fuerte polémica historiográfica, que ha trascendido el campo académico al ser abordado en el diseño de políticas sociales. Szeter (1996) y Janssens (1997) han subrayado el carácter complejo de estas interrelaciones, ya que, aunque de manera general se puede afirmar que las mujeres con empleo fuera del hogar tienen una fecundidad más baja que las que no lo tienen, no está clara la relación causal entre ambos comportamientos. ¿Es la fecundidad baja una consecuencia del empleo? ¿Es, por el contrario, esa fecundidad baja un factor que facilita y favorece la participación en el mercado laboral? Al estudiar el descenso de la fecundidad legítima en Gran Bretaña, Szeter subraya la importancia de las percepciones subjetivas de las familias sobre valores como paternidad y maternidad, así como las percepciones sobre costes y beneficios a la hora de tener nuevos hijos, y no cabe duda de que dentro de esos factores también se incluye la influencia del empleo femenino.

Para estudiar estas interrelaciones de manera global en el caso de Pamplona he confeccionado el cuadro V.21, en el que aparecen los datos de empleo femenino junto con los principales indicadores de fecundidad proporcionados por Sánchez Barricarte. Según los indicadores I^g e IN_{rm} entre la segunda y tercera década del siglo se aprecia un descenso definitivo de la fecundidad matrimonial, aunque más adelante seamos testigos de lo que algunos han llamado una segunda transición demográfica. Ese descenso de la fecundidad no va a suponer, de todos modos, un descenso del número de hijos e hijas que viven en el hogar. El descenso de la mortalidad infantil (Anaut, 1997) nos explica que el indicador $IN_{rm} * 15$, que indica el número medio de hijos por mujer casada que sobrevive hasta los 15 años, es decir, los hijos e hijas que van a tener que cuidar las madres sobre todo, no baja como consecuencia de la transición demográfica.

Además, ese descenso de la fecundidad no va a ser uniforme, y a finales del franquismo todavía va a volver a ascender el número medio de hijos por mujer casada, esta vez sobre todo debido a la intensificación de la nupcialidad. Una vez entrados en la transición política de los últimos veinte años, sin embargo, el descenso de la fecundidad va a ser claro y muy pronunciado.

Cuadro V.21

Número de hijos e hijas y tasas de actividad femenina

	INrm	INrm#15	T. act. muj. casadas	T. act. muj.	I'g	Ig (Esp.)
1786	4,27	1,95			590	
1803	4,47	2,04			634	
1830(43)	3,88	1,91	23,4*	37,4*	551	
1860	4,41	2,31	20,9*	39,7*	614	654
1880(7)	4,15	2,31	20,4*	35,2*	577	650
1910	4,72	3,2	7,83	32,1	685	623
1930	3,46	2,69	1,85	27,8	543	540
1940	3,14	2,49	1,7	24,1	551	464
1960	2,84	2,69		31,4	522	403
1975	3,36	3,27	9,3	26,8	448	365
1986	1,55	1,53	27,6	39	237	282
1991(6)	1,54	1,52	44	47,9	228	

(*) Las esposas de campesinos cabezas de familia están clasificadas como activas.

INrm: Índice Navarro de reproducción marital. Número medio de hijos e hijas por cada mujer casada.

INrm#15: Número medio de hijos e hijas que sobreviven hasta los 15 años de edad por cada mujer casada

Fuente: INrm, INrm#15 y I'g: Sánchez Barricarte, 1998. Ig (España): Reher, 1996. Otros datos: elaboración propia a partir de censos y padrones (muestras hasta 1930).

Si ponemos en relación esta evolución de la fecundidad con la el empleo femenino en Pamplona, tenemos que empezar remarcando que el inicio de la transición demográfica, del descenso de la fecundidad, se da en un momento, el de las primeras décadas del siglo XX, de descenso de la participación de las mujeres adultas en las actividades laborales remuneradas, viéndose relegadas al ámbito doméstico, al cuidado del hogar y de la familia. En este momento se está produciendo un cambio en lo que Szreter llama las percepciones sociales sobre los valores de la maternidad y paternidad, con el reforzamiento del discurso de la domesticidad femenina al que antes hemos hecho referencia. Por lo tanto, en el caso de la capital navarra, no se puede decir que en los inicios de la transición demográfica, a principios de siglo, el descenso de la fecundidad matrimonial traiga consigo un aumento de oportunidades labora-

les para las mujeres casadas, sino lo contrario, ya que esa reducción de la fecundidad se da de manera paralela a un reforzamiento del discurso de la domesticidad femenina y a un descenso de la actividad laboral remunerada en el caso de las mujeres.

Una vez que entramos en el período franquista esos valores de género no hacen sino reforzarse, en unos momentos en los que la reducción de la fecundidad no ha supuesto un descenso del número de hijos por hogar. A finales del franquismo se vuelve a dar un aumento del número de hijos por hogar, a la vez que se dan unas muy bajas tasas de actividad femenina en el mercado laboral, aunque también aquí hay que hacer algunas matizaciones importantes, ya que justo en estos momentos del baby boom es cuando las tasas de actividad de las familias casadas empiezan claramente a aumentar, alcanzando los niveles de principios de siglo. De nuevo apreciamos la complejidad de las relaciones entre fecundidad y empleo femenino, y de nuevo tenemos que mencionar los valores y percepciones sociales como clave al entender esta evolución.

En los años de la democracia parlamentaria, de todos modos, coinciden de manera clara el descenso de la fecundidad y el aumento de la tasa de actividad de las mujeres casadas, pero no de manera paralela, ya que mientras el descenso de la fecundidad casi se estanca a partir de 1986 el aumento de la tasa de actividad sigue aumentando de manera clara. En este sentido, son muy interesantes las conclusiones que Solsona (1993) extrae de la encuesta sobre fecundidad del Instituto Nacional de Estadística, poniendo de relieve la importancia del cambio de mentalidad y valores para entender la interrelación entre fecundidad y empleo femenino, ya que cada vez más mujeres tienen la conciencia de la posibilidad de compatibilizar la maternidad y la vida laboral remunerada, un cambio de valores que también se da, aunque de manera más lenta, entre la población masculina. No cabe duda de que, en este sentido, los nuevos valores de género que ha ido impulsando en la segunda mitad de este siglo el movimiento y la cultura feminista han sido imprescindibles para que se de ese cambio en los modelos de feminidad y maternidad.

Como se puede apreciar a través de este repaso comparado a la fecundidad y el empleo femenino, no se pueden establecer modelos mecánicos de interrelación, ya que tanto la coyuntura económica, la posición social de la familia como los valores sociales de género tienen una gran importancia, algo que se puede apreciar en el caso de Pamplona tanto durante los inicios de la transición de la fecundidad a principios de siglo XX, paralela a un descenso de la actividad laboral remunerada de las mujeres, como durante los años del baby boom y los de la transición política postfranquista.

V.4.1.c. *La presencia de huéspedes en los hogares*

Acoger huéspedes en el hogar ha sido una de las posibilidades que algunas familias han escogido en diferentes momentos históricos para completar

sus ingresos económicos, una estrategia basada fundamentalmente en el trabajo femenino, de mujeres casadas, considerado generalmente dentro del sector informal de la economía, debido a su ausencia de las estadísticas oficiales de empleo. A pesar de esta cierta invisibilidad, diferentes investigaciones históricas han puesto de manifiesto la importancia de esta estrategia durante la industrialización en diferentes ámbitos geográficos y económicos¹⁷⁴.

En el caso de la Pamplona de finales del Antiguo Régimen, Erdozáin y Mikelarena (1998) han demostrado la importancia de esta estrategia para una parte significativa de las familias, de manera que un 13,7% de los hogares albergaban huéspedes en 1786. Sin embargo, tal y como se aprecia en el cuadro V.22, esta práctica va a perder importancia durante el siglo XIX a medida que avanza la industrialización. Antes de entrar en el comentario de los datos concretos de los que disponemos creo que es necesario hacer una consideración metodológica sobre ellos. Ante todo, es necesario reparar en el notable contraste entre los datos de fines del siglo XVIII proporcionados por Erdozáin y Mikelarena y los de los siglos XIX y XX. Lo pronunciado del descenso en la importancia de los huéspedes nos hace preguntarnos por la manera en que éstos quedaban recogidos en censos y padrones, y a este respecto, de nuevo tenemos que hacer referencia a los problemas del padrón de 1843, en el que dentro del considerable conjunto de individuos calificados como sin parentesco con el cabeza de familia podría haber un porcentaje significativo de huéspedes, que, dadas las características del padrón, es muy difícil diferenciar. Por otro lado, quizás también en los años posteriores parte de la población que aparece sin parentesco con el cabeza de familia podría ser calificada como huésped, pero esto es algo que no puede ser afirmado con rotundidad, ante la ausencia de informaciones cualitativas que nos hablen de una extensión generalizada de esta estrategia, como ocurría en el caso vizcaíno.

Ante estas dificultades, he optado por analizar únicamente los huéspedes que aparecen como tal en los padrones de 1887 y 1930, para tratar de averiguar en qué grupos sociales esta estrategia tiene más importancia. De todos modos, lo reducido de la muestra analizada hace muy difícil, debido a la pérdida de representatividad, un análisis pormenorizado de los hogares con huéspedes en relación con el ciclo vital y la presencia de hijos o hijas, parientes o sirvientes domésticos dentro del hogar. En este sentido, la ausencia de una industrialización rápida e intensa, como ocurrió en el caso de Vizcaya, parece ser la clave de la poca importancia de este comportamiento. Además, la importancia de las redes familiares en los procesos migratorios, que ya han sido señalados anteriormente, y la corta distancia en que la mayoría de estos movimientos migratorios se desarrollaban, posibilitarían que jó-

¹⁷⁴ Entre otros, son de referencia obligada al respecto los estudios de Hareven (1982), Anderson (1971), Horrell y Oxley (1999). En el caso de la industrialización vasca, la importancia de esta estrategia ha quedado clara tanto en la zona minera vizcaína (Pérez-Fuentes, 1993) como en la margen izquierda de la ría del Nervión (Abad, 1999)

venes solteros que en otros lugares recurrirían al hospedaje para alojarse en la ciudad, acudieran en este caso a casas de familiares.

Hechas estas precisiones, podemos ver, a través del cuadro V.22, que el porcentaje de hogares con huéspedes desciende claramente entre 1786 y 1887, y se mantiene relativamente estable, dentro de esos bajos niveles, entre 1887 y 1930. Por otro lado, los datos de este cuadro dejan de manifiesto la diversidad de situaciones que se observan en los hogares que acogen huéspedes. A finales del Antiguo Régimen, acoger huéspedes no era una estrategia adoptada por los sectores más desfavorecidos de la sociedad, sino que era más común en los hogares de eclesiásticos, artesanos y profesionales liberales, y en menor medida entre jornaleros y funcionarios. Parece claro, por lo tanto, que para poder acoger huéspedes eran necesarias unas posibilidades mínimas que, por lo que se deriva de los datos de Erdozáin y Mikelarena, hacían esta estrategia menos corriente entre las familias jornaleras. De hecho, era en hogares encabezados por artesanos donde residían el 40% de los huéspedes.

Cuadro V.22

Porcentaje, y número real analizado, de hogares con huéspedes dentro de cada grupo social.

	1786		1887		1930	
	%	(N.º muestra)	%	(N.º muestra)	%	(N.º muestra)
I. Labradores	6,5	(34)	0			
II. Jornaleros	11,4	(12)	1,74	(3)	1,41	(2)
II. Artesanos	15,5	(146)	4,69	(6)	0,63	(1)
II. Artesanos (jorn.)	1,56	(2)				
III. Servicios	2,59	(6)	1,36	(4)		
III. Prof. liberales	16	(42)	0	0		
III. Funcionarios	11,1	(19)				
III. Oropietarios	17,3	(13)				
Sin profesión	2,13	(4)	2,19	(7)		
Total hogares	13,7	(378)	1,87	(21)	1,36	(14)

Fuente: Para 1786, Erdozáin y Mikelarena (1998: 56), el resto, elaboración propia.

Respecto a los datos de 1887 y 1930, tenemos que remarcar en primer lugar que la diversidad sigue presente, con lo cual no podemos atribuir esta estrategia a un grupo social concreto. Además, tenemos que volver a remarcar que el escaso número de la muestra analizada nos hace ser cautos sobre la representatividad de los datos obtenidos, que, de nuevo, creo que

deben tomarse más como tendencias que como cifras exactas. Dentro de estas tendencias, creo que parece apreciarse un significativo cambio en la estrategia de acoger huéspedes. Si en la sociedad del Antiguo Régimen eran grupos con posición social asentada quienes tenían mayor tendencia a acoger huéspedes, en 1887 se aprecian ya algunos cambios, desapareciendo estos huéspedes de los hogares de profesionales liberales, y apareciendo en hogares en los que el cabeza de familia no tiene profesión. De todos modos, todavía se encuentra una mayor tendencia entre artesanos y sector servicios a acoger huéspedes que entre las clases familias jornaleras o artesanales asalariadas.

Para 1930 parece que la práctica de acoger huéspedes pierde también peso en las familias de clase media, siendo ya las familias jornaleras las que más tendencia tienen a acoger huéspedes, dentro de una tendencia general que nos indica el descenso general de este tipo de práctica. De todos modos, como aparece en los cuadros del apartado V.3, hay que señalar que dentro del sector servicios esta práctica tiene mayor peso en hogares encabezados por mujeres.

Por lo tanto, y en líneas generales, tenemos que decir que la práctica del pupilaje tiende a perder importancia en Pamplona entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XX. Además, paralelo a este descenso está una transformación de su consideración social, ya que de ser una estrategia preindustrial ejercitada por familias de clase media y alta, pasa progresivamente a ser más practicada por las familias de clase obrera. Como indican los datos de 1887, este tránsito se hace de manera muy lenta, desapareciendo en el siglo XIX los huéspedes de los hogares de clase más alta, pero manteniendo mayores porcentajes entre artesanos no asalariados que entre asalariados y jornaleros.

V.4.1.d. *Tres comportamientos y evoluciones diferentes*

Vistas estas tendencias generales en el empleo de mujeres adultas, creo que es significativo y muy esclarecedor acercarse a la realidad concreta de tres de los grupos profesionales más representativos de mujeres adultas, el de las lavanderas, el de las trabajadoras del textil y el del sector del comercio y la hostelería. Vamos a intentar explicar las estrategias familiares en las que se enmarca ese empleo, fijándonos para ello en las características de los hogares en los que viven, y en la posición que ocupan esas mujeres en los hogares. Para ello, la información de la muestra es de gran valor, pero tiene el inconveniente de la pérdida de representatividad de los datos en la medida que desciende el tamaño del grupo a analizar. Por ello, y también por los consabidos problemas de posible subregistro del empleo femenino, creo que es mucho mejor fijarse en características y tendencias generales que en los datos exactos de cada año y grupo profesional. Estos datos aparecen en los cuadros, pero a la hora de comentarlos considero que una explicación general de esas características y tendencias es mucho más rica y útil.

d.1. Trabajadoras del textil

Las labores textiles has sido uno de esos subsectores en los que no ha sido raro encontrar mujeres contratadas, sin que esto quiera decir que podamos establecer ninguna definición de este trabajo como femenino. Como algunos historiadores han puesto de manifiesto, diferentes condicionantes culturales, de género, económicos o sociales han provocado que diferentes trabajos textiles puedan ser socialmente considerados como femeninos o masculinos, o de una etnia determinada según el momento histórico (Green, 1996).

En la Pamplona del siglo XIX, como en muchas otras ciudades preindustriales, el trabajo textil tenía una importancia considerable en la estructura económica de la ciudad, empleando en 1843 al 16,4% de la población activa, mientras que al final del período estudiado va a descender al 7,4% de la población activa. Esta pérdida de importancia relativa no puede hacernos pensar en un sector en decadencia. Al contrario, a pesar de que el sector textil no es de ningún modo uno de los dinamizadores de la vida económica de la ciudad, el número absoluto de trabajadores se triplica, pasando a dar trabajo a más de 500 mujeres, a la vez que experimenta cambios importantes en su organización.

A mediados del siglo XIX encontramos este sector organizado en pequeños talleres, sin tener más noticias de trabajo industrial que dos nuevas fábricas de lencería de la que habla Madoz (1845-50), y el trabajo textil en la Casa de Misericordia, más relacionado con prácticas disciplinarias para la población empobrecida que con cambios económicos. A finales del siglo XIX, en 1885, ya encontramos testimonios de la Comisión Provincial de Reformas Sociales en las que se lamenta el trabajo de costureras y planchadoras en algunos talleres¹⁷⁵, y para 1903 contamos con un cuestionario de la Comisión de Reformas Sociales, en el que podemos observar que el 45% de las mujeres registradas trabajan en dos fábricas con más de 50 trabajadores (*Hnos. López*, con 62 trabajadoras, e *Hijos de Galvete*, con 76), y el 31% en talleres con menos de 4 trabajadores. Es verdad que el mayor subregistro de talleres pequeños y trabajo a domicilio, constatable en relación a las cifras de los censos rebajaría seguramente el porcentaje de trabajadoras en talleres grandes o fábricas, pero no cabe duda de que estos datos nos están señalando cambios importantes en la manera de organizar el trabajo, con un aumento de talleres medianos e incluso alguna fábrica, y con la consiguiente proletarianización de muchas trabajadoras.

De todos modos, no podemos olvidar que una parte importante de este trabajo se seguiría realizando de manera individual en los hogares, lo que se ha venido a llamar el trabajo a domicilio, que no desaparece con la industrialización. Al contrario, como han puesto de manifiesto diferentes estudios, el

¹⁷⁵ Reformas Sociales, V, 203

trabajo textil industrial se combina muchas veces con el trabajo a domicilio, que supone para los empresarios una mano de obra flexible, según las conveniencias del mercado. En la Pamplona de principios de siglo, Josefina Guerendiain nos da varios ejemplos de mujeres casadas que realizan labores textiles a domicilio, como su madre, que al quedarse embarazada, «y debido a los mareos dejó de trabajar en la fonda. Cambió de oficio. Sin salir de casa, se dedicó a coser morrales y botones a las guerreras de los soldados de la guerra europea del 14» (Guerendiain, 1996, 22).

En este contexto de cambio interno en el subsector textil observamos un aumento porcentual de la presencia femenina, que pasa del 21,1% en 1843 al 43,3% en 1930, en un proceso de feminización que continúa hasta hoy en día; a la vez, se aprecia una diversificación progresiva del empleo femenino, que a mediados del siglo XIX estaba recogido sobre todo como «costurera», mientras que en el primer tercio del XX se diversifica combinándose con calificaciones como modista, alpargatera... En este período, el trabajo textil pasa de constituir el 8,2% en 1843 al 11,2% de las mujeres con empleo remunerado en 1930.

Estos son algunos de las características y cambios que en líneas generales podemos encontrar en el sector textiles, pero, ¿qué sabemos de las trabajadoras? ¿a edades trabajaban? ¿en el marco de qué estrategias económicas y/o familiares debemos entender ese trabajo? Para intentar contestar estas preguntas vamos a centrarnos en el estudio de la edad, el estado civil y la situación familiar de estas mujeres, y ver en qué medida éstas cambian en el inicio del proceso de industrialización capitalista.

Cuadro V.23

Edad agrupada de las trabajadoras del textil (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
<30	56,15	21,49	64,3	69	72,22
30-49	28,08	57	32,3	21,36	26,2
>49	15,78	21,52	3,5	9,71	1,64

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.24

Estado civil de trabajadoras del textil (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solteras	63,2	49,4	71,4	76,7	95,1
Casadas	14	2,53	14,3	14,6	1,64
Viudas	22,8	48,1	14,3	8,74	3,28

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones

Cuadro V.25

Relación con el cabeza de familia de las trabajadoras del textil (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza	29,8	75,9	21,4	11,7	6,6
Cónyuge	8,8	2,5	8,9	14,6	1,6
Hijas	22,8	6,3	57,1	58,3	80,3
Parientes	12,3	7,6	7,1	11,7	8,2
Sin parentesco	25,3	3,8	3,6	3,9	3,3

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.26

Estructura de los hogares de las trabajadoras del textil (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solitario (I)	5,3	43	8,9	4,8	4,9
Sin núcleo familiar (II)	26,3	21,5	1,8	3,9	
Nuclear (III)	26,6	4,8	42,9	39,9	42,7
Nuclear encab por viuda (IIIId)	26	23	25	31	36
Complejo (IV-V)	15,8	7,6	21,4	20,4	16,4

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.27

Número de componentes de los hogares de las trabajadoras del textil (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
1-2	36,9	64,5	21,4	13,6	8,2
3-5	43,9	30,5	48,2	48,5	52,5
>5	19,2	5	30,4	37,9	39,3

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

En primer lugar, al referirnos a la edad de estas trabajadoras, tenemos que decir que en 1843 y 1887 más de la mitad de ellas son menores de 30 años y un 15% mayores de 50. Estos porcentajes varían en 1860, con un aumento importante de las mujeres adultas y un descenso de las jóvenes. Con estos datos podemos deducir que el trabajo de las mujeres en el sector textil se realizaba a todas las edades, pero con un porcentaje mayor de menores de 30 años, algo que cambiaría en los tiempos de dificultades económicas o sanitarias, al verse empujadas muchas mujeres adultas al trabajo remunerado. Esta hipótesis parece verse corroborada por los datos sobre el estado civil de las trabajadoras del sector (cuadro V.24), en el que las solteras son mayoritarias en 1843 y 1887, y prácticamente igualadas a las viudas en 1860.

Cuadro V.28

Situaciones más representativas de relación con el cabeza de familia y estructura de hogar. (% del total de trabajadoras del textil. Sólo aparecen porcentajes superiores al 10%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solitario		42			
Cab. en hogar sin núcleo fam.	12	15			
Viuda cab. de hogar nuclear	11	16			
Hijas en hogar nuclear (III d)	14		18	26	34
Hijas en hogar nuclear			27	25	38
Cónyuge en hogar nuclear				12	
Sin parentesco en h. nuclear	20				

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones

Esta disparidad de situaciones que encontramos a mediados del siglo XIX, y que nos hace difícil establecer un perfil general de trabajadoras del textil, se simplifica mucho en el primer tercio del siglo XX. Tanto los datos de edad como de estado civil nos muestran una tendencia que se puede intuir en 1887, es clara en 1910 y está ya asentada en 1930; para entonces el trabajo textil femenino queda en manos de mujeres solteras casi en su totalidad y menores de 30 años en el 75% de los casos. De esta manera, prácticamente desaparecen tanto la diversidad de edades en el sector como la presencia de mujeres viudas y casadas, que en 1910 todavía representaban un 14,6% de las trabajadoras.

Esta información general, no obstante, debe matizarse. En los años centrales del siglo XIX volvemos a encontrarnos una diferencia entre el año 1843 y 1860, pero de ambos podemos sacar algunas conclusiones sobre el tipo de hogar y la posición que ocupan en él las trabajadoras del textil. Los datos de 1843 vuelven a hablarnos de pluralidad de situaciones familiares, ya que ninguna de los posibles grados de relación con el cabeza de familia es mayoritario en este año, destacando con un 29% las cabezas de familia, y un porcentaje importante, que desaparecerá más adelante, de personas sin parentesco, que podemos pensar que serían en parte mano de obra extrafamiliar, o domésticos. Esa pluralidad se repite en la estructura de los hogares, en la que los nucleares son mayoritarios, pero en menor medida que en el conjunto de la población, y con un muy importante porcentaje de hogares en los que conviven personas, familiares o no, que no forman un núcleo familiar.

Por otro lado, hay que subrayar la importancia de hogares pequeños en número de componentes, con un 36,9% de hogares de 1 o 2 componentes en 1843 y un 64,5% en 1860, mientras que los hogares con más de 5 miembros no pasan del 20% en 1843. Esta disparidad de situaciones se vuelve a observar en el cuadro V.28, en el que no encontramos ninguna situación mayoritaria.

Respecto al año 1860, queda claro ese aumento del trabajo de viudas, que se traduce en un mayor porcentaje de cabezas de familias de hogares solitarios.

Con todo esto, tenemos que volver a concluir que es difícil establecer un perfil definido de las costureras de mediados del siglo XIX, aunque queda claro que es un grupo de mujeres entre las que abundan las viudas con hijos y las hijas de viudas, así como mujeres solitarias, que no viven en núcleo familiar, o que, viviendo en uno, no tienen relación de parentesco aparente con sus miembros. En coyunturas difíciles, como parece ser la de 1860, podemos pensar que aumenta entre ellas el porcentaje de mujeres viudas solitarias. Son pues, mujeres que viven con cierta independencia, a menudo conviviendo entre ellas, en hogares pequeños, y con un porcentaje importante de cabezas de familia.

Ya a finales del siglo XIX, y sobre todo a principios de siglo, sin embargo, la situación cambia bastante, como ya ha quedado patente en los cuadros relativos a la edad y al estado civil. Como es lógico, el predominio de mujeres jóvenes y solteras tiene su reflejo en las estructuras familiares y la relación con el cabeza de familia. En 1910 ya podemos ver que casi el 60% de las trabajadoras figuran como hijas en las hojas familiares del censo, porcentaje que asciende al 80% en 1930, año en el que prácticamente desaparecen los cónyuges, y descienden también las parientes, las cabezas de familia y las trabajadoras sin parentesco con el cabeza de familia.

Paralelamente, descienden en importancia los hogares sin núcleo familiar, con lo que casi el 80% de las trabajadoras viven en hogares nucleares y un porcentaje mucho menor pero relevante en hogares complejos. Es lógico, por lo tanto, que descienda de manera tan clara el porcentaje de hogares con uno o dos miembros, que de representar uno o dos tercios de los hogares en el siglo XIX pasan a menos del 10% en 1930, con un aumento evidente de hogares con más de 5 miembros. Respecto a la posición que ocupan en sus hogares, vemos claramente en el cuadro V.28, que son mayoría las hijas de hogares nucleares (no sólo de los encabezados por viudas, sino también de otros tipos de hogares nucleares).

Queda claro con estos datos que el papel de las mujeres del textil cambia de manera muy importante en el primer momento de la industrialización de Pamplona, el primer tercio del siglo XX, siendo la mayoría de ellas mujeres jóvenes y solteras que no se han casado y que viven como hijas en casa de sus padres o de su madre viuda.

La explicación de este cambio no es fácil, sobre todo si nos quedamos en estos datos. Hay que tener en cuenta que a principios del siglo XX se produce en Pamplona una restricción importante de la nupcialidad, con un aumento en la edad media de acceso al matrimonio (Barricarte, 1998). Al analizar la posición del total de trabajadores y trabajadoras con respecto al cabeza de familia, ya hemos visto que los hijos e hijas aumentan claramente su porcentaje en estas primeras décadas del siglo. No nos hallamos, pues, ante un simple cambio

en un sector concreto, sino ante una profesión, la de las trabajadoras del textil, inmersa en unas estrategias familiares no muy diferentes a primera vista de las de la mayoría de las clases populares de Pamplona.

d.2. Lavanderas

Bajar a los lavaderos junto al río para lavar diferentes ropas o sábanas era un trabajo imprescindible en una sociedad sin agua corriente en las casas, y que las familias que podían permitírselo encargaban a las lavanderas profesionales, siendo estas en su totalidad mujeres.

En Pamplona, distintos lavaderos se situaban a las orillas del río Arga, y podemos afirmar que a mediados de siglo XIX trabajaban en ellos unas 100 o 130 mujeres, un 2% de la población activa de Pamplona, y un 5% de las mujeres con empleo. A principios del siglo XX este oficio empieza a entrar en decadencia con la llegada de agua corriente a las viviendas, y si en 1910 todavía podemos contabilizar unas 120, en 1930 el número desciende a 40.

Algunas de estas trabajadoras trabajaban de forma autónoma, mientras que otras trabajaban a cambio de un jornal para los regidores del lavadero (Equipo de investigación de IPES elkartea, 1998) o para otra lavandera. Josefina Guerendiain nos cuenta cómo su madre pasó de asalariada a trabajar por su cuenta: «*Trabajaba ocho horas, cuatro a la mañana y cuatro a la tarde. (...) Poco a poco se fue haciendo con una buena clientela y se dio cuenta de que podía trabajar para ella misma*» (Guerendiain, 1996, 23). En su esta misma autobiografía vemos cómo muchas veces los y las familiares de la lavandera le ayudaban en su trabajo, bien repartiendo por las casas la ropa lavada, como hacía Josefina Guerendiain, bien ayudándole a subir los cestos de ropa desde el río a Pamplona, como hacía su marido.

Al analizar las estrategias familiares en las que se enmarca este trabajo voy a seguir los mismos pasos que con las trabajadoras del textil, a la vez que hacemos una comparación entre estos dos grupos de mujeres y sus familias.

Cuadro V.29

Edad agrupada de las lavanderas (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
<30	41,2	11,54	24,3	21,75	20
30-49	29,36	46,19	31,1	30,4	20
>49	29,4	38,49	44,6	47,8	60

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.30

Estado civil de las lavanderas (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solteras	44,1	11,5	33,3	21,7	20
Casadas	14,7	7,69	17,8	21,7	0
Viudas	41,2	80,8	48,9	56,5	80

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.31

Relación con el cabeza de familia de las lavanderas (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza	47,1	88,5	53,3	56,5	80
Cónyuge	5,9	0	15,6	26,1	
Hijas	20,6	7,7	17,8	13	20
Parientes	14,7	3,8	6,7		
Ssin parentesco	11,7	0	6,7	4,4	

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.32

Estructura de los hogares de las lavanderas (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solitario (I)	5,9	19,2	6,7	21,7	20
Sin núcleo familiar (II)	17,6	3,8	15,6	13	
Nuclear (III)	11,8	4,2	22,1	30	
Nuclear encab por viuda (IIIId)	50	65	49	22,2	60
Complejo (IV-V)	14,7	7,7	6,6	13,1	20

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.33

Número de componentes de los hogares de las lavanderas (%)

	1843	1860	1887	1910	1930
1-2	44,1	69,2	51,1	39,1	20
3-5	47	23,1	42,2	39,1	80
>5	8,9	7,7	6,7	21,8	0

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.34

Situaciones más representativas de relación con el cabeza de familia y estructura de hogar. (% del total de lavanderas. Sólo aparecen porcentajes superiores al 10%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solitario		19		17	20
Cab. en hogar sin núcleo fam.				13	
Par. en hogar sin núcleo fam.	12				
Viuda cab. de hogar nuclear	29	58	40	22	40
Hijas en hogar nuclear (IIIId)	21				20
Cónyuge en hogar nuclear				13	

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Como podemos ver en el cuadro V.29, a mediados del siglo XIX encontramos lavanderas en todos los grupos de edades, con un 60% de mayores de 30 años en 1843, y un porcentaje todavía mayor en 1860. Esta diversidad de edades es todavía mayor que la que tienen las costureras en estos años, ya que en estas últimas el porcentaje de menores de 30 años es superior al de las lavanderas. Es lógico pues que en los datos sobre estado civil observemos un menor porcentaje de solteras que entre las costureras, a pesar de que constituyen el 44% de las lavanderas en 1843. Queda clara la presencia mayoritaria de viudas, sobre todo en 1860, año en que observamos un comportamiento parecido al de las costureras, y que pienso que se podría deber a esas dificultades coyunturales.

Aunque ya se puede apreciar en parte con los datos de 1887, es a principios de siglo XX¹⁷⁶ cuando podemos ver una diferencia clara entre costureras y lavanderas. En estas últimas la distribución por edades no varía de manera significativa, manteniéndose en 1910 una presencia importante de lavanderas en todos los grupos de edad con mayor porcentaje de mujeres adultas. En cuanto al estado civil, las viudas representan la mitad de las trabajadoras, mientras que entre solteras y casadas ocupan de manera equitativa el resto. Como se ve, la situación es intermedia entre la de 1843 y la de 1860, pero estas variaciones en ningún caso nos están hablando de un cambio importante de tendencia. Hasta que desaparecen, las lavanderas siguen siendo mujeres de todas las edades y estados civiles, con un mayor peso de adultas que de jóvenes; con mayor porcentaje de viudas que de solteras y casadas.

¹⁷⁶ Las conclusiones de principios del siglo XX sobre las lavanderas van a estar basadas en los datos de 1910, por el mayor nivel de error posible en las muestras muy pequeñas como la de 1930, aunque pienso que los datos de este año valen como comprobación de ciertas tendencias generales.

En este aspecto son dos las diferencias que encontramos entre los dos grupos laborales. Por un lado, parece que el oficio de lavanderas ha sido tanto en el siglo XIX como en el XX menos juvenil y propio de solteras que el de las costureras. Por otro lado, el desarrollo industrial y urbanístico que la ciudad tiene a principios de siglo no va a eliminar en las lavanderas esa diversidad de edades y estados civiles que ambas profesiones comparten en el siglo XIX, como ocurre con las trabajadoras del textil.

Entrando a analizar la estructura y características de los hogares de estas mujeres, vemos que la mitad o más de estas lavanderas eran, en el siglo XIX, cabezas de familia, mientras que el resto se repartían entre cónyuges, hijas, parientes corresidentes y otras sin parentesco aparente con el cabeza de familia. En cuanto a la estructura de los hogares en los que vivían, vemos que el más frecuente era el nuclear encabezado por una viuda, con porcentajes importantes, según los años, de hogares solitarios, sin núcleo familiar, nucleares o hogares complejos. Estamos, por lo tanto también ante una diversidad de hogares, entre los que sobresalen los nucleares encabezados por viudas.

Otra característica de estos hogares es su reducido tamaño (cuadro V.33), ya que alrededor de la mitad de ellos están formados por una o dos personas, y menos del 10% tienen más de 5 personas. Como podemos ver, en este sentido, a pesar de los mayores porcentajes de hogares de una o dos personas, la realidad no es muy diferente de la de los hogares de las trabajadoras del textil.

Descendiendo a los detalles proporcionados por el cuadro V.34, podemos ver que las situaciones más comunes en el siglo XIX son las de viudas con hijos cabezas de hogares nucleares, sobre todo en 1860, las hijas de hogares encabezados por viudas, en 1843, y las mujeres solitarias en 1860.

El comienzo de siglo, como ya se ha visto para los datos de edad y el estado civil, no va a producir un cambio importante de tendencia. Vemos que en 1910 las cabezas de familia siguen siendo más de la mitad de las trabajadoras, con el aumento de quienes son cónyuges, que llegan ahora a una cuarta parte de las lavanderas. Los hogares nucleares siguen siendo los mayoritarios, pero ahora no son sólo los encabezados por viudas sino también otros tipos de hogares nucleares, a la vez que se mantienen importantes porcentajes de hogares solitarios, sin núcleo familiar y complejos. En cuanto al tamaño de los hogares, no es una situación muy diferente de la de mediados del XIX, aunque ha aumentado el porcentaje de hogares con más de 5 miembros.

Fruto de esta diversidad es el hecho de que no encontremos en 1910 una posición familiar hegemónica, siendo los grupos más importantes las mujeres que viven en hogares solitarios, las cabezas de hogares sin núcleo familiar, las viudas con hijos o hijas y las cónyuges en hogares nucleares. De hecho, el cambio de tendencia más notable que podemos observar a principios de siglo es que el oficio de lavanderas se circunscribe menos a los hogares

nucleares de viudas con hijos e hijas para crecer el porcentaje de otras realidades familiares.

Esta continuidad con las estrategias preindustriales, que es más continuidad en la diversidad que en un perfil o estrategia familiar concreta, choca con el cambio en estructuras y posición dentro del hogar de las trabajadoras del textil, que aparecen de manera abrumadora y casi excluyente en 1930 como hijas en hogares nucleares. Tanto la posición dentro del hogar como la estructura de este es mucho más variado en el caso de las lavanderas que entre las costureras y trabajadoras del textil en general.

Queda claro, por lo tanto, que en el caso de las lavanderas el inicio de la industrialización no va a provocar cambios importantes en las estructuras familiares, continuando siendo un oficio de mujeres de todas las edades y situaciones familiares, la mitad de ellas cabezas e hijas de hogares nucleares encabezados por mujeres viudas y la otra mitad con diferentes grados de parentesco en otros tipos de hogares. Al contrario que en el caso de las costureras, esa diversidad se acrecienta en 1910, antes de que el oficio entre en franca decadencia.

Esa decadencia es la razón de la menor representatividad de los datos de 1930, pero creo que queda claro que estos datos dejan clara la continuidad en la diversidad que ha estado presente hasta principios de siglo. En realidad, el gran cambio que va a provocar la industrialización y la urbanización, con la llegada de agua corriente a los hogares, no va a ser la renovación de las estrategias familiares de las trabajadoras del sector, sino la desaparición del oficio.

d.3. El comercio y la hostelería

Si hasta ahora nos hemos centrado en dos oficios que van a ser profundamente influenciados por el proceso industrial, uno por el cambio de estrategias económicas de sus trabajadoras y otro por la decadencia y desaparición del oficio, ahora vamos a centrarnos en el otro sector que proporcionaba empleo a una buena parte de las mujeres de Pamplona, el sector servicios, y dentro de él al comercio y la hostelería.

La distribución profesional interna de este sector es algo más difícil de analizar con datos concretos, ya que los datos de la muestra pierden representatividad en grupos pequeños. De todos modos, la relación de profesiones concretas nos hace ver que en este sector encontramos situaciones tan diversas como las aguadoras, vendedoras ambulantes, mujeres con comercio propio o familiar, dependientes en comercios ajenos, camareras, taberneras, hospederas...

Si tuviéramos que escoger una definición para la evolución de las estrategias familiares en las que se encuentra el empleo de estas trabajadoras, no cabe duda de que la palabra sería continuidad en la diversidad.

En relación con la edad, el cuadro V.35 nos deja claro que no existe una edad que englobe a la mayoría de trabajadoras del comercio y la hostelería, sino que en todo el período encontramos diversidad de edades, con una presencia muy importante, en torno al 40%, de mujeres con más de 50 años. La misma idea de continuidad en la diversidad nos aparece al analizar su estado civil, aunque aquí sí que hay que señalar que la mayoría de viudas que nos aparece en el siglo XIX tiende a decrecer en el XX, a la vez que aumenta el porcentaje de solteras. De todos modos, no encontramos aquí la mayoría aplastante de trabajadoras solteras que aparece en el sector textil.

Esta mayoría de viudas en el siglo XIX nos explica la mayor presencia de cabezas de familia, una mayor presencia que tiende a descender a la vez que aumenta el porcentaje de hijas y parientes corresidentes. Si comparamos la presencia de cónyuges del cabeza de familia entre estas trabajadoras con las lavanderas y costureras vemos que este es el sector en el que más presencia de cónyuges hay. Sin duda alguna, la existencia de comercios familiares, y la ya antes mencionada coexistencia de talleres y tiendas familiares es el factor clave de esta mayor presencia.

Los hogares en los que viven estas mujeres también son bastante diversos, tanto en el tamaño como en la estructura. De todos modos, podemos establecer unas pequeñas diferencias entre el siglo XIX, en el que predominan los hogares nucleares encabezados por una viuda y en el que hay una presencia importante de hogares sin núcleo familiar, y los comienzos del siglo XX, en el que si bien los hogares nucleares encabezados por viudas siguen siendo numerosos, comparten su hegemonía con los hogares complejos y los nucleares. Esto también se refleja en el tamaño de los hogares; está claro que se mantiene la diversidad, pero también que aumentan los hogares más numerosos. Prueba de esta continuidad en la diversidad es el cuadro V.40, en el que vemos que en el siglo XX la situación en el hogar es todavía más diversa que en el XIX.

De todas estas variables podemos sacar algunas conclusiones que nos acercan a la realidad familiar de estas mujeres. Parece claro que las estrategias familiares en las que se enmarca el empleo de las mujeres del comercio y la hostelería en el siglo XIX tienen mucho que ver con los de las lavanderas, y en menor medida, con los de las artesanas del textil. Vemos una gran diversidad de situaciones, en las que abundan los hogares pequeños y encabezados por mujeres viudas. A medida que avanza el proceso industrializador, sin embargo, las características de los tres empleos van a coger direcciones muy diferentes, mientras que el oficio de lavanderas casi desaparece, el del textil va a quedar concentrado en mujeres jóvenes y solteras que viven como hijas en un hogar nuclear, más numeroso que el de las trabajadoras del siglo XIX. Por el contrario, el de las trabajadoras del sector servicios va a mantener en gran medida la diversidad del siglo XIX, aunque también es verdad que aparecen algunos pequeños rasgos de evolución hacia el modelo de las costureras.

Cuadro V.35

Edad agrupada de las mujeres en comercio/hostelería(%)

	1843	1860	1887	1910	1930
<30	23,5	11,4	3,4	30	20
30-49	38,3	42,7	51,7	31,4	35
>49	38,2	45,9	44,9	38,6	45

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.**Cuadro V.36**

Estado civil de las mujeres en comercio/hostelería(%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solteras	21,3	34,4	15	38,6	45
Casadas	14,9	4,9	20	25,7	15
Viudas	63,8	60,7	65	35,7	40

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.**Cuadro V.37**

Relación con el cabeza de familia de las mujeres en comercio/hostelería(%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Cabeza	66	65,6	71,7	38,6	50
Cónyuge	6,4	29,5	15	18,6	5
Hijas	10,6	1,6	5	22,9	25
Parientes	6,7	14,3	15		
Sin parentesco	14,9	3,3	1,7	1,4	5

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.**Cuadro V.38**

Estructura de los hogares de las mujeres en comercio/hostelería(%)

	1843	1860	1887	1910	1930	
Solitario (I)		4,3	9,8	11,7	2,9	10
Sin núcleo familiar (II)		27,7	11,5	20	14,3	10
Nuclear (III)		12,9	31,4	24,7	43	20
Nuclear encab por viuda (IIIId)		36	26	32	17	25
Complejo (IV-V)		19,1	21,3	11,7	22,8	35

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones.

Cuadro V.39

Número de componentes de los hogares de las mujeres en comercio/hostelería(%)

	1843	1860	1887	1910	1930
1-2	27,7	29,5	33,4	22,9	25
3-5	48,9	39,3	45	38,6	40
>5	23,4	31,2	21,6	38,5	35

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones

Cuadro V.40

Situaciones más representativas de relación con el cabeza de familia y estructura de hogar. (% del total de mujeres en comercio/hostelería. Sólo aparecen porcentajes superiores al 10%)

	1843	1860	1887	1910	1930
Solitario	10	12	17	10	
Cab. en hogar sin núcleo fam.	17	13	10		
Ppar. en hogar sin núcleo fam.					
Viuda cab. de hogar nuclear	32	25	30	11	15
Hijas en hogar nuclear (IIIId)	13				
Hijas en hogar nuclear	10				
Cónyuge en hogar nuclear	21	12	13		

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras citadas de censos y padrones

V.4.2. El empleo de hijos e hijas

Como ha quedado de manifiesto, el empleo de hijos e hijas en el mercado laboral crece en importancia a medida que avanza el desarrollo industrial, pero en este aspecto creo que debemos ser especialmente cautos con los datos obtenidos, no tanto por la información que nos dan sobre el empleo como por la que nos pueden ocultar. Así, tanto en las economías preindustriales de mediados del siglo XIX como a principios del siglo XX podríamos encontrar una amplia participación de hijos e hijas en actividades productivas dentro de los hogares con explotación económica propia, algo que no aparece reflejado debidamente en las hojas familiares de censos y padrones. En torno a 1930 encontramos señales de esta participación en la autobiografía de J. Guerendiain, en la que nos cuenta cómo ella ayudaba a repartir la ropa que su madre, ya lavandera por cuenta propia, lavaba en el río: «Yo entregaba por las casas la ropa que mi madre lavaba y planchaba» (1996: 43). Aunque este tipo de trabajos no fueran una participación en el mercado laboral, sí que significaban un modo de participación en la unidad económica familiar.

Por otro lado, también debemos pensar que las aportaciones de hijos e hijas jugarían un papel importante en las economías de las familiares asalariadas, tal y como se desprende también de esta autobiografía, en la que Josefina cuenta que las chicas de su edad, 12 años en 1930, «*siempre andaban de niñas y podía jugar poco con ellas*» (1996: 44). Este tipo de informaciones también nos aparece en la autobiografía para la segunda mitad del siglo XIX, referida a la abuela de la protagonista:

«Con sólo ocho años acarreamos el agua de puerta en puerta, pues todavía no existía el agua corriente. Mi abuelo pagaba por la educación de su hija, pero ella no iba a la escuela, pues además de acarrear el agua hacía de niñera de los tres hijos de su tía. (Guerendiain, 1996, 17).»

Se trata de informaciones que no podemos ignorar, y que nos están hablando de una importante participación informal desde la infancia en actividades remuneradas o en labores internas de las familias con explotación económica propia. De todos modos, el hecho de que parte de esta información no apareciera recogida en los censos no nos debe hacer despreciar la información que en ellos se recoge, y que vamos a analizar gracias a los cuadros V.41 y V.42. donde nos aparecen las tasas de actividad de hijos e hijas según la edad, el sexo y la profesión del cabeza de familia. En realidad estos datos no van a hacer sino confirmarnos las tendencias ya comentadas sobre el tipo de hogares que recurren al empleo de los hijos e hijas, pero pienso que el estudio específico de la edad y el sexo nos aporta una interesante información complementaria.

Los datos de los hogares preindustriales de 1887 nos señalan, para empezar, una importante diferencia entre el empleo de hijos e hijas, ya que las tasas de actividad son bastante menores en el caso de las hijas que de los hijos. De todos modos, tanto en un caso como en otro queda claro cuáles son los tipos de hogares que más tendencia tienen al empleo de hijos e hijas. Nos referimos por un lado a los labradores no jornaleros, que como luego veremos, dan empleo a sus hijos como labradores en la explotación familiar, y por otro a los sectores más bajos de la escala social, los hogares de jornaleros, de cabezas de familia sin empleo y los encabezados por mujeres empleadas en la artesanía o en los servicios¹⁷⁷. Por el contrario, los hogares encabezados por profesiones liberales, artesanos o trabajadores de servicios no asalariados presentan tasas más bajas, que pueden obedecer a causas diferentes. Algunos de ellos pueden estar estudiando, mientras que otros pueden estar trabajando en la explotación económica familiar, sin aparecer con empleo en el censo.

¹⁷⁷ La mayor tendencia de las familias obreras a colocar a sus hijos e hijas en el mercado laboral ha sido también constatada en el estudio que para diferentes barrios de Leeds a mediados del siglo XIX ha realizado Yasumoto (1990).

Cuadro V.41

Tasas de actividad de hijos e hijas en 1887 según la profesión del cabeza de familia

	I labr. (no jorn.)	II jorn.	II art. (no jorn.)	III serv. (no jorn.)	III prof. lib.	III muj.	Sin prof.	Total
<i>Hijos</i>								
10-19	50	37,5	33,5	15	6,45	50	44,4	31,2
20-29	100	66,7	53,7	62,5	60	63,6	77,8	66,7
<i>Hijas</i>								
10-19	11,1	11,9	9,4	10,5	0	14,8	12,1	9,9
20-29	33,3	14,3	0	0	0	46,2	20,5	16,3

Los números romanos hacen referencia a los sectores económicos.

Fuente: elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro V.42

Tasas de actividad de hijos e hijas en 1930 según la profesión del cabeza de familia

	II jorn.	II art. (no jorn.)	III serv. (no jorn.)	III prof. lib.	III muj.	Sin prof.	Total
<i>Hijos</i>							
10-19	55,9	56,1	27,8	23,5	33,3	58	45,9
20-29	96,6	96,3	100	63,6	84,2	87,7	87,4
<i>Hijas</i>							
10-19	15,3	12,5	23,8	25	7,55	18,5	14,7
20-29	39,4	33,3	40	22,2	25,9	32,9	32,1

Los números romanos hacen referencia a los sectores económicos.

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Los datos de 1930 no presentan cambios en la diferencia entre grupos sociales, siendo los hijos e hijas de profesiones liberales y «empleados» los que menos participación tienen en el mercado laboral, y los de las clases trabajadoras los que mayor participación registran, aunque también haya que añadir el caso del sector servicios no asalariado.

De todos modos, sí que encontramos una diferencia importante entre la situación de este año y la de 1887, ya que tanto entre los hijos como entre las hijas ha aumentado la tasa de actividad en los dos grupos de edades. Esto po-

dría estar en contradicción con la idea de que el desarrollo industrial y el avance de la escolarización restaran valor económico a los hijos e hijas y de esa manera se favoreciera un descenso de la fecundidad. Sin embargo, creo que es razonable mantener la hipótesis de que este aumento de tasas de actividad en hijos e hijas representa sobre todo una diversificación y formalización de esos empleos juveniles, y no el que fuera una novedad el hecho de su contribución económica a la familia.

Como ya hemos señalado anteriormente, después de conocer estas tendencias generales queremos profundizar en otro aspecto del empleo de hijos e hijas. Se trata de saber hasta qué punto podemos encontrar una continuidad entre los sectores de empleo del cabeza de familia y los de los hijos. Estos datos aparecen recogidos en el apéndice V.2, y voy a comentar ahora los más significativos. Si bien a la hora de hacer el análisis cuantitativo he separado los hijos de las hijas, creo que el descenso en los números de la muestra en el caso de estas últimas nos lleva a centrarnos más en los datos masculinos como más representativos.

En los hogares de 1887, vemos que entre los labradores no jornaleros la gran mayoría de hijos trabajan también en la agricultura, sobre todo en las explotaciones familiares. Entre los labradores jornaleros también vemos que casi todos ellos tienen el cabeza de familia como labrador jornalero, con lo que parece claro que existe una continuidad generacional importante en la dedicación a tareas agrícolas. Algo parecido, aunque de manera un poco más matizada, nos encontramos en el sector secundario, tanto entre los que son jornaleros sin cualificar como en los artesanos de oficio, hombres o mujeres. En todos estos casos, más de la mitad de los hijos con empleo lo hacen en tareas artesanales. Por último, dentro del sector servicios también entre los hijos de un cabeza de determinado subsector son el grupo más numeroso los que siguen en él, pero ahora ya sin superar el 50%, sobre todo en las profesiones liberales. Vemos por lo tanto que la continuidad generacional en el empleo es bastante importante, y parece que puede establecerse una graduación entre el sector primario, con una gran continuidad, el secundario, con una continuidad mayoritaria pero menos absoluta, y el terciario, donde el grado de continuidad no alcanza a la mayoría de los hijos con empleo.

En 1930 las tendencias generales son parecidas, si bien el descenso de peso del sector primario nos hace centrarnos en los otros dos sectores. En el secundario, se ve que dos tercios de los hijos de artesanos de oficio siguen en este grupo, mientras que los hijos de los jornaleros sin cualificar se dividen a partes iguales entre la profesión del cabeza de familia y los artesanos de oficio. Parece pues que es más probable que los hijos de jornaleros adquieran una cualificación que el hecho de que los hijos de artesanos trabajen como jornaleros sin cualificar. En el sector servicios, por su parte, también encontramos una importante continuidad generacional, menor que en el sector secundario; de todos modos, se trata de una continuidad que

tiene que ver más con la pertenencia al sector servicios que con la estricta continuidad profesional.

V.4.3. El empleo de parientes corresidentes

Ya he señalado anteriormente algunas de las constantes y diferencias sociales en cuanto a la aportación de los parientes corresidentes en las economías familiares a través de la participación en el mercado laboral, a pesar de que sabemos que esas aportaciones también se harían por medio de otro tipo de actividades y trabajos no remunerados¹⁷⁸. Sin duda alguna, sería intere-

Cuadro V. 43

Tasas de actividad de los parientes corresidentes según la profesión del cabeza de familia (datos más representativos), 1887-1930

	1887		1930	
	Tas. act.	Muestra	Tas. act.	Muestra
Sector I				
Labradores	43,2	37	47,4	19
Labradores jorn.	14,3	14		
Sector II				
Artesanos	27,3	44	37,5	56
Artesanos jorn.	33,3	18		
Jornaleros	34,2	38	52	75
Artesanas muj.				
Sector III				
Prof. liberales	23,8	42	38,7	31
Asalariados servicios	26,7	15	25	36
Empleados	25	12	26,1	46
Mujeres	46,2	13		
No asalariados	24,4	45	30,2	53
Sin profesión	27,5	51	28	107
Total	28,8	361	34,5	455
Parientes hombres	51	143	67,4	190
Parientes mujeres	14,2	218	10,9	265

Los números romanos hacen referencia a los sectores económicos.

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

¹⁷⁸ Un ejemplo muy claro lo proporciona Anderson (1971) en el caso del Lancashire de 1851, donde el trabajo que realizan las parientes más mayores cuidando de los hijos e hijas más pequeños es fundamental para permitir la participación de las mujeres casadas en el mercado laboral.

sante hacer un análisis detallado sobre el grado de participación concreta según el sexo, la edad y la profesión de los cabezas de familia y los propios parientes, pero la heterogeneidad de las situaciones y la pérdida de representatividad de la muestra a medida que hacemos más subdivisiones me ha llevado a renunciar a esta labor.

Ante esas dificultades, he optado por hacer un análisis de las tasas de actividad de los parientes en los grupos profesionales más significativos, obteniendo unos resultados que en gran medida son complementarios a los del apartado V.3. En primer lugar, empezando por los datos globales que aparecen al final del cuadro V.43, podemos observar que la tasa de actividad de los parientes corresidentes aumenta ligeramente desde 1887 a 1930, pasando de un 28,8% a un 34,5%, lo cual nos vuelve a poner de manifiesto la progresiva diversificación de las economías familiares a medida que avanza la industrialización. De todos modos, esta tendencia general tiene dos caras contrapuestas, ya que mientras aumenta considerablemente la tasa de actividad de los parientes varones, desciende también considerablemente la de las mujeres, en consonancia con las tendencias ya señaladas de masculinización del mercado de trabajo.

Respecto a las diferencias sociales, también se encuentran diferencias entre los datos de 1887 y 1930. Así, en el momento preindustrial son los labradores no jornaleros los que cuentan con una mayor aportación económica de los parientes, así como las mujeres del sector servicio. Un segundo grupo lo constituyen los artesanos asalariados y jornaleros, y un tercero el resto. De todos modos, podemos pensar que en hogares con explotación económica propia, como talleres o comercios, parientes que no aparecen con profesión podrían estar trabajando en el mismo.

Si analizamos la situación de 1930, vemos que los inicios de la industrialización han provocado algunos cambios importantes, sobre todo, de nuevo, en el caso de las familias obreras, ya que dentro de las que tienen como cabeza un jornalero no cualificado es donde encontramos una mayor tasa de actividad de estos parientes, una transformación en estrecha relación con las tendencias ya apuntadas de diversificación de las economías familiares obreras y con el aumento de familias complejas entre este grupo social. Estos datos concuerdan con lo apuntado en el capítulo IV sobre la complejidad en las familias obreras, más ligada a la horizontalidad y a la imposibilidad de independizarse en momentos de formación del ciclo vital familiar que a acoger en casa a familiares sin participación en el mercado laboral.

De todos modos, los datos del cuadro V.43 demuestran que esta estrategia no es exclusiva de las familias encabezadas por un jornalero, ya que la tasa de actividad de los parientes corresidentes aumenta en casi todos los grupos sociales, manteniéndose muy alta, cercana al 50% en el caso de los labradores, y también, en menor medida, en el de los artesanos y profesiones liberales. Sobre este último grupo ya hemos visto en el apar-

tado V.3 que la participación de los parientes en el mercado laboral se daba sobre todo en los momentos más tardíos del ciclo vital del cabeza de familia, con prácticas de complejidad más ligadas a la verticalidad que a la horizontalidad.

V.5. LOS HOGARES SIN INGRESOS DECLARADOS, UN ACERCAMIENTO A LA FEMINIZACIÓN DE LA POBREZA

No es el objetivo central de este trabajo el hacer un análisis exhaustivo de la pobreza en la sociedad pamplonesa. Realizar un estudio de ese tipo requeriría adentrarse en otro tipo de fuentes, pero de todos modos, creo que un estudio sobre las estrategias económicas de las familias no puede dejar de lado la dolorosa amenaza y realidad de la pobreza.

En su ya clásica investigación sobre Florencia, S. Woolf pone de manifiesto tanto la dificultad de definir la pobreza como la de estudiar su realidad¹⁷⁹. Seguramente, y especialmente en un tema así, resulta muy difícil desde la lejana realidad del investigador comprender el significado de vivir bajo el límite de subsistencia, dependiente tanto de múltiples maneras de lograr ingresos, a veces ilegalmente, como de los complementos proporcionados por la beneficencia. Ya he señalado anteriormente, siguiendo a Woolf en su concepción dinámica de la pobreza, que parte importante de la población de Pamplona vivía bajo esta realidad, o con la amenaza de llegar a ella, algo que también ha señalado Camps (1995) para las familias trabajadoras de Sabadell o Anderson (1971) para las de Lancashire¹⁸⁰.

La pobreza era, y es, por lo tanto, no sólo una bolsa en la que vive permanentemente un grupo de personas, sino una situación en la que mucha gente puede entrar dependiendo de diferentes factores, como el paro, el precio de la vivienda, la muerte de un familiar, o un considerable número de hijos. Mucha de esta gente podía tener una ocupación más o menos estable, por lo que es difícil localizarla en las lista de población con la que estamos trabajando. Sin duda alguna, otro tipo de fuentes como las listas municipales de pobres, los archivos de las instituciones de beneficencia, o la documentación penal y carcelaria representan una fuente de información mucho más completa, a pesar de sus limitaciones, en las que se puede ver que en muchos

¹⁷⁹ Un ejemplo de estudio sobre los cambios en la percepción de la pobreza en las ciudades europeas preindustriales es el de Cavallo (1991).

¹⁸⁰ También en el caso de Turín en la segunda mitad del siglo XVIII se puede observar que quienes recurrían a las instituciones benéficas no eran un grupo marginal dentro de la sociedad, sino una parte importante de los artesanos (Cavallo, 1991: 171).

casos, la actividad laboral no es garantía de ausencia de pobreza¹⁸¹. En este sentido, creo que la expresión de «economía de la improvisación», aplicada por Hufon a los pobres del siglo XVIII sería bastante acertada para una parte de los pobres de Pamplona.

Sin embargo, lo que sí es bastante más claro es que la ausencia de profesión declarada era en muchos casos señal de pobreza. Aunque no podemos descartar que las familias que aparentemente no tienen ningún miembro empleado en el mercado laboral tuviera alguna fuente de ingresos, parece evidente que la gran mayoría de ellas vivía en una situación difícil, dependiente tanto de ayudas familiares como de las instituciones benéficas¹⁸². Es por eso que hemos decidido profundizar en la realidad de las personas que viven en familias sin miembros empleados en el mercado laboral, no como un estudio exhaustivo de la pobreza en Pamplona, sino como una primera aproximación que puede y debe ser completada con otros enfoques investigadores. Para paliar parte de los defectos que puede tener este enfoque, en lo relativo a que aparezcan familias que sin tener miembros con empleo disfruten de una situación acomodada, no he incluido en el grupo a analizar a aquellas familias que sin tener miembros empleados tengan sirvientes domésticos, algo que puede ser signo, sin duda, de una mejor posición social, y de la existencia de algún tipo de ingresos, quizás rentas, que permitieran pagar a estos sirvientes.

Empezaremos, por lo tanto, con un análisis detallado de esos hogares. Antes de ello, sin embargo, tenemos que recordar que, debido a las razones ya expuestas al principio de este capítulo, nos centraremos en los datos de 1887 y 1930, utilizando los de 1843 para evaluar el peso de este tipo de hogares, pero no para adentrarnos en su estructura interna.

En primer lugar, hay que decir que el porcentaje de personas que vive en hogares sin ingresos declarados se mantiene bastante estable entre 1843 y 1930, entre un 4 y un 6% de los y las pamploneses, según el cuadro V.44. Este porcentaje desciende levemente a fines del siglo XIX para volver a ascender a principios del XX. Además de la estabilidad en el porcentaje global, es de destacar la estabilidad en la mayor vulnerabilidad económica de las personas inmigrantes. No cabe duda que las diferencias entre nativos e inmigrantes, constantes en todo el período estudiado, tienen mucho que ver con la mayor posibilidad de los nativos de Pamplona de establecer estrategias familiares de coresidencia en los momentos de mayor debilidad económica. Es-

¹⁸¹ Además del ya mencionado trabajo de Woolf, la realidad familiar de la pobreza ha sido estudiada a través de este tipo de fuentes para los casos de Bilbao (Gracia, 1999), Burgos (Carasa, 1994) o Barcelona (Carbonell, 1997). En el caso de Pamplona, P. Oliver (2001) ha estudiado la relación entre pobreza y cárcel.

¹⁸² A este respecto, son muy interesantes los datos de Woolf (1989: 202-203) sobre el número de activos y pasivos por hogar en los hogares de los pobres florentinos de principios del siglo XIX. Las conclusiones nos dejan claras que en este grupo social todos los miembros, de todas las edades, desde los 6 años, participan en la traída de ingresos al hogar

tamos ahora, por lo tanto, ante el reverso de la moneda de las reflexiones que hacíamos sobre la complejidad familiar entre las clases populares, motivada por las dificultades económicas.

Cuadro V.44

% de población, según origen, que vive en familias sin ingresos

	1843	1887	1910	1930
Total	6,3	4,1	5,7	6,4
Nativos	5,4	3,7	4,9	5,3
Inmigrantes	7,2	4,3	6,5	7,2

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Sin embargo, más importante que el factor de la inmigración en la mayor vulnerabilidad hacia la pobreza es la diferencia sexual. Mientras la diferencia entre nativos e inmigrantes es de un tercio más de personas en hogares sin ingresos entre inmigrantes que entre nativos, las diferencias entre hombres y mujeres suponen entre el doble y el triple más entre mujeres que entre los hombres.

Cuadro V.45

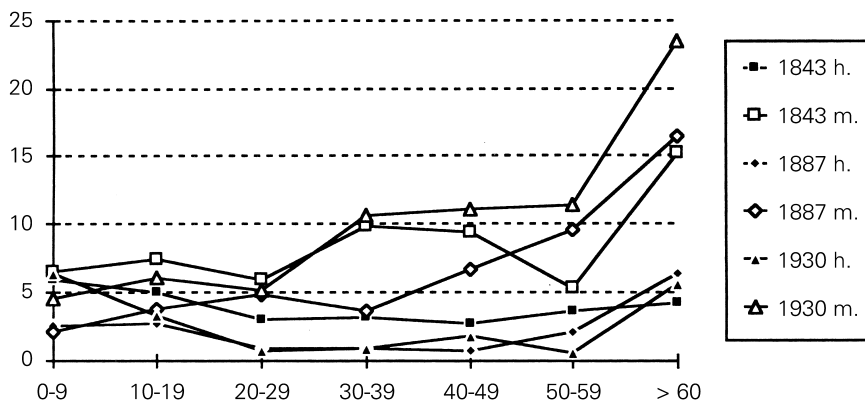
% de población, según sexo, que vive en familias sin ingresos

	1843	1887	1910	1930
Hombres	4,2	2,2	2,9	2,9
Mujeres	8	5,5	7,9	9,1

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Además, la importancia del factor género tiene clara tendencia ascendente, siendo mayor la diferencia entre hombres y mujeres en 1910 y 1930 que entre 1843 y 1887, lo que nos lleva a concluir que, en lo que se refiere a nuestra aproximación, también en Pamplona se aprecia la realidad de la feminización de la pobreza, algo que se agudiza a la par del desarrollo industrial y la masculinización del mercado laboral. A la vez que se restringen las posibilidades de empleo de mujeres adultas, aumenta la proporción de mujeres en hogares sin ingresos económicos. No podemos olvidar que la mayor incidencia de la pobreza entre las mujeres es algo que ha sido constatado en la misma época en otras ciudades como Bilbao, Barcelona o Florencia.¹⁸³

¹⁸³ De nuevo aquí remitimos a las obras de Gracia (1999), Carbonell (1997) y Woolf (1989: 187) respectivamente. Para el Turín del siglo XVIII también se ha constatado una mayor incidencia de la pobreza entre las mujeres (Cavallo, 1991: 178).



Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Gráfico V.11

% de hombres y mujeres que viven en hogares sin miembros empleados en el mercado laboral

La diferencia entre hombres y mujeres a la hora de tener más posibilidades de caer en la pobreza varía claramente según el ciclo vital, algo que se aprecia en todo el período estudiado. En el caso de los hombres, la vulnerabilidad económica de la infancia, vinculada a la situación económica de su padre o madre, desciende en los años de juventud y madurez, para aumentar de nuevo en la vejez. A este respecto, también es de destacar que en el caso de los hombres, lo mismo que entre las mujeres, en 1930 es mayor la vulnerabilidad de los ancianos y el porcentaje de ellos que viven en hogares sin ingresos.

En el caso de las mujeres, el ciclo vital de la pobreza es muy diferente. Al contrario de los hombres, es la infancia el período en el que menos porcentaje de ellas vive en hogares sin ingresos. Es también en la infancia cuando menos diferencias hay entre hombres y mujeres, siendo entre un 3% y un 6% de ellos, según los años, pero sin diferencia por sexo, los que viven en hogares sin ingresos. Sin embargo, en los años de juventud y madurez aumenta el porcentaje, a la vez que la diferencia con los hombres, algo que se acentúa en la vejez, momento en que las mujeres son más vulnerables a la pobreza, un 15% de ellas en el siglo XIX y un 24% en 1930, y en el que más amplias son las diferencias con los hombres. Esto puede ser explicado en parte por la menor esperanza de vida masculina, que va a provocar un mayor número de viudas que de viudos, pero también por la posición en el mercado de trabajo.

Después de analizar el conjunto de personas que viven en esta precaria situación, vamos a adentrarnos en conocer qué tipo de familias son las que viven en ella. Para ello he empezado por constatar hasta qué punto inciden

en esta situación de pobreza el origen y sexo de los cabezas de familia. Como podemos apreciar en los cuadros V.46 y V.47, ambos factores inciden de manera superior en la situación de pobreza si analizamos únicamente el caso del cabeza de familia. Ello se debe a que en familias pobres de inmigrantes puede haber también niños y niñas nativos, a la vez que en la infancia hay un gran equilibrio a este respecto, como hemos visto en el gráfico V.11.

Cuadro V.46

Origen de los cabeza de familia sin miembros empleados en el mercado laboral

	1843	1887	1910	1930
Inmigrantes	69,1	76,8	68,8	75
Nativos	30,9	23,2	31,2	25

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

En el caso de la inmigración, entre dos tercios y tres cuartas parte de los cabezas son inmigrantes, unos porcentajes que, aunque tengan oscilaciones importantes, no representan ninguna tendencia clara como para hablar de un progresivo empobrecimiento de los inmigrantes respecto a la población nativa. Además, prueba de esa estabilidad es que esas oscilaciones, en el caso de los cabezas de familia, son similares a las oscilaciones en el porcentaje de población inmigrante que aparecen en el cuadro III.1 (capítulo III). De hecho, los porcentajes de inmigrantes en los cabezas de este tipo de hogares son semejantes a los del total de hogares, con lo cual vemos que no se puede hablar de la inmigración como un factor mecánico de empobrecimiento, aunque ya hemos apreciado en el cuadro V.44 que sí había un pequeño mayor porcentaje de este tipo de pobres entre inmigrantes que entre los nativos. Además, el hecho de que entre un tercio y un cuarto de los cabezas sean nativos nos demuestra que ese hecho no impedía a bastantes familias caer en este tipo de pobreza, a pesar de la mayor posibilidad que tenían de recurrir a apoyos familiares para establecer pautas de coresidencia.

Cuadro V.47

Sexo de los cabeza de familia sin miembros empleados en el mercado laboral.

	1843	1887	1910	1930
Hombres	30,9	24,4	21,1	10,2
Mujeres	69,1	75,6	78,9	89,8

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

La diferencia sexual, sin embargo, vuelve a aparecernos como mucho más evidente, y con una tendencia clara acentuarse con el tiempo. Las diferencias que aparecen en el cuadro V.47 son, como ya hemos indicado, mucho más claras entre los cabeza que entre el total de miembros de hogares, y demuestran que la masculinización del mercado de trabajo operaba en un sentido que hacía más vulnerables a la pobreza a los hogares encabezados por mujeres. Mientras en 1843 eran mujeres casi el 70% de los cabezas, para 1930, después de un progresivo crecimiento, ese porcentaje ha casi alcanzado el 90%.

Como se deduce del cuadro V.48, dos son las estructuras familiares más importantes numéricamente dentro de este tipo de hogares. Por un lado, tenemos entre un 38 y 39% de hogares solitarios, mientras que por otro hay que destacar el papel jugado por los hogares nucleares encabezados por viudas, los III.d, que además aumentan su importancia en 1930, en una medida mayor de lo que aumentan para el total de los hogares. Además, me parece necesario señalar la importante presencia de hogares complejos, un 12,2% en 1887 y un 8,7% en 1930. Estas cifras nos muestran una evolución diferente a la del total de los hogares de Pamplona (en los que aumentan los porcentajes

Cuadro V.48

Estructura de las familias sin miembros empleados en el mercado laboral

	1887	1930
I	37,8	39,1
II.a	3,7	12,5
II.b	7,3	0,0
III.a	8,5	3,1
III.b	11,0	1,6
III.c	0,0	1,6
III.d	19,5	33,6
IV.a	4,9	5,5
IV.b	1,2	0,8
IV.c	2,4	1,6
IV.d	0,0	0,0
V.a	3,7	0,0
V.b	0,0	0,8
V.c	0,0	0,0
V.d	0,0	0,0
	100	100
% complejos	12,2	8,7
N.º muestra	82	128

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

Cuadro V.49

Características de los hogares sin miembros empleados en el mercado laboral

	1887	1930
Tamaño	2,43	2,22
N.º hijos	0,56	0,85
N.º parientes	0,39	0,27
Tamaño hogares		
Nucleares	2,7	3
Extensos	4,3	3,6

Fuente: Elaboración propia a partir de las muestras de censos y padrones.

de complejidad hacia 1930), pero también nos revelan la importancia de la complejidad en los hogares de los pobres, aunque a unos niveles inferiores a los del total de hogares. Si bien es verdad que el descenso de ese porcentaje en 1930 nos deja interrogantes irresueltos, estos porcentajes nos hablan de la importancia de la familia entre la población más pobre, algo que también ha sido puesto de relieve por Carasa (1994) para el caso burgalés.

Ahora bien, como nos muestra el cuadro V.49, se trata de familias más pequeñas, tanto en tamaño medio como en número de hijos como en el de parientes corresidentes, que el conjunto del total de hogares¹⁸⁴. A pesar de las diversidades internas que esconden estos promedios, nos confirman que el tamaño del hogar es un signo de posición social en la sociedad preindustrial del siglo XIX, mientras que en el caso de 1930, no apreciamos entre estos pobres el aumento de tamaño que hemos apreciado entre los hogares encabezados por jornaleros. Por último, tenemos que señalar que el bajo número de hijos, a pesar de las múltiples causas a las que puede obedecer, nos lleva de nuevo a rechazar, de acuerdo con Carasa (1994) la idea malthusiana sobre la mayor fecundidad de los pobres.

¹⁸⁴ También en Florencia (Woolf, 1989), Bilbao (Gracia, 1999) o Turín (Cavallo, 1991) ha quedado claro el menor tamaño del hogar en situaciones de mayor pobreza.

Capítulo VI

Algunas conclusiones y nuevos interrogantes

Seguramente, la mejor manera de terminar es empezar a plantear nuevas preguntas a partir de los datos más relevantes de la investigación propia, y ese va a ser el principal objetivo de este último apartado, siempre teniendo en cuenta cuáles eran los principales problemas a los que me enfrentaba al inicio de la investigación.

Si me he adentrado en el amplio campo de la demografía histórica y la historia de la familia, lo he hecho siempre tomando como referencia una visión que intenta aportar, desde el conocimiento de la cotidiana realidad familiar de las gentes, algunos elementos que nos ayuden a entender cómo se las arreglaban para afrontar su realidad, o dicho de otra manera, qué tipo de estrategias desarrollaron los individuos y las familias para satisfacer algunas de sus necesidades más básicas durante los inicios de la industrialización. Al mismo tiempo, creo que también es necesario preguntarnos sobre la influencia que estas estrategias económicas, y la valoración social que se hiciera de ellas, tuvieron en el mantenimiento del orden social durante este periodo de profundos cambios.

A este respecto, tenemos que recordar que Navarra, y con ella su capital, Pamplona, conoce en este periodo unas profundas transformaciones económicas, sociales y políticas. La adopción de medidas capitalistas de liberalización de propiedades, producciones y mercados, como la desamortización de la tierra, la desaparición de los gremios o la eliminación de las trabas aduaneras son paralelas a la instauración del estado liberal. Se trata de un profundo cambio político e institucional, que algunos autores han calificado como revolución liberal o revolución burguesa, y que, sin embargo, no suponen una quiebra radical dentro de la sociedad navarra, ya que, como ha apuntado M. C. Mina, entre otros autores, las clases dominantes del Antiguo Régimen son uno de los grupos que más impulsan estas reformas, y que más beneficio sacan de ellas.

Hemos hablado de reformas capitalistas, pero ni la liberalización económica ni la proletarización de pequeños campesinos o artesanos va a provocar

una transformación industrial en Navarra. Tampoco la capital, Pamplona, va a experimentar un fuerte desarrollo industrial. La ciudad triplica su número de habitantes entre 1840 y 1930, superando en este año los cuarenta mil habitantes, gracias a los continuos aportes migratorios, ya que el crecimiento natural de la población es negativo hasta la década de los veinte. En este tiempo se establecen algunas nuevas industrias, y la ciudad se conecta por medio del ferrocarril con el mercado estatal, pero el sector servicios sigue siendo el más importante en una ciudad en la que el crecimiento urbano encuentra serios problemas. Es precisamente la morfología urbana, condicionada por las directrices políticas del ejército, la que va a influir de manera decisiva en la evolución económica de la ciudad, encorsetada y hacinada hasta fines del siglo XIX en su recinto amurallado, de manera que son las obras de construcción de nuevos ensanches las que más empleo van a crear, además de otras obras de infraestructura como la construcción del fuerte de San Cristóbal o los tendidos ferroviarios.

De esta manera, a pesar de que no se puede hablar de un desarrollo industrial pleno, sí que apreciamos en la ciudad una nueva realidad social, dentro de la cual destaca la importancia de la población trabajadora poco o nada cualificada, la que aparece en las listas de población como jornalera. Estamos hablando de un sector de la población de Pamplona que va a sufrir de manera especial los problemas de escasez de vivienda y hacinamiento, y que era especialmente sensible a la estacionalidad de los trabajos de la construcción, teniendo que soportar unas duras condiciones de vida, el riesgo de la pobreza estacional o definitiva, sobre todo en el caso de las mujeres, de manera que el recurso a las instituciones benéficas era fundamental para la supervivencia de muchas familias, tal y como han estudiado A. García-Sanz o M. M. Larraza, entre otros investigadores.

Sin embargo, esta polarización social no llevó en Pamplona a la formación de una clase trabajadora en el sentido que apunta E. P. Thompson, con una clara conciencia e identidad de clase. A pesar del nacimiento de un significativo movimiento obrero, sobre todo articulado en torno a la UGT, las autoridades no tienen excesivos problemas en controlar la llamada «cuestión social», tanto merced a la represión de ese incipiente movimiento asociativo como a los mecanismos de control político y social que se desarrollan en el periodo de la Restauración, entre los que cabe destacar el sistema caciquil, las políticas penales, o las instituciones benéficas, con un programa paternalista que impulsa la familia como base del orden social y la domesticidad de la mujer como garantía de esa fortaleza familiar. A todos estos elementos se unirá, en 1936, una fortísima represión que eliminaría físicamente a casi 300 de los pamploneses que se esforzaron en transformar esa realidad. Precisamente el importante apoyo social que recibe el alzamiento pone de manifiesto la fuerte interiorización social de los valores de orden.

Es en este contexto en el que tenemos que valorar y reflexionar sobre el papel que las estrategias familiares juegan en este orden social, dentro de lo

que algunos autores, como R. Bergalli, han calificado como «controles informales», cuestión esta que ha sido también planteada por P. Oliver en su estudio sobre el sistema penal y el control social en Navarra. En este sentido es importante analizar tanto la influencia de los movimientos migratorios como las estrategias de coresidencia, formación del hogar y acceso al mercado laboral, todo ello dentro de un panorama extremadamente móvil, debido a la importancia de los movimientos migratorios, y al origen rural de más de la mitad de los habitantes de la ciudad. Así, en estas estrategias familiares no sólo influirá la realidad urbana pamplonesa, sino todo el conjunto de valores y experiencias de unas familias cuyo horizonte cultural es fundamentalmente rural.

Los movimientos migratorios son imprescindibles para entender el crecimiento de Pamplona entre 1840 y 1930, significando el principal aporte de población en una ciudad con crecimiento natural negativo hasta la década de los veinte del siglo xx. Si bien la llegada de inmigrantes a la ciudad experimenta un crecimiento claro con respecto a otras épocas, esto no va a significar una ruptura brusca con las costumbres y las relaciones sociales. La ciudad de Pamplona, al igual que el resto de ciudades preindustriales, mantenía continuas relaciones migratorias con su entorno rural. La gran mayoría de estos inmigrantes procedía del interior de Navarra, sobre todo de la Cuenca de Pamplona, y así como de la Zona Media, y de los valles de la montaña central y occidental, es decir, de las zonas de predominio de familia troncal, en las cuales los centros urbanos significaban tanto una válvula de escape para la población que no podía acceder a la explotación de la tierra como la posibilidad de migraciones estacionales en periodos de soltería, fundamentalmente como sirvientes domésticos, para ahorrar una dote de cara a un posterior matrimonio en el mundo rural. De todos modos, a pesar de que la presencia de inmigrantes es más importante en esta profesión, en todos los sectores laborales, y en todo el periodo, vamos a encontrar un predominio de los nacidos fuera de la ciudad. A través de estos mecanismos, Pamplona, como el resto de núcleos urbanos del área de predominio de la familia troncal, jugaba un papel fundamental para el equilibrio del mundo rural.

Prueba de la importancia de estos movimientos migratorios es que a mediados del siglo xix alrededor de la mitad de habitantes de la ciudad eran inmigrantes, un porcentaje que en 1887 y 1930 rondará el 60%. La razón de este incremento de los movimientos migratorios hay que buscarla en las transformaciones del mundo rural, con la crisis de las actividades artesanales, las reformas liberales y el desarrollo del capitalismo agrario, que van a llevar a la crisis a multitud de pequeñas explotaciones familiares, tal y como han estudiado Iriarte, Lana y Erdozain, entre otros autores. En todo el periodo estudiado se mantiene, por lo tanto, esta fuerte ligazón entre el mundo rural y el urbano, una ligazón que arranca del Antiguo Régimen. Aunque los cambios económicos e institucionales varían en parte las direcciones de los movimientos migratorios, con un descenso porcentual de las migraciones de otras

provincias vascas y un aumento de las de otras zonas del estado español, la realidad de la inmigración en Pamplona mantiene en gran medida muchos de sus rasgos y lazos sociales preindustriales, prueba de lo cual es la presencia en la ciudad de un importante porcentaje de población vascoparlante.

Continuidad espacial, continuidad cultural, y también continuidad social. La inmigración en Pamplona no va a significar la aparición de un núcleo de gente desarraigado y sin lazos sociales previos. Al contrario, la familia es un elemento fundamental en la articulación de los movimientos migratorios, tanto a mediados del siglo XIX, cuando alrededor de un 40% de los inmigrantes llegaban en familia a la ciudad, como en los inicios del desarrollo industrial. Así, el aumento del flujo migratorio a finales del siglo XIX y en la tercera década del siglo XX se hace reforzando las migraciones en familia, que llegan a suponer más de un 65% de la llegada de inmigrantes a Pamplona en 1887 y 1930, con una presencia significativa de niños y niñas de corta edad. Estamos, por lo tanto, ante movimientos de familias en momentos críticos de su ciclo vital, que acudían a la ciudad en busca de una mejora de su situación económica. Por otro lado, también hay que señalar que, con la influencia del servicio doméstico, las mujeres constituyen en todo el periodo más de la mitad de los inmigrantes.

A pesar de algunas diferencias reseñables, los movimientos migratorios forman parte de las estrategias económicas de todos los sectores sociales, y prueba de ello es que los inmigrantes suponen la mayoría de población en todos los sectores laborales de la ciudad, con algunas variaciones en cuanto a profesiones y procedencias, señal de diferentes trayectos y tradiciones migratorias, que han quedado recogidas en el capítulo tercero. Estamos, por lo tanto, ante unos movimientos de población importantes para la supervivencia de muchas familias en los momentos de implantación de relaciones capitalistas de producción, una implantación que provocó importantes cambios tanto en el mundo rural como en el urbano, pero que no dislocó ni las relaciones entre la ciudad y su entorno, ni entre sus habitantes y su entorno familiar, de manera que tanto los valores culturales como ideológicos del mundo rural se encontraban fuertemente enraizados en Pamplona, algo que sin duda ayuda a explicar en parte el apoyo social que el carlismo, a pesar de sus variaciones, mantiene en todo el periodo estudiado.

Así, paradójicamente, parece que un movimiento que surge sobre todo en el mundo rural como reacción ante las transformaciones económicas, sociales, políticas y religiosas que provoca el liberalismo, termina actuando, merced a esos importantes lazos también personales y familiares que unen la ciudad y el campo, como defensor del orden social liberal y capitalista, como freno frente a las ideologías que pretenden un cambio social radical o revolucionario.

Por otro lado, no podemos ignorar otro de los importantes efectos sociales y familiares de los movimientos migratorios, que sin embargo no he podido estudiar. Me refiero a los movimientos que desde Pamplona se realizaban hacia

otras zonas con mayor desarrollo económico o con mayores oportunidades. Al igual que para el agro navarro la emigración, ya sea hacia Pamplona, núcleos industriales, o hacia América, juega un papel clave en la amortiguación de los conflictos sociales, no cabe duda que en la capital también existían esos movimientos de emigración. Ignoramos su cuantía, pero tanto fuentes contemporáneas como estudios sobre inmigración en Vizcaya y Guipúzcoa nos demuestran su importancia, y, de la misma manera, ignoramos también el efecto de no sólo estos movimientos, sino también de la expectación que generaban, en el orden social. No cabe duda de que para quienes Pamplona era simplemente una estación de paso hacia otras zonas era mucho más fácil aceptar ese orden que para quien pensaba quedarse ahí hasta morir. De esa manera, la posibilidad de una nueva emigración era una puerta abierta ante la difícil situación económica de muchas familias.

Esta movilidad y conexión entre el mundo urbano y rural fueron una de las claves de la realidad social de Pamplona en el periodo de la Restauración. Frente a quienes nos hablan de una sociedad estática, tenemos que replicar que los datos nos muestran una ciudad dinámica, con unos habitantes que tienen estrechos lazos familiares con el mundo rural, y que, en la mitad de los casos, han nacido fuera de la ciudad. Es precisamente ese dinamismo el que hace posible la fuerte interrelación con el mundo rural y la importante continuidad cultural entre ambos. Es ese dinamismo el que asegura el éxito de unas visiones de la ciudad en las que el elemento campesino es idealizado, como las descritas por J. Ugarte.

A través de estos movimientos migratorios la ciudad se convertía en lugar de encuentro entre el mundo rural y urbano, y entre diferentes ámbitos culturales, dentro de los cuales el idioma era un elemento clave. Debido a la importancia de la inmigración se constata que en la Pamplona de mediados del siglo XIX un tercio de la población era originaria de áreas vascófonas. Ahora bien, eso no significa que formaran una comunidad lingüística en la ciudad. A la vez que el euskera estaría presente de diferente manera en la realidad lingüística urbana, la ciudad se convertía en escenario de aculturación lingüística, no sólo para los que llegaban a vivir en ella, sino también para quienes, a través de migraciones temporales, constataban que la lengua dominante en su área rural carecía de prestigio social en la ciudad.

Además de la movilidad, la formación y composición del hogar es otra de las claves para entender tanto las estrategias económicas como el papel de la familia en el ordenamiento social. Ahora bien, esas estrategias de conformación del hogar están también mediatizadas por los cambios en los comportamientos demográficos de la población. No podemos olvidar que en las primeras décadas del siglo XX se empiezan a dar algunos de los rasgos de lo que se ha venido a llamar transición demográfica, estudiada en el caso de Pamplona por S. Anaut y J. Sánchez Barricarte.

Conforme a una visión clásica de la transición demográfica centrada sobre todo en el descenso de las tasas vitales, tenemos que señalar que los pri-

meros indicios claros de un descenso en alguna de ellas aparecen en los últimos años del siglo XIX y principios del XX, con el descenso en las tasas de natalidad. Sin embargo, este descenso no lo deberíamos tomar como el inicio de un control voluntario de la fecundidad dentro de las parejas, sino como señal de una restricción de la nupcialidad, una restricción que va a tener mucho que ver, al igual que la evolución de las estructuras familiares, con los problemas económicos y urbanísticos. El descenso de la fecundidad matrimonial no se va a dar hasta la segunda y sobre todo tercera década del siglo, poco después del inicio del descenso en la mortalidad infantil.

Relacionada en parte con la evolución demográfica, pero incluyendo también otras variables, la estructura del hogar de Pamplona va a experimentar importantes cambios conforme avanzan los inicios de la industrialización. Tenemos que empezar recordando que la capital navarra, al igual que otras zonas peninsulares situadas en áreas de predominio de la familia troncal, mantiene un contraste importante con sus zonas rurales cercanas, ya que en la ciudad las pautas neolocales de establecimiento familiar, y por lo tanto, las familias nucleares, son dominantes. Sin embargo, al igual que en otras zonas, podemos apreciar que los porcentajes de familias complejas son mayores que en otras ciudades enclavadas en áreas en las que el predominio es de la familia nuclear, tal y como ha señalado D. Reher en su síntesis sobre el tema. Parece que parte de este porcentaje de familias complejas se debiera al seguimiento de pautas troncales por parte de algunos sectores sociales, mientras que en otros casos los problemas de acceso a una vivienda también influirían, pero los datos indican que estas variables no bastan para explicar esos porcentajes, con lo cual me siento inclinado a pensar que la interrelación con el medio rural lleva a mantener criterios etnoculturales sobre la idoneidad de la familia compleja, más allá de su lógica económica. En este sentido, creo que también en Pamplona asistimos a una transmisión de las pautas familiares rurales al mundo urbano a través de los movimientos migratorios, en el sentido apuntado por A. Burguière. No significa esto una copia mecánica de la ciudad al campo, pero sí que estarían presentes en la ciudad valores culturales que veían la familia compleja como algo perfectamente asumible, más señal de alto status social que motivo de vergüenza.

Al igual que en el mundo rural navarro, estudiado con detalle por F. Mikelarena, en la Pamplona preindustrial de mediados del siglo XIX tanto esos porcentajes de familias complejas como la composición del hogar varían bastante según el grupo social, de manera que se puede concluir que, en líneas generales, el tamaño del hogar guarda una relación directa con la posición en la escala social y con la posesión de una explotación económica. Así, tanto las profesiones liberales como los hogares de labradores, artesanos o comerciantes-hosteleros no asalariados tienden a albergar una mayor cantidad de parientes, de sirvientes domésticos, y también de hijos e hijas adultos, que no se ven obligados a abandonar el hogar y que pueden contribuir con su trabajo en la explotación económica familiar.

Por el contrario, los hogares de asalariados, ya sean jornaleros sin cualificar o artesanos o labradores asalariados, tienden a ser más pequeños, a albergar menos parientes, y a expulsar antes a sus hijos del hogar, tendencias estas que se agudizan más en el caso de los hogares encabezados por mujeres. Todo esto nos hace pensar en una diferenciación clara de los hogares según el nivel social, de manera que albergar a más miembros se convierte en un indicador, no el único, por supuesto, de cierto status social. Es significativo que también el factor migratorio influya en este mismo sentido, encontrándonos unos mayores porcentajes de familias complejas entre los nativos que entre los inmigrantes, aunque también hemos podido apreciar que este factor no afecta de manera igual a los diferentes sectores sociales.

El avance del incipiente proceso industrial no va debilitar los lazos familiares, sino todo lo contrario, de manera que en 1930 aumenta el porcentaje de familias complejas, alcanzando el 22%. Este aumento de la complejidad familiar va a ser especialmente significativo en los hogares de clase trabajadora, de manera que para 1930 estos hogares van a ser los más grandes, debido a una mayor presencia de parientes y de una más larga permanencia de los hijos en el hogar, sin que influya en esto el número de sirvientes domésticos, que desciende en todos los grupos sociales, y que es prácticamente inexistente entre los sectores populares.

Este reforzamiento de la familia de clase trabajadora viene dado por dos componentes. Por un lado, el aumento de la complejidad familiar, que va a ser un aumento sobre todo de lazos colaterales, es decir, de hermanos o primos solteros que viven con una familia, o incluso de familias múltiples colaterales. No cabe duda que este aumento de la complejidad no tiene que ver con las prácticas troncales, que no tienen sentido en población asalariada, sino que son reflejo de prácticas de solidaridad familiar, en la que también influye, como es lógico la presencia de parientes en la ciudad. El alto porcentaje de inmigrantes, reflejo de una importante movilidad territorial, sin embargo, no es óbice para que se refuercen los lazos familiares, y, aunque el mayor porcentaje de familias complejas aparece entre los nativos, las familias con uno de los cónyuges, o incluso los dos inmigrantes, también tienen un significativa presencia de parientes.

Por otro lado, a pesar de los efectos de los inicios de la transición demográfica, el aumento del número de hijos en el hogar hay que relacionarlo con factores sociales, obedeciendo sobre todo a un retraso de la edad de acceso al matrimonio y a un declive de estrategias preindustriales como la circulación de jóvenes. Así, los jóvenes de familias trabajadoras van a tener importantes problemas para acceder al matrimonio y van a seguir viviendo en el hogar familiar más tiempo que a mediados del siglo XIX.

Tanto un componente como otro nos están revelando que la población trabajadora de Pamplona vivió con dificultades el incipiente desarrollo económico de principios de siglo XX, durante el periodo de la Restauración. De esta manera, el reforzamiento de lazos familiares se convierte en una manera

de afrontar las dificultades derivadas de un modelo de crecimiento capitalista que acentúa en ese momento las diferencias sociales y la concentración de la riqueza. De nuevo en este aspecto podemos ver que el crecimiento industrial no va a debilitar los lazos familiares sino a reforzarlos, y, aunque este es un comportamiento que ya ha sido observado en otras zonas industriales, creo que los valores culturales en los que se asienta la sociedad rural navarra, en la cual la complejidad familiar es algo visto con naturalidad y aprobación social, facilitarían tanto este tipo de respuesta popular ante las dificultades económicas como su valoración social positiva. Como ya he señalado anteriormente, mediante los movimientos migratorios esos valores culturales en torno a la familia cobrarían fuerza en la ciudad.

Ahora bien, no podemos tampoco olvidar los efectos que sobre las estrategias familiares de coresidencia tendría el mercado de la vivienda, sobre todo en lo que se refiere al alquiler de pisos. Sin duda alguna, creo que este es un tema que debe ser estudiado a fondo. Es necesario explicar con profundidad los mecanismos mediante los cuales el crecimiento económico provoca problemas de hacinamiento. Además, también es necesario explicar los cambios que se producen en el tránsito de la situación preindustrial de mediados del siglo XIX (en la que las dificultades económicas llevan a los hijos e hijas a marcharse antes de casa, con una menor tendencia a la complejidad familiar), a la situación de débil industrialización de 1930 (en la que la respuesta de las familias trabajadoras es de aumentar el número de componentes del hogar). Parece evidente que entre estas dos situaciones seguramente se habría dado un cambio en la disponibilidad, precio y tamaño de las viviendas que ayudaría a comprender estos comportamientos, y que debería ser motivo de futuras investigaciones.

En cualquier caso, de nuevo los lazos familiares parecen estar en la base del mantenimiento del orden social, en este caso amortiguando los efectos de las dificultades económicas. En este sentido, quiero apuntar que precisamente puede ser en las incertidumbre e inseguridades que crean las transformaciones económicas donde se encuentre una de las explicaciones sobre el apoyo social a ideologías como el carlismo, que aspiran a un idealizado y estable ordenamiento social. Es en zonas como la cercana a Estella donde tiene gran éxito esta ideología, en comunidades rurales de pequeños propietarios en las que la mayor parte de ellos tienen serios riesgos de ver desaparecer su pequeña explotación ante las innovaciones agrícolas y el desigual reparto de la tierra, tal y como ha demostrado Erdozáin.

El desarrollo económico no sólo va a implicar cambios en las estrategias de coresidencia, sino también en las estrategias familiares de obtención de recursos monetarios y acceso al mercado laboral. Es sabido que una de las características del mundo preindustrial urbano es su heterogeneidad, por lo que no es posible hablar de una estrategia dominante, pero sí que se puede hablar de unas tendencias generales conforme avanza el desarrollo económico.

Por un lado tenemos que hablar de una tendencia a la masculinización del mercado laboral. Si bien es verdad que el entramado institucional gremial margina claramente a las mujeres de la producción artesanal, y que la participación laboral de las mujeres adultas es minoritaria a mediados del siglo XIX, concentrando a la mayoría de las mujeres en el sector servicios, también lo es que los inicios de la industrialización no hacen sino acentuar esa segmentación del mercado laboral.

Un caso claro es la pérdida de importancia porcentual de las mujeres campesinas, que jugaban un papel fundamental tanto en la explotación agrícola como en la comercialización de esos productos. La pérdida de importancia de la agricultura dentro de la economía de la ciudad va a ser uno de los factores que expliquen la reducción de las tasas de actividad femenina a principios del siglo XX. Por otro lado, también a principios de siglo XX observamos la casi desaparición de hogares encabezados por mujeres adultas dedicadas o a labores textiles, al comercio o hostelería, o a trabajar como lavanderas. La decadencia de este oficio y la concentración de las labores textiles en jóvenes solteras hacen que sean cada vez más raro el empleo de mujeres adultas.

Esta masculinización del mercado laboral y la concentración del empleo femenino va a coincidir en el tiempo con el inicio del control de la fecundidad legítima, de nuevo en la segunda y tercera década del siglo XX. Parece que el discurso oficial sobre una maternidad consciente y responsable es paralelo al discurso sobre la domesticidad femenina, de manera que estos valores patriarcales de género estarían en la base de los cambios demográficos. Estamos de nuevo ante un intento de reforzamiento de la institución familiar, cada vez más centrada en el ámbito privado de un hogar en el que se tiende a no realizar trabajos remunerados, que tiene como base la exclusión de la mujer del mercado laboral y su dedicación exclusiva a labores de cuidado de la familia y del hogar.

Ahora bien, el impacto de los valores de género relativos al trabajo femenino dominantes en la Pamplona de principios del siglo XX no debe medirse sólo en comparación con el mundo urbano de mediados del siglo XIX, sino también, y quizás sobre todo, si atendemos a la experiencia vital de las mujeres y las familias de la época, en relación con los valores de género imperantes en el mundo rural del que eran originarios la mayor parte de los inmigrantes, la zona media, las cuencas prepirenaicas y los valles de la montaña navarra, donde la participación de las mujeres en los trabajos agrícolas, en la comercialización de los productos, en la artesanía doméstica y en las migraciones estacionales ligadas al ciclo agrícola eran algo generalizado. Así, la mayor parte de las mujeres pamplonesas verían y experimentarían que el rol dominante femenino en la ciudad sería mucho más privado y doméstico que en el ámbito rural del que procedían ellas o sus madres y abuelas, y mucho más desligado de la producción de bienes o servicios de cara al mercado. En este sentido, las migraciones también actúan como correa de transmisión de

estos valores de género, de ese *dispositivo de feminización* del que habla J. Varela, que estaría mucho más generalizado en las ciudades preindustriales e industriales que en el entorno rural.

Estos cambios, de todos modos, no van a suponer la implantación real del modelo de la familia basada en el salario del cabeza de familia. A este respecto, los datos nos hablan de una progresiva diversificación de las economías familiares, con un incremento de la participación laboral de hijos, hijas y otros parientes. A este respecto, pienso que estos datos nos ocultan, sobre todo a mediados del siglo XIX, el trabajo de diferentes miembros familiares en pequeñas explotaciones agrícolas, artesanales o del sector servicios. Sin embargo, a principios del siglo XX parece que aumenta el trabajo asalariado fuera de las explotaciones familiares, produciéndose una diversificación de las economías familiares que también tiene mucho que ver, sobre todo en las clases trabajadoras, con el aumento de la complejidad familiar y del número de hijos por hogar.

El reforzamiento de los lazos familiares ante las dificultades de la industrialización se refleja en esa diversificación de las economías familiares en 1930, que dependen ahora de más salarios que en el siglo XIX. Sin embargo, a este respecto, es necesario señalar importantes diferencias tanto según el grupo social como atendiendo al ciclo vital familiar. Como era de esperar, es en los primeros momentos del ciclo vital familiar cuando más importante es la participación del cabeza de familia en la economía familiar, pero es interesante señalar que es entre los hogares de profesionales liberales donde más se depende de ese salario, siendo este grupo el que más cerca estaría del modelo de la «male breadwinner family», mientras que en las familias jornaleras y artesanas el salario del cabeza está muy complementado por la participación tanto de parientes colaterales, en los momentos de formación del grupo familiar, como de hijos e hijas, cuando estos llegan a la adolescencia. A ese nivel también es significativa la comparación entre las tasas de actividad de hijos e hijas de diferentes grupos sociales, siendo los hijos de jornaleros los que antes entran en el mercado laboral.

Otro aspecto importante en la evolución de las estrategias familiares es el descenso de la importancia de los y las sirvientes domésticos. Este descenso se da sobre todo entre los grupos sociales que, como labradores, artesanos y comerciantes, también utilizaban a estos sirvientes como trabajadores dentro de la explotación económica familiar, y es paralelo a una feminización de los sirvientes y a una ruralización de esta estrategia, quedando cada vez más claramente relegados al cuidado y atención del hogar y de la familia en los grupos más acomodados que podían permitírselo. Al mismo tiempo, las ideas sobre la privacidad del hogar van a impulsar a algunas familias a contar cada vez menos con sirvientes que compartieran el hogar con el grupo familiar, sustituyéndolos por sirvientes no corresidentes.

Estos aspectos abordados en el estudio de las estrategias económicas nos están revelando que muchas familias vivieron con serios problemas los cam-

bios producidos por los inicios de la industrialización en Pamplona. Hablamos de dificultades, pero es difícil medir la distancia entre los problemas económicos y la pobreza.

Siguiendo a S. Woolf, me inclino a pensar que esa pobreza no la podemos identificar, en la Pamplona del periodo estudiado, como un compartimento estanco, con bolsas de pobreza marginales, sino como una situación de riesgo permanente en la que vivirían gran parte de las familias ante variaciones en la coyuntura económica o el ciclo familiar. Así, una de las situaciones de pobreza, aunque no la única, sería la de aquellas personas que viven en hogares en los que ninguno de sus miembros tiene un empleo declarado. Aunque seguramente bastantes de ellos recurrieran a empleos estacionales, este grupo es indicativo de una situación al borde de la pobreza, y de su estudio podemos sacar la conclusión de que el desarrollo económico de la ciudad hace aumentar ligeramente el porcentaje de personas que viven en esta situación, a la vez que se acentúa una feminización de la pobreza ya constatada en la situación preindustrial de mediados del siglo XIX, y que se verá agravada con la masculinización del mercado de trabajo.

Estamos, por lo tanto, ante una realidad compleja. En este momento, la ciudad refuerza su papel de escenario de encuentro y de choque entre valores y normas de conductas urbanas y rurales, tanto en relación con el idioma como con los valores de género sobre la identidad femenina o con las culturas y los ritmos de trabajo, de manera que las identidades sociales y políticas que surgen en la ciudad no pueden entenderse al margen de esos contactos culturales. Frente a quienes hablan de la Pamplona de los años veinte y treinta como una ciudad tradicional y estática, con unas relaciones sociales amables, hay que argumentar que el desarrollo económico de los años de la Restauración ha producido cambios importantes en los modos de vida de la clase trabajadora, cambios que en el caso de Pamplona han estado asociados muchas veces con problemas de desempleo estacional y de escasez y carestía de la vivienda.

Tanto la importancia de la organización familiar de los movimientos migratorios que vinculan de manera constante la ciudad con su entorno rural como el retraso en la nupcialidad, el aumento de la complejidad familiar, y la diversificación de las economías familiares van a ser algunas de las respuestas dadas por las familias de Pamplona, sobre todo de las clases populares, a las dificultades que lleva consigo el tránsito hacia una sociedad capitalista. Parece claro, por lo tanto, que es la familia, una familia en cuyo fortalecimiento juega un papel relevante la redefinición genérica del rol femenino, la que absorbe y amortigua las tensiones sociales que generó el desarrollo industrial de la Restauración, lo que nos lleva a poner en relación este fortalecimiento de la familia obrera con la complejidad del control y del orden social.

No se trata de relacionar de una manera unidireccional ese fortalecimiento de la familia con el mantenimiento del orden social, ya que también en otros lugares la fortaleza de las redes familiares ha respaldado fuertes

movimientos sociales de contestación, pero, dentro de esa complejidad, creo que ha quedado claro que muchas de las tensiones generadas por las desigualdades e injusticias del modelo capitalista de desarrollo encontraron cierto alivio en el seno familiar, algo que también ha señalado D. Reher respecto a las consecuencias del paro en las últimas décadas del siglo xx en el caso español. De lo que no tengo dudas al terminar esta investigación es de que dentro de las respuestas populares a los problemas sociales y económicos de la industrialización, las redes familiares, que contaban con una importante valoración cultural y social en todo el ámbito rural del norte peninsular, jugaron un papel muy importante. Cómo vivieron esas transformaciones los y las habitantes de la ciudad, cómo sintieron esos cambios en las estrategias familiares, es algo sobre lo que se necesita seguir profundizando.

No le falta razón a don José, protagonista de la novela *Todos los nombres*, de J. Saramago, cuando reflexiona sobre los datos recogidos en el registro civil en que trabaja: *a la Conservaduría General sólo le interesa saber cuándo nacemos, cuándo morimos, y poco más, (...), a la Conservaduría le es indiferente si en medio de todo eso somos felices o infelices, (...) lo peor de la Conservaduría es que no quiere saber quiénes somos, para ella no pasamos de un papel con unos cuantos nombres y unas cuántas fechas.*

Bibliografía

- ABAITUA, E., 1990, *Gure aurreko Andrak. mujeres vascas de ayer*. Bilbao, Euskal Arkeologia, Etnografia eta Kondaira Museoa
- AGIRREAZKUENAGA, J., *Industria iraultza abiatu ezinik*, Gaiak, Donostia.
- ALEJANDRÍA, P., 1863, *El Pamplonés. Guía de la Ciudad y manual de curiosidades*. Iruñea-Pamplona
- ALMEIDA, A. N. de, (1994), «Industry, Family and class: the working class community in Barreiro» *Jornal of Family History*, 19, 3.
- ÁLVAREZ MORA, A., 1996, «La necesaria componente espacial en la Historia Urbana», *Ayer*, 23.
- Altafaylla Kultur Taldea, 1986, *Navarra, 1936, de la esperanza al terror*. Estella
- ALTER, G., Theories of fertility decline: a non specialist guide to the current debate» en GILLIS, J.R., TILLY, L.A., y LEVINE, D. (eds.), 1992, *The european experience of declining fertility. A quiet revolution. 1850, 1970*. Oxford.
- ANAUT, S., 1997 «Acercamiento a las economías familiares de Pamplona en el primer tercio del siglo XX», *Tokian tokiko V. jaurnaldiak: Familia Euskal Herrian*. Eusko Ikaskuntza, Donostia.
- ANAUT, S., 1998, *Mortalidad y política sanitaria y urbana en Pamplona: La mortalidad infantil y juvenil y sus causas*, Iruñea-Pamplona.
- ANDERSON, M., 1971, *Family structure in nineteenth century Lancashire*. Cambridge University Press.
- ANDERSON, M., 1988, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)*. Madrid. Siglo XXI.
- ANDERSON, M., and MORSE, D.J., 1993, «High fertility, high emigration, low nuptiality: adjustment processes in Scotland's demographic experience, 1861-1914, part I», *Population Studies*, 47.
- ANDERSON, M., and MORSE, D.J., 1993, «High fertility, high emigration, low nuptiality: adjustment processes in Scotland's demographic experience, 1861-1914, part II», *Population Studies*, 47.
- ANDERSON, M., 1994, «What is new about the modern family?», Drake, M. (ed.), 1994, *Time, Family and community: Perspectives on Family and Community History*, Blackwell, Cambridge, USA.

- ANDERSON, M., 1998, «High restricted fertility: very small families in the British fertility decline», *Population Studies*, 52.
- ANDERSON, M., BECHHOFER, F., y GERSHUNY, J. (eds.), 1994, *The social and political economy of the household*. Oxford University Press.
- ANDORKA, R., 1971, «La prévention des naissances en Hongrie dans la région Ormánság depuis la fin du XVIII^e siècle», *Population*, 25, 1
- ANDRÉS-GALLEGO, J. «Sobre el inicio de la política obrera contemporánea en Navarra, 1855-1916.», en *Príncipe de Viana*, 150-151.
- ANDRÉS UCENDO, J.I., 1994, «El trabajo femenino en el Bilbao de 1824», *Congreso de Historia de la Familia, una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*, Murcia.
- ANSÓIN CALVO, M.C., 1994, «El papel de la mujer aragonesa en el proceso emigratorio aragonés a fines del siglo XVIII», *Congreso de Historia de la Familia, una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*, Murcia.
- APAT-ECHEBARNÉ, A., 1974, *Una geografía diacrónica del euskera en Navarra*. Diario de Navarra, Pamplona.
- ARANGO, J., 1980, «La teoría de la transición demográfica y la experiencia histórica», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 10.
- ARANGO, J., 1985, «Las leyes de las migraciones de E. G. Ravenstein, cien años después», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 35.
- ARAZURI, J. J., 1970, *Pamplona extrema siglo*, Diario de Navarra, Iruñea-Pamplona.
- ARAZURI, J., 1979, *Pamplona, calles y barrios*. Iruñea-Pamplona.
- ARAZURI, J. J., 1995, *Historia, fotos y joyas de Pamplona*, Iruñea-Pamplona.
- ARBAIZA, M., 1991, «La fecundidad en Vizcaya Interior en el siglo XIX: evolución y determinantes socioeconómicos», en Livi Bacci, M.,(ed.) 1991, *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*. Alicante.
- ARBAIZA, M., 1994, *Estrategias familiares y transición demográfica en Vizcaya (1825-1930)*. Tesis doctoral. Leioa, UPV-EHU.
- ARBAIZA, M., 1996, *Familia, trabajo y reproducción social. Una perspectiva microhistórica de la sociedad vizcaína a finales del Antiguo Régimen*. Bilbao. UPV-EHU.
- ARBAIZA, M., 2000, «La cuestión social como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)», *Historia Contemporánea*, 21.
- ARBAIZA, M., 2001, «La construcción social del empleo femenino en la sociedad industrial vasca (1850-1935)», comunicación presentada al *Congreso de Historia Económica*, Zaragoza.
- ARBELOA, V.M., «El socialismo en Navarra, 1871-1903» en *Letras de Deusto*, vol. 5, n.º 10.
- AROSTEGUI, J., 1995, *La investigación histórica, teoría y método*, Crítica, Barcelona.
- ARISTEGI, M., 1998, «Baserriko emakumea Euskal Herriko historian», AA.AA., 1998, *Emakumeak Euskal Herriko Historian*, Bilbao, Ipes, Formazio Kuadernoak, 24.
- ARIZKUN CELA, A., 1994, «Cambio industrial, una experiencia lenta y limitada», DE LA TORRE, J. (ed.) *Navarra, siglo XIX. Cien años de historia*. Iruñea.
- ARIZKUN CELA, A., 1999, «Fundiciones de Hierro y Fábrica de Acero del Bidasoa, S.A.: la supervivencia de la producción de hierro en Navarra (1881-1916)» en CARRERAS, A. (Ed.), 1999, *Doctor Jordi Nadal: la industrialització i el desenvolupam economic d'Espanya*. Col·lecció Homenatges, 17, Universitat de Barcelona.

- AUGUST, A., 1994, «How separate a sphere? Poor women and paid work in late-victorian London». *Journal of Family History*, 19, 3.
- AZCONA GUERRA, A. M., 1994, «Pautas de análisis de la estructura familiar del negocio comercial navarro en el siglo XVIII», *Congreso de Historia de la Familia, una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*, Murcia.
- BALLESTEROS, E., 1997, «Una estimación del coste de la vida en España, 1861-1936», *Revista de Historia Económica*, 15 («
- BALLBE, M., 1983, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Alianza, Madrid.
- BARANDICA, A., y FERNÁNDEZ, B. (dir.), 1995, *Situación social de las mujeres en Navarra, Evolución 1975-1991. Demografía. Educación. Trabajo*. Departamento de Estudios de la Mujer de Ipes Elkarte, Gobierno de Navarra, Pamplona.
- BARNUSELL, G., CAMPS, E., GARCÍA, A, MUÑOS, L, y ROSES, J.R., 1994, «Ocupación, productividad y salarios: una reflexión para el caso catalán (1850-1913)» *Símpoio de Análisis Económica*. Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
- BERG, M., 1993, «What difference did women's work make to the industrial revolution?». *History Workshop Journal*, 35.
- BERGALLI, R., y MARI, E.E. (coords.) *Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX-XX)*, PPU, Barcelona.
- BERKNER, L.K., y MENDELS, F.F. (1978), «Inheritance systems, Family structure, and demographic patterns in Western Europe, 1700-1900», TILLY, C., *Historical studies of changing fertility*, Princeton University Press.
- BONAPARTE, L.L., 1963, *Carte des sept provinces basques montrant la délimitation actuelle de l'euscara et sa division en dialectes, sous dialectes et variétés*. Londres.
- BORDERÍAS, C. y CARRASCO, C., 1994, «Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas», en BORDERÍAS, C., CARRASCO, C. y ALEMANY, C., 1994, *Las mujeres y el trabajo, rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria, FUHEM.
- BURGUIERE, A., 1986, «Pour une typologie des formes d'organisation domestique de l'Europe moderne (XVI-XIX siècles)», *Annales E.S.C.*, 3.
- BURKE, P., 1997, *Varieties of cultural history*, Cambridge.
- BURKE, P., 1998, «De la historia cultural a la historia de las culturas», en VÁZQUEZ DE PRADA, V., OLABARRI, I., y CAPISTIEGUI, F.J., *En la encrucijada de la ciencia histórica hoy, el auge de la historia cultural*, Eunsa, Iruña-Pamplona.
- BUSSY, D., 1993, «Mujeres de España: de la República al Franquismo», en DUBY, G. eta PERROT, M., *Historia de las mujeres de Occidente, tomo V, El siglo XX*. Madrid, 1993
- BUSTELO, F. 1999, «Historia y economía: la modernización de España», en CARRERAS, A. (Ed.), 1999, *Doctor Jordi Nadal: la industrialització i el desenvolupament economic d'Espanya*. Col·lecció Homenatges, 17, Universitat de Barcelona.
- CABRE, A., y TORRENTS, A., 1991, «La elevada nupcialidad como posible desencadenante de la transición demográfica en Cataluña», en LIVI BACCI, M., (ed.) 1991, *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*. Alicante.
- CABRERA, M.A., 1999, «Linguistic approach or return to subjetivism? In search of an alternative to social history» *Social History*, 24, 1
- CACHINERO, B., 1982, «La evolución de la nupcialidad en España (1887-1975)». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 20.

- CAMPS, E., 1993, «Las migraciones locales en España, siglos XVI-XX» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*. XI-1.
- CAMPS, E., 1994, «Migrating in families: access to jobs and families of rural-urban migrants in 19th century Catalonia», en *Primeros Encuentros de Demografía*. UPV-EHU, Donostia-San Sebastián.
- CAMPS, E., 1995, «De ocupación sus labores. El trabajo de la mujer en los albores del siglo XX (Sabadell, 1919-20)». *IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*. Bilbao/San Sebastian.
- CAMPS, E., 1995b, *La formación del mercado de trabajo industrial en la Cataluña del siglo XIX*. Madrid. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- CAMPO, M.J., 1999, «Tolerar y reglamentar. La mala vida y la condición femenina en Pamplona a finales del siglo XIX», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 5. NUP, Iruñea.
- CANNING, K., 1996, Social policy, Body politics: Recasting the social question in Germany, 1875-1900», en FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996a, *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- CARASA, P., 1994, «La familia de los grupos populares próximos a la pobreza en la sociedad castellana decimonónica», *Boletín de la ADEH*, XII, 2-3
- CARO BAROJA, J., 1971, *Los vascos*, Madrid, Siglo XXI.
- CASANOVA, J., 1991, *La historia social y los historiadores*. Barcelona, Crítica.
- CASTELLS, L., 1987, *Modernización y dinámica política en la sociedad guipuzcoana de la Restauración*, Siglo XXI, 1987.
- CASTELLS, L., y RIVERA, A., 1999, «Una inmensa fábrica, una inmensa fonda, una inmensa sacristía. (El espacio urbano vasco en el paso de los siglos XIX al XX)», en CASTELLS, L. (ed.) *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco Contemporáneo*. EHE-UPV, Bilbao.
- CAVACIOCCHI, S., 1989 (ed.) *La donna nell'economia, secc. XIII-XVIII*. Instituto Internazionale di storia economica «F. Datini». Prato.
- CAVALLO, S., 1991, «Conceptions of poverty and poor-relief in Turin in the second half of the eighteenth century», en WOOLF, S. (ed.), *Domestic strategies: work and family in France and Italy, 1600-1800*, Cambridge University Press.
- CHACÓN, F., y FERRER I ALOS, L., 1997, «Más allá de la familia», en CHACÓN, F., y FERRER I ALOS, L. (eds.) *Familia, Casa y Trabajo*, tomo 4 de *Historia de la familia, nuevas perspectivas sobre la sociedad europea*, Universidad de Murcia.
- CHESNAIS, J.C., 1992, *The demographic transition: stages, patterns, and economic implications*. Oxford.
- CÍA GARCÍA, M.V., 1999, «Las sirvientas en Pamplona, según el censo de 1900», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 5. NUP, Iruñea.
- CLARK, A., 1996, «Manhood, Womanhood and the politics of class in Britain, 1790-1845», en FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996a, *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- CLARK, A., 2000, «The New Poor Law and the breadwinner wage: contrasting assumptions», *Journal of Social History*, 34, 2
- COALE, A.J., 1986, «The decline of fertility in Europe since the Eighteenth Century as a chapter in Human Demographic History», en COALE, A.J., y WATKINS, S.C., *The decline of fertility in Europe*. Princeton.
- COALE, A.J., y WATKINS, S.C., 1986 (eds.) *The decline of fertility in Europe*. Princeton.

- COFFIN, J.G., 1994, «Gender and the Guild Order: the Garment Trades in Eighteenth-Century Paris». *Journal of Economic History*, 54,3.
- COMBES, D. y HAICAULT, M., 1984, «Producción y reproducción, relaciones sociales de sexo y clase», en BORDERÍAS, C., CARRASCO, C. y ALEMANY, C., 1994, *Las mujeres y el trabajo, rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria, Fuhem.
- COMIN, F. 1999, «Hacienda, ferrocarril y el fracaso de la industrialización en España», en CARRERAS, A. (Ed.), 1999, *Doctor Jordi Nadal: la industrialització i el desenvolupament econòmic d'Espanya*. Col·lecció Homenatges, 17, Universitat de Barcelona.
- CREIGHTON, C., 1996, «The rise of the male breadwinner family: a reappraisal». *Comparatives Studies in Society and History*. 38,2.
- DHARLAMINGAM, A., y MORGAN, S.P., 1996, «Women's Work, Autonomy, and Birth Control: Evidence From Two South Indian Villages», *Population Studies*, 50.
- DEL CAMPO, L., 1991, *Pamplona durante el reinado de Amadeo I*. Pamplona.
- DEL CAMPO, L., 1991, *Pamplona durante el gobierno provisional y la Regencia (1868-1870)*. Pamplona.
- DEX, S., 1988, «Issues of gender and employment». *Social History*, 13,2.
- DUBY, G. eta PERROT, M., *Historia de las mujeres de Occidente, tomo V, el siglo XX*. Madrid, 1993.
- DUROUX, R., 1993, «De l'insoumission a l'emigration ou l'inverse?», en EIRAS ROEL, A., y REY CASTELAO, O. (Eds.), *Les migrations internes et à moyenne distance en Europe (1500-1900)*. C.I.D.H., Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- EARLE, P., 1989, «The female labour market in London in the late seventeenth and early eighteenth centuries», *Economic History Review*, XLII,3.
- EASTERLING, R., «The economics and sociology of fertility», en Tilly, C. (ed.), *Historical Studies of changing fertility*, Princeton University Press.
- ELÍAS, N., 1989, *El proceso de civilización, investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México.
- ELLINGSAETER, A.L., y RONSEN, M., 1996, «The dual strategy, motherhood and the work contract in Scandinavia». *European Journal of Population*, 12.
- ELSO, M.P., 1998, «La mujer en la prensa semanal de pamplona de principios de siglo», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 5. NUP, Iruñea.
- EMA, F.J., 2000, *Educación y Sociedad en Pamplona durante la segunda mitad del siglo XIX*. Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura.
- ENRÍQUEZ, J.C., 1995, *Sexo, cultura, género y clase. Los rumores del placer en las Repúblicas de los Hombres Honrados de la Vizcaya tradicional*. Bilbao. Beitia.
- ENRÍQUEZ, J.C., 1996, *Constumbres populares y diversiones populares burlescas, Vizcaya, 1700-1833*, Beitia, Bilbao.
- ENRÍQUEZ, J.C., 1999, «Lo marginal y lo grotesco, pautas para una caracterización de la exclusión en las culturas populares vizcaínas del Setecientos», en GONZÁLEZ MÍNGUEZ, C., BAZÁN, I. y REGUERA, I. (eds.), *Marginación y exclusión social en el País Vasco*. UPV-EHU., Bilbao
- ERDOZAIN, P., 1997, «La presencia de los activos femeninos en la agricultura tradicional: algunas consideraciones basadas en ejemplos navarros», *III Seminario Internacional sobre economías y estrategias familiares*. Barcelona, Universitat Pompeu Fabra.
- ERDOZAIN, P., 1999, *Propiedad, familia y trabajo en la Navarra Contemporánea*. Iruñea-Pamplona, Institución Príncipe de Viana, Gobierno de Navarra.

- ERDOZAIN, P. y MIKELARENA, F., 1990, «La demografía de Estella y su merindad entre 1786 y 1930», en *Príncipe de Viana*, 190. Iruñea-Pamplona.
- ERDOZAIN, P., y MIKELARENA, F., 1998, «Disparidades espaciales y migraciones en el crecimiento de la población en Navarra entre 1786 y 1930», en *IV Congreso de Historia de Navarra- Nafarroako Historiaren Laugarren Biltzarra, Mito y realidad en la Historia de Navarra*, v. III, Iruñea-Pamplona.
- ERDOZAIN, P., y MIKELARENA, F., 1999, «Hospedaje y trabajo femenino en Pamplona a finales del siglo XVIII», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 5. NUP, Iruñea.
- ERDOZAIN, P., MIKELARENA, F. y PAUL ARZAK, J., 2000, «Las estrategias familiares de los campesinos propietarios de la Euskal Herria cantábrica. Una perspectiva microanalítica», comunicación presentada en el *Convegno de la Società di Demografia Storica «La demografía storica italiana al passaggio del millennio»*, Bologna.
- ERIZE, X., 1997, *Nafarroako euskeraren historia soziolinguistikoa (1863-1936)*. Nafarroako Gobernua, Iruñea.
- ERRO GASCA, C., 1997, *Promoción empresarial y cambio económico en Navarra, 1830-1913*. Cámara de Comercio, Iruñea.
- ERRO GASCA, C., 1999, «El mérito de vivir cien años», en ERCE, C. (coord.), *Claves del éxito empresarial, 34 empresas centenarias de Navarra*. Cámara de Comercio e Industria, y Diario de Navarra, Iruñea-Pamplona.
- ESPARZA ZABALEGI, J.M., 1994, *¡Abajo las quintas! La oposición histórica de Navarra al Ejército español*, Txalaparta, Tafalla.
- Equipo de Investigación de Ipes Elkarte. FERNÁNDEZ, S. eta RODA, P., 1998 (Coord.), *Ellas. Las mujeres en la historia de Pamplona*. Iruñeko Udala. Iruñea.
- FAUVE-CHAMOUX, A., «Female mobility and urban population in preindustrial France (1500-1900)», en EIRAS ROEL, A., y REY CASTELAO, O. (Eds.), *Les migrations internes et à moyenne distance en Europe (1500-1900)*. C.I.D.H., Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- FLINN, M.W., 1989, *El sistema demográfico europeo, 1500-1820*. Barcelona. Crítica.
- FLORISTÁN, A., e IMIZCOZ, J.M., 1993, «La sociedad navarra en la Edad Moderna. Nuevos Análisis. Nuevas Perspectivas.», en *Congreso General de Historia de Navarra, Príncipe de Viana*, Anejo 15. Iruñea
- FONTAINE, L. y SCHLUMBOHM, J. (eds.) 2000 *Households strategies for survival 1600-2000: Fission, faction and cooperation, International review of social history*, supplement 8.
- FONTANA, J., 1982 *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona. Crítica.
- FONTANA, J., 1990, «Nivel de vida, calidad de vida: un intento de estado de la cuestión y algunas consideraciones», en *Simposio sobre la evolución de los niveles de vida en los siglos XIX y XX*, Barcelona.
- FONTANA, J., 1992, *La historia después del fin de la historia*. Barcelona. Crítica.
- FOUCAULT, M., 1994, *Vigilar y castigar*. Siglo XXI, Madrid.
- FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996a (eds.) *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996b, «Introduction: gender and the reconstruction of european working-class history», en FRADER, R.R., y ROSE, S.O. *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.

- FRADER, L.L., «Engendering work and wages: the French labor movement and the family wage», en FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996a, *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- FRIEDLANDER, D., OKUN, B., y SEGAL, S., 1999, «The demographic transition then and now: processes, perspectives and analyses», *Journal of Family History*, 24, 4.
- FUSI, J.P., y PALAFOX, J., 1997, *España: 1808-1996. el desafío de la modernidad*. Espasa, Madrid.
- GALBI, D.A., 1996, «Through eyes in the storm: aspects of the personal history of women workers in the industrial revolution». *Social History*, 21, 2.
- GÁLVEZ, L., 2000, «Género y cambio tecnológico: rentabilidad económica y política del proceso de industrialización del monopolio de tabacos en España (1887-1945)» *Revista de Historia Económica*, XVIII, 1.
- GALLEGO, D., 1985, «Reflexiones sobre la evolución de la economía navarra desde mediados del siglo XIX hasta 1935», *I Congreso de Historia Social y Económica de Navarra*. Iruñea-Pamplona.
- GARCÍA GONZÁLEZ, F. 1990. «Historia de la familia e historia social. A propósito del cruce de fuentes nominativas en el Antiguo Régimen (siglo XVIII)», *I Congreso de Historia Social*. Zaragoza.
- GARCÍA-NIETO, M.C., 1993, «Trabajo y oposición popular de las mujeres durante la dictadura franquista», Duby, G. y Perrot, M., *Historia de las mujeres de Occidente, tomo V, el siglo XX*. Madrid, 1993.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1984, *Navarra, conflictividad social a comienzos del siglo XX, y noticia del anarcosindicalista Gregorio Suberviola Baigorri (1896-1924)*. Pamiela, Iruñea.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1987, «La influencia de la inmigración en el desarrollo demográfico de Pamplona», en *Príncipe de Viana*, 181. Iruñea-Pamplona.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1988a, «Algunas noticias sobre el nacimiento del PSOE en Navarra. La Agrupación Socialista de Pamplona en el año 1892», en *Gerónimo Uztariz*, n.º 2. Iruñea-Pamplona,
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1988b, «La insurrección fuerista de 1893. Foralismo oficial versus foralismo popular durante la Gamazada», en *Príncipe de Viana*, 185.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1989, «El Ayuntamiento de Pamplona ante la crisis obrera», en *Gerónimo Uztariz*, n.º 3, Iruñea-Pamplona.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., A., 1990, *Las elecciones municipales de Pamplona en la Restauración*, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Iruñea.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1992, «Aproximación a las consecuencias de la crisis de mortalidad de la primera mitad del siglo XIX (1790-1860) en la población navarra», *II Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX*. Iruñea-Pamplona.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1995, «Un testimonio sobre el límite meridional y la situación de la lengua vasca en la mitad occidental de Navarra en 1878», *Huarte de San Juan (Lingüística y Literatura)*, 1.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, A., 1999, *Los «obreros conscientes» navarros, Gregorio Angulo (1868-1937)*. Fundación J.J. Gorricho, UGT, Iruñea-Pamplona.
- GARRET, E.M., y REID, A., 1994, «Satanic mills, pleasant lands: spatial variation in womens work, fertility and infant mortality as viewed from the 1911 census», *Historical Research*, 67.

- GARRIDO MEDINA, L., y GIL CALVO, E. (1993) «El concepto de estrategias familiares» en GARRIDO MEDINA, L., y GIL CALVO, E. (eds.) *Estrategias familiares*. Madrid, Alianza.
- GARRUES, J., 1992, «Cien años en la formación de capital en Navarra (1886-1986). Una aproximación», en *Príncipe de Viana, II Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX: demografía, economía y sociedad.*, Iruñea-Pamplona.
- GEMBERRO USTARROZ, M., 1985, «Evolución demográfica de Pamplona entre 1533 y 1817» *Príncipe de Viana*, 176.
- GILLIS, J.R., TILLY, L.A., y LEVINE, D. (eds.), 1992, *The european experience of declining fertility. A quiet revolution. 1850, 1970*. Oxford.
- GOLDIN, C., 1986, «The female labor force and American Economic Growth, 1890-1980», en ENGERMAN, S.L., and GALLMAN, R.E., 1986, *Long term factors in American Economic Growth*, Chicago, 1986.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. 1981, *La formación de la sociedad capitalista en el País Vasco (1876-1913)*, *Industrialización y cambio social.*, Donostia-San Sebastián.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M. (dir), 1996, *Bilbao en la formación del País Vasco contemporáneo*, Bilbao.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M., y ZÁRRAGA, K. (eds.) 1996, *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao. Euskal Herriko Unibertsitatea-Universidad del País Vasco.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M., y ZÁRRAGA, K., 1996b, «Las migraciones hacia una zona de intensa industrialización. La inmigración en familia a la ría de Bilbao en los inicios de la Primera Industrialización vasca», en GONZÁLEZ PORTILLA, M., y ZÁRRAGA, K., 1996, *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao. Euskal Herriko Unibertsitatea-Universidad del País Vasco.
- GONZÁLEZ PORTILLA, M., 2001, «Inmigración y cambio social», en BEASCOETXEA, J.M., GONZÁLEZ PORTILLA, M., NOVO, P.A., PAREJA, A., SERRANO ABAD, S., y ZÁRRAGA, K., 2001, *Orígenes del área metropolitana de la Ría de Bilbao*. Bilbao.
- GRACIA, J., «Un ejemplo del conflicto social en el artesanado de Bilbao: las fugas de aprendices (1600-1900)», en *Cuadernos de Sección, Geografía Historia*, n.º 18, Donostia.
- GRACIA, J., 1999, «Aspirando a sobrevivir: hogares y familias pobres en Bilbao a finales del siglo XIX», en Castells, L. (ed.) *El rumor de lo cotidiano. Estudios sobre el País Vasco Contemporáneo*. EHE-UPV, Bilbao.
- GRACIA, J., 1999, «Pobreza y género en los inicios de la primera industrialización vasca», en GONZÁLEZ MINGUEZ, C., BAZÁN, I, y REGUERA, I. (eds.), *Marginalización y exclusión social en el País Vasco*. UPV-EHU., Bilbao
- GRAY, J., 1996, «Gender and uneven working class formation in the Irish Linen & Industry», en FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996, *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- GREEN, N.L., 1996, «Women and immigrants in the sweatshop: categories of labor segmentation revisited». *Comparatives Studies in Society and History*, 38,3.
- GRIGG, D.B., 1994, «E. G. Ravenstein and the Laws of Migration», Drake, M. (ed.), 1994, *Time, Family and community: Perspectives on Family and Community History*, Blackwell, Cambridge, USA.
- GROOT, G. de, y SCHROVER, M., 1995, «Between men and machines: women workers in new industries, 1870-1940», *Social History*, 20, 3.

- GUERENDIAIN, J., 1996, *Nacida en Navarrería*. Iruñea.
- HAFTER, D.M., 1995, «A theoretical framework for womens work in forming the industrial revolution», en HAFTER, D.M. (edit.) 1995, *European Women and Preindustrial Craft*. Indiana University Press.
- HAINES, M.R., 1992, «Occupation and social class during fertility decline: historical perspectives», en GILLIS, J.R., TILLY, L.A., y LEVINE, D. (eds.), 1992, *The european experience of declining fertility. A quiet revolution. 1850, 1970*. Oxford.
- HAJNAL, J. (1953), «Age at marriage and proportion marrying», *Population Studies*, VII, 2.
- HAREVEN, T.K., 1982, *Family time and industrial time*. Cambridge University Press.
- HAREVEN, T.K., 1991, «The home and the family in historical perspective», *Social Research*, 58, 1.
- HAREVEN, T.K., 1995, «Historia de la familia y la complejidad del cambio social», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XIII-1
- HARRIS, C.C., 1986, *Familia y sociedad industrial*. Barcelona. Península.
- HARTMAN, H., 1976, «Capitalismo, patriarcado y segregación de los empleos por sexos», en BORDERÍAS, C., CARRASCO, C. y ALEMANY, C., 1994, *Las mujeres y el trabajo, rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria, Fuhem.
- HILL, B., 1993, «Women, work and the census: a problem for historians of women». *History Workshop Journal*, 35.
- HONEYMAN, K., y GOODMAN, J., 1991, «Women's work, gender conflict and labor markets in Europe, 1500-1900». *Economic History Review*, 44.
- HORRELL, S., y HUMPHRIES, J., 1992, «Old questions, new data and alternative perspectives: Families' living standars in the Industrial Revolution», *The Journal of Economic History*, 52, 4
- HORRELL, S., y HUMPHRIES, J., 1995, «Women's labour force participation and the transition to the male breadwinner familiy, 1790-1865», *Economic History Review*, XLVIII, I.
- HORRELL, S., y HUMPHRIES, J., 1997, «The emergence or universality of the male breadwinner system? The case of nineteenth-century Britain». *III Seminario sobre economías y estrategias familiares*. Barcelona, Universitat Pompeu Fabra.
- HORRELL, S., y OXLEY, D., 1999, «Crust or crumb? intrahousehold resource allocation and male breadwinning in late Victorian Britain», *Economic History Review*, LII, 3.
- HUDER, S., 1935, *Desarrollo de Pamplona durante los últimos cien años*. Pamplona.
- HUDSON, P. y LEE, W.R., 1990, «Womens work and the family economy in historical perspective», en HUDSON, P. y LEE, W.R.,(eds.), *Womens work and the family economy in historical perspective*. Manchester.
- HUDSON, P., 1995, «Women and industrialization», PURVIS, J. (ed.), 1995, *Women's History: Britain, 1850-1945*, University of Portsmouth.
- HUMPHRIES, J. y RUBERY, J., 1984, «La autonomía relativa de la reproducción social: su relación con el sistema de producción», en BORDERÍAS, C., CARRASCO, C. y ALEMANY, C., 1994, *Las mujeres y el trabajo, rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria, Fuhem.
- HUMPRIES, J., 1990, «Enclosures, Common Rights, and Women,: The Proletarianization of Families in the Late Eighteenth Early Nineteenth Centuries», *Journal of Economic History*, 50,1.

- HUMPHRIES, J., 1995, «Women and paid work», PURVIS, J. (ed.), 1995, *Women's History Britain, 1850-1945*, University of Portsmouth.
- IÑURRATEGUI, J.M., 1996, *Monstruo Indómito: rusticidad y fiereza de costumbres*. UPV-EHU. Bilbao.
- IRIARTE, I., 1996, *Bienes comunales y capitalismo agrario en Navarra, 1855-1935*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid.
- IRIARTE, I., 1998, «Tierra, montes y agua: cambios en el uso y en la distribución de la propiedad de los recursos en Navarra (1800-1936)», en *IV Congreso de Historia de Navarra- Nafarroako Historiaren Laugarren Biltzarra, Mito y realidad en la Historia de Navarra*, v. III, Iruñea-Pamplona.
- IRISO NAPAL, P.L., y REHER, D.S., 1987, La fecundidad y sus determinantes en España, 1887-1920. Un ensayo de interpretación. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 39.
- IZARD, M., 1991, «Recuperar la memoria o perpetrar el pasado. Revolución burguesa e insurgencia popular». en CASTILLO, S., 1991, *La historia social en España, actualidad y perspectivas. Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social*. Madrid, Siglo XXI.
- JACKSON, J. H., y PAGE MOCH, L., «Migration and the social history of Modern Europe»; en DRAKE, M. (ed.), 1994, *Time, Family and community: Perspectives on Family and Community History*, Blackwell, Cambridge, USA.
- JANSSENS, A., 1997, «Women and work in the family economy in the Netherlands, 1880-1960 and the case of Enschede», *III Seminario sobre economías y estrategias familiares*. Barcelona, Universitat Pompeu Fabra.
- JONES, A., 2000, «Word and Deed: why a post-poststructural history is needed, and how it might look», *The Historical Journey*, 43, 2
- JORDAN, Ellen, 1989, «The exclusion of women from industry in 19th century Britain» *Comparative Studies in Society and History*, 31, 2.
- JOYCE, P., 1995, «The end of social history?» *Social History*, 20, 1
- JULIA, S., 1989, *Historia social / sociología histórica*. Madrid, Siglo XXI.
- KERTZER, D.I., 1994, «Family strategies and changing labour relations», en VV.AA., 1994, *Economic and Social History in the Netherlands*. Amsterdam.
- KEYFITZ, N., 1996, «Population Growth, Development and the Environment», *Population Studies*, 50.
- KIRK, N., 1992, «En defensa de la clase. Crítica a algunas aportaciones revisionistas sobre la clase obrera inglesa en el siglo XIX», *Historia Social*, 12.
- KIRK, N., 1994, «History, language, ideas and post-modernism: a materialist view», *Social History*, 19, 2.
- KIRK, D., 1996, «Demographic Transition Theory», *Population Studies*, 50.
- KNOTTER, J., 1994, «Problems of family economy: peasant economy, domestic production and labor markets in pre-industrial Europe», en VV.AA., 1994, *Economic and Social History in the Netherlands*. Amsterdam.
- KOK, J., 1994, «Revealing family strategies using life course analysis», en VV.AA., 1994, *Economic and Social History in the Netherlands*. Amsterdam.
- KUBAT, D. eta HOFFMANN-NOWOTNY, H.J., 1981, «Migración, hacia un nuevo paradigma», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, XXXIII, 2.
- LANA, J.M., 1992, «Propiedad y relaciones económicas en la Ribera tudelana a finales del siglo XIX», en *Príncipe de Viana, II Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX: demografía, economía y sociedad.*, Iruñea-Pamplona.

- LANA, J.M., E IRIARTE GOÑI, 1994, «El mundo rural y la economía agraria», en DE LA TORRE, J. (ed.) *Navarra, siglo XIX. Cien años de historia*. Iruñea.
- LANA, J.M., «Jornales, salarios, ingresos. Aproximación a la evolución de los niveles de vida desde la Navarra rural (1801-1935)», en Martínez Carrión, J.M. (ed.) *El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XIX*, Alicante, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- LASLETT, T.P.R., 1972 (edit.) *Household and family in past time*, Cambridge University Press
- LASLETT, P., 1977, *Family life and illicit love in earlier generations*, Cambridge University Press
- LARRAZA, M.M., 1998, *Aprendiendo a ser ciudadanos, retrato socio-político de Pamplona, 1890-1923*. Eunsa, Iruñea-Pamplona.
- LARRAZA, M.M, 1999, «El asociacionismo obrero pamplonés (1900-1923)», Gerónimo de Uztariz, 14/15.
- LARRIÓN, P., 1995, «Nafarroako industrializazioa», Zaldúa, I., eta Zurbano, M.,(edit.), 1995, *Industrializaziotik desindustrializaziora?*, UEU, Bilbao.
- LÁZARO, M., GURRIA, P., eta ORTEGA, A. «La inmigración en la ciudad de Logroño durante el Antiguo Régimen.» *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, IX-2
- LÁZARO, M., GURRIA, P., 1992, «La familia y el hogar en Logroño durante el siglo XVIII» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*. X-3.
- LAZCANO, A., 1903, *Higiene y salubridad pública en Pamplona*. Iruñea-Pamplona.
- LEASURE, J.W., 1963, «Factors involved in the decline of fertility in Spain, 1900-1950» *Population Studies*, 16.
- LEVINE, D., 1985, «Industrialization and the proletarian family in England». *Past and Present*, 107.
- LEVINE, D., 1992, «Moments in time: A Historian's Context of Declining Fertility», en GILLIS, J.R., TILLY, L.A., y LEVINE, D. (eds.), 1992, *The european experience of declining fertility. A quiet revolution. 1850, 1970*. Oxford.
- LIU, T.P., 1996, «What a price a weaver's dignity? Gender inequality and the survival of home-based production in industrial France», en FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996, *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- LIVI BACCI, M., 1968, «Fertility and nuptiality changes in Spain from the late 18th to the early 20th century», *Population Studies*, 22.
- LIVI BACCI, M., 1988, «La Península Ibérica e Italia en vísperas de la transición demográfica», en PÉREZ MOREDA, V., y REHER, D.S. (eds.), *Demografía Histórica en España*. Madrid. El Arquero.
- LIVI BACCI, M., 1990, *Historia mínima de la población mundial*. Barcelona, Ariel.
- LIVI BACCI, M.,(ed.) 1991, *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*. Alicante.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, P., 1993, *Un verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909*. Siglo XXI, Madrid.
- LÓPEZ-CORDÓN, M.V., 1999, «Mujer e historiografía: del androcentrismo a las relaciones de género», en DE LA GRANJA, J.L., REIG TAPIA, A., y MILLARES, R.: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI.
- LOSHUERTOS, C., 1992, «Localización del sector industrial en Navarra (1888-1927): factores y condicionamientos» en *Príncipe de Viana, II Congreso de Historia de*

- Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX: demografía, economía y sociedad.*, Iruñea-Pamplona.
- MACÍAS, O., 1992, «Aproximación a la política ferroviaria de Navarra. los enlaces ferroviarios con el área cantábrica», en *Príncipe de Viana, II Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX: demografía, economía y sociedad.*, Iruñea-Pamplona.
- MANZANOS, P., 1999, «La mujer y el mundo del trabajo en la Vitoria del siglo XVIII» *Jornadas de Historia Local. El trabajo en Vasconia*. Eusko Ikaskuntza, Donostia.
- MADARIAGA, J., y SERRALBO, J., 1998, «El sistema vecinal y sus categorías en Navarra a fines del Antiguo Régimen», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 5, Iruñea-Pamplona.
- MADOZ, P., *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1845-1850.
- MAJUELO, E., 1989, *Lucha de clases en Navarra (1931-1936)*, Gobierno de Navarra, Departamento de Cooperación y Cultura, Iruñea.
- MARK-LAWSON, J. y WITZ, A., 1988, «From “family labour” to “family wage”? The case of women’s labor in nineteenth-century coalmining». *Social History*, 13,2.
- MARTÍNEZ ALIER, J., 1993, «Temas de historia económico-ecológica», *Ayer*, 11.
- MARTÍNEZ DORADO, G., y PAN-MONTOJO, J., 2000, «El primer carlismo, 1833-1840», *Ayer*, 38
- MARTÍNEZ LACABE, E., 1995, «Una crisis epidemiológica: el cólera de 1855 en Navarra. Análisis de la mortalidad infantil.» *IV Congreso de la ADEH*. Bilbao.
- MARTÍNEZ PEÑUELA, A., 1989, *Antecedentes y primeros pasos del nacionalismo vasco en Navarra, 1878-1918*. Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Iruñea, Pamplona.
- MARTÍNEZ VEIGA, U., 1995, *Mujer, trabajo y domicilio. Los orígenes de la discriminación*. Barcelona. Icaria.
- MASJUÁN, E., «Población y recursos naturales en el anarquismo ibérico: Una perspectiva ecológico-humana en el marco del socialismo de los pobres», *Ecología Política*, n.º 5.
- MASJUÁN, E., «Población y recursos en el anarquismo ibérico: neomalthusianismo y naturismo social (2.ª parte)», *Ecología Política*, n.º 6.
- McMURRY, S., 1992, «Womens work in agriculture: divergent trends in England and America, 1800-1930», *Comparatives Studies in Society and History*, 34.
- MEDICK, H., y WARREN SABEAN, D., 1984, «Interest and emotion in family and kinship studies: a critique of social history and antropology», en MEDICK, H., y WARREN SABEAN, D. (eds.) *Interest and emotion, Essays on the study of family and kinship*. Cambridge University Press.
- MENDIOLA, F., 1996, «Familia egiturak Iruñean XIX. mendeko amaieran». *Cuadernos de sección, Geografía e Historia*, 24. Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudio Vascos, Donostia-San Sebastian.
- MENDIOLA, F., 1998, «Renovarse y morir: costureras y lavanderas, dos estrategias familiares diferentes en los inicios de la industrialización (Pamplona, 1840-1930)», *VV.AA.*, 1998, *Mito y realidad en la historia de Navarra*. Iruñea-Pamplona.
- MENDIOLA, F., 1999, «Emakumeen enplegua Iruñean (1840-1996)», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 5. NUP, Iruñea.
- MENDIOLA, F., 1999b, «Inmigración en Iruñea-Pamplona a finales del siglo XIX, aproximación a partir del censo de 1887». González Portilla, M., y Zarraga, K.

- (ed.), 1999, *IV Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, I (Bilbao, 1995)*, Euskal Herriko Unibertsitatea-UPV.
- MENDIOLA, F., 2002, «Family, gender and labour market in a lately industrialized city (Iruñea-Pamplona, 1840-1996)», en BARJOT, D., et FARON, O., (dir.): *Migrations, cycle de vie familial et marché du travail, Cahier des Annales de Démographie Historique 3*, Paris, Société de Démographie Historique. Association Française des Historiens Économistes.
- MENDIOLA, Ignacio, 2000, *Movimientos sociales y trayectos sociológicos, hacia una teoría práctica y multidimensional de los social*. Tesis doctoral. Dpto. Sociología 2, Euskal Herriko Unibertsitatea, EHU-UPV.
- MEYERING, A., 1990, «La petite ouvrière surmenée: family structure, family income and women's work in nineteenth-century France», en HUDSON, P. y LEE, W.R.,(eds.), *Womens work and the family economy in historical perspective*. Manchester.
- MIKELARENA, F., 1992 a, «Estructuras familiares en la España tradicional. Geografía y análisis a partir del Censo de 1860» en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*. X-3
- MIKELARENA, F., 1992 b, «Estructuras familiares y sistemas sucesorios en Navarra: una aproximación crítica desde las ciencias sociales a las perspectivas tradicionales», en *Revista Jurídica de Navarra*, 14.
- MIKELARENA, F., 1993, «El proceso de urbanización en el País Vasco peninsular entre 1860 y 1930», *Cuadernos de sección, Geografía e Historia*, 21. Eusko Ikaskuntza, Donostia, or. 413, 434.
- MIKELARENA, F., 1994a, «Estructuras familiares, ciclo de vida, composición del hogar y mano de obra extrafamiliar en el seno de los grupos domésticos de una ciudad tradicional: el ejemplo de Pamplona en 1786», en *Boletín de la ADEH*, XII, 2-3.
- MIKELARENA, F., 1994b, «La diversidad de variantes de la familia troncal pirenaica española: una aproximación a través de algunos ejemplos empíricos», *Congreso de Historia de la Familia, una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*, Murcia.
- MIKELARENA, F., 1994c, «Estructura económica, evolución cuantitativa de la población y balances migratorios de las capitales de provincia españolas en el período 1860-1930. Un análisis comparativo» en *Primeros Encuentros de Demografía*. UPV-EHU, Donostia-San Sebastián.
- MIKELARENA, F., 1994d, «La demografía interna de Navarra entre 1860 y 1930, Pautas generales y contrastes comarcales», *Huarte de San Juan, Geografía e Historia*, 1, Pamplona.
- MIKELARENA, F., 1995, *Demografía y familia en la Navarra tradicional*. Iruñea-Pamplona.
- MIKELARENA, F., y VALVERDE, L., 1993, «Ilegitimidad y exposición en Navarra», *III Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*. Braga.
- MINA, M.C., 1981, *Fueros y revolución liberal en Navarra*, Alianza, Madrid.
- MIRANDA, F., 1984, «Fuentes y métodos para el estudio de la demografía histórica en Navarra: La población de Pamplona en la primera mitad del siglo XIX». *Príncipe de Viana*, 171.
- MITTERAUER, M., 1992, «Peasant and non-peasant family forms in relation to the physical environment and the local economy», *Journal of Family History*, 17, 2.

- MOLL, I., 1997, «Demografía y familia», en ROWLAND, R., y MOLL, I. (eds.) *La demografía y la historia de la familia*, tomo 5 de *Historia de la familia, nuevas perspectivas sobre la sociedad europea*, Universidad de Murcia
- MORENO, A., 1998, *Diversidad regional en los modelos de feminidad en España*, Rialp, Madrid.
- MORENO, A., y ZABALZA, A., 1999, *El origen histórico de un sistema de heredero único, el prepirineo navarro, 1540-1739*, Rialp, Madrid.
- NADAL, J., 1975, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*. Ariel, Barcelona
- NASH, M., 1983, *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*. Barcelona, Anthropos.
- NASH, M. 1989, *Las mujeres en la guerra civil española*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- NASH, M., 1991, «Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración», *Historia Social*, 9.
- NASH, M., 1991, «Trabajadoras y estrategias de sobrevivencia económica: el caso del trabajo textil a domicilio», *Simposio sobre los niveles de vida en los siglos XIX y XX*, Barcelona.
- NICOLAU, R., 1991, «Trayectorias regionales en la transición demográfica española», en LIVI BACCI, M.,(ed.) 1991, *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*. Alicante.
- NIETO SÁNCHEZ, J.A., 1998, «La conflictividad laboral en España durante el siglo XVIII», en CASTILLO, S., y ORTIZ DE ORRUÑO (Coords.) *Estado, protesta y movimientos sociales*, Asociación de Historia Social, UPV-EHU, Bilbao.
- NÚÑEZ DE CEPEDA, M., 1948, *Gremios y cofradías de Pamplona*, Iruñea-Pamplona.
- NUSH, S., 1991, *La mujer en el mundo del trabajo. Análisis y previsiones estadísticas hasta el año 2000*. Informes de la OIT, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- OLIVER OLMO, P., 2001, *Cárcel y sociedad represora: la criminalización del desorden en Navarra (siglos XVI-XIX)*. Bilbao, EHU-UPV.
- ORVE SIVITE, A., 1984, *Arquitectura y urbanismo en Pamplona a finales del siglo XIX y comienzos del XX*. Pamplona.
- OSLE GUERENDIAIN, C., 2000, *La Casa de Misericordia de Pamplona*, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura. Iruñea.
- PAGE MOCH, L., 1992, «The History of migration and fertility decline: fthe view from the road», en GILLIS, J.R., TILLY, L.A., y LEVINE, D. (eds.), 1992, *The european experience of declining fertility. A quiet revolution. 1850, 1970*. Oxford.
- PALAFIX, J., 1997, «Luces y sombras del crecimiento económico, 1900-1930», *Ayer*, 28.
- PALMER, B.D., 1989, «Respuesta a Joan Scott». *Historia Social*, 4.
- PAN-MANTOJO, J., *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Gobierno de Navarra, Iruñea.
- PAREJA, A., 1994. «Un viaje en familia» en *Primeros Encuentros de Demografía*. UPV-EHU, Donostia-San Sebastián.
- PAREJA, A., 1997, *Inmigración y condiciones de vida en la villa de Bilbao (1825-1935)*, Tesis doctoral inédita, Bilbao, UPV-EHU.
- PAREJA, A., 2001, «Matrimonio, familia y reproducción social en la Ría de Bilbao, 1825-1935», en BEASCOETXEA, J.M., GONZÁLEZ PORTILLA, M., NOVO, P.A., PAREJA, A., SERRANO ABAD, S., y ZÁRRAGA, K., 2001, *Orígenes del área metropolitana de la Ría de Bilbao*. Bilbao.

- PARR, J., 1988, «Dissagregating the sexual division of labour: a transatlantic study», *Comparative Studies in Society and History*, 30.
- PELLEGRIN, N., 1994, «Las costureras de la historia: mujeres y trabajo en el Antiguo Régimen en Francia. Un balance historiográfico». *Arenal*, 1.
- PÉREZ-FUENTES, P., 1991, «Evolución de la fecundidad e industrialización en un municipio minero vizcaíno: 1877-1920», en Livi Bacci, M.,(ed.) 1991, *Modelos regionales de la transición demográfica en España y Portugal*. Alicante.
- PÉREZ-FUENTES, P., 1991, «El discurso higienista y la moralización de la clase obrera en la primera industrialización vasca», *Historia Contemporánea*, 5, Bilbao.
- PÉREZ-FUENTES, P., 1993, *Vivir y morir en las minas. Estrategias familiares y relaciones de género en la primera industrialización vizcaína (1877-1913)*. Bilbao.
- PÉREZ-FUENTES, P., 1995, «El trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX-XX: algunas consideraciones metodológicas». *Arenal*, 2.
- PÉREZ-FUENTES, P., 1998, «Sistemas de género y proceso de modernización social en el País Vasco ontemporáneo. Una aproximación desde el caso de Bilbao», AA.AA., 1998, *Emakumeak Euskal Herriko Historian*, Bilbao, IPES, Formazio Kuadernoak, 24.
- PÉREZ-GARZÓN, J.S., 1999, «Sobre el esplendor y la pluralidad de la historiografía española. Reflexiones para el optimismo y contra la fragmentación», en DE LA GRANJA, J.L., REIG TAPIA, A., y MILLARES, R.: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI
- PÉREZ LEDESMA, M., 1996, «Una lealtad de otros siglos. en torno a las interpretaciones del Carlismo», *Historia Social*, 24
- PÉREZ LEDESMA, M., 1999, «Protagonismo de la burguesía, debilidad de los burgueses», *Ayer*, 36
- PÉREZ LEDESMA, V., 1985a, «La modernización demográfica, 1800-1930. Sus limitaciones y cronología», en SÁNCHEZ ALBORNOZ, N.: *La modernización económica de España, 1800-1930*. Madrid. Alianza.
- PÉREZ MOREDA, V., 1985b, «La evolución demográfica española en el siglo XIX (1797-1930): tendencias generales y contrastes regionales» en *La popolazione nell'Ottocento*. Bologna.
- PÉREZ MOREDA, V., y REHER, D.S. (eds.), 1988, *Demografía histórica en España*. El Arquero. Madrid.
- PERROT, M., 1990, «El elogio del ama de casa en el discurso de los obreros franceses del siglo XIX». en AMELANG, J. y NASH, M. *Historia y género*. Valencia. Alfons el Magnanim.
- PERROT, M., 1998, «Michel Foucault et l'histoire des femmes», en PERROT, M., *Les femmes ou les silences de l'histoire*, Flammarion.
- PICCHIO, A., 1992, «El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado laboral», en BORDERÍAS, C., CARRASCO, C. y ALEMANY, C., 1994, *Las mujeres y el trabajo, rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria, Fuhem.
- PIQUERAS, J.A., 1996, «La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía» *Historia Social*, 24.
- POT-BUTTER, H. A., 1993, *Facts and fairy tales about female labour, family and fertility, a seven-country comparison, 1850-1990*. Amsterdam University Press.
- QUIRÓS LINARES, F., 1991, *Las ciudades españolas en el siglo XIX*. Valladolid.
- Reformas Sociales, 1985, *Información oral y escrita publicada 1889-1893*. Ministerio de Trabajo. Madrid.

- REHER, D.S., 1986, «Desarrollo urbano y evolución de la población: España 1787-1930», en *Revista de Historia Económica*, IV, 1.
- REHER, D.S., 1987, «Old issues and new perspectives: household and family within an urban context in 19th century Spain», en *Continuity and Change*, 2 (1).
- REHER, D.S., 1988, *Familia, sociedad y población en la provincia de Cuenca, 1700-1970*. Madrid, Siglo XXI.
- REHER, D.S., 1990a, «Urbanization and demografic behaviour in Spain, 1860-1930», en WOUDE, A.van, VRIES, J.de, HAYAMI, A. (eds) *Urbanization in History*. Oxford, Clarendon Press.
- REHER, D.S., 1990b, «Mobility and migration in pre-industrial urban áreas. The case of 19th century Cuenca», en WOUDE, A.van, VRIES, J.de, HAYAMI, A. (eds) *Urbanization in History*. Oxford, Clarendon Press.
- REHER, D.S., 1990c, *Town and country in pre-industrial Spain. Cuenca, 1550-1870*. Cambridge.
- REHER, D.S., 1993, «Ciudades, procesos de urbanización y sistemas urbanos en la Península Ibérica», GUARDIA, M., MONCLUS, F.S. y OYÓN, J.L. (dirs.): *Atlas Histórico de las ciudades europeas*.
- REHER, D.S., y CAMPS, E., 1991, «Las economías familiares dentro de un contexto histórico comparado», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 55.
- REHER, D.S., 1996, *La familia en España, pasado y presente*. Madrid, Alianza Editorial.
- REHER, D.S., 1999, «Familia y sociedad, el legado de la historia en el mundo contemporáneo», V. *Tokiko Historiako Jardunaldiak. Familia Euskal Herrian, Vasconia*, 21. Eusko Ikaskuntza, Donostia
- RIAL GARCÍA, S.M., 1993, *Las mujeres en la economía urbana del Antiguo Régimen, Santiago durante el siglo XVIII*. A Coruña.
- RINGROSE, D.R., 1985, *Madrid y la economía española, 1560-1850*, Madrid, Siglo XXI.
- RIQUER, B. de, 1999, «Consideraciones sobre la historiografía política de la Restauración», en DE LA GRANJA, J.L., REIG TAPIA, A., y MILLARES, R.: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI
- RIVERA BLANCO, A., 1985, *Situación y comportamiento de la clase obrera en Vitoria (1900-1915)*, EHU-UPV, Bilbao.
- RIVERA, A. eta DE LA FUENTE, J., 1999, «Modernidad y religión en la sociedad vasca de los años treinta», *Historia Social*, 35.
- ROBERTS, E., 1984, *A woman's place, an oral history of working-class women, 1890-1940*. Blackwell, Oxford.
- RODRIGO y ALHARILLA, M., 2000, «Hegemonía, consenso y conflicto: una historia social del poder en la Restauración», *Historia Social*, 36.
- ROSE, S.O., 1988, «Gender antagonism and class conflict: exclusionary strategies of male trade unionists in nineteenth-century Britain». *Social History*, 13,2.
- ROSE, S.O., 1996, «Protective labor legislation in nineteenth-century Britain: Gender, Class and the Liberal State», en FRADER, R.R., y ROSE, S.O., 1996a, *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- ROWLAND, R., 1988, «Sistemas matrimoniales en la Península Ibérica (siglos XVI-XIX), una perspectiva regional», en en PÉREZ MOREDA, V., y REHER, D.S. (eds.), *Demografía Histórica en España*. Madrid. El Arquero.
- RUFAZA, R., 1998, *Antes de la clase, Los trabajadores en Bilbao y la margen izquierda del Nervión, 1841-1891*, EHU-UPV, Bilbao.

- RUIZ OLABUENAGA, J.I. eta BLANCO, M.C., 1994, *La inmigración vasca*, Bilbao.
- RULE, J., 1990, *Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850*. Barcelona, Crítica.
- SÁNCHEZ BARRICARTE, J.J., 1998, *El descenso de la natalidad en Navarra (1786-1991)*. Iruñea, Príncipe de Viana.
- SÁNCHEZ BARRICARTE, J.J., 2000, «Evolución de los hogares en tres municipios navarros, 1786-1986», *Príncipe de Viana*, 221.
- SANCHO, S., 1998, «Analyse du déclin de la fécondité catalane au XIX siècle et son rapport avec les différences régionales des types socioprofessionnels», *Historie, économie et démographie, Migrations, cycle de vie familial et marchés du travail*. Entretiens de la Société de Démographie Historique et de l'Association Française des Historiens Economistes. Paris, 1998.
- SARACENO, C., 1992, «Constructing families, shaping women's lives: the making of Itlaian families between Market economy and state interventions» GILLIS, J.R., TILLY, L.A., y LEVINE, D. (eds.), 1992, *The european experience of declining fertility. A quiet revolution. 1850, 1970*. Oxford.
- SARASÚA, C., 1994, *Criadas, nodrizas y amos: el servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño. (1758-1868)*. Madrid. Siglo XXI.
- SARASÚA, C., 1995, «La industria del encaje en el Campo de Calatrava». *Arenal*, 2.
- SARASÚA, C., 1996, *The rise of the wage worker. Peasant families and the organization of labor in Modern Spain*. Tesis doctoral inédita defendida en el Instituto Universitario Europeo de Florencia.
- SATRUSTEGI, J.M., 1975, *Euskaldunen seksu bideak*, Jakin, Arantzazu, Oñati.
- SCHELELEKENS, J., 1993, «Wages, secondary workers and fertility: a working-class perspective of the fertility transition in England and Wales». *Journal of Family History*, 18, 1.
- SCHELELEKENS, J., 1997, «Nuptiality during the first Industrial Revolution in England: Explanations», *Journal of Interdisciplinary History*, XVII,4.
- SCHOFIELD, R.S., y REHER, D.S., 1994, «El descenso de la mortalidad en Europa», en *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 1994, XII, 1.
- SCHURER, K., 1991, «The role of the family in the process of migration». POOLEY, C.G. eta WHITE, I.A., *Migrants, emigrants and immigrants*. London.
- SCOTT, J.W. y TILLY, L. 1975, «Womens work and the family in nineteenth-century Europe» en *Comparatives studies in Society and History*, XVII.
- SCOTT, J.W., 1986, «Gender, a useful category of historical analysis». *The American Historical Review*, 91, 5
- SCOTT, J.W., 1989, « Sobre el lenguaje obrero, el género, y la historia de la clase obrera». *Historia Social*, 4.
- SCOTT, J.W., 1993, «La mujer trabajadora en el siglo XIX», en DUBY, G. y PERROT, M., 1993, *Historia de las mujeres*, t. IV. Madrid. Taurus.
- SCOTT, J.W. (ed.) 1996, *Feminism and History*. Oxford University Press.
- SECCOMBE, W., 1986, «Patriarchy stabilized: the construction of the male breadwinner wage norm in nineteenth-century Britain». *Social History*, 11, 1.
- SHARLIN, A., 1986, «Urban-Rural Differences in Fertility in Europe during the Demographic Transition», en COALE, A.J., y WATKINS, S.C., *The decline of fertility in Europe*. Princeton.
- SHUBERT, A., 1990, *Historia Social de España (1800-1990)*, Nerea, Madrid.
- SHUBERT, A., 1990b, «Autobiografías e historia social». *Historia Social*, 6.

- SIERRA, J., 1990, *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial*. Madrid. Siglo XXI.
- SIERRA, J., 1995, «Linajes obreros: movilidad geográfica y continuidad profesional en el tránsito de la manufactura a la fábrica», en *II Congreso de Historia Social: El trabajo a través de la historia*. Córdoba, 1995.
- SORIA, J., ECHAGÜE, M., y CORPAS, J.R., 1997, *Postales de Pamplona*. Iruñea-Pamplona.
- SOTO CARMONA, A., 1984, «Cuantificación de la mano de obra femenina (1860-1930)». en VVAA. *La mujer en la historia de España*. Madrid.
- SOTO CARMONA, A., 1989. *El trabajo industrial en la España contemporánea (1874-1936)*. Antrophos, Madrid.
- STEDMAN JONES, G., 1996, «The determinist fix: some obstacles to the further development of the linguistic approach to the history in the 1990s», *History Workshop Journal*, 42.
- STANSELL, J., 1989, «Respuesta a Joan Scott», *Historia Social*, 4.
- STONE, J.F., 1996, «Republican ideology, jender and class: France, 1860-1914», en Frader, R.R., y Rose, S.O., 1996a, *Gender and class in modern Europe*. Cornell University Press, Ithaca, New York.
- SUTCLIFFE, B., 1993, *Desarrollo Humano, una valoración crítica del concepto y del índice*. Lan Koadernoak, 11, Hegoa, EHU-UPV, Bilbao.
- SUTCLIFFE, B., 1995, «El derecho a la inmigración», ALBITE, P. (Coord.), *La tierra prometida: del sueño a la pesadilla, racismo e inmigración hoy*, Donostia, Gakoa.
- SUTCLIFFE, B., 1998, *Nacido en otra parte. Un ensayo sobre la migración internacional, el desarrollo y la equidad*. Hegoa, UPV-EHU, Bilbao.
- SZRETER, S., 1996, *Fertility, class, and gender in Britain, 1860-1940*. Cambrigde.
- TAYLOR, A.J. (comp.), 1986, *El nivel de vida en Gran Bretaña durante la revolución industrial*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- THOMAS, J., 1988, «Woman and capitalism: oppression or emancipation? A review article». *Comparative Studies in Society and History*, 30,3.
- THOMPSON, E.P., 1977, *La formación de la clase obrera inglesa*, Laia, Barcelona.
- THOMPSON, E.P., 1989, «Folklore, antropología e historia social»; *Historia Social*, 3.
- THOMPSON, E.P., 1995, *Costumbres en común*. Barcelona, Crítica.
- THOMPSON, E.P., 2000, *Agenda para una historia radical*, Barcelona, Crítica.
- TILLY, C. (1978) «Questions and conclusions», en Tilly, C. (ed.), *Historical Studies of changing fertility*, Princeton University Press.
- TILLY, C., 1991, *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza, Madrid.
- TILLY, L., y SCOTT, J.W., 1978, *Women, work and family*. Nueva York.
- TILLY, L.A., 1994, «Women, women's history, and the industrial revolution», en *Social Research*, 61, 1.
- TORRE, J. de la, y GARCÍA ZUÑIGA, M. (1998), «Hacienda foral y crecimiento económico en Navarra durante el siglo XIX», en TORRE, J. de la, y GARCÍA ZUÑIGA, M. (1998) (coords.) *Hacienda y crecimiento económico, la reforma de Mon, 50 años después*. Gobierno de Navarra, Marcial Pons, Barcelona.
- UGARTE, J., *La nueva Covadonga insurgente, Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- URABAYEN, F., 1925, *El barrio maldito*. Madrid.
- URABAYEN, L., 1953, *Biografía de Pamplona*. Iruñea-Pamplona.

- URRUTIKOETXEA, J., 1992, «*En una mesa y compañía*», *Caserío y familia campesina en la crisis de la «sociedad tradicional», Irún, 1786-1845*. San Sebastián.
- URRUTIKOETXEA, J., 1996, «Unas consideraciones previas al estudio de los fenómenos migratorios: entre la percepción vital y cotidiana del espacio y las pautas ordenadoras de raíz político-administrativa. Irún y Guipuzcoa entre 1766 y 1840/45», en GONZÁLEZ PORTILLA, M., y ZÁRRAGA, K., 1996, *Los movimientos migratorios en la construcción de las sociedades modernas*. Bilbao. Euskal Herriko Unibertsitatea-Universidad del País Vasco.
- VALVERDE, L., 1994, *Entre el deshonor y la miseria. Infancia abandonada en Guipúzcoa y Navarra, siglos XVIII y XIX*. Bilbao. EHU-UPV.
- VAN de WALLE, E., 1978, «La nupcialidad y la fecundidad marital» GLASS, D. V. y REVELLE, R. (dirs.) *Población y cambio social*, Madrid, Tecnos.
- VAN de WALLE, E., 1978, «Alone in Europe: the French fertility decline until 1850», en TILLY, C.,(ed.) 1978, *Historical Studies of Changing Fertility*. Princeton University Press.
- VAN de WALLE, F., 1986, «Infant Mortality and the European Demographic Transition», en COALE, A.J., y WATKINS, S.C., *The decline of fertility in Europe*. Princeton.
- VARELA, J., 1997, *El nacimiento de la mujer burguesa*, Ediciones La Piqueta, Madrid.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F., 1997, «Foucault y la historia social». *Historia Social*, 29.
- VILLARES, R., «La historia agraria de la España contemporánea, interpretaciones y tendencias», en DE LA GRANJA, J.L., REIG TAPIA, A., y MILLARES, R.: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI.
- VV.AA., 1996, *Mujeres en el mundo rural*. Hegoa, Instituto de Estudios sobre el Desarrollo y la Economía Internacional, UPV-EHU. Bilbao.
- VRIES, J. de, 1987, *La urbanización de Europa, 1500-1800*. Barcelona.
- WALL, R., 1990, «Trabajo, bienestar y familia: una ilustración de la economía familiar adaptativa», en BONFIELD, L., SMITH, R., y WRITHSON, K. (eds.) *El mundo que hemos ganado. Estudios sobre población y estructura social*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- WALL, R., 1997, «Characteristics of European family and household systems», en CHACÓN, F., y FERRER I ALOS, L. (eds.) *Familia, Casa y Trabajo*, tomo 4 de *Historia de la familia, nuevas perspectivas sobre la sociedad europea*, Universidad de Murcia.
- WEIR, D. (1994), «New estimates of nuptiality and marital fertility in France, 1740-1911», *Population Studies*, 48.
- WEISNER, Merry E., 1993, *Women and gender in early Modern Europe*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WOOLF, S., 1989, *Los pobres en la Europa Moderna*, Crítica, Barcelona.
- WOOLF, S. (edit.), 1991, *Domestic Strategies; work and family in France and Italy 1600-1800*, Cambridge University Press.
- WOOLF, S., 1994, «Teorías macro y microeconómicas y estrategias familiares: algunas reflexiones ingenuas y escépticas», *Boletín de la ADEH*, XII, 2/3.
- WOOLF, S., 1997, «The southern European family again, some perspectives of research», en CHACÓN, F., y FERRER I ALOS, L. (eds.) *Familia, Casa y Trabajo*, tomo 4 de *Historia de la familia, nuevas perspectivas sobre la sociedad europea*, Universidad de Murcia.

- WOODS, R., WATTERSON, P.A. y WOODWARD, J.H., 1988 y 1989 (I y II) «The causes of rapid infant mortality decline in England and Wales, 1681-1921», *Population Studies*, 42 y 43.
- WOODS, R., 1992, «Debate, working class fertility decline in Britain» *Past and Present*, 134.
- WRIGLEY, E.A., y SCHOFIELD, R.S., 1981, *The population history of England, 1541-1871. A reconstruction*. Cambridge.
- WRIGLEY, E.A., 1992, *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional*. Barcelona. Crítica.
- YABEN, H., 1916, *Los contratos matrimoniales en Navarra y su influencia en la estabilidad de la familia*. Madrid.
- YASUMOTO, M., 1990, «Economic and demographic implications of working-class housing in early Victorian Leeds», en VAN DER WOUDE, HAYAMI, y DE VRIES, *Urbanization in History, a Process of Dynamic Interactions*, Clarendon Press-Oxford.
- ZALDÚA, I., 1998, «Ekonomia versus ekologia: historiararitza-arentzako zenbait irakaspén», *Uztaro*, 25.
- ZARNOWSKA, A., 1997, «Social change, women and the family in the era of industrialization: recent Polish research» *Journal of Family History*, 22, 2.

Apéndice II.1

El movimiento natural de la población de Pamplona y la incidencia de los datos de la inclusa

En este apéndice se recoge la evolución anual de la población. El número de habitantes anuales se ha calculado a partir de las tasas de crecimiento anual intercensal, recogidas en el cuadro I. 5, excepto en los años censales, en los que se puede conocer el número exacto de habitantes. Las tasas de natalidad y mortalidad se han basado este cálculo de habitantes de cada año, excepto en los años censales.

	Nac.	Muert.	Crec. veget.	Habit.	C.veg /1000	Tasa mort.	Tasa natal.
1841	481	475	6				
1842	526	543	-17				
1843	603	759	-156	14.792	-10,55	51,31	40,77
1844	600	509	91	15.177	6,00	33,54	39,53
1845	583	661	-78	15.572	-5,01	42,45	37,44
1846	653	638	15	15.978	0,94	39,93	40,87
1847	612	735	-123	16.393	-7,50	44,84	37,33
1848	627	860	-233	16.820	-13,85	51,13	37,28
1849	687	805	-118	17.258	-6,84	46,64	39,81
1850	690	672	18	17.707	1,02	37,95	38,97
1851	692	733	-41	18.168	-2,26	40,35	38,09
1852	676	730	-54	18.641	-2,90	39,16	36,26
1853	706	773	-67	19.126	-3,50	40,42	36,91
1854	743	898	-155	19.624	-7,90	45,76	37,86
1855	641	1.705	-1.064	20.135	-52,84	84,68	31,83
1856	662	694	-32	20.659	-1,55	33,59	32,04
1857	710	852	-142	21.197	-6,70	40,19	33,50

	Nac.	Muert.	Crec. veget.	Habit.	C.veg /1000	Tasa mort.	Tasa natal.
1858	709	885	-176	21.749	-8,09	40,69	32,60
1859	727	916	-189	22.315	-8,47	41,05	32,58
1860	716	720	4	22.896	-0,17	31,45	31,27
1861	824	754	0	23.046	3,04	32,72	35,75
1862	759	896	-137	23.197	-5,91	38,63	32,72
1863	809	1.011	-202	23.349	-8,65	43,30	34,65
1864	785	976	-191	23.502	-8,13	41,53	33,40
1865	799	923	-124	23.655	-5,24	39,02	33,78
1866	778	873	-95	23.810	-3,99	36,66	32,67
1867	749	787	-38	23.966	-1,59	32,84	31,25
1868	734	903	-169	24.123	-7,01	37,43	30,43
1869	722	863	-141	24.281	-5,81	35,54	29,74
1870	722	754	-32	24.440	-1,31	30,85	29,54
1871				24.600			
1872				24.722			
1873				24.845			
1874				24.969			
1875				25.093			
1876				25.218			
1877				25.344			
1878				25.470			
1879				25.596			
1880	849	915	-66	25.724	-2,57	35,57	33,00
1881	972	1.015	-43	25.852	-1,66	39,26	37,60
1882	742	1.201	-459	25.980	-17,67	46,23	28,56
1883	935	1.168	-233	26.110	-8,92	44,73	35,81
1884	967	1.024	-57	26.239	-2,17	39,03	36,85
1885	916	944	-28	26.370	-1,06	35,80	34,74
1886	955	1.162	-207	26.501	-7,81	43,85	36,04
1887	980	1.027	-47	26.633	-1,76	38,56	36,80
1888	890	967	-77	26.800	-2,87	36,08	33,21
1889	993	929	64	26.968	2,37	34,45	36,82
1890	886	876	10	27.137	0,37	32,28	32,65
1891	965	1.274	-309	27.307	-11,32	46,65	35,34
1892	992	1.026	-34	27.478	-1,24	37,34	36,10
1893	938	1.114	-176	27.650	-6,37	40,29	33,92
1894	865	985	-120	27.823	-4,31	35,40	31,09
1895	889	1.082	-193	27.998	-6,89	38,65	31,75
1896	867	1.143	-276	28.173	-9,80	40,57	30,77
1897	867	1.001	-134	28.350	-4,73	35,31	30,58
1898	807	1.024	-217	28.527	-7,61	35,90	28,29
1899	825	1.195	-370	28.706	-12,89	41,63	28,74
1900	868	1.053	-185	28.886	-6,40	36,45	30,05
1901	795	1.055	-260	28.944	-8,98	36,45	27,47
1902	790	849	-59	29.002	-2,03	29,27	27,24

	Nac.	Muert.	Crec. veget.	Habit.	C.veg /1000	Tasa mort.	Tasa natal.
1903	850	858	-8	29.061	-0,28	29,52	29,25
1904	724	876	-152	29.119	-5,22	30,08	24,86
1905	726	873	-147	29.178	-5,04	29,92	24,88
1906	699	826	-127	29.236	-4,34	28,25	23,91
1907	724	859	-135	29.295	-4,61	29,32	24,71
1908	816	828	-12	29.354	-0,41	28,21	27,80
1909	774	733	41	29.413	1,39	24,92	26,32
1910	772	773	-1	29.472	-0,03	26,23	26,19
1911	793	910	-117,00	29.774	-3,93	30,56	26,63
1912	909	677	232	30.079	7,71	22,51	30,22
1913	811	742	69	30.387	-2,27	24,42	26,69
1914	841	770	71	30.699	2,31	25,08	27,40
1915	882	820	62	31.013	2,00	26,44	28,44
1916	808	762	46	31.331	1,47	24,32	25,79
1917	833	852	-19	31.652	-0,60	26,92	26,32
1918	800	1.302	-502	31.976	-15,70	40,72	25,02
1919	828	872	-44	32.304	-1,36	26,99	25,63
1920	902	929	-27	32.635	-0,83	28,47	27,64
1921	889	976	-87	33.489	-2,60	29,14	26,55
1922	914	854	60	34.366	1,75	24,85	26,60
1923	883	939	-56	35.266	-1,59	26,63	25,04
1924	955	865	90	36.189	2,49	23,90	26,39
1925	947	954	-7	37.137	-0,19	25,69	25,50
1926	948	1.017	-69	38.109	-1,81	26,69	24,88
1927	1.008	880	128	39.106	3,27	22,50	25,78
1928	1.014	933	81	40.130	2,02	23,25	25,27
1929	975	945	30	41.181	0,73	22,95	23,68
1930	1.040	964,35	75,65	42.259	1,79	22,82	24,61

Porcentaje de nacidos en la inclusa

Uno de los problemas del estudio demográfico en el marco urbano es el papel que las ciudades juegan dentro de la comarca en la que se enmarcan, y en concreto el hecho de que muchas personas que no residen en ellas puedan nacer o morir en ellas, apareciendo registradas fuera de su marco de residencia. Si bien esto es un problema serio para la demografía más contemporánea, por el hecho del papel de los centros hospitalarios en esta cuestión, también en el pasado nos encontramos con problemas de este tipo, aunque en menor medida, dado que la mayoría de las personas nacían y morían en su casa hasta bien entrado el siglo XX, y por lo tanto, eran registradas claramente en su lugar de residencia. En el caso de Pamplona sí que nos encontramos, sin embargo, con una institución que va a suponer una cierta variación en el estudio demográfico. Nos referimos a la Inclusa, en la que se

recogían niños y niñas que por diversas causas eran o admitidos legalmente o recogidos tras ser abandonados¹⁸⁵. Muchos de estos niños y niñas habían nacido o bien en la provincia de Navarra o en la de Guipúzcoa, y muchos de ellos también volverían a sus pueblos según el tipo de régimen en el que la Inclusa se hiciera cargo de su manutención y cuidado, pero sin embargo eran bautizados en la parroquia de la Inclusa o del Hospital Provincial¹⁸⁶, y aparecen cuantificados dentro de las cifras de natalidad de la ciudad. A su vez, este grupo de niños y niñas, debido a las condiciones de abandono y a la escasez de medios, también constituían un porcentaje importante de la mortalidad infantil.

En el cuadro siguiente aparece el porcentaje que ocupaban los niños y niñas bautizados en la Inclusa dentro del total de bautizados en la ciudad.

Porcentaje de bautizados en la Inclusa (*) sobre el total de nacidos en Pamplona

	1842	1843	1844	1859	1860	1861	1886	1887	1888
Total nacidos Pamp.	481	526	603	727	716	824	980	890	993
Baut. Inclusa(*)	90	136	120	158	146	141			
% del total nac	18,71	25,86	19,9	21,73	20,4	17,1			

	1909	1910	1911	1929	1930	1931
Total nacidos Pamp.	774	772	793	975	1.040	1.072
Baut. Inclusa(*)	146	142	140	158	162	138
% del total nac	18,86	18,39	17,65	16,21	15,6	12,9

(*). Bajo este conjunto aparecen los niños y niñas de padres desconocidos que son bautizados en la Inclusa o en el Hospital Provincial, según las fechas, o que en el registro civil aparecen como nacidos/domiciliados en ambas instituciones.

Fuente: elaboración propia a partir de los datos del Registro Civil Municipal. Archivo Municipal de Pamplona.

De todos modos, tampoco podemos caer en el reduccionismo de pensar que los niños y niñas abandonados eran en su totalidad ilegítimos, ya que la pobreza empujaba a muchas familias a recurrir al abandono ante la imposibilidad de alimentarlos (Valverde, 1994)

Otra dificultad con la que nos encontramos se refiere a un corto periodo de tiempo del que carecemos de datos fiables. Se trata de la década de los setenta del siglo pasado, en la que se juntan algunos factores que nos imposibilitan la cuantificación exacta de las tasas vitales. Por un lado, se trata de unos

¹⁸⁵ Para un estudio completo del funcionamiento y significado social de la Inclusa de Pamplona es imprescindible el estudio de L. Valverde (1994).

¹⁸⁶ En este caso aparece anotado que habían sido recogidos en la Inclusa.

años de importante agitación política, en concreto con la guerra carlista que Pamplona y Navarra viven con intensidad, con lo que esto supone de confusión y descontrol. Además, en el año 1870, como ya hemos apuntado anteriormente, se produce una interrupción del registro civil municipal, y hay que esperar a 1880 para disponer de nuevos datos del ya recién establecido registro civil puesto en marcha en todo el estado. Por lo tanto, carecemos de datos para el intervalo 1870-1880. Esto es un inconveniente importante para conocer el impacto demográfico de la II Guerra Carlista en la ciudad, pero sin embargo pienso que no afecta significativamente a los principales problemas historiográficos a los que nos enfrentamos en la investigación, la interrelación entre desarrollo económico y comportamiento demográfico de las familias de Pamplona en un marco temporal de larga duración.

Apéndice II.2

Clasificación profesional utilizada

La actividad profesional de las personas incluidas en la lista ha sido registrada de manera literal en una primera instancia, pero posteriormente las he clasificado en función de los sectores económicos tradicionales, primario, secundario y terciario. De todos modos, al avanzar en esa clasificación he utilizado criterios diferentes en función de los objetivos perseguidos en cada momento. En primer lugar, y es la clasificación que he seguido en el capítulo II y en las partes del capítulo V relativas a la segmentación del mercado laboral en función de valores de género, he profundizado en la clasificación sectorial, especificando, siempre que fuera posible, los subsectores de producción, fruto de lo cual es la clasificación siguiente.

Empleos de la población activa en el mercado laboral

- I. Agricultura/ganadería
- I. Minas y canteras
- II. Jornaleros
- II. Alimentación
- II. Textil
- II. Madera
- II. Papel
- II. Química
- II. Metal
- II. Maquinaria y bienes de equipo
- II. Mat. eléctrico y electrónico
- II. Material de transporte
- II. Electricidad y agua
- II. Construcción
- II. Otros
- III. Comercio y hostelería
- III. Lavanderas

- III. Propietarios
 - III. Servicio doméstico
 - III. Transportes y comunicaciones
 - III. Finanzas, seguros y serv. a empr.
 - III. Administración pública
 - III. Educación
 - III. Salud
 - III. Clero
 - III. Otros
-

Esta clasificación la he confeccionado priorizando un criterio sectorial, e intentando establecer una continuidad, en la medida de lo posible, con las categorías que se recogen en los censos y padrones posteriores al periodo estudiado en profundidad durante la tesis. Uno de los problemas que he tenido al realizar la clasificación es la importancia que en las hojas familiares informatizadas tienen dos categorías profesionales ambiguas en cierto modo. Por un lado está la de los jornaleros, que, teniendo en cuenta la situación económica de la ciudad, están incluidos en el sector secundario, y podemos pensar que la mayor parte de ellos serían trabajadores no cualificados que generalmente trabajarían en la construcción y en alguna pequeña fábrica, frente a los artesanos cualificados, que aparecen con su profesión. Por otro lado, son también importantes los clasificados como «empleados», situación esta que creo que nos estaría hablando de «trabajadores de cuello blanco», generalmente empleados en el sector servicios. A pesar de que una pequeña parte de ellos pudiera también trabajar en la gestión de pequeños talleres o fábricas, he decidido incluirlos en el sector servicios, dentro del subsector genérico de «otros».

Teniendo en cuenta que algunas de las categorías recogidas en esta clasificación sectorial son ajenas al periodo estudiado y que un análisis más ágil de la realidad exige simplificar en parte la diversidad sectorial reflejada en el cuadro anterior, he realizado una nueva clasificación sectorial más útil para este trabajo, utilizada en el capítulo sobre migraciones, que es la que se recoge a continuación.

-
- I. Agríc. y ganad.
 - II. Artesanos
 - II. Jornaleros
 - III. Sirvientes
 - III. Prof. lib.
 - III. Otros serv.
 - III. Propietarios
 - III. Clero
-

Ahora bien, si una de las virtudes de esta clasificación es la posibilidad de calibrar el peso de los diferentes sectores económicos y la realidad secto-

rial de la segmentación del mercado de trabajo, así como comparar su peso en el periodo histórico estudiado con la evolución posterior de la ciudad, creo que también presenta el inconveniente de mezclar dentro de los mismos sectores diferentes posiciones sociales, sobre todo en torno a la posesión de algún medio de producción, y, en el caso de los asalariados, las diferencias entre las diferentes cualificaciones. Es por eso que, a la hora de analizar las diferencias sociales en la formación del hogar y en los ingresos económicos, en los años de 1860, 1887 y 1930, he elaborado una clasificación que ha intentado diferenciar en la medida de lo posible los trabajadores asalariados de los propietarios de una unidad productiva. Además, he diferenciado a los hombres de las mujeres cabezas de familia, ya que, incluso en el caso de compartir sector y posición social con hogares de cabeza masculino, los hogares encabezados por mujeres presentan características propias. A continuación presento la clasificación de hogares de 1860 y 1887 para el análisis familiar.

-
- I. (Jornaleros o asalariados)
 - I. No jornaleros
 - II. Artesanos. (jornaleros o asalariados)
 - II. Artesanos (no jornaleros)
 - II. Artesanas (mujeres)
 - II. Jornaleros (sin cualificación)
 - III. Asalariados.
 - III. Empleados..
 - III. No asalariados (fundamentalmente comercio y hostelería).
 - III. Mujeres.
 - III. Mujeres lavanderas.
 - III. Profesiones liberales
 - III. Propietarios
 - III. Sirvientes
 - III. Clero
-

En cuanto a esta clasificación, hay que decir que en 1860 y 1887, en el caso de labradores y artesanos, al lado de la profesión aparece a menudo el adjetivo «jornalero», de manera que podemos diferenciar en estos años si la persona en cuestión era trabajadora independiente o asalariada. Quizás no todos los que no aparecen como «jornaleros» tuvieran una explotación agrícola o artesanal propia, pero sí es seguro que el grupo adjetivado como «jornalero» estaría desprovisto de ella, dependiendo sus ingresos de su trabajo asalariado. También en el caso del sector servicios he distinguido los individuos que aparecen con profesión asalariada (dependientes, ferroviarios...), y he hecho otro grupo aparte con los asalariados «empleados», que seguramente tenían un más alto status social. Además, he distinguido también a las mujeres, y dentro de ellas a las lavanderas. Para el año 1930 he mantenido estos

criterios, pero la diversidad se ha reducido, al no aparecer especificado en labradores y artesanos los que son jornaleros o asalariados, y al descender el número de mujeres con oficio cabeza de familia.

Esta clasificación me ha resultado muy útil para diferenciar los comportamientos familiares según la posición social en relación a la propiedad de los medios de producción y al sexo de los cabezas de familia, y ha quedado de manifiesto en el capítulo IV la importancia de este factor en este tipo de comportamientos. Por eso, y de cara a poder profundizar en la evolución del ciclo vital y en la relación entre profesiones e inmigración, he vuelto a realizar una modificación en los datos en el caso de 1887, agrupando a los jornaleros sin cualificar con los asalariados labradores, artesanos y del sector servicios, con el objeto de poder profundizar con mayor fiabilidad en los análisis del ciclo vital en relación con la coresidencia en el capítulo IV. He perdido en precisión sociológica, pero he ganado en representatividad de la muestra para poder seguir haciendo subdivisiones en función del origen (nativo o inmigrante), poder subdividir en grupos de 10 años la edad del cabeza de familia en el estudio de los hijos e hijas residentes en el hogar, y captar mejor las diferentes lógicas de la complejidad analizando de manera detallada los tipos de parientes coresidentes en función del ciclo vital.

En conclusión, he ido modelando la clasificación profesional en función de los objetivos de cada apartado, primando en unos momentos la clasificación sectorial y en otros que ha sido posible, además de la división sectorial, la posición social derivada de la relación con los medios de producción, que creo que es más útil para el análisis social de los comportamientos familiares.

Apéndice II.3

Números totales de la muestra y del conjunto de la población según los sectores profesionales

En este apéndice he querido recoger los totales de individuos (hombres y mujeres) de cada grupo profesional, en primer lugar los recogidos en la muestra, y en segundo los calculados para el total de la población, a partir de un cálculo proporcional del que está excluida la población militar acuartelada, por no estar recogida en la muestra.

1843

	Muestra			Total población		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
I.	239	15	254	704	44	748
II. Construcción	92	2	94	271	6	277
II. Otros	30	2	32	88	6	94
II. Alimentación.	49	3	52	144	9	153
II. Jornaleros	48	4	52	141	12	153
II. Metal	39	2	41	115	6	121
II. Textil	213	57	270	627	168	795
III. Administración	33	1	34	97	3	100
III. Comercio-hostel.	80	47	127	236	138	374
III. Enseñanza	10	0	10	29	0	29
III. Medicina	18	2	20	53	6	59
III. Otros	108	0	108	318	0	318
III. Clero	43	0	43	127	0	127
III. Lavanderas	0	34	34	0	100	100
III. Propietarios	21	13	34	62	38	100
III. Sirvientes	68	373	441	200	1.099	1.299
III. Transporte	3	1	4	9	3	12
Sin profesión	744	1.790	2.534	2.192	5.273	7.465
Total	1.838	2.346	4.184	5.415	6.911	12.326

	Muestra			Total población		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
I.	162	11	173	741	50	792
II. Construcción	124	0	124	567	0	567
II. Otros	50	3	53	229	14	243
II. Alimentación.	44	6	50	201	27	229
II. Jornaleros	55	17	72	252	78	329
II. Metal	34	3	37	156	14	169
II. Textil	182	79	261	833	361	1.194
III. Administración	36	1	37	165	5	169
III. Comercio-hostel.	99	61	160	453	279	732
III. Enseñanza	9	2	11	41	9	50
III. Medicina	13	0	13	59	0	59
III. Otros	97	16	113	444	73	517
III. Clero	30	1	31	137	5	142
III. Lavanderas	1	29	30	5	133	137
III. Propietarios	37	37	74	169	169	339
III. Sirvientes	108	368	476	494	1.684	2.178
III. Transporte	21	0	21	96	0	96
Sin profesión	927	1.867	2.794	4.241	8.542	12.784
Total	2.029	2.501	4.530	9.284	11.443	20.727

	Muestra			Total población		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
I.	155	9	164	753	44	796
II. Construcción	126	0	126	612	0	612
II. Otros	63	8	71	306	39	345
II. Alimentación.	23	5	28	112	24	136
II. Jornaleros	243	10	253	1.180	49	1.228
II. Metal	49	0	49	238	0	238
II. textil	94	101	195	456	490	947
III. Administración	58	0	58	282	0	282
III. Comercio-hostel.	75	60	135	364	291	655
III. Enseñanza	10	7	17	49	34	83
III. Medicina	15	0	15	73	0	73
III. Otros	201	14	215	976	68	1.044
III. Clero	69	48	117	335	233	568
III. Propietarios	19	19	38	92	92	184
III. Sirvientes	50	327	377	243	1.588	1.830
Sin profesión	933	2.077	3.010	4.530	10.084	14.613
Total	2183	2685	4868	10598	13036	23634

1910

	Muestra			Total población		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
I.	117	10	127	607	52	659
II. Construcción	144	2	146	747	10	757
II. Otros	35	3	38	181	16	197
II. Alimentación.	39	2	41	202	10	213
II. Jornaleros	281	28	309	1.457	145	1.602
II. Metal	45	1	46	233	5	239
II. Textil	125	103	228	648	534	1.182
III. Administración	36	0	36	187	0	187
III. Comercio-hostel.	195	70	265	1.011	363	1.374
III. Enseñanza	6	22	28	31	114	145
III. Medicina	19	1	20	99	5	104
III. Otros	217	7	224	1.125	36	1.162
III. Clero	26	60	86	135	311	446
III. Lavanderas	0	23	23	0	119	119
III. Propietarios	30	22	52	156	114	270
III. Sirvientes	18	368	386	93	1.908	2.002
III. Transporte	25	0	25	130	0	130
Sin profesión	925	2.321	3246	4.797	12.036	16.833
Total	2.283	3.043	5.326	11.839	15.780	27.619

1930

	Muestra			Total población		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
I.	55	3	58	482	26	509
II. Construcción	159	4	163	1394	35	1.429
II. Otros	46	7	53	403	61	465
II. Alimentación.	36	2	38	316	18	333
II. Jornaleros	292	28	320	2.560	245	2.806
II. Metal	20	0	20	175	0	175
II. Textil	80	61	141	701	535	1.236
III. Administración	32	1	33	281	9	289
III. Comercio-hostel.	136	20	156	1.192	175	1.368
III. Enseñanza	10	25	35	88	219	307
III. Medicina	19	2	21	167	18	184
III. Otros	282	17	299	2.472	149	2.621
III. Clero	59	94	153	517	824	1.341
III .Lavanderas	0	9	9	0	79	79
III. Propietarios	48	2	50	421	18	438
III. Sirvientes	9	269	278	79	2.358	2.437
III. Transporte	66	0	66	579	0	579
Sin profesión	844	2.083	2.927	7.400	18.263	25.662
Total	2193	2627	4820	19227	23032	42259

Apéndice III.1

Clasificación comarcal de los pueblos y valles de Navarra

Estos son los valles y localidades de cada comarca:

Valles Cantábricos: Baztán (con Urdax, Maya, Zugarramurdi), Cinco Villas, Santesteban, Sumbilla, Bertizarana y Basaburua Menor.

Valles Meridionales: Araiz, Larraun, Basaburua Menor, Ulzama, Atez, Anue-Lanz, Odieta e Imoz.

Barranca-Burunda: Araquil, Aranaz y Burunda

Pirineo Occidental: Valles de Esteribar, Erro, Aezcoa, y Arce

Pirineo Oriental: Salazar, Roncal y Almiradío de Navascués.

Cuenca de Pamplona: Cendeas de Cizur, Galar, Iza, Ansoain, Olza, y Valles de Echauri, Juslapeña, Gulina, Olo, Olaibar, Ezcabarte, Egües, Aranguren y Elorz.

Cuenca de Lumbier-Aoiz: Valles de Lizoain, Lónguida-Aoiz, Urraul, Romanzado, Unciti, Izagaondoa e Ibargoiti-Monreal

Media Occidental: Valles de Amescoa baja, Amescoa alta, Lana, Goñi, Aguilar, Berrueza, Ega, Allín, Yerri, Guesalaz, Mañeru, La Solana, Santesteban y Partido de Los Arcos, Viana y Estella.

Media Oriental: Valdizarbe, Valdorba, Valdeaiabar, San Martín de Unx y Beire, Tafalla, Olite, Uxué, Artajona y Pitillas.

Ribera Occidental: Mendavia, Carcar, Lodosa, Sartaguda, Sesma, Lerín, Andosilla, San Adrián, Azagra, Mendigorrià, Miranda, Berbinzana, Falces, Larraga, Funes, Peralta,

Ribera Central: Arguedas, Cadreita, Caparroso, Carcastillo, Marcilla, Mélida, Milagro, Murillo el Cuende, Murillo el Fruto, Santacara, Valtierra, Villafranca.

Ribera Tudelana: Ablitas, Barillas, Buñuel, Cabanillas, Cascante, Cintruénigo, Corella, Cortes, Fitero, Fontellas, Fustiñana, Monetagudo, Murchante, Ribaforada, Tudela y Tulebras.

Apéndice III.2

Relación entre profesiones y origen geográfico

III.2.1. Procedencia de los inmigrantes activos, por profesiones (% de cada profesión)

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1843

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	16,1	30,8	10	10	19,3	13,2	6,7	32,2	25
Z. media/cuencas	78,9	30,4	72,5	55	37,3	47,2	60	53,0	49,6
Ribera	1,9	9,6	12,5	20	4,3	9,4	6,7	4,6	6,2
C.A.V. y P.V. norp.	0	11,2	0	10	7,4	9,4	13,3	6,3	6,8
Aragón	0,6	2,7	0	0	4,3	1,9	0	1,1	1,9
Castilla-león	0,6	3,5	2,5	5	6,2	9,4	0	0	2,5
Otras proc.	1,9	11,9	2,5	0	21,1	9,4	13,3	2,7	8
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1860

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	14,6	23,5	16,4	26,7	17,6	20	20,6	36,4	25,3
Z. media/cuencas	78,0	28,7	58,2	33,3	43,6	15	38,2	47,1	43,3
Ribera	2,4	7,4	3,6	40	8,8	17,5	17,6	5,7	7,4
C.A.V. y P.V. norp.	1,6	19,9	0	0	7	2,5	8,8	6,2	9,5
Aragón	0,8	2,5	7,3	0	4	0	2,9	1,2	2,3
Castilla-León	0	6,3	5,4	0	5,3	7,5	5,9	0,7	3,6
Otras proc.	2,4	11,7	9,1	0	13,7	37,5	5,9	2,6	8,6
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1887

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	16,8	16,4	14,2	16	18,6	5,6	43,5	24,4	17,9
Z. media/cuencas	68,1	48,8	55,7	40	43,0	15,0	21,7	56,6	48,7
Ribera	6,2	8,2	7,1	3	5	9,3	4,3	3,6	5,9
C.A.V. y P.V. norp.	0	6,8	3,3	5	2,3	2,8	13	3,9	4
Aragón	2,6	5,8	4,2	5	6,8	3,7	4,3	3,9	4,8
Cast. León	3,5	4,1	7,1	11	7,7	22,4	4,3	2,4	6,6
Otras proc.	2,6	9,6	8,5	20	16,3	41,1	8,7	4,8	11,9
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1910

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	13,5	12,3	9,85	21,5	14,3	9,59	20,8	16,6	14,0
Z. media/cuencas	63,5	48,1	60,6	40	42,3	28,8	41,7	64,8	52,4
Ribera	16,3	10,4	9,36	4,62	12,3	13,7	12,5	11,4	11,3
C.A.V. y P.V. norp.	0	4,23	1,97	10,8	3	8,22	16,7	2,41	3,60
La Rioja	0	3,85	1,97	1,54	3,33	1,37	0	0,301	1,98
Aragón	0,962	9,62	2,46	4,62	8	5,48	4,17	0,602	4,78
Castilla León	0,962	4,62	6,40	3,08	5,67	8,22	0	1,20	4,04
Otras proc.	1,92	6,54	7,39	12,3	10,3	24,7	4,17	1,81	7,20
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen del total de los inmigrantes por profesiones. 1930

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	9,62	12,2	13,1	12,4	11	15,9	29,4	23,2	14,9
Z. media/cuencas	82,7	54,1	62,9	40,9	40,7	17,1	41,2	51,4	49,0
Ribera	5,77	12,7	6,10	2,92	11,3	8,54	14,7	12,4	9,72
C.A.V. y P.V. norp.	0	6,11	5,16	14,6	4,33	9,76	2,94	4,25	5,97
La Rioja	0	3,93	0,939	1,46	5,67	6,10	2,94	1,93	3,14
Aragón	0	1,75	1,41	3,65	4,67	8,54	2,94	1,93	2,99
Castilla León	0	3,06	4,69	8,03	10,3	8,54	2,94	3,86	5,90
otras proc.	0	6,11	5,63	16,1	12	25,6	2,94	1,16	8,35
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

III.2.2. Profesión de los inmigrantes activos según el origen

Profesión de los inmigrantes activos según el origen. 1843

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	9,67	29,7	1,49	0,74	11,5	2,60	0,37	43,9	100
Z. media/cuenc.	23,8	14,8	5,43	2,06	11,2	4,68	1,69	36,3	100
Ribera	4,48	37,3	7,46	5,97	10,4	7,46	1,49	25,4	100
CAV./P.V. norp.	0	39,7	0	2,74	16,4	6,85	2,74	31,5	100
Aragón	5	35	0	0	35	5	0	20	100
Castilla-León	3,70	33,3	3,70	3,70	37,0	18,5	0	0	100
Otras proc.	3,49	36,0	1,16	0	39,5	5,81	2,33	11,6	100
Total	15,0	24,2	3,72	1,86	15,0	4,93	1,39	34,0	100

Profesión de los inmigrantes activos según el origen.1860

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	5,56	26,5	2,78	1,23	12,3	2,47	2,16	46,9	100
Z. media/cuenc.	17,3	19,0	5,78	0,902	17,9	1,08	2,35	35,6	100
Ribera	3,16	28,4	2,11	6,32	21,1	7,37	6,32	25,3	100
CAV./P.V. norp.	1,65	60,3	0	0	13,2	0,826	2,48	21,5	100
Aragón	3,45	31,0	13,8	0	31,0	0	3,45	17,2	100
Castilla-León	0	50	6,52	0	26,1	6,52	4,35	6,52	100
Otras proc.	2,73	39,1	4,55	0	28,2	13,6	1,82	10	100
Total	9,62	28,6	4,30	1,17	17,7	3,13	2,66	32,7	100

Profesión de los inmigrantes activos según el origen. 1887

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	7,57	19,1	12,0	6,37	16,3	2,39	3,98	32,3	100
Z. media/cuenc.	11,3	21,0	17,3	5,87	13,9	2,35	0,733	27,6	100
Ribera	8,43	28,9	18,1	3,61	13,3	12,0	1,20	14,5	100
CAV./P.V. norp.	0	35,7	12,5	8,93	8,93	5,36	5,36	23,2	100
Aragón	4,48	25,4	13,4	7,46	22,4	5,97	1,49	19,4	100
Cast. León	4,35	13,0	16,3	12,0	18,5	26,1	1,09	8,70	100
Otras proc.	1,80	16,8	10,8	12,0	21,6	26,3	1,20	9,58	100
Total	8,07	20,9	15,1	7,14	15,8	7,64	1,64	23,7	100

Profesión de los inmigrantes activos según el origen. 1910

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	7,37	16,8	10,5	7,37	22,6	3,68	2,63	28,9	100
Z. media/cuenc	9,26	17,5	17,3	3,65	17,8	2,95	1,40	30,2	100
Ribera	11,0	17,5	12,3	1,95	24,0	6,49	1,95	24,7	100
CAV./P.V. norp.	0	22,4	8,16	14,3	18,4	12,2	8,16	16,3	100
La Rioja	0	37,0	14,8	3,70	37,0	3,70	0	3,70	100
Aragón	1,54	38,5	7,69	4,62	36,9	6,15	1,54	3,08	100
Cast. León	1,82	21,8	23,6	3,64	30,9	10,9	0	7,27	100
Otras proc.	2,04	17,3	15,3	8,16	31,6	18,4	1,02	6,12	100
Total	7,64	19,1	14,9	4,78	22,0	5,36	1,76	24,4	100

Profesión de los inmigrantes activos según el origen. 1930

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	2,58	14,4	14,4	8,76	17,0	6,70	5,15	30,9	100
Z. media/cuenc	6,72	19,4	20,9	8,75	19,1	2,19	2,19	20,8	100
Ribera	2,36	22,8	10,2	3,15	26,8	5,51	3,94	25,2	100
CAV./P.V. norp.	0	17,9	14,1	25,6	16,7	10,3	1,28	14,1	100
La Rioja	0	22,0	4,88	4,88	41,5	12,2	2,44	12,2	100
Aragón	0	10,3	7,69	12,8	35,9	17,9	2,56	12,8	100
Cast. León	0	9,09	13,0	14,3	40,3	9,09	1,30	13,0	100
Otras proc.	0	12,8	11,0	20,2	33,0	19,3	0,917	2,75	100
Total	3,98	17,5	16,3	10,5	23,0	6,28	2,60	19,8	100

III.2.3. origen de los recién llegados, por profesiones.

Origen de los recién llegados, por profesiones. 1843

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	15,2	25,6	0	0	5	0	0	31,2	24,6
Z. media/cuenc	72,7	27,9	66,7	66,7	30	42,9	0	53,9	50
Ribera	6,06	6,98	33,3	33,3	5	0	0	4,55	5,68
CAV./P.V. norp.	0	9,30	0	0	10	14,3	0	5,84	6,06
Aragón	0	2,33	0	0	10	0	0	1,30	1,89
Castilla-León	3,03	4,65	0	0	10	28,6	0	0	2,65
otras proc.	3,03	23,3	0	0	30	14,3	100	3,25	9,09
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen de los recién llegados, por profesiones. 1860

	I	II art.	II jorn.	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	21,4	17,2	10	6,67	0	0	34,0	26,5
Z. media/cuenc	64,3	17,2	60	33,3	12,5	50	43,3	40,2
Ribera	0	6,90	0	0	0	0	7,80	5,94
CAV./P.V. norp.	0	27,6	0	20	0	0	7,80	10,0
Aragón	0	6,90	0	6,67	0	50	2,13	3,20
Castilla-León	0	6,90	20	0	0	0	0,709	2,28
Otras proc.	14,3	17,2	10	33,3	87,5	0	4,26	11,9
Total	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen de los recién llegados, por profesiones. 1887

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	19,0	16,7	20	5	26,7	2,94	0	22,9	17,4
Z. media/cuenc	71,4	33,3	40	15	36,7	8,82	0	52,5	38,9
Ribera	0	5,56	16,7	5	0	5,88	0	4,24	5,14
CAV./P.V. norp.	0	11,1	0	10	0	2,94	50	2,54	4,18
Aragón	0	11,1	6,67	5	3,33	2,94	0	5,93	5,47
Cast. León	0	2,78	10	12,5	23,3	23,5	0	1,69	8,36
otras proc.	0	8,33	3,33	42,5	6,67	52,9	0	4,24	14,8
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen de los recién llegados, por profesiones. 1910

	I	II art.	II jorn.	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	0	28,6	0	0	9,09	0	19,7	15,3
Z. media/cuen.	100	28,6	54,5	0	45,5	33,3	54,5	49,2
Ribera	0	7,14	18,2	0	9,09	0	13,6	11,0
CAV./P.V. norp.	0	0	0	0	0	0	1,52	0,85
La Rioja	0	0	0	0	9,09	0	1,52	1,69
Aragón	0	21,4	0	0	0	8,33	1,52	4,24
Cast. León	0	7,14	18,2	0	0	8,33	1,52	4,24
Otras proc.	0	7,14	9,09	0	9,09	41,7	3,03	9,32
Total	100	100	100	100	100	100	100	100

Origen de los recién llegados, por profesiones. 1930

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	14,3	18,2	22,2	40	5,56	0	0	19,3	16,9
Z. media/cuenc	71,4	54,5	27,8	60	22,2	16,7	0	61,4	47,6
Ribera	0	9,09	16,7	0	11,1	33,3	100	7,02	11,3
CAV./P.V. norp.	0	9,09	11,1	0	16,7	0	0	1,75	5,65
La Rioja	0	0	0	0	5,56	0	0	0	0,80
Aragón	0	0	5,56	0	5,56	33,3	0	1,75	4,03
Castilla León	0	0	0	0	11,1	0	0	5,26	4,03
Otras proc.	0	0	11,1	0	11,1	16,7	0	1,75	4,84
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

III.2.4. profesiones de los rec. llegados, según el origen.

Profesiones de los rec. llegados, según el origen. 1843

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	7,69	16,9	0	0	1,54	0	0	73,8	100
Z. media/cuenc	18,2	9,09	1,52	1,52	4,55	2,27	0	62,9	100
Ribera	13,3	20	6,67	6,67	6,67	0	0	46,7	100
CAV./P.V. norp.	0	25	0	0	12,5	6,25	0	56,2	100
Aragón	0	20	0	0	40	0	0	40	100
Castilla-león	14,3	28,6	0	0	28,6	28,6	0	0	100
Otras proc.	4,17	41,7	0	0	25	4,17	4,17	20,8	100
Total	12,5	16,3	1,14	1,14	7,58	2,65	0,38	58,3	100

Profesiones de los rec. llegados, según el origen. 1860

	I	II art.	II jorn.	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	5,17	8,62	1,72	1,72	0	0	82,8	100
Z. media/cuenc	10,2	5,68	6,82	5,68	1,14	1,1	69,3	100
Ribera	0	15,4	0	0	0	0	84,6	100
CAV./P.V. norp.	0	36,4	0	13,6	0	0	50	100
Aragón	0	28,6	0	14,3	0	14,3	42,9	100
Castilla-León	0	40	40	0	0	0	20	100
Otras proc.	7,69	19,2	3,85	19,2	26,9	0	23,1	100
Total	6,39	13,2	4,57	6,85	3,65	0,9	64,4	100

Profesiones de los rec. llegados, según el origen. 1887

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	7,41	11,1	11,1	3,70	14,8	1,85	0	50	100
Z. media	12,4	9,92	9,92	4,96	9,09	2,48	0	51,2	100
Ribera	0	12,5	31,2	12,5	0	12,5	0	31,2	100
CAV./P.V. norp.	0	30,8	0	30,8	0	7,69	7,69	23,1	100
Aragón	0	23,5	11,8	11,8	5,88	5,88	0	41,2	100
Cast. León	0	3,85	11,5	19,2	26,9	30,8	0	7,69	100
Otras proc.	0	6,52	2,17	37,0	4,35	39,1	0	10,9	100
Total	6,75	11,6	9,65	12,9	9,65	10,9	0,64	37,9	100

Profesiones de los rec. llegados, según el origen. 1910

	I	II art.	II jorn.	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	0	22,2	0	0	5,56	0	72,2	100
Z. media/cuenc	5,17	6,90	10,3	0	8,62	6,90	62,1	100
Ribera	0	7,69	15,4	0	7,69	0	69,2	100
CAV./P.V. norp.	0	0	0	0	0	0	100	100
La Rioja	0	0	0	0	50	0	50	100
Aragón	0	60	0	0	0	20	20	100
Cast. León	0	20	40	0	0	20	20	100
Otras proc.	0	9,09	9,09	9,09	9,09	45,5	18,2	100
Total	2,54	11,9	9,32	0,847	9,32	10,2	55,9	100

Profesiones de los rec. llegados, según el origen. 1930

	I	II art.	II jorn.	III clero	III otros	III p. lib.	III prop.	III serv.	Total
Montaña	4,76	9,52	19,0	9,52	4,76	0	0	52,4	100
Z. media/cuenc	8,47	10,2	8,47	5,08	6,78	1,69	0	59,3	100
Ribera	0	7,14	21,4	0	14,3	14,3	14,3	28,6	100
CAV./P.V. norp.	0	14,3	28,6	0	42,9	0	0	14,3	100
La Rioja	0	0	0	0	100	0	0	0	100
Aragón	0	0	20	0	20	40	0	20	100
Cast. León	0	0	0	0	40	0	0	60	100
Otras proc.	0	0	33,3	0	33,3	16,7	0	16,7	100
Total	5,65	8,87	14,5	4,03	14,5	4,84	1,61	46,0	100

III.2.6. origen por profesiones (artesanos)

Origen por profesiones (artesanos). 1843

	II. constr.	II. otros	II.aliment.	II.metal	II.textil	Total
Pamplona	48,9	28,1	38,5	51,2	49,3	46,8
Montaña	20,2	28,1	21,2	14,6	13,0	16,4
Z. media/cuencas	16,0	9,38	23,1	12,2	16,3	16,2
Ribera	2,13	0	1,92	4,88	7,41	5,11
Alava	0	3,12	0	0	0,74	0,61
Guipúzcoa	5,32	12,5	5,77	4,88	1,11	3,48
P. Vasco norpiren.	1,06	0	0	2,44	2,59	1,84
Aragón	1,06	0	0	2,44	1,85	1,43
Castilla-León	1,06	3,12	3,85	2,44	1,48	1,84
Otras proc.	4,26	15,6	5,77	4,88	6,30	6,34
Total	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,000

Origen por profesiones (artesanos). 1860

	II. constr.	II. otros	II.aliment.	II.metal	II.textil	Total
Pamplona	20,2	30,2	20	27,0	37,5	30,3
Montaña	18,5	20,8	20	18,9	13,4	16,4
Zona media	20,2	5,66	28	5,41	23,4	20
Ribera	4,84	5,66	4	2,70	5,75	5,14
Alava	1,61	7,55	6	5,41	0,76	2,48
Vizcaya	3,23	0	4	0	0,38	1,33
Guipúzcoa	17,7	5,66	4	16,2	2,30	7,43
P. Vasco norpiren.	1,61	1,89	2	2,70	3,45	2,67
Aragón	0,80	1,89	0	0	2,68	1,71
Castilla-León	2,42	3,77	2	10,8	4,98	4,38
Otras proc.	8,87	17,0	10	10,8	5,36	8,19
Total	100	100	100	100	100	100

Origen por profesiones (artesanos). 1887

	II. constr.	II. otros	II.aliment.	II.metal	II.textil	Total
Pamplona	38,9	43,7	35,7	38,8	34,4	37,5
Montaña	13,5	4,23	10,7	10,2	10,3	10,2
Z. media/cuencas	21,4	29,6	35,7	24,5	37,9	30,7
Ribera	6,35	4,23	3,57	10,2	3,59	5,12
Guipúzcoa	8,73	4,23	0	8,16	0,51	4,05
P. Vasco norpiren.	0	1,41	0	0	0	0,21
Aragón	1,59	2,82	3,57	4,08	5,13	3,62
Cast. León	3,97	1,41	0	4,08	2,05	2,56
Otras proc.	5,56	8,45	10,7	0	6,15	5,97
Total	100	100	100	100	100	100

Origen por profesiones (artesanos). 1910

	II. const.	II. otros	II aliment.	II. metal	III textil	Total	
Pamplona	50,7	52,6	31,7	0	47,8	49,1	48,2
Montaña	6,85	5,26	9,76	100	6,52	5,26	6,40
Z. media/cuencas	26,7	26,3	41,5	0	19,6	21,9	25
Ribera	6,16	2,63	2,44	0	0	7,02	5,40
Vizcaya	0	0	0	0	0	1,32	0,60
Guipúzcoa	0,68	2,63	0	0	0	2,19	1,40
P. Vasco norpiren.	0,68	0	0	0	0	0	0,20
Aragón	2,05	2,63	7,32	0	8,70	6,14	5
Castilla León	2,05	2,63	0	0	2,17	3,07	2,40
Otras proc.	4,11	5,26	7,32	0	15,2	3,95	5,40
Total	100	100	100	100	100	100	100

Origen por profesiones (artesanos). 1930

	II. constr.	II. otros	II.aliment.	II.metal	II.textil	Total	
Pamplona	39,3	56,6	34,2	55	48,2	44,8	
Montaña	5,52	5,66	5,26	5	9,22	6,75	
Z. media/cuencas	38,0	26,4	44,7	30	17,7	29,9	
Ribera	7,36	0	10,5	10	7,80	6,99	
Alava	0	0	2,63	0	2,13	0,96	
Guipúzcoa	1,23	7,55	0	0	1,42	1,93	
Vizcaya	0	0	0	0	1,42	0,48	
Aragón	0,613	0	0	0	2,13	0,96	
Castilla león	2,45	0	0	0	2,13	1,69	
otras proc.	5,52	3,77	2,63	0	7,80	5,54	
Total	100	100	100	100	100	100	

Apéndice III.3

Situación migratoria (recién llegado o no) del cabeza de familia de los hogares en los que residen los inmigrantes recién llegados, según su posición en el hogar

(En la primera línea aparece la cifra de la muestra, y en la segunda el % que supone cada grupo entre el total de inmigrantes recién llegados. Conforme a estos porcentajes se ha elaborado el cuadro III.18 del capítulo III.)

1843

	cab rec lleg	cab no rec lleg	total
Cabeza de familia	73	0	73
	16	0	16
Cónyuge	35	13	48
	8	3	11
Hijos	45	15	60
	10	3	13
Domésticos	20	147	167
	4	32	37
Parientes corres.	10	22	32
	2	5	7
Huéspedes	0	7	7
	0	2	2
Sin parentesco	15	52	64
	3,2	11,4	14
Total	198	256	454
	44	56	100

1860

Cabeza de familia	66	0	66
	17	0	17
Cónyuge	34	9	43
	9	2	11
Hijos	60	6	66
	15	2	17
Domésticos	7	146	153
	2	38	39
Parientes corres.	9	23	32
	2	6	8
Huéspedes	0	6	6
	0	2	2
Sin parentesco	0	23	23
	0	6	6
Total	176	213	389
	45	55	100

1887

Cabeza de familia	107	0	107
	18,4	0,0	18,4
Cónyuge	84	9	93
	14,4	1,5	16,0
Hijos	174	19	193
	29,8	3,3	33,1
Domésticos	18	101	119
	3,1	17,3	20,4
Parientes corres.	22	21	43
	3,8	3,6	7,4
Huéspedes	1	11	12
	0,2	1,9	2,1
Sin parentesco	4	12	16
	0,7	2,1	2,7
Total	410	173	583
	70,3	29,7	100,0

1910

Cabeza de familia	23	0	23
	10	0	10
Cónyuge	16	3	19
	7	1	8
Hijos	57	16	73
	24	7	31
Domésticos	5	75	80
	2	32	34
Parientes corresidentes	8	22	30
	3	9	13
Huéspedes	2	4	6
	0,9	2	3
Sin parentesco	1	1	2
	0,4	0,4	0,9
Total	112	121	233
	48	52	100

1930

Cabeza de familia	66	0	66
	17,3	0,0	17,3
Cónyuge	39	7	46
	10,2	1,8	12,0
Hijos	102	20	122
	26,7	5,2	31,9
Domésticos	9	64	73
	2,4	16,8	19,1
Parientes	24	30	54
	6,3	7,9	14,1
Huéspedes	12	3	15
	3,1	0,8	3,9
Sin parentesco	0	6	6
	0,0	1,6	1,6
Total	252	130	382
	66	34	100

Apéndice IV.1

Estructuras familiares según la edad

1843: estructuras familiares según la edad de la población

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
0-19	0,06	4,28	68,4	20,1	7,13	100	1.543	27,23
20-29	0,35	10,7	62,5	19,1	7,42	100	863	26,52
30-39	0,79	7,44	66,0	18,4	7,44	100	632	25,88
40-49	0,42	7,82	68,5	19,5	3,81	100	473	23,31
50-59	0,59	10,0	65,2	16,2	7,96	100	339	24,94
60-69	1,69	11,9	55,1	19,9	11,4	100	236	30,3
>70	0	18,4	44,9	27,6	9,18	100	98	36,78
Total	0,41	7,70	65,3	19,4	7,22	100	4.184	

1860: estructuras familiares según la edad

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
0-19	0,115	2,58	75	15	7,29	100	1.742	22,29
20-29	2,02	8,21	65,3	15,7	8,84	100	792	24,54
30-39	3,4	6,39	68,4	16,2	5,58	100	735	21,78
40-49	3,81	6,29	71,9	14,2	3,81	100	604	18,01
50-59	4,58	7,55	65,8	14,6	7,55	100	371	22,15
60-69	13,3	5,05	55	16,5	10,1	100	218	26,6
>69	17,6	7,35	35,3	35,3	4,41	100	68	39,71
Total	2,74	5,28	69,5	15,6	6,93	100	4.530	22,53

1887: estructuras familiares según la edad

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
0-19	0,052	6,31	71,8	17,3	4,5	100	1.932	21,8
20-29	0,223	10,5	62,1	20,1	7,13	100	897	27,23
30-39	1,48	8,42	64	20,5	5,61	100	677	26,11
40-49	0,906	8,15	74,6	13,8	2,54	100	552	16,34
50-59	2,88	8,39	72,4	11,5	4,8	100	417	16,3
60-69	7,61	11,8	49,1	22,1	9,34	100	289	31,44
>69	10,6	26	28,8	27,9	6,73	100	104	34,63
Total	1,29	8,5	67	17,9	5,28	100	4.868	23,18

1910: estructuras familiares según la edad

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
0-19	0	1,67	71	20,6	6,82	100	2.155	27,42
20-29	0,693	8,12	60,7	22,8	7,72	100	1.010	30,52
30-39	1,55	9,01	62,6	20,2	6,68	100	644	26,88
40-49	1,54	5,64	69,6	19,1	4,1	100	585	23,2
50-59	2,7	7,47	64,3	18,7	6,85	100	482	25,55
60-69	7,51	13,2	50,8	21,9	6,61	100	333	28,51
> 69	12,8	12	37,6	30,8	6,84	100	117	37,64
Total	1,48	5,69	65,2	20,9	6,67	100	5.326	27,57

1930: estructuras familiares según la edad

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
0-19	0	8,15	67,6	17,8	6,43	100	1.694	24,23
20-29	0,714	13,9	57,7	18,1	9,58	100	981	27,68
30-39	0,811	14,9	53,8	22,7	7,84	100	740	30,54
40-49	1,68	18,1	57,4	19,3	3,55	100	535	22,85
50-59	2,77	16,4	53,7	18,4	8,82	100	397	27,22
60-69	6,12	13,3	48,3	20,4	11,9	100	294	32,3
> 69	10,6	17,3	37,4	24,6	10,1	100	179	34,7
Total	1,45	12,8	58,9	19,3	7,63	100	4.820	26,93

Apéndice IV.2

Estructuras familiares según la edad del cabeza de familia

1843: estructuras familiares según la edad del cabeza de familia

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
20-29	2,65	14,2	69,0	12,4	1,77	100	112	14,2
30-39	2,08	6,25	76,7	12,1	2,92	100	244	15,02
40-49	0,9	7,44	74,4	15,8	1,40	100	218	17,2
50-59	1,09	8,70	67,9	15,2	7,07	100	184	22,27
60-69	2,88	12,2	60,4	15,8	8,63	100	139	24,43
> 69	0	13,5	61,5	15,4	9,62	100	52	25,02
Total	1,79	9,56	70,0	14,3	4,41	100	952	17,71

1860: estructuras familiares según la edad del cabeza de familia

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
20-29	13,8	12,1	62,1	10,3	1,72	100	111	12,02
30-39	8,28	5,86	69	14,8	2,07	100	293	16,87
40-49	6,59	7,45	72,2	11,2	2,58	100	350	13,78
50-59	7,62	7,62	68,2	11,7	4,93	100	223	16,63
60-69	19	6,12	59,2	7,48	8,16	100	147	15,64
> 69	29,3	9,76	43,9	14,6	2,44	100	41	17,04
Total	10,4	7,52	66,8	11,8	3,5	100	1.170	15,3

1887: estructuras familiares según la edad del cabeza de familia

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
20-29	1,75	7,02	70,2	18,4	2,63	100	116	21,03
30-39	3,5	4,9	68,9	20,6	2,1	100	288	22,7
40-49	1,81	4,33	79,4	12,6	1,81	100	279	14,41
50-59	5,19	5,19	79,7	6,49	3,46	100	231	9,95
60-69	13,4	7,32	59,1	12,8	7,32	100	164	20,12
>69	25,6	16,3	39,5	14	4,65	100	43	18,65
Total	5,62	6,16	70,9	14,1	3,21	100	1.121	17,31

1910: estructuras familiares según la edad del cabeza de familia

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
20-29	6,59	8,79	54,9	24,2	5,49	100	92	29,69
30-39	4,24	5,93	67,4	19,9	2,54	100	237	22,44
40-49	3,15	4,2	74,8	16,1	1,75	100	287	17,85
50-59	5,14	5,93	70,4	14,2	4,35	100	253	18,55
60-69	11,4	13,9	58,9	11,9	3,96	100	202	15,86
> 69	19,2	8,22	50,7	15,1	6,85	100	73	21,95
Total	6,56	7,26	66,4	16,3	3,5	100	1.144	19,8

1930: estructuras familiares según la edad del cabeza de familia

	I	II	III	IV	V	Total	N.º	% compl.
20-29	7,29	11,5	59,4	14,6	7,29	100	97	21,89
30-39	2,42	7,66	62,5	23	4,44	100	249	27,44
40-49	4,04	9,42	64,1	19,3	3,14	100	225	22,44
50-59	5,64	8,21	65,6	14,4	6,15	100	196	20,55
60-69	10,6	6,47	61,2	14,7	7,06	100	170	21,76
> 69	20,4	6,45	58,1	10,8	4,3	100	93	15,1
Total	6,8	8,54	62,2	17,3	5,15	100	1.030	22,45

Apéndice IV.3

Estructuras familiares según la edad y profesión del cabeza de familia

1887

	I	II	III	IV	V	IV+V	Total (muestra)
<i>Sector I</i>							
Labr. no jorn. (20-39)			50	40	10	50	10
Labr. no jorn. (40-59)			73,7	15,8	10,5	26,3	19
Labr. no jorn. >60	11,1	0	55,6	33,3	0	33,3	9
Labr. jorn. (20-39)	3,85	0	88,5	3,85	3,85	7,7	26
Labr. jorn. (40-59)			90,9	6,06	3,03	9,09	33
Labr. jorn. >60	9,1	0	72,7	18,2	0	18,2	11
<i>Sector II</i>							
Art. no jorn. (20-39)	0	0	60,8	37,3	1,96	39,26	51
Art. no jorn.(40-59)			91,4	8,62		8,62	58
Art. no jorn.>60	5,26		73,7	15,8	5,26	21,06	19
Art. jorn. (20-39)			83,3	11,9	4,76	16,7	42
Art. jorn. (40-59)	2,78		80,6	13,9	2,78	16,7	36
Art. jorn. >60	0	0	90	10	0	10,0	10
Jorn. (20-39)	1,47	0	80,9	17,6	0	17,6	68
Jorn. (40-59)	0	2,4	91,7	4,76	1,19	6,0	84
Jorn. >60	0	0	75	5	20	25,0	20
<i>Sector III</i>							
P. lib. (20-39)	0	4,8	81	11,9	2,38	14,3	42
P. lib. (40-59)	0	2,1	72,9	18,8	6,25	25,1	48
P. lib. >60	0	10	70	0	20	20,0	10
Asal. (20-39)	0,0	0,0	82,8	13,8	3,5	17,3	29
Asal. (40-59)			94,1	5,9	0,0	5,9	17

	I	II	III	IV	V	IV+V	Total (muestra)
Asal. >60	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	5
Empl. (20-39)	0,0	0,0	65,4	30,8	3,9	34,7	26
Empl. (40-59)	95,7	4,3	0,0	4,3	23		
Empl. >60	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	5
No asal. (20-39)	0,0	2,6	55,3	42,1	0,0	42,1	38
No asal. (40-59)	0,0	3,6	75,0	17,9	3,6	21,5	28
No asal. >60	0,0	0,0	58,3	33,3	8,3	41,6	12
Muj. serv. (20-39)	18,2	18,2	45,5	18,2	0,0	18,2	11
Muj. serv. (40-59)	19,4	16,1	64,5	0,0	0,0	0,0	31
Muj. serv. >60	16,7	25,0	41,7	16,7	0,0	0,0	12

1930

	I	II	III	IV	V	IV+V	Total (muestra)
<i>Sector I</i>							
Labr. (20-39)			50	30	20	50,0	10
Labr. (40-59)			81,2	12,5	6,25	18,8	16
Labr. >60	11,1	11,1	55,6	22,2	0	22,2	9
<i>Sector II</i>							
Art. (20-39)	4,05	2,7	68,9	20,3	4,05	24,4	74
Art. (40-59)	3,45	3,45	75,9	10,3	6,9	17,2	58
Art. >60	4	0	72	20	4	24,0	25
Jorn. (20-39)	6,25	2,08	62,5	16,7	12,5	29,2	48
Jorn. (40-59)				91,4	8,62	8,6	58
Jorn. >60		0	81	4,76	14,3	19,1	21
<i>Sector III</i>							
P. lib. (20-39)	0	18	57,2	21,4	3,57	25,0	28
P. lib. (40-59)	0	19	52,4	28,6	0	28,6	21
P. lib. (>60)	0	14	64,3	21,4	0	21,4	14
Asal. (20-39)	0,0	4,3	66,0	23,4	6,4	29,8	47
Asal. (40-59)	3,7	0,0	85,2	11,1	0,0	11,1	27
Asal. >60	0,0	0,0	83,5	0,0	16,7	16,7	6
Empl. (20-39)	0,0	2,0	72,5	21,6	3,9	25,5	51
Empl. (40-59)	0,0	5,6	81,5	11,1	1,9	13,0	54
Empl. >60	0,0	0,0	73,3	13,3	13,3	26,6	15
No asal. (20-39)	0,0	3,6	64,3	28,6	3,6	32,2	28
No asal. (40-59)	2,9	2,9	47,1	41,2	5,9	47,1	34
No asal. >60	0,0	0,0	58,3	25,0	16,7	41,7	12

Apéndice IV.4

Situación de hombres y mujeres (nativos e inmigrantes) en el grupo familiar en el que viven según su edad

1843

Hombres inmigrantes. 1843

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0	0	87,5	7,5	2,5	2,5	0	100
5-9	0	0	83,33	0	9,524	4,76	2,38	100
10-14	0	0	56,67	18,33	6,667	16,67	1,67	100
15-19	3,33	0	35	30	6,667	21,67	3,33	100
20-24	19,12	0	13,24	17,65	10,29	33,82	5,88	100
25-29	51,72	0	6,9	10,34	16,09	14,94	0	100
30-34	80,34	0	5,98	1,71	4,274	6,84	0,85	100
35-39	77,78	0	0	0	7,937	12,7	1,58	100
40-44	80,85	0	3,19	3,19	6,383	6,38	0	100
45-49	94,87	0	0	0	2,564	0	2,56	100
50-54	91,14	0	0	0	2,532	5,06	1,27	100
55-59	86,84	0	0	0	5,263	7,89	0	100
60-64	85	0	0	5	5	5	0	100
65-69	100	0	0	0	0	0	0	100
>=70	82,35	0	0	2,94	8,824	5,88	0	100
Total	57,19	0	16,99	6,91	6,795	10,76	1,36	100

Hombres nativos. 1843

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0	0	82,58	0,56	15,17	1,68	0	100
5-9	0	0	83,49	0	10,09	6,42	0	100

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
10-14	0	0	76,56	1,56	7,8	14,06	0	100
15-19	1,92	0	67,31	9,61	7,69	12,5	0,96	100
20-24	21,55	0	53,05	8,21	9,58	6,84	0	100
25-29	34,38	0	31,25	0	9,37	25	0	100
30-34	56,6	0	24,53	0	7,54	11,32	0	100
35-39	68,18	0	18,18	0	13,64	0	0	100
40-44	74,77	0	11,48	0	8,19	4,91	0	100
45-49	65	0	20	0	10	5	0	100
50-54	89,71	0	0	0	10,71	0	0	100
55-59	100	0	0	0	0	0	0	100
60-64	91,3	0	0	0	4,34	4,3	0	100
65-69	100	0	0	0	0	0	0	100
>=70	81,82	0	0	0	9,09	9,09	0	100
Total	26,29	0	53,45	2,04	9,69	7,97	0,11	100

Mujeres inmigrantes. 1843

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0	0	90,48	4,762	0	4,762	0	100
5-9	0	0	80,56	0	5,55	11,11	2,78	100
10-14	0	0	40,85	38,03	5,63	14,08	0	100
15-19	1,25	0	17,5	65,63	6,25	9,37	0	100
20-24	0,93	13,95	14,88	51,63	9,76	8,83	0	100
25-29	5,55	40,97	9,72	25,69	6,94	11,11	0	100
30-34	10,16	58,59	5,46	10,16	7,81	7,81	0	100
35-39	12,9	64,52	2,15	5,37	5,37	8,60	1,07	100
40-44	16,67	65,74	2,77	3,70	0,92	10,19	0	100
45-49	17,5	60	0	5	2,5	15	0	100
50-54	18,46	56,92	1,53	6,15	9,23	7,69	0	100
55-59	15,63	71,88	0	0	6,25	6,25	0	100
60-64	43,28	34,33	0	0	14,93	7,46	0	100
65-69	19,05	38,1	4,76	4,76	19,05	14,29	0	100
>=70	30,3	24,24	0	0	27,27	18,18	0	100
total	9,96	33,87	13,37	25,12	7,699	9,806	0,16	100

Mujeres nativas. 1843

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0	0	83,13	0,60	10,84	4,81	0	100
5-9	0	0	88,7	0	8,69	2,60	0	100
10-14	0	0	81,75	1,58	9,52	7,14	0	100
15-19	0	0,88	54,87	23,89	9,73	10,62	0	100

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést.	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
20-24	1,88	17,92	40,57	10,38	13,21	15,09	0,94	100
25-29	5,94	36,63	32,67	7,92	10,89	5,94	0	100
30-34	9,45	44,59	24,32	1,35	13,51	6,75	0	100
35-39	8,77	63,16	8,77	1,75	12,28	5,26	0	100
40-44	17,91	61,19	13,43	0	4,47	2,98	0	100
45-49	17,5	57,5	2,5	5	10	7,5	0	100
50-54	27,08	50	2,08	2,08	8,33	10,42	0	100
55-59	24	60	4	0	12	0	0	100
60-64	39,39	30,3	3,03	0	24,24	3,03	0	100
65-69	25	58,33	0	0	16,67	0	0	100
>=70	27,78	33,33	0	0	33,33	5,55	0	100
Total	7,266	22,89	46,96	4,90	11,17	6,72	0,09	100

1860

Hombres inmigrantes. 1860

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést.	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	89,47	0,00	5,26	5,26	0,00	100
5-9	0,00	0,00	92,50	2,50	2,50	2,50	0,00	100
10-14	0,00	0,00	71,05	17,11	5,26	6,58	0,00	100
15-19	1,01	0,00	47,47	38,38	5,05	8,08	0,00	100
20-24	21,43	0,00	40,48	29,76	8,33	0,00	0,00	100
25-29	61,36	0,00	11,36	12,50	12,50	1,14	1,14	100
30-39	82,61	0,00	3,48	6,09	4,35	1,30	0,87	100
40-49	93,87	0,00	0,94	0,94	3,77	0,00	0,47	100
50-59	95,54	0,00	0,00	0,89	1,79	1,79	0,00	100
>60	91,25	0,00	0,00	0,00	6,25	1,25	1,25	100

Hombres nativos. 1860

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést.	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	85,28	0,00	11,68	3,05	0,00	100
5-9	0,00	0,00	92,03	0,00	5,80	2,17	0,00	100
10-14	0,00	0,00	87,79	1,53	3,05	7,63	0,00	100
15-19	0,00	0,00	79,46	8,04	5,36	7,14	0,00	100
20-24	4,69	0,00	76,56	1,56	14,06	1,56	0,00	100
25-29	39,29	0,00	48,21	1,79	10,71	0,00	0,00	100
30-39	63,46	0,00	26,92	0,96	7,69	0,96	0,00	100
40-49	88,37	0,00	2,33	0,00	4,65	2,33	1,16	100
50-59	91,67	0,00	1,67	1,67	5,00	0,00	0,00	100
>60	95,24	0,00	0,00	0,00	4,76	0,00	0,00	100

Mujeres inmigrantes. 1860

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	81,82	0,00	13,64	4,55	0	100
5-9	0,00	0,00	79,49	5,13	10,26	5,13	0	100
10-14	0,00	0,00	51,95	22,08	12,99	12,99	0	100
15-19	1,08	0,00	28,11	51,35	10,81	8,65	0	100
20-24	2,20	12,64	17,58	54,95	7,14	4,40	1,1	100
25-29	5,23	48,26	7,56	28,49	6,40	2,33	1,74	100
30-39	8,18	67,29	2,23	13,01	8,18	1,12	0	100
40-49	20,38	66,82	0,95	5,69	5,21	0,47	0,47	100
50-59	31,65	52,52	0,72	6,47	6,47	2,16	0	100
>60	44,14	28,83	0,00	0,90	25,23	0,90	0	100

Mujeres nativas. 1860

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	90,31	0,00	7,65	2,04	0,00	100
5-9)	0,00	0,00	86,15	0,00	7,69	6,15	0,00	100
10-14)	0,00	0,00	89,58	2,08	4,86	3,47	0,00	100
15-19	0,73	0,00	75,18	15,33	5,84	2,92	0,00	100
20-24	2,78	13,89	62,50	12,50	8,33	0,00	0,00	100
25-29	5,33	37,33	38,67	5,33	12,00	1,33	0,00	100
30-39	9,09	63,64	10,61	6,06	9,85	0,76	0,00	100
40-49	32,63	49,47	6,32	0,00	11,58	0,00	0,00	100
50-59	28,33	60,00	5,00	1,67	3,33	1,67	0,00	100
>60	49,06	22,64	0,00	3,77	24,53	0,00	0,00	100

1887

Hombres inmigrantes. 1887

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	96,55	0,00	1,72	1,72	0,00	100
5-9)	0,00	0,00	93,75	0,00	5,00	1,25	0,00	100
10-14)	0,00	0,00	85,39	3,37	7,87	2,25	1,12	100
15-19	0,00	0,00	55,21	20,83	10,42	11,46	2,08	100
20-24	13,13	0,00	36,36	23,23	10,10	11,11	6,06	100
25-29	72,73	0,00	6,82	4,55	12,50	3,41	0,00	100
30-39	84,16	0,00	2,71	1,81	3,62	5,88	0,90	100
40-49	91,67	0,00	1,04	1,04	3,13	2,60	0,52	100
50-59	88,97	0,00	0,69	1,38	5,52	0,69	2,76	100
>60	85,60	0,00	0,00	0,00	10,40	1,60	1,60	100

Hombres nativos. 1887

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	90,83	0,00	7,34	1,38	0,46	100
5-9)	0,00	0,00	91,03	0,00	6,21	0,69	0,69	100
10-14)	0,00	0,00	91,95	1,15	4,60	2,30	0,00	100
15-19	0,00	0,00	83,91	4,60	9,20	2,30	0,00	100
20-24	6,74	0,00	77,53	1,12	8,99	2,25	2,25	100
25-29	47,62	0,00	42,86	2,38	7,14	0,00	0,00	100
30-39	68,18	0,00	15,91	1,14	11,36	0,00	2,27	100
40-49	93,48	0,00	2,17	0,00	4,35	0,00	0,00	100
50-59	88,24	0,00	2,94	0,00	5,88	0,00	2,94	100
>60	87,10	0,00	0,00	0,00	9,68	3,23	0,00	100

Mujeres inmigrantes. 1887

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	95,24	1,59	3,17	0,00	0,00	100
5-9)	0,00	0,00	92,75	1,45	2,90	2,90	0,00	100
10-14)	0,00	0,00	80,23	8,14	10,47	1,16	0,00	100
15-19	1,15	1,15	29,31	54,02	8,62	4,02	1,72	100
20-24	1,02	20,30	20,30	49,24	6,09	2,03	1,02	100
25-29	2,87	52,30	10,92	24,71	6,90	1,72	0,57	100
30-39	12,27	69,89	4,46	8,18	3,35	1,86	0,00	100
40-49	20,09	63,76	0,44	6,11	5,24	3,93	0,44	100
50-59	30,68	55,68	0,00	1,70	6,25	5,11	0,57	100
>60	34,71	30,00	0,59	1,18	27,06	5,88	0,59	100

Mujeres nativas. 1887

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	90,44	0,00	6,77	1,59	0,80	100
5-9)	0,00	0,00	91,61	0,00	7,10	1,29	0,00	100
10-14)	0,00	0,00	93,67	1,27	5,06	0,00	0,00	100
15-19	1,02	2,04	70,41	13,27	8,16	5,10	0,00	100
20-24	1,09	16,30	58,70	7,61	9,78	4,35	2,17	100
25-29	4,35	52,17	23,19	7,25	7,25	4,35	1,45	100
30-39	8,33	57,14	10,71	7,14	14,29	1,19	1,19	100
40-49	17,65	61,76	5,88	2,94	10,29	1,47	0,00	100
50-59	40,00	51,11	0,00	0,00	6,67	2,22	0,00	100
>60	37,84	21,62	0,00	5,41	32,43	0,00	2,70	100

1930**Hombres inmigrantes. 1930**

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0,00	0,00	93,10	0,00	6,90	0,00	0	100
5-9)	0,00	0,00	96,30	0,00	3,70	0,00	0	100
10-14)	0,00	0,00	91,11	0,00	8,89	0,00	0	100
15-19	2,27	0,00	79,55	1,14	12,50	3,41	1,13	100
20-24	9,76	0,00	57,32	2,44	20,73	3,66	4,87	100
25-29	43,22	0,00	27,12	0,85	15,25	2,54	9,32	100
30-39	73,39	0,00	12,84	0,46	9,63	0,00	3,67	100
40-49	84,72	0,00	4,86	0,69	5,56	0,00	4,16	100
50-59	90,24	0,00	0,81	0,00	8,13	0,00	0,81	100
>60	79,56	0,00	0,00	0,73	18,25	0,73	0,73	100

Hombres nativos. 1930

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0	0	94,21	0	5,78	0	0	100
5-9)	0	0	96,32	0	2,94	0	0	100
10-14)	0	0	93,64	0	5,45	0,90	0	100
15-19	0,87	0	90,43	0,87	4,34	2,60	0,87	100
20-24	1,07	0	90,32	0	7,52	0	1,07	100
25-29	28,75	0	53,75	0	17,5	0	0	100
30-39	53,96	0	33,33	0	12,75	0	0	100
40-49	75,38	0	21,54	0	1,53	0	1,53	100
50-59	78	0	0	0	16,67	0	5,55	100
>60	81,58	0	2,63	0	13,16	0	2,63	100

Mujeres inmigrantes. 1930

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0	0	88,24	0	11,76	0	0	100
5-9)	0	0	86	0	10	4	0	100
10-14)	0	0	81,25	9,37	9,37	0	0	100
15-19	0	0	44,52	45,81	9,03	0,64	0	100
20-24	1,12	12,85	32,4	37,99	14,53	0,56	0,56	100
25-29	4,6	43,68	18,97	20,69	10,92	0,57	0,57	100
30-39	10,77	59,62	10	8,08	10,77	0	0,77	100
40-49	19,81	59,42	4,35	8,21	7,25	0,97	0	100
50-59	24,34	53,29	1,32	4,60	16,45	0	0	100
>60	45,13	24,1	1,03	4,61	24,1	0,51	0,51	100

Mujeres nativas. 1930

	Cabeza	Cónyuge	Hijos	Domést..	Parientes	Sin parent.	Huésp.	
0-4	0	0	94,05	0	5,36	0	0	100
5-9)	0	0	99,27	0	0,73	0	0	100
10-14)	0	0	95,15	0	3,88	0,97	0	100
15-19	0	0	93,52	1,85	4,63	0	0	100
20-24	1,05	4,21	82,11	4,21	7,37	1,05	0	100
25-29	2,3	32,18	52,87	2,3	10,34	0	0	100
30-39	6,93	33,66	43,56	1,98	13,86	0	0	100
40-49	16,67	43,94	21,21	4,54	10,61	1,51	1,51	100
50-59	40	44	2	0	14	0	0	100
>60	55,56	23,81	0	0	20,63	0	0	100

Apéndice IV.5

Número de hijos e hijas en los hogares

En este apéndice aparecen los datos de los gráficos IV.5, IV.6, IV.7, IV.8, IV.9 y IV.10 del capítulo IV.

1887

N.º de hijos/as en el hogar según la profesión y edad del cabeza de familia. 1887

	20-29	30-39	40-49	50-59	>60
I/II/III jorn./asal.	1,1	1,8	2,0	1,6	1,2
II. art	0,8	1,9	2,6	3,0	1,2
III. serv	0,9	1,9	2,2	1,8	1,7
III. prof. lib.	1,3	1,6	2,4	3,1	1,4
II/III muj art/serv	1,3	1,3	1,4	1,0	0,9
Muj. sin prof.	0,6	1,6	1,6	1,4	0,5

N.º de hijos/as menores de 5 años según la edad de la madre y la profesión del cabeza de familia. 1887

	Jorn./asal.	Art.	Serv.	Lib.	L. abr
20-29	1,0	0,9	1,0	0,7	2,0
30-39	0,9	1,2	0,9	0,9	1,6
40-49	0,4	0,4	0,4	0,7	0,7

Hijos/as mayores de 14 años según la edad y profesión del cabeza de familia. 1887

	20-29	30-39	40-49	50-59	>60
I. Labr.	0,0	0,0	0,7	0,7	0,9
I/II/III jorn./asal.	0,0	0,0	0,3	0,8	0,7
II. artes.	0,0	0,1	0,8	1,6	0,8

	20-29	30-39	40-49	50-59	>60
III. serv.	0,0	0,0	0,8	1,2	0,8
III. p. lib.	0,0	0,0	0,4	1,0	0,8
II/III muj. serv. art.	0,0	0,3	0,8	0,7	0,4
muj. sin prof.	0,0	0,1	0,9	1,2	0,2
Total	0,0	0,1	0,5	1,0	0,7

1930

Número de hijos/as por hogar según la profesión y edad del cabeza de familia. 1930

	20-29	30-39	40-49	50-59	>60
II. Jornaleros	0,4	1,8	2,7	3,6	1,9
II. Artesanos	0,5	2,1	2,9	3,7	1,3
III. Serv. no asalariado	1,1	1,5	2,4	1,7	1,4
III. Prof.lib	0,3	1,8	2,0	1,6	2,0

Hijos/as menores de 5 años según la edad de la madre y la profesión del cabeza de familia. 1930

	<30	30-39	40-49
I. Labrad.	1,3	1,4	0,2
II. Jorn.	0,9	1,1	0,3
II. Art.	0,9	1,0	0,4
III. Serv. no asal	1,0	0,9	0,2
III. Prof. lib	0,6	0,9	0,6

hijos/as mayores de 14 años según la edad y profesión del cabeza de familia. 1930

	20-29	30-39	40-49	50-59	>60
II. Jorn	0,0	0,0	1,0	2,5	1,6
II. Artes.	0,0	0,0	0,6	2,5	1,2
III. Serv. no asal	0,0	0,0	0,7	1,3	1,3
III. Empleados	0,0	0,0	0,9	1,8	2,3
III. Prof. lib	0,0	0,2	0,9	1,2	1,6
Muj. sin prof.	0,0	0,2	1,5	1,9	1,1

Apéndice V.1

Relación entre el empleo de las mujeres casadas y la profesión del cabeza de familia

1843. Profesión del cabeza de familia de las esposas activas en el mercado laboral (n.º de la muestra y porcentaje por esposas, en las columnas)

	I	II. alimt.	II jorn	II text	III com.	III lav.	III prop	III serv.	Total
I	7	0	0	1	0	0	0	0	8
	100	0	0	20	0	0	0	0	36,4
II. Aliment.	0	1	0	0	0	0	0	0	1
	0	100	0	0	0	0	0	0	4,55
II. Jorn	0	0	2	0	0	0	0	0	2
	0	0	100	0	0	0	0	0	9,09
II. Metal	0	0	0	0	1	0	1	0	2
	0	0	0	0	33,3	0	100	0	9,09
II. Textil	0	0	0	3	1	2	0	1	7
	0	0	0	60	33,3	100	0	100	31,8
III. Comerc.	0	0	0	0	1	0	0	0	1
	0	0	0	0	33,3	0	0	0	4,55
Sin profesión	0	0	0	1	0	0	0	0	1
	0	0	0	20	0	0	0	0	4,55
Total	7	1	2	5	3	2	1	1	22
	100	100	100	100	100	100	100	100	100

1860. Profesión del cabeza de familia de las esposas activas en el mercado laboral
(n.º de la muestra y porcentaje por esposas, en las columnas)

	I	II. alimt.	II textil	III com	III otros.	III prop.	Total
I	0	1	1	4	0	1	7
	0	100	50	22,2	0	100	28
II. Constr.	0	0	0	2	0	0	2
	0	0	0	11,1	0	0	8
II. Aliment.	0	0	0	2	0	0	2
	0	0	0	11,1	0	0	8
II. Metal	0	0	0	1	0	0	1
	0	0	0	5,56	0	0	4
II. Textil	0	0	1	4	0	0	5
	0	0	50	22,2	0	0	20
III. Otros	0	0	0	1	1	0	2
	0	0	0	5,56	100	0	8
III. Prop.	0	0	0	1	0	1	2
	0	0	0	5,56	0	0	4
III. Transp.	0	0	0	2	0	0	2
	0	0	0	11,1	0	0	8
Sin prof.	1	0	0	1	0	0	3
	100	0	0	5,56	0	0	12
Total	1	1	2	18	1	1	25
	100	100	100	100	100	100	100

1887. Profesión del cabeza de familia de las esposas activas en el mercado laboral
(n.º de la muestra y porcentaje por esposas, en las columnas)

	I	II. otros.	II alimt.	II jorn.	II text.	III com.	III enseñ.	III lav.	III prop.	III serv.	Total
I	2	0	0	0	1	0	0	0	0	0	3
	66,7	0	0	0	20	0	0	0	0	0	8,11
II. Constr.	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
	0	0	100	0	0	0	0	0	0	0	2,70
II. Otros	0	1	0	0	0	1	0	0	0	0	2
	0	33,3	0	0	0	11,1	0	0	0	0	5,41
II. Aliment.	0	1	0	0	0	0	0	1	0	0	2
	0	33,3	0	0	0	0	0	14,3	0	0	5,41
II. Jorn.	0	1	0	0	3	2	0	2	0	0	8
	0	33,3	0	0	60	22,2	0	28,6	0	0	21,6
II. Textil	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	1
	0	0	0	0	0	11,1	0	0	0	0	2,70
III. Comerc.	0	0	0	0	0	4	1	0	0	0	5
	0	0	0	0	0	44,4	25	0	0	0	13,5

	I	II. otros.	II alim.	II jorn.	II text.	III com.	III enseñ.	III lav.	III prop.	III serv.	Total
III. Enseñ.	0	0	0	0	0	0	3	0	0	0	3
	0	0	0	0	0	0	75	0	0	0	8,11
III. Otros	0	0	0	0	1	1	0	0	0	0	2
	0	0	0	0	20	11,1	0	0	0	0	5,41
III. Prop.	0	0	0	0	0	0	0	0	3	0	3
	0	0	0	0	0	0	0	0	100	0	8,11
III. Serv.	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	1
	0	0	0	0	0	0	0	0	0	100	2,70
Sin prof	1	0	0	1	0	0	0	4	0	0	6
	33,3	0	0	100	0	0	0	57,1	0	0	16,2
Total	3	3	1	1	5	9	4	7	3	1	37
	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

1910. Profesión del cabeza de familia de las esposas activas
en el mercado laboral (n.º de la muestra y porcentaje por esposas,
en las columnas)

	I	II. alim.	II jorn.	II metal.	II textil.	III com.	III enseñ.	III medic.	III lav.	III prop.	III serv.	Total
I	4	0	1	0	0	1	0	1	2	0	0	9
	80	0	20	0	0	7,69	0	100	33,3	0	0	17,3
II. Const.	0	0	1	0	2	1	0	0	0	0	0	4
	0	0	20	0	13,3	7,69	0	0	0	0	0	7,69
II. Otros	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	1
	0	0	0	0	6,67	0	0	0	0	0	0	1,92
II. Alim.	0	0	0	0	0	1	0	0	0	0	0	1
	0	0	0	0	0	7,69	0	0	0	0	0	1,92
II. Jorn.	1	0	3	0	3	1	0	0	3	0	1	12
	20	0	60	0	20	7,69	0	0	50	0	100	23,1
II. Metal.	0	0	0	1	0	0	0	0	0	0	0	1
	0	0	0	100	0	0	0	0	0	0	0	1,92
II. Textil	0	1	0	0	5	1	0	0	0	0	0	7
	0	100	0	0	33,3	7,69	0	0	0	0	0	13,5
III. Com.	0	0	0	0	1	7	1	0	0	0	0	9
	0	0	0	0	6,67	53,8	50	0	0	0	0	17,3
III. Otros	0	0	0	0	2	0	1	0	0	1	0	4
	0	0	0	0	13,3	0	50	0	0	50	0	7,69
III. Prop.	0	0	0	0	0	0	0	0	0	1	0	1
	0	0	0	0	0	0	0	0	0	50	0	1,92
Sin prof.	0	0	0	0	1	1	0	0	1	0	0	3
	0	0	0	0	6,67	7,69	0	0	16,7	0	0	5,77
Total	5	1	5	1	15	13	2	1	6	2	1	52
	100	100	100	100	100,00	100,00	100	100	100,0	100	100	100,00

1843. Porcentaje de esposas del cabeza de familia activas o inactivas en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia

	Activa	Pasiva	Total
I	9	145	154
	5,84	94,2	100
II. Construcción	0	51	51
	0	100	100
II. Otros	0	24	24
	0	100	100
II. Alimentación.	1	30	31
	3,23	96,8	100
II. Jornaleros	2	37	39
	5,13	94,9	100
II. Metal	2	23	25
	8	92	100
II. Textil	8	133	141
	5,67	94,3	100
III. Administración	0	26	26
	0	100	100
III. Comercio-hostelería	1	50	51
	1,96	98,0	100
III. Enseñanza	0	8	8
	0	100	100
III. Medicina	0	12	12
	0	100	100
III. Otros	0	63	63
	0	100	100
III. Propietarios	1	13	14
	7,14	92,9	100
III. Sirvientes	0	1	1
	0	100,0	100
III. Transporte	0	1	1
	0	100	100
Sin profesión	2	34	36
	5,56	94,4	100
Total	26	651	677
	3,84	96,2	100

1860. Porcentaje de esposas del cabeza de familia activas o inactivas en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia

	Activa	Pasiva	Total
I	7	134	141
	4,96	95,0	100

	Activa	Pasiva	Total
II. Construcción	2	89	91
	2,20	97,8	100
II. Otros	0	32	32
	0	100	100
II. Alimentación.	2	34	36
	5,56	94,4	100
II. Jornaleros	0	39	39
	0	100	100
II. Metal	1	25	26
	3,85	96,2	100
II. Textil	5	133	138
	3,62	96,4	100
III. Administración	0	26	26
	0	100	100
III. Comercio-hostelería	0	71	71
	0	100	100
III. Enseñanza	0	7	7
	0	100	100
III. Medicina	0	13	13
	0	100	100
III. Otros	2	62	64
	3,12	96,9	100
III. Propietarios	1	28	29
	3,45	96,6	100
III. Transporte	2	10	12
	16,7	83,3	100
Sin profesión	3	26	29
	10,3	89,7	100
Total	25	729	754
	3,32	96,7	100

1887. Porcentaje de esposas del cabeza de familia activas o inactivas en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia

	Activa	Pasiva	Total
I	3	96	99
	3,03	97,0	100
II. construcción	2	80	82
	2,44	97,6	100
II. otros	2	29	31
	6,45	93,5	100
II.alimentación.	2	12	14
	14,3	85,7	100

	Activa	Pasiva	Total
II. Jornaleros	9	157	166
	5,42	94,6	100
II. Metal	1	28	29
	3,45	96,6	100
II. Textil	1	55	56
	1,79	98,2	100
III. Administración	0	51	51
	0	100	100
III. Comercio-hostelería	5	51	56
	8,93	91,1	100
III. Enseñanza	3	4	7
	42,9	57,1	100
III. Medicina	0	11	11
	0	100	100
III. Otros	2	138	140
	1,43	98,6	100
III. Propietarios	3	11	14
	21,4	78,6	100
III. Sirvientes	1	2	3
	33,3	66,7	100
Sin profesión	6	30	36
	16,7	83,3	100
Total	40	755	795
	5,03	95,0	100

1887. Porcentaje de esposas del cabeza de familia activas o inactivas en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia

	Activa	Pasiva	Total
I. Jorn.	1	67	68
	1,47	98,5	100
I. No jorn.	2	29	31
	6,45	93,5	100
II. Art jorn.	3	82	85
	3,53	96,5	100
II. Art no jorn.	5	122	127
	3,94	96,1	100
II. Jornaleros	9	157	166
	5,42	94,6	100
III. Prof. lib.	5	85	90
	5,56	94,4	100
III. Propietarios	3	11	14
	21,4	78,6	100

	Activa	Pasiva	Total
III. Serv. asalariado	0	50	50
	0	100	100
III. Serv. empleado	0	53	53
	0	100	100
III. Serv. mujer	0	1	1
	0	100	100
III. Serv. no asalariado	5	66	71
	7,04	93,0	100
III. Sirvientes	1	2	3
	33,3	66,7	100
Sin profesión	6	30	36
	16,7	83,3	100
Total	40	755	795
	5,03	95,0	100

1910. Porcentaje de esposas del cabeza de familia activas o inactivas en el mercado laboral según la profesión del cabeza de familia

	Activa	Pasiva	Total
I	9	56	65
	13,8	86,2	100
II. Construcción	4	76	80
	5	95	100
II. Otros	1	9	10
	10	90	100
II. Alimentación.	1	13	14
	7,14	92,9	100
II. Jornaleros	12	149	161
	7,45	92,5	100
II. Metal	1	18	19
	5,26	94,7	100
II. Textil	7	53	60
	11,7	88,3	100
III. Administración	0	28	28
	0	100	100
III. Comercio-hostelería	9	65	74
	12,2	87,8	100
III. Enseñanza	0	9	9
	0	100	100
III. Medicina	0	10	10
	0	100	100
III. Otros	4	138	142
	2,82	97,2	100

	Activa	Pasiva	Total
III. Propietarios	1	19	20
	5	95	100
Sin profesión	5	33	38
	13,2	86,8	100
Total	54	677	731
	7,39	92,6	100

Apéndice V.2

Relación entre el empleo de hijos e hijas y el del cabeza de familia

1887. Profesión del cabeza de familia en el caso de los hijos e hijas activos en el mercado laboral

	Hijos	Hijas	Total
I. Jorn.	8,87	7,69	8,58
I. No jorn.	7,88	3,08	6,72
II. Art. jorn.	7,39	1,54	5,97
II. Art. no jorn.	15,8	4,62	13,1
II. Muj.	3,45	13,8	5,97
II. Jornaleros	13,8	21,5	15,7
III. Prof.lib	4,93	4,62	4,85
III. Propietarios	0,985	0	0,746
III. Serv. asalariado	0,985	3,08	1,49
III. Serv. empleado	0	1,54	0,373
III. Serv. mujer	6,40	4,62	5,97
III. Serv. no asalariado	3,94	3,08	3,73
III. Sirvientes	0,985	3,08	1,49
Sin profesión	24,6	27,7	25,4
Total	100	100	100

1887. Profesión de los cabezas de familia de los hijos activos en el mercado laboral (en totales y en porcentajes, por hijos —en las columnas—)

	I. jorn.	I no j.	II art. jorn.	II art.	II jorn.	III cler.	III lib.	III prop.	III asal.	III empl.	III no asal.	III sirv	Total
I. Jorn.	38,9	0	27,8	11,1	11,1	0	0	0	11,1	0	0	0	100
	70	0	10,9	4,5	4,17	0	0	0	14,3	0	0	0	8,87
I. No jorn.	0	87,5	0	0	6,25	0	0	0	0	0	0	6,25	100
	0	73,7	0	0	2,08	0	0	0	0	0	0	50	7,88

	I. jom.	I no j.	II art. jor.	II art.	II jorn.	III cler.	III lib.	III prop.	III asal.	III empl.	III no asal.	III sirv	Total
II. Art jorn.	6,8	6,8	80	6,67	0	0	0	0	0	0	0	0	100
	10	5,3	26,1	2,27	0	0	0	0	0	0	0	0	7,39
II. Art no j.	0	0	15,6	56,2	9,4	0	0	0	9,4	3,1	3,1	3,1	100
	0	0	10,9	40,9	6,2	0	0	0	21,4	50	9,09	50	15,8
II. Muj.	14,3	0	0	28,6	57,1	0	0	0	0	0	0	0	100
	10	0	0	4,5	8,33	0	0	0	0	0	0	0	3,45
II. Jorn	0	0	10,7	17,9	67,9	0	0	0	3,6	0	0	0	100
	0	0	6,5	11,4	39,6	0	0	0	7,14	0	0	0	13,8
III. Prof.lib	0	0	10	20	10	0	30	0	20	0	10	0	100
	0	0	2,2	4,5	2,1	0	60	0	14,3	0	9,1	0	4,93
III. Prop.	0	0	0	0	0	0	0	50	0	50	0	0	100
	0	0	0	0	0	0	0	100	0	50	0	0	0,985
III. Asal	0	0	0	0	50	0	0	0	50	0	0	0	100
	0	0	0	0	2,08	0	0	0	7,14	0	0	0	0,985
III. Mujer	0	15,4	46,2	15,4	15,4	0	0	0	0	0	7,7	0	100
	0	10,5	13,0	4,5	4,2	0	0	0	0	0	9,1	0	6,40
III. No asal	0	0	12,5	0	12,5	0	12,5	0	12,5	0	50	0	100
	0	0	2,2	0	2,1	0	20	0	7,1	0	36,4	0	3,94
III. Sirv	0	0	50	0	0	0	0	0	50	0	0	0	100
	0	0	2,17	0	0	0	0	0	7,14	0	0	0	0,985
Sin prof.	2	4	24	24	28	2	2	0	6	0	8	0	100
	10	10,5	26,1	27,3	29	100	20	0	21,4	0	36,4	0	24,6
Total	4,9	9,7	22,7	21,7	23,6	0,5	2,5	0,5	6,9	1	5,4	1	100
	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

1887. Profesión de los cabezas de familia de las hijas activas en el mercado laboral
(en totales y en porcentajes, por hijos —en las columnas—)

	II. mujeres	II. jornaleros	III. prof. lib.	III. serv. mujer	III. sirvientes	Total
I. Jorn	80	0	0	0	20	100
	9,30	0	0	0	7,14	7,69
I. No jorn	100	0	0	0	0	100
	4,65	0	0	0	0	3,08
II. Art jorn	100	0	0	0	0	100
	2,33	0	0	0	0	1,54
II. Art no jorn	100	0	0	0	0	100
	6,98	0	0	0	0	4,62
II. Muj.	100	0	0	0	0	100
	20,9	0	0	0	0	13,8
II. Jornaleros	64,3	21,4	0	0	14,3	100
	20,9	100	0	0	14,3	21,5
III. Prof. lib.	33,3	0	0	0	66,7	100
	2,33	0	0	0	14,3	4,62
III. Serv. asalariado	100	0	0	0	0	100
	4,65	0	0	0	0	3,08

	II. mujeres	II. jornaleros	III. prof. lib.	III. serv. mujer	III. sirvientes	Total
III. Serv. empleado	0	0	100	0	0	100
	0	0	50	0	0	1,54
III. Serv. mujer	0	0	0	33,3	66,7	100
	0	0	0	33,3	14,3	4,62
III. Serv. no asalariado	50	0	0	50	0	100
	2,33	0	0	33,3	0	3,08
III. Sirvientes	0	0	0	0	100	100
	0	0	0	0	14,3	3,08
Sin profesión	61,1	0	5,56	5,56	27,8	100
	25,6	0	50	33,3	35,7	27,7
Total	66,2	4,62	3,08	4,62	21,5	100
	100	100	100	100	100	100

1930. Profesión del cabeza de familia en el caso de los hijos e hijas activos en el mercado laboral

	Hijos	Hijas	Total
I	4,52	2,11	3,89
II. Artesanos	15,8	12,7	15
II. Jornaleros	18,6	15,5	17,8
III. Lavandera	0,503	1,41	0,741
III. Prof. lib.	4,02	4,23	4,07
III. Propietarios	4,52	3,52	4,26
III. Serv. asalariado	3,52	4,93	3,89
III. Serv. empleado	8,29	9,86	8,70
III. Serv. mujer	1,51	0,704	1,30
III. Serv. no asalariado	5,78	6,34	5,93
III. Sirvientes	0,251	0	0,185
Sin profesión	32,7	38,7	34,3
Total	100	100	100

1930. Profesión de los cabezas de familia de los hijos activos en el mercado laboral
(en totales y en porcentajes, por hijos —en las columnas—)

	I	II. art.	II. jorn.	III. clero	III. p. lib.	III. prop.	III. asal.	III. empl.	III. no asal.	III. serv.	Total
I	33,3 60	5,6 0,7	38,9 7	0 0	0 0	0 0	11,1 3,70	0 0	11,1 6,25	0 0	100 4,52
II. Art	0	68,3	11,1	0	1,59	0	4,76	4,76	9,52	0	100
	0	31,6	7	0	4,17	0	5,56	10,7	18,8	0	15,8
II. Jorn.	0	41,9	45,9	1,35	1,35	0	4,05	2,70	2,70	0	100
	0	22,8	34	9,09	4,17	0	5,56	7,14	6,25	0	18,6
III. Lav.	0	100	0	0	0	0	0	0	0	0	100
	0	1,47	0	0	0	0	0	0	0	0	0,503
III. Prof. lib.	0	18,8	6,25	0	37,5	0	12,5	12,5	6,25	6,25	100
	0	2,21	1	0	25	0	3,70	7,14	3,12	50	4,02
III. Prop.	0	22,2	22,2	16,7	11,1	0	22,2	5,56	0	0	100
	0	2,94	4	27,3	8,33	0	7,41	3,57	0	0	4,52
III. Asal.	0	35,7	14,3	0	0	0	21,4	21,4	7,14	0	100
	0	3,68	2	0	0	0	5,56	10,7	3,12	0	3,52
III. Empl.	0	21,2	36,4	0	12,1	0	9,09	15,2	6,06	0	100
	0	5,15	12	0	16,7	0	5,56	17,9	6,25	0	8,29
III. Mujer	0	0	50	0	0	0	16,7	16,7	16,7	0	100
	0	0	3	0	0	0	1,85	3,57	3,12	0	1,51
III. No asal.	0	13,0	0	0	0	0	39,1	4,35	43,5	0	100
	0	2,21	0	0	0	0	16,7	3,57	31,2	0	5,78
III. Sserv	0	100	0	0	0	0	0	0	0	0	100
	0	0,735	0	0	0	0	0	0	0	0	0,251
Sin prof.	3,1 40	27,7 26,5	23,1 30	5,6 63,6	7,7 42	0,8 100	18,5 44,4	7,7 35,7	5,4 21,9	0,8 50	100 32,7
Total	2,5 100	34,2 100	25,1 100	2,8 100	6 100	0,2 100	13,6 100	7 100	8 100	0,5 100	100 100

1930. Profesión de los cabezas de familia de las hijas activas en el mercado laboral
(en totales y en porcentajes, por hijos —en las columnas—)

	II. art	II. jorn.	III. cl.	III. lav.	III. lib.	III. muj.	III. serv.	Total
I	33,3 1,64	0 0	0 0	33,3 25	0 0	0 0	33,3 6,25	100 2,11
II. Artesanos	77,8 23,0	5,56 4,55	0 0	11,1 50	0 0	5,56 5,56	0 0	100 12,7
II. Jornaleros	31,8 11,5	22,7 22,7	0 0	0 0	0 0	13,6 16,7	31,8 43,8	100 15,5
III. Lavandera	0 0	50 4,55	0 0	50 25	0 0	0 0	0 0	100 1,41
III. Prof.lib	16,7 1,64	16,7 4,55	16,7 14,3	0 0	50 21,4	0 0	0 0	100 4,23

	II. art	II. jorn.	III. cl.	III. lav.	III. lib.	III muj.	III. sirv.	Total
III. Propietarios	0	0	60	0	20	20	0	100
	0	0	42,9	0	7,14	5,56	0	3,52
III. Asalariado	57,1	14,3	0	0	0	28,6	0	100
	6,56	4,55	0	0	0	11,1	0	4,93
III. Empleado	42,9	7,14	0	0	14,3	21,4	14,3	100
	9,84	4,55	0	0	14,3	16,7	12,5	9,86
III. Serv. mujer	0	0	0	0	0	100	0	100
	0	0	0	0	0	5,56	0	0,704
III. No asalariado	0	33,3	0	0	0	44,4	22,2	100
	0	13,6	0	0	0	22,2	12,5	6,34
Sin profesión	50,9	16,4	5,45	0	14,5	5,45	7,27	100
	45,9	40,9	42,9	0	57,1	16,7	25	38,7
Total	43,0	15,5	4,93	2,82	9,86	12,7	11,3	100
	100,00	100	100	100	100	100	100	100

Apéndice V.3

Participación de los miembros familiares en el mercado laboral según la edad y la profesión del cabeza de familia

En estos cuadros se recogen los datos de los gráficos V.8 y V.9, esto es, el porcentaje que cada tipo de miembro de la familia representa dentro del conjunto de participación familiar en el mercado laboral.

Hay que recordar que los porcentajes hacen referencia al total de la participación familiar en el mercado laboral, no a los ingresos familiares, ya que la participación de cada miembro no tenía por qué recibir el mismo salario.

1887

	Art. (20-39)	Art. (40-59)	Art. >60	Jorn. (20-39)	Jorn. (40-59)	Jorn. >60
Cabeza	82,27	63,13	69,93	80,18	69,06	57,72
Cónyuge	3,224	3,253	0	4,663	3,345	2,819
Hijos/as	1,612	27,11	25,74	8,16	21,74	25,37
Parientes	12,89	2,169	3,678	4,663	5,017	8,456
Sin parentesco	0	3,253	0	2,332	0,836	5,638
	100	100	100	100	100	100
N.º muestra	49	58	19	68	84	20

	Serv. no asal. (20-39)	Serv. no asal. (40-59)	Serv. no asal. >60	P. lib. (20-39)	P. lib. (40-59)	P. lib. >60
Cabeza	79,17	66,68	70,61	89,36	73,85	52,63
Cónyuge	2,083	9,519	0	4,257	4,614	0
Hijos/as	0	19,04	11,76	4,257	9,229	26,32
Parientes	14,58	2,38	17,63	0	12,31	10,53
Sin parentesco	4,167	2,38	0	2,129	0	10,53
N.º muestra	38	100	100	100	100	100
		28	12	42	48	10

1930

	Art. (20-39)	Art. (40-59)	Art. >60	Jorn. (20-39)	Jorn. (40-59)	Jorn. >60
Cabeza	82,19	46,76	51,02	65,74	46,46	42,95
Cónyuge	0	0,807	4,082	0	0,645	0
Hijos/as	1,113	46,79	44,9	0	44,51	53,11
Parientes	15,59	5,647	0	34,26	7,74	3,934
Sin parentesco	1,113	0	0	0	0,645	0
N.º muestra	100	100	100	100	100	100
	74	59	25	48	73	23

	Serv. no asal. (20-39)	Serv. no asal. (40-59)	Serv. no asal. >60	P. lib. (20-39)	P. lib. (40-59)	P. lib. >60
Cabeza	82,36	55,73	45,71	87,28	59,98	51,84
Cónyuge	0	0	0	0	0	0
Hijos/as	0	32,79	43,43	0	25,73	33,34
Parientes	17,64	11,48	10,86	9,539	14,29	14,82
Sin parentesco	0	0	0	3,18	0	0
N.º muestra	100	100	100	100	100	100
	28	33	13	28	21	14

Dónde, con quién y de qué vivir son cuestiones clave a la hora de explicar las estrategias familiares, y también los ejes de este libro. Tras explicitar sus premisas teóricas, y plantear las líneas generales en la evolución de la ciudad, Iruñea-Pamplona, el libro se estructura en tres capítulos que analizan cada una de estas preguntas. Por un lado, el autor constata la importancia de la inmigración y analiza las lógicas familiares que guían estos movimientos, así como su influencia en la realidad lingüística urbana; en segundo lugar estudia las diferencias sociales en la formación de los hogares, apreciando un fortalecimiento de la familia obrera en los inicios de la industrialización; por último, se centra en la participación de los diferentes miembros de la familia en el mercado laboral, prestando especial atención al empleo femenino, los valores de género subyacentes y la feminización de la pobreza. Se trata de una investigación sobre estrategias familiares, que también pretende reflexionar sobre el papel de los valores familiares en el mantenimiento del orden social.

